

COMITÉ PATROCINANTE

Eliseo Verón (Argentina); Haroldo de Campos (Brasil); Gérard Deledalle, Jean-Claude Grubar (Francia); Umberto Eco, Paolo Fabbri (Italia); † Thomas Sebeok (USA).

DIRECTOR

Lucrecia Escudero Chauvel (Argentina).

JEFE DE REDACCIÓN

Claudio Guerri (Argentina).

SECRETARÍA TÉCNICA

Isabel Molinas (Argentina); Eduardo Carballido (Francia).

COMITÉ DE REDACCIÓN

Lucrecia Escudero Chauvel, Claudio Guerri, Juan Ángel Magariños de Morentin, Rosa María Ravera, Oscar Steimberg, Oscar Traversa (Argentina); Eduardo Peñuela Cañizal, Diana Luz Pessoa de Barros, Monica Rector, María Lucía Santaella Braga (Brasil); Armando Silva (Colombia); Rafael del Villar (Chile); Jorge Lozano, José Romera Castillo, José María Paz Gago (España); Adrián Giménez-Welsh (México); Oscar Quezada Macchiavello (Perú); Fernando Andacht (Uruguay); José Enrique Finol, Teresa Espar (Venezuela).

COMITÉ CIENTÍFICO

Nicolás Rosa, Presidente (Argentina); Winfried Nöth (Alemania); Noé Jitrik (Argentina), Jean-Marie Klinkenberg, Herman Parret (Bélgica); Decio Pignatari (Brasil); Román Gubern, Carmen Bobes (España); Erik Landowski (Francia); Pino Paioni (Italia); José Pascual Buxo (México); Desiderio Blanco (Perú); Floyd Merrell (USA).

COMITÉ ASESOR

Amira Cano, Olga Corna, María Teresa Dalmaso, Susana Frutos, Isabel Molinas, Silvia Tabachnik, Estela Zalba (Argentina); Ana Claudia Alvez de Oliveira, Carlos Assis lasbeck, Silvia Borelli, José Luis Fiorim, Eduardo Neiva, Eufasio Prates, Monica Rector (Brasil); Ana María Burdach (Chile); Jesús Martín Barbero, Eduardo Serrano Ojuela (Colombia); Desiderio Navarro (Cuba); Juan Alonso, Pilar Couto, Charo Lacalle, Cristina Peñarín, Teresa Velázquez, Santos Zunzunegui (España); Claude Chabrol, Patrick Charaudeau, Jean Paul Desgoutte, François Jost, Guy Lochard (Francia); Bernard McGuirk (Gran Bretaña); Alfredo Tenoch Cid Jurado, Ana María del Gesso Cabrera, Aída Gambetta Chuk, María Rayo Sankey García (México); Norma Tasca (Portugal); Hílía Moreira (Uruguay); Walter Mignolo (USA); Frank Baiz, Aquiles Esté, Liddy Palomares (Venezuela).

LECTURAS

Olga Corna, Susana Frutos (Argentina), Beth Brait (Brasil).

AGENDA

Alfredo Tenoch Cid Jurado (México).

CORRESPONSALES

Carlos A. Scolari (Italia); Guillermo Olivera (Gran Bretaña); Monica Rector (USA).

INTERCAMBIO REVISTAS

José Romera Castillo (España)

SITIO WEB

Rafael del Villar (Chile), Carlos A. Scolari (Italia), Eduardo Carballido (Francia).

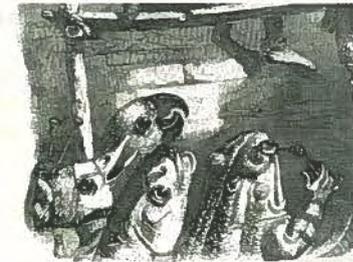
Dirección postal deSignis: 12, Rue de Pontoise – París 75005 – Francia

E-mail: designisfels@hotmail.com

www.designisfels.net

deSignis es una Asociación Internacional, Ley 1901 (Francia), declarada de interés público con número de registro: 1405367K.

Este número ha sido publicado con el concurso del Laboratoire HCC de la Universidad de Lille 3 (Francia), del Department of Hispanic & Latin American Studies y Postgraduate School of Critical Theory & Cultural Studies (School of Modern Languages) de la Universidad de Nottingham (Gran Bretaña) y de la Asociación Mexicana de Semiótica (AMS).

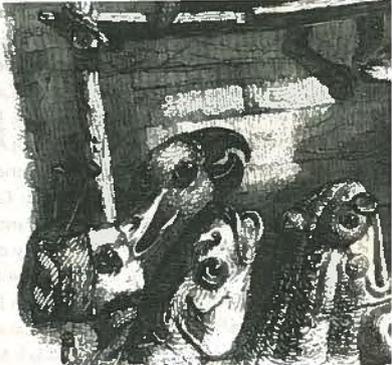


de la cultura



LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

TRANSFORMACIONES DEL ESPACIO PÚBLICO



El espacio público es un concepto que ha evolucionado a lo largo de la historia. En la antigüedad, el espacio público era el foro romano, el lugar donde se realizaban los debates políticos y se tomaban las decisiones. En la Edad Media, el espacio público era el mercado, el lugar donde se realizaban los intercambios comerciales. En la Edad Moderna, el espacio público era el salón de la aristocracia, el lugar donde se realizaban las reuniones políticas. En la Edad Contemporánea, el espacio público es el espacio urbano, el lugar donde se realizan las actividades políticas y sociales. El espacio público es un espacio de encuentro, un espacio de diálogo, un espacio de participación. El espacio público es un espacio de poder, un espacio de influencia, un espacio de transformación. El espacio público es un espacio de vida, un espacio de esperanza, un espacio de futuro.

COLABORARON EN deSIGNIS Nº 2

José Luiz Aídar Prado (PUCSP, Brasil); Juan Alonso Aldama (Université de Paris VIII, Francia); Ana Claudia Alvez de Oliveira (PUCSP, Brasil); Leonor Arfuch (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Victor Armony (Universidad de Quebec en Montreal, Canadá); Frank Baiz Quevedo (Universidad de Maracaibo, Venezuela); María Elena Bitonte (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Beth Brait (PUCSP, Brasil); Teresa Carbó (CIESAS, México); Alfredo Tenoch Cid Jurado (Instituto de Estudios Superiores de Monterrey, México); Olga Corna (Universidad Nacional de Rosario, Argentina); Pilar Couto (Universidad de La Coruña, España); Patrick Charauoeau (Université de Paris XIII, Francia); Isidoro Chesky (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Claudio F. Díaz (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina); Lucrecia Escudero Chauvel (Université de Lille 3, Francia); Teresa Espar (Universidad de Los Andes, Venezuela); Paolo Fabbri (Università di Bologna, Italia); Yvana Fechine (PUCSP, Brasil); Irene Fonte (Universidad Autónoma Metropolitana, México); Fabricio Forastelli (Manchester Metropolitan University, UK); Susana Frutos (Universidad Nacional de Rosario, Argentina); Adrián Gimete-Welsh (Universidad Autónoma Metropolitana, México); Roberto Grandi (Università di Bologna, Italia); Claudio Guerri (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Jean Hennequin (Universidad Autónoma de Puebla, México); Ernesto Laclau (The University of Essex, UK); Bernard Lamizet (Université de Lyon, Francia); María del Valle Ledesma (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Giovanni Manetti (Università di Siena, Italia); Aurelia Marcarino (Università di Urbino); Ricardo Martínez Gastélum (Instituto de Estudios Superiores de Monterrey, México); Juan Ángel Magariños de Morentin (UNLP, Argentina); Edgar Morán Carreón (Instituto de Estudios Superiores de Monterrey, México); Jean Mouchon (Université de Nanterre, Francia); Winfried Nöth (Universidad de Kassel, Alemania); Guillermo Olivera (The University of Nottingham, UK); Aldo Osorio Leal (Instituto de Estudios Superiores de Monterrey, México); José María Paz Gago (Universidad de La Coruña, España); Eduardo Peñuela Cañizal (Universidad de San Pablo, Brasil); María Elena Qués (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Oscar Quezada Macchiavello (Universidad de Lima, Perú); Cristina Peñamarín (Universidad Complutense de Madrid, España); Monica Rector (The University of North Carolina, Chapel Hill); José Romera Castillo (UNED, España); Nicolás Rosa (Universidad Nacional de Rosario/ Universidad de Buenos Aires, Argentina); Cecilia Sagol (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Philip Schlesinger (University of Stirling, Escocia); Carlos A. Scolari (Università Cattolica di Milano, Italia); Armando Silva (Universidad de Bogotá, Colombia); Oscar Steimberg (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Silvia Tabachnik (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina); Oscar Traversa (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Ximena Triquell (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina); Sandra Valdetaro (Universidad Nacional de Rosario); Olly Vega Alvarado (Universidad Católica de Chile, Chile); Teresa Velázquez (Universidad Autónoma de Barcelona, España); Eliseo Verón (Universidad de San Andrés, Argentina); Rafael del Villar Muñoz (Universidad de Chile, Chile); Estela Zalba (Universidad de Cuyo, Argentina); Santos Zunzunegui (Universidad del País Vasco, España).

DISEÑO	Horacio Wainhaus diseño - wainhaus@interlink.com.ar
colaboración	Bárbara Prat
DISEÑO DE SITIO WEB	Eduardo Carballido - designisfels@hotmail.com
ARMADO	Mora Digiovanni - moradigiovanni@hotmail.com
CORRECCIÓN	
en español	María Isabel Siracusa - telecharcas1@arnet.com.ar
en portugués	Gabriela Cetlinas - cetlinas@elsitio.net
en inglés	Margarita Mizraji - marguita@fullzero.com.ar

LA COMUNICACIÓN POLÍTICA
 TRANSFORMACIONES DEL ESPACIO PÚBLICO

Editorial: *La comunicación política, transformaciones del espacio público* 9
 LUCRECIA ESCUDERO CHAUVEL

I. ESCENARIOS

Responsable: Adrián Gimete-Welsh con la colaboración de Silvia Tabachnik

Teoría

PAOLO FABBRI - AURELIA MARCARINO
El discurso político 17

PHILIP SCHLESINGER
Nación y espacio comunicativo 33

FABRICIO FORASTELLI
El autoritarismo como categoría del análisis político 51

GUILLELMO OLIVERA
Revisitando el sintoma del "populismo" 67

ROBERTO GRANDI
El sistema de los medios y el sistema político 81

BERNARD LAMIZET
Semiótica de lo político 97

PATRICK CHARAUDEAU
¿Para qué sirve analizar el discurso político? 109

Espacio público

LEONOR ARFUCH
Público/privado/político: reconfiguraciones contemporáneas 125

SANTOS ZUNZUNEGUI
Poder de la palabra o la información como continuación de la política por otros medios 137

SUSANA FRUTOS <i>Razones y afectos: la otra cara de la ley</i>	147
IRENE FONTE <i>Diálogo y confrontación en la huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México</i>	159
JUAN ALONSO ALDAMA <i>El discurso terrorista: ritmo y estrategias comunicativas</i>	173
LUCRECIA ESCUDERO CHAUVEL <i>Un sujeto patémico: los desaparecidos en la prensa argentina</i>	187
TERESA CARBÓ <i>Para una lectura del discurso de la comandanta zapatista Esther ante el Congreso mexicano</i>	203
Mediatización	
JEAN MOUCHON <i>La resistible decadencia del debate público en televisión</i>	219
YVANA FECHINE <i>Estratégias de personalização dos apresentadores de TV</i>	231
ISIDORO CHERESKY <i>La política, de la tribuna a la pantalla</i>	247
JOSÉ LUIZ AIDAR PRADO <i>A construção semiótica da violência em Veja: por uma ética da não fidelidade do leitor</i>	259
Campañas	
TERESA VELÁZQUEZ GARCÍA-TALAVERA <i>El discurso de las campañas electorales en televisión: la efervescencia signica</i>	273
OLLY VEGA ALVARADO <i>Colectivos de identificación en los discursos del ex presidente de Chile Patricio Aylwin Azócar</i>	289
ADRIÁN GIMATE-WELSH <i>Identidad y transición democrática en México</i>	305
VICTOR ARMONY <i>"El país que nos merecemos": mitos identitarios en el discurso político argentino</i>	319
SILVIA TABACHNIK <i>Escándalo y "post-política". El menemismo en escena(s)</i>	331
FRANK BAIZ QUEVEDO <i>Hugo Chávez: la elocuencia del silencio</i>	345

II. PUNTOS DE VISTA

<i>El análisis político del discurso: entre la teoría de la hegemonía y la retórica</i> ERNESTO LACLAU ENTREVISTADO POR GUILLERMO OLIVERA	359
<i>Mediatización de la política: discursos en conflicto, cruces y distinciones</i> ELISEO VERÓN ENTREVISTADO POR MARÍA ELENA QUÉS Y CECILIA SAGOL	367

III. DISCUSIÓN

GIOVANNI MANETTI <i>El concepto de signo entre la semiótica antigua y la contemporánea</i>	381
---	-----

IV. LECTURAS

Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, <i>Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left</i> . Londres-Nueva York: Verso, 2000, 329 pp. (Fabricio Forastelli)	399
Jean Mouchon, <i>Política y medios, los poderes bajo influencia</i> . Barcelona: Gedisa, 1999, 126 pp. (Sandra Valdetarro)	403
Jean-Luis Labarrière et al., <i>Teoría política y comunicación</i> . Barcelona: Gedisa, 2001, 275 pp. (Claudio F. Díaz)	404
Paolo Fabbri, <i>El giro semiótico</i> . Barcelona: Gedisa, 1999, 157 pp. (Olga Corna)	408
Centro Ricerche Semiotiche di Torino, <i>Leggere la comunicazione. Politica, Pubblicità, Internet</i> . Roma: Meltemi Editore, 1998 (Carlos A. Scolari)	410
Eric Landowski, <i>Présences de l'Astre. Essais de socio-sémiotique II</i> . París: PUF, 1998, 256 pp. (Yvana Fechine)	412

V. PERFILES

JEAN-MARIE FLOCH (1942-2001) por Ana Claudia Alves de Oliveira	417
GOMBRICH, el arte y su tiempo (1909-2001) por María del Valle Ledesma	418
THOMAS A. SEBEOK (1920-2001) por Claudio Guerri	419

VI. AGENDA

Informaciones de congresos, seminarios, revistas	421
--	-----

EDITORIAL

LA COMUNICACIÓN POLÍTICA, TRANSFORMACIONES DEL ESPACIO PÚBLICO

Este número monográfico de *deSignis* presenta la intersección de la semiótica con el análisis del discurso y la sociología política alrededor de un objeto teórico fetiche como es el de la comunicación política y en torno al concepto clave de estrategia. La diversidad del origen geográfico de los autores, la variedad de los corpus analizados –prensa, televisión, campañas electorales–, la distinción de los géneros de investigación y las diferentes metodologías de abordaje, desde la ciencia política a la retórica, pasando por la sociolingüística y la psicoingüística, hacen de este número un espacio privilegiado de balance de una problemática que ha atravesado buena parte de las ciencias sociales, en el intento de plantear las relaciones entre la historia de los acontecimientos, la ideología y la superficie discursiva.

No es este el lugar para hacer una historia de la irrupción de la comunicación política como problema, pero baste recordar que Harold Lasswell (1948) propone su célebre modelo comunicativo a partir de un paradigma de acción política para estudiar los niveles de influencia de este discurso visto como mecanismo persuasivo, en una prototeoría de los efectos de los medios.

Para Michel Pécheux (1969), sin duda uno de los fundadores del análisis del discurso en general y de las relaciones entre discurso –político– e ideología en particular, el “objeto” del análisis del discurso es la descripción del funcionamiento de la ideología, entendida como función semántica y sintáctica. Eliseo Verón, en el número 28 de la revista *Communications* que

coordinó en 1978, replicará que el orden de lo ideológico y el orden del poder —del discurso— atraviesan el tejido social y que lo que llamamos “ideológico” re-envía en realidad a dimensiones del análisis de los fenómenos sociales y no a instancias de una topografía social, descartando el problema de las tipologías discursivas y de una lexicografía concomitante como objeto de la sociosemiótica.

Lo ideológico es una hipótesis del funcionamiento social, no una consecuencia, y Verón insistirá en lo que será el nudo central de su teoría: la semiótica social como producción discursiva no lineal de naturaleza evidentemente histórica. Adelantándose a la problemática de los efectos del discurso, típica de los años ochenta, Verón dirá que “la notion de ‘pouvoir’ d’un discours ne peut désigner autre chose que les effets de ce discours à l’intérieur d’un tissu déterminé de rapports sociaux” (Verón 1978: 15) y estos efectos tienen la forma de “otra” producción de sentido, de un re-envío a una circulación general de los discursos sociales. Tal posición fue paradigmática para la sociosemiótica porque desplazó muy tempranamente el eje de la discusión, desde una perspectiva intradiscursiva (en la que quedó atrapado el análisis del discurso, y una semiótica digamos, lexicográfica) a una perspectiva extradiscursiva cuyo horizonte de referencia es la semiótica peirciana. Para que un discurso tenga poder debe poner en marcha un mecanismo de “creencia”, de adhesión. Las relaciones entre los discursos que atraviesan el tejido social son “estratégicas”, de posicionamiento y confrontación, y señalan el eje central que ocupa el dispositivo de la enunciación como lugar de cruzamiento de una lógica individual y subjetiva con una teoría de la producción social de sentido. Verón caracterizará el caso específico del discurso político como un discurso “adversativo” (Verón 1987).

¿Por qué el estudio de la comunicación política ha fascinado a la semiótica y, obviamente, a la sociología política? Una hipótesis: el discurso político constituye un desafío fuerte para articular una teoría de la persuasión con una teoría de los efectos del discurso, es decir, con una teoría de la recepción, pero también con una reflexión sobre los actores sociales y lo que estos hacen con los discursos. Central para atraer a las masas de votantes, fundamental para definir la imagen del hombre político, la construcción del concepto bisagra de estrategia (discursiva, política) conlleva un vocabulario específico al marketing y la ciencia política, como “posicionamiento”, “imagen” o “identidad”, pero también a la semiótica, en su acepción de “dispositivo” o de “interacción”. Parafraseando a Austin (1962) para quien se podía hacer cosas con palabras, las dimensiones de la acción política y de su discurso público encuentran una articulación común alrededor de este concepto, que abre a su vez sobre una perspectiva de análisis necesariamente pragmática.

Fuertemente ligado a la temporalidad porque convive simultáneamente con la memoria colectiva a la que contribuye a formar, con la actualidad donde necesariamente se inserta y con el futuro en la preparación y delegación de un hacer de los otros, el discurso político se no aparece como una comunicación pública “en situación”, porque está básicamente ligada a la contextualidad de la enunciación, dedicada a construir y re-definir continuamente colectivos de identificación y acechada por el “otro”, y esta tensión es el motor esencial de su funcionamiento. Estrategia ritualizada de seducción a gran escala, este tipo de discurso público corre los riesgos del descrédito y de la decodificación aberrante, pero comparte con el discurso religioso el premio de la adhesión y del seguimiento.

No hay democracia de masas sin comunicación de masas, afirmaba Dominique Wolton (1995: 9-13) mostrando cómo la comunicación política está estrechamente ligada a la modernización del espacio público y cómo la televisión se vuelve el símbolo de la construcción de una nueva arena social donde lo político se vuelve espectáculo y el género “debate” adquiere una resonancia central. La dimensión teatral de esta comunicación, que aparece amplificada en la televisión, pero también el nuevo lugar que ocupa la denuncia, muestran hasta qué punto los medios han ido ocupando paulatinamente un espacio reservado tradicionalmente a otras instituciones, como es el caso en toda América latina del nuevo papel de los medios, suplantando a la justicia, en la denuncia e investigación de la corrupción política y económica de los sistemas democráticos. Pero la irrupción de los medios en el escenario político (o a la inversa) ha producido nuevos efectos como el de la fragmentación del discurso político que debe adaptarse al tiempo radial o televisivo, la abolición de un sistema argumentativo intrínseco a la oralidad para conformarse a la causalidad mediática, la influencia de la agenda de los medios sobre los *issues* políticos; este nuevo espacio público es, en síntesis, un espacio mediático.

La articulación entre medios, actores y sociedad civil se vuelve una característica típica de nuestras sociedades globalizadas que ha cambiado radicalmente el “hacer” político. Hay una tensión y negociación permanentes entre la lógica de los actores políticos y la lógica de los medios, como hay una tensión intrínseca entre el discurso político y sus receptores. Y en estas tensiones se insertará la emergencia de nuevos actores sociales, de nuevos liderazgos y de diferentes voces.

deSignis publica el análisis de los discursos políticos de las campañas presidenciales que se han sucedido en América latina en los últimos años, en los artículos de la chilena Olly Vega Alvarado, del venezolano Frank Baiz, del mexicano Adrián Gimare-Welsh, con una reflexión sobre el estatuto teórico

de este análisis (Charaudeau), la forma en que la semiótica ha aportado una nueva visión a estos análisis con la incorporación de la teoría de las modalidades y la pregunta sobre la especificidad de un género (Fabbri) y por último cómo lo político puede ser visto como una condición de la semiosis (Lamizet). La forma en que el espacio público está atravesado por el registro privado (Arfuch), legal (Frutos) o como estallido de violencia (Aidar, Alfonso) muestra hasta qué punto los medios han ocupado un espacio preponderante en la formación de la opinión pública (Velázquez, Zunzunegui). Finalmente, y ligada a la producción de la información como es el de la interacción político-periodista (Mouchon, Fechine), la mediatización introduce la era de la política como espectáculo donde la seducción, la persuasión, la sollicitación a los electores estará en el centro de una estrategia de construcción de imagen en una nueva y renovada retórica de la palabra pública (Grandi, Cheresky).

El análisis de Philip Schlesinger sobre la formación del concepto de nación y sus transformaciones en el espacio comunicativo global toca un tema central de la construcción del discurso político como es el de las identidades nacionales, de la que da cuenta también el artículo de Armony. Dos fenómenos políticos clásicos en América latina, el populismo y el totalitarismo están afrontados en los textos de Olivera y de Forastelli, respectivamente. El caso argentino se vuelve paradigmático, en su pasaje de una comunicación política autoritaria (Escudero Chauvel) al escenario de un neopopulismo ligado al liberalismo salvaje de la Argentina de la última década (Tabachnik). Dos artículos provenientes de México marcan la aparición de nuevas y diferentes voces en la agenda pública de América latina: la investigación en curso de Teresa Carbó sobre ese fenómeno mayor que es la toma de la palabra indígena en la voz de la comandante del movimiento zapatista Esther, y el análisis de Irene Fonte sobre las huelgas de los estudiantes mexicanos.

Por último las entrevistas a Eliseo Verón y Ernesto Laclau desde Buenos Aires y Essex que cierran la problemática contribuyen a pensar a la comunicación política como esa difícil y frágil intersección entre las condiciones de producción de la modernidad y un sistema de valores construidos para ser hegemónicos a escala pública.

Lucrecia Escudero Chauvel
Directora

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1975) *Languajes, discours, sociétés*. París: Seuil.
- AUSTIN, J. (1962 [1982]) *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós.
- Communications* 28 (1978) *Idéologies, discours, pouvoirs*. A cargo de Eliseo Verón.
- CHARAUDEAU, P. (1983) *Langage et discours*. París: Hachette.
- DE IPOLA, E. (1983) *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.
- DESIDERI, P. (1984) *Teoria e prassi del discorso politico*. Roma: Bulzoni.
- DRAGON, I. (ed.) (1999) *La communication du politique*. París: L'Harmattan.
- FABBRI, P. (1995) *Tácticas de los signos*. Barcelona: Gedisa.
- GIMÉNEZ, G. (1980) *Poder, Estado, Discurso*. México: UNAM.
- GRANDI, R. (1999) *Come vincere/perdere le elezioni*. Milán: Lupetti.
- GREIMAS, A. J. (1976) *Sémiotique et sciences sociales*. París: Seuil.
- (1983) *Du sens II*. París: Seuil.
- LACLAU, E. (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Langages* 23 (1971) *Le discours politique*. A cargo de L. Guespin, J. B. Marcellesi, D. Maldidier, D. Skalata.
- Langages* 41 (1976) *Typologie au discours politique*.
- Langages* 62 (1981) *Analyse au discours politique*. A cargo de J. J. Courtine.
- LANDI, O. (1985) *El discurso de lo posible*. Buenos Aires: Estudios.
- LANDOWSKI, E. (1977) "Figures d'autorité". Urbino: CISL.
- (1992) *A sociedade refletida*. San Pablo-Campinhas: Educ-Pontes.
- LASSWELL, H. (1948) "The Structure and Function of Communication in Society" en *The Communication of Ideas* de L. Bryson (ed.). Nueva York: Harper.
- MANCINI, P. (1988) *Come vincere le elezioni*. Bolonia: Il Mulino.
- MONFORTE TOLEDO, M. (ed.) (1980) *El discurso político* de AA.VV. México: UNAM.
- MOUCHON, J. (1999) *Los poderes bajo influencia*. Barcelona: Gedisa.
- ORTIZ, R. (1994) *Mundialização e cultura*. San Pablo: Brasiliense.
- PÊCHEUX, M. (1969) *L'analyse automatique du discours*. París: Dunod.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. y MOUILLARD, M. (1984) *Le discours politique*. Lyon: PUL.
- ROBIN, R. (1973) *Histoire et linguistique*. París: Armand Colin.
- SCHLESINGER, P. (1991) *Media, State and Nation: Political violence and collective identities*. Londres: Sage.
- THOMPSON, J. B. (1995) *The Media and Modernity. A social theory of the media*. Cambridge: Polity Press.
- VERÓN, E. (1978) "Sémiosis de l'idéologie et du pouvoir", *Communications* 28, 7-20.
- (1987) "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política" en E. Verón, L. Arfuch et al., 13-26.

- (1987b) *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- (1995) "Médiatisation du politique. Stratégies, acteurs et construction de collectifs", *Hermès* 17/18, 201-214.
- VERÓN, E., ARFUCH, L. ET AL. (1987) *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.
- WOLTON, D. (1995) "La communication politique. Avant propos", *Hermès* 17/18, 9-13.
- (1997) *Penser la communication*. Paris: Flammarion.

I. ESCENARIOS



**TEORÍA
ESPACIO PÚBLICO
MEDIATIZACIÓN
CAMPAÑAS**

Responsable: Adrián Gimete-We
con la colaboración de Silvia Tal

EL DISCURSO POLÍTICO*

PAOLO FABBRI

AURELIA MARCARINO

1. DESCRIBIR EL DISCURSO POLÍTICO:

CRITERIOS DE PERTINENCIA SEMIOLINGÜÍSTICOS

Si hipotetizamos una definición de discurso político (dp) según criterios de pertinencia semiolingüística, es necesario examinar el problema de la "construcción" del objeto (discurso-objeto), es decir, explicitar los criterios de reconocimiento y de delimitación del dp en el cuadro más general de una tipología de discursos "naturales". Una vez delimitado con criterios externos (históricos o sociológicos), el estudio del dp puede ser encarado con métodos muy diferentes: desde la perspectiva lexical, que se limita a los aspectos sincrónicos o diacrónicos del vocabulario, a la sintáctica, que evalúa las especificidades gramaticales frase por frase, sin cuestionar la indispensable coherencia discursiva, y a la retórica que, aun ofreciendo un esquema discursivo general y coherente (*inventio, dispositio, elocutio*), está muy lejos de suministrar instrumentos rigurosos para el conocimiento de la argumentación y de los tropos.

Por otra parte el problema que queremos afrontar aquí es más complejo y necesita una evaluación de fondo. El discurso político no es un discurso

* Artículo aparecido en *Carte Semiotiche* nº 1, septiembre de 1985, pp. 9-22.

“representativo”. No se lo puede describir como un conjunto de enunciados en relación cognitiva con lo real, sino que puede ser caracterizado como un *discurso de campo*, destinado a llamar y a responder, a disuadir y a convencer; un discurso de hombres para transformar hombres y relaciones entre los hombres, no sólo un medio para re-producir lo real. Los análisis lexical, sintáctico y retórico nos parecen, entonces, profundamente inadecuados.

Un análisis semiótico del dp deberá tener en cuenta su coherencia semántica y su fuerza perlocutiva. Una hipótesis general de su estructura se acompaña con la descripción de estrategias discursivas y de las configuraciones enunciativas, polémicas o contractuales, que representan los principios del funcionamiento de una verdadera *gramática del poder*. Un análisis “rico” del dp debe replicar la uniformidad sin renunciar a la multiplicación de la diversidad. El concepto de “poder” está concebido aquí como una de las modalidades susceptibles de definir la existencia semiótica de los actantes discursivos y de su doble competencia: *ser* y *hacer*. En este sentido los actores políticos inscriptos en el discurso están dotados de un repertorio virtual de acciones y de pasiones y de un “saber hacer” que les consiente, una vez actualizado, alcanzar sus objetivos anticipando en el texto los resultados previstos.

Entre los criterios de reconocimiento o de construcción inicial del objeto y los principios de pertinencia que permiten analizar el dp y definirlo en función de una tipología, ocupan un lugar de relieve la enunciación y sus tácticas, la construcción y la homologación de las isotopías discursivas y el juego de las modalidades con el cual el dp construye su propio poder. Tendremos necesidad, por una parte, de una teoría que estreche el campo a un cierto número de principios fundamentales y, por la otra, de expandir una definición del texto que dé cuenta de las posibles categorizaciones del discurso y de su metalenguaje descriptivo. Probablemente existen en el dp formas discursivas diferenciadas que tienen fuerza y eficacia distintas según las reglas y las transformaciones pasionales que las determinan.

Que el dp sea un discurso de guerra, cuya potencia se define por los adversarios en campo, nos indica que los movimientos, los éxitos o los contratos son eventos cumplidos por y en el lenguaje. Si tuviéramos una taxonomía de otros tipos de discurso (científico, didáctico, publicitario, religioso, etc.), mostraríamos que el dp se puede definir por vía estructural por posiciones y por diferencias y podríamos entonces evaluar los efectos importantes que producen las diferencias de fuerza. Pero esa taxonomía no existe y es uno de los objetivos que tiene la investigación semiótica hoy. Necesariamente deberemos restringir la definición a la dimensión textual y no contextual; si hay intertextualidad en el dp la descubriremos en su interior.

La tentativa de descripción semiolingüística del dp podría indicar el

modo específico como este manipula predominantemente ciertas categorías más que otras: la manera de imposición y de ocultamiento de la verdad, etc. Para hacerlo resulta útil un esquema general del discurso como aparece en la teoría semiótica greimasiana. En esta perspectiva la superficie manifestada de los textos lingüísticos que estudiaremos a continuación es sólo un criterio eventual de falsificación de hipótesis más que una confirmación de nuestras construcciones. Por otra parte un modelo abordable nos evitará la dependencia empírica de la superficie manifestada (y su fetichismo). El discurso manifiesto —se sabe— “no es otra cosa que la presencia represiva de lo que ese no dice” (Foucault 1970). Hacen falta dos hipótesis semióticas para individualizar el metalenguaje que permita al mismo tiempo describir el contenido del discurso y controlar, con alguna esperanza heurística, la superficie textual.

2. PARA UNA GRAMÁTICA DEL DISCURSO POLÍTICO

2.1 Para tener un modelo de la competencia política del hablante, un análisis textual debería explicitar los criterios de reconocimiento y de construcción de la gramática del dp, o sea debería tratar de recoger y de aislar los aspectos del discurso descriptos y relacionarlos a fin de caracterizar la estructura y el funcionamiento de su sistema lingüístico. El problema del estatuto estructural de la significación política (o del dp) aparece cuando entra en juego el proyecto de su descripción. El proyecto de una gramática del dp será posible mediante la individualización de los “universales del lenguaje”, constituidos en modelo semiótico, que representan la instancia originaria para toda manipulación de significado. La estructura semántica se configura entonces como una combinatoria de categorías, de marcas de los actos en los enunciados, de entidades operativas postuladas para la descripción semántica y justificadas porque permiten dar cuenta del uso efectivo del lenguaje. La estructura semántica de un enunciado debería explicar los actos de enunciación de los cuales es el objeto.

En la caracterización semántica de un enunciado Ducrot (1978) introduce un determinado tipo de utilización enunciativa, no argumentativa sino relativa a los actos ilocutorios. El problema es justificar la introducción de marcas de actos de habla atribuidas al enunciado, dado que constituyen la “función”, que distingue a su vez los múltiples papeles que el enunciado puede efectivamente desarrollar en ocurrencias explícitas.

Uno de los principios constitutivos de la coherencia textual consiste en revelar el conjunto de las presuposiciones de una enunciación (como tipo particular de acto ilocutorio que pone ciertas reglas para la prosecución del

discurso) y el conjunto de las conclusiones que se pueden inferir, es decir que la condición de *coherencia* no significa ausencia de contradicción sino la integración en el texto de múltiples enunciaciones.

2.2 Una gramática del dp tiene como objeto entonces no los enunciados, sino los tipos de relaciones entre enunciados, entre formaciones discursivas que poseen una fuerza y una eficacia diferentes. El objeto de estudio está sugerido por la necesidad de comprender las razones del juego por las cuales la decisión del enfrentamiento o de la confrontación, la combinación de acciones de ataque y defensa y la finalidad política se organizan según los principios de una gramática entendida como connotación semiótica de los contenidos y de los destinatarios de la información. Se instaura así una correspondencia entre “lógica” política y *gramática estratégica*; será tarea de la organización textual dar cuenta del sentido estratégico que atraviesa el contenido en función de quien escucha.

Se vuelve entonces importante el estudio de determinadas movidas, actos, tácticas, estrategias, cuyo valor no está en la descripción sino en la realización: los actos de autoridad, los compromisos personales, los pactos que se llevan a cabo mientras se cumplen determinados actos (enunciación performativa).

3. DESCRIPCIÓN DE ESTRATEGIAS ENUNCIATIVAS Y DE FORMACIONES DISCURSIVAS

3.1 La descripción de estrategias enunciativas sirve para puntualizar la organización y la transmisión de los contenidos de la comunicación política y para definir una *dirección discursiva*. En particular el análisis de las modalidades de aparición del sujeto de la enunciación ilustra los mecanismos de implicación y de explicitación del sujeto (*débrayage* pronominal) que son utilizados por el hablante. El hecho de haber elegido operaciones de *débrayage* pronominal significa haber cancelado la presencia del sujeto hablante. Este procedimiento, utilizado por el enunciador como componente de su estrategia, permite dar cuenta de las unidades discursivas de superficie. El *débrayage* actancial consistirá pues en la disyunción del sujeto de la enunciación y en la proyección sobre el enunciado de un “no yo”. Como en el ejemplo: “La autoridad es necesaria para salvaguardar la libertad del Estado” (Pétain 23/6; 11/7 y 11/10/40); o “El trabajo de los franceses es la riqueza suprema de la Patria. Debe ser sagrado” (Pétain 11/7/40); y “El movimiento obrero italiano ha hecho una gran contribución en conquistas relevantes como las

leyes de divorcio, del aborto o de la paridad” (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79).

Nada impide reintroducir la presencia del sujeto con una operación de *embrayage* sobre los actantes enunciativos y tratar de identificarse con el sujeto de la enunciación. Podría ser una estrategia de valorización del dp afirmar que la verdad nace del hecho de que el sujeto la garantiza con su presencia en el enunciado: “Desde el 13 de junio el pedido de armisticio era inevitable. Esta derrota nos ha sorprendido. ¿Por qué acordarse de 1914 o de 1918? Empezamos a buscar las razones. Y yo se las diré” (Pétain 20/6/40). El acto de garantía se pone como elección importante y como medio para valorizar el dp: “Yo pienso que, si la estadística de la DC es exacta, el proletariado hoy no sabe por qué se lo llama a las urnas tres años después” (“Autonomía Obrera”, *Il Quotidiano dei lavoratori*, 1/5/79). O bien: “Y entonces aseguro que, cuando digo estas cosas, no trato de desafiar a ninguno de los amigos” (Aldo Moro, Discurso a los grupos parlamentarios de la DC, 28/2/78).

Sería interesante estudiar los modos de aparición del sujeto en el texto correlacionándolo con el contenido manifiesto para examinar las técnicas de optimización del contrato enunciativo. Es la posibilidad de presentar la instancia enunciativa “yo”, de cancelarla, pero también de presentarla en tercera persona como en el caso: “El PC ha dicho claramente por qué pide votos: para poder dar vida a un gobierno de efectiva solidaridad” (*Rinascita* 27/4/79). Se trata de ver cuándo el sujeto se siente en la obligación de decir “yo”, presentándose como un sujeto que garantiza el enunciado, y cuándo en cambio considera que puede prescindir sirviéndose de la *delegación*.

Existen diferentes tipos de delegación recíproca entre enunciador y enunciatario, reflexiva o transitiva como en el ejemplo: “Permítaseme decir que, con evidente exceso, se ha proyectado, bajo el perfil de la moralidad, el caso Italia casi como único” (Aldo Moro, Discurso a las Cámaras, 9/3/77), que es un caso de *delegación transitiva*, como también: “Permítaseme hacer referencia directa a” (*Rinascita* 27/4/79). Para el caso de una *delegación reflexiva* en los ejemplos: “En este punto considero necesario” y “Quisiera hacer observar, sobre todo, que la creciente complejidad de la estructura social italiana vuelve difícil definir” (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79).

3.2 Generalmente subyace en el dp una estructura modal de tipo *veridictivo*, y en este sentido el discurso se presenta como verdadero y como tal debe ser aceptado. En esta perspectiva el dp asume la forma de un *contrato fiduciario* entre enunciador y destinatario que implica dos operaciones: un *hacer persuasivo* por parte del enunciante y un *hacer interpretativo* por parte del destinatario. Ambos discursos cognitivos que manipulan un “saber hacer” re-

presentan los rasgos preliminares de *un intercambio* que tiene como objetivo el establecimiento de un contrato. Si la verdad (Greimas 1970) no es un efecto de significado, su producción consiste en un *hacer-parecer-verdadero*, y la adhesión del destinatario está condicionada no a los *valores axiológicos* postulados sino al *tipo de representación* del hacer persuasivo del enunciante.

El problema de la veridicción no solamente implica al sujeto empeñado en “decir la verdad” sino que *programa la lectura* del destinatario al cual este saber está dirigido. Las modalidades de veridicción no escapan a la verdad, falsedad, secreto o mentira que circulan en el interior del dp y organizan la transmisión de un saber. A su vez el saber del sujeto de la enunciación se encuentra modalizado en verdadero/falso, secreto/mentira, en relación con una aserción de existencia; la verdad aparece como una *modelización* de la aserción que puede consolidarse con la *creencia* del sujeto enunciativo.

3.3 Se debe también tener presente, en las estrategias de comunicación del discurso, el “corte de la información”, es decir, el conjunto de las operaciones (condensaciones, expansiones) cumplidas para acumular un cierto tipo de saber dentro del discurso mismo. Todo texto reenvía generalmente a un saber reconocido sobre el mundo, que se inscribe en el interior del propio discurso (*anáfora semántica*). Pero aun más interesante no es sólo dar informaciones sino su modalización según el saber (“sabemos bien que”). Se presupone que entre el enunciador y el destinatario se instaura una especie de *contrato cognitivo* sobre los discursos-objetos que se están transmitiendo, para imponer un saber compartido, aunque de hecho sabemos que no lo es.

Esto significa que un aparente reenvío a un saber definido constituye en realidad una imposición de fuerza en el interior del discurso que genera un sistema de expectativas (*anáfora cognitiva*). Como en el ejemplo “Sabemos bien que esta obra de salvaguarda del orden y de la seguridad democrática es difícil y compleja” (*Rinascita* 27/4/79). O también en: “Sabemos que el sistema de préstamos se reveló impracticable, como sólo un pesimista hubiera podido preverlo” (Aldo Moro, Discurso a las Cámaras, 9/3/77) y en: “Se dice y se recalca –aun en el exterior– que Italia manifiesta capacidades a menudo imprevistas de recuperación. Es verdad. Se lo ha constatado” (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79).

3.4 El estudio de la enunciación se refiere a los rasgos lingüísticos presentes en el texto que caracterizan la presencia del enunciador y del destinatario. El dp no solamente construye en el interior del texto la imagen del que habla sino que programa también la presencia de una instancia receptora, utilizando técnicas que activan un contrato de transmisión. En este sentido el

dp no se limita únicamente a comunicar una información sino a programar la figura del oyente correcto, imagen a la que se puede o no adherir. El discurso se vuelve entonces un proceso en el cual permanentemente se están dando instrucciones para escuchar “bien”; y así el dp valoriza uno de sus contenidos a través de la estrategia enunciativa: “no han entendido”. En otros términos, existen ya a nivel enunciativo, estrategias complejas, lingüísticamente marcadas, que permiten ver cómo el dp define la posición del sujeto enunciativo, define recíprocamente el yo/tú y los manipula.

Esta problemática se sitúa en un análisis más complejo de las *figuras de autoridad* y de la *manipulación*, en cuanto un *hacer-hacer*, correspondiente a una estructura modal de tipo *factivo*, y a una estructura contractual en la que el enunciador empuja al destinatario hacia una determinada posición (no poder no hacer) al punto que se sienta obligado a aceptar el contrato propuesto. Como por ejemplo “Nosotros podemos decir, entonces, que es inútil y políticamente inoportuno hacer, por cierto teniendo presente lo que ha venido sucediendo hasta ahora” y “debemos entonces juzgar, formular aquel primer juicio que se expresa en un acto de acusación” porque “podemos y debemos estimar los pros y los contras de este debate” (Aldo Moro, Discurso a las Cámaras, 9/3/77). Si el destinatario conjuga “no poder no hacer” con un “deber hacer”, tendremos la *provocación*; si en cambio conjuga un “no poder no hacer” con un “querer hacer” se tratará de la *seducción*.

3.5 Los contratos de tipo enunciativo consienten la *repartición discursiva*; en este sentido las configuraciones enunciativas permiten examinar cuándo el hablante decide terminar el discurso y pasar a otro tema, en qué modo la enunciación reparte la programación discursiva: “En este punto me permito recordarles que”. “En este punto era de veras una pretensión absurda que el PCI volviera a ser parte de la mayoría” (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79); “Es aquí donde el discurso vuelve a la política y a la acción” (*Rinascita* 27/4/79); “Esta es una cosa importante, y debemos repetirla en este momento, porque es importante para ahora y es importante para después, porque es un deber recíproco [...] hacer comprender” (Aldo Moro, Discurso a los grupos parlamentarios, 28/2/78).

Se trata de estrategias que consienten la formación de contratos simulados, sirviéndose de una pedagogía o de un carisma, y además repartir el discurso mismo en su *hacer*. El discurso entonces reparte unidades cognitivas sobre las que opera una modelización que tiene la fuerza de establecer un contrato cognitivo sobre el discurso mismo, y por esto el dp no es sólo el lugar de la transmisión de la información sino también el de su transformación.

4. CONSTRUCCIÓN DE LA COMPETENCIA POLÍTICA

4.1 El análisis de las estrategias enunciativas deja abierta la posibilidad de explorar hipótesis interesantes sobre *tácticas actanciales y modales* que intervienen en el interior del discurso. Sería interesante ver cómo se puede programar el juego enunciativo de la *delegación*. Existen tipos de discurso en los cuales se apela continuamente a una delegación, por ejemplo, a la opinión pública; por otra parte puede haber caracterizaciones de delegaciones recíprocas entre enunciador y enunciatario que permiten definir configuraciones (Landowski 1980). Una de las tendencias del dp es la de volver implícitas las oposiciones axiológicas del enunciador proyectándolas en esquemas narrativos en los cuales el sujeto delega a los actantes la asunción de valores axiológicos mientras no se niega a mostrar su toma de posición epistémica (certeza, duda, etcétera).

4.2 Existen modalidades llamadas *epistémicas* que sirven para afirmar la verdad o la falsedad de una proposición, y modalidades *axiológicas* que se proponen como paradigmas de valores. los cuales operan transformaciones de *isotropía modal* en el interior del discurso mismo. Veamos algunos ejemplos de modalidades epistémicas: “Es tal vez en el plano de la política donde la construcción europea tiene más importancia” (Pompidou 11/4/72); “Es evidente que el primer responsable es el gobierno” (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79); “Tal vez no se ha discutido suficientemente acerca de cómo una ‘expansión’ semejante ha producido objetivos, modos de hacer política con respecto a lo que se había caracterizado como” (*Rinascita* 4/5/79).

La estructura axiológica del enunciado permite valorizar algunas instancias del discurso respecto de otras, como en el ejemplo: “Sobre la autoridad debe fundarse la verdadera libertad” (Pétain, Mensaje del 8/7/41); “El PCI ha asumido lealmente los compromisos derivados de la mayoría [...] pero con igual firmeza ha declarado no tener más confianza en el Gobierno” (*Rinascita*, 27/4/79).

El discurso no es entonces sólo el lugar de modalizaciones fijas sino un proceso de transformaciones modales que establece y activa las técnicas de circulación de las obligaciones y de los deberes en los discursos del poder.

Una de las modalidades que definen la competencia política es la de tipo *factitivo* (hacer creer, hacer saber, hacer querer, poder hacer). Se trata de una fuerza en el interior del discurso que, además de activar y optimizar el contrato enunciativo, modeliza los elementos que se hallan presentes. De este modo el discurso consiste no sólo en un conjunto de proposiciones sino también en un conjunto de *acciones* de fuerza que llevan indicadores, algunas

veces verificables en el interior del texto, como en el ejemplo: “Los partidos, democristianos, socialistas y socialdemócratas europeos, tratan de llenar con programas genéricos comunes las profundas diferencias que existen entre ellos sobre el poder [...] nosotros, los comunistas italianos debemos seguir” (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79); o bien: “Conservamos nuestra fisonomía y nuestra unión. los que creen que hacen bien desuniendo, dividiendo las fuerzas, que sepan lo que hacen [...] estoy seguro de que ninguno de nosotros lo hará, que nosotros estaremos juntos” (Aldo Moro, Discurso a los grupos parlamentarios, 28/2/78).

Siendo el dp un discurso *polémico conflictual* es también el lugar de ambigüedad de la fuerza ilocutoria, es decir, de los presupuestos subyacentes en la enunciación como en los casos: “¡Es hora de cambiar! ¡Es posible cambiar!” o “El mundo va hacia la izquierda”. Se trata de ver cómo se construye la competencia política, es decir, en qué modo las estrategias de persuasión política se combinan con actos y movidas tácticas modelizantes. Es posible oponer dos tipos de modalidades: *de la enunciación* y *del enunciado*. Las primeras definen las modalidades en relación con el sujeto hablante y caracterizan la forma de la comunicación entre enunciador y destinatario (imperativa, declarativa, interrogativa, etc.). Las segundas hacen referencia al sujeto del enunciado y caracterizan el modo como el sujeto sitúa la proposición con respecto a la verdad, necesidad, posibilidad o los juicios de valor, como en los ejemplos: “si no hacen así habrá una crisis” o “Si no hubiéramos sabido cambiar nuestra táctica, nuestra acción, cuando era el momento de hacerlo, no habríamos podido sostener durante más de treinta años la gestión de la vida política del país” (Aldo Moro, Discurso a los grupos parlamentarios, 28/2/78).

La manipulación modal sobreviene cuando se afirma la verdad, la falsedad o el carácter secreto o falaz de un enunciado. Las mismas categorías pueden combinarse con tácticas de simulación. Según el análisis intuitivo que realiza John Austin (1962), el concepto de *enunciación performativa* revela un aspecto particular de la fuerza ilocutiva de una enunciación, en el sentido de que explícita la intención que la preside; en esta perspectiva el análisis performativo, en el interior de tácticas actanciales, en las delegaciones, en los contratos y en los conflictos, puede aportar clarificaciones útiles a la función del “hacer enunciativo” del actante. De este modo la función de una enunciación performativa reside, en primer lugar, en la puesta en escena ficcional de un actante que se define a través de una serie de actos en el discurso.

Otro problema es el que se refiere a la fuerza específica del dp, y en particular a la instauración de un contrato de *desconfianza transmisiva*, que es típico de los discursos persuasivos. Veamos los ejemplos: “Y bien, frente

a esto, nosotros, queridos amigos, que hablamos con nuestros electores, debemos sencillamente recordar, sin polémicas inútiles, que la decisión de aislarse entre la DC y el PCI" (Aldo Moro, Discurso a los grupos parlamentarios, 28/2/78); "En este punto me pregunto' o bien "Esta atención podrá parecer contradictoria [...] pero en cambio es" (*Rinascita*, 27/4/79); en ellos se presupone que la persona que escucha y de la cual somos el órgano representativo sea una persona que debe ser sostenida en el esfuerzo de escucharnos. El dp no se limita solamente a cumplir con una serie de operaciones para tener un canal abierto, sino que construye la competencia para *aceptar* el discurso, existe la posibilidad de demostrar que el dp tiene temor de cansar al otro. Se puede verificar también una *presuposición de credibilidad*, por la cual el hablante no hace ningún esfuerzo para llamar la atención de sus oyentes.

Es posible, en el interior de un discurso polémico, imponer a una frase que tiene una cierta fuerza, una nueva fuerza ilocutiva. Y esto favorece las falsas interpretaciones del discurso. Con respecto al discurso de la ideología, no se trata de representaciones incorrectas o deformadas, sino de una lucha de imposiciones de fuerzas, a la cual el dp no puede sustraerse.

5. MODALIDAD DEL PODER Y FIGURAS DE AUTORIDAD

Un componente estratégico del dp es el sistema de articulaciones semánticas que corresponden a la modalidad del *poder*. Existen dos tipos de poder: el poder institucional que está fuera del discurso y el "poder" que se instaura como modalidad dentro del discurso. El problema es entonces el de la puesta en escena textual de la conquista del poder por parte de un sujeto que trata de vencer a su adversario. En esta perspectiva el poder se vuelve un valor que ni se pierde ni se gana de una vez para siempre, sino que es susceptible de soportar una serie de *pruebas* en el interior del texto. Como en el discurso pedagógico, también en el dp es posible verificar la conjunción de un sujeto con la modalidad del poder, y en tal sentido las circulaciones de esta modalidad y sus configuraciones en el interior del texto podrían ser uno de los criterios posibles de la definición del poder. Veamos los ejemplos: "No puedo cumplir mi mandato si ustedes no lo delegan y lo confirman con un voto; [...] los comunistas pueden y deben dar a este movimiento su contribución activa, como hacedores de una dirección determinada" (Togliatti en *Rinascita* 3/3/57); o bien: "Hago donación a Francia de mi persona para atenuar la desventura" (Petain, Apelación del 17/6/40); y también "tengo la confianza, con la ayuda de vuestro consenso, con la guía inteligente de la di-

rección que refleja vuestras propias opiniones" (Aldo Moro, Discurso a los grupos parlamentarios 28/2/78). El estudio de estas configuraciones y de las figuras de autoridad permite investigaciones sobre las modalidades de reconocimiento que podrían dar definiciones muy interesantes sobre la legitimidad, la autoridad y el carisma y también proporcionar clarificaciones sobre las técnicas de manipulación y de sanción.

A menudo en el dp la toma de posición epistémica del sujeto enunciatario sirve para *sancionar* un tipo de discurso referencial con respecto al enunciatario (a veces positivamente y otras negativamente). Aparece entonces en la isotopía discursiva el *componente polémico*, que regula el enfrentamiento con los que detentan el "saber político", cuyas *performances* cognitivas son directamente objeto de acusaciones. En el dp se utilizan pequeñas estrategias que hacen referencia a presuposiciones sobre las competencias de los candidatos y que requieren aprobación. Tal vez se podría definir el *poder de sanción* a partir de las estrategias internas y del "hacer" del sujeto enunciatario, que trata de valorizar su *performance* y de subrayar su conformidad con el programa establecido, como en los siguientes ejemplos: "Muchos creen que [...] pero yo sé que", o bien "Hemos tomado nota de que la mayoría se había ya disuelto [...] la verdad es que no obstante" (Berlinguer, XV Congreso del PCI, 31/3/79); "Existe el riesgo de una inadmisibles politización y otro aun más grave: que se considere que nuestro comportamiento haya sido influido por razones particulares [...] yo creo, sin por esto empeñar a mi partido, que debemos" (Aldo Moro, Discurso a las Cámaras, 9/3/77).

El problema embarazoso es que no hay ninguna especificidad del dp, si la especificidad es la discusión sobre el poder, porque precisamente esta modalidad es típica de toda clase de discurso; nos preguntamos entonces si es posible una sintaxis de circulación de modalidades concretas del poder en el interior de un discurso político.

La función del *confrontarse de poderes* no representa sólo una indicación sobre la cantidad de poder que se tiene en relación con el otro, sino que dice directamente si es posible tener más poder que los otros. Los protagonistas no se miden uno con el otro: operan cada uno sobre una modalidad diferente (un tipo de poder o de saber); independientemente de cómo se orienta la relación entre los actantes, se alcanzan generalmente dos categorías: la *interdicción* de contrariar las decisiones tomadas por la autoridad que ejerce el poder, y la *prescripción* de asumir la responsabilidad del poder, es decir de alcanzar los objetivos preestablecidos. Este doble imperativo es susceptible de regir cualquier relación entre figuras de autoridad, también en otro tipo de discurso.

6. LA PASIÓN POLÍTICA: EL ACTO LINGÜÍSTICO Y SUS PATEMAS

Los actos lingüísticos presentan el problema de la posibilidad, para el enunciador, de decir algo con una cierta intención (pero queriendo decir otra cosa) para provocar efectos en los receptores. En el plano semiosintáctico es necesario construir un aparato que incluya no sólo una teoría del acto de habla sino también los principios de cooperación (Grice 1970); las manipulaciones cognitivas que se realizan entre los actantes, la capacidad para extraer inferencias, la capacidad de producir consecuencias perlocutorias (Austin 1962) y finalmente la de provocar una serie de *patemas*. De este modo el acto de convencer, de persuadir (seducción, provocación, intimidación...) puede alcanzar su objetivo sin tener una consecuencia perlocutoria, generando pasiones, o puede faltar a su objetivo pero provocar igualmente patemas imprevistos. Por ejemplo puede no convencer de la verdad o falsedad de una opinión pero pedir y obtener la confianza en un determinado programa, como en el ejemplo del discurso de Aldo Moro: "Pero yo tengo la confianza, con la ayuda de vuestro consenso, con la guía inteligente de la dirección que refleja vuestras propias opiniones [...] de poder imaginar un oportuno acuerdo" (Aldo Moro, 28/2/78).

Los actos ilocutivos realizados por el enunciador (llamada, orden, promesa, amenaza...) se caracterizan por la posibilidad de a) conjugar al sujeto enunciador con la adquisición (positiva o negativa) de modalidades que construyan su competencia; b) conjugar al sujeto enunciatario con la obligación de seguir el acto (deber hacer saber; deber hacer creer) y probablemente indiquen las correlaciones entre el *recorrido modal* y el *recorrido pasional* tanto del enunciado como de la enunciación. Es necesario examinar la función activa y pasiva de la enunciación política para poder determinar aquellas transformaciones de estado del sujeto alcanzado por el "afecto" de la acción de otro sujeto (confianza/desconfianza; miedo/seguridad; interés/apatía; distancia/solidaridad...). Probablemente el segundo sujeto actuará en un cierto modo según el tipo de configuración pasional en la que se encuentre.

Se trata de discernir en el texto la programación discursiva del *impacto emotivo*, y de localizar los rasgos formales de la "pasión" enunciada en su doble manifestación: "enunciante" (P1), marcada por la isotopía de superficie del texto; y "enunciada" (P2), producida por los procedimientos discursivos. Y es tal vez en esta dirección que se podría analizar la interfaz entre el mecanismo ilocutorio y el perlocutorio. Los roles actanciales inscriptos en el texto representan el lugar de las transformaciones del discurso y del modo como el accionar lingüístico se correlaciona con tipos de pasiones que orientan a su vez la interpretación discursiva. No es suficiente entender el "poder" como

una modalidad del "hacer" (poder hacer, deber hacer, saber hacer) sino que hay que definirlo en términos de modalidad de *estado*, "ser", e interrogarse sobre el impacto emotivo cuando se presentan por ejemplo delegaciones de poder, cuando se juzgan las acciones de los otros o cuando se dan garantías para superar las crisis. El ejemplo del discurso de Aldo Moro lo muestra claramente: "Tenemos adelante a hombres y *debemos saber* evaluar, con el mismo escrúpulo, con la misma distancia, con el mismo rigor que caracterizan al ejercicio de la jurisprudencia" (Aldo Moro, Discurso a las Cámaras, 9/3/77).
¿Cuál es la situación de poder? Se podría llamar la atención sobre qué efectos de sentido provocan las atribuciones de una modalidad particular, por ejemplo, la pertinencia con la cual al "no poder hacer" corresponde un estado de frustración, mientras que con el "poder hacer" se corresponde un estado de satisfacción. Los recorridos pasionales existen y se programan en el texto, si bien nuevas informaciones o intersecciones entre los diferentes recorridos modales pueden eventualmente destruirlos o aportarles distintos niveles de intensidad. El ejemplo siguiente lo demuestra: "Hoy digo que la vía del Partido Comunista es una vía, digamos, desesperada. Hoy hay dos desesperaciones en Italia: la de los burócratas comunistas y la de los jóvenes con la P38 y las jeringas" (Entrevista con Marco Pannella, junio de 1979).

En la taxonomía de los discursos (didáctico, científico, publicitario) el dp tiene la modalidad, común a otros discursos persuasivos, de ser un discurso de "agitación", es decir que trata de vencer la indiferencia, la apatía, de programar las pasiones con las cuales quiere ser escuchado. Las instrucciones de un *contrato fiduciario* revelan categorías que no son exclusivamente sintácticas, porque las condiciones esenciales de este contrato están fundadas en la "voluntad". De tal modo "conservador", "radical" u "oposición" expresan verdaderas pasiones discursivizadas y no sólo categorías cognitivas del ámbito político.

Como el dp está empeñado en la creación de un actante colectivo y no individual, se generan también pasiones colectivas, como la solidaridad, la distancia, el compromiso, la movilización... Todo sistema simbólico tiene sus recorridos pasionales, sus connotaciones y sus resistencias; la resistencia contra la cual lucha el dp no es sólo de contenido sino fundamentalmente modal, donde, según ya hemos dicho, el sentido del "deber" y del "poder" se entienden no como una competencia del hacer político sino como estados de la pasión política.

CONCLUSIONES

1. El mecanismo de la manipulación representa la puesta en escena de un proceso productivo del saber entendido como un "hacer cognitivo", sea como un "hacer saber", sea como objeto adquirido por el destinatario. El discurso comporta entonces una doble función: representa un "hacer" pero también un "hacer saber", es decir, un proceso acumulativo de producción y de transmisión. Diferentes operaciones modalizantes representan, en el interior del discurso, sistemas de regulación y de mediación de modo que la organización textual es susceptible de transformar el papel del discurso y de adquirir significaciones diferentes. Puede resultar significativo para un microanálisis de la manipulación y del discurso cognitivo incluir una descripción del modelo persuasivo y del modelo interpretativo y circunscribir el objeto de análisis al programa del sujeto modalizado en un "deber hacer saber/hacer querer".

2. La estructura contractual del dp muestra la amplitud programática de la estrategia de los valores de los actantes, empeñados en un "poder" y "saber hacer". El carácter polémico de estos componentes estratégicos podría ser analizado en las relaciones de *consenso* y *conflicto* entre los roles, relaciones que permiten individualizar las puestas en escena de los sujetos del poder con respecto a los valores postulados: conjunciones, compatibilidades, dependencias, representaciones, asociaciones, disyunciones, hostilidades, rivalidades, disuasiones...

3. Una perspectiva semiolingüística del dp debe evaluar no sólo los diferentes tipos de compromiso del sujeto de la enunciación, sino también el conjunto de reglas a las que está subordinado. Es posible individualizar una graduación entre el "deber hacer" (*hacer deóntico*), entendido como contrapartida de un contrato entre los actantes de tipo imperativo, en el cual el "querer hacer" del sujeto se encuentra en conjunción con un "deber hacer". Así se pueden recuperar, en el plano interpretativo, expresiones como "ocurrir", "es necesario", "se debe", "es verdad que", en las cuales la *necesidad* constituye una forma del "deber" y el resultado de un mecanismo de *débrayage* actancial que vuelve impersonal al discurso; y representa asimismo el lugar en el que el sujeto de la enunciación programa su discurso y proyecta las reglas de organización bajo la forma de pruebas, obstáculos, instrucciones, sugerencias que incluyen el ámbito del "no poder no hacer" hasta el "deber hacer".

4. El análisis de microprocesos que constituyen la organización textual del dp sugiere un estudio sobre *las reglas de aplicación de las reglas*, un análisis no sólo de las modalidades de organización de las prácticas discursivas sino también sobre la práctica social, sobre las condiciones y restricciones en

las que se programan los discursos para conservar el poder. El estudio de las modalidades de "poder" y de "saber", características de todo discurso persuasivo, es la premisa de un análisis más amplio sobre otras modalidades, como "querer", "deber" y "creer", sobre las remodelizaciones y combinaciones entre modalidades. No sólo el poder funciona en el sentido de su propio mantenimiento, sino que tiende a una organización más estable, no sólo de macroestructuras de las instituciones sino de reglas de aplicación de microestructuras.

5. La estructura poética del dp puede ser el resultado de una composición heterogénea de múltiples niveles, de diferentes modalidades de intervención hacia un objetivo determinado, no siempre coordinadas por un sujeto unitario sino recorridas por una serie de instancias que se pueden individualizar a posteriori. Se trataría de estudiar cómo las acciones (poder hacer, deber hacer, querer hacer) se conjugan en un conjunto de actividades "pasionales" que constituyen la base del funcionamiento del discurso provocatorio, conflictivo, de agitación. Un análisis más profundo y una más clara valorización de los objetos que están en cuestión permitirán elaborar técnicas de optimización de un programa basado en la evaluación/sanción/pasión/acción, y reflexionar sobre el modo en que cada una de estas categorías influye, determina o regula a las otras.

Traducción de Lucrecia Escudero Chauvel

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUSTIN, J. L. (1962) *How to do things with words*. Oxford: Clarendon.
 DUCROT, O. (1978) "Enunciazione" en *Enciclopedia*. Vol 5. Turín: Einaudi.
 FOUCAULT, M. (1970) *L'ordre du discours*. París: Gallimard.
 GREIMAS, A. J. (1970) *Du sens*. París: Seuil.
 GRICE, H. P. (1970) "Logic and conversation" en *Syntax and semantics 3, Speech Acts*, de P. Cole y J. L. Morgan (eds.). Nueva York: Academic Press.
 LANDOWSKI, E. (1980) "L'opinion publique et ses porte-parole" en *Actes Sémiotiques - Documents*, 12.

ABSTRACT

This article takes a detailed look at some of the most important semiotic categories to describe political discourse. Modalities as "can", "know", "would" and "ought to" are integrated in a strategic perspective. This kind of discourse can be analyzed in a textual perspective, which must include—in Austin's theory—the speech acts, the performative linguistics acts, and the illocutionary force. Performance and competencies of the political actors are shown. Political statements are the result of a series of semiotic interactions, in order to manipulate, seduce and convince the audience. The construction of legitimacy and authority is the result of a complex discourse strategy.

Paolo Fabbri es profesor de Semiótica del Arte en el Instituto de Disciplinas de Arte, Música y Espectáculo (DAMS) de la Universidad de Bolonia, del cual es su director. Trabajó durante muchos años en París con A. J. Greimas en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Ha sido profesor en las universidades de Florencia, Urbino, Palermo y en numerosas universidades norteamericanas y latinoamericanas. Dirigió el Instituto Cultural Italiano en París. Entre sus publicaciones: *Tácticas de los signos* (Barcelona: Gedisa, 1996), y *El giro semiótico* (Barcelona: Gedisa, 2000). E-mail: p.fabbri@infotel.it

Aurelia Marcarino es semiolingüista y profesora en la Universidad de Urbino. E-mail: semiotica@bib.uniurb.it

NACIÓN Y ESPACIO COMUNICATIVO

PHILIP SCHLESINGER

1. INTRODUCCIÓN

Este ensayo explora una línea de argumentación en la teoría social y política. En el esquema que sigue, esbozo una línea de filiación subyacente que, durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, se extiende desde la teoría de la comunicación social de Karl Deutsch a la esfera pública de Habermas y concluye en la reflexión de Manuel Castells sobre las sociedades informatizadas.¹ A pesar de la diversidad de lenguajes conceptuales utilizados en tan influyente cuerpo de trabajos, hay presuposiciones subyacentes periódicas sobre la forma en que puede teorizarse la relación entre nación y comunicación.

La perspectiva de las "comunicaciones sociales" posee sin duda un valor heurístico considerable. Parece ser un punto de partida casi fijo para un grupo de académicos que se preocupan por los modos en que se constituyen los espacios comunicativos nacionales. Podría agregarse, en efecto, que las ideas provenientes de esta perspectiva parecen inspirar gran parte del pensamiento diario y las presuposiciones de las políticas gubernamentales sobre la nacionalidad (*nationality*) y el sentimiento de pertenencia a una nación (*nationhood*).*

* El autor distingue dos términos: *nationality*, la nacionalidad como definición po-

En esta perspectiva el acento recae en la relación, altamente funcional, entre la nación y los modos de comunicación social. Consciente o inconscientemente, el pensamiento en comunicación social es una expresión de la geografía cultural de la nación-estado en un mundo de estados soberanos. Su funcionalismo produce la imagen de una comunidad comunicativa fuertemente cohesionada. Este concepto requiere ser revisado dada la creciente atención prestada a la "globalización" de la comunicación, especialmente los flujos de información que evaden fronteras, resultantes de la rápida transformación de los medios electrónicos y de las tecnologías de la información y de la comunicación.

Sin embargo, la nueva ola de inquietud por la interconexión global ¿no debería hacernos percibir en este momento al mundo como definitivamente "posnacional"? Los lazos todavía fuertes entre la comunicación social y los espacios políticos nacionales siguen siendo fundamentales para las nociones de identidad colectiva. Si el pensamiento sobre las comunicaciones sociales ha de adaptarse productivamente a circunstancias cambiantes, necesita ahora ofrecer un abordaje explicativo de las evidentes contradicciones entre los varios niveles de cultura e identidad que tienden a separar Estado y nación. Este punto se puede ilustrar con la teorización reciente acerca de la Unión Europea (UE).

2. LA NACIÓN Y LA COMUNICACIÓN SOCIAL

Karl W. Deutsch (1953) articuló una de las teorizaciones más explícitas y amplias sobre el papel de la comunicación en el nacionalismo. Su trabajo teórico en *Nationalism and Social Communication* —paradójicamente poco leído en estos días aunque mágicamente invocado a modo de rutina— está marcado por el final del colonialismo europeo, el reconocimiento de las migraciones forzadas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial y los dramáticos conflictos nacionales en el subcontinente Índico y el Cercano Oriente. La preocupación por el nazismo como ejemplo de un nacionalismo

lítica y *nationhood*, neologismo de difícil traducción al español. Haciendo un paralelismo con otros sustantivos terminados en *-hood* (como *motherhood*, maternidad o *brotherhood*, hermandad), he optado por traducirlo como 'sentimiento de pertenencia a una nación', dejando el original inglés entre paréntesis para señalar la diferencia con el primer vocablo. Aun cuando no se explicita, he seguido la misma política con otros neologismos siempre que la estructura morfológica del español lo permitiera. [T.]

equivocado está siempre presente en el texto. La deportación y el aniquilamiento de la mayor parte de los judíos europeos se contraponen a la apreciación de los Estados Unidos como un país relativamente exitoso en la asimilación de inmigrantes. Deutsch provee una entrada desde el punto de vista del exiliado sobre el tópico y busca iluminar "algunas de las condiciones y prospectos de la integración nacional o supranacional" (Deutsch 1966: 189).

Dada su profunda sensibilidad post-Habsburgos, admite como una cuestión de hecho que los "pueblos" pueden convertirse en "naciones" a medida que el espacio político es redibujado. Este sentido de una geopolítica en proceso de cambio, de la extensa no coincidencia entre estados y naciones, es extremadamente relevante para la Europa de hoy. En su introducción a la segunda edición de *Nationalism and Social Communication*, Deutsch (1966: 4) resaltaba un tema cardinal que continúa siendo pertinente para el debate actual: observaba que la nación-estado era "aún el principal instrumento político para lograr que las cosas se hagan" y subrayaba su perspectiva de que la integración supranacional tiene límites inherentes dada la elasticidad de la nacionalidad.

La proposición principal de la teoría de Deutsch es que: "El aspecto esencial de la unidad de un pueblo [...] es la complementariedad o la eficacia relativa de la comunicación entre individuos, algo de alguna manera similar al *entendimiento mutuo*, pero en una escala más amplia" (1966: 188; el subrayado es mío). Deutsch ve en un "pueblo" las bases para la formación de la nacionalidad (*nationality*). Esta, a su vez, es distinta del sentimiento de pertenencia a una nación-estado (*nation-statehood*), en el que la soberanía política está atada a la búsqueda de cohesión de un grupo y a la continuidad de su identidad.

Para Deutsch (1966: 75) el ejercicio eventual del poder nacional depende de "la estructura relativamente coherente y estable de recuerdos, hábitos y valores", los que a su vez "dependen de las facilidades existentes para la comunicación social, tanto del pasado al presente como entre contemporáneos".

La "comunicación social" es así entendida en un sentido muy amplio: se acerca a una noción antropológica abarcativa de cultura como modo de vida, un modo de ser sostenido interactivamente que integra un pueblo dado y lo provee de singularidad (Deutsch 1966: 96-97). Esa idea está representada como principio de coherencia de una comunidad y tiene como base las "facilidades para acumular, recordar y recombinar información, canales para su disseminación e interacción, y facilidades para derivar nueva información" (Deutsch 1966: 75). Ampliamente influida por los pioneros de la teoría de la información, y después de haber sido considerada bastante fuera de moda por

algunos años, la terminología de Deutsch tiene, a medio siglo de su formulación, una sorprendente contemporaneidad en la era de la así llamada Sociedad de la Información.

La teoría de la comunicación social abarca los modos en que los grupos socioculturales se aglutinan y cómo las formas de cohesión afectan a las instituciones y a la interacción sociocultural. La integración comunicativa es particularmente significativa dado que produce la clausura social. En consecuencia Deutsch acentría la conocida distinción sociológica entre “comunidad” y “sociedad”, agudamente consciente de que una sociedad puede contener comunidades etnoculturales bastante diferentes que se hablan a sí mismas y que por lo tanto no pueden encontrar un código englobante común, o un modo de comunicación social.

La idea central es que las naciones y los estados-naciones están fuertemente unidos por sus estructuras sociales de interacción comunicativas. “Los pueblos se mantienen unidos *desde adentro* por la eficacia comunicativa, la complementariedad de las facilidades comunicativas adquiridas por sus miembros” (1966: 98). La nacionalidad se vuelve por lo tanto una función objetiva de la competencia y la pertenencia comunicativa. Aun cuando Deutsch reconoce el lugar analítico de ideas tales como “conciencia nacional” o “voluntad nacional”, el nivel simbólico de la conciencia de sí (*self-awareness*) —lo que hoy en día se denominaría “identidad nacional”— es visto como resultado de la cohesión estructural que se obtiene a través de la comunicación social.

Una implicación fundamental es que las prácticas comunicativas de las naciones llevan a la exclusión de los extranjeros. La “complementariedad étnica” (que para Deutsch, en sentido amplio, se equipara con nacionalidad) establece “barreras comunicativas” y engendra “fallas marcadas (*marked gaps*) en la eficacia de la comunicación” relativa a otros grupos (1966: 100). Si bien algunas naciones —aquellas basadas en la inmigración y la tendencia a la asimilación— se adaptan a la integración de nuevos miembros, otras pueden arrojar el proceso en sentido inverso hacia la expulsión o incluso el exterminio.

Otra consecuencia es que la creación de colectividades más amplias, a través de arreglos políticos supranacionales tales como federaciones o confederaciones, es inherentemente difícil de alcanzar, en especial porque la complementariedad comunicativa es débil o no existe. En una anticipación negativa de la tecnoutopía de la aldea global, Deutsch argumenta que la construcción de un sistema universal de comunicaciones resulta imposible en un mundo no uniforme (1966: 176).

Esta concepción funcionalista de la integración cultural posee una debilidad decisiva cuando el nivel de análisis es proyectado *fuera* del estado-nación. No hay principio general para analizar la interacción entre comunidades co-

municativas, para evaluar las corrientes culturales y comunicativas en un sistema global —cuestiones de un interés central hoy en día para los estudios culturales y de medios— en la medida en que el interés teórico no radica allí. La teoría de la comunicación social es por lo tanto *internalista*. En el fondo trata sobre el modo como las prácticas culturales y comunicativas compartidas fortalecen la identidad de un grupo a través de la creación de fronteras.

3. CULTURAS “ALTAS”, COMUNIDADES IMAGINADAS, NACIONALISMOS TRIVIALES

La concepción de la comunicación social subyacente en el trabajo de Deutsch —aunque no su lenguaje teórico— sigue fuertemente viva, la mayor parte de las veces apenas reconocida, en varios trabajos contemporáneos, tales como *Nations and Nationalism* (1983) de Ernest Gellner, que se ha convertido en la estrella guía de la concepción “modernista” del nacionalismo.²

Gellner argumenta que la formación de los estados-naciones es el resultado inevitable de la industrialización, con su concomitante compleja división del trabajo. Las relaciones sociales creadas por la sociedad industrial implican que para funcionar de manera eficaz uno debe ser capaz de realizar cualquier cosa, en principio, y esto requiere de un “entrenamiento general”. Esta transmisión de *know-how* necesita un sistema educativo universal, estandarizado, que utilice un medio lingüístico también estandarizado. Este proceso trae aparejado un “ajuste profundo de la relación entre política y cultura”, específicamente del nacionalismo, que es “la organización de los grupos humanos en grupos amplios, educados centralmente y culturalmente homogéneos” (Gellner 1983: 35). La teoría de Gellner, entonces, conecta el motor explicativo de la industrialización con una concepción esencialmente deutchiana de la comunicación social.

Gellner considera a la cultura como “el estilo de conducta y comunicación distintivo de una comunidad dada”, que en el mundo moderno toma la forma modal del estado-nación. Para los miembros de tales formaciones políticas “la cultura es ahora el medio necesariamente compartido” (1983: 37-38). Las barreras culturales son definidas por las culturas nacionales; estas difunden una “cultura alta” letrada, en la que el agente clave es el sistema educativo nacional. En este recuento, la cultura de una nación se identifica en un sentido amplio con la cultura oficial. La teoría se centra menos en las fuentes de diferenciación interna y conflicto que en aquello que otorga cohesión a una nación. En consecuencia, al igual que la teoría de Deutsch, la de Gellner constituye ante todo un análisis sobre los modos en que se crea una cultura

nacional, más que un estudio sobre cómo esta se mantiene y renueva. Acentúa la autocontención (*self-containedness*) de las culturas protegidas por las naciones-estados.

Mientras que las teorías culturales y de medios contemporáneas se preocupan especialmente por las corrientes culturales y las relaciones de *dominancia* dentro del orden global de las comunicaciones (Sreberny-Mohammadi et al. (eds.) 1997; Thusu (ed.) 1998), este no es un interés especial de Gellner, como tampoco lo era de Deutsch. De una manera aún hoy característica de la mayor parte de la teorización sociológica, la comunicación mediática es tratada con una relativa trivialidad.³ Gellner (1983: 127) sostiene que no es el contenido de tal comunicación lo que importa sino más bien

los medios mismos, la capacidad de penetración y la importancia de las comunicaciones abstractas, centralizadas, estandarizadas, de uno a muchos, lo que automáticamente genera la idea central del nacionalismo, más allá de lo que se esté poniendo en particular en los mensajes específicos que se transmiten.

Haciéndose eco de Marshall McLuhan, Gellner argumenta por lo tanto que los medios son el mensaje. Pero la fórmula es modificada para tener en cuenta "lenguaje y estilo", cómo ciertos códigos comunes invitan a la audiencia a considerarse y entenderse a sí misma como miembros de una comunidad dada. Los medios funcionan así a modo de sistema categorial: la amplia identificación pública con el espacio nacional es considerada un efecto de esta forma de organización cultural. Los medios son delimitadores de fronteras, íntimamente relacionados con la "bóveda política" que culmina el proceso de formación de una cultura y la convierte en un estado-nación.

"Lenguaje y estilo" son más que el medio que los transmite: están estrechamente relacionados con la cuestión del "contenido". Esto posee una importancia cardinal para las industrias culturales que lo producen. Más aún, la actitud del Estado hacia su propio contenido "nacional" es frecuentemente una cuestión de gran importancia en el intercambio cultural internacional y a menudo está enclavado en las políticas de comunicación nacionales. De allí que la versión de Gellner de la teoría de la comunicación social reproduzca la fijación originalmente deutchiana sobre aquello que es interior a la comunidad comunicativa más que considerar el valor de aquello que está afuera y cómo puede ser encarado. Ignora la "otredad" que podría condicionar bastante sustancialmente cualquier nacionalidad dada.

Esta línea de argumentación internalista se desarrolla a través de otro texto fundamental en los últimos años, *Imagined Communities* de Benedict

Anderson (1983), una aproximación que, encarando la postura de Gellner, se distancia de ella (Schlesinger 1991: 163). Desde la aparición del trabajo de Anderson su título ha pasado de ser una descripción del sentimiento de pertenencia a una nación (*nationhood*) a un clisé sociológico y periodístico. En su consideración acerca del surgimiento de las naciones europeas, Anderson, al igual que Deutsch e incluso más que Gellner, otorga a la comunicación mediática una importancia central en la formación de la conciencia nacional o, como decimos ahora, la identidad nacional:

Lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables las nuevas comunidades fue una interacción, a medias fortuita pero explosiva, entre un sistema de producción y relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana. (Anderson 1983: 46)

Mientras que para Gellner los sistemas nacionales de educación que producen afinidades culturales (una comunidad de "escribientes") ocupan una posición central, el argumento clave de Anderson es que "el lenguaje impreso es el que inventa el nacionalismo, no un lenguaje particular en sí mismo" (1983: 122). Así, lo que se subraya es la importancia de los medios de comunicación en la construcción de una comunidad imaginada, dadas las condiciones materiales apropiadas.

Según Anderson, "el lenguaje impreso" fue el medio a través del cual ciertos idiomas vernáculos fueron estandarizados, al diseminarse a través del mercado de libros y periódicos. Su explicación es absolutamente gutenberiana: no se encara el impacto de los medios electrónicos. Los lenguajes impresos, mecánicamente reproducidos, unificaron los campos de intercambio lingüístico, fijaron lenguajes "nacionales" y crearon nuevas expresiones de poder. La "novela nacionalista" (cuyo argumento se desarrolla en un espacio común socialmente reconocible) y el periódico, con una "conciencia de calendario" como su principio de organización, fueron, argumenta Anderson, los dos vehículos clave para formar la conciencia nacional. Al coordinar tiempo y espacio, ambos pudieron dirigirse a una comunidad nacional imaginada incluso antes de que esta se formara como estado-nación.

De allí que el consumo colectivo de la comunicación mediática sirva para crear el sentido de comunidad nacional. Como Gellner, de quien habría de diferenciarse, Anderson entiende que los confines de la nación están inevitablemente implícitos en la forma en que los medios categorizan la realidad y se dirigen a sus audiencias.

Posteriormente, Anderson (1991:184) considera cómo la historia nacional ha sido relatada en los estados poscoloniales a través de las instituciones culturales del censo (enumerador y clasificador de poblaciones), el mapa (definidor de barreras políticas) y el museo (vehículo para el establecimiento del linaje legítimo). Aunque Anderson no hace ninguna referencia al trabajo de Deutsch, su enfoque sigue claramente ubicado en el marco de las comunicaciones sociales: la comunidad imaginada está situada dentro del espacio sociocultural y comunicativo de la nación-estado y son los procesos internos de formación de la nación los que capturan predominantemente el interés.

El argumento de Anderson sobre la "comunidad imaginada" ha sido recuperado, con un giro distintivo, por Michael Billig (1995: 70). Esta línea de interpretación encaja en su argumento general sobre la trivialidad del nacionalismo: a saber, la demostrable proposición de que gran parte de la práctica nacionalista se halla enclavada en rituales y prácticas cotidianas. Billig toma como caso paradigmático el saludo diario a la bandera en las escuelas de los Estados Unidos de América. Esta actividad se ha vuelto tan "natural" que incluso la mayor parte de los científicos sociales han obviado interrogarse acerca de su significación. Y aun cuando aquellos que saludan a la bandera puedan tener variadas relaciones hacia el acto de saludar en sí mismo, participan de todos modos de un ritual común.

Billig afirma que, en el mundo contemporáneo, pueblos enteros están simplemente encastrados en sus deixis nacionales. Sus banderas flamean de día, ampliamente ignoradas como adornos de los edificios públicos; las noticias categorizan ciertos eventos como "asuntos domésticos" (*home affairs*) y los distinguen de los informes extranjeros; el pronóstico del tiempo refuerza la conciencia de la geografía política; los héroes deportivos encarnan las virtudes nacionales y movilizan lealtades colectivas; los momentos de crisis —especialmente la guerra— producen discursos patrióticos por parte de los dirigentes políticos; las lenguas y las historias nacionales, a través de su transmisión, construyen un sentido de *comunalidad* (*comunality*). De este modo, se reproducen rutinariamente y sin que se note los puntales de la identidad nacional. En línea con Gellner y Anderson, el análisis de Billig llena el espacio de la "complementariedad comunicativa" y subraya su tenaz explicación sobre los modos en que categorizamos el mundo. Pero, notablemente, a diferencia de sus precursores, Billig está menos interesado en la cuestión de la formación de la nación que en el de su continuidad.

Billig acuerda ampliamente con la intuición de Gellner de que es imposible pensarse a uno mismo como *otra* cosa que no sea como ciudadano y así tener un lugar en el mundo contemporáneo. Y esto porque vivimos en un mundo de estados —a menudo representados oficialmente, aunque imprecisamente,

como estados-naciones— cuyas fronteras imponen el requisito de pertenecer a alguna colectividad jurídicamente reconocida.

En consecuencia, su postura se opone enérgicamente a ciertas pretensiones posmodernas de que nuestras identidades colectivas se han convertido en significantes flotantes, o, alternativamente, de que hemos entrado en un estadio de tribalismo posnacional. Insiste en que sea cual fuere el impacto transformador de la "globalización", este no ha neutralizado los lazos nacionales. Pero este correcto reconocimiento del impacto formador de lo extranacional se halla aún ampliamente subordinado a brindar una explicación sobre los modos en que, como diría Deutsch, las naciones se mantienen unidas "desde adentro".

Todas las teorías anteriores comparten la noción de la comunidad comunicativa prototípicamente moderna —léase nacional— como fuertemente cohesionada. El trabajo de Deutsch enfatiza las "fallas" comunicativas entre pueblos como el lado oscuro de la relativamente confortable eficacia y complementariedad interna. Gellner y Anderson también acentúan el papel de una cultura común, basada en un lenguaje estandarizado y en ciertas instituciones culturales, en la formación de un pueblo. En cambio Billig subraya el "abanderamiento" cotidiano de una identidad común.

4. LA NACIÓN COMO ESPACIO DELIBERATIVO

Las teorías de la comunicación social participan de un interés amplio en cómo las naciones se hablan a sí mismas y se señalan como diferentes de "otras". Este tema es también central en el trabajo de Jürgen Habermas, el que —como es ampliamente reconocido— se basa en una teoría de la comunicación, pero cuya preocupación por la *nación* como comunidad política no es tan bien comprendida. La teoría de Habermas expuesta en *The Structural Transformation of the Public Sphere* (1989) ha ejercido una profunda influencia en el debate reciente acerca del papel y la calidad de la comunicación política y la mediación de la deliberación cívica. La "esfera pública" —otro *tropo* sociológico de nuestro tiempo— localiza todo el dominio de debate en un espacio institucional que existe fuera del Estado pero que compromete a todos aquellos a quienes les conciernen cuestiones de interés público. La presencia de este dominio es central para la libertad de expresión, comúnmente asociada a la democracia; es necesariamente un espacio en el que tiene lugar la comunicación.

Aun cuando la noción habermasiana de "esfera pública" haya sido objeto de críticas (Calhoun (ed.) 1992), no deja de ser punto de partida para gran

parte de las discusiones recientes sobre el papel de los medios en las democracias (Curran 1991; Dahlgren 1995). Lo que ha tendido ampliamente a ser tomado como natural más que a ser examinado críticamente es la necesaria coextensión del espacio público político con las fronteras del estado-nación. Quizás esto no resulte sorprendente dado que la formación de la esfera pública clásica coincidió con el crecimiento del nacionalismo y la formación del estado-nación. La teoría de Habermas en su formulación temprana acentúa que la comunicación pública permanece predominantemente ligada a las estructuras de sentido de los estados-naciones, aunque estos hayan estado largamente sujetos a las corrientes internacionales de información y productos culturales.

5. SOBRE LA FRONTERA NACIONAL

He argumentado que las teorías de la comunicación social tienen dos limitaciones clave: a) una tendencia a pensar en términos de un encaje cerrado funcional entre comunicación y nación, y b) una preocupación abrumadora por el interior del espacio comunicativo nacional, ya sea en relación con su formación o con su continuidad. Consideradas en conjunto, entonces, estas posiciones poseen una consecuencia mayor: c) el contenedor políticamente más importante para el espacio comunicativo es el estado-nación soberano.

La deliberación crítica sobre el interior de los espacios nacionales no resulta adecuada para los cambios globales que enfrentamos hoy en día. La toma de decisiones sobre cuestiones básicas que afectan a las naciones-estados se sitúa a menudo extraterritorialmente: en los directorios de las corporaciones transnacionales, dentro de organizaciones internacionales de características variadas, dentro de los gabinetes regionales de grupos militares, políticos y económicos, en los diversos centros de finanzas globales. Si los públicos nacionales han de involucrarse en la deliberación sobre lo que les concierne, los espacios comunicativos nacionales requieren ser complementados con aquellos que permiten la formación de un público con un alcance transnacional, incluso global.

La Unión Europea ofrece una prueba de laboratorio particularmente apta para aquellos interesados en las relaciones comunicativas entre la pertenencia a estados-naciones (*nation-statehood*) y el supranacionalismo. En la UE, por ejemplo, el estado-nación está siendo exprimido desde arriba y desde abajo. Desde arriba por el proceso de "europeización" que circunscribe y redefine ciertas concepciones de acción soberana para los estados miembros en los campos de economía, defensa, asuntos sociales, comunicación y, cada

vez más, política extranjera. Y simultáneamente, desde abajo, por el crecimiento de un regionalismo más autónomo dentro de los estados-naciones, el que es especialmente significativo cuando las regiones son también naciones sin Estado.

¿Hasta qué punto puede transportarse el marco clásico de las teorías de la comunicación del nacionalismo —centrado, como hemos visto, casi exclusivamente a nivel del estado-nación— a una entidad supranacional emergente en la que las regiones subestados están adquiriendo una creciente visibilidad política? Deutsch (1966: 3-4) dudaba de que un espacio comunicativo común pudiera aparecer fácilmente en la entonces Comunidad Europea, dada la fuerza de los estados-naciones. Treinta años más tarde, en marcado contraste, Habermas (1994: 21) sostenía que "la forma clásica del estado-nación está hoy en día desintegrándose". Para él, la Unión Europea ofrece ahora margen para una nueva concepción, más amplia, de la ciudadanía con un correlativo marco más ancho para la comunicación pública. Transportaba así la esfera pública nacional a un nivel supranacional, asumiendo una disminución en el control por parte del estado-nación y la nacionalidad sobre la lealtad colectiva y la identificación. Según esta descripción, la eventual comunidad política europea estaría unida no por medio de símbolos comunes sino más bien a través de un marco menos emocional de reglas. En términos de Habermas (1994: 27):

la cultura política debe servir como el denominador común para un patriotismo constitucional que simultáneamente agudice la conciencia de la multiplicidad e integridad de las diferentes formas de vida que existen en una sociedad multicultural.

¿Es suficiente semejante racionalidad política para hacer cohesionar a una colectividad extendida y variada? Por cierto ofrece un fuerte punto de contraste con la forma de vida nacional, llena de símbolos, conectada afectivamente y rutinizada, descrita por la primera ola de teorías de la comunicación social. En su pensamiento más reciente, Habermas concibe expresamente a la esfera pública como potencialmente des-unida, habiéndose desplazado de conceptos locales específicos (tales como la nación) a la co-presencia virtual de ciudadanos y consumidores ligados por los medios. Una esfera pública europea, en este modelo, tendría una configuración abierta, dado que sus conexiones comunicativas se extenderían más allá de cualquier forma política apropiada que la UE tomara; en efecto tales conexiones se extenderían más allá del continente europeo mismo. Por supuesto que esto tiene cierto sentido: las corrientes y redes de comunicación contemporáneas aseguran que nin-

guna —o difícilmente alguna— comunidad política es una isla. No obstante, en la medida en que esta perspectiva implica que nosotros también pertenecemos a una aldea global, inevitablemente plantea cuestiones sobre *qué* barreras comunicativas siguen siendo las *más* significativas para el desarrollo de una identidad política y una cultura política distintivas en la UE. En otras palabras, estamos obligados a preguntarnos si hay procesos comunicativos *específicos* que puedan contribuir a la cohesión social de la Unión.

Habermas prevé una cultura política europea liberal e igualitaria en la que los cuerpos a cargo de la toma de decisiones puedan ser inspeccionados. Dado que la democracia parlamentaria es tan indispensable a nivel europeo como lo es al de los estados-naciones, se necesita “una estructuración discursiva de las redes y arenas públicas en las que circuitos de comunicación anónimos estén desprendidos del nivel concreto de las interacciones individuales” (Habermas 1997: 171). En otras palabras, se necesita un espacio comunicativo europeo.

Esta, de alguna manera borrosa, sociología de la solidaridad requiere ser puesta en primer plano, pues de otra manera la consecuencia de quitar unidad al público nacional es insertarnos en “una altamente compleja red que se ramifica en una multitud de campos superpuestos, internacionales, nacionales, regionales, locales y subculturales” (Habermas 1997: 373-374). Esta apertura completa de la comunicación, la globalización de la esfera pública, se coloca en una posición algo incómoda junto al pensamiento de Habermas sobre la superación del estado-nación y la reconstitución de su *unidad* en un nivel federal europeo con una cultura política que haga juego. Mientras que, por definición, la red global de comunicación, así concebida, no tiene fronteras necesarias, es difícil ver cómo una comunidad unida discursivamente podría desarrollar una lealtad e identidad política colectiva si fuera completamente ilimitada. Una comunidad política europea sin alguna delimitación de fronteras comunicativas distintivas simplemente no puede ser imaginada como posibilidad sociológica.

Esto se relaciona con el problema general de una identidad colectiva europea emergente. Habermas ofrece un modelo federalista de compromiso político para los europeos en el que el contenido de sus identidades colectivas es diferente en cada nivel. A nivel del estado-nación es “grueso” y se articula con una cultura política nacional elaborada dentro de una esfera pública altamente institucionalizada. A nivel de la Unión Europea, es “fina” y legalista, y está abrumadoramente refractada a través de la política del estado-nación. Detrás de esta caracterización de los dos niveles de identificación colectiva permanece irresuelta la cuestión más amplia sobre aquello que cohesionaría a las colectividades, y si cualquier patriotismo constitucional concebible no presu-

pone en definitiva un trasfondo de presuposiciones y sentimientos *no racionalistas* a fin de que su llamada cívica funcione (Schlesinger 1997: 385-388).

Para Habermas, por lo tanto, el potencial impacto transformador de las tecnologías de la comunicación sobre las comunidades está subordinado a un planteo sobre la necesidad de una esfera pública y, en lo que concierne a la Unión Europea, a cómo puede constituirse un nuevo espacio comunicativo apropiado. Sus últimas formulaciones realizan un pequeño juego sobre el concepto de red. Este se encuentra mucho más desarrollado en el trabajo de Manuel Castells (1996, 1997, 1998), para quien el impacto radical de las tecnologías de la comunicación contribuyó a la formación de toda una nueva clase de sociedad, la “informacional”. Castells (1996: 3) sostiene que, a medida que “los patrones de comunicación social adquieren creciente importancia”, necesitamos ahora pensar las relaciones comunicativas sobre el modelo de la red: “Nuestras sociedades se estructuran cada vez más alrededor de una oposición bipolar entre la Red y el Ser”. Desde esta perspectiva, en la medida en que nuestro anclaje en la estructura social se ve debilitado, somos supe-

stamente los autores de nuestras identidades.⁴ Para Castells, al igual que el orden mundial mismo, la UE tiene diferentes “nudos” de importancia variada que conforman una red. Regiones y naciones, estados-naciones, instituciones de la Unión Europea, por lo tanto, constituyen juntos un marco en el que la autoridad es compartida. Afirma que “atravesado por redes globales de riqueza, poder e información, el estado-nación moderno ha perdido gran parte de su soberanía” (Castells 1997: 354). El resultado es una “disolución de las identidades compartidas”, lo cual produce ostensiblemente una división entre las elites globales, que se consideran ciudadanos del mundo, y la resistencia de aquellos que han perdido poder económico, político y cultural, los que “tienden a ser atraídos por identidades comunales” que o bien cruzan el estado-nación o bien operan de algún modo por debajo del nivel del estado-nación (Castells 1997: 356). La UE es una instancia de las primeras; Cataluña y Escocia constituyen ejemplos de las segundas. Para Castells (1998: 318), la integración europea representa “al mismo tiempo una reacción al proceso de globalización y su expresión más avanzada”. Es aclamada como la precursora de un nuevo tipo de sociedad.

Sin embargo desarrollar la teoría de la comunicación social invocando el modelo de una red no resuelve las complejas cuestiones sobre cómo las contradicciones de interés, identidad y lealtad, o las desigualdades estructurales de poder, se manejan dentro de una descripción más compleja del espacio comunicativo.

6. COMENTARIOS FINALES

Los planteos teóricos sobre la comunicación social y los desarrollos de políticas contemporáneas están íntimamente relacionados. Tómense, por ejemplo, los intentos de la UE por definir una identidad cultural "europea" y un espacio comunicativo común en los años ochenta y noventa, los que tuvieron lugar en el contexto de competencia industrial global, en particular con los Estados Unidos y Japón. El énfasis puesto en defender la "europeidad", y la necesidad de tratar a las películas y a los programas de televisión como bienes culturales para ser protegidos, refleja la preocupación oficial sobre el grado en que la globalización de la comunicación amenaza la soberanía cultural de los estados-naciones y, por extensión, el de la intergubernamental Unión Europea misma.

En el mercado cultural global, la UE ha hecho esfuerzos para representarse a sí misma como una entidad cultural coherente. No obstante, esta es sólo su cara visible, dado que internamente la UE demuestra intensamente las tensiones entre supranacionalismo y nacionalismo. Allí donde la diversidad de lenguas y culturas son símbolos cruciales de la identidad colectiva, los objetivos europeos supranacionales se encuentran con resistencias nacionales. Para complicar aun más la cuestión, el supuesto reconocimiento por parte de la UE de las diferencias regionales dentro de los estados miembros —la llamada "Europa de las regiones"— ha reforzado las tendencias autonomistas, incluso secesionistas, en particular en los territorios de naciones sin estados (Schlesinger 1998). De allí que no sólo la cultura nacional transmitida por el Estado puede contradecir las demandas de la "europeización" sino que también los estados-naciones europeos pueden simultáneamente ser desafiados desde otro lugar por reclamos de reconocimiento cultural y comunicativo por parte de minorías nacionales, étnicas y lingüísticas.

Los desarrollos contemporáneos sugieren, por lo tanto, que es factible que la teoría de la comunicación social, con algunas adaptaciones, pueda informarnos sobre el modo en que pensamos los futuros desarrollos europeos, como ha sido el caso en el pasado. Habiendo ahora abandonado la pareja homóloga de nación y comunicación, sus exponentes están listos para analizar tanto las contradicciones y convergencias de al menos tres niveles políticos en los cuales se elabora el espacio comunicativo: el supranacional, la nación-estado y la subnación-estado. Este desplazamiento del foco teórico es lo mínimo que se requiere para mantenerse a ritmo con la creciente complejización del problema.

Traducción de Ximena Triquell

NOTAS

1. Este ensayo forma parte de un libro a publicar. En el presente texto, he revisitado y desarrollado sustancialmente algunas consideraciones anteriores (véase Schlesinger 1991).
2. Véase Gellner 1998. Mi agradecimiento a Nicholas Garnham por llamar mi atención hacia este estudio.
3. Véase, desde la perspectiva de la teoría social, John Thompson (1995) que ha tratado de integrar los hallazgos de la investigación en medios a un análisis de la esfera pública.
4. Mi propósito aquí no es discutir esta visión posmoderna, que no comparto, y a la que a duras penas adhiere consistentemente su propio autor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, B. (1983; 2ª edición 1991) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- BILLIG, M. (1995) *Banal Nationalism*. Londres: SAGE Publications.
- CALHOUN, C. (ed.) (1992) *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- CASTELLS, M. (1996) *The Rise of the Network Society*. Malden, MA: Blackwell Publishers.
- (1997) *The Power of Identity*. Malden, MA: Blackwell Publishers.
- (1998) *End of Millennium*. Malden, MA: Blackwell Publishers.
- CURRAN, J. (1991) "Rethinking the Media as a Public Sphere" en *Communication and Citizenship: Journalism and the Public Sphere* de P. Dahlgren y C. Sparks (eds.). Londres y Nueva York: Routledge.
- DALHGREN, P. (1995) *Television and the Public Sphere: Citizenship, Democracy and the Media*. Londres: SAGE Publications.
- DEUTSCH, K. W. (1953 [2ª ed. 1966]) *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationalism*. Cambridge, MA, y Londres: The MIT Press.
- GELLNER, E. (1983) *Nations and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1998) *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HABERMAS, J. (1989) *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge: Polity Press.
- (1994) "Citizenship and National Identity" en *The Condition of Citizenship* de B. van Steenbergen (ed.), 20-35. Londres: SAGE.

- (1997) *Between Facts and Norms*. Cambridge: Polity Press.
- SCHLESINGER, P. (1991) *Media, State and Nation: Political Violence and Collective Identities*. Londres, Newbury Park y Nueva Delhi: SAGE.
- (1997) "From Cultural Defence to Political Culture: Media, Politics and Collective Identity, in the European Union", *Media, Culture and Society* 19(3): 369-391.
- (1998) "Scottish Devolution and the Media" en *Politics and the Media: Harlots and Prerogatives at the Turn of the Millennium* de J. Seaton (ed.). Oxford: Blackwell Publishers.
- SREBERNY-MOHAMMADI, A., WINSECK, D. ET AL. (eds.) (1997) *Media in Global Context: A Reader*. Londres: Arnold.
- THOMPSON, J. B. (1995) *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*. Cambridge: Polity Press.
- THUSSU, D. K. (ed.) (1998) *Electronic Empires: Global Media and Local Resistance*. Londres: Arnold.

AGRADECIMIENTOS

Este estudio se basa en una investigación llevada a cabo como parte del proyecto "Comunicación política y democracia" del "Programa en economía de los medios y cultura mediática" del ESRC (Referencia No.: L126251022). El autor desea agradecer al Council su apoyo.

ABSTRACT

This essay explores a persistent line of argument in social and political theory. In the sketch that follows, I trace an underlying line of filiation that, in the post-World War II period, stretches from the social communication theory of Karl Deutsch to the anatomy of the Information Age in the work of Manuel Castells. Despite the diverse conceptual languages used in this influential body of work, there are recurrent, underlying assumptions about the possible nature of the relationship between nation and communication. I shall first state my argument briefly and then go on to demonstrate it in more detail. This study is based on research carried out as a part of the "Political Communication and Democracy" project in the ESRC's Media Economics and Media Culture Programme (L126251022). The author is grateful to the Council for its support.

Philip Schlesinger es profesor y director del Instituto de Investigación en Medios de Stirling (*Stirling Media Research Institute*), Escocia, y profesor de Medios y Comunicación en la Universidad de Oslo, Noruega. Ha escrito extensamente sobre cuestiones de comunicación, identidad cultural, nación y Estado.

E-mail: p.r.schlesinger@stir.ac.uk

El autoritarismo como categoría de análisis político. En este artículo se discute la pertinencia de esta categoría en el análisis político contemporáneo. Se argumenta que el autoritarismo es un concepto problemático que requiere una reflexión crítica sobre su uso y su significado. Se exploran las dificultades de su aplicación en contextos diversos y se cuestiona su utilidad como herramienta de análisis.

EL AUTORITARISMO COMO CATEGORÍA DEL ANÁLISIS POLÍTICO

FABRICIO FORASTELLI

Una introducción a la literatura sobre "autoritarismo" deja al lector confrontado con una serie de problemas respecto de su construcción en el análisis político. Por un lado, la categoría no deja de presentar cuestiones propias de todo gesto clasificatorio, señalados por Perry Anderson en su clásico sobre otra categoría problemática, el "absolutismo" (Anderson 1980: 7-11): cómo cubrir la distancia entre dos planos discursivos de difícil articulación, el formal, abstracto y universal, y el empírico, concreto y contingente. Una teoría sobre el "autoritarismo" debe superar esa división y conceptualizar la relación entre contingencia y necesidad como inconmensurable, y al mismo tiempo como condición de posibilidad del análisis. En tal sentido, la importante producción de trabajos acerca del tema en los últimos años indica que el problema actual de la categoría no es de documentación, sino de inteligibilidad.

1. INTRODUCCIÓN

Una introducción a la literatura sobre "autoritarismo" deja al lector confrontado con una serie de problemas respecto de su construcción en el análisis político. Por un lado, la categoría no deja de presentar cuestiones propias de todo gesto clasificatorio, señalados por Perry Anderson en su clásico sobre otra categoría problemática, el "absolutismo" (Anderson 1980: 7-11): cómo cubrir la distancia entre dos planos discursivos de difícil articulación, el formal, abstracto y universal, y el empírico, concreto y contingente. Una teoría sobre el "autoritarismo" debe superar esa división y conceptualizar la relación entre contingencia y necesidad como inconmensurable, y al mismo tiempo como condición de posibilidad del análisis. En tal sentido, la importante producción de trabajos acerca del tema en los últimos años indica que el problema actual de la categoría no es de documentación, sino de inteligibilidad.

Por otro lado, parece evidente la capacidad que tiene la categoría de generar conflictos y dilemas intelectuales en el interior de los discursos democráticos en América latina. Su genealogía sería correlativa a la constitución y disolución de núcleos de ideas, instituciones, estrategias y alternativas que constituyen el material de la historia política latinoamericana desde el siglo XIX.¹ De allí que el análisis de la categoría como instrumento del análisis po-

lítico debe tener como espacio el terreno democrático mismo, y las lógicas que funcionan en su constitución.

El objetivo de este artículo es sistematizar y reevaluar los alcances de la categoría de "autoritarismo" considerando brevemente su momento de consolidación en la Argentina durante el funcionalismo, y proponer un marco de interpretación sobre su papel en la formación de fronteras políticas. Mi posición es que la categoría está encapsulada y limitada por su formación y estabilización como categoría clave en el funcional-estructuralismo.² En el mismo, la inconmensurabilidad presente en la relación entre sociedad, economía y política ha sido cubierta principalmente a través de dos estrategias intelectuales: el comparativismo y el empirismo. Dichas estrategias han producido un terreno de análisis y práctica en el que no existe —o sólo muy limitadamente— interés por la indagación del terreno discursivo en el que se constituye la categoría. La falta de un desarrollo sistemático de esta dimensión en el análisis lleva a atribuir gran parte de sus efectos y sentidos a partidos políticos antagonizados, descuidando las opciones y alternativas a su constitución. En el caso argentino, por ejemplo, la focalización entre 1955 y 1976 entre el peronismo populista y los partidos antiperonistas es la que ha concentrado la mayor parte del interés. Sin embargo, subestimar ese terreno ha llevado no sólo a debates que han probado ser estériles, sino a desconocer la importancia que la categoría ha tenido en la formación del terreno democrático mismo.³

El artículo consta de tres partes. En la primera analizo lo que considero los cuatro enfoques predominantes en la teoría de "autoritarismo", siguiendo la relación entre "elusividad" y "normatividad" planteada por James Malloy (1992). En segundo lugar, establezco ciertos parámetros en la teoría política alrededor del vínculo entre discurso democrático y discurso liberal (Talmon 1961; Bobbio 1992 y Mouffe 2000) que son claves para limitar los problemas que la categoría plantea en el presente. Por último, reviso algunos aspectos del trabajo de Gino Germani (1965) y propongo algunas alternativas iniciales para la redefinición de dichas opciones y problemas.

2. ESTRATEGIAS INTELECTUALES

En relación con el primer conjunto de problemas mencionado en la introducción, el terreno de la categoría ha quedado delimitado en el contexto de estudios particularistas que han restringido las posibilidades de definirla positivamente. Aun si se ha intentado reiteradas veces establecer un principio de universalización de sus alcances descriptivo-normativos, estos aparecen en-

marcados en el análisis de casos individuales y heterogéneos. Amos Perlmutter (1981), por ejemplo, define el siglo XX como "la época del autoritarismo político", pero lo describe meramente por oposición a los regímenes democrático-liberales. Eric Hobsbawm (1997: 110-113), por su parte, lo considera expresión de tendencias tradicionalistas, nacionalistas y conservadoras en la crisis de la democracia liberal ante la formación de las "líneas de la batalla política en las entreguerras mundiales", y como una subespecie de fascismo. Guillermo O'Donnell (1998: 13-18), en sus últimos trabajos, propone generalizar más allá de la "localización geográfica, el área cultural o los regímenes previos", y observa que la categoría puede aplicarse a "todos los casos de transición de regímenes no revolucionarios en países que tienen un mínimo sector popular activado y una economía capitalista relativamente compleja".

Aun estos intentos más sistemáticos no han ido más allá de la fragmentación y heterogeneidad de casos, en los que a la enunciación de la ley "el autoritarismo es", suele seguir una enumeración de excepciones (México, las sociedades de "enclave" como Perú, Bolivia o Ecuador, etc.). En este contexto, creo que la pregunta para responder es si se puede refinar una teoría global que no conduzca a una retotalización en términos de lo que Raymond Williams llamaba el "absoluto moderno" y Ernesto Laclau "esencialismo funcionalista". Desde este punto de vista, la revisión de la categoría necesita tanto mantener su carácter polémico y sintomático, como reevaluar las teleologías modernistas universalistas o particularistas que depositan la explicación en el relativismo o en las diferencias culturales y sociales.⁴

En este contexto es preciso revisar una alternativa central en la constitución del terreno de la categoría que propone que la dificultad de aplicar la categoría de "autoritarismo" radica en la ausencia de una ideología característica. Como problema de nominación, la categoría se estructura alrededor de un terreno configurado por la figura retórica de la catacrexis: designa algo que no tiene nombre, o que sólo puede tener nombre a través de una atribución de significados altamente convencionalizada y desplazada. Esto no impide que exista un consenso, muchas veces implícito, sobre lo que se designa, pero sí establece problemas específicos de valoración normativa respecto de su iteración y de su localización. Si consideramos el influyente trabajo de Juan Linz (1995), esta concepción reaparece constantemente y a ella se atribuyen las dificultades para la inteligibilidad y positividad de la categoría. La misma es definida en relación con la ausencia de ideología, con la carencia de mecanismos propios de la democracia política y con el concepto de liderazgo. Al mismo tiempo, no se pretende ir más allá de una enumeración de elementos sin ninguna conexión necesaria entre ellos. Además, estos elementos pueden aparecer o no en los casos de regímenes particulares, lo que nos lleva a la con-

clusión de que su positividad no puede analizarse meramente por la suma de sus procesos o elementos parciales.

Al menos dos grandes estrategias no contradictorias pueden establecerse en este contexto. Por un lado, su conceptualización como “seudoideología” o “ideología seudodemocrática” (Linz 1995 y O'Donnell 1979), como “mentalidad característica” (Linz 1995) o fenómeno con ideología pero compartida con otras formas “totalitarias”, definidas por “la movilización masiva, la represión política y la dominación militar” (Perlmutter 1981). Por otro lado, como tipo de régimen en el que la ideología es menos importante que el “liderazgo” (Jackson y Jackson 1993). Juan Linz, por ejemplo, centrándose en los regímenes políticos latinoamericanos y posttotalitarios, propone que el “autoritarismo” es un “sistema político en el que el líder de un grupo pequeño ejerce el poder sin límites formales”, y en el que están inhibidos dos elementos definitorios de la democracia: la libre competencia por cargos políticos y la libre participación de los ciudadanos en política. En sus consecuencias esto implica que a la mencionada acumulación de rasgos se suma generalmente una lista de casos de liderazgo de la más variada naturaleza (“Lenin, Stalin, Mussolini, Hitler, Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh, Salazar, Nasser y Perón”, según Perlmutter) y una jerarquía de subespecies de regímenes no democráticos (“el totalitarismo, el sultanismo, el neopatrimonialismo, el despotismo y los regímenes posttotalitarios”, según Linz). El resultado es la concepción de un terreno político heterogéneo, donde se atribuye una identidad completa a la democracia en torno al núcleo liberal que no permite explorar, precisamente, la multiplicidad de configuraciones de la sociedad democrática, ni los actos políticos que la forman.

Linz, por su parte, eventualmente concede que estos regímenes pueden organizarse según la ideología del “estatismo orgánico”, “corporatismo de Estado” o “democracia orgánica”, pero esta no sólo no es específica, sino que es concebida como una mera distorsión interesada del sistema democrático para legitimarse provisoriamente. En última instancia, el particularismo en los enfoques radica en que frente a la “elusividad” de la categoría, el aspecto descriptivo permite ya distinguir un “rasgo de familia” entre regímenes sin embargo diferentes, ya distribuir casos conforme a “tradiciones de servicio”. Ahora bien, si coincidimos en que la categoría tiene un papel constitutivo y fundacional, y por lo tanto inconmensurable, debemos reconocer que dichas tradiciones se constituyen también retrospectivamente, completando y desplazando su significación a partir de una operación central en el caso del terreno político latinoamericano: la dicotomización entre demócratas y autoritarios.

Sin embargo existe un cierto acuerdo en la conceptualización clásica, en

que el “autoritarismo” sólo es posible en la era de las “masas movilizadas” y de la “política democrática y popular” definida por una ruptura con el liberalismo. En otras palabras, esta ausencia de ideología característica es concebida tradicionalmente como resultado de un proceso desviado (“aberrante” en términos de Gino Germani) en la constitución del terreno político democrático, resuelto como “falsa transparencia”, “pura retórica” y “seudodemocracia”. Lo que la categoría pone en juego es tanto el valor que otorgamos a dichos procesos de desviación y anormalidad, como el terreno mismo en el que se producen. De allí que la dicotomización entre demócratas y autoritarios esté fundada en una distorsión o desviación (usualmente atribuidas tanto a institucionalizaciones aberrantes como a procesos particulares de desarrollo económico) que se verifica en el nivel mismo de la producción de las ideologías democráticas.

Quedamos enfrentados así con una alternativa en la cual la categoría define un elemento valorativamente negativo o un obstáculo para la democracia, pero que es inerradicable de las lógicas democráticas. Ahora bien, según mi punto de vista, la inteligibilidad de esta alternativa y sus posibilidades de uso se producen en la intersección de dos líneas discursivas de identidad: “elusividad” y normatividad. Debemos aceptar que se trata de una categoría “elusiva”, “controvertida” y “residual”, y explorar las consecuencias de esta decisión. Para ello es preciso recordar que en su aspecto estrictamente político, la categoría depende de una distinción inestable entre democracia y liberalismo, y del valor normativo que la noción de indeterminación de las luchas políticas en el liberalismo introduce en el análisis político.

Uno de los problemas que la categoría de “autoritarismo” nos plantea en el contexto actual es si esa relación entre “elusividad” y normatividad es estructural (y por lo tanto universal y ahistórica) o histórico-cultural (y por lo tanto sujeta a las transformaciones del universo de prácticas, valores e instituciones en las que aparece articulada. en este caso la cultura política latinoamericana). O, en otras palabras, ¿cuáles son las consecuencias de esta carencia de procesos de autorización del poder necesarios para que, en términos de Stuart Hall (1998), las ideas se transformen en fuerza material en un bloque histórico determinado? ¿Qué sucede si, en lugar de ser mera expresión de la fuerza desnuda y de la coerción inherente a ciertos tipos de regímenes no democráticos, el “autoritarismo” designara el síntoma de un dislocamiento de las formas de autorización de poder liberal (como quiere Hobsbawm) o un “defecto de poder” (en términos de Norberto Bobbio) inscripto como posibilidad a excluir en la lógica misma del juego democrático?

Ahora bien, en la conformación del terreno político, estas opciones han estado vinculadas a estrategias orientadas a limitar esa “elusividad” partiendo

del modo de articular el problema de la normatividad,⁵ no extrañas completamente a las alternativas sistematizadas durante el funcionalismo. Efectivamente, estas estrategias ponen el énfasis en teorías de la gobernabilidad que conceptualizan el poder como problema normativo y definen la autoridad democrática a partir de una equivalencia entre normatividad institucional y autoridad legítima.⁶ Una de sus consecuencias más notables es que la categoría se construye en el contexto de una oscilación entre polos clave para una práctica emancipatoria: poder y autoridad, opacidad y transparencia, elusividad y normatividad, totalitarismo y democracia, dispersión y centralización.

Aunque existen diferencias sustanciales entre dichos abordajes (que no analizaré aquí por razones de espacio), en todos los casos se observan intentos por reducir la “elusividad” de la categoría enfatizando la normatividad, ya que constituyen dicha tensión como resultado de modos patológicos y anormales de organizar socialmente la autoridad. A grandes rasgos podemos decir que: a) su campo de objetividad está limitado por una concepción del valor que se construye sobre una paradoja: todo acto de poder puede ser eventualmente legitimado por alguna doctrina, pero esta no puede ser democrática. Este juicio conduce a una tautología, a menos que lo reinsertemos en el contexto del problema de la normatividad; b) la “elusividad” es atribuida a la opacidad inyectada por la relación entre masas y conducción política, y tiende a producir tal distorsión en el terreno teórico que su uso se experimenta ya como “vaguedad” semántica, ya como problema de indecibilidad estructural en el interior de las lógicas democráticas mismas (por ejemplo, en los debates sobre Estado entre Cardoso y O’Donnell a finales de los años setenta); c) dicha indecibilidad es cubierta usualmente por estrategias racional-institucionalistas o economicistas, que no pueden en última instancia dar cuenta de la lógica política en juego.⁷

En este contexto, las alternativas más dispares producen efectos similares a nivel de la “elusividad”. Podemos concebirla como un “ingrediente” entre otros (paternalismo, centralismo, patrimonialismo, clientelismo, dogmatismo, etc.) del desarrollo “alternativo” latinoamericano, como hace Howard Wiarda (1996). Pero ante esta opción —para la que la “elusividad” no es un problema— se diluye el problema normativo. Considerar que su uso debe restringirse al modelo “autoritario-burocrático” como plantea O’Donnell (y utilizar la categoría sólo para los regímenes latinoamericanos aparecidos entre 1964 y 1976 basados en una coalición entre militares, burguesía vinculada al capital transnacional y tecnócratas en una maniobra de exclusión de los sectores populares de las esferas de producción económica y decisión política) descuida su “elusividad” constitutiva. Pero, ¿qué sucede si en lugar de operar en este eje nos preguntamos por el papel de la categoría en la formación de

las fronteras políticas del discurso democrático en América latina, y por las opciones a las que dio forma?

3. LA PARADOJA DEMOCRÁTICA: DISCURSO LIBERAL Y DISCURSO DEMOCRÁTICO

He observado que desde el punto de vista político, las estrategias predominantes en el campo se han formado en el contexto del pensamiento liberal-funcional de la Guerra Fría respecto de lo que J. L. Talmon denominó la “democracia totalitaria” (Talmon 1961). Efectivamente, para Talmon la formulación de una entidad como “democracia totalitaria” pone en evidencia la “paradoja de la libertad”. La misma consiste en la siguiente pregunta: “¿Es la libertad humana compatible con un modelo exclusivo de existencia política, aun si este modelo tiene como objetivo el máximo de justicia social y seguridad?” (1961: 2). En última instancia, la concepción “democrático-totalitaria” de que la libertad humana y el control son compatibles, dice Talmon, produce la paradoja de que el “ideal” de la libertad pueda ser “ignorado, coaccionado o intimidado a la conformidad sin ninguna violación real del principio democrático involucrado” (Talmon 1961: 3). En sus implicaciones históricas, la revisión y complejización de tal contradicción entre democracia y liberalismo estuvo en la base de preguntas como: ¿los problemas y limitaciones de la democracia contemporánea nacieron con la universalización de su principio central, la soberanía del pueblo, en desmedro del principio de la libertad individual? En términos de Chantal Mouffe (2000), ¿dicha limitación debe ser atribuida a la mayor complejidad introducida por tal universalización del principio democrático, o al hecho de que la “sociedad democrática moderna es una sociedad en la cual el poder, la ley y el conocimiento experimentan una indeterminación radical”? Aun concediendo que el “autoritarismo” es la realización negativa de la democracia liberal, ¿está en sus mismos presupuestos o es un principio exterior, proveniente de una concepción completamente diferente de lo social y del papel de lo político en su constitución? Finalmente, en palabras de Oscar Terán (1986), ¿qué nombre damos a lo siniestro, al exterminio y al sacrificio una vez que reconocemos que son parte de nuestras condiciones de vida? Los estudiosos de la política y la cultura latinoamericanas reconocerán sin duda estas preguntas en sus propios objetos de estudio.

Creo que estamos enfrentados a una serie de alternativas intelectuales que otorgan especificidad al terreno teórico de la categoría. Según mi punto de vista, la misma posibilidad de definir sus alcances y condiciones en el aná-

lisis político y cultural latinoamericano no radica en una adecuación formal o empírica con lo real-social, sino en el análisis de los conjuntos simbólico-políticos en los que la categoría emerge. De hecho, como veremos en Gino Germani, parte de la eficacia de la categoría reside precisamente en una resistencia de lo real-social a dejarse aprehender, que es inyectada en la categoría como condición de imposibilidad de su positividad. En otras palabras, creo que es preciso ir más allá de las fórmulas de la democracia liberal para combatir los efectos de la “falsa transparencia”, el “irracionalismo” y el “monologismo” del discurso “autoritario”, para utilizar el vocabulario de la crítica cultural latinoamericana. La categoría puede expresar –y de hecho lo hace– una suerte de posibilidad de organización no política de lo social, por ejemplo en la crítica que los argentinos José Ingenieros y Leopoldo Lugones realizan a la democracia “parasitaria”, influida entre 1918 y 1921 por la revolución rusa y la cultura política socialista radicalizada. Pero, en ambos casos, esas alternativas son visibles en el contexto mismo de las opciones y el debate democrático, y no su negación. La categoría emerge para indicar no sólo una forma histórica específica de regímenes políticos (esos seudofascismos que describe Hobsbawm en América latina), sino una condición estructural –y por tanto un punto de falla y de incompletud– del discurso democrático: ¿qué necesita excluir un discurso democrático de su interior para devenir verdaderamente emancipatorio?

Me interesan dos estrategias que han tenido en cuenta esa relación entre elusividad y normatividad de la categoría para resolver la incompletud e inconmensurabilidad de las lógicas democráticas. Norberto Bobbio, en su clásico *Democracia y liberalismo* (1992), señala una aporía tanto causal como metafísica que radica en pensar que, porque existen regímenes denominados liberal-democráticos en posición de hegemonía, los términos son interdependientes. Por el contrario, para él dichos términos plantean una relación no necesaria y contradictoria que aloja en sí misma la inconmensurabilidad de la distancia entre valores democráticos (igualdad y distribución del poder) y los valores liberales (libertad y limitación del poder del Estado). Como observa en su crítica al neoliberal Friedrich von Hayek (Bobbio 1992: 98-100), la oposición característica se manifiesta entre “autoritarismo” y liberalismo, en la medida en que plantea una tensión negativa entre distribución del poder y libertad. Efectivamente, debido a que los neoliberales identifican la democracia como un mero instrumento para la expansión de la esfera de la libertad, la oposición para ellos se plantearía entre “autoritarismo” y democracia. Es por ello que para los neoliberales, toda ampliación de la esfera del poder y del Estado (incluso las legítimas) implicaría una potencial limitación a la esfera de la libertad.

Para Bobbio, las soluciones “autoritarias” están íntimamente vinculadas

a los problemas inherentes al aspecto distributivo del poder en los regímenes democráticos, en la medida en que puede producir niveles de conflicto “patológicos” entre los poderes, que exasperan la conflictividad social normal (Bobbio 1992: 106). Esta patologización de la conducción política se produce como respuesta a la “denuncia de ingobernabilidad de los regímenes democráticos”, ya sea en dirección al “aumento del poder del gobierno frente al parlamento”, ya como limitación drástica del poder “de los órganos que toman decisiones, con la correlativa limitación del poder de la mayoría” (Bobbio 1992: 106-107). En todo caso, en el pensamiento de Bobbio el término “autoritarismo” define un elemento constitutivo e interior del discurso democrático, articulado cada vez que se debate tanto la delegación como la limitación del poder en momentos de conflicto. Una tensión “patológica” que debe ser excluida del juego político para que la democracia pueda constituirse en una forma emancipatoria universal (es decir, abrazar a la libertad), o para que “el liberalismo y la democracia se transformen necesariamente de hermanos enemigos en aliados” (Bobbio 1992: 109). Que la articulación de la categoría se produzca en el contexto del conflicto entre democracia y liberalismo tampoco es casual entonces: sólo en tal contexto la limitación del poder del Estado como encarnación de la soberanía popular puede vivirse como insatisfactoria pero necesaria.

Un segundo modo de cubrir esa inconmensurabilidad entre democracia y liberalismo es el mencionado trabajo de Chantal Mouffe, en el contexto de su pensamiento político en colaboración con Ernesto Laclau (1987), y su crítica a la democracia deliberativa de Rawls y Habermas. En el mismo, la tensión entre los polos es concebida como una paradoja constitutiva del terreno político de la democracia del presente. Para Mouffe, la posibilidad de un discurso democrático emancipatorio y radical reside, no en la resolución definitiva de esa paradoja entre liberalismo y democracia en alguna forma conciliatoria y racionalista exterior a lo político, sino en reconocer que es la condición de posibilidad de las luchas políticas. Si existe la posibilidad de una democracia radical, es sólo en la medida en que liberalismo y democracia se contaminan y limitan respectivamente, y que la relación es a la vez necesaria e imposible. El “autoritarismo”, en este sentido, no radica entonces en una relación política de exclusión o de ruptura de la identidad entre gobierno y gobernados, sino que define una condición de posibilidad e imposibilidad de todo discurso democrático y emancipatorio clásico: la necesidad e imposibilidad de una identificación completa y autotransparente, en la que las mediaciones del pueblo, la ciudadanía y la nación coinciden en una identidad que ha excluido toda opacidad y conflicto de su interior.

Pero entonces, la utopía “autoritaria” no es solamente producto de la

falta de una voluntad colectiva de limitar el poder, de lo que Jorge Luis Borges llamaba la “transparencia del mal”, o de un defecto de poder, sino que es una fuerza negativa, constitutiva y poderosa en el trazado de las fronteras en la cultura democrática. Es el momento agónico, en palabras de Teodor Adorno (1967), que las utopías democráticas y totalitarias tienen en común. Lo que resulta interesante es que ese momento agónico sólo pueda articularse según la lógica del enemigo y del exterminio, y más aún, que esa lógica permee toda forma de confrontación entre adversarios políticos.

4. OPACIDAD Y DESVIACIÓN: HACIA UNA LÓGICA DEL AUTORITARISMO

He sugerido que es en la relación entre “elusividad” y normatividad donde debe plantearse la eficacia histórica, descriptiva y analítica de la categoría de “autoritarismo”. Mi planteo es que ambas dimensiones son inconmensurables entre sí, pero siguiendo a Ernesto Laclau (2000) creo que el tipo de relación entre ellas no es de exclusión sino de implicación contradictoria. En tal sentido, la propuesta de Mouffe puede ayudarnos a progresar en un sentido positivo en la comprensión de la paradoja que la categoría introduce en la teoría política y cultural. En la normatividad negativa de la categoría radica la misma posibilidad de superar la “elusividad”, a la vez que la “elusividad” contamina y erosiona la dimensión normativa. La experiencia histórica en América latina parece indicar, precisamente, que si construir el orden social sobre el principio de la justicia sustantiva tiene una capacidad de interpelección bastante amplia, los límites de su capacidad de acción son mucho más estrechos. La universalización de las demandas éticas en el contexto de las luchas por los derechos humanos y civiles, como en el caso de las Madres de Plaza de Mayo, expone algunas de las condiciones actuales para constituir modos democráticos de lucha.

Entiendo entonces que un abordaje discursivo de la categoría precisa concebir su “elusividad” en una doble dimensión polémica: es tanto ambigüedad semántica (sujeta a iteraciones y a debates sobre su valor en contextos diferentes, que si no alcanzan a saturar el contenido de la categoría, sí permiten establecer un terreno de acuerdos transitorios) como indecibilidad estructural (percibirla como condición fundacional de la transparencia democrática). La superficie discursiva de emergencia de la categoría hoy ya no puede ser entonces qué es el “autoritarismo” sino cómo se construyó y definió a su paso fronteras sociales y políticas, incluidas las ciencias sociales.

Permítaseme introducir brevemente esta dinámica en el trabajo de Gino Germani (1965). Germani utiliza el término “autoritarismo” a fines de la

década de 1950 en la Argentina para referirse a fenómenos universales y, al mismo tiempo, particulares al tipo de cambio social en la Argentina y América latina, concebidos como procesos de transición de las sociedades tradicionales a las sociedades industriales. Por un lado, lo usa para indicar la pérdida del espectro de referencias ideológicas (izquierda/derecha) que había otorgado inteligibilidad al horizonte político, en el marco del cual se había realizado “exitosamente” la integración de las clases populares en el caso europeo, y organizado el Estado social de la posguerra. Por otro lado, le sirve para caracterizar lo que considera los dos obstáculos para el cambio en la Argentina en el contexto del ascenso de las ideologías “nacional-populares”: el “tradicionalismo ideológico” propio de las clases tradicionales y el “autoritarismo ideológico” propio de las clases populares. El “tradicionalismo ideológico” designa el momento en que ciertos contenidos y valores (nacionalismo, tradicionalismo, criollismo, etc.) pertenecientes a las ideologías de las clases oligárquicas pierden su correspondencia de clase y son incorporados por una clase antagónica, los sectores populares emergentes de la industrialización. Lo que Germani verifica es una inestabilidad tal en los procesos de articulación y transformación de las ideologías, que las correspondencias entre estructura social y personalidad o actitud sólo pueden manifestarse por medio de un esquema “aberrante” de movilización y fusión. En sus consecuencias históricas, se hace evidente para él que esa movilización aberrante no permitía alcanzar el tipo de integración inherente a la normalidad institucional de la “sociedad industrial urbana, en su expresión ideal de tipo liberal” (Germani 1965: 126), y exponía la falta de coherencia del sistema en su totalidad.

Es esta línea de análisis de Germani y su equipo del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires —y no los principios de maquiavelismo que permean su análisis— la que creo que hay que expandir y radicalizar, puesto que la categoría de “autoritarismo” en su trabajo dilucida —quizás infructuosamente— la contradicción a la que veía vinculado el “nacionalismo popular”. En términos de Torcuato Di Tella (1966: 199-205) las nociones de “autoritarismo” y “nacionalismo popular” permitían indagar en la institucionalización de un tipo de movilización no sólo opuesta a la integración. Se trataba de una movilización producto de una fusión entre lo tradicional y lo nuevo a la que se le atribuían dificultades para establecer organizaciones autónomas de clase, vinculadas con la expansión de formas tradicionalistas, semi-rurales y caudillistas de conducción en las cuales, a diferencia del fascismo, parecía existir un elemento democrático o, al menos, de consenso popular.

La pregunta que la categoría de “autoritarismo” le permite realizar a Germani es sobre los límites de objetividad de los antagonismos sociales: cuál es “la ubicación de las clases populares en Argentina” (Germani 1965: 130).

Ubicación misteriosa que sólo podía hacerse visible explorando su relación con el peronismo populista a partir del concepto de "nacionalismo-popular", en cuya intersección Germani veía el oscurecimiento de los mecanismos por medio de los cuales las masas eran articuladas al proceso político, y aun más, el momento en que las ideologías se desvinculaban de sus tradiciones políticas y de sus marcos de acción racional. Es la irracionalidad del tipo de fusión entre modernización y tradicionalismo la que producía desasosiego a Germani y a su equipo, ya que indicaba la imposibilidad de un cambio orientado por la acción racional.

Más allá, entonces, de los límites que los análisis de ideología posteriores han impuesto a la categoría, es preciso recordar que en el momento de su formalización servía para indagar en "la fuerza de las tradiciones políticas en las determinaciones de las ideologías", precisamente cuando se percibía una crisis general de las ideologías democráticas. El momento normativo se sostenía sobre la posibilidad de detectar un paradigma del desvío en el que la pregunta a responder era ¿es en la pérdida de esa capacidad de determinación de las tradiciones políticas sobre las ideologías donde reside el elemento desviado y anómalo de los sistemas políticos latinoamericanos, un fenómeno de fusión en el que la modernización produce contradictoriamente retraso y tradicionalismo? ¿Es el "autoritarismo" meramente la escena de una desviación que habla de la imposibilidad de las instituciones de "manejar eficazmente el poder"? El impulso de Germani y su equipo consistió en crear una de las tradiciones para percibir las condiciones de opacidad e inteligibilidad de la cultura política argentina posterior al populismo. Su límite fue pensar que esa opacidad era solamente un producto de los modelos políticos y económicos (la velocidad de los cambios económicos y sociales en la que tanto insisten) y no la condición de su inteligibilidad, el elemento de regularidad o equivalencia a través del cual se crearon las fronteras políticas de exclusión durante buena parte de la segunda parte del siglo XX.

Mi pregunta es si esa "elusividad" y normatividad construida sobre la "falsa transparencia" y la invisibilidad que se atribuye a las clases populares no es —menos que un diagnóstico de la existencia de "paradojas", "enigmas", "deformaciones", "desequilibrios" totalizados en un paradigma del desvío— la puerta de entrada a una concepción de "autoritarismo" como debate más general sobre las condiciones de integración política en la democracia. Una concepción que pueda ir más allá de la fragmentación y de la centralización, y que pueda dar cuenta de su valor constitutivo en las fronteras políticas democráticas latinoamericanas. Trabajos posteriores como los de Guillermo O'Donnell (1979) o Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1979) investigaron las retóricas por las que la ubicuidad de las masas populares impli-

caba, al mismo tiempo, la polarización y el intento de reunificación del terreno político en el "autoritarismo". Pero fracasaron relativamente al establecer una equivalencia entre dominación y explotación económica. Hoy es preciso tener presente que la categoría de "autoritarismo" se construye en una crisis de la representación política (y no sólo en su dominio), que permite reformular, y no abandonar, la tesis según la cual los modelos de distribución y autorización del poder en la Argentina son, a la vez, inteligibles e irracionales.

NOTAS

1. Para esta interpretación en la historiografía latinoamericana véase Tulio Halperin Donghi (1968), particularmente en relación con el concepto normativo de "repúblicas autoritarias" en el período de las organizaciones nacionales.
2. Entiendo que es preciso distinguir entre funcional-estructuralismo como escuela sociológica dominante en los años cincuenta y sesenta en el contexto argentino, y una dimensión constitutiva del término en las ciencias sociales. Por la misma defino un tipo específico de resolución de la inconmensurabilidad de las relaciones entre la dimensión ética y normativa, la económica, la racional y la propiamente política de lo social.
3. Mi posición es que la categoría de "autoritarismo" fue clave en la formación no sólo de las fronteras sociales, sino también de las ciencias sociales en la Argentina. Al respecto véase mi tesis de doctorado (Forastelli 2000).
4. Concuerdo con Ernesto Laclau (2000) cuando observa que las posibilidades de una radicalización de la democracia en el presente residen en superar la oposición entre la "proliferación de particularismos" y la "unificación autoritaria" propia del posmodernismo.
5. He sistematizado cuatro enfoques predominantes actualmente en la literatura sobre "autoritarismo": el culturalista (Howard Wiarda 1996), el normativista (James Malloy 1992), el racionalista-institucionalista (Marcelo Cavarozzi 1987) y el economicista, fundado posteriormente en el eje opacidad-apariencia/transparencia (Guillermo O'Donnell 1998 y 1979). Al respecto véase mi tesis de doctorado.
6. Para un ejemplo, véase Marcelo Cavarozzi (1987).
7. Para un análisis de las limitaciones de estos abordajes, véase Barros y Castagnola (2000).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, T. (1967) "The Sociology of Knowledge and its Consciousness", *Prisms*, 35-50. Londres: Neville Spearman.

- ANDERSON, P. (1974 [1980]) *Lineages of the Absolutist State*. Londres: Verso.
- BARROS A. y CASTAGNOLA, G. (2000) "The political frontiers of the social: Argentine politics after Peronist Populism (1955-1973)" en *Discourse Theory and political analysis. Identities, hegemonies and social change* de D. Howart, A. Norval et al., 25-37. Manchester y Nueva York: Manchester University Press.
- BOBBIO, N. (1966 [1992]) *Democracia y liberalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CARDOSO, F. H. y FALETTO, E. (1971 [1979]) *Dependency and development in Latin America*. Berkeley y Londres: University of California Press.
- CAVAROZZI, M. (1987) *Autoritarismo y democracia (1955-1976)*. Buenos Aires: CEAL.
- DI TELLA, T. (1966) "Introducción" en *Argentina, sociedad de masas* de T. Di Tella, G. Germani et al., 199-205. Buenos Aires: Paidós.
- FORASTELLI, F. (2000) "Autoritarismo" como categoría del análisis político en la tradición intelectual argentina. 1918-1966. Tesis de doctorado, University of Nottingham.
- GERMANI, G. (1965) *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- HALL, S. (1998) "El problema de la ideología: marxismo sin garantías", *Doxa. Cuadernos de Ciencias Sociales*. Buenos Aires, IX, verano: 3-15.
- HALPERIN DONGHI, T. (1968) *Historia contemporánea de América Latina*. Buenos Aires: Alianza.
- HOBBSAWM, E. (1997) *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. Londres: Abacus.
- JACKSON, R. y JACKSON, D. (1993) *Contemporary Government and Politics. Democracy and Authoritarianism*. Canadá: Prentice Hall.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACLAU, E. (2000) "Identity and Hegemony: The Role of Universality in the Constitution of Political Logics" en *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left* de J. Butler, E. Laclau et al. Londres: Verso, 45-89.
- LINZ, J. (1995) "Authoritarianism" en *The Encyclopedia of Democracy* de M. S. Lipset (ed.), 103-106. Londres: Routledge.
- MALLOY, J. (1992) "Contemporary Authoritarian Regimes" en *Encyclopedia of Government and Politics*, I de M. Hawkeworth y M. Kogan, 229-245. Londres y Nueva York: Routledge.
- MOUFFE, Ch. (2000) *The Democratic Paradox*. Londres: Verso.
- O'DONNELL, G. (1979) "Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy" en *The New Authoritarianism in Latin America* de D. Collier (ed.), 285-318. Princeton: Princeton University Press.
- (1998) "Introduction to Latin American Cases" en *Transitions to Authorita-*

- rian Rule. Latin America* de G. O'Donnell, P. Schmitter et al. Baltimore y Londres: John Hopkins University Press.
- PERLMUTTER, A. (1981) *Modern Authoritarianism. A Comparative Institutional Analysis*. Nueva York y Londres: Yale University Press.
- TALMON, J. L. (1961) *The Origins of Totalitarian Democracy*. Londres: Mercury Books.
- TERÁN, O. (1986) *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos.
- WIARDA, H. y KLINE, H. R. (eds.) (1996) *Latin American Politics and Development*. Boulder, San Francisco y Oxford: Westview Press.

ABSTRACT

Despite being considered "elusive", "controversial" and "residual", the category of "authoritarianism" constantly emerges in political and cultural analysis to describe the characteristic features of Latin American regimes and societies in the 20th century. This article aims to introduce some general aspects of "theory of authoritarianism" and the way in which it is built into contemporary political theory, paying special attention to the work of Gino Germani. The "theory of authoritarianism" currently faces a certain deadlock due to causal, empirical and comparative approaches. In contrast to the aforementioned approaches, it is essential to focus on the discursive dimension in order to understand both the range of ideological alternatives shaped by this category and its role in the structure of political-ideological frontiers in democracy.

Fabrizio Forastelli es doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba y PhD en Estudios Hispánicos y Teoría Crítica por la University of Nottingham (UK). Se desempeña como profesor en la Manchester Metropolitan University, Reino Unido. Ha editado (en colab.) un libro sobre democracia y estudios de género en la Argentina, y participado en publicaciones sobre literatura y estudios culturales. Contribuye con equipos de investigación en Inglaterra (Romance Studies Institute, University of London), Estados Unidos (LASA) y la Argentina (Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Córdoba).
E-mail: F.Forastelli@mmu.ac.uk

El populismo en Argentina: un análisis de la construcción del sujeto político en los discursos políticos...

REVISITANDO EL SÍNTOMA DEL "POPULISMO"

GUILLERMO OLIVERA

El populismo en Argentina: un análisis de la construcción del sujeto político en los discursos políticos...

1. INTRODUCCIÓN

En la Argentina de los años noventa, frente a la así llamada "crisis de credibilidad y representatividad política", y ante el espacio vacío dejado a la participación popular por el sistema político, los medios han tendido cada vez más a asumir esas funciones en su relación con una sociedad civil convertida así en público o audiencia. Como en cualquier democracia mediática del capitalismo tardío, surgen los que se podría designar "populismos mediáticos", "telepopulismos" o "videopopulismos" (Taguieff 1995: 42, 43) dentro de los cuales la televisión ocupa un lugar reconocidamente central.

En este contexto, la crítica cultural argentina y latinoamericana reconoce en los medios un espacio problemático principal, en la medida en que es en ellos donde parecen jugarse actualmente las relaciones entre las esferas de la política y la cultura, y ciertos procesos propios de la democracia en tanto experiencia colectiva. El término "populismo" ha retornado al discurso de los intelectuales en relación con los peligros y legitimidades que el elemento mediático estaría produciendo sobre las democracias latinoamericanas. La hipótesis subyacente es que la "mediatización"¹ (Verón 1986, 1992) –los medios en tanto "formas culturales" o "tecnologías en uso" (Williams 1974)– produce efectos sobre la democracia, sobre sus dimensiones culturales y políticas. Este artículo tiene por objetivos: 1) señalar la *recurrencia* del

término "populismo" ("neopopulismo", "telepopulismo", etc.) como *sintomática* en el discurso intelectual latinoamericano (en teoría política, ciencias sociales y estudios culturales), en la medida en que remite a núcleos problemáticos específicos a los procesos de la hegemonía política y cultural en la región; 2) a partir de la bibliografía existente en el campo del análisis del discurso político (De Ipola, Verón, Sigal, Laclau, Panizza), contribuir a esbozar una posible sistematización del "populismo" como *lógica discursiva específica* a la vez que como conjunto de operaciones retóricas, susceptible de ser articulada a diferentes configuraciones ideológicas y 3) destacar algunos aspectos de la dimensión mediática de los populismos latinoamericanos, con especial referencia a las operaciones críticas de las que ha sido objeto el vínculo entre la categoría de *lo popular* y el proceso de mediatización por parte de los estudios culturales latinoamericanos. La hipótesis subyacente es que la *dimensión mediática* no es sólo crucial sino *constitutiva* de los populismos latinoamericanos.

2. EL ESPECTRO DEL POPULISMO

El populismo, en realidad, parece haber sido siempre un problema producido *en sede intelectual*, a propósito de cuestiones tanto culturales como políticas. La noción de "populismo", más que explicar procesos, parece indicar puntos ciegos o agujeros negros tanto en las teorías de la cultura como en la reflexión política. El concepto de "populismo" parece presentarse como una *coartada* que los propios intelectuales producen, pero que ellos mismos se muestran incapaces de resolver. Exceso de "la realidad" que, producido por la teoría, simultáneamente la excede.

La recurrencia sintomática del término populismo, produciéndose como ilusión, apariencia o "espejismo conceptual" (Taguieff 1995), estaría señalando el polo del exceso como distancia negativa respecto de la transparencia democrática. La singularidad del espectro del populismo residiría en su capacidad de interpelar a los intelectuales en su condición de intelectuales, en aquello que constituye a la vez que amenaza su propia identidad: el elemento popular como su exterior constitutivo. Esto ha alcanzado el estatuto de evidencia en el caso de las tendencias actuales en los estudios culturales —las acusaciones de populismo cultural y de culturalismo son dominantes en el campo—, en tanto que en teoría política los efectos de esta interpelación del "populismo" tienden a enunciarse desde fines de la década de 1960 en el registro del "espectro" (Ionescu y Gellner 1969: 1), la atribución "elusiva" por "ilusión o apariencia" conceptual (Laclau 1977), el agujero negro de la teoría

política y el "espejismo conceptual" (Taguieff 1995). Especialmente en estudios culturales, la problematización de la categoría de "populismo" se inscribe como punto de inflexión que la teoría parece trazar —con carácter de centralidad en los debates actuales— a propósito de los medios y de la cultura de masas, en tanto que en teoría política sólo algunos análisis la relacionan con procesos de mediatización como la "videopolítica", el "telepopulismo" o el "ágora electrónica" (Taguieff 1995).

En teoría política, Laclau (1977) lo conceptualiza como la forma según la cual el elemento popular democrático —al que designa, siguiendo a Lacan y Althusser, "interpelación"— se articula a configuraciones ideológicas diversas y aun divergentes entre sí basándose en su antagonismo específico: pueblo frente a Estado o bloque en el poder, y se lo hace funcionar en una cadena de equivalencias tendencialmente infinita. Pero, entonces, el término "populismo" ya no designaría una reivindicación de un sujeto histórico específico (el pueblo) sino una forma de intervención hegemónica que opera una redistribución topológica del campo político según un doble proceso (Laclau 1998a): 1) un momento de *antagonismo*, que construye una exterioridad respecto del "poder" (del Estado y de las instituciones políticas; aquí residiría el carácter "antiinstitucional" —exterior a la política— del populismo); 2) un momento *equivalencial*, la sociedad civil como ese espacio en cuyo interior se producen cadenas de equivalencias entre diferentes sujetos no articulados a configuraciones ideológicas específicas.

En los estudios culturales, el "populismo" parece señalar más una operación de la teoría o una deformación metodológica que una condición material e histórica concreta de los objetos que analiza. En este sentido, la sociología de la cultura ha acuñado términos como "sociología espontánea" (Bourdieu, Chamboredon y Passeron 1988) y "populismo", mientras los estudios culturales suelen hablar de "populismo cultural" (McGuighan 1992) como punto extremo de un continuo que pasaría por el relativismo cultural y el culturalismo. Así, en estudios culturales podría hablarse de populismos de las identidades y grupos subalternos, sean estos estadísticamente mayoritarios o minoritarios y fragmentados. El término "populismo" circula en el campo de los estudios culturales como acusación de despolitización de la teoría y de sus propuestas de intervención político-cultural.

En esta instancia, habría entonces que distinguir dos niveles de análisis: a) el populismo como condición material histórica concreta (el peronismo, el varguismo, los "neopopulismos" latinoamericanos del presente, etc.); b) el populismo como problema operacionalmente construido por la teoría: en este nivel, el populismo ya no es un atributo de ciertos procesos históricos concretos ni de determinados materiales de la cultura, sino un conjunto de ope-

raciones de atribución, una guerra de posiciones o corrientes teóricas que se produce como "exceso" de la teoría. Aquí, otra vez, el "populismo" es un término-índice en la medida en que *señala* —y no simplemente representa— ese exceso de "la realidad" que, producido por la teoría, los intelectuales se muestran incapaces de resolver. Es precisamente en el *carácter indicial* de su funcionamiento retórico-discursivo —antes que en su ambigüedad conceptual y equívocidad referencial— donde reside su interés teórico y su posible productividad analítica.

El populismo tiene una larga historia en América latina. En el campo político, el término "populismo" ha sido empleado insistentemente para definir o para caracterizar ciertos movimientos de masas e ideologías políticas específicamente latinoamericanas como el peronismo, el varguismo y el aprismo, con sentido peyorativo: enunciado en tercera persona, se lo asigna a un "otro político" distinto del colectivo de identificación al que pertenece el enunciador, y circula como forma de deslegitimar al adversario en términos políticos o morales; el término "populismo" connota casi siempre manipulación y pura retórica. Atribuido a los procesos más heteróclitos y aun divergentes entre sí y formulado desde los más diversos lugares de enunciación, la recurrencia del fantasma del populismo parece estar en relación inversa a su grado de definición lógico-semántica y contrastar con la precisión y univocidad de una categoría analítica. Término *elusivo*, entonces, pero pertinazmente *recurrente*, dirá Ernesto Laclau, cuyo "fundamento analógico" (Laclau 1977: 165) sería la referencia común a otro término igualmente elusivo —"pueblo"— y a la serie de rasgos que le están connotativamente asociados:

El populismo no es simplemente una categoría analítica, sino un dato de la experiencia; es *ese algo común* que se percibe como componente de movimientos de base social totalmente divergente. Y aun cuando fuera una pura *ilusión* o *apariencia* habría que explicar la "ilusión" o "apariencia" en cuanto tales. (Laclau 1977: 146)

Elusividad de un concepto: el populismo sería una especie de coartada que desvía y distorsiona el camino directo al referente, estrategia, en fin, de la que se sospecha ilusión, apariencia y engaño.

Peter Worsley (1970) plantea la necesidad de explicitar "ese algo común" que designa el término especificando cuáles son esos "atributos cruciales" que hacen que a "movimientos con rasgos muy diferentes, separados en el espacio, el tiempo y la cultura, se los subsuma consciente y analíticamente bajo la misma rúbrica, 'populistas', pese a las variaciones en sus otras características" (1970: 219). Porque lo importante es que "desde el momento en que

la palabra *ha* sido usada, la existencia de *humo verbal* bien puede indicar un *fuego* en alguna parte" (Worsley 1970: 219).

Me interesa retener esta idea de la figura de un índice que no se limita simplemente a nombrar o representar en forma objetiva y desde una exterioridad ciertos fenómenos o procesos sociales a los que se lo atribuye: los populismos realmente existentes. Esto se debe a que la operación de atribución que un término-índice como el "populismo" efectúa no es enteramente exterior al sujeto que lo enuncia ni al objeto de su atribución; por el contrario, la propia operación de atribución contribuye a construir el "populismo" como problema. En este sentido, comprender la problemática del "populismo" implica no sólo especificar los *atributos* a los que parece referir, sino analizarlos, al decir de Foucault (1980), en el acontecimiento de su retorno: hacer emerger el mapa enunciativo que trazan las *operaciones de atribución* en tanto articuladas a conjuntos discursivos específicos. Porque, como precisa Laclau, "la posible vaguedad del concepto no se equipara sin duda alguna con *la importancia de su función atributiva*" (Laclau 1998a: 1).

Otro rasgo del populismo que llama la atención es su *permanencia* en el tiempo. Si las ideologías y los movimientos políticos nacen y mueren, se suceden históricamente unos a otros, los elementos populistas siempre parecen estar ahí: reaparecen permanentemente. De hecho, esto puede explicarse porque, como señala Laclau, el populismo no se define como un movimiento político ni como una ideología específica sino que es un *elemento abstracto* susceptible de ser articulado discursivamente a las ideologías, movimientos políticos y procesos sociales más divergentes. Laclau lo designa "interpelación popular-democrática" (1977: 144) o "elemento popular-democrático" (1977: 167), y es abstracto en la medida en que puede ser articulado a cualquier discurso ideológico concreto. En consecuencia, lo específicamente populista de un discurso estaría dado por la "presencia de interpelaciones popular-democráticas en su antagonismo específico" (1977: 167), esto es, en su antagonismo con el Estado o bloque en el poder.

Los populismos no pueden definirse, por consiguiente, como simples formas desviadas o corruptas de la democracia.

3. LA BASE ANALÓGICA COMÚN DE UN CONCEPTO ELUSIVO: LA LÓGICA DISCURSIVA DEL POPULISMO

Intentaré sistematizar la *especificación de atributos* que el análisis del discurso político ha detectado como típicos de la discursividad populista: aquellas regularidades enunciativas comunes a los populismos más diversos. La hi-

pótesis es que se puede reconocer una regularidad o lógica discursiva que funciona como "base analógica" (Laclau 1977: 165) común que hace factible que el populismo emerja como atributo a propósito de fenómenos tan heterogéneos como ciertos movimientos políticos populares del período 1930-1960 o las formas neopopulistas o "telepopulistas" (Taguieff 1995: 42) de la política de los años noventa; los primeros basados, desde el punto de vista de su apoyatura mediática, en la radio, el cine popular y el contacto presencial entre líderes y pueblo; las segundas, en la televisión y la videopolítica.

El análisis del discurso político, de larga tradición en la Argentina, ha trabajado este "elemento abstracto" que definiría lo específicamente populista de un discurso —a partir de corpus generalmente constituidos por discursos peronistas— como un conjunto de invariantes enunciativas, con notable rigor en los trabajos de De Ipola (1983), Sigal y Verón (1986), Laclau (1977, 1998a) y Panizza (2000a, 2000b). A partir de lo teorizado por dicha tradición analítica y de un trabajo de análisis de discursos políticos y periodísticos en la televisión argentina de la década de 1990, he intentado trazar las líneas de enunciación y visibilidad que definirían al populismo concebido así como una singular *configuración enunciativa* articulable (como momento) a diversas formaciones ideológicas concretas o dispositivos discursivos específicos. Los elementos centrales de esta configuración trazan el mapa de una topología política que distribuye posiciones de sujeto en torno a la oposición espacial interioridad-exterioridad:

1) El *distanciamiento respecto de "la política"*, sociedad política, Estado o bloque en el poder (De Ipola 1983; Sigal y Verón 1986). Esta característica corresponde al *antielitismo* (Laclau 1998a) y al *antiinstitucionalismo* del discurso populista, identificando a las élites con la política institucionalizada y con "la política" en tanto que tal.² Esta operación discursiva supone una dicotomización simbólica del espacio social en dos campos, los de abajo (el pueblo o la sociedad civil) y los de arriba (el otro negativo del pueblo), que estructura el principal antagonismo social como un antagonismo específicamente *popular*: sociedad política o sociedad civil, esta última identificada con el pueblo. Este es el elemento *antagónico* específico de la lógica discursiva populista (no reductible a otras lógicas de la discursividad política como la liberal o la socialista, etc.), que presupone la estrategia de producir un agente social popular en una posición enunciativa de exterioridad respecto de la política institucionalizada: "la política de la antipolítica" (Panizza 2000b: 180).

2) La *posición hermenéutica privilegiada respecto del "real-social"*, garantizada por estrategias de transparencia y por procedimientos de producción de evidencias: la realidad de lo social sedimentado como opuesta a la ficción de la política (De Ipola 1983: 125-126). Como estrategia discursiva, aspira a

la unidad simbólica del pueblo a través de la construcción de una "cadena de equivalencias" (Laclau y Mouffe 1985: 147-154). Las estrategias populistas mediáticas actuales tales como el uso de la representación socioestadística —los sondeos de opinión y el televoto— y de las experiencias y testimonios presenciales —la lógica mediática de mostrar el costado humano de sufrimientos y demandas a través de casos individuales— pueden considerarse desde esta perspectiva. La representación estadística como la presentación de los casos individuales son modos de producir a la gente, al pueblo o a la audiencia como puro dato objetivo o como crudo *pathos* subjetivo. En ambos casos, se trata de estrategias discursivas que apuntan a producir lo popular como *evidencia social* en su transparencia objetivante o subjetivante.

3) La *dualidad y ambivalencia topológica* del enunciador populista respecto del sujeto popular (el pueblo, lo popular, la gente o aun el público): el enunciador populista está, a diferencia de las instituciones políticas formales y de los políticos profesionales, mucho más próximo a la gente porque es *parte* de ella. Los efectos de *proximidad y transparencia* (De Ipola 1983: 122-139) del discurso populista tienden a cancelar o suspender la distancia simbólica intrínseca a toda representación política y a denegar la opacidad constitutiva del lazo simbólico entre representantes y representados. Pero al mismo tiempo, el discurso populista presupone que la voz del líder o del mediador expresa los auténticos sentimientos y demandas populares sin ser completamente la voz del pueblo o de la gente: crea una *diferencia* entre la voz popular del líder y el pueblo, que sólo podría hablar a través de su líder. Hay un doble vínculo (De Ipola 1983) que sería característico del discurso populista: en sus mensajes, el enunciador populista tiene que afirmar al mismo tiempo "soy como tú" y "no soy como tú" (Sarlo 1996: 153).

Esas tres estrategias discursivas parecen ser las operaciones fundamentales de toda discursividad populista. Los elementos centrales de esta configuración diseñan una topología política que redistribuye diferentes posiciones de sujeto alrededor del espacio social. En un dispositivo semejante se trata de producir simultáneamente una *exterioridad* (respecto del poder y de la política legitimada) y una *interioridad* (el pueblo o la gente como inmanencia de lo real-social sedimentado, exterior al poder y a la política institucionalizada). De modo que, por un lado, con la producción de un "fuera del poder", el discurso populista construye discursivamente su antagonismo específico en relación con el Estado, las figuras públicas y el bloque en el poder; por el otro, con el emplazamiento enunciativo en lo "real social" como espacio de una presencia plena que presentaría "sin mediaciones" la voz del pueblo o de la sociedad civil, se articulan las interpelaciones popular-democráticas como propias, espontáneas y comunes entre enunciador y destinatario: se trata de la

producción de una espontaneidad democrática. Por medio de esta configuración espacial, el discurso populista apunta a producir efectos de transparencia: la operación populista consistiría en reponer o restituir una sustancia —el pueblo, lo popular, lo espontáneamente democrático— y en afirmar su naturaleza *social* como opuesta y exterior al poder y a la política institucionalizada. Según el discurso populista, el cuerpo social popular es fundamentalmente no político, y, paradójicamente, sólo podrá adquirir fuerza política en la medida en que acceda a un umbral *antipolítico*, esto es, en la medida en que exprese su antagonismo respecto de la política (institucionalizada) como aquella esfera engañosa y corrupta de la sociedad.

4. LAS DEMOCRACIAS MEDIÁTICAS Y LAS PARADOJAS DE SUS CONFIGURACIONES APORÉTICAS: POPULISMOS “TECNO”, POPULISMOS SIN PUEBLO

Los medios siempre han desempeñado un papel central en la constitución de los sujetos políticos en los procesos populistas. Considero relevante señalar algunas diferencias cruciales en el papel que esta dimensión mediática ha cumplido en cada una de las dos importantes experiencias populistas de la región: la correspondiente al período 1930-1960 (populismos clásicos) y aquella de la década de 1990 (neopopulismos).

Los medios masivos, alguna vez responsables en gran parte de la constitución misma del pueblo en sujetos políticos, podrían estar contribuyendo en épocas de globalización a la muerte del pueblo y de lo popular y a su disolución en *popularidad*, de modo tal que el viejo elemento popular quedaría reducido a mera audiencia según la lógica del consumo y del espectáculo. La crítica cultural latinoamericana ha denunciado este pasaje como degradación del pueblo y de lo popular en “popularidad”: la banalización de una sustancia previa (el pueblo como sujeto), la pérdida de sus contenidos históricos (tradiciones y memoria cultural popular) y la neutralización de su antagonismo político. Para García Canclini (1990: 237-261), esta “popularidad” mediática tiende a leerse inscripta, desde los viejos populismos, en el relato trivializante de una pérdida y de una degradación: un sustantivo concreto (el “pueblo” como patrimonio de tradiciones o como sujeto histórico) se tornaría primero adjetivo (“popular”/“lo popular”) para diluirse luego, fatal y definitivamente, en un sustantivo abstracto (“popularidad”).

Pero si los medios hacen visible la popularidad como principio técnico y pura forma abstracta —uno de los singulares modos de existencia del elemento (popular)-democrático en las democracias del presente—, de ninguna

manera estos procesos de abstracción propios de la lógica de mercado sustituyen completamente una presunta presencia plena del pueblo. Como el propio García Canclini señala, se trata de un “desplazamiento” y no simplemente de una sustitución del disenso por un puro consenso, de un contenido concreto (el pueblo como sujeto político) por una forma abstracta (la popularidad como objeto producido por las tecnologías masivas).

Por un lado, la abstracción propia de la “popularidad” no es un rasgo radicalmente nuevo ni distintivo de los neopopulismos de base televisiva: lo que esta denunciada “popularidad” estaría haciendo visible sería ese elemento *siempre ya presente* en los populismos y en la forma misma de la democracia, esto es, la lógica de la *equivalencia*. Esta lógica es compartida tanto por cualquier discurso populista como por la mercantilización de las relaciones sociales característica de las sociedades de consumo en su interpelación a la gente (ciudadanos y consumidores) como iguales. Sin embargo, la dimensión *antagónica* que estaba presente en los viejos populismos como un antagonismo específicamente *popular* (el pueblo como opuesto al bloque en el poder) no ha sido completamente cancelada por la economía de mercado y los medios, sino más bien *desplazada* por otros *antagonismos democráticos*, procesos que en América latina vienen produciéndose desde los años ochenta.

Nuevas designaciones para el nuevo sujeto de estos populismos: la sociedad civil —“entre la ciudadanía y el consumo” dirá García Canclini (1995) para el caso latinoamericano— será interpelada, según los casos, como “ciudadanos”, “público”, “audiencia”, “consumidores” o más sencillamente “la gente”.

5. EL RETORNO DEL ESPECTRO DEL POPULISMO: ¿UN SÍNTOMA?

Retomemos el pasaje de Laclau (1977: 146) referido a los contenidos connotados en los usos del término “populismo”.

Espejismo del pueblo, mera ilusión de democracia: históricamente, la atribución de populismo estuvo ligada al orden del exceso, de la apariencia y la ilusión, en la medida en que remite siempre a alguna figura de la *distorsión* en tanto exceso simbólico: si para el funcionalismo sociológico el populismo era el producto de una “distorsión” entre la naturaleza de las clases trabajadoras y sus formas de expresión política (Di Tella 1965; Germani 1965), para el reduccionismo marxista correspondía a formas ideológicas más o menos burguesas o feudales que, en tanto aparecían en aquellos sectores populares que no habían accedido aún a un estadio de organización autónoma —léase: clasista—, distorsionaban los verdaderos intereses de la clase obrera (Laclau 1977: 165-233).

Los populistas, por su parte, asignarán la ilusión y la apariencia al polo "legítimo" de la dicotomía: a "la democracia formal", a la legitimidad política o cultural dominante, y achacarán "vanguardismos", "etnocentrismos de clase", "pedagogismos", "legitimismos", etc., a sus enemigos elitistas o burgueses.

La noción de populismo parece reemerger en el discurso intelectual latinoamericano de los años noventa asociado al extremo exceso de abstracción: la "popularidad" mediática como mera distorsión del pueblo y como ilusión de democracia. De hecho, esto ha tenido y tiene consecuencias negativas para la política, pero, en lugar de simplemente denunciar las fosforescencias neopopulistas de las democracias mediáticas, habría que tomar en serio todo este "humo verbal" producido cada vez que reaparece el *fantasma del populismo*.

La lógica discursiva populista —la política de su retórica (Laclau 1998b)— allí donde señala el agujero negro irreductible a cualquier doctrina política determinada o configuración ideológica específica, *hace visible la lógica misma de la discursividad política en tanto que tal*. Esta lógica consiste básicamente en dos operaciones retóricas elementales: un proceso *negativo* de simplificación del espacio social según un *antagonismo* político fundamental que lo dicotomiza en sólo dos campos enfrentados; y una operación *metafórica* de extensión de las cadenas de *equivalencias por sustitución* de las diferentes identidades dentro de cada uno de esos campos (véase Laclau 1998a). La lógica discursiva elemental del populismo hace así visible el esqueleto retórico que configura todo discurso político y la dimensión específicamente *política* de cualquier discurso. El "populismo", lejos de despolarizar lo social, hace visible la lógica misma de lo político, su configuración retórica elemental.

Las democracias mediáticas están inscriptas no sólo en las condiciones de la economía neoliberal de mercado sino también en el marco de otro imaginario político caracterizado por la emergencia de nuevos movimientos sociales y por la correlativa constitución de nuevas identidades políticas en la sociedad civil (García Canclini 1995: 43-46). De hecho, si es cierto que hay algunas zonas de crisis de la hegemonía neoliberal en América latina, estas se sitúan en el nivel mismo de la articulación entre liberalismo y democracia, en la medida en que tienen que ver con los propios límites del discurso neoliberal en su capacidad de producir nuevas interpelaciones popular-democráticas que resulten eficaces en las condiciones del presente. Y es precisamente en este hiato donde estarían operando ambivalentemente los medios, en tanto instancias de mediación "antiinstitucional" (Sarlo 1996: 138)³ que darían existencia pública a ciertas zonas de lo social todavía no articuladas discursivamente a interpelaciones democráticas ni a discursos antagónicos específicos, y en ese sentido, *harían visibles* ciertos puntos críticos de la hegemonía neoliberal.

Pero si la "revolución democrática" (Tocqueville) es, según Laclau y Mouffe (1985), el *terreno* mismo donde opera la lógica equivalencial de este nuevo imaginario político, de ningún modo puede, por sí sola, predeterminar la *dirección* en la que este imaginario operará y el mapa de antagonismos que diseñará. Dadas las actuales condiciones de emergencia del elemento popular-democrático en América latina, el valor político de la crítica como intervención cívica se jugará en la capacidad de los intelectuales para analizar el retorno del síndrome (neo)populista y para articular la propia ambigüedad y opacidad de ese elemento (popular)-democrático a configuraciones discursivas alternativas al neoliberalismo.

NOTAS

1. Según Eliseo Verón, mientras en las sociedades mediáticas las tecnologías de comunicación se fueron incorporando gradualmente a la sociedad sin modificarla a nivel de su estructuración, las *sociedades mediatizadas* son aquellas en las cuales cada una de las prácticas sociales se transforman por el hecho mismo de que los medios son *constitutivos* del lazo social, y de que los agentes sociales son cada vez más conscientes de esta constitutividad (Verón 1992: 124).
2. Sigal y Verón (1986: 27-47) han acuñado la expresión "el modelo de la llegada" para referirse a una de las características del discurso peronista: el general Perón se representa a sí mismo como habiendo llegado al sistema político argentino desde fuera de él, desde un lugar fundamentalmente *social, no político*: desde el cuartel en 1944 y desde el otro extremo del mundo en 1973. Esta figura topológica, que ubica el lugar popular de enunciación como exterior a la política institucionalizada, parece ser recurrente en el peronismo, y en el discurso populista como tal (De Ipola 1983).
3. Mediación "antiinstitucional" en el sentido que le da Sarlo a la "democracia de la opinión" como opuesta a la "democracia de las instituciones" (Sarlo 1996: 138-142).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J. y PASSERON, J. (1988) *El oficio del sociólogo*. Madrid: Siglo XXI.
- DE IPOLA, E. (1983) *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.
- DI TELLA, T. (1965) "Populism and reform in Latin America" en *Obstacles to Change in Latin America* de C. Veliz (ed.), 47-74. Oxford: OUP.
- FOUCAULT, M. (1980) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

- GARCÍA CANCLINI, N. (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- GERMANI, G. (1965) *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad moderna*. Buenos Aires: Paidós.
- IONESCU, G. y GELLNER, E. (1969) "Introduction" en *Populism. Its Meanings and National Characteristics* de G. Ionescu y E. Gellner (eds.), 1-5. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- LACLAU, E. (1977) "Towards a Theory of Populism" en *Politics and Ideology in Marxist Theory. Capitalism-Fascism-Populism*, 143-198. Londres: New Left Books.
- (1998a) *Populism as a category of political analysis* (mimeo). Ponencia presentada en el Ideology and Discourse Analysis Seminar, Department of Government, University of Essex.
- (1998b) *The politics of rhetoric* (mimeo). Ponencia presentada en el Ideology and Discourse Analysis Seminar, Department of Government, University of Essex.
- LACLAU, E. y MOUFFE, C. (1985) *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso/NLB.
- MCGUIGAN, J. (1992) *Cultural Populism*. Londres-Nueva York: Routledge.
- PANIZZA, F. (2000a) "New wine in old bottles? Old and New Populism in Latin America", *Bulletin of Latin American Research*, F. Panizza (ed.), 19 (2), número especial: *Old and New Populism in Latin America*, abril de 2000, 145-147.
- (2000b) "Neopopulism and its limits in Collor's Brazil" en *Bulletin of Latin American Research*, F. Panizza (ed.), 19 (2), número especial: *Old and New Populism in Latin America*, abril de 2000, pp. 177-192.
- SARLO, B. (1996) *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Buenos Aires: Ariel.
- SIGAL, S. y VERÓN, E. (1986) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- TAGUIEFF, P. A. (1995) "Political Science Confronts Populism: From a Conceptual Mirage to a Real Problem", *Telos* 103, primavera de 1995, 9-43. Nueva York: Telos Press.
- VERÓN, E. (1986) *La mediatización*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (1992) "Interfaces, sobre la democracia audiovisual avanzada" en *El nuevo espacio público* de J. Ferry, D. Wolton et al., 124-139. Barcelona: Gedisa.
- WILLIAMS, R. (1974) *Television: Technology and Cultural Form*. Londres: Fontana.
- WORSLEY, P. (1970) "The concept of populism" en *Populism. Its Meanings and National Characteristics* de G. Ionescu y E. Gellner (eds.), 212-250. Londres: Weidenfeld and Nicolson.

ABSTRACT

This article has three aims: 1) to point out the recurrence of the term "populism" ("neopopulism", "telepopulism") as symptomatic in Latin American intellectual discourse (in political theory, the social sciences and cultural studies); 2) to draw on the theoretical work on the term "populism" (De Ipola, Verón, Sigal, Laclau, Panizza) to systematize the conceptual analogical basis associated to the usage of this term in order to make visible its specific discursive logic—the politics of its rhetoric—and thus contribute to transform it into an analytical category; and 3) to highlight some aspects of the media dimension of Latin American populisms, with special reference to 1990s Latin American cultural criticism.

Guillermo Olivera es licenciado en Comunicación Social, magister en Sociosemiótica en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y está realizando un doctorado en Teoría Crítica y Estudios Culturales en la Universidad de Nottingham, Inglaterra. Se desempeña como profesor adjunto por concurso de Semiótica (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) y docente en el Departamento de Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad de Nottingham. Investiga en los campos de la semiótica, el análisis del discurso y la crítica cultural. E-mail: asxgeo@nottingham.ac.uk

...de una manera que...

EL SISTEMA DE LOS MEDIOS Y EL SISTEMA POLÍTICO

ROBERTO GRANDI

...A partir de la...

Hacen un abundante uso de eslóganes y consignas [...]; los problemas más importantes aparecen resumidos en pocas frases o reducidos a algunas líneas de chismes [...]. Los problemas políticos más arduos se resuelven en juegos de palabras o epigramas [...]. Los redactores usan siempre las mismas palabras o frases banales, apuntan exclusivamente sobre el efecto de la repetición.

Carta de un líder federal norteamericano a un amigo hace 200 años. (Adato 1993: 71)

1. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD

El proceso de construcción social de la realidad es central para definir las fases y los mecanismos de formación de la opinión pública. A diferencia de lo que se ha sostenido en la teoría de los "powerfull media", los mecanismos de influencia entre medios, instituciones públicas y sociedad civil son más complejos de lo que hipotetiza la teoría.

El proceso de formación de la opinión pública es el resultado de una competición por el dominio del campo simbólico. Sin hacernos ilusiones sobre la posibilidad de formar una opinión pública que actúe fuera de los mecanismos de construcción de la realidad social controlada por los medios y fuera del sistema político, me parece que se puede sostener la deslegitima-

ción de estos dos sistemas en la opinión pública. Una de las tesis que propongo es que las tentativas del sistema mediático de independizarse del sistema político ha llevado a una pérdida de credibilidad de ambos frente a un público cada vez más amplio. La relación polémica y conflictual entre estos dos sistemas, al principio cómplices, luego concurrentes y adversarios para influir sobre la opinión pública, ha llevado a un juego de relaciones perversas en el cual los dos sistemas permanecen, de hecho, concurrentes, si bien la lógica del sistema político se ha hibridado con la lógica del sistema de los medios.

2. SISTEMA POLÍTICO Y SISTEMA DE LOS MEDIOS: CONFRONTACIÓN DE LAS LÓGICAS

A partir de la constitución de las democracias occidentales se ha activado, entre el sistema de los medios y el sistema político, una especie de contrato simbólico para la gestión de la relación con los ciudadanos/lectores/electores. Sin hacer generalizaciones ahistóricas se puede sostener que para toda la fase del desarrollo de la prensa —una prensa dirigida a las elites— ha existido cierta complicidad entre los dos sistemas: cada uno desarrollaba un papel preciso en la formación de la opinión pública, con una fuerte dependencia del sistema de los medios al sistema político. Durante todo ese período esta relación que más que de complicidad era de intereses comunes ha permitido a ambos sistemas moverse según lógicas propias. Con el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación de masas, en particular el del sistema televisivo, estas funciones centrales para la autonomía del sistema político han sido hibridadas por la lógica de los medios.

2.1 EL SISTEMA DE LOS MEDIOS HOY

Cuando se habla de información en la época de la CNN se entiende subrayar algunas características del sistema informativo internacional:

- la invasión de un sistema mediático que ha puesto en discusión la separación entre una esfera pública (objeto de información periodística) y una esfera privada (a cubierto de una investigación): de Watergate a Monica Lewinsky (Tonello 1999);
- una estandarización e industrialización del sistema de producción de las noticias remodelado en función de las indicaciones suministradas por las concesionarias de publicidad y de los expertos en marketing, que hacen coin-

cidir el proyecto editorial con un plan de marketing que privilegia noticias siempre más ligeras y brillantes;
- un incremento de los canales de televisión especializados que ha llevado a los canales de información generalistas —debido a los costos que implica la información de investigación— a llenarse de pequeños “bocados” de información que yuxtaponen argumentos relevantes con argumentos triviales y se vuelven, en los momentos de crisis internacionales, fuentes de información legitimadas por las elites.

2.2 LA CRISIS DE LAS FUNCIONES DE “AUTONOMÍA” DEL SISTEMA POLÍTICO

Estas características del sistema mediático actual han incidido de modo relevante sobre algunas de las funciones que el sistema político mantenía para “defender” su propia autonomía. Recordemos algunas de estas funciones:

- el control de la propia visibilidad. Este control, desde los albores de las democracias occidentales hasta la primera parte del novecientos, ha sido ejercitado por líderes políticos y por gobiernos a través de la planificación de esporádicas ocasiones de encuentros dentro de círculos relativamente cerrados. En los casos en los que debían aparecer frente a un público más amplio de súbditos, se mantenía una rigurosa distancia, creando así un aura que, concretizándose en la distancia, confirmaba lo inalcanzable del poder y legitimaba su sacralidad. Con el desarrollo de la televisión, el líder político y los gobernantes han aumentado las ocasiones de visibilidad mediatizada, lo que pone el problema del control de la propia visibilidad y de la autorrepresentación en relación con un público ausente físicamente y difícilmente definible;
- la diferenciación basada en proyectos y programas diferentes. La retórica de los discursos políticos tenía como modelo narrativo el ensayo, que debía ser, en el caso de las presentaciones públicas, ilustrado a través de artificios retóricos que incrementasen el patetismo de la relación con el público presente. Con la llegada de la “era CNN” se utilizará la retórica del discurso publicitario: la unidad del discurso político público será el eslogan. Los textos políticos más amplios serán reducidos a pequeños trozos (*sound bites*) de declaraciones, breves citas, consignas que se fijan en la memoria de los espectadores;
- el reclutamiento y la selección del personal político. El partido político gestionaba personalmente el reclutamiento de los agentes políticos a partir del nivel de simples militantes, y garantizaba, mediante cursos de formación específica, la competencia que transformaba a esos simpatizantes en

militantes fieles. De una lógica autorreferencial se ha pasado a una lógica de referencialidad externa. La selección del personal político pasa a través de mecanismos que deben tener en cuenta la lógica del sistema mediático: más las personas tienen características que las vuelven televisivas, mayores serán las posibilidades que tendrán de surgir como candidatos potenciales, porque su éxito dependerá en gran medida de cómo se adaptan a la lógica de los medios;

- **el control de la privacidad.** Meyrowitz (1985 [1993]: 107) recuerda cómo la autoridad se demuestra y mantiene a través del control del conocimiento, y las capacidades y experiencias relevantes para el rol, pero también de las prácticas entre bambalinas. Y muy a menudo es la limitación de las informaciones y las pocas posibilidades que tienen los subordinados de acceder a este espacio de bambalinas lo que permite interpretar con eficacia los roles de autoridad. La capacidad de los medios, en la época de la CNN, de representar a los líderes en forma directa y cercana impide cualquier posibilidad de construir la autoridad sobre el control de las bambalinas: la autoridad del actual liderazgo político se construye totalmente a través de una visibilidad pública que, cuando es eficaz, simula el escenario y las bambalinas.

3. EL PROCESO DE DECISIÓN DE LOS ELECTORES Y EL USO DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA¹

3.1 LAS VARIABLES QUE INCIDEN EN EL PROCESO DE DECISIÓN DE LOS ELECTORES

a) **Variables personales**
Desde un punto de vista general, y haciendo referencia a los estudios en el área anglosajona, se distingue entre *issue-oriented voters* e *image-oriented voters* (Rosenberg y Elliot 1989; Choi y Becker 1987; Lowden et al. 1994). Los primeros serían aquellos que adquieren las propias informaciones principalmente a través de la prensa; los segundos, a través de la televisión. Los primeros estarían interesados en las diferentes posiciones de los candidatos sobre temas y espacios políticos públicos; los segundos, en las características del personaje político que emergen de la representación televisiva (la calidad de liderazgo y la habilidad en el discurso político).

Esto vale sobre todo para la realidad italiana, donde los mismos medios masivos no están tan separados entre sí, y es archisabido cómo la prensa constituye una buena caja de resonancias de la televisión. El resultado es una aceleración continua de la intertextualidad mediática que pone en crisis cual-

quier hipótesis que se sostenga sobre tipologías paralelas de consumo de los medios.

La variable personal que hace referencia a la relación del elector con la política está caracterizada, en la situación italiana, por una disminución cuantitativa del electorado connotado por el "voto de pertenencia", y por el crecimiento del "voto de opinión". Con respecto a este último elector, cumplen un papel cada vez más eficaz los medios de comunicación, de los cuales se fían los mismos partidos políticos para alcanzar el mercado de los propios electores potenciales (Pasquino 1988).

b) Variables de ambiente

Podemos definir las variables no personales que influyen sobre el proceso de decisión del elector retomando la expresión de Robert E. Denton Jr. y Mary Stuckey (1994) "elementos estratégicos de ambiente y de contexto". Los sucesos acaecidos estos últimos años en Italia han modificado mucho las variables de contexto: en relación con la campaña electoral italiana de 1994, las variables de ambiente que más incidieron han sido aquellas correspondientes al reglamento (sistema uninominal y mayoritario corregido) y a la ley electoral nº 515 de garantía de la Radiodifusión y de la Prensa de oportunidades equitativas, prohibición de publicidad electoral no argumentada y límite de 100 millones de liras para los gastos de campaña. La posibilidad de transmitir spots televisivos durante los períodos de campaña es, en Italia, un tema de gran debate en cada cita electoral.

c) Variables mediáticas

No pretendo referirme tanto a la relación más general entre sistema de los medios y sistema político —con el papel de excepción en el panorama internacional desempeñado por Berlusconi— cuanto a la redefinición de la relación entre el sistema de los partidos y el sistema de los medios a nivel de las producciones específicamente mediáticas. A las ocasiones ya tradicionales —como los noticiarios, la publicidad y los eventos mediáticos como las *conventions* y los debates— se sumaron las apariciones de los candidatos en los *talk-shows* televisivos y en las transmisiones radiofónicas, con numerosas entrevistas. Se han señalado a menudo los nuevos *formatos* y las transformaciones del *entertainment show* en *political show*.

Popkin —que ha sido el consultor político de Bill Clinton en su campaña para la presidencia— sostiene que este ha logrado cancelar la imagen negativa que tenía al final de las primarias con una especie de "minicampaña" dentro de la principal, para escapar al límite de la aparición en los noticiarios (Popkin 1991).

El mismo análisis para la situación italiana lo realizaron el Observatorio de Pavía, el Mediamonitor de la Universidad de La Sapienza de Roma y el Observatorio Archivo sobre la Comunicación Política de la Universidad de Perugia, testimoniando sobre la variedad de ocasiones de visibilidad que las redes televisivas italianas han ofrecido a los políticos italianos hasta crear en el país "géneros y formatos de comunicación absolutamente desconocidos respecto de las precedentes elecciones" (Mancini y Mazzoleni 1995: 288).

3.2 LA IMAGEN Y LA CAMPAÑA ELECTORAL

El funcionamiento del conjunto de las variables recordadas precedentemente ha modificado, en estos últimos años, el desarrollo de la toma de decisión por parte de los electores. La dirección hacia la cual se ha movido este proceso se ha distinguido por una acentuación del papel cumplido por las características personales del líder y por las siempre más numerosas y diversificadas ocasiones de visibilidad televisiva.

I. El concepto de imagen

Como ya expresé en diferentes ocasiones (Grandi 1994), la imagen debe ser entendida como un concepto que incluye la *imagen esperada* (cómo el líder desearía ser considerado), la *imagen comprobada* (las interpretaciones que los diferentes públicos hacen de los comportamientos y actitudes del líder), y la *imagen difusa* (el conjunto de discursos, de cualquier tipo, del líder o acerca de él). En síntesis, la imagen de un líder es ese "objeto semiótico" que recubre, principalmente, dos funciones:

a. La función primaria consiste en generar un universo de significaciones que actúe como **marco de sentido** en el interior del cual diferentes segmentos de público puedan interpretar los comportamientos, actitudes y, en general, las prácticas discursivas del líder para efectuar inferencias en función de sus rasgos de identidad.

b. La función secundaria, pero no menos importante por su eficacia en la comunicación política, se sustancia en el atribuir a los diferentes públicos de referencia un **sistema de expectativas** al que el líder trata de responder de modo pertinente.

La imagen de un líder es aquel marco o perspectiva que, incidiendo sobre la interpretación que los diferentes públicos hacen de todas las acciones del líder mismo (incluidos los diversos aspectos relativos a los *issue*), crea, en los diversos segmentos del público, una serie de expectativas.

Considerar a la imagen de este modo elimina alguno de los equívocos

que en todos estos años han circundado al concepto. En particular, la contraposición entre *image* e *issue*, la creencia de que la imagen tenga que ver únicamente con los aspectos de superficie.

La imagen de un líder es en cambio, según nuestra hipótesis, el resultado del conjunto de las relaciones contractuales que de modo no definitivo se instauran con los diferentes segmentos del público en una situación de "gran concurrencia discursiva" (Verón 1984).

Contractualidad e intertextualidad son, entonces, dos de las características que sustancian esa categoría de imagen de líder político que reconoce como activos a los dos polos de la comunicación (destinador y destinatario) y que tiene en cuenta las características del ambiente en el cual esta comunicación es transmitida.

II. La imagen del líder y el proceso de decisión del elector

Surge de muchas investigaciones que a menudo la decisión de voto está basada en la percepción del carácter del candidato focalizando las referencias a su personalidad y no a sus temáticas políticas. Alan Loudon cita algunas observaciones que fueron adelantadas en investigaciones sobre los aspectos cognitivos:

las evaluaciones del candidato no son, desde un punto de vista cognitivo, necesariamente superficiales, irracionales o breves. Los votantes pueden centrarse en las cualidades personales de aquel a fin de obtener informaciones sobre las características relevantes para evaluar cómo se comportará una persona cuando asuma sus propios deberes. El hecho de votar por un candidato basándose en sus características personales no implica por esto "irracionalidad"; puede sugerir una actividad evaluativa razonable e inteligible. (Miller, Wattenberg y Malanchuk 1985: 184 en Loudon 1994: 176)

Lo que coloca al carácter del líder en el centro del proceso de decisión del elector —en una instancia en la cual la relación de pertenencia incide siempre menos y la elección puramente ideológica se hace más inusual— está determinado por el hecho de que, cuando el elector se encuentra en situación de tener que elegir, activa mecanismos de su propia cotidianidad. Es la experiencia cotidiana a la que recurrirá el elector para evaluar a los candidatos políticos. Se trata de una experiencia en la cual se reproponen los estándares de juicios basados sobre las relaciones interpersonales: "los votantes observan el comportamiento del candidato, aplican estándares personales y concluyen con sus propias evaluaciones sobre el carácter del candidato" (Loudon 1994: 178).

Tal como lo hemos indicado antes, la función secundaria recubierta por

la imagen —crear expectativas— está plenamente confirmada: los electores evalúan los comportamientos anteriores del candidato para individualizar aquellos rasgos del carácter sobre los cuales hacer inferencias en relación con las expectativas sobre su futuro comportamiento.

Resulta claro que los rasgos del carácter más influyentes en el proceso de toma de decisiones varían en relación con los distintos segmentos electorales, con los diversos momentos de la campaña y con las diferentes campañas.² El voto se configura como una especie de letra de cambio que se da —un acto de confianza— y el elector pone en acción todos los mecanismos posibles para evaluar la fiabilidad del destinatario de esta letra, es decir, la posibilidad de realizar lo que promete. Es más, se trata de una actitud que está en la base del acto de creer, entendido como una actividad contractual, en el que se pide, al que cree, adoptar una cierta actitud, un comportamiento en el presente, a cambio de una recompensa, de cualquier tipo, en el futuro.

A las hipótesis que contraponen la imagen del candidato al contenido de su elección política (*image* o *issue*) prefiero las hipótesis que consideran el proceso de decisión del elector como una actividad de interpretación de los discursos y hechos pasados y presentes para hacer ciertas inferencias, a la luz del carácter del candidato, de su comportamiento futuro, una vez que resultará elegido. Entonces no más *issue* frente a *image* sino formación de la imagen también a través de las interpretaciones de comportamientos ligados a los *issues*, mediadas por la percepción del carácter del candidato.

III. La campaña electoral como prueba

En estas últimas elecciones —que han incrementado en los Estados Unidos y en Italia las ocasiones de la visibilidad televisiva de los candidatos— los procesos inferenciales de los electores se han basado no ya sólo en los atributos directos, sino en las *performances* de los diferentes *talk-shows* televisivos o en programas con formatos adaptados para recibir discursos políticos.

Es claro que lo que le llega al telespectador es una imagen del candidato construida por sus *image makers* adaptando las características personales a las exigencias de la gramática televisiva, pero, en desacuerdo con lo que piensan quienes sostienen el invencible poder persuasivo de la televisión, se podría hipotetizar que el hábito del telespectador con su gramática específica le permite igualmente crearse un sentido observando la interacción directa y confrontándola indirectamente con los otros candidatos que aparecen en la pantalla.

Las inferencias operadas por los electores a partir del comportamiento del candidato durante la campaña electoral, y que permiten una evaluación positiva o negativa, hacen referencia fundamentalmente al campo de la competencia que comprende tanto las modalidades virtualizantes del “querer” o

del “deber” como aquellas que actualizan el “saber” o el “poder”. La competencia es interpretada como el “ser” que permite el “hacer”.

Al final de la campaña en cuanto prueba, se obtendrá una sanción que pesará sobre las inferencias que el elector realizará en mérito al comportamiento futuro del candidato una vez elegido. El elector no olvida los comportamientos ni las diferentes opciones filosóficas y de valores de los candidatos, pero interpreta el todo a la luz de la competencia mostrada por el candidato para gestionar la “prueba” electoral. Y esta competencia se completa también con el estilo que adopta, si entendemos por “estilo” lo que hace referencia a un modo de ser.

La importancia en la comunicación política en general y no sólo electoral de los medios y en particular de la televisión deriva, entonces, no tanto de una propiedad intrínseca a estos medios, cuando de la forma de construir la “prueba” final que el candidato deberá suministrar sobre sus cualidades de líder y sobre su seguridad en la gestión del bien público: asumir el estilo de líder pertinente para cada contexto.

Esta asunción por parte del político de un estilo de líder puede dar lugar —como ha sostenido en una intervención publicada en *Lexia* n.º 8 Francesco Marsciani (1995)— a la reactivación de un nuevo proceso de pertenencia por parte de los electores, esta vez basado sobre “algunos mecanismos de determinación de la identidad fundamentalmente estilísticos”. Y de esto deriva la importancia —subrayada por tantos estudiosos italianos y extranjeros— del cotejo/choque de lógicas que se determina entre el discurso de los medios por una parte y el discurso político por la otra.

4. REDEFINICIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE EL SISTEMA MEDIÁTICO Y EL SISTEMA POLÍTICO

A nosotros nos interesa el espacio discursivo constituido por el encuentro entre un único producto mediático, articulado por un formato, y el discurso político que se transmite, gracias a recíprocas adecuaciones. Como se puede intuir, no es un problema trivial, porque hace referencia a las relaciones que se entablan entre el sistema de los medios y el sistema político.

Como nos lo recuerda Thomas Patterson (1996: 53) el “cinismo” del periodismo norteamericano ha generalizado una cobertura negativa en relación con el sistema político, hasta minar ulteriormente la ya escasa credibilidad de las instituciones en la opinión pública. Los años ochenta, particularmente, han visto afirmarse un “periodismo agresivo, que ha transformado a los periodistas en protagonistas: estos incluyen regularmente sus propias in-

interpretaciones y críticas personales dentro de sus servicios". El período Tangentopoli,* y la representación que el sistema de los medios dio del sistema político italiano, ha contribuido a deslegitimar ulteriormente la credibilidad de la clase política y de las instituciones sin que los titulares periodísticos se preguntaran seriamente cuál había sido su papel en esa etapa.

Paralelamente, el sistema político trata de orientar el proceso de construcción de la realidad sustrayéndolo, en la medida de lo posible, de las lógicas discursivas y de las rutinas productivas de los medios, o, cuando este intento no resulta exitoso, de servirse de esas lógicas. En tales casos los líderes políticos, gracias a la actividad siempre más masiva y especializada de los consultores en comunicación, buscan conquistar popularidad a través de los medios, con una estrategia de permanente movilización y gestión de la opinión pública, inaugurando el recurso de "hacer público" (*going public*) que funciona mejor en un escenario de campaña permanente (*permanent campaign*), en la cual se desvanece la distinción entre períodos de propaganda electoral y períodos de administración, porque la conquista y el mantenimiento de la popularidad es una tarea continua. Las campañas permanentes se caracterizan por el uso ininterrumpido de encuestas y el intento de hacer circular imágenes positivas en los medios.

Las tentativas del sistema político de sustraerse a la lógica del sistema mediático pasa a través de dos recorridos: forzar el formato tradicional de los medios y ampliar los canales de comunicación. Un ejemplo de la primera modalidad ha sido ya descrito cuando recordamos cómo la radio y sobre todo la televisión han propuesto nuevos formatos televisivos —como los *talk-shows*— que sustrajeron a los periodistas el monopolio de mediación entre los líderes políticos y el público de telespectadores acentuando la posibilidad de hablar sin mediación periodística, al presentar —no desde el lado del ojo de la cerradura— costados privados de la propia personalidad.

4.1 EL USO DE INTERNET COMO RECUPERACIÓN DE FUNCIONES DE AUTONOMÍA POR PARTE DEL SISTEMA POLÍTICO

A partir de los ejemplos sobre el uso de la red y de los análisis realizados en estos últimos años (Rash 1997; Selnow 1998; Beiler 1999) se pueden formular hipótesis acerca de la prevalencia de algunos usos:

* "Tangentopoli", que deriva de "tángente" (coima), significa "el pueblo de los coimeros", y dará origen al proceso de Mani Pulite (manos limpias) encarnado por el magistrado Di Pietro durante los años noventa. [T.]

1. crear una relación directa con los electores sustrayéndolos a la mediación de los periodistas. Gracias a la construcción de un sitio web los partidos y los líderes individuales se convierten en una especie de editores de sí mismos, liberándose del control de la mediación periodística. Considerando la relación conflictiva entre prensa y política se puede entender bien que la posibilidad de gestionar su propio canal de comunicación es vista como una gran oportunidad que lleva a un nivel de autonomía ulterior con respecto a la creación de nuevos formatos de radio o de televisión. Si en 1996 los sitios web no eran otra cosa que una versión electrónica de los panfletos y de las circulares, hoy los sitios de los candidatos recubren diferentes funciones, todas incluidas en la megafunción de apertura y mantenimiento del diálogo: exposición del programa, biografía del líder, discursos en "real audio", adivinanzas para niños, *links* de referencia que definen el mundo de los valores a los que aspira el líder;

2. activar nuevos mecanismos de reclutamiento y de movilización de militantes e inaugurar una más eficiente comunicación interna. Al escaso aprovechamiento de las potencialidades de interactividad en la relación con los electores, corresponde una utilización mayor en el interior de la organización: la red es empleada no sólo para crear movilizaciones y reclutar militantes, sino para dar un sentido de unidad al grupo y de acción entre los participantes de la campaña. A través de la red se proponen diferentes modalidades para contribuir a la campaña: cartas a los amigos, movilizaciones, etcétera;

3. activar nuevos mecanismos de fund raising. Por medio de las redes los simpatizantes pueden contribuir a la campaña o bien comprando el merchandising electoral —que cuando se usa y se muestra constituye un medio de propaganda— o bien haciendo donaciones de dinero. Sobre los *sites* de los candidatos en la pasada elección en la Casa Blanca se podía ver la lista de los donantes;

4. crear una fuente de información directa para la prensa. Internet ha entrado en la práctica cotidiana de los periodistas: un medio rápido y eficaz para recoger y seleccionar información. La relación directa entre el comité de campaña y los periodistas ahorra el tiempo perdido en las conferencias de prensa a menudo convocadas solamente para cumplir una función fática;

5. contribuir a enriquecer la propia imagen con una connotación de innovación. Abrir un sitio Internet, especialmente si se lo usa en toda su potencialidad, aumenta la imagen de innovación y de eficiencia de un líder político.

4.2 LA E-POLÍTICA

La red se está poblando de sitios que tratan temáticas políticas, situándose en los subsistemas comerciales e informativos. Nace de este modo, junto al sistema político y al sistema mediático, un nuevo sujeto que podrá tener en el futuro un cierto peso para influir sobre la formación de la opinión pública en relación con las elecciones políticas. Daré solamente algunos ejemplos.

Vote.com se presenta como un sitio "integralmente interactivo diseñado para ofrecer a los usuarios de Internet una voz sobre importantes temas públicos o sobre problemáticas de otro tipo [...]. El sitio ofrece la posibilidad de hablar y de ser escuchado. Cuando tú votas sobre un tema colocado en nuestro sitio, nosotros enviamos inmediatamente un e-mail a quienes tienen el poder de tomar decisiones, como por ejemplo tu representante en el Congreso, tus senadores o el Presidente, a los que podrás decirles las cosas que sientes". Un sitio que se coloca como interfaz entre los electores y los hombres políticos, una interfaz que difiere de los periodistas. Vote.com es un sitio de servicio en cuanto propone todas las informaciones actualizadas sobre los candidatos y una encuesta semanal.

Speakout.com se presenta como el espacio donde poder obtener las informaciones que se buscan, hacer llegar los mensajes a varios personajes o donde poder hablar e interactuar sobre diferentes temáticas y expresar preferencias que se elaboran por monitoreo, con todos los límites del caso, con este segmento de la opinión pública.

Govote.com se propone como el más eficaz "selector de candidatos en la red". Es suficiente expresar las propias opiniones políticas en la red y estas serán comparadas con los programas de los candidatos, dando el nombre del que más se acerca a las propias opciones.

Más allá del fastidio que algunos puedan probar por esta explicitación y aplicación de las técnicas de marketing a las preferencias políticas, es indudable que la red constituye un medio de comunicación de masas con características nuevas que modifica las relaciones entre sistema político y sistema mediático y entre estos dos sistemas y el público.

5. CONCLUSIONES

Hoy se ha abierto un nuevo capítulo de la negociación que desde hace mucho tiempo tiene ocupados, en el interior de la comunicación política, al sistema político y al sistema de los medios. Luego de una fase de complicidad y acercamiento entre sus lógicas se ha asistido a un enfrentamiento en-

tre ellas y a una imposición al sistema político de algunas lógicas del sistema mediático. El resultado ha llevado a una pérdida de credibilidad de ambos, que son considerados, por la gran mayoría de la opinión pública, como cómplices. Hoy, con el aumento de los canales de comunicación y el desarrollo de Internet, el sistema político está buscando caminos que lo vuelvan menos dependiente del sistema de los medios, y encuentra nuevos sujetos en este recorrido.

Traducción de Lucrecia Escudero Chauvel

NOTAS

1. Este argumento lo he postulado en diversas ocasiones: véase Grandi 1996a, 1997, 1998. En Grandi (1996b y 1999) he estudiado estos temas en relación con dos campañas específicas: las elecciones nacionales de 1996 y las elecciones administrativas en la ciudad de Bolonia en 1999.
2. "Los rasgos de carácter, como la integridad y la competencia, parecen más importantes que la amistad, la pertenencia a la familia, etc." (Louden 1994: 179).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADATO, K. (1993) *Picture perfect*. Nueva York: Basic Books.
- BEILER, D. (1999) "The Body Politic Registers a Protest", *Campaigns & Elections*, febrero.
- CHOI, H. C. y BECKER, S. L. (1987) "Media Use, issue/image discriminations, and voting", *Communication Research* 14.
- DENTON Jr., R. E. y STUCKEY, M. E. (1994) "A Communication Model of Presidential Campaigns: A 1992 Overview" en *The 1992 Presidential Campaign. A Communication Perspective* de R. E. Denton Jr. (ed.). Westport, CT: Praeger.
- GRANDI, R. (1994) "La corporate image come oggetto semiotico" en *Semiotica e marketing* de R. Grandi (ed.). Milán: Angeli.
- (1996a) "Il regime discorsivo del 'nuovo' nella comunicazione politica italiana" en *Comunicare politica nel sistema dei media* de S. Bentivegna (ed.). Génova: Costa & Nolan.
- (1996b) *Prodi. Una campagna lunga un anno*. Milán: Lupetti.
- (1997) "Strategie a confronto" en *Il televoto. La campagna elettorale in televisione* de M. Livolsi y U. Volli (eds.). Milán: Angeli.
- (1998) "La sostenibile credibilità del leader. Lo 'stile' in politica" en *Leggere la*

- comunicazione Politica, Pubblicità, Internet de Centro Ricerche Semiotiche di Torino (eds.). Roma: Meltemi.
- (1999) *Come vincere/perdere le elezioni*. Milán: Lupetti.
- LOUDEN, A. (1994) "Voter Rationality and Media Excess. Image in the 1992 Presidential Campaign" en *The 1992 Presidential Campaign. A Communication Perspective* de R. E. Denton Jr. (ed.). Westport, CT: Praeger.
- LOWDEN, N. B., ANDERSEN, P. A., DOZIER, D. M. y LAUZEN, M. M. (1994) "Media Use in the Primary Election: A Secondary Medium Model", *Communication Research* 3.
- MANCINI, P. y MAZZOLENI, G. (1995) *I media scendono in campo*. Turín: Nuova ERI.
- MARSCIANI, F. (1995) "Stile del leader e stile di corte", *Lectia* 8.
- MEYROWITZ (1985 [1993]) *No Sense of Place*. Nueva York: Oxford University Press (tr. it. *Oltre il senso del luogo*, Bologna: Baskerville, 1993).
- MILLER, A. H., WATTENBERG, M. P. y MALANCHUK, O. (1985) "Cognitive representations of Candidate Assessments" en *Political Communication Yearbook 1984* de K. R. Sanders, L. L. Kaid y D. Nimmo (eds.). Carbondale, IL: Southern Illinois University Press.
- PASQUINO, G. (1988) "Alto sgradimento: la comunicazione politica dei partiti", *Problemi dell'Informazione* 4.
- PATTERSON, T. E. (1996) "La logica dei media: la critica come tema della copertura giornalistica" en *Comunicare politica nei sistema dei media* de S. Bentivegna (ed.). Génova: Costa & Nolan.
- POPKIN, S. (1991) *The Reasoning Voter: Communication and Persuasion in Presidential Campaigns*. Chicago: University of Chicago Press.
- ROSENBERG, W. L. y ELLIOT, W. R. (1989) *Media Reliance: Political Campaign Knowledge and Activity*. San Francisco: Annual Meeting of the ICA.
- SELNOW, G. W. (1998) *Electronic Whistle-Stops: The Impact of the Internet on American Politics*. Westport: Praeger.
- RASH, W. (1997) *Politics on the Net: Wiring the Political Process*. Nueva York: W. H. Freeman and Co.
- TONELLO, F. (1999) *La nuova macchina dell'informazione*. Milán: Feltrinelli.
- VERÓN, E. (1984) "Quand lire, c'est faire: ?énonciation dans le discours de la presse écrite" en *Sémiotique* II. París: IREP.

ABSTRACT

The process of building public opinion is also influenced by the relationships between the political system and the mass media. In this essay we analyze the mechanisms of the voters' decisions and political communication, within the framework of their relationship with the media. In the past, the political and mass media logics were very close and often accomplice. Nowadays, they are in contrast and it would seem the media tries to impose its discursive logic to the political system. The result is a loss of credibility for both systems. The last part of this essay deals with the attempts made by the political system to come more autonomous. These attempts are supported by an increase in communication channels, the Internet development, and the new subjects coming out in the e-politics.

Roberto Grandi es profesor de Teoría y Técnicas de la Comunicación de Masas en la Escuela de Ciencias de la Comunicación (Universidad de Bolonia), en la Escuela Superior de Periodismo, en el Curso de Posgrado para Operadores de Moda y Juristas de Empresa. Es autor de *Come vincere/perdere le elezioni* (1999), *Prodi: una campagna lunga un anno* (1996), *I Mass Media fra resto e contesto* (Lupetti, 1994) traducido al español como *Texto y contexto en los medios de comunicación* (Barcelona: Bosch, 1995), *Tg fatti così* (1988), *Come parla la pubblicità* (1987), *Radio e televisione negli Stati Uniti* (1980). Desde 1996 hasta 1999 ha sido secretario de Cultura en el Municipio de Bolonia. Desde 2000 es vicerrector de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bolonia. E-mail: grandir@dsc.unibo.it

La política surge cuando toma consistencia la distinción entre el *significante*, aquello que se ve o se escucha, y el *significado*, aquello que se sabe. Sin embargo, lo semiótico se fundamenta también en lo arbitrario de la articulación entre el significante y el significado. Dicho en otros términos, la lógica semiótica consiste en articular mediante *sentido*, en el campo simbólico, lo que se encuentra articulado mediante *causalidad* en lo real. Así, la semiótica de lo político consiste en pensar el hecho político en una dimensión simbólica, esto es, en *interpretar* las lógicas de sociabilidad: en pensarlas y en estructurarlas de acuerdo con relaciones semióticas, y no con relaciones de causalidad.

SEMIÓTICA DE LO POLÍTICO

BERNARD LAMIZET

1. LA SEMIÓTICA DEL HECHO POLÍTICO

El primer principio mayor de la semiótica del hecho político es la idea según la cual todo hecho político es interpretable, pensable en términos de significación. Los hechos políticos, aun aquellos que resultan de causalidades conocidas y enunciadas por la historia, sólo llegan a ser plenamente inteligibles en la medida en que su apropiación y su reconocimiento pueden ser pensados por los sujetos de la sociabilidad en el ejercicio de su *praxis* simbólica. El segundo principio es el de que la realidad de los hechos políticos consiste *a la vez* en su advenimiento y en las representaciones de las cuales estos son objeto en los medios de comunicación, en las relaciones de comunicación y, de manera general, en el espacio de la mediación simbólica.

Lo político confiere a la sociabilidad y a la pertenencia una significación interpretada y reconocida por quienes la asumen. En este sentido, la semiótica hace pensable al contrato social mismo, puesto que permite pensar su significación. La semiótica de lo político comporta, por una parte, discursos, formas y representaciones, que ponen en escena a las pertenencias sociales y las instituciones, y, por otra, actores en los cuales pueden reconocerse e identificarse los sujetos de la sociabilidad. Por último, estrategias y acciones constitutivas de la historia e interpretables en función de las prácticas y los discursos de los actores que las instrumentan. Los discursos políticos que se pronuncian en el espacio público son los discursos que instituyen a las representaciones en su compromiso. El *compromiso* define la dimensión semiótica del discurso político, en la medida en que es el discurso, precisamente, el que da cuenta de la articulación de las formas significantes de las cuales se compone, así como de las situaciones, decisiones y actos reales que lo inscriben en la historia.

Mientras que la identidad del sujeto se fundamenta en la semiótica del espejo que lo instituye con relación a la imagen que posee del otro —o con relación a la imagen que supone que el otro posee de él mismo, lo cual constituye, en sí, una mediación de naturaleza semiótica—, la identidad del actor político se fundamenta en la significación que reviste, para el otro, su presencia efectiva en el espacio público. Los actores políticos se definen por la representación que aseguran; en este sentido, se trata de una dimensión esencialmente semiótica, puesto que no se fundamenta en la efectividad real de una práctica o de una acción, sino en la representación simbólica que esta suscita en los sujetos de la sociabilidad, en su competencia simbólica, es decir, en su ciudadanía. En este caso, el *cogito* político es, realmente, interpretativo: de alguna manera se nos comina, en nuestra existencia misma y en la instrumentación de nuestra sociabilidad, a que demos sentido a los acontecimientos de los cuales somos testigos.

La ciudadanía es, fundamentalmente, una actividad semiótica, ya que consiste en usar el *derecho de ciudadanía* para evaluar, para escoger, para decidir, es decir, ante todo, para interpretar. Rousseau sostiene en *El contrato social* que, habiendo cercado su campo, dijo: “Esto es mío” y encontró a otras personas lo suficientemente ingenuas como para creerlo. Si el otro reconoce nuestra propiedad, ello se debe, nos dice Rousseau, a que *nos creyó*, es decir, a que reconoció el sentido de nuestro discurso. No hay sociedad civil fuera de la relación con el otro, la cual constituye una relación de naturaleza fundamentalmente semiótica.¹

2. EL PENSAMIENTO POLÍTICO COMO PENSAMIENTO SEMIÓTICO

El *cogito* político es un *cogito* semiótico, interpretativo, y ello por el simple hecho de que es, en esencia, un *cogito* de la evaluación, de la articulación de lo real, o de una situación, con la dimensión simbólica de una representación, de un proyecto, e incluso de una utopía. El pensamiento político, el pensamiento de la sociabilidad como forma interpretable, representa una concepción de la pertenencia y del vínculo social, tanto de la sociedad civil y del Estado, como de las formas simbólicas, cuya doble significación nos remite —en nuestro caso— por una parte a la organización simbólica de la filiación; por otra, a la de la pertenencia. Pensar lo político en términos semióticos consiste en pensar la dialéctica entre la dimensión colectiva de las pertenencias y la dimensión singular de las prácticas sociales; tal es, en particular, el proyecto de Greimas: “En vez de ser producciones colectivas de sentido, los objetos semióticos generados por estos lenguajes se convierten esencialmente en objetos de consumo individual” (Greimas 1976: 179).

El primer momento en la instauración de un pensamiento político es el momento doble de la emergencia del sujeto político (*polités*) a partir de la ciudad (*polis*) y de la institución de los estados modernos en una retórica de lo político (Maquiavelo 1980). La ciudad se funda como lugar de la mediación simbólica entre lo colectivo y el ciudadano, y es precisamente esta articulación la que confiere una significación a la pertenencia. La dimensión semiótica de la sociedad civil permite pensarla en términos políticos, ya que permite pensarla en términos de interpretación, es decir, simultáneamente en términos de inteligibilidad y de significación, por parte de los sujetos singulares que se reconocen como sus portadores. Maquiavelo irá más lejos aún en la instauración de esta dimensión semiótica interpretable de lo político, al fundamentar la razón política en la inteligibilidad de una carencia fundadora (véase Negri 1997: 132). La carencia a partir de la cual Maquiavelo piensa la institución estatal, y aquello en virtud de lo cual se trata efectivamente de una carencia de índole semiótica, es la imposibilidad de pensar una continuidad entre lógicas singulares y lógicas colectivas, y la necesidad, por el contrario, de pensar estas lógicas como lógicas distintas y, al mismo tiempo, necesariamente articuladas una con otra a través de una relación semiótica arbitraria.

El segundo momento en esta evolución es el surgimiento del *ideal político*, a partir de la identificación entre el sujeto singular y el mensaje colectivo (el tiempo de la Revolución francesa). Cuando llega el tiempo del ideal político, la dialéctica política entre lo singular y lo colectivo ha entrado en crisis, y lo político se piensa como la *sublimación de lo singular por lo colectivo*. La semiótica del ideal político piensa la significación del hecho político como

la significación que vuelve inteligibles nuestras prácticas singulares dentro de la dimensión colectiva de nuestras pertenencias y de nuestros espacios de sociabilidad.

El tercer momento en esta historia es la crisis de las relaciones entre el sujeto singular y sus pertenencias colectivas, a partir del siglo XIX y de las formas modernas de lo político, ligadas a la industrialización y a la progresiva ampliación de los espacios y territorios. El espacio público y, junto con él, la comunicación política, cambiarían de dimensiones, a través del surgimiento de la *comunicación-mundo* (Mattelart 1999).

Cuando Hegel (1966: III, 257) define el Estado como "la realidad en acto de la Idea moral objetiva", fundamenta la filosofía política en una lógica semiótica, puesto que articula el concepto de Estado en torno a una forma que representa una idea. De hecho, esta dimensión semiótica de lo político se vuelve necesaria, en la medida en que la existencia misma de las mediaciones e instituciones deja de sostenerse gracias a causalidades perceptibles e inmediatamente comprensibles, para inscribirse dentro de estrategias simbólicas y dentro del surgimiento de identidades de actores, fundamentadas en prácticas de comunicación y de representación, es decir, en actividades semióticas.

La semiótica de lo político contemporánea cambia de naturaleza, mientras que las prácticas políticas cambian de forma y de puesta en escena. Los signos de lo político se fragmentan y dispersan en el espacio público. El lenguaje de las formas de lo político reviste formas cada vez más numerosas y se inscribe dentro de estrategias cuya interpretación resulta cada vez más compleja, a medida que se amplían los lugares del espacio público y se multiplican los medios de comunicación que lo irrigan (véase Lefort 1986: 257). La complejidad de las formas contemporáneas de lo político obedece a la necesidad que tiene de representarse a través de códigos semióticos cuya diversidad se debe a la diversidad misma de los medios de comunicación, de los lugares de sociabilidad y de las prácticas de comunicación que construyen el espacio público contemporáneo. Por otra parte aparecen nuevas identidades políticas. La extensión de los territorios políticos, la diversidad de los medios de comunicación que los irrigan, la multiplicidad de los campos y objetos atravesados hoy en día por la racionalidad política conducen al surgimiento de nuevas prácticas políticas, de nuevas estrategias por parte de los actores, de nuevos códigos de expresión y de representación de la significación política.

3. LA SEMIOTIZACIÓN DEL PODER

El poder es lo real de lo político: es el poder el que define lo real, en la medida en que constituye aquello en lo que el sujeto que lo posee no es identificable con el otro. En tales condiciones, la semiotización del poder equivale al momento fundador de toda semiótica política, puesto que equivale al momento de la reducción de lo real de lo político a categorías interpretables y a formas de representación susceptibles de ser difundidas e interpretadas en el espacio público. El poder sólo llega a existir plenamente cuando es visible para los sujetos sobre los cuales se ejerce y, por consiguiente, cuando es puesto en escena en el espacio público, el cual puede definirse como el espacio de la representación del poder. La *reducción semiótica* del poder constituye, en este sentido, un momento inaugural en la constitución de las sociedades políticas.

La desigualdad constitutiva del poder lo define como una superioridad sobre el otro, asumida y reconocida por este último. Esta instancia puede definirse como el *significado* del poder. En toda semiótica política, el proceso de semiotización se refiere, en primer lugar, a los actores del espacio político y a la representación de la que son objeto en las prácticas simbólicas de los demás. La semiotización del poder comienza por la comprensión del *significado* del poder, es decir, por la inteligibilidad de lo que representa en lo real de la vida social y en las relaciones entre actores y entre sujetos, que constituyen lo real del espacio político. Dicho sea de paso, a ello se debe que, en las sociedades democráticas, el poder se ejerza de manera temporal y que en estas sociedades el lugar del poder sólo pueda ser un *lugar vacío*, para retomar la expresión de C. Lefort. El lugar del poder es un lugar vacío, porque el significado, en una lógica semiótica clásica, no es un objeto material, sino una representación, destinada a conferir sentido a los significantes que se intercambian en la comunicación.

Aquí, toda la diferencia se vuelve inteligible entre *significado* y *real*. El significado del poder es un conjunto de representaciones de las que somos portadores, en virtud de las cuales se fundamenta la legitimidad del actor encargado del poder para ejercerlo. Por consiguiente, el significado del poder depende de una interpretación, de una actividad de índole semiótica: precisamente, la actividad de designación o de reconocimiento, el voto o la aclamación. El significado del poder, que constituye el signo que representa a este real, está integrado por el conjunto de las prácticas institucionales a través de las cuales el poder es reconocido (designación) y es ejercido (práctica del poder), dentro del espacio político.

La segunda instancia de la semiótica del poder es su representación mediante formas institucionales y una puesta en escena en el espacio públi-

co; se trata del *significante* del poder. No hay comunicación política, en el espacio público, sin representación del poder destinada a los sujetos sobre los cuales se ejerce, a través de la mediación de los actores que son portadores de ese poder o de las realizaciones que él instrumenta. Los significantes del poder son las formas materiales por medio de las cuales este se manifiesta, se deja percibir, reconocer. En tales condiciones, la semiótica de lo político consiste en la elaboración e instrumentación de los códigos, de los sistemas de interpretación y de las lógicas de identificación de los significantes que confieren su consistencia simbólica al poder que se ejerce en el espacio público, asegurando por ello mismo su unificación e integración institucional. La semiótica del poder consiste en interpretar sus formas y significados, en trabajar sus representaciones para conferirles la significación que las vuelve inteligibles y que, de alguna manera, las valida y legitima, en el espacio público.

No hay poder sin significantes ni sin representación: de ahí que la vida política pueda definirse como el conjunto de las prácticas gracias a las cuales lo real de lo político, el poder, accede a la representación mediante la elaboración de los significantes a través de los cuales este se manifiesta, y mediante la instrumentación de esos significantes.

La tercera instancia de semiotización del poder es la dialéctica entre el significante y el significado. Es la *mediación semiótica* del poder, que lo vuelve identificable al poner de manifiesto su significación en lo público. Mientras que la dialéctica entre el significante y el significado es, en la semiótica saussureana, el lugar de *lo arbitrario del signo*, esta dialéctica constituye, en la semiótica de lo político, el lugar de la libertad de los sujetos, puesto que en una sociedad democrática estos permanecen libres de reconocer o no las formas semióticas del poder y, por ende, de darle la significación que quieren. Existen, en particular, dos manifestaciones de este *cogito* semiótico que fundamenta a los poderes democráticos: la designación y el control.

La designación, en la forma democrática de la elección, consiste —puesto que se trata, para los sujetos de la sociabilidad, de dar sentido a los proyectos políticos y a los candidatos que les son sometidos— en darles una realidad al designar a los candidatos que se valen de este apoyo, para ejercer lo real de lo político. El control del poder consiste, para los ciudadanos, en evaluar la conformidad entre lo real, es decir, el ejercicio del poder, y lo simbólico, las formas y prácticas que constituyen sus representaciones. Controlar el poder consiste, por parte del pueblo, en apreciar la conformidad con el contrato social de los actos y las modalidades de su ejercicio.

4. SEMIÓTICA Y RETÓRICA EN EL ÁMBITO POLÍTICO

Podemos, por lo tanto, definir el ámbito político, en términos semióticos, como el ámbito en el cual se difunden y reciben las estrategias de reconocimiento de las formas del poder. La retórica se anticipa a la instrumentación real de una acción por otra, a partir del discurso del enunciador: asigna al destinatario el lugar de un actor en lo real de la sociabilidad, definida y, de alguna manera impuesta, mediante la significación del discurso, mediante su carácter simbólico, precisamente tal como este es interpretado por el destinatario. Pensar *retóricamente* un discurso político es imaginar los efectos que tal discurso podrá ejercer sobre las prácticas efectivas de sus oyentes; es medir su impacto y sus consecuencias sobre los oyentes, concebidos, no como sujetos de la comunicación y del intercambio simbólico, sino como auténticos actores de conductas y estrategias fundamentalmente distintas de las de este otro actor que es el político que pone en práctica la estrategia retórica esperada.

Pensar *retóricamente* un discurso, es, en este sentido, pensar la identidad de los sujetos del intercambio de la comunicación, tal como esta es estructurada por las formas mismas del discurso, y es pensar la representación del mundo que, compartida por los sujetos de la comunicación, constituye su cultura común, es decir, su identidad política.

5. LOS LÍMITES DE LA SEMIÓTICA DE LO POLÍTICO

Como toda semiótica, la semiótica de lo político es incapaz de dar cuenta de la totalidad de los hechos políticos, en la medida en que siempre existe una realidad que se sustrae a los códigos políticos, a los sistemas políticos de significación, lo mismo que a todos los sistemas simbólicos. En ciertas situaciones históricas, que pueden calificarse como situaciones de crisis, lo político es propiamente irrepresentable.

5.1 LA CRISIS

La crisis es una situación en la cual la ausencia de significación de lo político se manifiesta a través de la ausencia de mediaciones y de la imposibilidad para pensar la sociabilidad (se deja de pensar en su propia pertenencia como en una pertenencia significativa). En una situación de crisis la identificación de las formas institucionales, de los actores políticos, de los lugares mismos de lo político, se vuelve imposible, debido a que lo real inva-

de totalmente lo simbólico. Es una situación en la cual las circunstancias reales —económicas, sociales, bélicas— impiden a los sujetos de la sociabilidad asumir su identidad política y por lo tanto poner en práctica las mediaciones que garantizan la existencia misma del contrato social y de las formas de lo político.

5.2 LA CENSURA

La censura es una situación en la cual lo político se ve privado de significación, debido a la imposibilidad de dar lugar a una representación (el poder impide su propia representación en los medios de comunicación). En una situación de censura, lo político ya no tiene sentido, puesto que deja de estar estructurado, cruzado, irrigado, por las formas que se le dan, para los sujetos de la sociabilidad y de la comunicación. La censura constituye un límite absoluto de la semiótica de lo político, ya que la significación de los discursos y de las prácticas políticas deja de estar articulada libremente con las situaciones reales en las cuales estos se ejercen.

5.3 LA GUERRA

La guerra es una situación en la cual es la relación con el adversario la que se ve privada de toda significación (la comunicación con el otro está excluida en tiempos de guerra). En una situación de guerra, las formas simbólicas dejan de poseer una significación, puesto que se encuentran suspendidas las lógicas del intercambio y de la identificación simbólica. Asimismo, la guerra suspende la significación política de nuestra propia existencia, porque, entre otras cosas, la lógica de guerra implica, fundamentalmente, la posibilidad de nuestra propia desaparición.

5.4 EL TOTALITARISMO

El totalitarismo es una situación en la cual la existencia misma del otro se ve privada de toda significación (se trata, así, de la abolición de toda posibilidad de mediación). La lógica totalitaria constituye el límite más radical de la semiótica política, ya que es lo real del otro lo que es puesto en tela de juicio, y no sólo la representación simbólica de la cual puede ser objeto en nuestra conciencia o nuestra cultura. La lógica del totalitarismo constituye un lí-

mite radical, absoluto, de toda semiótica, ya que implica, a fin de cuentas, el límite de toda posibilidad de lenguaje. “El dictador totalitario”, escribe H. Arendt (1972: 143), “puede y debe practicar el arte de la mentira totalitaria de una manera más coherente y a mayor escala que el jefe del movimiento.”

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Cabe interrogarse acerca del alcance de una racionalización semiótica del hecho político y, en particular, situar un interrogante en el ámbito de las ciencias y de las racionalidades que se ocupan del hecho político. Por una parte, tal semiotización permite comprender cómo es posible dar cuenta de la significación política de los medios de comunicación y de las representaciones que imprimen su huella en el espacio público con sus formas, lenguajes y prácticas simbólicas. Sólo una semiótica de lo político está en condiciones de ocuparse de la significación, a veces compleja, de las prácticas simbólicas que estructuran los lugares, tanto antiguos como nuevos, del espacio político.

Por otra parte, una semiótica de lo político permite comprender el lugar que ocupan, en el ámbito político, las obras de ficción y las formas estéticas de representación que le aseguran su dimensión simbólica y su apropiación por parte de los sujetos de la sociabilidad. Ciertas películas, como las de Ken Loach, someten, por ejemplo, nuestros compromisos políticos y nuestros proyectos de sociabilidad a la crítica estética del arte y de la representación. Tales obras revisten una importancia capital, debido a que nos permiten pensar lo político poniéndolo a la distancia crítica de la interrogación artística.

Asimismo, pensar una semiótica de lo político es poner de manifiesto la significación del hecho político, más allá de la significación histórica que puede revestir para quienes conocen la historia, o más allá de la significación política que poseería para los testigos o los actores de un acontecimiento narrado. La semiótica de lo político es, en realidad, aquello que hace posible una representación crítica del hecho político. La semiótica de lo político, al dar cuenta de las significaciones, reconocidas o no, de las prácticas y de los discursos de los actores, constituye, por este mismo hecho, una distancia crítica que nos permite volver a pensar lo político. La semiótica de lo político se articula, en este sentido, con la historia.

Por último, la semiótica debe probablemente jugar aquí parte de su futuro. Si pretende ocupar el lugar importante que debería corresponderle en el ámbito de las ciencias sociales, sólo puede hacerlo dando muestras de su capacidad para interrogar de manera crítica a las instituciones y prácticas sociales que estructuran nuestra sociabilidad, y, en primer término, l-

sentaciones políticas que estructuran simbólicamente nuestros compromisos como ciudadanos y nuestras prácticas sociales. Después de haberse concretado durante mucho tiempo a analizar la significación de los relatos y, posteriormente, de los hechos estéticos, después de haberse fundamentado durante mucho tiempo en la reflexión en torno a la forma de los significantes y de las prácticas de la comunicación, la semiótica experimenta aún ciertas dificultades para dar cuenta del hecho mayor de la mediación.

Traducción de Jean Hennequin

NOTA

1. Además, como lo ha demostrado Benveniste (1969), lo que funda la ciudadanía es la existencia de una relación especular. En efecto, el *civis* latino es a la vez ciudadano y conciudadano: el significado de la ciudadanía no puede separarse del reconocimiento, por parte del otro, de un vínculo social basado en la identificación simbólica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENDRT, H. (1972) *Le système totalitaire*. París: Seuil.
 BENVENISTE, E. (1969) *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*. París: Minuit.
 GREIMAS, A. J. (1976) *Sémiotique et sciences sociales*. París: Seuil.
 HEGEL, F. (1940 [1966]) *Principes de la philosophie du droit*. París: Gallimard.
 LEFORT, C. (1986) *Essais sur le politique*. París: Seuil.
 MACHIAVELLO, N. (1513, 1532, 1571 [1980]) *Le Prince*. Edición presentada por P. Veyne. París: Gallimard.
 MATTELART, A. (1999) *La communication-monde, histoire des idées et des stratégies*. París: La Découverte.
 NEGRI, A. (1997) *Le pouvoir constituant. Essai sur les alternatives de la modernité*. París: PUF.
 ROUSSEAU, J. J. (1964) *Le Contrat Social*. Ed. establecida por R. Derathé. París: Gallimard.

ABSTRACT

Politics may be defined as the forms which give to our social existence a meaning we can recognize and assume. Semiotics helps us understand the social contract which sets up political society. Semiotics of politics is made of discourses and representations by those who take part in these representations and by the strategies and actions that make up what we know as history. This paper deals with the different ways by which power is semiotized and represented aesthetically as well as with the differences between political rhetoric and political semiotics; also with the various ways institutions are represented in different forms of political communications. Finally it deals with the limits of semiotics of politics, the notion of crisis, censorship, war and totalitarianism.

Bernard Lamizet es profesor en el Instituto de Estudios Políticos de Lyon; funda su acercamiento a la comunicación en la problemática de la mediación y en la importancia central del lenguaje, como hecho antropológico constitutivo. Principales obras: *Les lieux de la communication* (París: Mardaga, 1992); *La médiation politique* (París: L'Harmattan, 1998); en colab. *Dictionnaire encyclopédique des sciences de l'information et de la communication* (París: Ellipses).

E-mail: bernard.lamizet@univ-lyon2.fr

¿PARA QUÉ SIRVE ANALIZAR EL DISCURSO POLÍTICO?*

PATRICK CHARAUDEAU

1. INTRODUCCIÓN

¿Para qué sirve analizar el discurso político? ¿Tal pregunta está fuera de lugar? Esto podría pensarse, puesto que ya existe una tradición del análisis del discurso político. Sin embargo, conviene plantearse, en la medida en que el análisis del discurso como disciplina constituida no es la única que se interesa por el discurso político, ni la única que lo asume como objeto de estudio. Cabe preguntarse si tal enfoque aporta resultados específicos.

Surgen dos interrogantes. ¿Aporta más un análisis del discurso que los análisis publicados en la prensa, ya sea que estos provengan de periodistas o de intelectuales comprometidos? ¿Se diferencia tal análisis de los estudios procedentes de otras disciplinas, tales como la sociología, la antropología social, las ciencias políticas o la historia? No contestaremos estas preguntas de inmediato; pero empecemos por plantearlas, porque no es posible avanzar en una disciplina si no se sabe en qué se diferencia de las demás.

* El presente artículo está tomado de una obra en preparación, sobre el discurso político.

2. UN ANÁLISIS CENTRADO EN EL DISCURSO

Partiremos de la hipótesis de que el discurso político carece de sentido fuera de la acción y que la acción entrafía, para el sujeto político, el ejercicio de un poder. Por lo tanto, es preciso que una teoría del discurso diga cómo concibe las relaciones entre discurso, acción y poder.

2.1 DISCURSO Y ACCIÓN

Discurso y acción son dos componentes del intercambio social, cada uno de ellos con su propia autonomía (Charaudeau 1995). De su combinación nace el sentido del intercambio por medio del lenguaje. Así, consideraremos que los hechos de lenguaje básicamente son hechos de comunicación que poseen una doble dimensión. Por una parte, existe una dimensión llamada "externa", en la medida en que los actores involucrados en este proceso poseen atributos psicológicos y sociales a priori, independientes de su comportamiento como hablantes: su identidad y su intencionalidad están ligadas a una experiencia del encadenamiento de los hechos y de los acontecimientos del mundo, que los sitúa dentro de una lógica de las acciones (búsqueda de un resultado, evaluación positiva o negativa de las consecuencias), no dependiente del lenguaje.¹ Por otra, existe una dimensión llamada "interna", en la cual los actores poseen atributos propios del lenguaje, los que pueden remitirnos a aspectos psicológicos y sociales, pero esta vez como "seres de lenguaje": a través de sus realizaciones lingüísticas estos actores se construyen una identidad discursiva y apuntan a influir en el otro socio del intercambio.

De tal manera, todo discurso se inscribe dentro de cierto marco de acción donde se encuentran determinadas las identidades sociales, los objetivos y los papeles sociales de los socios del intercambio lingüístico. Por consiguiente, este marco (al que llamaremos marco "situacional" o "comunicacional") comprende un conjunto de imperativos que determinan el comportamiento discursivo de estos socios: posibilidad de tomar la palabra en función del derecho que les es concedido, papeles enunciativos que deben asumir, modos de organización del discurso esperados (Charaudeau 2001: 34-43). En este marco se inscribe el proyecto de influencia del sujeto que se comunica. Este procede a una puesta en discurso, en la cual combina las intenciones que le son impuestas por los imperativos situacionales y aquellas que corresponden a su propio proyecto de comunicación, en función de la manera como imagina a su interlocutor. Por su parte, el sujeto que interpreta procede a una construcción del sentido del mensaje que recibe, en la que

combina los datos del marco situacional que supuestamente conoce, con los datos que percibe en la puesta en escena del discurso, como datos propios del sujeto que se comunica. En función de ese marco accional se construye también el llamado "posicionamiento" del sujeto que se comunica. Este posicionamiento resulta de la combinación entre los imperativos de dicho marco, en cuanto a la visión del mundo social que impone, y la experiencia, el saber y los sistemas de valores que son propios del sujeto hablante, aunque este los comparta con los miembros de su grupo.

Este actuar sobre el otro basado en las representaciones del mundo y los valores que circulan en la sociedad, se asemeja a la problemática que J. Habermas plantea bajo la denominación del "actuar comunicacional" (Habermas 1987), siempre y cuando este se entienda en términos de lenguaje: un actuar que es comunicación (como la resultante de los intercambios lingüísticos), una comunicación que es un actuar (a través de los efectos y las transformaciones producidas por los hechos de lenguaje). Sin embargo, al definirse el acto de comunicación como un acto de intercambio siempre "interaccional", el sentido que resulta del mismo no depende únicamente de la intención del sujeto hablante, sino del encuentro entre esa intención y la del sujeto que interpreta. Esta problemática constituye el marco en el cual inscribimos la presente reflexión sobre el discurso político.

2.2 DISCURSO Y PODER

Actuar sobre el otro significa que la posición de poder en el lenguaje se inscribe en un proceso de influencia que apunta a modificar el estado físico o mental del otro. Así, no debe confundirse el simple "poder de actuar", que se refiere a una aptitud del individuo para llevar a cabo una tarea, con el poder de "actuar sobre el otro", que se refiere a un proyecto intencional que apunta a influir en el saber o el comportamiento del otro. Además, en forma simétrica el otro se encuentra en una posición en la cual debe modificar algo en sí mismo.

Sin embargo, actuar sobre el otro no puede reducirse a una simple intención de hacer que el otro haga, diga o piense; en ella está incluida la exigencia de un efecto. Esta exigencia completa la intención comunicacional mediante un objetivo de acción, el cual consiste en colocar al sujeto meta en una situación en la que se vea obligado a cumplir, es decir, en una relación de *sumisión* a la posición del sujeto que se comunica. De ahí que se plantee el problema de saber qué es lo que puede obligar al sujeto meta a cumplir. Formularemos la hipótesis de que se trata de la existencia de una *amenaza* que pesa

sobre él y que podría perjudicarlo si rehusara obedecer, o la existencia de una posible *gratificación* que podría obtener si aceptara someterse. La amenaza o la gratificación constituyen una *sanción*. Es esta posibilidad de sanción la que confiere una *autoridad* al sujeto que se comunica. Tan pronto como esta autoridad es reconocida por el socio, el proyecto de influencia adquiere cierta fuerza de acción (la fuerza perlocutoria de la pragmática), el sujeto meta se halla colocado en una posición de dominado, el sujeto autoritario en una posición de dominante, y ambos participan de una relación de poder.

Finalmente, podemos preguntarnos en nombre de qué el sujeto que se comunica tiene derecho a exigir y, simultáneamente, en nombre de qué puede ejercer una sanción y en nombre de qué el otro debe obedecer. El “en nombre de qué” nos remite a la pregunta acerca del lugar en el cual se halla una *fuerza de verdad* que justificaría el que los hombres deban cumplir actos. Aunque pueden presentarse distintos casos, los reduciremos a dos básicos: la fuerza de verdad es de orden “trascendental” o “personal”.

En el primer caso, la fuerza de verdad es exterior a los socios de la relación. Se trata de una especie de “tercero místico” que ocupa el lugar de una autoridad trascendental que dicta la ley y a la cual se refieren ambos socios: un Gran Otro. Posteriormente pueden añadirse ciertos matices a este Gran Otro, el que puede adoptar distintos rostros. Puede ser percibido como un poder del más allá (el “derecho divino” de los reyes, de los representantes religiosos como el Papa, de los profetas, e incluso de los gurúes). O bien puede ser considerado como un poder resultante de la voluntad de los hombres, una entidad abstracta que ellos mismos han instituido en un tercero que los sobredetermina (el Pueblo, el Estado, la República, la Nación, e incluso el Progreso, la Ciencia, etc.), lo que Durkheim llama “lo social divino”, siendo aquí el sujeto el simple delegado de esta voluntad general.

En el segundo caso, la fuerza de verdad es más restringida, en la medida en que ya no es externa, sino interna del sujeto que se comunica, como un atributo que le sería propio y le conferiría una “autoridad personal”. Se establece entonces una relación dominante-dominado directa entre ambos socios del intercambio. Esta autoridad personal puede, a su vez, especificarse en figuras llamadas “naturales”: la filiación (el parentesco), la experiencia (la pericia), los rasgos de la personalidad (el carisma); o bien en figuras “institucionales”, que provienen de un tipo de atributo cuyo origen es exterior al sujeto, al mismo tiempo que es interno en él, como si estuviera incorporado a él (ejército, iglesia, administración, justicia, diplomacia, etcétera).

3. EL DISCURSO POLÍTICO FRAGMENTADO

Si el discurso se produce siempre en una situación de comunicación y depende, para su significado, de las finalidades que esta situación determina, no es posible hablar *del* discurso político, sino de los discursos políticos. Sin embargo, estos discursos no ocurren en número ilimitado, puesto que las situaciones de comunicación se agrupan en tipos más o menos estables, en torno a ciertas finalidades claramente determinadas, que definen al mismo tiempo a un tipo de destinatario. Distinguiremos tres clases de finalidades.

La primera, enfocada hacia la organización del contenido, consiste en agrupar a los miembros de una comunidad en torno a valores de referencia que deben constituir la mediación social del grupo (ideología), aquello que da cohesión a su identidad. De ello resultan *comunidades de opinión*, cuyos miembros se encuentran unidos por medio de una doxa, conjunto de creencias compartidas que son objeto de un discurso más o menos teórico y constituyen una memoria común, no necesariamente consciente. Ahí se desarrolla una actividad de lenguaje encaminada a construir un sistema de pensamiento que fundamente las pertenencias ideológicas.

La segunda finalidad está enfocada hacia los actores que participan en la escena de la comunicación política y consiste en influir en las opiniones de unos y otros (discurso de seducción y de persuasión), con el objeto de llegar a establecer consensos. De esto resultan unos tipos de *comunidades comunicacionales*, cuyos miembros se encuentran unidos por medio de una memoria de acción que les da la ilusión de estar fusionados dentro de un mismo comportamiento, en nombre de una misma opinión. En efecto, es en el marco de estas distintas situaciones estructuradoras de la acción política (mítines, debates, repetición de consignas, reuniones, concentraciones, desfiles, ceremonias, declaraciones en la televisión) donde se construye lo imaginario de la pertenencia comunitaria, una “*communitas*”, pero esta vez más en nombre de un comportamiento común más o menos ritualizado. Debido, precisamente, a esta actividad comunicacional mediante el lenguaje, el discurso político puede recibir el nombre de discurso de la retórica y de la influencia, empeñado en construir imágenes y efectos, más que ideas.

La tercera finalidad apunta hacia algo distinto de la finalidad política. Si bien el discurso se refiere obviamente a lo político, se inscribe dentro de una situación cuya finalidad se sitúa al margen del ámbito de la acción política. Se trata de un discurso *acerca de* lo político, *sin objetivo político*. De ahí que no exista en este caso una comunidad específica, a no ser aquellas, circunstanciales, de las situaciones de intercambio conversacional, u otras, en las cuales se mezclan distintos discursos, que persiguen objetivos interaccio-

nales variables. En este caso, la actividad del lenguaje es una actividad de "comentario", cuya particularidad consiste en no comprometer al sujeto que lo emite en una acción que le sería consecutiva. Sin embargo, puede ser revelador de la opinión del sujeto que comenta, sin que pueda saberse con exactitud cuál es su grado de compromiso con esta. Ello explica que numerosas discusiones políticas puedan pararse en seco o desviarse (con humor), sin que lleguen a alguna conclusión firme en materia de opinión o de toma de posición. El discurso del comentario político es el que suele escucharse en las conversaciones de taberna, entre amigos o en familia; pero también es el que producen —con mayor seriedad— los periodistas que comentan la actualidad política. En efecto, el contrato de información mediática exige que lo hagan al margen del ámbito de la acción política y sin comprometer su propia opinión.² Se trata de un discurso del "como si" el objetivo fuera político, cuando en realidad no lo es. El hecho de que este sea más difícil de identificar no significa que se sustraiga al análisis. En efecto, resulta interesante tratar de descubrir en textos que pertenecen a situaciones de comunicación anodinas aquello que puede producir un "efecto de discurso político".

Los discursos se difunden, giran, se comparten, se amplían, se derivan, se transforman, hasta tal grado que en ocasiones llegan a perder sus datos originales. Esto es lo que ocurre con el discurso político, el cual puede estar construido de manera rigurosa, con un enfoque teórico y con el objetivo de elaborar un sistema de pensamiento; posteriormente, al pasar por distintas situaciones de comunicación y por distintas comunidades de opinión, puede suavizarse, insinuarse en los comentarios, retornar a su punto de origen y reaparecer en distintas épocas en comunidades diferentes, pero reconstruido de manera diferente. Habida cuenta de este fenómeno, ¿quién está en condiciones de determinar la influencia política que puede ejercer tal o cual mitin, tal o cual manifestación callejera, tal o cual declaración en la televisión, tal o cual debate? Pero, igualmente, ¿quién está en condiciones de determinar la influencia política que puede ejercer tal o cual manual de historia, tal o cual periódico de información, tal o cual circular de una empresa redactada con vistas a orientar las contrataciones o, incluso, tal o cual obra teatral de Brecht, tal o cual novela de Sartre, tal o cual poesía, por ejemplo, de los poetas españoles de la generación de 1927?

4. EL DISPOSITIVO COMUNICACIONAL DEL DISCURSO POLÍTICO

Existe un lugar más específicamente político: el que se proclama como tal y se organiza con vistas a esta misma finalidad. Por lo tanto, partiremos de

la hipótesis de que la práctica social se desarrolla dentro de aquello que algunos llaman ámbitos, otros campos, y que por nuestra parte preferimos llamar *esferas de acción social*. Estas esferas a veces se encuentran desvinculadas unas de otras, otras mantienen estrechas relaciones entre sí. Tal es el caso de las esferas *jurídica*, *económica*, *mediática* y *política*, las cuales se definen en torno a finalidades que las conducen en ocasiones a entretenerse.

La finalidad de la esfera *jurídica* consiste en regular el mundo de los conflictos sociales y en determinar los valores simbólicos en torno a las nociones de propiedad, igualdad, conducta moral, etc., que deben justificar cierto utillaje legislativo. La finalidad de la esfera *económica* consiste en regular el mundo mercantil y en determinar los valores de intercambio y de uso de aquello que constituye la ganancia individual o colectiva, cualquiera sea la naturaleza de esta ganancia. La finalidad de la esfera *mediática* consiste en regular el mundo de la circulación de la información, de tal manera que esta llegue al mayor número posible de ciudadanos, los interese y les permita formarse una opinión. En cuanto a la finalidad de la esfera *política* (en sentido restringido), esta consiste en regular el mundo del gobierno a través de la instauración de instancias legislativas y ejecutivas, y en repartir tareas y responsabilidades.

Estas cuatro finalidades poseen una organización que les es propia y dan lugar a la existencia de un dispositivo propio, aunque simultáneamente dependen —por lo menos en buena parte— de las demás. Por ejemplo, la Justicia depende ampliamente, para su organización, para la toma de decisiones y para la ejecución de las sentencias que emite, del poder político. La economía, por su parte, se encuentra en una relación a la vez de dependencia y de autonomía para con lo político: de dependencia, cuando se trata de empresas públicas, de moneda, de operaciones bursátiles, de incitación al consumo, de lucha contra el desempleo, etc.; y de autonomía, cuando esta puede ejercer a su vez presiones sobre los proyectos políticos. Los medios de comunicación, por su parte, se hallan en una situación de contradicción. Están íntimamente ligados al mundo político para la búsqueda de la información, pero al mismo tiempo buscan, para tener credibilidad, distanciarse del poder político.

4.1 LAS INSTANCIAS DEL DISPOSITIVO

Toda esfera de acción social se organiza de acuerdo con un dispositivo comunicacional que determina los lugares que deben ocupar sus distintas instancias constitutivas, así como los papeles que les corresponde asumir. Si examinamos de cerca cómo se organiza el dispositivo comunicacional de la esfe-

ra política, distinguiremos en él tres instancias: la *política*, la *ciudadana* y la *mediática*.

La acción de la *instancia política* está motivada por el anhelo de ocupar el poder y mantenerse en él, pero no puede proclamarlo explícitamente. El poder no tiene otra justificación aparte de la propia situación de poder (ya sea mediante la fuerza o las urnas). De ahí que el discurso político sólo pueda dedicarse a justificar la posición que permite ejercer el poder, es decir, dedicarse a legitimar y, agregaremos nosotros, a dotar de credibilidad a quienes lo poseen y lo ejercen. Además, la instancia política es una entidad que abarca distintos estatutos, distintas situaciones, distintas relaciones: distintos estatutos, porque existen en su seno diferentes cargos y funciones: como jefe de Estado, jefe de gobierno, responsables de los ministerios, representantes de las distintas asambleas nacionales; distintas situaciones de comunicación, porque una parte de la instancia política puede encontrarse ora en la situación de tener que debatir con otra parte opositora (debate televisivo), ora en la situación de tener que hacer declaraciones ante el pueblo (alocución televisiva), ora en la situación de tener que decidir (publicación de decretos), ora en la situación de exaltar a sus partidarios (mitin electoral). Finalmente, debido a la diversidad de estas situaciones, la instancia política establece con su socio principal, la instancia ciudadana, distintas relaciones, de acuerdo con la manera como lo imagina: como un público carente de características particulares, cuando se trata de dirigirse a él a través de los medios de comunicación; como ciudadanos poseedores de una opinión, cuando se trata de hacer promesas electorales; como militantes con preferencias preestablecidas, cuando se trata de llevar a cabo una campaña.

La *instancia ciudadana*, por su parte, puede estar motivada por intereses que le son propios y por la búsqueda de su bienestar personal. No obstante, los discursos de reivindicación y de protesta que podría pronunciar se realizan en nombre de un ideal de bienestar social. En todo caso, los sondeos demuestran que los índices de satisfacción se elevan o descienden en la misma medida que la satisfacción de los intereses colectivos. Por consiguiente, el discurso de la instancia ciudadana sólo puede dedicarse a interpelar, de una manera u otra, el poder del gobierno. Por otra parte, la instancia ciudadana es una entidad que abarca distintas organizaciones, situaciones y relaciones: organizaciones más o menos institucionales (sindicatos, corporaciones, coordinaciones, grupos étnicos, pueblo en general); situaciones de manifestación callejera, de votación, de presión ante las personalidades políticas, por medio de los sondeos o de los medios de comunicación.

La *instancia mediática*—cuando menos aquella parte de la esfera mediática que se incorpora a la esfera política— está motivada, en primer lugar, por

intereses económicos, dada la feroz competencia que existe entre los distintos órganos informativos. Sin embargo, el discurso que la justifica alega su deber de informar y promover el debate democrático, de tal manera que sea reconocido su derecho a relatar el acontecimiento político, a comentarlo, e incluso a denunciarlo. Por lo tanto, el discurso de la instancia mediática se halla preso, como lo hemos mostrado en otra ocasión (Charaudeau 1997), entre una finalidad, la de *captación*, que tiende a lograr la fidelidad de su público, y un discurso, el de *credibilidad*, que tiende a justificar su sitio en la construcción de la opinión pública. Esto lo conduce ora a tratar de descubrir lo oculto bajo las declaraciones políticas, ora a dramatizar el relato de los acontecimientos, ora a tratar de explicar sin tomar partido.

Las características propias de cada una de las instancias explican que estas se inscriban dentro de distintos marcos temporales. El tiempo de la instancia política es doble: un tiempo de "reacción" y otro de "resistencia": de reacción, no tanto ante los acontecimientos cuyas consecuencias siempre deben preverse, como ante las reacciones de los demás (adversarios, medios de comunicación y opinión pública). El tiempo de la instancia ciudadana es el tiempo de lo inmediato, frente a la impaciencia de que sea reparada una situación degradada de la cual es la víctima, directa o indirecta ("¡Basta ya!"). El tiempo de los medios de comunicación es también el tiempo de lo inmediato, aunque por motivos un tanto diferentes. En este caso, lo inmediato se refiere al acontecimiento, exige que la actualidad se maneje tan pronto como surge, lo cual simultáneamente confiere a este tiempo un carácter efímero, pues una noticia desplaza a la otra. Pero también se trata de una inmediatez con respecto a la impaciencia popular o, por lo menos, a aquello que se imagina como tal, lo que provoca la complicidad de estas dos instancias ante el tiempo en el cual tendrían que cumplirse las promesas enunciadas por la instancia política.

4.2 EL DISPOSITIVO COMO MARCO DE SOBERANÍA

Lo que confiere cohesión a este dispositivo, lo que constituye el lazo simbólico de unión de estas instancias y las hace solidarias recibe el nombre de "soberanía". La soberanía es asunto de representación, en el doble sentido de esta noción: es decir, en el sentido de "en lugar de" (cuando se representa a alguien o a un grupo, se está en su lugar y se habla en su nombre) y de "portador de" (cuando se representa a alguien, se comparten sus valores, hasta el punto de llevarlos en sí). Por consiguiente, aquel que ocupa una posición de soberanía se encuentra en lugar de otro poder que se situaría por encima

de él, que lo habría investido con este cargo. El soberano no es sino el portavoz de una palabra cuya omnipresencia obedece a que no se encuentra en este bajo mundo, sino en un más allá inaccesible, y sólo actuaría guiado por una especie de “Mano invisible”, que a la vez orienta y protege a quien actúa en su nombre. Por lo tanto, el soberano se halla bajo tutela, pero es al mismo tiempo la potencia tutelar en persona, puesto que es ella quien lo ha investido con ese cargo, que lo convierte en su depositario, haciendo que se funda en ella y se confunda con ella. Esta potencia tutelar puede concebirse dentro de un mundo imaginario religioso (Dios), en cuyo caso genera monarquías de derecho divino. Puede concebirse dentro de un mundo imaginario laico (el Pueblo) —pero quizá cabría decir “laico divino”, para hacer eco a lo “social divino” de Durkheim—, en cuyo caso genera democracias, o por lo menos aquellos regímenes políticos que se fundamentan, como lo anhela Rousseau y como volvió a decirlo H. Arendt (1961), en una “voluntad común de los hombres de vivir juntos”. Por lo tanto, la condición de soberanía se halla investida con una Omnipotencia por un Tercero Omnipotente, lo cual la convierte simultáneamente en depositaria de una idealidad social, un lugar de representación de una Verdad absoluta. Sin embargo, está obligada también a garantizar la posibilidad de realizar esa idealidad en este bajo mundo, puesto que una idealidad social cuya realización no podría concebirse perdería inmediatamente su legitimidad. Esto acarrea cierto número de consecuencias en cuanto al imaginario social que se construye en torno a la posición de soberanía. Sugeriremos tres: *la ideología de las elites, la ideología tecnocrática, la ideología de las masas.*

La ideología de las elites reposa sobre la idea de perfección contenida en la posición de soberanía, en virtud de la cual se considera que esta no es susceptible de ser ocupada por cualquiera. No cualquiera tendría la facultad de asumir tal delegación de omnipotencia. Se necesita satisfacer por lo menos dos condiciones: “ser de buena alcurnia” y “estar bien preparado”.

“Ser de buena alcurnia” significa formar parte de una filiación en virtud de la cual cada individuo que se encuentra en ella recibe por herencia los atributos, las cualidades y, para decirlo todo, el poder de sus predecesores. Evidentemente, la naturaleza de estos atributos y cualidades varía según el tipo de filiación. Si la filiación es de orden *sagrado*, los atributos y las cualidades corresponderán a una especie de “predestinación”: se es un ser elegido por un poder del más allá (los herederos para los monarcas, el Papa para la Iglesia). El heredero es por definición un ser inspirado. Si la filiación es de orden *social*, los atributos y cualidades son los que corresponden a una misión humana: por el hecho de pertenecer a cierto grupo social (clase, medio, casta), cuyos miembros tuvieron cargos importantes, se puede optar por re-

tomar el testimonio de los antiguos y el heredero llega así a constituirse en un ser encargado por su propia familia de llevar adelante la obra de los antepasados. Se trata, en este caso, de otro tipo de heredero, que recibe —de manera no exclusiva— una fuerza humana, en virtud de lo cual se compromete a vivir como un ser responsable de cierto deber. Así se perpetúan las aristocracias, las castas y las notabilidades de todo tipo. Si la filiación es de orden *biológico*, los atributos y cualidades ya no se heredan, puesto que corresponden a algo misterioso, que de alguna manera estaría oculto en los genes, algo que sería por lo tanto del orden de la impulsión, del deseo, de la pasión, del don, del talento. Aquel que posee estos atributos es un individuo “fuera de lo común”, porque ello no puede explicarse, ni por la creencia, ni por la razón. Y para este ser, la posición de soberanía, cuando la ocupa, sólo puede deberse a un “él mismo” cuyo origen desconoce, lo cual lo coloca en una situación ambivalente con respecto a este: de absoluta responsabilidad, puesto que no debe su poderío a nadie; y de irresponsabilidad, en la medida en que no sabe qué fue lo que lo llevó adonde se encuentra. Así nacen los llamados “seres excepcionales”: los grandes líderes, las grandes personalidades. Obviamente, estas tres filiaciones pueden llegar a superponerse: así, un político procedente de determinado medio social, poseedor al mismo tiempo de una dimensión personal fuera de lo común, terminó siendo casi sacralizado, como fue el caso, en Francia, del general De Gaulle.

“Estar bien preparado” significa no sólo haber estudiado en instituciones de prestigio y, de ser posible, haber egresado de ellas entre los más destacados, sino también haber ocupado puestos de responsabilidad prestigiosos y haber sobresalido por su tecnicidad y su pericia. En efecto, es precisamente la competencia y la experiencia lo que permite que la soberanía se ejerza mediante la razón y demuestra que esta se encuentra en condiciones de llevar a cabo su proyecto de gestión del bien común.

La ideología tecnocrática es producto de esta misma ideología de las elites. La gestión del Estado y la gestión de la cosa pública exigen, lo mismo que para cualquier empresa, una organización de los lugares de gobierno. Sin embargo, a diferencia de la empresa, el Estado se encuentra en manos de elites en posición de soberanía, cuya finalidad es el servicio público, y no la ganancia. Se dirige y debe rendir cuentas a todo un pueblo y no a unos cuantos empleados. Esta idealidad de la organización estatal es la que origina una organización burocrática —más o menos desarrollada y rígida según los estados— y, al mismo tiempo, una ideología tecnocrática, puesto que esta gestión del bien público sólo puede concebirse como una gestión en manos de especialistas, de tecnócratas.

La ideología de las masas surge dentro de esta doble ideología de las elites

y de la tecnocracia. Es la idea según la cual las masas, al servicio de quienes se supone que el Estado trabaja, no pueden saberlo ni conocerlo todo, y que deben, por lo tanto, ser influenciadas por su propio bien. Su supuesto estado de no competencia, unido a la indeterminación y a la heterogeneidad de las opiniones, las vuelve manipulables, y la lucha por acceder a una posición de soberanía se convertiría en ese arte de manipular a las masas con el que sueñan todos los políticos, sin jamás atreverse a decirlo.

Evidentemente, el término manipulación parece demasiado severo y probablemente debería reservarse a los regímenes totalitarios, máxime si se piensa que la ideología del progreso, surgida en los siglos XVIII y XIX, confió a los estados la responsabilidad de desarrollar, por medio de la educación, el conocimiento cívico de los ciudadanos y su conciencia política. Por otra parte, las masas no son tan amorfas como esta ideología de la manipulación parece sugerirlo. A veces resultan incluso muy activas, como lo demuestran las rebeliones e insurrecciones ciudadanas que nuestro siglo XX ha visto desarrollarse.

El dispositivo comunicacional del discurso político se fundamenta, por lo tanto, en la soberanía, lo cual explica que el objetivo de la instancia política consista en inscribirse en ella, obteniendo la legitimidad que le conferirá la autoridad para actuar en nombre de esta misma soberanía.

5. LAS FINALIDADES DE UN ANÁLISIS DEL DISCURSO

Si queremos comprender cuál es la finalidad de un análisis del discurso político, es necesario compararla con la de otras disciplinas, en particular la *filosofía política*, la *historia* y la *ciencia política*.

La *filosofía política* se interroga sobre los fundamentos del pensamiento político y las categorías que lo conforman (Badiou 1998: 36).³ Al parecer, lo que justifica este lugar de reflexión es una permanente interrogación sobre el modo de organización de la sociedad: ¿cuál es el mejor régimen de gobierno? Y, correlativamente: ¿quién hace qué en esa organización de la sociedad? De ahí que se plantee también el problema de la justicia y del derecho: ¿qué justicia suprema es capaz de tratar a los hombres de acuerdo con aquello a lo que tienen derecho y, por ende, cuáles son los derechos para los hombre que viven en sociedad, habida cuenta de las fuerzas divinas o mágicas (lo construido mediante saberes de creencia), de las fuerzas biológicas (lo construido mediante saberes científicos) y de las fuerzas irracionales de la naturaleza (lo percibido mediante la experiencia)? En la Antigüedad, fue la elaboración y el desarrollo de la retórica lo que permitió describir los complejos procesos de influencia de la opinión pública. Sin embargo, posteriormente se consideró

que estos procesos eran válidos para una sociedad ad hoc, que se había fijado como normas aquellas mismas que aplicaba. Además, los que se dedicaban a la descripción de estas figuras y demás tropos eran filósofos, quienes se esforzaban por describir una especie de oratoria en relación con una ética política, más que por desarrollar un enfoque científico.

La *historia*, como disciplina, ha aportado su método de procesamiento de los archivos, al emplear un análisis de contenido temático. Se le reprochó centrarse exclusivamente en las fuentes, los acontecimientos y la temática transmitidos por los textos, y por no tomar en cuenta las condiciones de producción de estos, susceptibles de brindar un enfoque crítico de ellos. Al respecto cabe recordar la polémica que se desató a principios de los años ochenta, en Francia, entre historiadores y analistas del discurso: los primeros reprochaban a los segundos el usar un martillo para matar una mosca, lo que M. Pêcheux señala, no sin cierta violencia:

De acuerdo con el lugar que el análisis del discurso se atribuye con respecto a esta carencia, se trata del fantasma de la objetividad minuciosa (que consiste literalmente en hacerse el imbécil, prohibiéndose pensar en la existencia de algún sentido bajo la textualidad). (Pêcheux, en Maldidier (ed.): 1990)

La *ciencia política*, por su parte, no se interroga tanto sobre el fundamento de un tipo de pensamiento, como sobre la acción política misma, en relación con sus finalidades pragmáticas y sus efectos. Esta disciplina se sitúa en una encrucijada disciplinaria entre la historia, la sociología, la antropología social y la filosofía política. Busca poner de relieve las normas que se instauran como principio de gobierno, identificar los motivos que las instituyen y medir sus efectos sobre el estado de las sociedades.

El *análisis del discurso*, en cambio, no se interroga ni sobre la legitimidad de la racionalidad política, ni sobre los mecanismos que provocan tal o cual comportamiento político, sino sobre los discursos que posibilitan, tanto el surgimiento de una racionalidad política, como la regulación de los hechos políticos. Así vemos cómo se articulan lenguaje y acción, en el sentido de que la actividad del lenguaje apunta a construir juicios, opiniones, e incluso apreciaciones, sobre la vida y el comportamiento humanos, y de que la acción se orienta hacia objetivos que transforman el estado de los seres, de los fenómenos y de las situaciones. Pero, al mismo tiempo, son estos juicios los que motivan y justifican las acciones, y estas acciones las que alimentan, e incluso interpelan, los juicios. De manera general, el discurso posibilita, justifica y transforma las relaciones sociales, y el discurso político en particular posibilita, justifica y transforma la acción política.

En Francia, como se sabe, el análisis del discurso se ha desarrollado a partir de un corpus específicamente político. Ciertas nociones nuevas, como las de “enunciación”, “corpus de textos”, “contextos”, “condiciones de producción”, han permitido a los estudios lingüísticos descubrir y determinar un nuevo campo de análisis del lenguaje que ya no se refería a la lengua, al estudio de los sistemas de la lengua, sino al discurso, es decir, a los discursos que circulan en el mundo social y que revelan ellos mismos lo que son los universos de pensamiento y de valores que se imponen en un tiempo histórico dado. Este análisis del discurso político, que reclamaba su filiación con el “materialismo histórico” y con una “teoría de las ideologías”, tal como fue definida por Althusser (1970), se apropió posteriormente, al término de cierto trabajo crítico (véase Pêcheux 1977), del concepto de “formación discursiva” propuesto por Foucault (1969). De esta manera dio lugar a trabajos que perseguían el objetivo de revelar ciertos presupuestos ideológicos bajo el lenguaje, al mismo tiempo que recurrían a distintos métodos de análisis (análisis automático, análisis distribucional, análisis lexicométrico).⁴

Actualmente, los estudios que se desarrollan sobre el discurso político intentan combinar varios de estos métodos: un análisis *lexicométrico* que, utilizando una técnica de procesamiento estadístico de los corpus, busca determinar universos semánticos y posicionamientos de los locutores involucrados de una manera u otra en el ámbito político; un análisis *enunciativo* que pone de relieve los comportamientos locutivos de los actores de la vida política y, más allá de eso, su posicionamiento ideológico (Authier-Revuz 1982: 91-151); un análisis *argumentativo* que intenta poner de relieve las lógicas de razonamiento que caracterizan dichos posicionamientos (Bonnafus 1995). Paralelamente apareció en los años ochenta el *análisis crítico del discurso*, definido y desarrollado por Teun A. van Dijk. Al decir de su propio autor (Van Dijk 1994), este participa de distintas filiaciones, la neomarxista de Adorno a Habermas, de la Escuela de Chicago, de la sociolingüística inglesa con Bernstein y Halliday, del análisis del discurso francés, bajo la influencia de Foucault y Pêcheux, y del pensamiento de Gramsci en Italia. Van Dijk empezó interesándose en el discurso racista bajo todas sus formas, aun las más indirectas y ocultas, para tratar después de “dilucidar las estrategias de legitimación y construcción de la dominación que [...] se inscriben dentro del *abuso del poder*”. Como se advierte, la actividad en este campo ha sido muy intensa y ha suscitado numerosas preguntas que, hasta la fecha, continúan ocupando el centro de los debates.

La cuestión de fondo para el análisis del discurso político es la de saber en qué medida este es susceptible de revelar en qué consiste la realidad del poder, de un poder que es, en gran parte, acción. La complejidad de las relacio-

nes entre lenguaje y acción, por una parte, verdad y poder, por otra, debería incitarnos a la prudencia, puesto que hay que elaborar un método que permita tomar en consideración estos distintos tipos de relaciones. Ciertamente es que, como lo recuerda C. Lefort, lo político es el resultado de varios componentes: de los *hechos políticos*, como actos y decisiones que dependen de la autoridad; de los *hechos sociales*, como organización y estructuración de las relaciones sociales; de los *hechos jurídicos*, como leyes que rigen las conductas y las relaciones de los individuos que viven en sociedad; y, finalmente, de los *hechos morales y psíquicos*, como prácticas que dependen de sistemas de valor. El análisis del discurso político se relaciona con todos estos componentes, en la medida en que depositan sus huellas en él. Sería ingenuo pensar que su objeto sería únicamente el contenido ideológico del discurso, a menos que se redefina la ideología. Lo cual significa que este tipo de análisis es a la vez ambicioso y se limita a estas huellas.

Traducción de Jean Hennequin

NOTAS

1. Con todo, esta lógica no es totalmente ajena al lenguaje, en particular mediante la evaluación de las consecuencias que ocurre a través de sistemas de valores, los cuales son posibles gracias a la actividad del lenguaje.
2. Se trata obviamente de una idealidad del contrato mediático, que no tiene validez en caso de que el medio de comunicación esté explícitamente comprometido. Véase Charaudeau 1997: 82.
3. A. Badiou llega incluso a afirmar que “todo el problema consiste en pensar el pensamiento *como pensamiento*, y no como objeto; o bien, en pensar aquello que es pensado en el pensamiento, y no ‘lo que’ (el objeto) el pensamiento piensa”.
4. Para los trabajos concernientes a este período, véanse principalmente D. Maldidier (ed.), *L'inquiétude du discours*, París: Éditions des Cendres, y la revista *Langages* 62 *L'Analyse du discours politique* por J. J. Courtine. Larousse: París. 1981.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTHUSSER, L. (1970) “Idéologie et appareils d'État”, *La Pensée* 151. París: Éditions sociales.
- ARENDT, H. (1961) *Condition de l'homme moderne*. París: Calman-Lévy.
- AUTHIER-REVUZ, J. (1982) “Hétérogénéité montrée et hétérogénéité constitutive: éléments pour une approche de l'autre dans le discours”, *DRLAV* 26.

- BADIOU, A. (1998) *Abrégé de métapolitique*. París: Seuil.
- BONNAFOUS, S. (1995) *Langages* 117. París: Larousse.
- CHARAUDEAU, P. (1995) "Le dialogue dans un modèle de discours", *Cahiers de linguistique française* 17, 141-178. Ginebra: Université de Genève.
- (1997) *Discours d'information médiatique. La construction du miroir social*. París: Nathan-Ina.
- (2001) "De la compétence sociale de communication aux compétences de discours" en *Didactique des langues romanes. Le développement de compétences chez l'apprenant* de L. Colles et al. (eds.). Louvain-la-Neuve: DeBoeck-Duculot.
- FOUCAULT, M. (1969) *L'Archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- HABERMAS, J. (1987) *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- MALDIDIER, D. (ed.) (1990) *L'inquiétude du discours*. Textes de Michel Pêcheux, choisis et présentés par D. Maldidier. París: Éditions des Cendres.
- PÊCHEUX, M. (1990 [1977]) "Remontons de Foucault à Spinoza" en D. Maldidier (ed.), *L'inquiétude du discours*. París: Éditions des Cendres.
- VAN DIJK, T. (1994) "Discurso, poder y cognición social", *Cuadernos* nº 2. Universidad del Valle.

ABSTRACT

This article considers discourse analysis in the framework of action and power and in the context of communication, taking into account the three different instances in which politics appears: media, citizenship and the political.

Patrick Charaudeau es profesor de Ciencias del Lenguaje en la universidad de París-XIII. Dirige el Centro de Análisis del Discurso que trabaja en estrecha relación con la Inateca de Francia, en sus ateliers de investigación. Coordina numerosos proyectos de cooperación científica para el estudio del funcionamiento de los medios con diferentes universidades europeas y latinoamericanas. Entre sus obras: en colaboración con Jean-Marie Schaeffer, *La Télévision. Les débats culturels "Apostrophes"* (París: Didier Erudiction, 1991); *La parole confisquée: un genre télévisuel, le talk-show* (París: Dunod, 1997); *Paroles en images, images en paroles. Trois talk-shows européens* (París: Didier Erudiction, 1999). De próxima aparición en Gedisa: *Le discours d'information médiatique. La construction du miroir social* (París: Nathan, 1997). E-mail: pcharaudeau@wanadoo.fr

PÚBLICO/PRIVADO/POLÍTICO: RECONFIGURACIONES CONTEMPORÁNEAS

LEONOR ARFUCH

El propósito de este trabajo es el de realizar una indagación crítica, desde una perspectiva semiótico/cultural, en torno a los significantes que estructuran este número temático, para analizar su funcionamiento en el horizonte de la actualidad. Para ello, y en primer lugar, me gustaría interponer, en esa conjunción de los dos términos, la disyunción de un tercero, a la manera peirceana, que vendría a perturbar la contigüidad, la mutua implicación, la tranquila pertenencia de los primeros a un mismo campo semántico. Un tercero entonces no como simple diferencia sino como intromisión, intervalo, *in between*: el espacio de lo *privado*, cuya configuración contemporánea involucra tanto el espacio público como el discurso político.

En efecto, lejos de aquella oposición fundante de la modernidad, de ese umbral hipotético que separaba las esferas de lo público y lo privado, delimitando nítidamente las incumbencias, prácticas y sujetos genéricos propios de cada espacio, el escenario actual de lo público ofrece tal simultaneidad de ocurrencias, tal hibridación formal y temática, que ambas esferas son prácticamente indiscernibles.

Pero si bien podría afirmarse que este "desliz" de lo privado en lo público —siempre al borde de la obscenidad—, que viene agudizándose en las últimas décadas, está en estrecha relación con el despliegue tecnológico/mediático, su condición paradójica ya había sido advertida mucho antes: el hecho de

que el espacio de la interioridad, aquello “privado” que iba transformándose en la naciente intimidad del sujeto moderno, sólo podía tener existencia a través de su mostración pública. El siglo XVIII vio así el surgimiento de la escritura autógrafa, los géneros autobiográficos —autobiografías, diarios íntimos, memorias, correspondencias—, la novela en primera persona, retratos de ese yo incipiente garante de verdad, que Rousseau afirmaría, paradigmáticamente, tanto en sus *Confesiones* como en su filosofía.

Es Jürgen Habermas (1994), en su estudio ya clásico sobre la conformación del espacio público burgués, la célebre *public opinion* que daría lugar a la institucionalización de la democracia, quien distingue con claridad el papel determinante del “raciocinio literario” —es decir, de la conversación pública que tenía lugar en los cafés, salones, clubes, “casas de refrigerio”, en torno a esas recientes escrituras, muchas de ellas, como la *Pamela* de Richardson, devenidas best sellers— que, indisociable del “raciocinio político”, más centrado en los asuntos del Estado, delinearía a un tiempo la doble condición del individuo como “dueño” de una subjetividad y como ciudadano.

La sensibilidad de lo privado fue así constitutiva de un espacio público que, en el transcurso de dos siglos, se afirmaría como el lugar por excelencia de conjunción de lo social y lo político. escenario obligado del ejercicio de la visibilidad democrática, de la disputa por los usos, bienes e intereses comunes, de la institucionalización de las reglas de convivencia y habitabilidad. Pero hay todavía otra incumbencia a su cargo: la de la visibilidad de lo privado en tanto construcción de subjetividad, esa modelización de las conductas y de los sentimientos que está en la base del orden social, y cuya gran narrativa, desde aquellas lejanas formas autobiográficas, fue asumida prioritariamente por los medios y luego por el despliegue sin pausa de la mediatización.¹

1. DE LA INTIMIDAD PÚBLICA

Así, el nuevo espacio público de la globalización, con sus “teletecnologías”, su “artefactualidad” —el hecho de que la “realidad” sea incontestablemente un producto altamente ficcionalizado y digitalizado— (Derrida 1996), aparece como un universalismo que tiende a hegemonizar, de un extremo a otro del planeta, ritos y prácticas, hábitos y consumos. Y, en tanto avanza sin límites sobre la esfera de la intimidad, supone además la resolución de la vieja paradoja: si aun los sentimientos más privados debían mostrarse —para existir— bajo la luz pública de la *aparición*, en esa “devoración” de lo íntimo por lo social típica del mundo burgués (Arendt 1974), no se tratará ya de la di-

comía entre ambos espacios sino de su solidaridad y hasta su oxímoron: la afirmación irrestricta de lo íntimo/privado en tanto *intimidad pública*.

No es difícil reconocer, en el escenario de la actualidad, las consecuencias del giro que marcará “un grado más” de esa devoración. En efecto, el *reality show*, nuevo género o fuera de género que despuntó en la década de 1990 como una intromisión brutal en el espacio privado, doméstico, de las vidas comunes, traía consigo no solamente la apuesta de un crudo testimonio de “veracidad”, sino además, la negación de la ficcionalización, la pretensión de “vida en directo”, de acceso posible al acontecimiento en estado “puro”.

Esta estrategia de veridicción puede adoptar múltiples modalidades: reconstrucción de los hechos “tal como sucedieron” con sus protagonistas “en la vida real” o con actores, narración ficcional pero con nombres y sucesos reales, presentación del propio caso en entrevistas ante cámaras o micrófono, combinación entre testimonio y sketch, entre dramatización e imágenes documentales, etc. La diversidad de los temas y personajes tiene sin embargo denominadores comunes: se trata siempre de situaciones límite, desavenencias familiares o vecinales, crisis, accidentes, crímenes, desapariciones, cuyos protagonistas, el hombre o la mujer común, orillan la franja incierta entre “normalidad” y exclusión.²

Esta intrusión que propiciaba el *reality show* parecía desdecir y a la vez complementar el “destape” que en los años ochenta había sacudido nuevamente el acartonamiento de las costumbres, exaltando, después del declive de los ideales y sujetos colectivos —esa ilusión de la revolución que había alimentado las grandes gestas de la década anterior, del legendario Mayo francés en adelante—, la primacía del mundo privado, el hedonismo y el disfrute individual. Lo desdecía en términos de la divergencia de las “vidas modelo” ofrecidas aquí y allí, no ya la búsqueda del “sí mismo” a través de los placeres del cuerpo y/o del alma, como en el “destape”, sino la mostración de la miseria, la desdicha, la infelicidad o la trivialidad, como en el *talk show*. Lo complementaba, en tanto reafirmación por otros medios del “estado terapéutico”, es decir, de esa dimensión, profundamente institucionalizada, en la cual se nos prescribe, tutorea, monitorea, se nos *vigila* simbólicamente —a través de los medios, la legislación, la escuela, las campañas de prevención, la salud pública, etc.— en la alimentación, la dieta, la salud, la sexualidad, los consumos, los límites y los excesos, en definitiva, en todos los órdenes relevantes de la vida.³

Es esta vigilancia sobre lo privado —y no sólo la tendencia al exhibicionismo y la obscenidad, que producen por cierto grandes réditos económicos— lo que opera, quizá prioritariamente, en la última versión del *reality show* o “tevé-real”: el experimento de cámara perpetua sobre la conducta de seres humanos transformados en conejillos de Indias, encerrados en islas “solitarias”

o casas fantasmales, llevados al límite del tedio —propio y ajeno—, a la minucia de la irrelevancia, a la peripecia de la “supervivencia” en la pantalla que desatará pasiones y mezquindades ante el ojo atento del espectador o con su directa participación. Desde aquella representación “políticamente correcta” de las diferencias en el programa pionero de la MTV *The real world* (1997) —un *casting* “equitativo” respecto del color, la orientación sexual, el género, la procedencia, conviviendo en una casa bajo cámaras continuas— a las réplicas actuales —y globales— de *Big Brother*, no sólo se especula con la novedad del “tiempo real” en pantalla, con la pulsión escópica del detalle o el súbito desencadenamiento de una situación, sino también se ofrece un menú de las diversas narrativas identitarias, más allá de la “representatividad” que se les quiera otorgar.

En el escenario de la Argentina compiten actualmente tres programas de estas características: el autóctono *Gran Hermano*, encierro de diversos personajes en una casa sin contacto con el exterior; *El bar*, donde el grupo atiende un bar —al cual la gente puede ir y verse entonces, incluso en actitudes íntimas, en televisión— y convive en una casa aledaña, bajo el ojo de la cámara en uno y otro sitio, y *Expedición Robinson II*, donde los afortunados, seleccionados en un amplio *casting*, reviven la aventura de la isla desierta en el Caribe sometidos diariamente a “pruebas” físicas de destreza y resistencia, donde acumularán puntos, enconos y adhesiones.

En los tres casos se irá evidentemente más allá de la caución de la imagen, del acecho —de la cámara, del ojo del espectador— sobre el menor movimiento que revele algo de la intimidad del cuerpo o del espíritu, a una especie de muestrario “sociológico” de gestos y actitudes, de adecuación o infracción a normas de convivencia o de buen gusto, en definitiva, a una especie de “radiografía” de las conductas esperadas, esperables o reprobables. Pero incluso, y este es quizás el costado perverso de la cosa, en tanto deberán ser elegidos cada semana por sus compañeros —y también, por supuesto, por el espectador— para permanecer o para irse de la competencia, habrán de desplegar las estrategias más adecuadas para la supervivencia hasta el final —recompensada por una buena suma de dinero—, que tendrán muy poco que ver con la realización de “buenas acciones”. Se dará más bien una sorda transacción de mediocridades y obsecuencias, de rivalidades y envidias, que distan mucho, en los tiempos que corren, de estimular una imagen equitativa del otro —como las políticas de la diferencia quieren afirmar— o de fortalecer los alicaídos lazos de solidaridad en la “aldea global”.

Si hay aquí algún aporte para la curiosidad científica —más allá de los mecanismos de construcción de subjetividad mediática— podría estar dado justamente por la “representatividad”, seguramente no buscada, de los perso-

najes en cuanto a sus propias estrategias identitarias en el opaco horizonte presente y futuro de nuestra “globalización periférica”: jóvenes, desocupados, buscavidas o algo fracasados, sin demasiada experiencia ni un norte demasiado definido, bien imbuidos de los estereotipos del discurso social. Sexistas, moderadamente xenófobos u homofóbicos, con dosis tolerables de violencia, debilidad o irreflexión, de saberes, astucias y desconocimientos. Como cualquiera de los de “este lado” de la pantalla.

¿Cómo interpretar esta cualidad excedente del espacio público contemporáneo, este suplemento a lo ya conocido, a las narrativas, más o menos canónicas, de la identidad personal? Porque el eminente sociólogo Norbert Elias (1987, 1991), en su magno estudio sobre el “proceso de civilización”, ya había descubierto que el “refugio” de la intimidad, espacio alternativo y complementario de la vida en sociedad, estaba sometido a las mismas presiones y restricciones que esta última, y que la exhibición pública de las conductas guardaba relación directa con el afán modelizador, el mecanismo de control y *autocontrol*. Dicho de otro modo, cuanto mayor era la liberalización de las costumbres —y por ende, su despliegue público— más se acentuaba la necesidad de impulsar su autogestión, la presión social para lograr un “altamente controlado descontrol”. Esta dialéctica de liberalización/represión podría ser una hipótesis al respecto.

Pero la ampliación mediática del espacio público centrado en las vidas comunes ofrece, además, otras interpretaciones posibles. En primer lugar, y como se ha señalado oportunamente (Arfuch 1994, 1996; Tabachnik 1997; Amiel et al. 1993), la toma de partido sobre la desventura del desvalido, el marginalizado, el pobre —héroes por excelencia del *reality show*, por lo menos, en sus primeras versiones— remite a un nuevo lugar de la televisión, que se plantea, en el ocaso del Estado de Bienestar, como más sensible, eficiente y resolutiva que las propias instituciones. Así, será capaz de proveer empleos, justicia, restituciones de seres queridos, perdones, realización de sueños y deseos, toda una panoplia de logros —en directo, bajo la cámara— que harán tanto a la moraleja necesaria en términos de las virtudes deseables de la época como a su pretensión de protagonismo como “primer” poder.

Por otra parte, el interés en las vidas comunes en tanto peripecias “en directo”, más allá del testimonio o la dramatización, es decir, de los géneros clásicos de la información y de la ficción, también podría remitir a la necesidad identificatoria con un otro próximo, semejante, ya sea por la alternancia necesaria con las vidas famosas —cada vez más inalcanzables en el reparto de la desigualdad— ya por la emergencia misma de la pluralidad como rasgo constitutivo de nuestras sociedades.

Sin embargo, no son estas formas, aunque muy llamativas en el mo-

mento actual, las únicas que manifiestan un énfasis, quizá desmedido, en la privacidad. En un amplio espacio que podríamos llamar *biográfico* por su insistencia en lo vivencial, se despliegan múltiples tendencias, formas y géneros, desde los canónicos de la literatura (autobiografías, biografías, memorias, diarios íntimos, correspondencias) a sus numerosas variables, del testimonio a la autoficción (escritas, fílmicas, televisivas, de la experimentación escénica y de las artes plásticas, etc.). Así, el *reality show* se encuentra con la ficción (auto)biográfica o el *reality painting*, con las manifestaciones de la vida privada del autor/actor/artista plástico, ya sea en su propia obra (objetos personales, recuerdos, fotografías, cartas) o en sus declaraciones, en las entrevistas que harán de esa figura esquivo del narrador/creador/pensador –cuya distancia de la propia “biografía” fuera enfatizada por la teoría literaria– un ser de “carne y hueso”. Se invierte así el camino desde la obra o el texto hasta esa instancia de autenticación de la autoría que debía hacerse cargo, aun del terreno inquietante de la ficción, con su propia experiencia de vida.

Fenómeno que por cierto no es nuevo, más bien parecería coronar, en una elipsis perfecta, aquella inquietud de la interioridad que convocó al “raciocinio literario” en los albores del espacio público. Lo que quizás hace a su diferencia, a su innegable exacerbación contemporánea, es justamente la infracción de los límites *junto* a su extensión sin límites, a su proliferación continua en la escena global. Es la revolución tecnológica, con su increíble capacidad de “hacer presente” –aun en la imposibilidad constitutiva de la presencia que señaló Derrida– la que ofrece los dispositivos que alimentan la ilusión de la pantalla total, la visibilidad continua, la vida en directo, la caución del sujeto en su corporeidad, que sobrevive a la desmaterialización de la imagen.

2. POLÍTICA Y PERSONALIZACIÓN

Y es en esta caución hipotética del sujeto, en la acechanza sobre sus mínimos gestos, palabras, crispaciones del cuerpo, en la búsqueda de la verdad fisiognómica, de la “rostridad”, donde quizá pueda establecerse el nexo más estrecho entre la privacidad –la intimidad– pública y la política. Porque, y sin pretensión de ser exhaustivos, el dilatado proceso que lleva a la sociedad de la comunicación podría homologarse al que conduce a la *personalización* de la política, a la imposición publicitaria –y no publicística– de la imagen del candidato o funcionario en su “carisma”, sus dotes personales, su cuerpo como objeto reactivo y sensible al ojo de la cámara, y sobre todo como *revelador* de una verdad del sujeto, de una “profundidad” a flor de piel, expuesta

en el rictus, la mueca, la sonrisa, todo aquello indeseado –y quizás indeseable– que ningún autocontrol puede efectivamente controlar.⁴ Sucede que la idea del valor de la proximidad, tan antigua y acendrada, que se identifica a su vez con la escena emblemática de la comunicación “cara a cara”, es también la idea de la posibilidad de “leer” (y por ende, de *saber*) los sentimientos, la afectividad, las pasiones,⁵ las intenciones, la “clase de persona” de que se trata, más allá de las palabras realmente pronunciadas. Y esta convicción es quizá la que alienta en el ver y el creer aun cuando desfallezca –como la política muestra todo el tiempo– la eficacia del decir.

Esta problemática, que apenas esbozamos, es indisociable de la creciente relevancia que la vida privada asume en el espacio público político. La insistencia en la biografía, el relato autorreferencial, el anecdótico, la vida familiar, como por otra parte la persecución de la cámara sobre el desliz, el aflojamiento del ceremonial, la escena íntima, van más allá de un mero voyeurismo estimulado por la investidura –vieja práctica que da de comer tanto a los *papparazzi* como al *gossip*– para involucrar más seriamente el funcionamiento mismo de la política. Se trata de un debate que concierne al debilitamiento de lo programático, a la difuminación de las identidades políticas tradicionales, tanto de los partidos como de los candidatos –actores, músicos, deportistas, que trasvasan su celebridad a un nuevo campo–, a la crisis de representación –y de lo *representable*–, a las formas actuales de la comunicación entre gobernantes y gobernados. Cuestión que también afecta a las nuevas modalidades de aquello que quiere constituirse como “opinión pública” –sin el decisivo componente del “raciocinio” burgués– a través de las encuestas y sondeos del “marketing político”, que vendrían a restituir, y hasta a reemplazar, una supuesta “voluntad popular”, extremadamente volátil e insuficientemente expresada en el voto.

Esta pérdida del espacio público político en sus términos canónicos –como es vista por distintos críticos– lo es también del *discurso político*, tal como estamos habituados a considerarlo. Cada vez menos la alocución –en la conferencia de prensa, el parlamento, la “cadena”, el acto político– marca el rumbo de los acontecimientos, salvo en el caso de anuncios significativos. Nos habituamos más bien a “ver” diariamente a candidatos y funcionarios en el ruedo televisivo, en paneles y mesas de debate donde parecen equipararse las investiduras –a veces, con las del periodista/conductor–, en el batiburrillo de las voces que suenan todas a un tiempo, demostrando en los hechos la imposibilidad constitutiva del “consenso”, o bien, asaltados por la cámara en lugares de paso –entradas, halls, pasillos, puertas de vehículos– que se transforman así de “no lugares”, como diría Marc Augé, en soportes espaciales de significación.

Sólo la entrevista —y en particular, la escrita— parece dar respiro a la palabra política, conclusividad a la frase y un cierto orden temático, pero entonces no “estamos allí”, y sabemos que es el entrevistador quien tiene el poder de la edición, además del medio en cuestión... (Arfuch 1995). También en el plano discursivo la vuelta sobre la privacidad deja su huella: no se tratará solamente de introducir nuevos contenidos en viejas formas —como sería, por ejemplo, el súbito giro hacia lo íntimo en una entrevista política “canónica”— sino más bien de trasponer, de subvertir, de insertar la palabra política —que precisamente dejará de serlo aunque nunca del todo— en las variantes múltiples del espectáculo.

La difuminación del discurso político en otros géneros es así consecuente con la expansión de la política misma a otras áreas de lo social: las demandas sectoriales, las protestas, las reivindicaciones particulares, los “nuevos movimientos sociales” que pugnan por la afirmación identitaria y el reconocimiento a través de una lucha hegemónica.⁶ Aquí también es decisiva la mostración de peripecias y protagonistas, en una pantalla que, si bien rehúye en este punto la “perpetuidad”, aspira igualmente a acortar la distancia del acontecimiento. La configuración de identidades colectivas —registro sin duda relevante de la mediatización— aparece así, en contraposición a la morosidad sobre el individuo del *reality show*, marcada por un *timing* disruptivo, por un ritmo callejero —convenientemente manipulado en estudios— donde se privilegia la disputa, el calor, y el color, de la consigna y de la denuncia. Casi un género en sí mismo que no puede faltar en ningún noticiario —local o global— y que, más allá de la intencionalidad del medio en cuestión y de su contingencia, exhibe la cualidad esencialmente conflictiva de la política.

3. ¿HACIA UN NUEVO ESPACIO PÚBLICO?

Vista en esta perspectiva, que aúna enfoques semiótico/culturales y elaboraciones de la teoría política, la relación entre lo público/político y lo privado dista mucho de toda partición dicotómica. Se tratará más bien de espacios que se intersectan sin cesar, en una y otra dirección: no sólo lo íntimo/privado saldrá de cauce invadiendo territorios ajenos sino que también lo público, en sus viejos y nuevos sentidos, tampoco alcanzará todo el tiempo el estatuto de la visibilidad; más bien, y como se ha señalado reiteradamente, podrá replegarse, de modo insondable, bajo la misma luz de la sobreexposición. Esta dinámica —que a veces se transforma en una dialéctica— conspira contra todo contenido “propio” y asignado. Los temas —y sus forma-

tos—, las personas y los personajes, serán entonces públicos o privados, según las circunstancias y los modos de su construcción.

Pero además, público y privado no se dirimen únicamente en el estatuto de la visibilidad. Está también el otro componente, el de los *intereses* —públicos y privados—, el rango que asumen los asuntos públicos, no sólo en cuanto a su circulación en los medios sino como incumbencias obligadas de un sentido de civilidad. ¿Cuánto de lo público se ha difuminado en el desinterés de una ciudadanía anómica, en la indecisión crónica y el escepticismo respecto de la política, por más que se lo muestre hasta el cansancio? ¿Cuánto de la famosa crisis de representación incide, tanto o más que la intimidad mediática, en el imaginario y la cultura política de una época? Porque, en verdad, el retiro al ámbito privado, a un “privatismo” de la vida entendida sólo —o prioritariamente— como la satisfacción de los intereses individuales es un proceso de larga data, que despertó ya en los tempranos años setenta airadas críticas, y que sólo parece ir acentuándose en el momento actual.

Es que, pese a esa conflictividad de la demanda que muestran las pantallas —para algunos, el rasgo constitutivo de la democracia—, hay una ausencia, un silencio de la política, en tanto renuncia a la deliberación y ciego acatamiento a las decisiones ya tomadas —también silenciosamente— en otro lugar, decisiones de la economía globalizada que conciernen sólo a la gestión de los costos y escasos beneficios del lugar relativo en el reparto mundial. Lugar que para nuestros países latinoamericanos —y para la Argentina en particular, y tristemente— parece limitarse al de eternos deudores —desaparecidas ya las “riquezas” reales y simbólicas de sus mitos fundacionales—, que pugnan por plazos y beneplácitos mientras se acentúa la miseria interna y el abismo de la desigualdad, contracara obligada de la supuesta homogeneidad de accesos y consumos de la globalización.

Así, quizá la escalada de lo íntimo/privado que prospera en la sociedad de la comunicación —cosechando audiencias de cifras impensables—, pueda leerse también como *respuesta* —fuera de toda intencionalidad o dirección, sino en la complejidad dialógica del discurso social (Bajtín 1982)— a los desencantos de la política, al desamparo de la escena pública, a los fracasos del ideal de igualdad, a la monotonía de las vidas “reales” que se ofrecen al gran número, que hasta parecen despojadas de los derechos elementales de ciudadanía.

Y al mismo tiempo, si la exaltación pública del individualismo que lideran los medios redunca finalmente en la desarticulación de lazos sociales y tiende a afianzar el imperio del mercado —del deseo— y la utopía consumista, sin embargo también puede abrir camino a identificaciones grupales, al despliegue de una mayor autonomía, en definitiva, a una nueva intimidad, no

sólo bajo el primado pedagógico, sino como terreno de manifestación de *políticas de la diferencia*, que rechazan el modelo único de las vidas felices —el matrimonio heterosexual, reproductivo— y amplián el espectro de lo decible y lo mostrable.

Es quizás en esta disyunción paradójica de los términos, nunca saturables, en la renuncia a las dicotomías, en la aceptación de la indecidibilidad —como posibilidad de múltiples y contrapuestas variables explicativas—, en la polémica, en el *desacuerdo* (Rancière 1996) más que en el consenso, en atención a lo mediático pero sin olvidar lo que pasa por fuera del rectángulo mágico —que también “existe”—, donde convenga leer hoy críticamente, dentro del complejo escenario de la actualidad, la tréada de lo público, lo privado y lo político.

NOTAS

1. Remitimos al concepto, ampliamente desarrollado por Eliseo Verón a comienzos de los años ochenta, que marcaba el giro que iba del acontecimiento capturado por la cámara —clásico objetivo de la información—, a la producción del acontecimiento *para la cámara*.

2. En la Argentina, su aparición se produjo en 1993 con dos programas, *Ocurrió así*, en el entonces Canal 2, y *Amanecer/Anochecer*, conducido por Mauro Viale, en ATC. En el rubro podrían incluirse un famoso programa radial/televisivo, *Té escucho*, con Luisa Delfino, donde la gente llamaba para confiar sus problemas; *Justicia para todos*, que condujo María Laura Santillán, y, con la misma animadora, *Causa común*. Una especie de *reality show* jurídico, para girimir en cámara conflictos domésticos y vecinales, *Forum* (1997), fue conducido asimismo en Canal 13 por el ex fiscal Luis Moreno Ocampo, cuyo ejemplo fue quizás emblemático, por cuanto su figura, respetable en sus ámbitos específicos, no pudo resistir sin embargo la banalización que imponen las reglas del género. La exaltación de la minucia privada derivó luego hacia el *talk-show*, del cual participan, según los programas, tanto famosos como desconocidos. En rigor de verdad, un porcentaje enorme de la programación televisiva transita hoy, en mayor o menor medida, por estos carriles.

3. El número de la revista *Critical Inquiry* (1998) está dedicado enteramente a analizar la nueva *intimacy*, que se presenta como terreno contradictorio donde se afirman, a la vez que tendencias —institucionales— terapéuticas que apuntan evidentemente al autocontrol —entre las cuales, y además de las infinitas variables psico/psicoanalíticas, de autoayuda, dietéticas, corporales, etc., revistan también las variantes del *talk show*—, otros criterios divergentes y hasta disruptivos, de vidas posibles. Al respecto, Laurent Berlant en la introducción señala la supervivencia de la

interioridad como verdad, en tanto “tener una vida” es equivalente a “tener una vida íntima” (1998: 281-288).

4. Esta “personalización”, que ya se insinuó en los años sesenta con el auge de la publicidad y de los medios de comunicación masiva, donde la imagen del candidato —“vendida” como un producto del mercado— venía a ocupar el lugar de la ideología, el proyecto político, lo programático, inquietó diversamente a sociólogos y teóricos políticos —Richard Sennett, el propio Habermas, etc.— y tomó “cuerpo” en los años ochenta, con el giro de la mediatización. Eliseo Verón se había referido especialmente a esta cuestión analizando la construcción de la *performance* mediática de Mitterrand en la campaña presidencial de 1981.

5. Quizá por la neutralización del discurso político contemporáneo tras la desaparición de los bloques antagonicos Este/Oeste, que tornó difusa la categoría constitutiva de “enemigo”, por esa abrumadora semejanza de posiciones donde ya no se distingue la orientación ideológica o programática, la indagación sobre las pasiones en política ha adquirido un renovado interés. Al respecto véase Mouffe (1999).

6. Tomamos el concepto de hegemonía de la definición que de él formularon Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, como una articulación contingente por la cual un contenido “particular” pasa a investirse como “universal”, apareciendo así como el nombre de una plenitud ausente, que es en verdad irreductible a la autorrepresentación. Esta relación hegemónica así entendida, que lleva la marca de una historicidad, es siempre antagonica, está sujeta a pugna y enfrentamiento, es susceptible de ser desafiada, de surgir (como *contrahegemonía*) a través de una lógica equivalencial de diferencias que resignan en algún momento su carácter “particular” para asumir una valencia (un contenido) común. En este escenario móvil, donde aparece como relevante el eje de la temporalidad, los dos términos en conflicto *comprometen* (es decir, aceptan el riesgo de verse transformados) recíprocamente su propia “identidad” (Laclau 1996).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMIEL, V., CHAMBAT, P., EHRENBURG, A. y LEBLANC, G. (1993) “Les *reality shows*, un nouvel âge télévisuel?”, *Esprit* 188 (1), 5-81.
- AA.VV. (1998) “Intimacy”, *Critical Inquiry* 24 (2), 281-611.
- ARENDT, H. (1974) *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral.
- ARFUCH, L. (1994) “Políticas del cinismo”, *Orígenes* 15, 2-5.
- (1995) *La entrevista, una invención dialógica*. Barcelona: Paidós.
- (1996) “*Reality shows*, cynisme et politique”, *Discours Social/Social Discourse* 8 (1-2), 179-189.
- BAJTÍN, M. (1982) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.

- BERLANT, L. (1998) "Intimacy: a special issue", *Critical Inquiry* 24 (2), 281-288.
- DERRIDA, J., STIEGLER, B. (1996) *Échographies de la télévision*. París: Galilée-INA.
- ELIAS, N. (1987) *El proceso de civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1991) *La société des individus*. París: Fayard.
- HABERMAS, J. (1994) *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- LACLAU, E. (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- MOUFFE, Ch. (1999) *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- RANCIERE, J. (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- TABACHNIK, S. (1997) *Voces sin nombre. Confesión y testimonio en la escena mediática*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

ABSTRACT

In this paper we take a critical look at the reconfiguration of contemporary public space through the relations between public/private and political as determinant signifiers, and underline the increasing relevance of the private sphere in the constitution of a "public intimacy" —with some examples from Argentinean reality shows. We also point towards some crucial changes in political discourse and politics itself, centered in a prevalent way in the personalization of candidates. From this point of view, the traditional distinction between public and private is affected by contingency, mutual displacements and undecidability.

Leonor Arfuch es doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires y profesora titular e investigadora de la misma Universidad. Se especializa en semiótica, análisis del discurso y crítica cultural. Ha publicado *La entrevista, una invención dialógica* (1995), *Crímenes y pecados. De los jóvenes en la crónica policial* (1997), y, en co-autoría, *Diseño y comunicación. Teorías y enfoques críticos* (1997). Tiene además en vías de publicación, *El espacio biográfico. Ensayo sobre la subjetividad contemporánea*, y, como compiladora, *Identidades, sujetos y subjetividades*. E-mail: larfuch@fadu.uba.ar

PODER DE LA PALABRA O LA INFORMACIÓN COMO CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA POR OTROS MEDIOS

SANTOS ZUNZUNEGUI

Tenemos que luchar contra el periodismo, contra las palabras equivocadas.

Nanni Moretti (en *Palombella Rosa*)

1. EL ÁMBITO COMUNICATIVO

Puede ser útil comenzar este texto por una impugnación de la idea que tiende a contemplar a los medios de comunicación de masas como factores esenciales en la difusión de la información, como instrumentos a través de los cuales se constituye y fluye lo que ha venido denominándose "comunicación social". Algo más razonable puede ser considerar a los medios de comunicación de masas como otro de los lugares en los que toman forma los *discursos sociales constituidos*, como espacios en los que la información se *escribe*, o mejor aún se *inscribe*, produciendo y modificando el imaginario social. En este sentido puede decirse que, junto con los discursos de enunciado *fuerte* (el discurso político y el publicitario, sin ir más lejos), el mediático pertenece al reino de los *discursos flotantes* (de enunciados *difusos*) y guarda relación con la constitución de esa figura elusiva que se denomina *opinión pública*.

Partiendo de estas premisas se puede proceder a revisar el discurso tradicional que asigna a los medios de comunicación de masas cuatro funciones

interrelacionadas: la *referencial*, la *mediadora*, la de ser *instrumentos de consenso* y la de ser elementos activos de *producción de realidad*.

En relación con la primera y la última de ellas (que trataré en conjunto puesto que no son sino dos caras de la misma moneda) conviene recordar que los medios de comunicación de masas nunca han sido meros reflejos especulares de una "realidad" que preexistiría a los mismos, sino que, sobre todo, deben verse como instancias que otorgan sentido a la "realidad" a la que nombran, construyendo las líneas maestras que iluminan nuestra aprehensión de aquella. Como es bien sabido, los medios crean "efectos de realidad", planteando un determinado orden del discurso (que sin forzar demasiado las cosas podría interpretarse, en no pocos casos, como un discurso del orden), al tiempo que se legitiman ante el público mediante la exhibición de toda una serie de reglas de uso y comportamiento cuya finalidad última no es otra que la de garantizar la verosimilitud de su relato (exhibición de fuentes, descripción de técnicas de reportaje y demás instrumentos de contextualización).

Pero, además, no daríamos cuenta adecuada de lo que sucede ante los ojos del ciudadano que vive la encrucijada del cambio de siglo si no destacáramos el hecho de que uno de los signos de nuestro tiempo es, de manera muy marcada, la creciente indiferenciación técnica que tiende a difuminar, cuando no a borrar directamente, las fronteras entre los distintos tipos de discursos. ¿Qué relación guarda este tema con la citada función referencial? Uno muy evidente y que se sustancia en el hecho de que, como señala Serge Daney (1993), la técnica y la estética de base de la comunicación de nuestros días no son otras que las de la *publicidad*, en el sentido de que los "medios" se conciben, de manera creciente, como espacios donde se puede "hacer pública" cualquier cosa, incluso aquellas que antes se consideraban privadas (bien porque, apunta también Daney, no daban "imagen", bien porque esa "imagen" era tabú o sagrada). De ahí que se haya pasado del campo del "documental" (donde la información es pensada, trabajada, organizada en torno a líneas de fuerza que la vuelvan comprensible, *enfriada*, en una palabra) al del "documento bruto" en el que emergen "lo monstruoso, lo fatal, lo sangriento". ¿Debe sorprender que este giro que lleva desde el "documental" hasta el "documento" se vea acompañado por el auge, en el campo de los denominados programas de entretenimiento, de los *reality shows* como espacio privilegiado para la aparición de aquello que precede al sentido, como territorio donde se vuelve explícita esa pulsión de muerte —en tanto que tendencia hacia lo "informe", hacia lo que se sitúa antes de que surja cualquier significación—, que subyace en toda vida social y que hace que lo que hemos denominado "documento" se viva como campo de la revelación de una verdad primordial?

1.1 LA FUNCIÓN MEDIADORA

Por lo que hace referencia a la denominada *función mediadora* cabría recordar que la información no es sino una forma de acción (en concreto la acción de in-formar al público) que puede ser caracterizada como organizada en torno a las cuatro posiciones modales del *querer informar*. Puede decirse, simplificando al máximo, que el *querer informar* (como terreno de la producción del acontecimiento) se articula con su contrario *querer no informar* (como lugar donde se silencia, se niega la existencia de algo que no quiere ser sacado a la luz), pero también con las dos posiciones (que formarían el eje de los subcontrarios en un hipotético cuadro semiótico) que se expresan tanto en el *no querer no informar* (que recubriría ese imperativo ético que supone el verse obligado a revelar algo) como el *no querer informar* (donde se ponen de manifiesto esos compromisos, de signo muy variado, que impiden dar a conocer algo, en otras palabras, lo que denominaré el *poder de las contingencias*).

1.2 CONSTRUIR EL CONSENSO

Pero los medios son también instrumentos de consenso social, al reforzar la imagen del *grupo de referencia* y exorcizar la del *otro* (cualesquiera sean los términos mediante los cuales definamos ese grupo y ese otro). Es decir, en el mundo de los sujetos colectivos, *consenso* (entendido como territorio de la compatibilidad y la identidad compartida, edificada sobre la categoría de la negociación) supone, de inmediato, la aparición alternativa del *conflicto* (con el otro) en tanto que espacio de la diferencia y la incompatibilidad.

Si esto siempre ha sido así, la novedad de los tiempos actuales tiene que ver con la nueva forma en la que se expresa este hecho antiguo (Daney 1993): el cambio trucado que las figuras mediáticas proponen a sus audiencias entre "información" y "espectáculo". Porque en nuestros días no basta con señalar que la información se ha transformado en espectáculo (no hay que engañarse, información sin espectáculo es tan impensable como espectáculo sin información), si no se insiste en que, además, es el espectáculo del "informador" el que, muchas veces, acaba convirtiéndose en *toda* la información, como sucede en el caso de esos presentadores "estrellas" de la televisión o en el caso de tantas y tantas tertulias radiofónicas o televisivas cuyo interés principal no reside en *qué se dice* en ellas sino en *quiénes dicen lo que se dice*.

Esto significa que los medios en general son instrumentos privilegiados en los que se activan parcelas del imaginario social, entendiéndolo (en una definición mínima) como ese conjunto jerarquizado de representaciones

—conscientes o no, poco importa— a través del que una sociedad se fundamenta, se reproduce autodesignándose, distribuye papeles sociales e identidades individuales y colectivas y expresa necesidades grupales y fines por obtener (y que, a veces, pueden formularse de manera incluso contradictoria). De ahí que los medios, en la fórmula sintética propuesta por Verón (1983), asienten, al mismo tiempo, una realidad ficcional (pues de esto se trata, en el fondo) y una doxa.

2. PRENSA DIARIA, POLÍTICA Y LÓGICAS COMUNICATIVAS

Todo lo anterior viene a cuento para encuadrar el intento de señalar algunas de las marcas principales que han venido distinguiendo la evolución de la prensa española en la segunda mitad de los años noventa del siglo XX, más precisamente en los que precedieron y siguieron inmediatamente a la primera victoria electoral del Partido Popular en las elecciones generales españolas llevadas a cabo en 1996.

Se trataría de poner sobre el papel algunos de los elementos que han caracterizado la emergencia de una *nueva lógica comunicativa* (Aguilar 1995) detectable en los hábitos desplegados por un cierto tipo de prensa (acompañada siempre de sus adláteres radiofónicos y televisivos) de la cual ofrece un ejemplo privilegiado la actividad informativa desplegada durante esos años por el diario *El Mundo*. Esa actividad tenía como finalidad principal socavar la hegemonía ideológica del Partido Socialista Obrero Español, por aquellos días aún en el poder, de cara a facilitar el triunfo de la alternativa conservadora encarnada en el Partido Popular.

De manera voluntariamente general organizaríamos la explicitación de esa *nueva lógica comunicativa* en torno a las torsiones a las que somete a ese lugar común que ha venido facilitando la caracterización de la prensa (entendida esta noción de manera laxa) como *quinto poder*. Lo que nos permite hablar de que esta noción es objeto de un triple desplazamiento, el que va desde el poder simbólico al poder pragmático, el que lleva desde el periódico a lo periodístico y, finalmente, el que conduce desde el electorado hasta el lectorado.

2.1 EL PODER SOBRE EL PODER

En el primero de los casos nos encontraríamos ante el hecho de que la prensa ya no se concibe como lugar destinado a construir representaciones de lo social sino que las cosas se llevan un paso más allá al pensarlos, explicita-

mente, como espacio desde el que ejercer un *poder pragmático* cuyo objetivo no es otro que la modificación de un determinado statu quo político. Se trataría, en definitiva, de ejercer un *poder sobre el poder*. De esta manera los medios (determinados medios) colocan en el puesto de mando de su actividad la producción de un discurso informativo que se quiere operativo a corto plazo y no ya únicamente en ese terreno difuso que al comienzo de este texto atribuíamos a los que llamábamos *discursos flotantes*, sino, bien al contrario, afirmando su voluntad de intervención inmediata.

Esto ha venido acompañado de un segundo y no menos trascendental desplazamiento, el que se desliza desde el periódico (como espacio uno, dotado de una línea editorial precisa, y baluarte de una toma de postura concreta) hacia lo periodístico, entendido tanto como discurso genérico compartido en términos generales por varios medios que, sin dejar de ser competidores, sintonizan sus voces en una misma longitud de onda, como en ese otro que insiste machaconamente en la tarea del periodista, en su ética insobornable, para fundar lo que Eric Landowski (1989) denominó un *logos periodístico-político*.

En tercer lugar, para este tipo de prensa se planteaba la sustitución del *electorado* por el *lectorado*, convirtiendo a los medios de comunicación en un auténtico doble *destinador* inicial y final, proclamando la primacía del *decir periodístico* sobre el *hacer social*. Para ello se manejaba un simulacro construido, denominado *opinión pública* (Landowski 1989) que se concebía como un operador semiótico discursivo al que se le hacía asumir determinadas convicciones. Opinión pública con la que los periodistas se presentaban a sí mismos como estando “en contacto directo” cuando no dotados de un sentido innato de ella que les permitía interpretarla, reforzando así el carácter “oracular” de su discurso.

De esta manera se vio emerger en el período de tiempo citado un anti-sujeto colectivo mediático que se oponía al poder político y que no funcionaba internamente sobre la base de un *consenso* (véase 1.2) sino sobre una pura *concertación*¹ que no iba más allá que el hecho de proponer una definición común de la figura del antagonista (en este caso el gobierno socialista de España).

2.2 EL PERIÓDICO Y LO PERIODÍSTICO

Si ahora queremos profundizar un poco más en los elementos definitorios de la *nueva lógica comunicativa* creada, habrá que hacer referencia, aunque sea de pasada, a determinados aspectos sociológicos que, como veremos, se vieron acompañados por otros de mayor enjundia lingüística.

Entre los primeros citaríamos, sin ánimo de exhaustividad, la construcción de una serie de figuras de la opinión pública mediante las cuales la prensa que denunciaba las corruptelas del régimen socialista se presentaba a sí misma como llevando a cabo un desigual combate contra los todopoderosos ejércitos del Estado, para lo que no vacilaba en caracterizarse a sí misma con las vestimentas de un auténtico héroe bíblico, más en concreto como "David" en combate con el perverso "Goliat".

Con lo que además asistíamos a una manifestación privilegiada de uno de los mecanismos que más iban a utilizarse en el contexto de esa estrategia comunicativa como era el que consistía en la multiplicación de los fenómenos de *iconización* (como productores básicos del efecto de realidad). Fenómenos de iconización bien patentes en la acuñación de una serie de fórmulas susceptibles de resumir en una imagen todo un discurso presupuesto y del que ofrecen un catálogo suficiente expresiones como la repetida hasta la saciedad calificación de los socialistas como "chorizos" o las más sofisticadas denominaciones tipo "felipismo-franquismo" o "felipismo-polanquismo". La primera buscaba tender un obvio puente entre los años de gestión socialista y las prácticas de la dictadura de infausto recuerdo, procediendo a cancelar (Miguel Ángel Aguilar ha hablado de "memoria clausurada") toda la tarea de normalización de la vida política española llevada a cabo desde 1982 por los distintos gobiernos socialistas (y antes por los de la Unión del Centro Democrático), mientras que la segunda (que pertenece de pleno derecho a lo que también Aguilar denominó "memoria sobrevenida") buscaba amalgamar una opción política con un grupo mediático en una operación que, luego se vería, buscaba la liquidación de ambas instancias de poder.

En paralelo esta prensa manifestó un gusto singular por el discurso especular del que son buen ejemplo aquellos chistes de Gallego y Rey que, publicados diariamente en el periódico *El Mundo* (con una temática sustancialmente uniforme), se presentaron, primero, como "enmarcables" (futuro testimonio de una época) y, luego, como reunidos en un libro en el que se compendia aquello que pensado inicialmente para un consumo fungible ahora se presentaba encuadrado, dotado del poder de supervivencia que suele atribuirse a las obras literarias de más enjundia, en un curioso desplazamiento (uno más) que llevaba, en este caso, desde el papel prensa hasta el papel biblia.

Al mismo territorio de lo sociológico pertenece la tendencia, que se hizo general en aquellos días, manifestada por parte de los periodistas (de ciertos periodistas) de ocupar un lugar físico (pero también simbólico) al lado de determinados políticos. Nunca como esos años se vio tal presencia de políticos en los acontecimientos mediáticos, ni nunca como en esas fechas políticos y

periodistas (ciertos políticos y ciertos periodistas) escenificaron su convergencia e identidad de objetivos ante los medios de comunicación propios y ajenos.

2.3 LÓGICAS MÁGICAS Y EFICACIA SIMBÓLICA

Si ahora pasamos al campo que más arriba hemos denominado de mayor enjundia lingüística, forzoso será hacer referencia, en primer lugar, a la puesta en juego por determinados medios de comunicación de una lógica que, en más de un aspecto, remitía a los códigos que estructuraban el pensamiento mágico, el pensamiento animista. A esta idea apuntaba Miguel Ángel Aguilar en el artículo citado cuando señalaba que esa *nueva lógica comunicativa* de la que se viene hablando "se encarama por la cucaña de la contigüidad más allá del ser hasta la acción. Aquí del ser se deduce el obrar, y de la contigüidad, la complicidad en los desmanes". Todo ello a propósito de la presentación, por determinado periódico, a mediados de 1995, del denominado caso Brokerval (escándalo financiero que dio con los huesos de algunos de sus protagonistas en la cárcel) y en el que se buscaba implicar a través de tortuosos caminos —basados en el contagio generado por la mera yuxtaposición de nombres— a un ministro del gabinete socialista.

Conviene recordar que la *lógica mágica*, a diferencia de la lógica causal que procede por sucesión de causas y efectos, lo hace mediante el mecanismo privilegiado de la asociación por contacto, a la hora de ofrecer explicaciones sobre los acontecimientos del mundo. Freud (1967: 115) lo explicó en estos términos: "podemos decir que el principio que rige la magia, o sea la técnica del pensamiento animista, es el de la 'omnipotencia de la ideas'".

La fórmula freudiana nos lleva directamente al campo, explorado a finales de la década de 1940 por Claude Lévi-Strauss (1968), de la *eficacia simbólica* en la que la práctica chamánica, que sirve para volver pensable una situación dada inicialmente en términos afectivos, encuentra un correlato posible en nuestras sociedades a través de una acción mediática que tiene como objetivo "proporcionar a la opinión pública un 'lenguaje' en el que se puedan expresar estados informados e informables por otro camino", con el fin, como continúa explicando el antropólogo francés, de permitir mediante las palabras la "reorganización" de la experiencia.

En el mismo sentido Gerard Genette (1982: 209) ha recordado que "la noción de contigüidad revela u opera una elección a favor del 'enlace sin dependencia' y por lo tanto una reducción unilateral de la sinécdoque a la metonimia" (las bastardillas son mías).

Por si esto fuera poco también comparecía en escena otra de las marcas

identificativas del pensamiento mágico: las fórmulas estereotipadas (véase supra) y los eslóganes recurrentes a modo de *mantras* incansablemente repetidos. Hecho, este último, presentado por el diario *El País* en su editorial del 21/7/95 como si bastara para cierta prensa la repetición de un determinado sonsonete para obtener lo que se buscaba, “como si de un *mantra* para traer la lluvia se tratara”.

2.4 PRESUPOSICIÓN Y MANIPULACIÓN

A lo anterior cabe añadir la instauración de una *lógica de presuposiciones* que completaba el diseño “animista” al instaurar un régimen informativo en el que contra lo afirmado (asertivo) se tendía a privilegiar lo presupuesto (implícito) que, como es bien sabido, pertenece por derecho propio al espacio de lo irrefutable e indiscutible. Como han recordado todos los autores que se han ocupado de este tema, la fuerza que da la presuposición reside en el hecho de que ubica al adversario en un marco de argumentación que sólo pueda aceptar o rechazar con vehemencia, lo que le haría considerar la impertinencia de recurrir a argumentos que únicamente pueden expresarse bajo este aspecto.

No puede extrañar, por tanto, que en este contexto la *intimidación* se presentara como la fórmula básica de *manipulación* a la hora de dar forma a ese sujeto construido que hemos denominado la opinión pública. Se pasaba, así, de una propuesta de valores positivos (justicia, futuro, ideales) que configuran la *tentación* en tanto que manipulación según el saber, a una oferta de dones negativos (injusticia, corrupción, violación de las normas democráticas) vinculados con el mantenimiento de una situación que se presentaba como insostenible. De esta manera se ponía en marcha una manipulación según el poder (el sujeto de la manipulación podía optar) que buscaba el objetivo de modificar el deber del sujeto o, de manera más precisa, de la modalidad ética que se expresa en términos de *creer deber-hacer*.

3. PARA NO CONCLUIR

De esta manera una cierta prensa (una combinación específica de medios de comunicación, más precisamente dicho) acababa convirtiéndose en un puro espacio de la circularidad. Espacio en cuyo interior esos medios se arrogaban a sí mismos el doble papel del destinador que legitimaba tanto el decir propio como el hacer posterior del sujeto, primero, y de instancia que

sancionaba la posición final de una opinión pública que ellos mismos habían conformado, después. Se consumaba así el sueño de un *electorado por venir* capaz de responder clónicamente al *lectorado* que se ha ido constituyendo trabajosamente como una identidad no consensuada sino concertada. Operación tan inteligente como peligrosa pues se sitúa, justamente, de lleno en el interior de esa práctica denunciada por Peter Handke (1996: 128) en un libro tan denostado como mal leído y que consiste en destilar “ese veneno que nunca, que jamás es beneficioso: el veneno de las palabras”.

Será al mismo Handke al que dejaremos cerrar este texto con otras palabras suyas extraídas de la misma obra y que oponen una manera de concebir el periodismo en la que “el periódico ya no describe sus temas, ni mucho menos aún los evoca —lo que aún sería mejor y más noble—, sino que los atrapa y los convierte en objetos” (1996: 28), a “un narrar lento, interrogativo; cada párrafo trata y relata un problema: la presentación, la forma, la gramática, la verdad estética” (1996: 14). Pero hoy estas ideas no forman parte del aire del tiempo.

NOTA

1. Antisujeto colectivo integrado, grosso modo, por los diarios *El Mundo* y *ABC*, la cadena COPE, la cadena de televisión Antena 3, y del que eran expresión privilegiada determinadas tertulias radiofónicas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR, M. Á. (1995) “Nuevo principio de causalidad”, *El País*, 11 de julio.
- DANEY, S. (1993) *L'exercice a été profitable, Monsieur*. París: P.O.L.
- FREUD, S. (1913 [1967]) *Totem y tabú*. Madrid: Alianza.
- GENETTE, G. (1982) “Retórica restringida” en *Investigaciones retóricas II*, 203-222 de AA. VV. Barcelona: Ediciones Buenos Aires.
- HANDKE, P. (1996) *Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Save, Moravia y Drina*. Madrid: Alianza.
- LANDOWSKI, E. (1989) *La société réfléchie*. París: Seuil.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1968) *Antropología estructural*. Buenos Aires: EUDEBA.
- VERÓN, E. (1983) *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*. Buenos Aires: Gedisa.

ABSTRACT

This text discusses the emergency of a new communicative logic in the Spanish Press during the late nineties, identifying its main strategies in terms borrowed from Freud and Lévi-Strauss.

Santos Zunzunegui Díez es catedrático de Comunicación Audiovisual de la Universidad del País Vasco. Entre sus principales publicaciones se cuentan *Pensar la imagen* (1989), *Metamorfosis de la mirada* (1990), *Paisajes de la forma* (1994) y *La mirada cercana* (1996). Ha sido profesor invitado en las universidades Sorbonne Nouvelle (Paris III) e Idaho (EUA). E-mail: cypzudis@lg.ehu.es

RAZONES Y AFECTOS: LA OTRA CARA DE LA LEY

SUSANA FRUTOS

Las reflexiones que siguen —acerca de la producción de significaciones en torno a la justicia y al modo como las personas vinculan sus conflictos o los conflictos de otros con lo que ellos creen que es justo— se desprenden de una investigación más amplia sobre demandas sociales¹ y se basan en el supuesto de que la justicia se fundamenta en la distribución de bienes y que de esa distribución depende, en alguna medida, la conflictividad en una sociedad. El capítulo aludido de la citada investigación indagó sobre las condiciones de generación de significaciones atribuidas a la justicia, concretamente por qué las personas muestran que creen más o menos en el sistema judicial y de qué modo estas significaciones se vinculan estrechamente con la cotidianidad.

Orienta estas líneas la idea de que una teoría crítica del derecho debería plantearse la comprensión semiótica de los fenómenos socioculturales relacionados con él. Recordemos, en este sentido, que la semiótica cuenta con un aporte fundante en los trabajos de Greimas y Landowski (1976: 79). Es decir, nos parece relevante un acercamiento a los procesos culturales y de significación entendidos como integrantes de las condiciones materiales de existencia y las significaciones que los sujetos construyen sobre las mismas, en torno a la justicia. Por otra parte, estas significaciones, desde el punto de vista semiótico, se vinculan estrechamente con el componente afectivo. De allí, la intención de otorgar importancia en el análisis a esta dimensión como mo-

do de evitar la oposición razón/pasión en el abordaje de los discursos como narratividad (Fabbri 1999: 48).

1. LA CULTURA Y LA TEORÍA DE LA JUSTICIA

El campo del derecho, como campo específico —aunque no excluyente— en el que se debate la legalidad en una sociedad, ha mostrado una tendencia a la producción de teorías que no consideraron prioritario un enfoque del orden de la legalidad como emergente de un orden de relaciones de poder, dejando frecuentemente de lado las prácticas y significaciones fundantes y constitutivas del campo mismo.² Una historia de interrogantes sobre la cuestión jurídica ha llevado a una historia de respuestas, desarrollos conceptuales y polémicas donde la hegemonía parece haber sido la de teorías de un alto grado de homogeneidad y que no se han planteado las preguntas sobre la interacción subjetiva y los modos en que las significaciones atribuidas al derecho por parte de los sujetos ocupan un lugar relevante en la disposición para la acción.

Un ejemplo de los cambios que comienzan a delinearse en los enfoques jurídicos puede apreciarse en algunos debates teóricos. Por ejemplo, el surgimiento de la actual vigencia de cierta idea de contrato social como moralización de la política. John Rawls (1971), representante del contractualismo de hoy, piensa la teoría de la justicia —en el sentido de equidad— como una parte de la teoría de la decisión racional, o donde la racionalidad ocupa un lugar destacado. Su perspectiva parte de ciertos principios básicos: libertad, igualdad de oportunidades y principio de diferencia. A partir de ellos, establece lo que para él son los bienes primarios, priorizando siempre la libertad. Esta perspectiva universal que orienta a Rawls hace pensar en la necesidad de desarrollar otras concepciones de la justicia, adecuadas a sociedades en las cuales las desigualdades reclaman otro tipo de teorías como marco de referencia para la realización de las modificaciones necesarias. En una teoría de la justicia varios principios pueden desempeñar un papel fundamental; entre ellos, la igualdad de tratamiento, el merecimiento de esa igualdad y los derechos inalienables suelen ser los más comunes.

De allí que un lugar importante en una teoría —sociocultural— del derecho debería ser ocupado por la historia de la noción moderna de igualdad, en tanto que concepto que refiere a las relaciones de clase. En este sentido, otras perspectivas teóricas admiten la necesidad de considerar que el orden al que se refiere la norma jurídica es siempre un orden históricamente situado. Por ejemplo, la de Walzer (1997), quien propone una teoría de la justicia que no se basa en principios generales sino como producto de una comunidad situa-

da y plantea una especie de principio general, que sería la idea de *igualdad compleja*, que es su noción acerca de las esferas de la sociedad. Estas esferas están, para Walzer, determinadas por clases de bienes y son esferas distributivas porque lo que se halla en la base de su teoría es la cuestión de la distribución de esos bienes (Miller 1997: 10). En este marco, la teoría de Walzer tiene en cuenta la interpretación de la cultura de una sociedad determinada para articular las creencias y opiniones de la gente común.

En la visión de Rawls, interés y justicia son complementarios, y la vida social se busca siempre en un contrato. Se trata de una perspectiva que no se propone el análisis de las relaciones sociales. En su teoría de la justicia, Rawls plantea que los individuos —racionales— buscan lo que es bueno para ellos y entran en cooperación, constituyendo así la sociedad. Lo que aquí nos interesa señalar es que Rawls niega la posibilidad de fundamentos empíricos en la construcción de la teoría de la justicia, por el carácter universalista de su perspectiva, que minimiza lo contingente y no le otorga rango de pertinencia frente a la teoría.

Walzer, en cambio, muestra una visión más social y, para él, el *sentido* atribuido a esos bienes y su distribución tienen entre sí un nexo conceptual, es decir que de acuerdo con ese sentido se construirá el criterio de distribución.³ Este método interpretativo propuesto por Walzer se plantea una relación entre creencias y prácticas que puede ser profundizada como aporte a la teoría de la justicia desde otros campos. Los resultados que aquí se exponen parcialmente pueden ilustrar el aporte sociosemiótico a una posible descripción del sistema jurídico en la Argentina de hoy, contribuyendo a establecer nexos entre el conocimiento de *prácticas* —institucionales— y *significaciones* —que los sujetos les atribuyen—, referidas al ámbito de la justicia como sistema. Los interrogantes más salientes que orientaron este estudio fueron: a) cómo entienden los actores su papel de sujetos de derecho; b) cómo entienden esos actores el papel de los abogados; c) qué exigen de los otros ciudadanos sobre la justicia en torno a los conflictos; d) qué harían para aportar o modificar el estado de cosas actual, con referencia al campo jurídico.

Se indagaron las percepciones de la justicia sostenidas por los sujetos sociales en relación con la distribución de bienes y los conflictos ocasionados por las características de esta distribución. La indagación se realizó en contextos de vida y los discursos analizados estaban vinculados a situaciones de conflictos de intereses que preocupaban a los sujetos bajo estudio y tales intereses priorizaban los procesos de desocupación y precarización laboral. Se indagó, en sectores medios de la ciudad de Rosario, a sujetos pertenecientes a segmentos que soportan más directamente los efectos de la actual crisis socioeconómica.

2. LOS SUJETOS FRENTE A LA JUSTICIA Y LOS CONFLICTOS

2.1 DEBERES Y DERECHOS

R. Entelman⁴ establece una taxonomía del discurso jurídico, según la cual reconoce: a) el discurso producto de los órganos autorizados para hablar: normas, decretos, sentencias, contratos, etc.; b) el discurso de las teorías, doctrinas u opiniones surgidas de las prácticas jurídicas y c) el discurso de los destinatarios del derecho. Al último tipo pertenecen los discursos considerados en este estudio, habiendo conformado un corpus a partir de observaciones y entrevistas a actores situados. Estos actores fueron pensados como *sujetos de derecho* y *sujetos demandantes* y tal confluencia fue articulada como categoría teórica.

En algunos casos, al ser indagados sobre el modo en que se ven formando parte de una comunidad de derecho, los sujetos responden que se ven bien pero que hay injusticias, que todos tenemos deberes y derechos, que a ellos les gusta cumplir y que los demás también los respeten; “respetar” es una de las acciones más referidas en el marco de las demandas. En ocasiones, se suele registrar una argumentación del tipo “yo tengo que cumplir los deberes sin esperar a que los otros lo hagan”. La visión sobre los deberes y los derechos de los demás suele estar acompañada de juicios de valor que se refieren a que los otros “se callan mucho”, a que deberían quejarse más por las injusticias que se cometen. Los que pueden y saben demandar tienen claridad sobre su diferencia con aquellos que no pueden hacerlo. Algunos piensan que van “a contramano” de los demás miembros de la sociedad, lo que aparece relacionado con la creencia de que impera “la ley del más fuerte”, que los deberes y derechos de los ciudadanos “están sólo en la Constitución”, que “desde el Presidente para abajo no tienen en cuenta los derechos del pueblo, los avasallaron y es una época transgresora”.

2.2 SITUACIONES DE JUSTICIA/INJUSTICIA

El análisis del material empírico permite inferir que las significaciones predominantes atribuidas a estas modalidades de constitución subjetiva en tanto que demandantes de justicia son:

- a. La intención, por parte de los sujetos mismos, de *tomar* para ellos —sujetos de deseo—, exigir lo que les corresponde o recuperar aquello de lo que se trate.
- b. La constitución de *los otros* como sujetos de poder —oponentes—, responsables de lo que a ellos les falta, una injusticia, un despojo, un abuso.

Las situaciones o estados en que se ven envueltos los sujetos en estudio fueron vistos por ellos como ubicados en los bordes de la justicia por mano propia, entrando o saliendo de contratos, confiando o desafiando acuerdos de palabra, intentando arreglar por las buenas.

Las demandas enunciadas se refieren a que se tomen medidas o que se haga justicia, de modo genérico, y, en muchos casos, hay una demanda de información: saber si hay una ley que se refiere a algo, saber qué derechos se tienen. Se pudo constatar una tendencia a considerar a la ley más como una institución imaginaria que efectiva.

“Poner un abogado” suele ser una de las acciones más referidas, más resistidas y el fantasma de mayor presencia. Casi se podría decir que, imaginariamente, tiene un estatuto de ritual, altamente generador de expectativas aunque se sabe que “no hacen nada”, “se venden”, “abandonan los casos” y se arreglan con los otros abogados. El abogado se va constituyendo simultáneamente como ayudante u oponente frente a la situación de conflicto.

2.3 PARA PODER CAMBIAR

Las posibilidades de mejoramiento de los distintos aspectos de la cotidianidad aparecen imaginariamente vinculadas a cierto control global de las situaciones atendiendo todo de manera que no quede nada librado al azar, “para que no entre la injusticia y la mentira”, cumpliendo con la Constitución. Por otra parte, se registra una vinculación entre las posibles actividades en las que se involucrarían como ciudadanos para hacer frente a las cosas que no funcionan y la cuestión del trabajo; “tengo que trabajar” para que las cosas mejoren, desde el punto de vista de lo que no anda bien, de lo que hay que cambiar. La “lucha” es la búsqueda del trabajo, como articulador de sentido.

En algunos casos, aparece un intento por modificar lo que generó conflictos: “tuve ganas de empezar un grupo para nacer un reclamo legal, por problemas de convivencia en un barrio. Somos pocos los conscientes, la gente es indolente”. Hay quien ve la solución de los problemas en una educación “con instrucción y moral”, y en ocasiones aparece el imaginario acerca de la posibilidad de que “cambien las leyes”. “Tenemos derecho a saber la identidad del violento y del ladrón”, y “deben ser castigados los padres como los primeros responsables de lo que sucede [...] antes, en el hogar, había una figura patriarcal”.

2.4 LA CONSTRUCCIÓN DE LA SIGNIFICACIÓN DE LA JUSTICIA

Los resultados del estudio concernientes al sentido atribuido a la justicia pueden resumirse, según los dos ejes principales del análisis, del siguiente modo:

1. De acuerdo con el contexto de aplicación de la distribución, las significaciones vinculadas con la justicia estuvieron referidas a cinco ámbitos:

a. El Estado, donde la prioridad se centró en el pedido de una respuesta que conlleve equidad;

b. Los profesionales —del derecho fundamentalmente pero también de otras áreas—, donde se destacó la imagen de mucha distancia, lo que genera disconformidad por la falta de desempeño del papel asignado;

c. Los pares ubicados en situaciones de tipo contractual, con gran desconfianza, y reclamando desde el principio de igualdad un tratamiento análogo frente al incumplimiento de lo convenido;

d. Lo familiar, donde se destaca la demanda por una falta, el lugar de las necesidades de orden material o simbólico;

e. Sujetos que son “la otra parte” en situaciones de conflictos vinculados particularmente a propiedad de bienes, en las que se registraron muchas referencias a sentimientos de miedo por las consecuencias posibles, ansiedad por resolver legalizaciones, escrituras, etc. y, en algunos casos vinculados a procesos derivados de políticas sociales, un sentido de la acción individual de carácter instrumental muy orientada a solucionar el conflicto: ocupar ilegalmente una vivienda, por ejemplo.

2. De acuerdo con la categoría del bien para distribuir, surgió del análisis la redundancia referida a cuatro tipos de bienes:

a. *Dinero y bienes materiales*, sobre los cuales las significaciones otorgadas se vinculan al orden del deseo por el logro de un estado de unión con estos bienes-objetos. La enunciación de la falta —adeudar, cobrar, robar— o de la necesidad de recuperar estos bienes —escriturar, levantar hipotecas— los ubica en un lugar central en el orden del sentido, contextualizado por el orden del mercado ya sancionado en la sociedad y promotor de conflictividad;

b. El *parentesco*, que constituye uno de los bienes básicos en todas las sociedades, se transforma en el lugar de lo que no se tiene o lo que se desvincula: el juez que “saca” los hijos, el padre que se los “roba”;

c. El *trabajo*, el bien que moviliza mayor producción de significaciones, y referida a él la demanda es una mayor garantía de nivelación, ya que se vive como muy despareja la situación laboral. Las referencias a estas situaciones están ordenadas en campos de sentido que remiten al abuso, la inseguridad y la violencia como confirmadores de un orden específico de este bien particular, cuya escasez también promueve conflictos;

d. El *bienestar*, otro de los bienes universales, aparece ligado a la justicia —su distribución—, en la mayoría de los casos desde una situación de marginalidad con respecto a la norma, como única solución posible de ser imaginada: robar para poder pagar, usurpar el lugar de los otros. Es de destacar que el sentido del bienestar vinculado a las políticas del Estado al hacerse cargo de la situación injusta de la carencia de trabajo como bien —sentido otorgado en los países centrales, que cuentan con la seguridad social adecuada—, no existe ni siquiera como expresión de deseo en el grupo que se investigó, lo que señala la característica de agravamiento desde el punto de vista de la situación de los propios involucrados.

Retomando la caracterización de Walzer, podemos concluir con algunos interrogantes y afirmaciones provisorias sobre las esferas de la justicia, acerca de cómo estos segmentos de la sociedad estudiados les atribuyen significados y cómo tales significados contribuyen a la conformación de una *competencia modal específica*: sujetos de derecho modalizados según el *saber* y sujetos demandantes modalizados según el *poder*.

La *seguridad*, como bien para ser atribuido en el conjunto de la sociedad, no es prioritaria en las enunciaciones espontáneas de los sujetos; los *cargos* no representan una preocupación ni una demanda; el *tiempo libre* tampoco es registrado en el marco de la justicia; el *reconocimiento* y el *poder político* son aludidos pero sin conectarlos con la propia vida.

En cambio, el *trabajo* es el bien más aludido y su centralidad es la de un articulador de los relatos ligados a la cotidianidad, las rutinas, los cambios obligados de los últimos tiempos y los nuevos lazos sociales y familiares que se establecen en el marco de la fragilización laboral.⁵ En cuanto a las situaciones de exclusión, los discursos refieren a la existencia de grupos como una categoría de tales características que los posiciona descentrados o exteriores con respecto a la sociedad. El interrogante que surge en el marco de esta indagación es si tal exterioridad está sancionada legalmente. Y la respuesta es afirmativa ya que, en tanto que la integración pasa por la distribución de un bien en particular que es el trabajo, se convierte necesariamente en un problema jurídico.⁶

En el marco de la distribución de la ciudadanía, los sujetos que se ven a sí mismos como descalificados en todas las esferas de la justicia no pueden verse como miembros plenos de la comunidad política, y, en tanto que la ciudadanía desempeña un papel medular en una cultura, los cambios en las prácticas específicas de distribución de los bienes —prácticas de justicia— deben ser pensados desde esa posibilidad de inclusión.

El *dinero* y los *bienes materiales* ocupan el siguiente lugar en importancia —registrado por su redundancia— y también se trata de un bien fundamen-

tal, cuyo papel en la conformación del hombre del mercado en la sociedad argentina comienza a enfatizarse, en la historia reciente, desde la última dictadura militar. Con respecto a este bien, el vínculo necesario entre la transgresión —de la ley— y su consecuencia —la pena— no aparece para los sujetos como incumplimiento de la ley sino como incumplimiento de lo pactado. El *bienestar* es otro de los tres bienes más aludidos, pero donde claramente se evidencia la posibilidad de una salida imaginaria hacia los bordes de lo legal, como respuesta a una situación que no garantiza el acceso a este bien. El lugar del trabajo, los bienes materiales y el bienestar, en el marco de los relatos estudiados, es el de los referentes de una falta. *Saber* de esa falta y *poder* —*hacer*— *demandar* por ella constituyen el recorrido narrativo de estos discursos.

3. LOS DISCURSOS SOCIALES Y LA LEY

Cuando la justicia aparece como algo muy distante, ¿qué entiende el hombre común por derecho, qué es la ley para él, cómo piensa y cómo siente lo justo? Carlos Cárcova formula la hipótesis sobre lo que él llama la “opacidad del derecho”, es decir, el desconocimiento y la no comprensión de la ley.⁷ Sobre esta cuestión, cabría interrogarse acerca del papel que desempeñan los discursos y prácticas que se cruzan, referidos a esa adecuación a la ley por parte de los sujetos. En realidad, el problema tiene mucho que ver con lo que los sujetos piensan, creen, suponen, entienden o no entienden sobre ello, es decir, la construcción social del significado de justicia que está presente en su constitución como sujetos de derecho y que es modelizada según las razones y según los afectos. Esta perspectiva que proponemos ubica al sujeto como agente de transformación, que opera tanto sobre la estructura social como sobre la estructura de significaciones⁸ y plantea la necesidad de conceptos que faciliten una mayor apertura para el análisis de tales significaciones. El problema de la opacidad del derecho no es semántico —es decir, de la relación entre la palabra y su referente, la ley— sino un problema de gran complejidad por la multiplicidad de significados presentes en el despliegue pragmático del uso del lenguaje, que trae aparejada la existencia misma de los discursos en la sociedad (Récanati 1981: 42).

Lo que los sujetos dicen o no dicen sobre la ley, o sobre las prácticas vinculadas a ella, está diciendo acerca de su posición como sujetos sociales. Desde este punto de vista, el estudio de los discursos sociales referidos al derecho no puede ser enfocado sobre sujetos aislados sino dar cuenta de las interacciones con otros sujetos discursivos, en las que razones y afectos podrán emerger. Efectivamente, como dice Cárcova, muchas personas viven en la margi-

nalidad y esto favorece el desconocimiento de la ley. Pero esos individuos, por ejemplo, ven televisión e interactúan asignándole en esas prácticas diferentes significados a la ley. Algunos rasgos de lo jurídico aparecen ciertamente como ajenos para las personas pero otros adquieren significación en el seno de la articulación entre prácticas y significaciones de la cotidianidad. Si hablar de opacidad supone una ausencia de transparencia, es necesario recordar que la transparencia del lenguaje ignora la dimensión pragmática, es decir, su puesta en discurso. De manera que el análisis del significado atribuido al derecho no puede dejar de lado los contextos de opacidad, la articulación de las diferentes prácticas entre las que se produce la práctica discursiva.

La pertinencia de la incorporación a las teorías del derecho de los aspectos socioculturales de las prácticas que lo conforman y de las prácticas que, sin constituirlo directamente, participan del establecimiento de los sentidos que circulan sobre él en una sociedad, es una pertinencia fundada en un marco teórico más general que atribuye un lugar de relevancia a las dimensiones simbólica e imaginaria en la estructuración de la sociedad. Además, pensar el problema de los significados atribuidos en la sociedad a la justicia —en el marco de la ciudadanía— es pensar también el orden social como algo que no preexiste, sino que se construye desde la cotidianidad y desde las políticas. Se trata entonces de poder construir formas de convivencia y formas deliberativas de constitución de la ciudadanía desde la certeza de que los conflictos, así como los acuerdos —todo esto que hace tanto a la profesión del abogado— tienen que ser comprendidos desde su opacidad y complejidad porque así son simbolizados también.

NOTAS

1. Se trata de una investigación sobre las demandas en instituciones de control local, en el marco de la constitución de la ciudadanía y acerca de las modalidades discursivas que las definen.
2. Un desarrollo de estos hitos en las teorías jurídicas se encuentra en Cárcova (1993: 26).
3. Otros autores, como Miller, sostienen que este nexo se puede ver en el caso de algunos bienes mientras que otros no parecen evidenciar ese vínculo conceptual.
4. Citado por Cárcova (1993: 23).
5. En relación con la problemática contractual referida a los salarios, actualmente existe una situación de reemplazo del contrato indefinido —que antes era hegemónico— por el trabajo de tipo temporario. Se manifiesta lo que Castel ha denominado “individualismo negativo”, en tanto se trata de un individualismo que tiene el

peso de una carga, ya que no encuentra ningún apoyo que lo sostenga (Castel 1995).

6. Sin embargo, la exclusión debería ser abordada (Rosanvallon 1995a, 1995b) desde una visión que vaya más allá del punto de vista tradicional, pensando en nuevos derechos, especialmente los de integración, entre los que el derecho a la inserción es motivo hoy de un amplio debate, sobre todo en Europa, donde se entiende como institucionalización de una deuda social. El presupuesto de estos planteos es que los sujetos posicionados como excluidos deben ser considerados en su particularidad para que se garantice la equidad, desplazándose así de la universalidad abstracta.

7. Cárcova entiende el derecho como una práctica discursiva y como un tipo de comunicación específica. Le asigna especial importancia a la perspectiva lingüística, si bien no precisa a qué corrientes se refiere. Su aporte, desde la teoría crítica del derecho, lo ubica en un lugar destacado por plantear un enfoque hermenéutico e interdisciplinar, entendiendo que el derecho no es sólo la norma sino un sistema específico de procesos de producción e interpretación de sentidos.

8. Desde nuestro punto de vista, la perspectiva del sujeto en el estudio de los discursos sociales implica sostener que existen estructuras sociales y estructuras de significación producidas por los sujetos, que remiten a ciertas condiciones de desigualdad, diferencias y heterogeneidad. El sujeto opera como tal en ambas estructuras —en realidad, hablamos de estructuraciones— y ambas deben ser incluidas en el análisis de los discursos sociales, en el marco de cualquier problemática.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CÁRCOVA, C. M. (1993) *Teorías jurídicas alternativas*. Buenos Aires: CEAL.
- CASTEL, R. (1995) *El advenimiento de un individualismo negativo* (entrevista), *Debats* 54.
- FABRI, P. (1999) *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- GREIMAS, A. J. y LANDOWSKI, E. (1976) "Analyse d'un discours juridique" en *Sémiotique et sciences sociales*. París: Seuil.
- MILLER, D. (1997) "Igualdad compleja" en D. Miller y M. Walzer (eds.), op. cit.
- MILLER, D. y WALZER, M. (eds.) (1997) *Pluralismo, justicia e igualdad*. Buenos Aires: FCE.
- RAWLS, J. (1971) *A Theory of Justice*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- RÉCANATI, F. (1981) *La transparencia y la enunciación*. Buenos Aires: Hachette.
- ROSANVALLON, P. (1995a) *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Manantial.
- (1995b) "La revolución del derecho a la inserción", *Debats* 54.
- WALZER, M. (1997) "Respuestas" en D. Miller y M. Walzer (eds.), op. cit.

ABSTRACT

The aim of this paper is to reflect, starting from an empirical investigation, possible contributions of semiotic studies to the theory of justice. We underline the importance of incorporating the knowledge of the practices related to justice to the study of significances, from the point of view of the analysis of social discourse. This paper establishes some conceptual relationships between the development of cultural studies, focusing on semiotics and political philosophy.

Susana Frutos es graduada en Letras y se desempeña como profesora en el grado y el posgrado en la Escuela de Comunicación Social de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Es, además, directora del Centro de Estudios e Investigaciones en Comunicación y Cultura de la misma facultad. Ha publicado numerosos trabajos dentro del área de comunicación política en diversas revistas y libros especializados. E-mail: imago@citynet.com.ar

El espacio de interacción virtual entre los actores comunicativos durante el conflicto de 1999 se caracterizó por la presencia de un diálogo que se desarrolló en un espacio de interacción virtual entre los actores comunicativos durante el conflicto de 1999. Este diálogo se caracterizó por la presencia de un diálogo que se desarrolló en un espacio de interacción virtual entre los actores comunicativos durante el conflicto de 1999.

DIÁLOGO Y CONFRONTACIÓN EN LA HUELGA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

IRENE FONTE

1. INTRODUCCIÓN

La Universidad Nacional Autónoma de México –UNAM– estuvo cerrada durante diez meses en 1999 debido a una huelga estudiantil cuya causa inmediata fue el rechazo al Reglamento General de Pagos aprobado por las autoridades universitarias. El conflicto entre autoridades y estudiantes se fue agudizando, hasta que el Gobierno envió la fuerza pública para reabrir la Universidad con la justificación de detener la violencia. Desde el punto de vista discursivo, se desarrolló una situación paradójica durante la huelga: ambas partes declaraban su voluntad y la necesidad de un diálogo, pero nunca lo realizaron. El discurso de los participantes parecía profundizar la ruptura comunicativa, no caracterizada por una ausencia de discurso, sino por su abundancia. El diálogo devino el tópico de un discurso no dialogado entre autoridades y estudiantes.

El asunto de la huelga se mantuvo en la primera plana de los diarios a lo largo de sus diez meses de duración, y tuvo un espacio fijo en televisión y radio. Los medios desempeñaron un papel peculiar en el desarrollo de este acontecimiento: fueron el vehículo de comunicación entre las partes involucradas, que en los primeros dos meses no se comunicaron directamente. Empleando el concepto de escena enunciativa en la prensa para indicar la con-

fluencia de discursos sobre un mismo asunto procedentes de enunciadores diversos (Fonte 1999), podemos decir que la escena enunciativa mediática fue el espacio de interlocución virtual entre los actores enfrentados durante la etapa estudiada.

La discusión, lejos de referirse a los problemas universitarios, se centró en las condiciones de la situación de diálogo. Estudiantes y autoridades sustituyeron la situación pragmática de diálogo efectivo —que hubiera conducido presumiblemente a una solución— por una situación metapragmática en la que se debatía sobre las condiciones de aquella. Esta peculiar situación de interlocución, en la que cada parte se dirigía al espacio mediático refiriéndose a su interlocutor intencionado como a un tercero, tenía sin embargo un fuerte carácter dialógico y polémico. Los discursos se construían como réplica al contrario. Las palabras de Bajtin (1986: 263) sobre la constitución de un espacio dialógico pueden aplicarse a este caso:

Dos discursos dirigidos hacia un mismo objeto, dentro de los límites de un contexto, no pueden ponerse juntos sin entrecruzarse dialógicamente, no importa si se reafirman recíprocamente, se complementan o por el contrario se contradicen [...]. Dos discursos equitativos con un mismo tema, en el caso de confrontarse, deben emprender inevitablemente una reorientación mutua. Dos sentidos encarnados no pueden estar uno al lado del otro como dos cosas; han de confrontarse internamente, es decir, han de entablar una relación semántica.

En este artículo mostraremos algunas características de esa escena enunciativa desarrollada en la prensa. Para ello, nos acercaremos a la elaboración discursiva y pragmática del concepto de diálogo, tópico central generador de múltiples significados en aquel conflicto que no pudo ser resuelto por medio de un diálogo universitario.

2. ANTECEDENTES

El antecedente más reciente de la postura estudiantil en lo relativo al diálogo con las autoridades universitarias fue la actuación de la guerrilla zapatista de Chiapas en su también infructuoso diálogo con el Gobierno de Ernesto Zedillo. Las primeras negociaciones entre el Gobierno mexicano y la guerrilla en 1994 se denominaron Diálogo por la paz y la reconciliación. Las conversaciones de 1995 y 1996 se conocieron como Diálogo de San Andrés. La interlocución entre el Gobierno y la guerrilla se caracterizó por el desacuerdo y la ruptura, mientras que en la comunicación que la guerrilla promovía

con la sociedad civil —convenciones, reuniones, consultas ciudadanas— prevalecían el apoyo y la solidaridad mutuos (Emilsson y Zaslavski 2000: 146).

El motivo inmediato de la huelga fue la aprobación, por parte del Consejo Universitario, del Reglamento General de Pagos propuesto por el rector, según el cual aumentaban las cuotas que pagaban los estudiantes. Estas cuotas no se habían actualizado en décadas y habían quedado reducidas a centavos debido a sucesivas devaluaciones monetarias. En la práctica, la universidad resultaba, y aún lo es, gratuita. En el pasado reciente, los repetidos intentos de las autoridades universitarias de incrementar las cuotas han generado la reacción y la protesta de los estudiantes, respaldados por los partidos, sindicatos y agrupaciones de izquierda. La lucha por la gratuidad de la Universidad Nacional ha devenido una cuestión de principios, con base en el artículo constitucional que establece la obligación del Estado de impartir educación pública y gratuita. Por otra parte, la ley orgánica de la universidad le concede el derecho de fijar sus propias cuotas. En el trasfondo del conflicto, ambas partes diferían en su concepción del papel social de la universidad. El Gobierno y los intereses comprometidos con la inserción de México en el proceso mundial de globalización que requiere de cambios en la educación superior —reducción, racionalización, eficiencia— se oponían a las fuerzas que pugnaban por un modelo educativo heredero de la Revolución Mexicana: una universidad popular, democrática, gratuita, masiva y con vocación social.

El movimiento estudiantil de protesta comenzó en febrero de 1999, tan pronto como se conoció la propuesta de aumento de cuotas. Los estudiantes pidieron la discusión pública del asunto al rector, quien hizo caso omiso y siguió adelante con el proyecto, aprobado por el Consejo Universitario el 15 de marzo. Los estudiantes amenazaron con parar la universidad si no se derogaba el Reglamento General de Pagos y la huelga estalló el 20 de abril. Los estudiantes, organizados en el Consejo General de Huelga (CGH), tomaron y cerraron las instalaciones, incluyendo las escuelas de enseñanza media superior que dependen de la universidad. Adoptaron una organización no jerárquica, con cargos rotativos, cuyo órgano de decisión eran las asambleas. Este sistema organizativo dificultaba y retrasaba la adopción de acuerdos, a lo que se sumaba que en el CGH participaban varias organizaciones estudiantiles con diferentes tendencias políticas. Terminaron por imperar los grupos más radicales, renuentes a negociar con las autoridades.

3. MÉTODO DE ANÁLISIS

El corpus de nuestro estudio comprende los primeros setenta días de huelga, desde el 20 de abril al 30 de junio de 1999, cuando fracasa el primer intento de comunicación directa. Incluye las noticias de primera plana, los editoriales y la mayoría de los artículos de opinión sobre el tema en los periódicos *La Jornada* y *Excélsior*. El primero es el único periódico de circulación nacional, de gran alcance y prestigio, que tiene una posición de izquierda. Justificó el movimiento estudiantil en sus inicios y criticó la posición de las autoridades, aunque también las corrientes radicales del CGH. Por su parte, *Excélsior*, que puede considerarse de centro, descalificó el movimiento de huelga desde el principio. Obtuvimos 163 textos de *La Jornada*: 123 de noticias y 40 de opinión; y 108 textos de *Excélsior*: 58 de noticias y 50 de opinión.

En el procedimiento analítico e interpretativo, nos hemos basado en la semiótica social de Hodge y Kress (1988), que considera las dimensiones social y referencial en todo proceso de semiosis, correspondientes respectivamente a los planos semiótico y mimético. Describimos las estrategias discursivas de los dos grupos de enunciadores protagonistas del conflicto en la construcción de su versión del diálogo (plano mimético) y en el mantenimiento de la confrontación verbal (plano semiótico). Mostramos ciertos procedimientos y estructuras lingüísticos que se destacan en la realización de estas estrategias.

Los sujetos adaptan el lenguaje del que disponen (bien cultural e histórico) a sus necesidades comunicativas, lidiando con las contradicciones de la situación y las pugnas de origen ideológico. El discurso crea nuevos significados sociales; al mismo tiempo revela también las contradicciones, fisuras que suelen ser funcionales en la medida en que se pueden relacionar con diversas funciones simultáneas que los mensajes están orientados a cumplir (Hodge y Kress 1993: 181-189).

Los contextos verbales de la palabra *diálogo* —obtenidos mediante un programa computacional— constituyeron las unidades principales de nuestro análisis. Establecimos los enunciadores de esta palabra en las instancias de discurso directo, indirecto o voces narradas (véase Fonte Zarabozo 1998: 34-36). El estudio se basa sobre todo en los usos de esta palabra por parte de estudiantes y autoridades.

4. ANÁLISIS

La palabra *diálogo* tiene una alta frecuencia en ambos periódicos: ocupa el quinto lugar entre los sustantivos de mayor frecuencia en *La Jornada*

(con 519 ocurrencias) y el séptimo lugar en *Excélsior* (con 305 ocurrencias).

El cuadro siguiente muestra el número de ocurrencias de la palabra *diálogo* en los distintos grupos de enunciadores, es decir, cuando aparece en discurso referido de estos; los casos agrupados en "prensa" comprenden tanto discurso referido, cuando el enunciador es un periodista, como los casos en que la palabra *diálogo* es usada por el locutor periodístico (Ducrot 1984: 198-205), ya sea en noticias o artículos de opinión.

Enunciadores	<i>La Jornada</i>		<i>Excélsior</i>	
Estudiantes (CGH)	196	38%	101	33%
Autoridades universitarias	112	22%	79	26%
Prensa	102	20%	70	22%
Otros	102	20%	58	19%

Como puede verse, los estudiantes huelguistas fueron el grupo que utilizó más veces la palabra *diálogo*. Esto revela, a nuestro juicio, la presencia semiótica más visible y constante del CGH, necesaria para mantener su coyuntural acceso al espacio público y a un poder obtenido por la vía de la huelga. Además, era un grupo más numeroso, con una organización plural y no jerárquica que producía múltiples voces, por ejemplo en las asambleas. El predominio más notorio de la voz estudiantil en *La Jornada* se debe muy probablemente a que sus crónicas solían relatar las asambleas, mientras que la fuente principal de información de *Excélsior* era la oficina de la rectoría.

Desde el comienzo de la huelga, el diálogo era considerado por todos la vía de solución necesaria. Sin embargo, el desplazamiento a la cuestión metapragmática acerca de la forma en que se realizaría aparece también muy tempranamente, como afirma el editorial de *La Jornada* el primer día de huelga:

[1] Por otra parte, resulta significativo que, tanto el movimiento estudiantil como el rector, reiteren en la necesidad del diálogo. Sería lamentable que este no se llevara a cabo a la brevedad por diferencias en el formato de los encuentros. (*La Jornada* 20/4/99)

4.1 LAS DISTINTAS VERSIONES DEL CONCEPTO DE DIÁLOGO

Cada parte formuló su propio concepto de diálogo. Esta palabra solía aparecer modificada por determinados adjetivos en cada grupo de enunciadores. Al efectuar la correspondiente selección léxica, cada grupo limitaba

su concepto de diálogo, excluyendo y rechazando implícitamente la versión del contrario.

La condición de diálogo público fue exigencia inicial de los estudiantes, lo cual implicaba extender la audiencia y la participación a terceros elementos que tendrían un papel de testigos; entrañaba también el involucramiento directo de otros sectores sociales en el asunto. De haberse llevado a cabo el diálogo público, el interlocutor directo hubiera resultado antagonista, mientras que el tercero hubiera sido un testigo, y ocasional participante, solidario (Goffman 1970: 29). Si el diálogo público apareció como demanda inicial, con los días se fueron agregando precisiones a lo que se llamó "formato de diálogo":

[2] Asimismo, ratificó [el CGH] que no se levantará la huelga hasta que Rectoría no satisfaga sus demandas: diálogo público, derogación del Reglamento General de Pagos, cese a las agresiones a estudiantes y a las actas contra los paristas, entre otras. (*La Jornada* 24/4/99)

La conciencia del alcance de su actuación como una empresa de interés nacional se manifestaba en la expresión "de cara a la nación":

[3] Bajo la premisa de que los estudiantes "no tenemos nada que ocultar", el Consejo General de Huelga (CGH) no dio marcha atrás en su decisión de exigir al rector Francisco Barnés de Castro un diálogo "de cara a la nación", es decir, abierto, directo, público y resolutivo y con la presencia de los medios masivos de comunicación. (*La Jornada* 30/4/99)

La característica de "directo" era la única en común del diálogo propuesto por los estudiantes y el rector. Por lo demás, este trataba de reducir el alcance y los propósitos del movimiento estudiantil, limitando tanto los participantes como el contenido del eventual diálogo. Para el rector, el problema debía resolverse con un encuentro privado entre las partes involucradas, que discutiera solamente el asunto del reglamento de pagos que originó la huelga y no otras demandas que los estudiantes habían agregado a su pliego petitorio.

[4] Francisco Barnés convocó a los paristas de la UNAM a conformar una comisión representativa del movimiento estudiantil para que ambas partes dialoguen propositivamente, de manera directa y a puerta cerrada, a fin de encontrar una solución al conflicto. Para el rector, no deben existir condicionantes para el encuentro, de tal suerte que el levantamiento del paro no está sujeto a los resultados de esta iniciativa.

"Más vale iniciarlo pronto, sin condiciones previas de ninguna de las partes", dijo en conferencia de prensa, al tiempo de sugerir que deja en manos de los paristas la opción para que haya una comisión intermediadora, pero siempre y cuando la discusión se dé únicamente en torno al Reglamento General de Pagos. (*La Jornada* 28/4/99)

Llama la atención el contraste semántico junto con el paralelo fonético entre *resolutivo* (estudiantes, fragmento [3]) y *propositivo* (rector, fragmento [4]: *dialoguen propositivamente*). Los estudiantes pedían que los acuerdos tuvieran fuerza jurídica para asegurar su cumplimiento, mientras que el término usado por el rector no se refería a las consecuencias del encuentro sino al hecho de incluir propuestas concretas.

El rector especificaba también las cualidades morales que debería tener el proceso. Se construía de este modo como un interlocutor confiable y honesto, que sin embargo no estaba totalmente seguro —se podía sobrentender— de que estas cualidades estuvieran garantizadas en la parte contraria:

[5] Para el rector Francisco Barnés de Castro la prudencia y la paciencia, además de un diálogo constructivo, franco, incluyente y honesto, son las cualidades que deben prevalecer para resolver el actual conflicto en la Universidad Nacional Autónoma de México. (*Excelsior* 15/5/99)

Encontramos otro contraste entre las cualidades *abierto*, en voz de los estudiantes, e *incluyente*, en voz del rector. Para los primeros, *abierto* remitía a un número variable de participantes, como correspondía a su organización horizontal y democrática. La cualidad de *incluyente*, aplicada por el rector al diálogo, no parecería por su significado oponerse a la de *abierto*; sin embargo, significaba para este considerar las opiniones de toda la comunidad universitaria, comprendiendo a los sectores opuestos a la huelga:

[6] También anunció [el rector] la creación de una Comisión de Encuentro, cuyo objetivo consiste en dar voz a todos los sectores universitarios, incluidos los marginados del conflicto que polarizó a estudiantes y autoridades. Por su parte, el Consejo General de Huelga demanda un diálogo público y abierto con el rector y dijo que mantendrá sus bloqueos a las clases extramuros. [...] El propósito de la Comisión de Encuentro anunciada por el rector es realizar un diálogo incluyente y con proposiciones, en el cual sean considerados los puntos de vista de todos los integrantes de la comunidad universitaria, con miras a la solución del conflicto. (*Excelsior* 12/5/99)

El uso de una adjetivación fija para calificar al diálogo por las partes en pugna cargó estas palabras con una connotación tan marcada, que otros enunciadores más externos al conflicto no usaban esos términos, probablemente en un afán de neutralidad. Así tenemos por ejemplo, que el presidente de la Asociación Nacional de Universidades hablaba de “diálogo efectivo” (*Excelsior* 4/5/99); un periodista se refería a un “diálogo confiable” (*La Jornada* 10/5/99); las comisiones Plural de Investigadores y de Encuentro del rector apelaban a un “diálogo digno” (*Excelsior* 13/5/99).

Por otro lado, en ciertos casos las partes en pugna usaban la palabra diálogo sin adjetivos, sugiriendo una falta de restricción o condicionamiento del concepto; pretendiendo, podría suponerse, que la noción de diálogo fuera común y diáfana para todos y no un lugar de lucha de significados. Estos casos se relacionan con la construcción de una imagen positiva propia, cuando se manifiestan dispuestos al diálogo, o negativa del contrario, cuando lo acusan de rechazar el diálogo (Van Dijk 1999: 333):

[7] [Estudiante] Si sale un vocero —no son representantes— son las voces del movimiento y deben surgir de abajo, de las asambleas, pero una vez que el rector se digne a aceptar el diálogo, cosa que no ha hecho. (*Excelsior* 24/5/99)

[8] En ese sentido, expresó [el Rector] que “sólo a través del diálogo y el uso de la razón podremos superar nuestras diferencias”. (*La Jornada* 25/6/99)

4.2 DESCALIFICACIÓN DE LA PROPUESTA DEL CONTRARIO

Además de restringir el propio concepto de diálogo, otra estrategia consistió en negar y descalificar la propuesta del contrario. Destacan con esta función las oraciones de predicado nominal con negación, aunque la negación aparece también en todo tipo de estructuras referidas a la confrontación con el oponente. Como han señalado Hodge y Kress (1993: 144), la negación, operación semiótica fundamental, puede indicar agresión, en la que el hablante intenta suprimir los significados del otro. Véase el fragmento anterior [7], además de los siguientes:

[9] En el Zócalo retumbó la voz estudiantil [...]. Y reiteraron a Barnés su rechazo a “un diálogo con una comisión no resolutive que consultará a quién sabe quiénes, quién sabe dónde y para quién sabe qué, porque nada puede resolver. No es un diálogo verdadero”. (*La jornada* 13/5/99)

[10] [Las autoridades] ¡El diálogo público no es diálogo!; en el mejor de los casos es un debate. Así como lo plantean llevaría a una confrontación más aguda. (*Excelsior* 2/5/99)

El rector define su concepto de diálogo para fundamentar su rechazo al del otro. En el fragmento siguiente abundan las oraciones de predicado nominal —en las que se define y propone una determinada versión de la realidad— así como la negación (Hodge y Kress 1993: 103-111):

[11] Sigo teniendo la convicción de que el diálogo es la vía para llegar a una solución, en el entendido de que dialogar es comprender los puntos de vista del otro, es exponer lo que uno piensa y los valores y principios en que cree y que negociar no es claudicar ni vender ideales, sino llegar a una síntesis de mayor nivel que englobe los argumentos y posiciones de las partes. Sin embargo, veo con preocupación que tales características esenciales del diálogo no se cumplen en la propuesta del Consejo General de Huelga, toda vez que se exige en ella que para dialogar se deben satisfacer, previamente, todos los puntos de un pliego petitorio que en principio debería de ser el objeto mismo del diálogo y de la negociación consecuente. El diálogo propuesto no es tal, ya que niega la posibilidad de llegar a acuerdos que integren las diferentes posiciones. (*La Jornada* 4/6/99)

Una consecuencia del debate metapragmático fue que las partes estuvieron conscientes de la contradicción comunicativa en la que se encontraban. En la estrategia de descalificación del contrario, aparecieron las acusaciones al otro de lo que resulta opuesto al diálogo: el “monólogo”, y de lo absurdo de la situación: el “diálogo de sordos”.

4.3 TRANSFORMACIONES DE LOS SIGNIFICADOS DEL CONTRARIO

En el conjunto de los textos vemos cómo, durante el desarrollo del conflicto, las partes enfrentadas retomaron ciertas formulaciones reiteradas por su contrario, desvirtuando el significado intencionado originalmente para construir una imagen negativa de aquel. Estas transformaciones de la versión de la realidad propuesta —plano mimético— se explican desde el plano semiótico, en el que los oponentes se descalifican mutuamente. Una de esas transformaciones operó en la oposición de significados *abierto/cerrado*. La condición de *cerrado* referida por el rector a una propiedad del diálogo fue extendida por los estudiantes a la actitud comunicativa de aquel. Como usualmente se atribuye una valoración positiva a la apertura en la comunicación, el hecho de que las autoridades propugnaran un diálogo “cerrado” pudo ser relacionado con una actitud negativa de cerrazón. La oposición de significados *abierto/cerrado* adquirió una connotación valorativa: los estudiantes se relacionaron con lo abierto y las autoridades con lo cerrado. Esta oposición

tenía relación también con la situación de la universidad cerrada por los estudiantes. Encontramos este juego de palabras al inicio de la huelga, indicativo de la contradicción:

[12] La protesta estudiantil [...] pone en la barricada principal de CU [Ciudad Universitaria] un cartel que afirma: "Hoy cerramos la Universidad que mañana se abrirá para todos". (*La Jornada* 24/4/99)

Y en otro texto noticioso:

[13] Los cuatro científicos coincidieron en su defensa al diálogo cerrado, propuesto por el rector Barnés a los estudiantes paristas, porque consideraron que es la mejor forma universitaria para dirimir las controversias. (*Excelsior* 4/5/99)

Mientras, el Comité General de Huelga se decía "abierto":

[14] El CGH, apuntó [una estudiante], "está abierto al diálogo" pero este debe darse de frente a la nación. (*La Jornada* 5/6/99)

Los estudiantes acusaban al rector de cerrazón; también le adjudicaban la responsabilidad de cerrar la universidad. De este modo, si ellos fueron los agentes de cerrar la universidad, colocaban la causa en el rector:

[15] Todos los sectores de la Universidad han planteado su disposición a que se resuelva el conflicto, pero es el rector el que mantiene una posición de intolerancia, cerrazón e intransigencia [...]. (*Excelsior* 8/5/99)

Sin embargo, las acusaciones de cerrazón eran mutuas; esta actitud fue también atribuida a los estudiantes por el rector:

[16] Los opositores al Reglamento General de Pagos sólo han exhibido hasta ahora "descalificaciones y cerrazón", lo que impide discutir cualquier alternativa para solucionar el conflicto, dijo. (*Excelsior* 23/4/99)

Por otra parte, hubo un manejo confuso por parte de los estudiantes de la relación entre *diálogo* y *negociación*, lo cual aprovecharon las autoridades para lesionar la imagen estudiantil. Para el rector, el diálogo incluía el proceso de negociación en el que los acuerdos finales surgen de una discusión de las demandas y posturas iniciales que toma en cuenta los intereses de ambas partes (véase el fragmento [11]). Para los huelguistas, el diálogo excluía una

negociación que hubiera llevado a hacer concesiones sobre las demandas acordadas en asambleas. Consideraban innegociable su pliego petitorio de seis puntos y pedían a las autoridades su aceptación íntegra (aunque las corrientes menos radicales hubieran aceptado la negociación):

[17] "Nuestra petición de diálogo no es negociable, y reiteramos que los universitarios no tenemos nada que esconder" dijo Jacinto; en su opinión, el movimiento estudiantil tiene "argumentos lo suficientemente sólidos" para debatir con las autoridades universitarias pero subrayó que "no vamos a negociar, ni vamos a mandar a nadie a que lo haga a puerta cerrada o a título personal, los representantes van a nombre del movimiento estudiantil. [...] ahora vamos a tener otra asamblea porque hay gente que quiere que se vuelva a llamar al diálogo y que se haga una negociación, cuando no tenemos por qué hacer negociaciones si estamos pidiendo que se respete el pliego petitorio. (*Excelsior* 3/5/99)

5. CONCLUSIONES

En el análisis de un aspecto parcial de todo el proceso discursivo de la huelga universitaria —un tópico-palabra en dos grupos de enunciadores, en la primera etapa de la huelga— hemos podido mostrar algunas características del proceso comunicativo que llevaron al empeoramiento progresivo del conflicto.

Podemos concluir que ambas partes, aunque diferentes en estatus sociopolítico y recursos de poder, se asemejaron en el manejo verbal y político del conflicto en lo que respecta al plano semiótico o de construcción de relaciones interpersonales. No crearon condiciones para una posible interlocución. La acción discursiva de los oponentes contribuyó a mantener la confrontación y acrecentar sus contradicciones. En el plano mimético —de construcción de una versión de la realidad— las partes llenaron discursivamente el vacío comunicativo declarando su voluntad de solución y responsabilizando al otro por la imposibilidad de lograrla. La proliferación discursiva del tópico metapragmático del diálogo fue un síntoma, pero también un factor que contribuyó a agudizar el enfrentamiento.

La falta de voluntad de entendimiento que se manifestó en lo que podríamos llamar un uso abusivo del lenguaje tuvo ciertamente su costo. Aunque vimos sólo una instancia parcial, este fenómeno ayuda a comprender el desenlace negativo para la institución y los participantes: el rector renunció, el movimiento estudiantil se dividió y se desgastó y el conflicto terminó, ya que no se solucionó, por la vía extrauniversitaria del uso de la fuerza pública.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJTÍN, M. (1986) *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica. (Breviarios, 417).
- DUCROT, O. (1984) *Le dire et le dit*. París: Les Éditions de Minuit.
- EMILSSON, E. y ZASLAVSKI, D. (2000) "Stratégies communicationnelles et construction d'identité: les effets du zapatisme dans l'espace public mexicain", *Hermès* 28, 143-153. *Amérique Latine. Cultures et Communication*.
- FONTE, I. (1999) "La construcción de una escena enunciativa en el discurso periodístico", *Signos Literarios y Lingüísticos* 1(1), 142-151. México: Plaza y Valdés/Universidad Autónoma Metropolitana.
- FONTE ZARABOZO, L. I. (1998) *Cuba 1906-1921. Versiones de la nación en el discurso periodístico*. México: El Colegio de México. Tesis de doctorado inédita.
- GOFFMAN, E. (1970) *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- HODGE, R. y KRESS, G. (1988) *Social semiotics*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- (2ª ed. 1993) *Language as Ideology*. Londres, Nueva York: Routledge.
- VAN DIJK, T. A. (1999) *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*. Barcelona: Gedisa.

ABSTRACT

Through analysis of press coverage of a long student strike at Mexico's National University in 1999, we look at a number of pragmatic and discursive characteristics of the communicative situation as it unfolded between the students and the university authorities, with respect to their controversy over dialogue. Dialogue came to be the major topic of a conflict characterized by the absence of dialogue. Through our analysis of the referential and social dimensions of this process of semiosis, we show how the discursive strategies of the two groups of speakers and parties to the conflict elaborate their own version of the concept of dialogue, and sustain the process of verbal confrontation.

Irene Fonte es doctora en Lingüística Hispánica por El Colegio de México. Profesora-investigadora del Área de Lingüística del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (México, D.F.). Se dedica actualmente al análisis del discurso poético y periodístico, área en la que ha publicado diversos artículos. Próximamente aparecerá su libro *La nación cubana y Estados Unidos. Un estudio del discurso periodístico (1906-1921)*. E-mail: fonte@xanum.uam.mx

**EL DISCURSO TERRORISTA:
RITMO Y ESTRATEGIAS COMUNICATIVAS**

JUAN ALONSO ALDAMA

1. LAS NEGOCIACIONES ENTRE ETA Y EL GOBIERNO ESPAÑOL

La organización terrorista vasca ETA¹ nace a finales de los años cincuenta, concretamente en 1959, y sus primeras acciones armadas tienen lugar en el año 1963. El proyecto estratégico de ETA pasa por tres períodos diferentes a lo largo de su historia. Un primer período entre 1963 y 1967 de "guerra revolucionaria"; un segundo período que va de 1967 hasta los primeros años ochenta y que corresponde a la época en la cual la actividad de ETA tenía por objetivo la desestabilización del Estado por medio de una estrategia clásica de la dialéctica acción-represión-acción y cuyo fin último era provocar una represión masiva y un golpe de Estado por parte del ejército que justificara su propia existencia y su discurso; finalmente, desde los primeros años ochenta hasta nuestros días, un tercer período en el que la organización ha tratado de forzar al Gobierno español a negociar el fin de lo que ETA llama "el contencioso vasco-español".

Durante esta última etapa, ETA desarrolla una estrategia comunicativa desconocida hasta ese momento. Todas sus acciones van acompañadas de una actividad discursiva con la publicación de numerosos comunicados y entrevistas. ETA acentúa esa actividad discursiva y da a sus acciones una dimensión comunicativa cada vez mayor. En cierto sentido, se puede decir que las accio-

nes de ETA son cada vez más semióticas, mientras que en épocas precedentes su actividad estaba focalizada casi exclusivamente en la dimensión armada.

Los años más importantes de ese período son los que van de 1988 a 1992, época durante la cual tuvieron lugar las principales negociaciones entre ETA y el Gobierno español, y el período entre 1998 y 1999, durante el cual ETA mantuvo la tregua más larga de su historia y en el que hubo un inicio de conversaciones. Entre 1988 y 1992, las tentativas de diálogo y de negociaciones se multiplican dando lugar a las que a la postre serán las conversaciones más importantes habidas entre ETA y el Gobierno español. Entre enero y abril del año 1989 tienen lugar en Argel una serie de conversaciones o negociaciones² entre representantes de la organización terrorista vasca y altos funcionarios del Ministerio del Interior. Los ejemplos que analizaremos en este artículo provienen de esas conversaciones.

El interés de dichas negociaciones desde un punto de vista semiótico es doble. Por un lado debido a su incidencia social, y por otro, por la importancia de la actividad discursiva de ETA y de los otros actores sociales que de una manera u otra estaban implicados en este proceso. Nunca se había prestado tanta atención a unas conversaciones con ETA ni de parte de los medios de comunicación ni de la población, y con razón, porque se trataba de la primera vez desde la amnistía general (1977) que siguió a la restauración de la democracia en España que tenían lugar negociaciones con ETA a un nivel de representación política tan alto. Por otra parte, los contactos con ETA nunca habían suscitado una verdadera esperanza de acabar con la violencia en el País Vasco. Lo que significa que estas conversaciones estaban cargadas de un componente emocional enorme y que durante su transcurso el proceso no dejó ni un momento de estar marcado por el signo de la tensión. No hay que olvidar que, además, durante los tres meses que duraron las conversaciones, ETA mantuvo la que hasta entonces sería la tregua más larga de su historia, lo que constituye en sí un hecho excepcional.

El conjunto discursivo de esas negociaciones está constituido principalmente por nueve comunicados de ETA y por las declaraciones y comunicados oficiales del Gobierno español hechos públicos a lo largo de todo el proceso. Lo que nos interesa analizar aquí es la interacción entre ETA y el Gobierno, la interacción entre sus diferentes comunicados y comunicaciones.

2. COMUNICACIÓN ESTRATÉGICA, TENSIÓN Y RITMO

La concepción estratégica y polémica de la comunicación y de la interacción, compartida por la sociología interaccionista de Goffman y por la se-

miótica, sirve de antídoto a una cierta ingenuidad de la teoría pragmática. Desde un punto de vista estratégico, el cual deriva del principio de primacía de la intersubjetividad en la producción del sentido, la comunicación debe ser examinada como un conjunto en el que la acción de cada sujeto se encuentra integrada en la acción de otro sujeto y como un espacio, no de simple transmisión de mensajes y de información, sino de realización de una serie de acciones, de actos persuasivos, interpretativos y pasionales. Los sujetos de la comunicación, los sujetos que interactúan no son simples emisores y receptores, sino instancias que, dotadas de una competencia, realizan una serie de actos persuasivos, interpretativos, pragmáticos, cognitivos y pasionales. De este modo, la comunicación se revela llena de astucias, estrategia y manipuladora, y al mismo tiempo desaparece definitivamente la idea de un sujeto de la comunicación sincero y razonable (Greimas 1983; Fabbri 1985).

Aunque se acepte el hecho de que lo polémico está en la base de toda interacción, es necesario sin embargo considerar que este vocablo no es sino uno de los términos de la categoría semántica "polémico-contractual". Cada término de la correlación, cada término simple de la categoría -polémico o contractual- no es sino el resultado de una tensión, de una oposición gradual entre ambos, oposición en la que uno de los dos términos ha podido con su contrario. Dicho de otro modo, toda estructura intersubjetiva, cualquiera que sea el término dominante -polémico o contractual-, deriva de una estructura polémico-contractual en tensión. Toda estructura intersubjetiva es en cierta medida polémica y contractual al mismo tiempo.

Las relaciones de confrontación y la interacción más conflictual posible presuponen como mínimo un aspecto contractual que permite la construcción de la interacción, ya que toda interacción es de entrada el producto de un cierto contrato fiduciario o de confianza. Goffman (1970: 15) habla de un "consenso temporal" para designar el momento previo a cualquier comunicación. Por el contrario, una interacción consensual posee un componente polémico que permite hablar de una paradójica "armonía conflictual". Por otro lado, como lo ha demostrado Simmel (1999), el conflicto es uno de los elementos constitutivos de la socialidad ya que una cierta discordia es inherente a la cohesión social. El principio de una estructura polémico-contractual en la base de la estructuración narrativa resulta fundamental a la hora de explicar el desarrollo narrativo y las transformaciones en el seno de las negociaciones entre ETA y el Gobierno español.

Esta relación dinámica entre los términos polémico y contractual deriva al mismo tiempo de una verificación empírica en los discursos y de un principio de la epistemología general de la teoría semiótica. Se trata del principio de la primacía de los términos complejos sobre los términos simples en

la estructura elemental de la significación. Tal primacía no concierne únicamente a las estructuras intersubjetivas, sino que constituye un principio de articulación de todas las categorías semánticas que aparecen en el discurso que analizamos. Desde el punto de vista de un estructuralismo dinámico, los términos complejos vienen en primer lugar y los términos simples no son sino un tipo particular de término complejo, aquel en el cual el valor de uno de los términos simples es nulo.

De este modo toda categoría semántica no es sino el resultado de la coexistencia de dos términos que se oponen, no categóricamente, sino de forma gradual. La noción de gradación (Greimas 1983: 113-115) se convierte así en un concepto central para explicar los cambios y las transformaciones operadas en el recorrido narrativo. Permite comprender el mecanismo de las transformaciones graduales y hace inteligible el problema de la estabilidad y de la inestabilidad de los estados de cosas, los cuales se presentan como el resultado de la confrontación entre términos que se oponen con una mayor o menor tensión.

La idea de *tensividad* es de este modo un útil conceptual de gran capacidad heurística y ocupa un lugar capital en la descripción del recorrido de la significación, independientemente del lugar que se le asigne en el seno del recorrido generativo de la significación. Si consideramos la tensividad en el nivel aspectual como el producto de la relación del rasgo *terminativo* con el rasgo *durativo* del proceso, aquella será responsable de los efectos de tensión, de espera y de distensión inherentes al desarrollo narrativo. Si, por el contrario, la consideramos como un nivel profundo, continuo, en el que tienen lugar las modulaciones del devenir, la tensividad anticipa las formas de la aspectualización. Los datos tensivos y las formas de la modulación del devenir, además de ofrecer una explicación de la aparición de los niveles aspectual y modal, permiten dar cuenta de la problemática de la intensidad. Esta puede así ser vista como el resultado de una serie de oposiciones en el nivel tensivo, operaciones que pueden ser presupuestas a partir de las formas aspectuales manifestadas en el discurso.

La profundización de la problemática de la aspectualidad y de la problemática de un estructuralismo dinámico y la exploración de la cuestión de las pasiones han colocado el tiempo en el centro de la reflexión semiótica teórica. Habiendo definido el tiempo como una función que asocia la duración y el *tempo*, la exploración semiótica de esta función ha dado lugar a la aparición de otras formas de desarrollo narrativo diferente del de la *progresividad* privilegiada por la organización narrativa del esquema canónico de la semiótica narrativa. Junto a un tiempo progresivo, existirían un tiempo interrumpido o un tiempo regresivo. Cada una de las formas de la temporalidad presupone un

tempo y un ritmo particular que caracterizan un estilo de actuar. Es posible definir un estilo a partir del *tempo*, y así la interacción puede ser observada, no simplemente como un espacio donde se cruzan las acciones de dos sujetos, sino también como un conjunto distinguido por un ritmo particular. De esta manera, una interacción afortunada estaría caracterizada por una adecuación rítmica entre los interlocutores, adecuación creadora de *empatía*, y la interacción fallida estaría caracterizada por una especie de inconmensurabilidad de los estilos y, en consecuencia, de los *tempi* de los interlocutores.³

El *tempo* constituye igualmente uno de los elementos primordiales de la dimensión pasional. Tras una primera etapa en el desarrollo de la semiótica de las pasiones en la que se privilegiaron los análisis modales, el estudio de las formas pasionales se ha centrado principalmente en la problemática aspectual y tensiva. Se ha podido observar que, además de un dispositivo modal, existe en la base de toda pasión una configuración aspectual. El estudio de estas configuraciones aspectuales permite describir el funcionamiento de los efectos pasionales. Más concretamente, el análisis de la aspectualidad hace que se pueda dar cuenta de los valores del *tempo*, ya que a las formas puntuales del aspecto corresponde un *tempo* acelerado, e, inversamente, a las formas continuas, un *tempo* lento.

Dado que el *tempo* está directamente relacionado con los efectos pasionales, podremos analizar dichos efectos partiendo de estos valores del *tempo*. El análisis de las pasiones a partir de los regímenes del *tempo* permite asimismo integrar la problemática pasional dentro de la problemática de la manipulación y de la interacción estratégica, ya que el dominio del tiempo y del *tempo*, con los efectos pasionales que pueden crearse gracias a simples variaciones en su régimen, constituyen un elemento esencial de la acción estratégica. Por otra parte, si el modo de actuar de los sujetos de la interacción puede ser definido por su *tempo* y por su configuración pasional, es posible imaginar la realización de una descripción de lo que podríamos llamar un "estilo estratégico", y en consecuencia de las diversas formas de la interacción polémica —o contractual— a partir de los datos rítmicos. Sería así posible, sin recurrir a otros elementos —situación política, contexto social, historia del conflicto, etc.—, dar cuenta del desarrollo y del resultado de las negociaciones en términos exclusivamente semióticos.

3. DOS ESTILOS ESTRATEGICOS INCOMPATIBLES

Para ilustrar lo que entendemos por una descripción de estilos estratégicos, quisiéramos realizar un análisis de algunos ejemplos sacados del corpus

de textos y comunicados de las negociaciones entre ETA y el Gobierno español. Los tres párrafos que hemos extraído son una serie de fragmentos de tres comunicados o declaraciones del Gobierno y de ETA. Los dos primeros son comunicados hechos públicos por el Gobierno y el tercero constituye una parte de un largo comunicado de ETA. Los tres fueron publicados en un período de tiempo muy corto y los tres comentan la marcha de las negociaciones que estaban teniendo lugar en ese momento en Argel. El interés de analizar conjuntamente estos textos no estriba en una lógica comparativista, sino en una lógica interaccionista. Se trata pues de ver a cada uno de ellos como una parte integrante de un mismo y único conjunto y proceso discursivos.

Nos gustaría comenzar por algunas consideraciones sobre un fragmento de uno de los comunicados del Gobierno. El texto es el siguiente:

estas conversaciones deben ser tratadas con prudencia [...] no deben lanzarse campanas al vuelo en un tema tan delicado. [...] Las conversaciones continúan sin sobresaltos [...] y no abordan temas concretos [...] se desarrollan con lentitud, serenidad y cierta tranquilidad.

Resulta casi trivial afirmar que este fragmento constituye en su conjunto una negación de cualquier valor tensivo. La propia semántica del verbo “continuar” y la negación de cualquier aspectualidad puntual –no hay “sobresaltos”– colocan el proceso del lado de la distensión. Según el diccionario, “sobresalto” significa: “1. Sensación que proviene de un acontecimiento repentino e imprevisto. 2. Temor o susto repentino”. Si dejamos de lado la evidente dimensión pasional de esta definición y si nos limitamos únicamente al nivel aspectual, se observa fácilmente el rasgo *puntualidad* en las dos acepciones. La definición presupone asimismo un estado tensivo. Según el texto, el proceso no está caracterizado por ese rasgo. Se trata de un proceso cuyo valor tensivo es nulo, y se sitúa del lado de la distensión, de la extensión, de la duración. Esta impresión está acentuada por el enunciado “se desarrollan con lentitud, serenidad y cierta tranquilidad”, el cual deja entrever un proceso caracterizado por la distensión.

Este efecto es de nuevo subrayado por el enunciado “y no abordan temas concretos”. La indeterminación temática a la que se refiere el texto refuerza a nuestro parecer la distensión del proceso. La imprecisión, la indeterminación son en cierta medida sinónimos de no *terminatividad* y en ese sentido suponen la continuidad en el nivel aspectual y la distensión.

Se diría que hay en el Gobierno una especie de axiologización de la tensividad, que toma la forma de una categoría del tipo *intensofobia/extensofilia*. Dado que los valores máximos de la intensidad están directamente relaciona-

dos con la *puntualidad* (Zilberberg 1992), cualquier aspectualidad puntual –*incoativa* o *terminativa*–, cualquier tipo de irrupción o de aspereza del proceso serán evitados o disimulados en el discurso del Gobierno. Por ejemplo resulta muy sorprendente ver cómo cualquier asomo de aspectualidad terminativa es borrada de los textos del Gobierno y más sorprendente aún si se piensa que estos fragmentos fueron hechos públicos sólo unos días antes de que expirara la tregua de ETA.

Si las variaciones de intensidad dependen de las variaciones del *tempo*, el discurso del Gobierno intentará a toda costa colocar el proceso de negociaciones bajo el signo de un *tempo* “lento”, “tranquilo”, como lo veíamos explícitamente en el ejemplo que citábamos: “se desarrollan con lentitud, serenidad y cierta tranquilidad”, en los que los dos últimos términos pueden ser considerados parásinónimos de “lentitud”. Esta “lentitud” –tampoco excesiva, ya que en caso contrario podría generar valores extremos de intensidad, como la “exasperación”– implica la anulación de la intensidad. Por otra parte, la expresión “sin sobresaltos” también significa la anulación de cualquier valor extremo del *tempo*. El efecto de velocidad se manifiesta claramente en la definición de “repentino”, que, siempre según el diccionario, es sinónimo de “pronto”, “rápido”.

La valoración negativa de la intensidad, que se muestra a través de una suerte de “elogio de la lentitud”, es de nuevo observable en el enunciado “estas conversaciones deben ser tratadas con prudencia”. En el lexema “prudencia” encontramos el rasgo “lentitud”, puesto que el diccionario considera a este como un parásinónimo de aquel. Y la lentitud, como lo hemos constatado, produce una desaparición de la intensidad en la extensión. Junto a la voluntad de mantener el proceso –o al menos la versión que de él se da en los comunicados del Gobierno– alejado de cualquier rasgo intenso, existe un esfuerzo por ganar tiempo –algo lógico, dado el caso del que se trata– gracias a la minimización de la intensidad, que corresponde a una reducción del *tempo*, de la velocidad del proceso, y, consecuentemente, a un aumento del “valor de la duración”, del “sentimiento mismo de la duración” (Zilberberg 1992: 75). Las razones estratégicas de este “horror de la intensidad” del Gobierno son numerosas y evidentes: no implicarse pasionalmente, la construcción de un enunciatario no afectado, y sobre todo no afectable, pasionalmente, y ello gracias, por ejemplo, a la desaparición de efectos de espera. Dicho de otro modo, se trata de una estrategia que busca ganar tiempo, dilatar el proceso de negociaciones con el fin de prolongar el período sin atentados.

Si en este primer fragmento hemos podido observar la disolución de cualquier tipo de efecto de intensidad en el nivel del contenido, el comuni-

cado que sigue representa la desaparición de esos mismos efectos de intensidad pero esta vez en el nivel de la expresión, en la prosodia del proceso:

la discreción va a ser la regla de conducta que va dirigir al Gobierno en todo el período de diálogo con la banda terrorista ETA. [...] El Gobierno no va a informar sobre el contenido de cada una de las reuniones. [...] Sólo informará cuando lleguemos al final del proceso porque la discreción ayuda a la solución de este problema y la información puede enturbiar este proceso.

Este texto indica la voluntad del Gobierno de evitar cualquier acento en el proceso, acentos que el discurso del Gobierno identifica con la propia actividad enunciativa, incluida aquella que se refiere a las negociaciones en sí mismas. Esta casi obsesión del Gobierno por el silencio, por la inactividad enunciativa puede ser vista en principio como una forma de asegurar el *poder-ser*. Toda declaración es del orden de lo ya sentado y en una cierta medida supone algo irreversible, fatídico, algo marcado por el *deber-ser*, mientras que el silencio y la imprecisión dejan el proceso aún abierto.

Por otra parte, si el proceso está marcado por una modulación extensiva, cada enunciación puede ser interpretada como una interrupción o al menos como una irrupción en el proceso. El silencio asegura un proceso continuo, la duración y la gradación, mientras que una enunciación es "ruido" que introduce límites, demarcaciones en el proceso. En cierta medida el silencio, la discreción y la ausencia de información de las que habla el comunicado del Gobierno impiden, al menos en la lógica discursiva de este, la aparición de efectos de límites en el proceso, las transformaciones discretas, los pasos de un estado a otro, la discontinuidad. De tal modo también se evita la necesidad de juzgar el proceso, juicio que, como lo indica el texto – "Sólo informará cuando lleguemos al final del proceso" – queda reservado para el final de las negociaciones. Se podría decir que el estilo del Gobierno estaba definido por un *tempo andante* y *legato*, es decir por la lentitud, la continuidad y consecuentemente por una ausencia de efectos patémicos.

Por su parte, el estilo de ETA se encuentra, como lo vamos a ver, en las antípodas del Gobierno. Quisiéramos hacer notar algunos puntos acerca de las mismas cuestiones sobre las que nos hemos centrado en el discurso del Gobierno español, y esto a partir del análisis de un fragmento de un comunicado de ETA que, emitido al final de la primera tregua, anuncia, dos días después de la publicación del comunicado del Gobierno que acabamos de ver, el comienzo de una nueva tregua:

ETA [...] quiere comunicar lo siguiente a todo el Pueblo Vasco: [...]

Tras un largo y fructífero debate [...] ETA y el Gobierno del Estado han llegado a los siguientes acuerdos: [...]

7. Se acuerda la renovación de un período de distensión mutuo que siga propiciando el marco del diálogo asumido por ambas partes. En este sentido ETA se compromete a respetar una tregua de la acción armada [...] durante el período comprendido entre el día de hoy 27 de marzo hasta las 24 horas del día 24 de junio del presente año.

8. Se acuerda por ambas partes la comunicación pública del encuentro y de su resultado, con fecha de 27 de marzo de 1989 [...]

Si el discurso del Gobierno estaba marcado por un tono modal del tipo *poder-ser* o al menos por un *no deber-no ser*, el discurso de ETA, presentando el proceso bajo la forma de un contrato – "Tras un largo y fructífero debate [...] ETA y el Gobierno del Estado han llegado a los siguientes acuerdos" –, que resulta una forma de obligación, modaliza el proceso y ambos sujetos con un *deber*. Y si el *poder* se encuentra del lado de la distensión, el *deber* se encontraría en el lado opuesto de una categoría de la tensión. Por otra parte, un discurso caracterizado por un *deber-ser* impone un juicio epistémico tajante en el que no hay lugar para posiciones intermedias o ambiguas; es un discurso al que se adhiere o que se rechaza.

Para ETA el proceso está definido por formas puntuales de la actualidad: terminativas o incoativas. Las negociaciones no son un proceso continuo modulado por variaciones graduales sino discontinuo, creador de efectos de límites y de irreversibilidad. Para ETA los temas tratados son precisos – "ETA y el Gobierno del Estado han llegado a los siguientes acuerdos" – y, por otro lado, para ETA existen cambios discretos, discontinuidades, dentro del proceso, y no sólo variaciones graduales: las negociaciones pasan de una fase a otra generando efectos de terminatividad y de incoatividad al mismo tiempo. El proceso para ETA está escandido por momentos intensos, lo que añadido a los diversos elementos que ya hemos visto hace del enunciador y del enunciatario de este discurso sujetos con una fuerte predisposición pasional.

4. LA FORMA DE LO POLÉMICO

El desacuerdo que hace fracasar las negociaciones entre ETA y el Gobierno español se manifiesta en el discurso por una discrepancia en sus respectivos estilos, en sus respectivos *tempi*, por falta de lo que podríamos llamar *intersincronización*. En otros términos, podemos afirmar que las negociaciones no podían llegar a ningún acuerdo porque ponían cara a cara dos inter-

locutores cuyos *tempi* no se acordaban, dos interlocutores —o interactores— cuyos estilos estratégicos y semióticos eran incompatibles. Esta incompatibilidad se halla presente a lo largo de todo el proceso y en todos los niveles del discurso. Las conversaciones adolecían de una falta de armonía comunicativa que habría sido posible gracias a una sincronización de los *tempi* respectivos de ambos sujetos. Este acuerdo entre los *tempi* de los dos interlocutores estaba ausente desde el inicio de las conversaciones y no sólo en los momentos más delicados y polémicos de las mismas, sino también cuando aparentemente las negociaciones se desarrollaban bajo el signo del consenso. En el momento durante el cual las negociaciones parecían ir mejor, existía en el nivel profundo del discurso una discrepancia rítmica radical, discrepancia que en el nivel de la superficie discursiva estaba prácticamente velada.

La ausencia de un concierto entre los *tempi* de los dos interlocutores de las negociaciones correspondía a la incompatibilidad de dos estilos semióticos opuestos. De parte de ETA, un *tempo* acelerado que daba lugar a efectos de intensidad y de límites, mientras que de parte del Gobierno aparecía un *tempo* lento, creador de efectos de extensión y de duración.

Esta oposición se expresaba por un desacuerdo a diferentes niveles. A nivel aspectual, la incompatibilidad se manifiesta por la oposición entre una aspectualización generalmente puntual y discontinua en el discurso de ETA y una predominancia de la aspectualidad continua en el discurso del Gobierno: el discurso de ETA estaba caracterizado por un aspecto *perfectivo*, irreversible, mientras que el discurso del Gobierno aparecía como *imperfectivo* y reversible. Para ETA, el proceso estaba constituido por una serie de fases, de intervalos, de pasos a dar y a superar sobre los que no se podía volver; por el contrario, para el Gobierno, el proceso era un continuo modulado, gradual, cuyas fases, cuando las había, no estaban marcadas por discontinuidades sino únicamente por una variación cuantitativa.

Estas dos tonalidades aspectuales diferentes suponen naturalmente dos universos modales contrapuestos. El discurso de ETA presenta un claro dominio modal del *deber*, que modaliza tanto el *ser* como el *hacer*; el discurso del Gobierno estaba sustancialmente modalizado por el *poder*, *poder-ser* y *poder-hacer*.

La ausencia de sincronización entre sus respectivos *tempi* también se refleja en el nivel de la semántica fundamental. En general y prácticamente en casi todas las categorías semánticas, el discurso de ETA se situaba del lado de las posiciones del eje de los contrarios —dentro del cuadrado semiótico de esas categorías—, mientras que el Gobierno prefería las posiciones llamadas subcontrarias. Lo que significa que ETA escogía las posiciones “fuertes” o “netas” de las categorías, por ejemplo, polémico/contractual; sin embargo, el Gobier-

no situaba el proceso en las posiciones “débiles” o “indeterminadas” de las mismas categorías, no polémico/no contractual. En suma, dos universos semánticos irreconciliables, uno de tipo más bien categórico y el otro esencialmente gradual, o, en otros términos, uno preciso y el otro indefinido.

Estos dos universos semánticos presuponen dos *tempi* contrarios, ya que el primero de esos universos —determinado, categórico— está del lado de la intensidad y de la interrupción y el segundo —indeterminado, vago— del lado de la continuidad, de la extensión, de la distensión. Se puede pensar que los términos simples del eje de los contrarios corresponderían a valores máximos del *tempo* y a efectos de intensidad ya que exigen algún tipo de estabilización y por lo tanto de cierre, de alto. A la inversa, los términos del eje de los subcontrarios supondrían, dada su naturaleza aún no estabilizada, valores medios del *tempo*, extensión y consecuentemente continuidad.

Todos estos elementos que acabamos de mostrar confirman la hipótesis según la cual existía una imposibilidad semiótica que impedía el éxito de las negociaciones, puesto que ponían frente a frente dos ritmos del contenido y de la forma radicalmente antagónicos e inconciliables. Se trataba pues de una interacción que difícilmente podía llegar a buen término, ya que habría sido necesario conseguir concertar dos estilos contrarios.

Este caso concreto nos muestra una vía posible de análisis y de descripción de la interacción poética. De manera más general, nos parece que se puede aplicar este tipo de método de análisis a cualquier clase de interacción social, y tratar de proporcionar una explicación por medio de un análisis del elemento rítmico —del contenido y de la expresión— de la misma. Así, la interacción social, conflictual o contractual podrá ser considerada, no como un simple intercambio de acciones estratégicas, sino como un conjunto de acciones en sintonía o, al contrario, como un conjunto inarmónico.

La existencia de una posible contradicción entre nivel superficial y nivel profundo del discurso, por lo que se refiere al carácter polémico o contractual de una interacción, nos parece igualmente una problemática generalizable al conjunto de las interacciones sociales y de las relaciones intersubjetivas. Según hemos visto en este artículo, la interacción puede mostrarse en el nivel superficial como en el contractual y sin embargo un análisis del nivel profundo, en particular del ritmo del contenido, hace aparecer el carácter polémico del fondo de la misma. Por el contrario, es posible encontrar interacciones que en el nivel superficial aparecen como conflictuales y que, a pesar de esa apariencia superficial, sean fundamentalmente contractuales debido a una sintonía rítmica a nivel rítmico. Se podría objetar, con respecto al caso concreto de las negociaciones entre ETA y el Gobierno español, que ese nivel profundo no hacía sino reflejar el estado de las relaciones

entre los interlocutores antes de las negociaciones. Sin embargo, una objeción de este tipo olvidaría el hecho fundamental de que la interacción es en sí misma un lugar de transformaciones del estado de esas mismas relaciones. Por otro lado, los sujetos sociales no se limitan a reproducir estados de cosas y estructuras inamovibles sino que con su comportamiento contribuyen a la construcción y modificación de esas estructuras intersubjetivas. Creemos que el análisis de la dimensión rítmica del contenido abre una vía metodológica de gran alcance para la descripción del funcionamiento de las interacciones y de los discursos sociales, principalmente por lo que se refiere a su dimensión estratégica.

NOTAS

1. ETA son las siglas en lengua vasca de Euskadi ta Askatasuna (País Vasco y Libertad).
2. La denominación de "negociaciones" o "conversaciones" será, como es de imaginar, uno de los asuntos clave de dichos encuentros.
3. Varios autores han puesto en evidencia el papel del ritmo y del tiempo como componentes fundamentales de la construcción del "estar-juntos" y de la "comunidad afectiva" (Maffesoli 1992; Parret 1991).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FABBRI, P. (1985) "Nous sommes tous des agents doubles", *Le Genre Humain* 16-17.
- GOFFMAN, E. (1970) *The Presentation of Self in Everyday Life*. Pensilvania: University of Pennsylvania Press.
- GREIMAS, A. J. (1983) *Du sens II*. París: Seuil.
- MAFFESOLI, M. (1992) *La transfiguration du politique*. París: Grasset.
- PARRET, H. (1991) "Communiquer par aisthèsis" en *La communauté en paroles* de H. Parret (ed.), 183-200. Lieja: Pierre Marciaga.
- SIMMEL, G. (1999) *Sociologie*. París: PUF.
- ZILBERBERG, C. (1992) "Défense et illustration de l'intensité" en *La quantité et ses modulations quantitatives* de J. Fontanille (ed.), 75-110. Limoges: PULIM.

ABSTRACT

This article analyses a series of communications from the Basque terrorist organization ETA and from the Spanish government published during the negotiations that, aimed to find a solution to the violence in the Basque Country, took place in Argel between January and April 1992. The semiotic analysis of these communications fits in with the strategic perspective in which every persuasive or interpretative action, pragmatic or passionate, has a sense only as part of a discursive whole made of the actions of each actor. Starting from an analysis of the rhythm of the contents and of the expression, it is a question of offering a purely semiotic explanation of the controversial or contractual nature of the interaction.

Juan Alonso Aldama es doctor por la Universidad de la Sorbona y ha realizado posdoctorados en el Departamento de Comunicación de la Universidad de Bolonia y en la Universidad de Limoges. Actualmente es investigador en calidad de posdoctorado en el Centre de Recherches Sémiotiques del Centro Nacional de la Investigación Científica francés. Sus investigaciones se centran en la semiótica del discurso social y en una semiótica del conflicto y de la estrategia. Sus últimas publicaciones: "T. H. Lawrence y la semiótica de la guerrilla", "Le social instable", "Styles stratégiques et styles sémiotiques". E-mail: alonsoj@club-internet.fr

cesitó de la intervención y hasta la clausura de algunos medios de información. El caso argentino se diferencia por sus métodos de otras dictaduras latinoamericanas del mismo período debido a la clandestinidad total de las acciones y a su continuidad en el tiempo y el espacio, ya que cubría casi todo el país y no se limitaba a los grandes centros urbanos. Entre 1976 y 1982 operaron en la Argentina 340 centros de detención clandestinos repartidos en 11 de las 23 provincias, pues se trataba de un operativo a gran escala y sumamente articulado.

Es muy difícil abordar el problema de los desaparecidos desde el punto de vista de un análisis del comportamiento de la prensa argentina en ese período porque su tematización es el resultado de un conjunto de estrategias discursivas complejas y conflictuales que ponen a prueba no sólo una teoría de la recepción de los discursos mediáticos sino también una teoría semiótica de las pasiones intra y extradiscursivas. Por una parte, esta estrategia fue el producto de una serie complicada de operaciones de expulsión y de negación de identidades en el discurso hegemónico de los militares, aquello que Isidoro Cheresky llamó “la desaparición de los desaparecidos” (Cheresky 1997: 1-19), pero fue también el resultado de acciones. Los familiares primero, luego las organizaciones de derechos humanos nacionales e internacionales, y finalmente la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP), creada en 1983 bajo el gobierno del doctor Raúl Alfonsín, tuvieron como objetivo primordial hacer emerger en la escena pública nacional a este actor social, contribuyendo a construir el colectivo de identificación “desaparecido”. Esta estructura polémica opone a nivel de la discursividad social dos programas de identificación contrapuestos e incompatibles: antisujeto por excelencia en el discurso militar, sujeto patémico ligado estrechamente a la categoría constitutiva del “ser” de los sujetos en el discurso de los familiares y organismos de derechos humanos.

Los juicios iniciados a las Juntas Militares a partir de 1985 —procesos que se continúan aun hoy contra algunos represores impunes— fueron sin duda el punto culminante de reconocimiento de la identidad de un sector sociocultural de argentinos que atravesaba todas las categorías sociales y todas las edades y, al mismo tiempo, de la voluntad del gobierno democrático de establecer un estado de derecho (Cheresky-Chonchol (eds.) 1985; AA.VV. 1995; Jelin y Hershberg (eds.) 1996). Y sin embargo, un estudio sobre todo el período, tomando como objeto la producción, circulación y recepción de los discursos militares en la sociedad y en los medios argentinos está todavía por hacerse. El objetivo limitado de este estudio no es trazar una cartografía taxonómica y lexical del campo semántico de los estados pasionales desplegados en la prensa, sino formular algunas preguntas provisorias sobre la articu-

lación entre algunas estrategias discursivas y los *efectos de sentido* que son las acciones concretas de respuesta y de resistencia. La dimensión pasional aparece ligada de modo indisoluble a la semiosis social porque ella es una de las condiciones del interpretante.

En las declaraciones reiteradas del poder militar, la figura del desaparecido es admitida muy tardíamente, luego de la guerra de las Malvinas. Estos aparecen en primer lugar como una inferencia semántica del contenido del discurso, ocupado en trazar el “adentro” y el “afuera” del campo social donde inscribir a la subversión y al terrorismo y su sistema de causalidades ligadas a la guerra fría: “No se trata de un fenómeno de incompreensión entre argentinos [...] el gobierno y el pueblo han debido hacer frente a verdaderas acciones de guerra contra un enemigo que aplica procedimientos insidiosos y cuenta con el apoyo internacional” (*La Nación* 23/11/79) afirmaba el ministro del Interior, general Albano Harguindeguy; “Comprendemos el dolor de esa madre y de esa esposa que han perdido a un hijo o a un marido, de los cuales nosotros no podemos dar noticias porque ha entrado sin duda en la clandestinidad, o bien porque ha desaparecido por cobardía al cambiar de nombre y escapar del país, o bien porque su cuerpo mutilado no ha podido ser identificado en un combate” explicaba el general Jorge Videla (*La Nación* 9/9/77). El discurso militar apea a la cooperación del lector para que saque sus conclusiones, a toda una actividad interpretativa de los destinatarios. La CONADEP contará, a posteriori, 14.756 desaparecidos en el momento en que Videla pronunciaba su discurso.

2. LA CONSTRUCCIÓN DEL DISPOSITIVO

La irrupción en la escena pública del sujeto “desaparecidos” y sus condiciones de verdad será confrontado por una parte con la construcción ficcional de la sociedad hecha por el discurso militar y por la otra con el sistema de cohabitación entre el sistema de los medios y el discurso hegemónico militar —¿podían ser nombrados?— ¿bajo qué forma de identidad discursiva podían aparecer en los medios?— con la experiencia del lector común, el ciudadano, aquel que tenía un familiar, un amigo, que había desaparecido, es decir, con quienes tenían una experiencia *directa y no mediatizada* de los hechos, y que un día empezaron a reclamar en la calle, primero prudentemente, luego sistemáticamente la “aparición con vida”.²

Esta lucha por la definición y el contenido de una palabra, por la identidad de un actor social inédito en la historia nacional, puso en crisis de manera violenta y cotidiana las formas de enunciación, las modelizaciones

del discurso de la información, obligando a su vez al discurso militar a tomar la defensiva, primero negando, luego dando explicaciones con cuentagotas, finalmente proponiendo consignas de lectura a fin de que los ciudadanos comprendieran que “no han sido personas las que han desaparecido, sino subversivos”.³

Mi hipótesis es que el caso de los desaparecidos se construye como un verdadero *dispositivo discursivo pasional* en el sentido de Michel Foucault, para quien un dispositivo aparece cuando se establece la alianza estable entre la instancia del Poder, la visibilidad y la transformación enunciativa (Foucault 1969, 1971). En este caso estamos frente a un dispositivo porque aparece estrechamente ligado al poder militar en tanto que *aparato*, que decidía lo que podía o no ser nombrado, al poder de los medios en cuanto *operadores de visibilidad* de la palabra pública, pero también ligado al poder de denuncia y resistencia de los familiares de las víctimas en una suerte de régimen de apropiación, de *negación* y de transformación de la palabra oficial.

Dispositivo además porque implica una práctica *disciplinatoria* de la sociedad tendiente a un cambio en el comportamiento social. En los términos del almirante Lambruschini “tenemos necesidad de nuevos hábitos de comportamiento colectivo” (*La Nación* 23/11/79), y el general Videla lo recuerda cuando se despide del cargo de presidente de la Junta Militar en marzo de 1981: “La modificación sustancial de nuestro comportamiento social depende de la voluntad que cada uno de nosotros pondrá en obtenerlo” (*La Nación* 27/3/81). Dos características me parecen pertinentes en la descripción de este dispositivo:

a. su dimensión fuertemente *temporal* y su continuidad en el tiempo, la manipulación temporal hecha por el discurso militar que daba en forma “dosificada” las informaciones sobre las víctimas, provocando en los receptores un sentimiento de desesperanza, pero también de lucha entre las modalidades del saber/no saber y del poder/impotencia.

b. una verdadera *economía pasional* con la evolución, en recepción, de la pasión de la espera desde la indignación hasta la furia que atravesó todo el espacio ciudadano.

La naturaleza profundamente polémica y no consensual de este dispositivo afronta dos tipos de regímenes de producción de la verdad:

a. el del *secreto*, aquello que los responsables de las desapariciones sabían y no querían decir, o aquello que las familias no podían hacer circular, palabra eminentemente privada —en el sentido de privativa pero también de privación de poder para circular— que no podía acceder a la superficie social.

b. el de la *certeza*, la convicción del cuerpo vivido, privado, que recién se vuelve público cuando se hace *colectivo*: “Nuestros hijos no desaparecieron

en un campo de batalla, bajo el fuego de la acción. Fueron arrancados desarraigados de sus casas, arrestados en la calle, o en sus lugares de trabajo por las fuerzas de seguridad” decía uno de los comunicados de las Madres de Plaza de Mayo (*La Prensa* 10/4/80).

¿Cómo se presenta este dispositivo? Estamos frente a varios problemas de naturaleza diferente: por una parte el de reconocer una *dimensión enunciativa* a fin de determinar la identidad de los actores y las relaciones que establecen entre ellos en el interior de los medios, una suerte de puesta en presencia compleja puesto que, por definición, la enunciación es la actualización de un yo —aquí y ahora— del discurso; es una dimensión de los vivos y sólo los muertos escapan a ella (Latour 1999). Por otra parte el de reconocer una *dimensión modal*, que permita analizar cómo son calificados, legitimados, quién habla en nombre de quién, en qué régimen de verdad se integran. Por último la *dimensión pasional* sugiere el problema de las formas de *recepción* de estos discursos. La circulación de los discursos sociales genera, por el hecho mismo de circular, un contexto extra e interdiscursivo, y Eliseo Verón ha subrayado, pionero, la importancia fundamental del estudio de la recepción en tanto que elemento constitutivo de la semiosis social (Verón 1978, 1987).

Creo sin embargo que los discursos sociales pueden no necesariamente generar sólo un campo de efectos cognitivos —se les cree, se los pone en duda, y en este sentido el discurso militar, analizado exclusivamente en su dimensión cognitiva, no tuvo poder—⁴ sino producir una serie de efectos *patémicos*: uno adhiere, los rechaza, los provoca. Y es precisamente a partir del desacuerdo y la polémica sobre la identidad de los actores que se revela la dimensión pasional que atraviesa algunos discursos sociales.

“Argentinos: he sido, como todos los argentinos, espectador y actor de este desgraciado concurso de circunstancias que ha puesto a nuestra Argentina en peligro de destrucción [...] la agresión subversiva ha ensayado imponer su pretendida revolución [...] pero el pueblo de la nación ha comprendido” afirmaba Videla en su discurso de despedida. Esta operación de embrague, incluyendo al enunciatador en el discurso como formando parte de la sociedad, y la de *débrayage* enunciativo, autorizándolo a ver la realidad desde el exterior, le permiten articular las condiciones de adhesión: “Nadie puede contestar hoy que existe una disciplina mayor [...], nadie puede dudar del hecho que hemos avanzado [...], nadie puede ignorar” (*La Nación* 27/3/81). Si nadie está exento, ¿quién es el que queda *fuera* de este discurso?

Si los militares tenían una teoría “ideal” de la comunicación, es porque tenían una hipótesis sobre lo social y su funcionamiento fusional con las Fuerzas Armadas. De allí el uso frecuente de metáforas sobre la enfermedad del cuerpo social, enfermo de violencia, de la infiltración de ideas disol-

ventes, por lo que la intervención militar se presentará como una verdadera operación de ortopedia enunciativa que permitirá alcanzar la normalidad, es decir, la ausencia de desacuerdos. En este paraiso del Código común a todos los actores, el riesgo que se corre es el de una decodificación aberrante, de una interpretación equivocada, o simplemente del olvido de las consignas. Este riesgo está implícitamente representado por un actor social fuera de la relación fusional Emisor/Receptor, hablante de otra lengua, con otros proyectos sobre lo social, un verdadero "bárbaro".⁵ Y este actor social imposible no puede ser definido sino por su ausencia de lugar en el circuito enunciativo.

3. LA IDENTIFICACIÓN CONFLICTUAL

La naturaleza profundamente conflictual de la identificación discursiva aparece claramente a lo largo de los años 1979 y 1980, cuando los organismos internacionales de derechos humanos llegan a la Argentina y se hace público el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA (CIDH). Los principales periódicos publican el capítulo sobre las violaciones en la Argentina (*La Nación* 8/2/80). La lista de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos contaba 6500 casos entre 1976 y 1979, los abogados de Nueva York que visitaron la Argentina en 1979 reportaron 10.000 denuncias y Amnesty International avanzaba la cifra cercana a los 20.000 desaparecidos en ese período. El Gobierno argentino rechaza el documento de la OEA argumentando injerencia en asuntos internos y el diario *La Nación*, en su editorial, interpela a los Estados Unidos de no "equivocarse" de campo, pues la Argentina venía de librar una "guerra contra la subversión marxista-leninista".⁶ Se trata de la interpretación vernácula no sólo de la doctrina de la seguridad interior americana sino de la guerra fría en territorio austral.

No hubo discurso militar de la época que no haya expulsado simultáneamente al desaparecido del relato oficial y que no haya, al mismo tiempo, autorizado la inferencia por su integración implícita en el colectivo de identificación "terrorista" o "subversivo". Este escenario enunciativo se mantendrá intacto durante toda la dictadura, como una verdadera isotopía, persistirá luego de la derrota de Malvinas, se volverá invariable frente a las acusaciones de la Comunidad Europea, será repetido hasta el cansancio a los periodistas extranjeros que preguntaban por su suerte, con un espíritu de cuerpo que recuerda a los "equipos de representación" de los que hablaba Erwin Goffman para designar a todo grupo de personas que coopera para la puesta en escena de una rutina particular. Lo que discuten las Fuerzas Armadas es la definición

del marco de la situación, y por esta razón el caso de los desaparecidos constituye un verdadero dispositivo discursivo: porque *fija una sola y excluyente interpretación* posible de los hechos. Para la misma época y frente a la gravedad de las desapariciones, Francia propone a las Naciones Unidas la creación de una comisión de expertos que se reunirá en mayo de 1980 bajo la forma de un grupo de trabajo (*La Nación* 3/3/80).

En el Documento Final sobre la lucha anti-subversiva (sic) hecho público en mayo de 1983, a cinco meses solamente de la elección presidencial que restituiría la democracia en la Argentina luego de la crisis producida por la derrota en Malvinas, la Junta Militar persiste en su denegación, pero enuncia por primera vez la posibilidad de un cambio de estado: los desaparecidos están muertos. Declarando que no existen ni lugares secretos ni detenidos clandestinos, y que los que "figuran en las listas de desaparecidos y que no se encuentran en el exilio o en la clandestinidad, son jurídica y administrativamente considerados muertos" (*La Nación* 2/5/83), se cierra el ciclo abierto por el general Videla sobre su estatuto legal. Casi veinte años después y frente a un periodista italiano del periódico *La Repubblica*, Videla persiste y afirma: "Non potevamo processarli e fucilarli, la società argentina non avrebbe sopportato uno stillicidio del genere. L'unica soluzione era farli sparire. Fummo tutti d'accordo [...]. Che potevamo dire? Perché se avessimo ammesso i morti, già allora ci avrebbero fatto domande alle quali non potevamo rispondere: chi li uccise? quando? come?" (*La Repubblica* 27/2/01).

4. LA PASIÓN DE LA BÚSQUEDA

El 26 de agosto de 1977 aparece por primera vez en el periódico de lengua inglesa editado en la Argentina, *The Herald Tribune*, la noticia de que "11 personas han sido arrestadas en Plaza de Mayo". El artículo se refiere a los manifestantes como "the mad women de la Plaza de Mayo", sobrenombre que guardarán desde entonces (Goni 1996: 48). Las Madres publicarán su primer comunicado el miércoles 5 de octubre de 1977 con el título "No pedimos más que la verdad", y el 14 de octubre manifestarán frente al Congreso para entregar una petición firmada por 24.000 personas, en la cual se consignaban 571 desaparecidos: el evento fue cubierto por la CBS, la agencia France Press, la United Press y la Associated Press, pero por ningún periodista argentino (Goni 1996: 54-55).

Inicialmente el grupo estaba constituido por 14 mujeres de 40 a 60 años que se habían conocido en los largos trámites de la búsqueda de sus hijos y decidieron manifestar su dolor y cólera, exigiendo que aparezcan con vi-

da. Las marchas alrededor de la Pirámide de Mayo, en la plaza homónima que ocupa el centro de la ciudad de Buenos Aires, comenzaron el 30 de abril de 1976, casi inmediatamente después del golpe de Estado. Recién en 1980, cuando llegan los primeros organismos internacionales de derechos humanos a la Argentina intentarán que sus compatriotas compartan las protestas que se elevan desde el extranjero y la imagen de las Madres comienza a circular en el mundo. En agosto logran publicar un comunicado en el diario *Clarín*, donde las demandas de los familiares de los desaparecidos son sostenidas por algunas personalidades de la vida nacional (Madres de Plaza de Mayo 1996: 6, 7, 11; Nino 1997: 101).

Durante 1980, período en el cual se concentra la mayor cantidad de declaraciones del Gobierno sobre la acción de los subversivos y la negativa más recalcitrante a explicar la condición de los desaparecidos, las Madres presentan una nueva petición en su búsqueda de la identificación de las víctimas, donde piden que sea publicada la lista de detenidos, el lugar donde se encuentran y las razones de su detención. Finalmente, tratando de construir otra inteligibilidad, atribuyen la responsabilidad de los crímenes a las acciones militares y repudian "la exigencia del gobierno que el pueblo —y las familias de los desaparecidos— acepte como un hecho legítimo la existencia de detenidos-desaparecidos, y hasta su muerte presunta" (*La Nación* 18/8/80).

El año siguiente, y cuando la discusión social se halla en curso para definir el cuadro de identificación de los desaparecidos y el discurso militar ensaya construir un "nosotros" que los excluya, las Madres son reprimidas con dureza y sistemáticamente arrestadas durante las tradicionales marchas de los jueves. La forma en que la noticia se comunica en los medios es interesante porque por primera vez su pedido aparece como proviniendo del conjunto de la sociedad: "El llamado grupo de 'Madres de Plaza de Mayo' efectuó su habitual manifestación de los jueves en la Plaza de Mayo pidiendo por los familiares desaparecidos. La Policía impidió la reunión y arrestó a 68 personas. El Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel declaró: 'Sabemos que estos hechos se inscriben en la escalada de medidas represivas contra el conjunto de la sociedad'" (*La Nación* 13/3/81). En el año 1983 y a un mes de las elecciones presidenciales, las Madres organizan tres Marchas de la Resistencia, con afiches gigantes que llevan impresos las fotos de sus hijos y contornos de manos bajo la consigna "Dele una mano a los desaparecidos".

Si analizamos esta breve síntesis como constituyendo, a nivel de la recepción, las respuestas de un sector de la sociedad argentina frente a los discursos y a la interpretación militar de la historia, podríamos afirmar que no hubo respuesta de la parte de los familiares que no haya tratado sistemática y desesperadamente de romper el colectivo de identificación "desaparecidos"

construido por el discurso militar, a través de una acción tendiente a visualizar, identificar, definir las identidades sociales al mismo tiempo que redefinir el marco de la situación: ¿se trataba de una guerra o de violaciones de los derechos humanos? La consigna que acompaña toda la época "Aparición con vida", y que se transforma durante la guerra contra Gran Bretaña en "Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también", trata de penetrar el dispositivo discursivo militar para construir una identidad social "otra", no marcada. Y también toda la búsqueda de las Madres puede ser leída como la transformación de pasiones cubitativas (como la esperanza, la espera, el temor o la angustia) en pasiones de fracaso, como la decepción, la amargura, la desesperanza o el duelo. Este abanico de pasiones fue compartido por un gran sector de la sociedad argentina al final de la dictadura; me atrevería a decir que la sociedad argentina estuvo *modalizada* por la evolución de los roles patémicos de las Madres. El final de la guerra de las Malvinas marcará la transformación de un sujeto colectivo de estado que sufre, en un sujeto colectivo del hacer, y la espera, lugar de pasividad por excelencia, se transforma, gracias a las Madres, en un programa de acción colectivo.

Si la producción del discurso militar expulsa al desaparecido buscando sustraerlo del dispositivo de la enunciación, construyendo enunciados imposibles porque negaban la noción de identificación, la operación, desde el punto de vista de los familiares, fue lo opuesto: la e-vocación sistemática, la in-vocación de la presencia, la con-vocación de los ausentes en el espacio-tiempo de la enunciación, la designación en detalle, por medio de fotografías gigantes de su identidad y la afirmación de que no morirán. Bruno Latour ha llamado este régimen particular de enunciación "un régimen de religión" (Latour 1999: 89), porque la enunciación llena con la presencia efectiva las palabras vacías "yo", "tú", "aquí", "ahora", repetidas como si fueran la primera vez.

Según Umberto Eco, para que exista una semiótica de las pasiones hace falta que el texto tenga las características de un poder "patógeno", que sea posible reconocer una acción del texto sobre el destinatario. Sugiero que la dimensión pasional es constitutiva de los procesos de mediatización, que ella atraviesa a la semiosis social y es del orden de la recepción de los discursos. Y esta afirmación pone al analista en situación de señalar al menos dos órdenes de problemas diferentes. Por una parte, un nivel intersubjetivo del discurso, la construcción de un lector modelo, objetivo sin duda del discurso militar que por medio de consignas bien concretas señalaba el modo en que sus discursos debían ser recibidos y comprendidos. Este nivel es de naturaleza *persuasiva* porque trata de elucidar aquello que los enunciatarios pueden hacer con los discursos, el tipo de pasión que esperan suscitar.

Por otra parte, un nivel extradiscursivo que permite enunciar ciertas hipótesis sobre aquello que los receptores hacen *efectivamente* con los discursos, y no solamente el *modo* en que los interpretan. Esta distinción entre uso e interpretación de los textos ha sido sugerida por cierto por el mismo Eco cuando explica la naturaleza diferente de las estrategias intencionales de un autor y las estrategias de decodificación de los lectores (Eco 1979, 1987). Subsisten sin embargo algunas preguntas: ¿cuál es el lugar del analista? El análisis de la recepción de los discursos ¿es extra o intradiscursivo? ¿Está ya predeterminada e inscripta en la producción de los discursos mismos? La respuesta que da la semiótica greimasiana es clara, habiendo definido a la pasión como una organización *sintagmática* "d'états d'âme, en entendant par là l'habillage discursif de l'être modélisé des sujets narratifs" (Greimas-Courtés 1986: 162). Pero si nos colocamos en el nivel de un análisis de la interacción discurso-acción y vemos a la dimensión pasional como siendo *ya* una respuesta, el papel metodológico de la semiótica —señalado por Paolo Fabbri— será el de la intersección "tra significato del linguaggio naturale, una logica cognitiva e una logica strategica" (Fabbri 1987: 204).

Considero importante señalar que los primeros efectos que produjo el discurso militar argentino a propósito de los desaparecidos —y de allí el interés del estudio— han sido acciones concretas de negación y de memoria: manifestaciones, simbólicos pañuelos blancos en la cabeza, afiches con las fotografías de los hijos muertos. He analizado en otro lugar el modo como, llevadas hasta sus últimas consecuencias, las manifestaciones espontáneas de la Plaza de Mayo luego del anuncio de la Junta Militar de la capitulación argentina frente a Gran Bretaña en junio de 1982 podían ser leídas en la dimensión pasional como la expresión de un sector de lectores desilusionados porque habían seguido todas las operaciones enunciativas y modales propuestas por el discurso militar y se habían constituido como lectores-modelo de este discurso (Escudero 1996): un lector sumiso, crédulo, confiado, que se vuelve refractario, no cooperativo, negador del pacto comunicativo y de los roles propuestos por la estrategia militar al conocer la derrota. Y este doble lector, potencialmente generado por todo discurso —el permanente "riesgo" del discurso es el de la decodificación aberrante— introduce a su vez otro orden de problemas, de naturaleza compleja, el de la articulación entre la creencia y la adhesión a los discursos.

Problema también este de naturaleza pasional, al que los hombres políticos y los estrategas del marketing político se encuentran enfrentados en cada elección, porque pertenece al dominio de los efectos; el régimen de la creencia es paradójico porque no se sitúa exclusivamente en el orden del enunciado sino en el de la legitimidad de la fuente enunciativa, del pacto de con-

fianza establecido con anterioridad entre lectores y espectadores del ritual por una parte y entre actores sociales y medios por la otra. Y esta afirmación pone en escena la necesaria mediación de los medios en la puesta en marcha de un mecanismo narrativo que atraviesa los discursos permitiendo una articulación entre sujetos, acciones y pasiones. Si el complejo régimen de la creencia es central en la producción del discurso religioso —y no podría ser de otro modo, el sacerdote se constituye por excelencia en la legitimidad de la mediación divina—, en los medios esta creencia se organizará a partir de una intrincada red de legitimidades.

5. LA DISONANCIA SOCIAL

El género informativo tiene, como característica esencial, el hecho de "contarnos la verdad de los hechos", narrarnos un mundo que está afuera y del que nosotros, lectores o espectadores, sólo tenemos una experiencia mediatizada, es decir, no directa. La confianza que acordamos a un medio viene, entre otras cosas, del hecho de que el relato que nos cuenta encuadra con nuestro sistema de expectativas. Por cierto que la creencia en ese relato es el resultado de estrategias de persuasión, pero estas se encuentran sin duda inscriptas en la naturaleza misma de la mediación, en una suerte de "contrato mediático" entre lectores y espectadores que delegan la confianza en los medios como institución, para evitar fracasos comunicativos. El componente narrativo de los medios no es neutro: suscita siempre una serie de adhesiones o de rechazos, de curiosidad o de indiferencia, de odio o de amor, en síntesis, una serie de pasiones indudablemente inscriptas en el discurso pero que lo trascienden en esa particular relación de delegación instaurada por el discurso de los medios (Escudero 1997).

En la voz "Pasión" del diccionario de Greimas-Courtés, Paolo Fabbri presenta esta paradoja: si uno acepta que la pasión designa los *efectos de sentido* que surgen en el campo narrativo y se expresan a través de una figuratividad ligada al sujeto, ella debe ser analizada en un nivel estrictamente narrativo (Greimas-Courtés 1986: 163). Pero lo que sorprende, cuando uno analiza el discurso sobre los desaparecidos, es más bien la *ausencia* de narración. Mientras que en el relato de la guerra o en aquel de la guerra contra la subversión, el hecho mismo de narrar (es decir, de poner en relación actores con acciones y transformaciones de estado) implica establecer una causalidad temporal, una especie de historicidad interna, con los desaparecidos no hay narración, no hay identificación de actores, no hay transformaciones modales: es que las causas no pueden ser relatadas, las acciones no pueden ser jus-

tificadas, la historia no puede ser narrada, porque el ausente de la enunciación no puede ser *nombrado*. Es por definición, un *anti-relato*.

Por esto la eliminación de las trazas, de los documentos, de los cadáveres y de los lugares, las tumbas NN, el hecho mismo de la imposibilidad para los secuestrados de reconocer a sus carceleros, es a la vez una operación de hacer desaparecer toda traza de relato, toda posibilidad de establecer una relación entre los hechos. Si el componente narrativo de la información tiene como uno de sus efectos mayores el de generar un conjunto de creencias y de pasiones concomitantes —se cree, no se cree, se duda, se adhiere, se rechaza— y también de lealtades y de legitimidades —le creo a este periodista, sigo esta emisión, compro fielmente este diario— los desaparecidos tienen otro estatus: se trata de un verdadero *dispositivo discursivo estratégico* porque se integran a un régimen de Poder: quién tiene el poder colectivo de nombrar o de hacer desaparecer de los discursos sociales y cuáles son las acciones para resistir a ese poder.

En muy raras ocasiones, que podríamos caracterizar como fracasos comunicativos porque muestran la ruptura, la verdadera naturaleza conflictual de la comunicación, el sistema de visibilidad de los medios de información se vuelve un espacio de lucha que se juega palabra a palabra, columna contra columna, entre titulares y copetes, entre afirmaciones y editoriales, entre identificaciones y desmentidos, entre espías e informantes, y donde las pasiones desplegadas no están solamente *inscriptas* en el discurso sino presentes en las respuestas a estos discursos publicados a su vez en los medios, pero también manifestados en la calle, manifestaciones que a su vez alimentaban la crónica de los medios, en una semiosis sin fin. La fascinación que los medios han ejercido sobre los semiólogos reside, a mi entender, en la complejidad y heterogeneidad intrínseca de su producción y de su recepción, atravesados por múltiples regímenes discursivos, suscitando múltiples pasiones, y donde el riesgo de ruptura del contrato mediático está siempre presente. Una suerte de gran caja de asonancias y disonancias de la semiosis social. El gobierno militar fracasó en su intento de imponer a la sociedad argentina una teoría de la comunicación basada en un Código común y transparente. En efecto, el sueño del discurso autoritario es sin duda el de la producción de una suerte de texto inviolable que tenga un único tipo de lector-modelo: el Lector Cautivo.

NOTAS

1. El comunicado nº 19 de la Junta Militar del 26/3/79 prohibía la divulgación en los medios de las actividades de la "subversión" y de las organizaciones armadas que operaban en el territorio nacional bajo pena de diez años de cárcel.
2. Nora Cortinas, madre fundadora del Movimiento Madres de Plaza de Mayo, afirmaba: "La consigna 'aparición con vida' no es sólo una consigna sino un deseo y a la vez una acusación. No es una locura. Las Madres lo sabemos bien, a pesar de que sea doloroso decirlo, que la mayoría de los desaparecidos han sido asesinados. Pero nosotros creemos que para todo el pueblo argentino exigir 'Aparición con vida' es la cosa más justa que podemos hacer, porque si no aparecen significa que hay muchos responsables, y entonces es la Justicia la que debe actuar". Citada en M. Sonderegger (1989); E. Jelin (ed.) (1995: 116).
3. Declaraciones del general Camps, jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, reproducidas en Revista *Pueblo* 27/1/83. Véase también *La Repubblica* 27/2/01.
4. Como bien lo ha señalado el estudio de Silvia Sigal, donde afirma que los discursos militares "no tenían voluntad credógena" sino que eran fundamentalmente discursos para los pares del arma. Véase S. Sigal e I. Santi (1985).
5. Sobre la noción de "bárbaro" en semiótica, véase Lotman (1985).
6. Editoriales de *La Nación*, 11/2/80 "Protesta argentina en Washington", 11/2/80 "Los principios y los intereses", 2/2/81 "La defensa de nuestra civilización", 17/12/80 "Los derechos humanos". Todos sin excepción apoyan a las Fuerzas Armadas en su lucha contra la "subversión".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1995) *Juicio. Castigo. Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CORRAIN, L. y BASSO, P. (eds.) (1999) *Eloquio del senso. Saggi intorno a Paolo Fabbrì*. Milán: Esculapio.
- CHERESKY, I. (1997) "La inadmisibile desaparición de personas". Mimeo.
- CHERESKY, I. y CHONCHOL, J. (eds.) (1985) *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*. Buenos Aires: Eudeba.
- ECO, U. (1979) *Lector in fabula*. Milán: Bompiani.
- (1987) "Notes sur la sémiotique de la réception", *Actes Sémiotiques IX* (81).
- ESCUADERO CHAUVEL, L. (1996) *Malvinas, el gran relato. Fuente y rumores en la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- (1997) "The Media Contract" en *Semiotics of the Media* de W. Nöth (ed.). Nueva York, Berlín: De Gruyter.

- FABBRU, P. (1987) "Postfazione. A passione veduta: il vaglio semiótico", *Versus* 47/48, 203-233.
- FOUCAULT, M. (1969) *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard. N.R.F.
- (1971) *L'ordre du discours*. París: Gallimard. N.R.F.
- GREIMAS, A. J. y COURTÉS, J. (1986) *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*. Vol. 2. París: Hachette.
- GONI, U. (1996) *El infiltrado. La verdadera historia de Alfredo Astiz*. Buenos Aires: Sudamericana.
- JELIN, E. (ed.) (1989 [1995]) *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: CELA.
- JELIN, E. y HERSHBERG, E. (eds.) (1996) *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: Nueva Sociedad.
- LATOUR, B. (1999) "Piccola filosofia dell'enunciazione" en L. Corrain y P. Basso (eds.).
- LEDESMA, M. DEL V. (1990) "Immagine e nome propio. Uno studio sulle silhouettes dei desaparecidos" en *Idee* 13/15, 131-136. Rivista di Filosofia. Lecce: Milella.
- LOTMAN, Y. (1985) *La Semiosfera*. Milán: Marsilio.
- MADRES DE PLAZA DE MAYO (1996) *Historia de las Madres de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: EMPM.
- NINO, C. (1997) *Juicio al mal absoluto*. Buenos Aires: Emecé.
- SIGAL, S. y SANTI, I. (1985) "El discurso del régimen autoritario. Un estudio comparado" en I. Cheresky y J. Chonchol (eds.) (1985).
- SONDEREGUER, M. (1989) "'Aparición con vida'. El Movimiento de los Derechos Humanos en la Argentina" en E. Jelin (ed.) (1989: 157-181).
- VERÓN, E. (1978) "Sémiosis de l'idéologie et du pouvoir", *Communications* 28. París: Seuil.
- (1987) *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.

ABSTRACT

During the Argentine dictatorship (1976-1983) there were a great repression and a media blackout about missing persons. This paper explores the discursive strategies of the military discourse to hide the problem and the families answers. The missing could be a study case because it establishes an argumentative device in the media and show how the passions are constitutive of the discourse reception and interaction.

Lucrecia Escudero Chauvel fue profesora de Semiología de los Medios en las universidades de Rosario y Buenos Aires, se especializó en Ciencias del Lenguaje en la Universidad de París XIII y se doctoró en Semiótica en la Universidad de Bolonia. Actualmente es profesora de Teoría y Modelos de la Comunicación en la Universidad de Lille 3 y de Teoría de los Signos en la Universidad de París VIII. Entre sus publicaciones figuran *The Media Truth* (Toronto University Press, 1997) y *Malvinas el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra* (Barcelona: Gedisa, 1996) y en colaboración con Eliseo Verón *Telenovela, ficción popular y mutaciones culturales* (Barcelona: Gedisa, 1997). E-mail: lucreciachauvel@aol.com

PARA UNA LECTURA DEL DISCURSO DE LA COMANDANTA ZAPATISTA ESTHER ANTE EL CONGRESO MEXICANO*

TERESA CARBÓ

[Sería bueno...] pensar que en el laberinto de los signos, la investigación está siempre empezando; es decir, no se reanuda a partir del final ni comienza de nuevo, sino que, como la hierba, crece por el medio.

Paolo Fabbri, *El giro semiótico*

“Una lectura...” Noción problemática y cautivadora, si las hay, a la que adhiero desde hace tiempo como principio rector (flotante) de un conjunto de prácticas analíticas en asuntos discursivos y más allá (Carbó 1984, 2001).

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada y provechosamente discutida en el coloquio realizado en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México), del 29 al 31 de agosto de 2001, sobre el tema “Identidades sociales, identidades discursivas”. La naturaleza y el alcance de esta publicación requieren una nota previa: se trata del puro inicio de un estudio, datos apenas en proceso de construcción y nada más. Así, ofrezco al escrutinio de mis pares la “red de captura” del desarrollo del texto en su linealidad sintagmática; sólo señas de un primer seguimiento del grano de la voz (de la escritura). E invito a la observación crítica de los efectos posibles (¿plausibles?) de ese pequeño dispositivo de lectura, tal como se consigna en el texto anexo. Otros recorridos podrán quizá valerse de tan básicos recursos.

No la lectura concebida “cómplice”, ahuyentada de sí misma por un implacable programa político-científico (“cientificista” usarfase decir hoy), contaminada por la ineludible subjetividad y sorda al sentido (Pêcheux 1978: 25, 28 y *passim*; 228, 260). Tampoco exactamente la multiplicidad de lecturas posibles sugeridas años ha por Eliseo Verón (1971: 143), aunque sí ciertamente una disposición de lectura más cercana a la concepción operativa y móvil que dicho autor esbozará más tarde (1995: 14), como la puesta en relación de los fenómenos sociales con el tema del poder (y su desigual distribución en este mundo). La mía es también, desde luego, una lectura despreocupada por la automatización, y rendida más bien, en dichosa entrega, a la escucha absorta de las particularidades y perfiles de un significante que susurra (Barthes 1987: 101), desde un cierto lugar y en determinado tiempo.

“Esta tribuna es un símbolo” dice la comandanta Esther en el párrafo 12 de su discurso el día 28 de marzo de 2001 en la Sala de Sesiones de la Cámara de Diputados del Poder Legislativo Mexicano, en la ciudad capital. Por supuesto, no se equivoca. Contra toda esperanza, los insurrectos han logrado acceder a un espacio físico, cerrado y ajeno, que condensa y evoca el más solemne ritual del poder político entronizado como nación, y además, opresor (“mal gobierno”, en el léxico zapatista). Con muy buena estrategia, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ha hecho caso omiso del estatuto jurídico formal del tipo de evento comunicativo al que sólo pocos días antes una escasa mayoría parlamentaria ha logrado invitarlos: una sesión de las Comisiones que se vinculan al tema de lo indígena, y no una sesión plenaria, pero sí en el Salón de Plenos. Por encima de juristas puntillosos (quisquillosos), los zapatistas han escogido la densidad simbólica de lo tangible. Lo que importaba era llegar hasta allí, transponer materialmente la barrera que protege el helado territorio del poder, y desde ese lugar, único en el régimen, hablar y ser escuchados.

Y helos allí, en la tribuna, dirigiéndose a millones de congéneres, en vivo, durante 5 horas, por las cadenas comerciales de televisión, habituales difamadoras del movimiento zapatista desde su aparición pública. El logro es de tal magnitud que casi no puede concebirse. Abre Esther en locación inicial, portadora, como ella lo subraya en el mismo párrafo (P) 12, del mensaje central de la Comandancia del EZLN. Desde el polo de lo que llaman teleaudiencia, me dejó absorber en una actuación virtuosa, en un desempeño impresionante, cuyo efecto poderoso ni una nota en falso viene a estorbar (Goffman 1989: 63). En cuanto a contingencias de la actuación, Esther no sólo no trastabilla, tropieza o tartamudea, como, desde luego, no se rasca in-tempestivamente ni estornuda (*Idem*: 62-9), sino que, en una escena que es montada y manejada por el otro equipo, despliega de manera sostenida un

notable control expresivo (*Idem*: 103). Es claro que goza(n) de una dirección dramática de primer orden (*Idem*: 63). Imposible tratar aquí el tema de la puesta zapatista en escena, nacional y global, como una estrategia de visibilización política (“una puesta en acto del límite”, Belausteguigoitia 1995: 301) que ofrece singular interés. Se han referido a ella investigadores talentosos (Belausteguigoitia 1995; Huffschmid 2001; Mier 1995, entre otros).

Para que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional llegara hasta allí, fue necesaria en primer lugar la guerra (véase el muy interesante tratamiento de guerra y palabra en Mier 1995: 148-158); la proclamación de un estado de insurgencia armada, junto a unos cuantos actos, muy bien llevados, de propaganda militar. En ellos, por cierto, desempeñaron destacados papeles varias mujeres: Ana María a cargo de la toma de San Cristóbal, Maribel en Margaritas, Laura en Ocosingo (Rovira 1997: 123; en conjunto, un texto de lectura imprescindible). Han seguido desde entonces largos, largos años de trabajo, talento y perseverancia, de guerra de “baja” intensidad ante la cual las mujeres han sido decisivas, hasta ver llegar la Caravana Zapatista a la ciudad de México en 2001, sin el PRI (Partido Revolucionario Institucional) en el gobierno, y con la comandanta Esther, integrante del máximo cuerpo de conducción política de las fuerzas regulares e irregulares del EZLN. Hace ya tiempo que Ramona y “la Mayor” (Ana María) participaron en el Diálogo en la Catedral (de San Cristóbal), por entero inolvidable en su dimensión visual (y en todas las demás).

Quisiera señalar aquí que la atención a la dimensión temporal (tanto fina como extensa) de estos asuntos es perfectamente esencial. Resulta imposible intentar leer el zapatismo sin un establecimiento preciso de las secuencias de desarrollo y cambio en los mapas de las diferentes correlaciones de fuerzas, según colocaciones recíprocas (múltiples, más bien) que se extienden, por momentos, a escala planetaria, o se congelan silentes en varios meses. Algunos trabajos son más útiles que otros: *Chiapas: la razón ardiente* (Gilly 1997) ofrece una iluminadora reconstrucción histórica de la larga duración de las luchas indígenas y campesinas en México y de su presente en el zapatismo. También *La rebelión de Chiapas*, de Neil Harvey (1998), es de muchísima utilidad para conocer la complejidad de movimientos, grupos, áreas, rompimientos y alianzas en la escena chiapaneca y en el EZLN.

En la coyuntura de la Caravana o Marcha Zapatista (mal llamada “ZapaTour” por algunos), pocos días antes de la alegría de llegar al Congreso (exactamente el 22 de marzo), la meta de la movilización hasta la ciudad capital se daba ya casi por perdida. En un mitin multitudinario ante las puertas (cerradas) de Poder Legislativo, bajo un sol urbano impiadoso, los compañeros se despedían de su raza/banda urbana. Esther, oradora después de la

comandanta Yolanda, pronuncia un discurso en el que insta a no conceder la derrota; se trata, por el contrario, de defender los logros alcanzados, e incluso de crecer. Emplea para esta invitación a la esperanza metáforas de cultivo y cuidado terrenal de inconfundible sabor campesino. Poco antes, a las puertas de la ciudad, habla también en el Día Internacional de la Mujer, junto a las comandantas Yolanda y Susana. Es la suya una intervención muy inteligente, que narra ciertos aspectos de su camino de ingreso en el movimiento como una puerta abierta a todas. Estimulante y clara oradora, se aproxima a lo que yo pensaría que las feministas considerarían un discurso de género en sentido específico: “A los hombres no les convenía [la movilización política de sus esposas], según ellos la mujer nada más sirve de tener hijos y debe cuidarlos. Y también hay algunas mujeres que eso ya lo tienen metido en la cabeza” (*Memoria* 146: 39). Sin duda, convoca: “Creo que vamos a lograr el cambio como nosotras queremos, sí se va a lograr porque veo que muchas mujeres se están organizando [...] y así más fuerza vamos a tener, entre todas lo vamos a lograr” (*Idem*).

Son numerosas, en verdad; son muchas y muchísimas las mujeres indígenas movilizadas en Chiapas y en México, las zapatistas, militares o políticas, pero también las de cooperativas, talleres o proyectos colectivos (Rovira 1997:109), las clandestinas o las “sociedad civil”, simpatizantes o bases de apoyo. Según estimaciones del propio EZLN, su composición registra un 33% de mujeres (Lagarde 1997:155). Merced a un largo proceso organizativo, aún en curso (Hernández Castillo 1998: 129; un muy buen resumen de años recientes en la lenta acumulación femenina de fuerzas, y en la diversidad de experiencias que buscan ponerse en común), los nombres de las mujeres se multiplican: Ramona, Ana María, Maribel, Trinidad, Claribel, Yolanda, Laura, Isidora, Elisa, Esther, Susana, Amalia, Irma, Elena y tantas más (Rovira 1997: 120-35). Es bueno nombrarlas; nombrarlas siempre, para que nada malo les suceda, y para no creer que sólo algunas sostienen el vasto tejido de la resistencia.

La prominencia de la responsabilidad comunicativa encomendada a Esther es tributaria entonces de una larga y compleja evolución en la movilización femenina indígena, tal como desde 1994 fue acompañada, observada y apoyada por los debates feministas a propósito del zapatismo y el lugar de las mujeres en él. Un universo testimonial, narrativo, argumental, militante y polémico muy interesante es este de la discusión desde/para/por las mujeres. Se encuentran allí posiciones bastante críticas (Rojas 1996; Belausteguigoitia 1995, 1998) ante la lentitud de los avances y la prevalencia de aparatos y prácticas machistas en la vida cotidiana de las mujeres activistas, así como también miradas con más paciencia ante los procesos de cambio y la com-

plejidad de los órdenes involucrados en el tema de la opresión femenina (Hernández Castillo 1993, 1996, 2000, 2001; Lagarde 1997). Se trata, me parece, de una auténtica formación discursiva, hasta un punto tal que algunas frases del discurso de Esther podrían escucharse como réplicas casi directas a ciertas observaciones de años atrás por parte de las compañeras feministas críticas.

Habitan ese espacio vivo de reflexión y acción (al que aquí sólo puedo aludir) diversos temas devenidos emblemas en esta esfera: el asunto de la sexta pregunta (sobre la condición de las mujeres) que gracias a la movilización de estas se sumó a las preguntas de la Consulta Zapatista en julio de 1995; la Ley Revolucionaria de las Mujeres (Rovira 1997: 112) y su aceptación o no del dominio patriarcal (Rojas 1995, 1996), así como el derecho indígena consuetudinario, sintetizado en la frase “Usos y costumbres”, y en torno al cual se tejen numerosos fenómenos de lógica jurídica y densidad histórica y cultural (Franco Pelotier 1995), y también formulaciones agudas sobre la responsabilidad de las militantes y científicas sociales (Collier 1995). Por mi parte, adhiero a una disposición moderadamente optimista, según la cual las mujeres indígenas se encuentran empeñadas en “una lucha por reinventar la tradición desde una cultura de la equidad y la justicia [...] un trabajo de hormiga con el que está formándose una base social que puede lograr que las leyes sean algo más que documentos escritos” (Hernández Castillo 2001: 25).

En su actuación en territorio parlamentario, Esther incluye una suerte de autobiografía, no personal sino genérica, que resulta notablemente exacta (además de estremecedora) con respecto a las condiciones de vida observadas por las investigadoras sociales feministas en las mujeres indígenas, pobres entre los pobres, maltratadas y violentadas desde niñas, que es cuando empiezan a envejecer (véase P. 40 y confróntese con el testimonio de Vázquez 1995). Su relato-descripción es poderoso y plausible porque Esther, con confianza en el papel que representa (Goffman 1989: 29), destina la mayor parte de su energía a “expresar las características de la tarea que (se) realiza”, antes que a las del ejecutante (*Idem*: 88). También los datos de desnutrición femenina indígena son los más alarmantes (Rovira 1997: 73) y, sin embargo, estas mujeres no rechazan sino que asumen explícitamente su papel de nutridoras por excelencia (véase el P. 45 en relación con Belausteguigoitia 1995: 306). El analfabetismo rampante y la disfunción completa de la escuela pública allí donde la hay (Rovira 1997:159-64) hacen destacar el zapatismo como “la oportunidad de leer y escribir, de saber de historia y política, de encontrarse con otros jóvenes” (*Idem*: 74). Creo, con Marcela Lagarde (1997: 161), que “el ejército popular ha sido el refugio ante la agudización de cotidianidades que las han llevado al límite. La participación en él es, en sí mis-

ma, una experiencia dignificante de libertad y de esperanza". Por cierto, el libro de Lovera y Palomo (1997) donde aparece el texto antes citado, es una espléndida, casi inabarcable recopilación de documentos, acuerdos, memorias y (lúcidas) reflexiones. En el mismo espíritu de pluralidad de voces y de registro cuidadoso de etapas argumentales que de otro modo se perderían en lo efímero de su materialidad, es la labor impresionante de lo que ha compilado Rosa Rojas (1995), ambos trabajos de consulta obligada.

Por último, o más bien en el principio de la legitimidad de la insurrección armada, se encuentra la imposibilidad de aceptar la muerte de cercanos, criaturas y seres queridos por obra de enfermedades curables. Ese fue el límite de su tolerancia (Lagarde 1997: 153). "Si no fuera tan pobre", cuenta Filiberta a Guiomar (Rovira 1997: 74), "ni hijo se hubiera logrado. No tenemos para medicinas, ni para el doctor, ni buena alimentación, ni nada. Por eso estoy en la lucha." "Es en este sentimiento de injusticia sufrida, de agravio moral cuya reparación clama a los cielos, donde se entrecruzan y se nutren las raíces de las rebeliones de los pobres, urbanos o rurales" (Gilly 1997: 49).

Son estas las mismas mujeres que, en trabajo colectivo ("que es de por sí mejor, porque nos junta, nos une, y nadie nos puede separar porque nuestro pensamiento dice en nuestras acciones", Rovira 1997: 109), diseñan ingeniosas y creativas soluciones, como los casetes circulantes con información (radio-periódico le llaman) o para discusión de documentos (la Ley Revolucionaria de Mujeres, por ejemplo), en una situación de comunicaciones difíciles y analfabetismo femenino generalizado (*Idem*: 105), o colectivizan los medios de subsistencia, con la compra comunitaria de una máquina de coser (*Idem*: 107). El hecho mismo de la colonización relativamente reciente en la zona requirió que las mujeres adoptaran roles no convencionales en los nuevos ejidos de las tierras bajas, contribuyendo así a la reformulación de las relaciones entre los sexos, se ha señalado (Harvey 2000: 230).

En cuanto al análisis textual indicativo de la actuación discursiva de Esther en la Cámara de Diputados, sólo podré esbozar algunas ideas. Como producto significativo de índole verbal, es un texto sumamente interesante y muy complejo, en diferentes niveles y modalidades, con una conformación integral tan finamente tejida (como los textiles exquisitos que aún elaboran estas mujeres), que resulta en principio engañoso en su aparente simplicidad. Sólo sucesivas lecturas y un trabajo manual directo van mostrando la densidad de operaciones discursivas superpuestas que se distribuyen en los distintos tiempos de su transcurrir. Cambios experimentales en el punto de vista analítico permiten a esa complejidad aflorar: además de estar múltiplemente orientado en su fuerza pragmática de interpelación de destinatarios (presen-

tes/ausentes, aliados/enemigos, indígenas/no indígenas, hombres/mujeres), el discurso de Esther exhibe ductilidad en las facetas de autoconstrucción de su papel de enunciativa, y una singular economía y eficacia en el empleo de actos de habla, entre otros fenómenos de los diferentes subsistemas discursivos. Son interesantes hasta cosas tan sencillas como la locación y periodicidad de las apelaciones expresadas a los destinatarios directos, que van desde la extrema formalidad y extensión del P. 1, a formulaciones mucho más económicas y breves, que se van presentando en un ritmo de creciente urgencia que abrevisa los intervalos entre una y otra (son los Ps. 1, 96).

Como comandanta, Esther subraya la naturaleza política de su autoridad (P. 8), aunque el rango exhibido es también un cargo del paradigma, no sólo verbal, de lo militar. En ese carácter, y en el último tramo de su intervención, nos permite presenciar a una comandanta en funciones, emitiendo órdenes que van a ser acatadas por los subordinados encargados de la acción. Me refiero al justamente famoso comunicado de cuatro puntos al subcomandante Marcos con respecto a posiciones militares y la designación de un correo zapatista oficial para la reanudación del diálogo (los Ps. 77, 86). Desde cierto punto de vista, todo cuanto Esther ha dicho antes de realizar en escena ese performativo (que se formula en completa propiedad de género discursivo) puede ser visto como la construcción de un terreno pertinente para la ocurrencia de este. No es ese el caso, desde luego, sino que es una más de las numerosas inversiones que el discurso pone en acto, entre lo predecible o atribuido al zapatismo desde una cierta doxa y las soluciones específicas por ellos adoptadas, muy originales, muy frecuentemente.

De igual modo, Esther es, como ella lo dice, una mujer, indígena, pobre y zapatista (esto es, insurrecta) que actúa en más de una ocasión como maestra de su auditorio, explicando los asuntos de manera contrastiva y paralela, o anunciando lo que hará a continuación o cerrando el tramo explicativo con una glosa o coda, en abundantes formas del presente del indicativo del verbo ser. Véanse, en este sentido, los Ps. 7 ("Ya ven que no es así."), 10 ("Así demostramos que"), 12 ("Por eso", "Por eso"), 30 (definicional), 38 ("Yo quiero hablar de"), 40 ("Quiero explicarles"), 54 (síntesis y adjudicación de responsabilidad o causa), 58 ("Así es"), 77 ("por eso nosotros"), y hay más, con sólo afinar la lectura. Ciertamente, se trataría de una maestra singular que, con distanciamiento brechtiano, desnuda (sólo algunos de) los recursos simbólicos puestos en juego por su equipo en situación de (luego se vería que sólo pasajero) triunfo táctico. Véase otra vez el P. 12.

La portadora del mensaje central se construye como mujer indígena, vimos antes; una más de tantas en la opresión insostenible, pero es interesan-

te subrayar que esta condición de mujer indígena incluye una severa crítica a la disparidad de derechos de hombres y mujeres, indígenas por igual, en las comunidades. Véanse sobre todo los Ps. 50 y 53, aunque la disposición reivindicativa permea todo este tramo textual. Nótese, en el P. 60, la impartición de instrucciones a los destinatarios, desactivando anticipadamente posibles interpretaciones erróneas del propósito comunicativo de su desgarradora descripción de “la vida y la muerte de nosotras, las mujeres indígenas”. Hay dolor y beligerancia en esa declaración, después de la cual sigue la categorización de los usos y costumbres en buenos y malos, aceptables o no para ellas (Ps. 61-63).

Un aplomo igualmente notable es perceptible en el espacio del desempeño lingüístico como tal: sin ninguna aclaración o mención, la comandanta Esther se muestra (es, ejerce, exhibe dominio) bilingüe, con un conocimiento más que respetable del español (sólo ocasionales fallas de concordancia en género y número y desajustes en el sistema preposicional), proporcionándonos una escena que es emblemática de la situación nacional: sobre los excluidos recae la carga del aprendizaje de la lengua dominante, o el estigma de su mal manejo. Véase el P. 65, aunque en el P. 33 la mención de la propia lengua reviste un valor estilístico y expresivo que forma parte de su reclamo del derecho a la diferencia: “la lengua que hablamos, la música y la danza que hablan nuestras tristezas y alegrías” (nótese el orden de los valores afectivos: la tristeza es primero). En este respecto, Esther actúa según lo prevé Goffman (1989: 59); esto es, procurando “dar la impresión de que su porte y capacidad actuales son algo que siempre ha(n) poseído y de que nunca ha(n) tenido que abrirse camino con dificultad a través de un período de aprendizaje”.

Asimismo se conduce como alguien (una actora política) que puede hablar a los legisladores de igual a igual, sobre la base de una ética del compromiso, a cuyo cumplimiento los exhorta con formulaciones nunca antes oídas en el propio espacio parlamentario, por boca de alguien que no lo es y no goza en consecuencia de la instituida inmunidad (¿impunidad?) legislativa por lo dicho en ejercicio de sus funciones específicas (Carbó 1987). Toda la información histórica con la que cuento sobre otras ocasiones de presencia de la población indígena en este espacio institucional traza un panorama completamente inverso a este. Los indígenas son mudos testigos de homenajes diversos (Carbó 1988) o destinatarios de maltrato bienintencionado de la peor calaña (Carbó 1983) o manipulados en su identidad de museo y patrimonio nacional (Carbó 1990, 1997). No ocupan posiciones de sujetos sino sólo de pacientes, y cuando llegan a hablar en alguna lengua “autóctona”, se trata de una exhibición ritual, perfectamente token y con frecuencia apegada a la coyuntura más inmediata. “Acérquese, asegúrese, que no le digan, que no

le cuenten, venga usted a ver las pruebas de la histórica, inimaginable y pasmosa inversión de roles políticos ocurrida este año por primera vez, aquí en su ciudad capital”, recitaría un “merolico”, moderno pregonero y vendedor callejero en esta megalópolis, emblema de su zona céntrica, e inscripto en lo que se conoce eufemísticamente como sector informal. Adhiero a ese registro expresivo e invito: ¡Vea los Ps. 67 y 68, que no tienen desperdicio ni precedentes en el ritual político mexicano, siempre protocolario y solemne! ¡Observe cómo una “india patarrajada” (término derogatorio empleado hasta finales del siglo XX en amplios sectores, urbanos y rurales, de la sociedad mexicana), sin nombre ni apellido y además encapuchada, conmina discursivamente a los legisladores a la observancia de la palabra comprometida, con singular, sencilla elocuencia!

Habré de concluir con sólo algunas observaciones sobre la descomposición sintáctica y sintagmática que se registra sobre el texto original con variadas marcas tipográficas, aun sabiendo que ella ofrece numerosísimas pistas de lectura que no he acabado siquiera de detectar. Las formas pronominales (léxicas o flexivas) de la primera persona singular y plural, junto con el relevamiento de los personajes invocados en el espacio de la tercera persona, trazan un mapa complejo de los campos de pertenencia, exclusión, distanciamiento y alianza entre sectores sociales y políticos, desde el punto de vista zapatista. Destacable es la ocurrencia de una única forma de 1ª persona plural incluyente de todos los mexicanos (P. 25), en una exhortación a valorar la unión y la semejanza por encima de las diferencias y líneas de fractura que seccionan lo social y lo político con profundidad mucho mayor que lo llamado nacional. Con el manejo de pronomos personales se combina, desde luego, la estructura básica del paradigma verbal (tiempos y modos), allí incluidos usos muy interesantes de formas impersonales con “se”, con pronombres indefinidos (“algunos”) u otros procesos; por ejemplo, las frases de relativo (“quienes no creyeron”). La negación, que apenas sí he observado, parece ofrecer singular interés en materia argumental, siempre dentro de los parámetros del estilo expositivo de la comandanta: didáctico, pausado y estrechamente tejido. Los nexos argumentales (“pero”, “porque”) se distribuyen también según una pauta no azarosa sino relacionada con la operación predominante en el respectivo tramo textual: descripción, alegato o narración. Asimismo, están nítidamente presentes ciertos recursos retóricos bien establecidos, inclusive clásicos, que el texto emplea con fluidez: repetición, paralelismos, negación, antifrasis y seguramente varios más. Véase por ejemplo el uso de la estructura “Se acusa a esta propuesta [...] y se olvida”, en cuatro ocurrencias a lo largo de los Ps. 32, 34, 35, 36. La larga descripción idealizada del funcionamiento del Poder Legislativo en México le sirve bien como contraste con las

condiciones, fatalmente peligrosas, de argumentación y polémica por parte de los indígenas, diferentes, ausentes, encarcelados o muertos por causa de sus convicciones. Hay también muestras de una ironía delicada (Ps. 7, 40), así como un trazo bastante cuidadoso del panorama valorativo (adjetivos, adverbios, modalizaciones en general, inclusive oblicuas) que, sin polarizar la situación en forma notoria, no dejan lugar a confusión sobre actitudes diferentes ante conductas diferentes, en una (micro)coyuntura en la que no convenía romper puentes sino lo contrario.

Terminaré evocando la mañana del lunes 19 de marzo de 2001, cuando una parte de la delegación zapatista hizo una pequeña e improvisada gira por el Ajusco, donde vivo. El panorama político era desalentador. Aunque no se hablaba todavía del regreso a la selva "con las manos vacías" (sin acceder al Congreso), hacia allá parecía ir la cosa. Distintos rumbos de la ciudad estaban siendo visitados por grupos de comandantes zapatistas para reanimar la situación. A la comandanta Esther, con otros tres comandantes, le tocó esta zona del sur de la ciudad, en la cadena montañosa del Pico del Águila y donde varios pueblos se suceden a lo largo de una pequeña carretera rural. Área de influencia zapatista durante la revolución, y de clandestino acceso por pasos y cañadas, sus nombres testimonian la conquista religiosa temprana de antiguos asentamientos indígenas (San Miguel Xicalco, San Andrés Totoltepec y otros). Acompañé a la sup-caravana, y en la Magdalena Petlalcalco sentí incomodidad y pesar por la escasa concurrencia, lo poquitos que éramos. No se había avisado a tiempo y estaban sólo unas cuantas abuelitas con algunos niños pequeños. En un momento dado, la mirada diáfana, perspicaz y, sobre todo, serena, de la comandanta Esther sostuvo la mía. "No hay tos, maestra" (coloquialismo mexicano urbano contemporáneo, por: "No hay problema"), sentí que me decía; "esto va para largo", añadió. Me tranquilicé. Este (inicio de) trabajo es una prenda de agradecimiento por la confianza demostrada.

(Algunos) párrafos del discurso pronunciado por la comandanta zapatista Esther en el Congreso mexicano el día 28 de marzo de 2001 (*La Jornada* 29/3/01)

1. Honorable Congreso de la Unión: Legisladoras y legisladores de la Junta de Coordinación Política de la Cámara de Diputados: Legisladores y legisladoras de las comisiones unidas de Puntos Constitucionales y de Asuntos Indígenas de la Cámara de Diputados: Legisladores y legisladoras de las comisiones de Puntos Constitucionales, de Asuntos Indígenas y de Estudios Legislativos de la Cámara de Senadores: Legisladores y legisladoras de la Comisión de Concordia y

Pacificación: Diputados y diputadas, senadores y senadoras. Hermanos y hermanas del Congreso Nacional Indígena. Hermanos y hermanas de todos los pueblos indios de México: Hermanos y hermanas de otros países: Pueblo de México:

2. Por mi voz habla la voz del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. La palabra que trae esta nuestra voz es un clamor. Pero nuestra palabra es de respeto para esta tribuna y para todas y todos los que nos escuchan. No recibirán de nosotros ni insultos ni groserías. No haremos lo mismo que aquel que el día primero de diciembre del año 2000 rompió el respeto a este recinto legislativo.

3. La palabra que traemos es verdadera. No venimos a humillar a nadie. No venimos a vencer a nadie. No venimos a suplantar a nadie. No venimos a legislar. Venimos a que nos escuchen y a escucharlos. Venimos a dialogar.

4. Sabemos que nuestra presencia en esta tribuna provocó agrias discusiones y enfrentamientos. Hubo quienes apostaron a que usaríamos esta oportunidad para insultar o cobrar cuentas pendientes y que todo era parte de una estrategia para ganar popularidad pública. [...]

7. Quienes apostaron a prestar oído atento a nuestra palabra respetuosa, ganaron. Quienes apostaron a cerrar las puertas al diálogo porque temían una confrontación, perdieron. Porque los zapatistas traemos palabra de verdad y respeto. Algunos habrán pensado que esta tribuna sería ocupada por el sup Marcos y que sería él quien daría el mensaje central de los zapatistas. Ya ven que no es así.

8. El subcomandante insurgente Marcos es eso, un subcomandante. Nosotros somos los comandantes, los que mandamos en común, los que mandamos obedeciendo a nuestros pueblos. Al sup y a quien comparte con él esperanzas y anhelos les dimos la misión de traernos a esta tribuna. Ellos, nuestros guerreros y guerreras, han cumplido gracias al apoyo de la movilización popular en México y en el mundo. Ahora es nuestra nora. [...]

10. Así demostramos que no tenemos ningún interés en provocar resentimientos ni resquemores en nadie. Así que aquí estoy yo, una mujer indígena. Nadie tendrá por qué sentirse agredido, humillado o rebajado porque yo ocupe hoy esta tribuna y hable.

11. Quienes no están ahora ya saben que se negaron a escuchar lo que una mujer indígena venía a decirles y se negaron a hablar para que yo los escuchara. Mi nombre es Esther, pero eso no importa ahora. Soy zapatista, pero eso tampoco importa en este momento. Soy indígena y soy mujer, y eso es lo único que importa ahora.

12. Esta tribuna es un símbolo. Por eso convocó tanta polémica. Por eso queríamos hablar en ella y por eso algunos no querían que aquí estuviéramos. Y es un símbolo también que sea yo, una mujer pobre, indígena y zapatista, quien

rome primero la palabra y sea el mfo el mensaje central de nuestra palabra como zapatistas. [...]

25. Uno donde, en los momentos definitorios de nuestra historia, todas y todos pongamos por encima de nuestras diferencias lo que tenemos en común, es decir, el ser mexicanos. [...]

30. Esa es la "iniciativa de ley de la Cocopa", llamada así porque fueron los miembros de la Comisión de Concordia y Pacificación del Congreso de la Unión, diputados y senadores, los que la hicieron. [...]

32. Y en este debate, todas las críticas fueron puntualmente refutadas por la teoría y la práctica. Se acusa a esta propuesta de balcanizar el país, y se olvida que el país ya está dividido. Un México que produce las riquezas, otro que se apropia de ellas, y otro que es el que debe tender la mano para recibir la limosna.

33. En este país fragmentado vivimos los indígenas condenados a la vergüenza de ser el color que somos, la lengua que hablamos, el vestido que nos cubre, la música y la danza que hablan nuestras tristezas y alegrías, nuestra historia.

34. Se acusa a esta propuesta de crear reservaciones indias, y se olvida que de por sí los indígenas estamos viviendo apartados, separados de los demás mexicanos y, además, en peligro de extinción.

35. Se acusa a esta propuesta de promover un sistema legal atrasado, y se olvida que el actual sólo promueve la confrontación, castiga al pobre y le da impunidad al rico, condena nuestro color y convierte en delito nuestra lengua.

36. Se acusa a esta propuesta de crear excepciones en el quehacer político, y se olvida que en el actual el que gobierna no gobierna, sino que convierte su puesto público en fuente de riqueza propia y se sabe impune e intocable mientras no acabe su tiempo en el cargo. [...]

38. Yo quiero hablar un poco de eso que critican a la ley Cocopa porque legaliza la discriminación y la marginación de la mujer indígena. [...]

40. Quiero explicarles la situación de la mujer indígena que vivimos en nuestras comunidades, hoy que según esto está garantizado en la Constitución el respeto a la mujer.

41. La situación es muy dura. Desde hace mucnos años hemos venido sufriendo el dolor, el olvido, el desprecio, la marginación y la opresión.

42. Sufrimos el olvido porque nadie se acuerda de nosotras. Nos mandaron a vivir hasta el rincón de las montañas del país para que ya no lleguen nadie a visitarnos o a ver cómo vivimos. [...]

47. Desde muy pequeña empezamos a trabajar cosas sencillas. Ya grande sale a trabajar en el campo, a sembrar, limpiar y cargar su niño, mientras los hombres se van a trabajar en las fincas cafetaleras y cañeras para conseguir un poco de dinero para poder sobrevivir con su familia, a veces ya no regresan porque

se mueren de enfermedad. No da tiempo para regresar en su casa o si regresan, regresan enfermos, sin dinero, a veces ya muerto. Así queda con más dolor la mujer porque queda sola cuidando sus hijos,

48. También sufrimos el desprecio y la marginación desde que nacimos porque no nos cuidan bien. Como somos niñas piensan que nosotros no valemos, no sabemos pensar, ni trabajar, cómo vivir nuestra vida. [...]

50. Ya cuando estamos un poco grande nuestros padres nos obligan a casar a la fuerza, no importa si no queremos, no nos toman consentimiento. Abusan de nuestra decisión, nosotras como mujer nos golpea, nos maltrata por nuestros propios esposos o familiares, no podemos decir nada porque nos dicen que no tenemos derecho de defendernos.

51. A nosotras las mujeres indígenas, nos burlan los ladinos y los ricos por nuestra forma de vestir, de hablar, nuestra lengua. Nuestra forma de rezar y de curar y por nuestro color, que somos el color de la tierra que trabajamos. [...]

53. Nosotras las mujeres indígenas no tenemos las mismas oportunidades que los hombres, los que tienen todo el derecho de decidir de todo. Sólo ellos tienen el derecho a la tierra y la mujer no tiene derecho, como que no podemos trabajar también la tierra y como que no somos seres humanos, sufrimos la desigualdad.

54. Toda esta situación los malos gobiernos los enseñaron. [...]

58. Así es de por sí la vida y la muerte de nosotras las mujeres indígenas. Y nos dicen que la ley Cocopa va a hacer que nos marginen.(...)

60. No les cuento todo esto para que nos tengan lástima o nos vengan a salvar de esos abusos. Nosotras hemos luchado por cambiar eso y lo seguiremos haciendo.

61. Pero necesitamos que se reconozca nuestra lucha en las leyes porque hasta ahora no está reconocida. Sí está pero sólo como mujeres y ni siquiera ahí está cabal. [...]

63. Malas son de pegar y golpear a la mujer, de venta y compra, de casar a la fuerza sin que ella quiere, de que no puede participar en asamblea, de que no puede salir en su casa. [...]

65. Va a servir para que seamos reconocidas y respetadas como mujer e indígena que somos. Eso quiere decir que queremos que sea reconocida nuestra forma de vestir, de hablar, de gobernar, de organizar, de rezar, de curar, nuestra forma de trabajar en colectivos, de respetar la tierra y de entender la vida, que es la naturaleza que somos parte de ella. [...]

67. Por eso queremos decirle para todos los diputados y senadores para que cumplan con su deber, sean verdaderos representantes del pueblo. Ustedes dijeron que iban a servir al pueblo, que van a hacer leyes para el pueblo. Cumplan su palabra, lo que se comprometieron al pueblo. Es el momento de apro-

bar la iniciativa de ley de la Cocopa.

68. Los que votaron a favor de ustedes y los que no pero que también son pueblos siguen sediento de paz, de justicia, de hambre. Ya no permitan que nadie ponga en vergüenza nuestra dignidad. Se los pedimos como mujeres, como pobres, como indígenas y como zapatistas. [...]

77. En este caso, sus órdenes han sido señal de paz y por eso nosotros, los comandantes y las comandantas del EZLN, también daremos órdenes de paz a nuestras fuerzas. [...]

86. En caso de negativa del Congreso de la Unión, misma que sabremos entender, se instruye al arquitecto Yáñez para que dicho encuentro se realice donde se considere pertinente, siempre y cuando sea un lugar neutral, y que se informe a la opinión pública de lo que ahí se acuerde. [...]

96. Señoras y señores legisladoras y legisladores: Soy una mujer indígena y zapatista. Por mi voz hablaron no sólo los cientos de miles de zapatistas del sureste mexicano, también hablaron millones de indígenas de todo el país y la mayoría del pueblo mexicano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTHES, R. (1975 [1987]) "El susurro de la lengua" en *El susurro del lenguaje* de R. Barthes. Barcelona: Paidós, 99-102.
- BELAUSTEGUIGOITIA RIUS, M. (1995) "Máscaras y postdatas: estrategias femeninas en la rebelión indígena de Chiapas", *Debate Feminista* 12, 299-317.
- (1998) "Visualizing Places: 'She looks, therefore ... who is?'" *Development* 41(2), 44-52.
- CARBÓ, T. (1983) "Le debat indigeniste au Mexique: Un exemple d'analyse du discours parlementaire", *Langage et Société* 26, 3-26.
- (1984) *Discurso político: Lectura y análisis*. México: CIESAS. Cuadernos de la Casa Chata 105.
- (1987) "¿Cómo habla el Poder Legislativo en México?", *Revista Mexicana de Sociología* XLIX(2), 165-80.
- (1988) "La escenificación discursiva de una paradoja: La población indígena en el contexto de la Segunda Guerra Mundial", *Discurso* 9, 63-79.
- (1990) "La construcción discursiva de una identidad: El caso de la población indígena de México" en *Estudios de lingüística de España y México* de B. Garza y V. Demonte (eds.), México: El Colegio de México, 391-396.
- (1997) "Who are they? The rhetoric of institutional policies towards the indigenous populations in post-revolutionary Mexico" en *The language and politics of exclusion (Others in discourse)* de S. H. Riggins (ed.), Londres: Sage, 88-108.
- (2001) "Regarding reading: On a methodological approach", *Discourse & Society* 12(1), 59-89.
- COLLIER, J. F. (1995) "Problemas teórico-metodológicos en la antropología jurídica" en *Los pueblos indígenas ante el derecho* de V. Chenaut y M. T. Sierra (eds.), México: CIESAS y CEMCA, 45-76.
- FRANCO PELLOTIER, V. M. (1995) "Conflicto de normas en las relaciones parentales en las culturas indígenas" en V. Chenaut y M. T. Sierra (eds.), 125-140.
- GILLY, A. (1997) *Chiapas: la razón ardiente*. México: Ediciones Era.
- GOFFMAN, E. (1959 [1989]) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HARVEY, N. (1998 [2000]) *La rebelión de Chiapas (La lucha por la tierra y la democracia)*. México: Ediciones Era.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, R. A. (1996) "Las demandas de la mujer indígena en Chiapas", *Nueva Antropología* XV (49), 31-39.
- (1998) "Construyendo la utopía: esperanzas y desafíos de las mujeres chiapanecas ante el siglo XXI", en *La otra palabra: Mujeres y violencia en Chiapas antes y después de Acteal* de R. A. Hernández Castillo (ed.). México: CIESAS, (CIAM), 125-142.
- (2000) "Distintas maneras de ser mujer: ¿Ante la construcción de un nuevo feminismo indígena?", *Memoria* 132, 48-51.
- (2001) "Entre el esencialismo étnico y la descalificación total: La política de identidades en México y las perspectivas de las mujeres", *Memoria* 147, 20-25.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, R. A. y ORTIZ ELIZONDO, H. (1993) "Derecho indígena y derechos de las mujeres: Algunas reflexiones teóricas en torno a la violencia doméstica", *Cuadernos de la Gaceta* 1(1), noviembre, 33-37. México: Comisión Nacional de Derechos Humanos.
- HUFFSCHMID, A. (2001) "El nuevo teatro mexicano: la performance política de Fox y Marcos", *Iberoamericana* (Nueva época) I (2), junio, 129-151.
- La Correa Feminista* 8 (1994) "Chiapas: reflexiones desde el feminismo". México, enero-marzo.
- LAGARDE, M. (1997) "Insurrección zapatista e identidad genérica: una visión feminista" en S. Lovera y N. Palomo (eds.), 145-179.
- LOVERA, S. y PALOMO, N. (eds.) (1997) *Las alzadas*. México: Comunicación e Información de la Mujer y Convergencia Socialista.
- Memoria* 145 (2001) "Presencia zapatista". México, marzo.
- Memoria* 146 (2001) "Voces zapatistas (Discursos de la Caravana)". México, abril.
- Memoria* 147, (2001) "El debate de las identidades". México, mayo.
- MIER, R. (1995) "La invención de los horizontes políticos: la palabra zapatista", *Dimensión Antropológica* 2(5), septiembre-diciembre:147-77.
- PECHEUX, M. (1969-1975 [1978]) *Hacia un análisis automático del discurso*. Ma-

drid: Gredos.

Proceso Nº 1271. "Marcos en el DF" (incluye la entrevista de Julio Scherer García al Subcomandante Marcos). México, 11-3-2001.

ROJAS, R. (ed.) (1995) "Chiapas ¿y las mujeres, qué?". México: *La Correa Feminista* - CICAM.

ROJAS, R. (1996) "Reflexiones sobre la ampliación de la Ley Revolucionaria de Mujeres Zapatistas". México: *La Correa Feminista*. Julio. (Folleto).

ROVIRA, G. (1997) *Mujeres de maíz*. México: Era.

VÁZQUEZ GÓMEZ, S. (1995) "Un momento de reflexión sobre la vida de las mujeres indígenas", en R. Rojas (1995), 81-83.

VERÓN, E. (1971) "Ideología y comunicación de masas: La semantización de la violencia política", en *Lenguaje y comunicación social* de AA.VV. Buenos Aires: Nueva Visión, 133-191.

— (1973 [1995]) "Semiosis de lo ideológico y del poder". *Cursos y conferencias* (Segunda época), 4, 11-38.

ABSTRACT

Rather than a preconceived reading, this paper offers a perspective of the social and discursive aspects of power. The analysis focuses on the whispers that express desires from a certain time and space: the Legislative power in Mexico. It is the voice of the Commander Zapatista Esther, who spoke to the nation on March 28th, 2001. The voice of the Zapatista Movement, voice of the Indian's women, testimony of the Indian condition in Mexico, voice that fights for equality and justice and which demands respect for the indigenous population of Mexico.

Teresa Carbó es lingüista egresada de El Colegio de México. Trabaja en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social (CIESAS) (México) desde 1980. Se ha dedicado al análisis del discurso político, periodístico y parlamentario. Fundadora de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED) e integrante del Advisor Board de la International Pragmatic Association. Es autora entre otros de *Discurso político: lectura y análisis* (México: Cuadernos de Casa Chata Nº 105 - Ciesas, 1984); *Una lectura del sismo en la prensa capitalina* (México: Cuadernos de Casa Chata Nº 147, 1987); en col. *El discurso parlamentario en México entre 1920-1950* (México: Ciesas, 1987. Vols. 1 y 2; "Regarding reading: on a methodological approach" en *Discours & Society* 12 (1), 2001.

E-mail: tcarbo@juarez.ciesas.edu.mx.

LA RESISTIBLE DECADENCIA DEL DEBATE PÚBLICO EN TELEVISIÓN

JEAN MOUCHON

El lugar de la televisión resulta central para el acceso a la información de la mayoría de la población en Francia. Los noticiarios, bajo su forma canónica de la "gran misa" de veinte horas en los canales generalistas o la de los modelos reducidos presentados en continuado en los canales temáticos, se mantienen en un nivel de audiencia elevado. La demanda de información se confirma igualmente en la radio, con el éxito de *France Info* acompañando a los automovilistas, o de la franja horaria que les está enteramente consagrada en las emisoras generalistas a la hora del desayuno. Paralelamente, los programas de debate acerca de cuestiones políticas o de la vida pública generan cada vez menos ingresos. Pese a las diferentes tentativas esbozadas desde los años ochenta en Francia por renovar el género y mantener al público —por ejemplo, la intrusión en la vida privada de los políticos en *Questions à domicile*— nada parece impedir este movimiento inexorable de erosión (Neveu).

Desde hace dos años, por el contrario, asistimos a un baile inquietante de emisiones que en una soia temporada, al término de la primera tentativa, se suprimen. Desde la partida voluntaria de Anne Sinclair y la supresión de *7 sur 7*, TF1 no logró reponer una emisión equivalente los domingos por la noche. Sin embargo, las dos fórmulas retenidas en 1998 y 1999 se sostuvieron con un presentador conocido y a priori capaz de asegurar un público fiel. Ni el despido de Michel Field, célebre por sus cualidades de animador de foros

de discusión, ni el reconocimiento profesional de Ruth El Krief con su traspaso de LCI al canal madre permitieron que sus emisiones franquearan el fin de año fatídico que fija la reprogramación. El fracaso de *Public* y *19H dimanche* tiene un alcance particularmente significativo, en la medida que muestra la obsolescencia de dos concepciones clásicas del debate público televisivo: ni la fórmula provocativa y de enganche de la primera, ni el cuestionamiento político que opera en la segunda han suscitado un interés sostenido.

Más allá de que las preguntas de los programadores de los canales de televisión sean legítimas y operacionales, estas obligan a reflexionar acerca del hiato constatado entre el interés del público por la información y su indiferencia por el debate y la confrontación de carácter político. A menudo reducida a consideraciones relativas a la moralidad y a la fiabilidad de la clase política, la interpretación habitual frente al rechazo del debate resulta bastante vaga. ¿No conviene interrogarse sobre ciertos aspectos esenciales de la dinámica democrática a los que reenvían estas formas de emisión? Las modalidades de selección de los actores sociales invitados a participar, su representatividad en relación con la población general y las condiciones en medio de las cuales los intercambios se desarrollan son tan estereotipadas que merecen entonces atención. La pregunta reenvía al problema de la regulación democrática en una sociedad que se encuentra bajo la gestión de los medios, precisamente en un momento en que los partidos y los sindicatos tradicionales están casi excluidos.

1. LOS DISPOSITIVOS, LOS MODOS ENUNCIATIVOS Y EL LUGAR DE LOS ACTORES SOCIALES

1.1 LA ELECCIÓN PROXÉMICA Y LOS MODOS ENUNCIATIVOS

Las emisiones de carácter político se basan en modelos proxémicos muy jerarquizados. La mayor parte del tiempo situado en París, el estudio de televisión permite la puesta en imagen del estatus acordado a los participantes. El efecto más intenso se produce cuando la atención del telespectador está concentrada exclusivamente en el invitado y el conductor que regula la conversación. Esta figura estrecha constituye la forma más clásica del intercambio político; sin embargo, la indiferencia manifestada respecto de *19H dimanche*, presentado por Ruth El Krief, atestigua la dificultad del género para sobrevivir a sí mismo. Parecería que esta forma dual fuera, en lo sucesivo, confundida con la presentación solitaria del político que, en democracia, resulta poco creíble. Esta queda reservada a los jefes de Estado en circunstancias graves,

como una situación de guerra, o en ocasión de ciertos rituales sociales, como los votos de fin de año, por ejemplo (Verón 1987: 33). Este desprecio revela de manera fuerte el fracaso de un modelo de expresión considerado durante mucho tiempo como el más adecuado para la información política. TF1 ya ha asumido tal cambio de expectativas del público y la conversación con el político se integra en el interior del tiempo reservado al noticiario.

Aplicado desde las elecciones europeas de 1999, este nuevo modo de tratamiento se mantiene en la siguiente emisión política del canal con Patrick Poivre d'Arvor. Ese deslizamiento en el orden enunciativo resulta hábil pues reenvía la expresión del punto de vista político a un proyecto desligado de su finalidad persuasiva. Considerada ahora como elemento de información, la posición política se vuelve audible. El lazo fuerte entre la topografía del habla y la modalidad enunciativa justifica las elecciones estratégicas de los responsables de los canales de televisión por asegurarse la audiencia al mismo tiempo que las opciones de comunicación del político. De este modo, emitir en France 2 *Vivement dimanche... prochain* a la misma hora que *19H dimanche* en TF1 puso en evidencia la confrontación desigual de los dos modelos: uno exclusivamente centrado en el contenido político, con desarrollos apun- talados, y el otro, con un tratamiento lateral y un modo humorístico.

Una de las tendencias del tratamiento político, en la televisión consiste entonces en reducir al máximo el aspecto argumentativo cuando de lo que se trata es de llegar a un público amplio. Resulta sorprendente, en efecto, constatar la manifiesta diferencia de recepción de Ruth El Krief, destacada y apreciada en el canal temático de información LCI y trivializada y luego apartada en TF1. La televisión generalista parece, entonces, corroer inexorablemente las cualidades salientes de la política: discutir contradictoriamente e intentar persuadir.

1.2 LOS DISPOSITIVOS, ESPEJOS DE LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

Conscientes del riesgo de achatamiento de la expresión política, algunos periodistas, especialmente en los canales de servicio público, han intentado reaccionar elaborando dispositivos más livianos, que incluyeran una diversidad de actores. Desde sus títulos, incluso, las emisiones exitosas de France 2, *La France en direct* y *Direct*, dan cuenta de un proyecto en el que el intercambio de puntos de vista resulta central. Su fracaso deriva, sin duda, de la pesada tendencia analizada precedentemente y que conlleva una condena no sólo a un género televisivo sino también a un modo de enunciación. No menos interesante resulta observar el funcionamiento interno de estas dos emisiones.

La primera anuncia su voluntad de dar la palabra a la gente común, como lo muestran los dúplex entre el estudio parisino y los lugares registrados en provincia. Podría pensarse qué satisfacción se les da a todos aquellos que, cansados del lenguaje de los políticos o de los expertos *habitués* de los estudios de televisión, pueden, en este marco, deiegar su expresión.

Sin embargo, la insatisfacción deviene profunda, como lo ilustran los ejemplos del invierno de 1995, en momentos de la larga huelga a la que debió hacer frente el gobierno de Alain Juppé. Titulada *Pourquoi ça bloque*, la emisión del 1º de diciembre reunió en el estudio a políticos y expertos, tales como el ministro Jacques Barrot o Alain Kouchner, y en dúplex a los huelguistas: estudiantes de Toulouse, empleados de correo de Estrasburgo y ferroviarios de Le Mans. El balance del tiempo acordado a cada categoría de actores es revelador de una asimetría ofensiva ya que mientras los huelguistas hablan durante 15 minutos el estudio monopoliza el resto del tiempo de una emisión de dos horas. Más allá de la expresión de su cólera, los huelguistas proponen un análisis pertinente del protocolo de palabra que rige ese magacín político. Cada representante en dúplex insiste sobre el mismo punto:

Un cartero:

Estamos felices de poder tomar por fin la palabra. Hay un montón de cosas para decir, los políticos confiscaron la palabra toda la velada y bueno, ellos dijeron cosas que ya se saben, que se han machacado desde hace años.

Un ferroviario:

Yo hubiera querido que esta noche acá, o mejor en Estrasburgo, todos los trabajadores en lucha en su país pudiesen tener un poco más la palabra y no solamente los salones parisinos, lo cual es escandaloso.

Un estudiante:

Uno pelea por reformas en positivo, uno tiene una idea de lo que quiere [...] sería tiempo de considerar que tenemos cosas positivas para aportar.

Como se puede constatar, la asimetría del reconocimiento de los estatus y la inequidad en los tiempos otorgados para hablar son unánimemente denunciados por los actores, no obstante el ánimo de movimiento social del que trata la emisión. Nos encontramos con un proceder clásico del tratamiento periodístico de los conflictos: el actor es convocado para testimoniar brevemente sobre su experiencia, y el experto, desde el estudio, desarrolla largos análisis, apoyándose en sus comentarios (Bonnafous 1994: 113-128). No es sorprendente que los actores implicados experimenten cólera como

consecuencia de esta desposesión programada. Sería erróneo pensar al dispositivo de la emisión como específico de la situación de crisis que caracteriza al período. El resto de los magazines políticos en el conjunto de los canales de televisión, y particularmente en canales de mucha audiencia, articulan el mismo dispositivo de toma de palabra.

El funcionamiento implícito y rutinario de la interacción verbal entre políticos, periodistas-mediadores y la gente común se pone en evidencia. La atribución de roles está predeterminada: el político se ubica en posición de responder y la persona común formula preguntas en el momento requerido por el periodista y en el tiempo que se le asigna (Mouchon 1998). Tal concepción no es inocente: reposa sobre una visión abiertamente estratificada de la sociedad que esta reproduce como un emergente de sí. Para ilustrar lo expuesto, se puede retomar el enunciado de las rúbricas propuestas por Guillaume Durand en ocasión de la emisión especial de TF1 consagrada al referéndum sobre Maastricht, el 3 de septiembre de 1992 (Mouchon 1997).

La primera parte, centrada en la conversación entre el presidente Mitterrand y un panel de gente común se presenta como el momento de expresión "de las preocupaciones de los franceses"; la segunda, focalizada en un diálogo con periodistas parisinos, aborda los "problemas de actualidad"; finalmente, la última, con un minidebate entre el Presidente y Philippe Séguin, es la ocasión de tratar "las cuestiones de fondo". La franqueza ingenua del animador muestra la asimilación inconsciente de las reglas de encuadre de la palabra de los actores sociales, en la televisión, por parte de los mediadores.

Sin embargo, no sería legítimo preguntarse si todavía es posible consagrar al político como un ser omnipotente y omnisciente, frente a la complejidad de la sociedad contemporánea, sacudida por los trastornos de la mundialización y de la revolución tecnológica. Considerada desde una perspectiva de confrontación de las lógicas profesionales, esta situación se revela beneficiosa para los periodistas en sus relaciones con los actores políticos. Su margen de maniobra se amplía: la exigencia respecto de "los poderosos" ¿no debería ser absoluta? La confusión, común en estos últimos años, entre el orden judicial y la práctica periodística o de investigación no ha podido desarrollarse más que sobre ese zócalo equivocado donde la política parece tener tanto poder, mientras los dispositivos televisivos en los cuales aparece a menudo no le dan los medios para una expresión argumentativa y adecuada con la presentación compleja de las alternativas y las decisiones relativas a la vida pública. Además, el estatuto menor otorgado a los actores comunes choca frontalmente contra las aspiraciones de una población más exigente y más instruida. El conjunto de los elementos del modelo de comunicación políti-

ca privilegiado por la televisión desde hace muchos años se presenta como un obstáculo al cambio real entre los diferentes actores de la sociedad. Luego de un largo período marcado por el desempleo y por la revelación de numerosos "affaires" que implican al campo político, el interés del ciudadano-teleespectador por la "cosa" pública no se puede restablecer sino sobre una base participativa, igualitaria y razonable: tres características ausentes de los dispositivos televisivos actuales.

El estatuto de la política en una sociedad enteramente mediatizada resulta muy problemático. En cierta manera, es razonable pensar que la semántica de la interacción se enriquece con el pasaje del orden simbólico al orden indicial (Verón 1995). No es, en efecto, indistinto conocer la personalidad de aquellos a quienes se delegan zonas de poder importantes. La televisión es, en este sentido, un revelador sin complacencia. Pero la trivialización de la política en el seno de una programación de entretenimiento y su instrumentalización a partir de la lógica del marketing tienen efectos destructivos. Los rasgos distintivos del discurso político son negados, la especificidad de su función en la sociedad es olvidada y la población experimenta su laxitud con un desinterés creciente.

2. LAS LÓGICAS DISCURSIVAS Y LOS PROCESOS COGNITIVOS

2.1 LAS LÓGICAS DE PRODUCCIÓN

La atribución distintiva de roles preestablecidos opera como un filtro en la elección de los participantes de las emisiones de intercambios políticos en la televisión. Como consecuencia de la lógica de la administración por la búsqueda de audiencia, se tornó "natural" no presentar sino a los actores más conocidos. Esta manera de hacer, presentada como un imperativo en el medio periodístico, genera una situación de bloqueo con respecto a la representatividad social de la palabra en la televisión y una laxitud del público en espera de renovación.

A este criterio de notoriedad se superponen otros, siempre presentes como reveladores de una necesidad de buen funcionamiento televisivo. Los rasgos de personalidad privilegiados reposan en gran medida en el énfasis, la exuberancia, lo deslumbrante. Así, la selección de los políticos puede hacerse con relativa independencia de la notoriedad, en la medida en que un carácter bien afirmado garantiza con toda seguridad un estallido de éxito, una irrupción de espectacularidad.

Jean-Marie Cavada, en un número especial de *La marche du siècle* hizo

mención a un especialista de derecho internacional (para ofrecer informaciones sobre los aspectos jurídicos del tratado firmado en Maastricht! Las dos lógicas discriminan categorías de público, una popular, inclinada a satisfacer formas lúdicas primarias; la otra, más exigente, a la medida de su capital cultural.

El análisis de estas prácticas casi ritualizadas a partir de la modelización de la televisión por la lógica comercial es necesario para mostrar que no revelan una fatalidad sino, antes bien, ciertas opciones que tienen efectos y que, precisamente por eso, merecen ser discutidas. El desinterés por el debate público sin duda es alimentado por las reglas de un juego de roles donde sólo algunos saltimbanquis encuentran su ventaja... narcisista.

2.2 LOS ACTORES. LOS DISCURSOS Y SUS CONDICIONES DE INTELIGIBILIDAD

Los raros momentos en los que puede desarrollarse el intercambio argumentativo merecen, entonces, una atención particular. Al día siguiente de una emisión de debate en la televisión francesa, la prensa extranjera subraya a menudo la dificultad de los participantes para respetar el orden de los turnos en las intervenciones y, por lo tanto, para escucharse. El diálogo se desarrolla mal, atascado entre largos monólogos de contenidos frecuentemente extraños los unos a los otros. Sensible a este desfase cultural, el corresponsal de la BBC prorrumpa en exclamaciones luego de un programa de TF1, antes del referéndum sobre el tratado de Maastricht: "Las preguntas del panel parecían más bien alocuciones".

Esta constatación, fácilmente confirmable en numerosas emisiones, revela la inequidad del acceso a la palabra pública para cierta categoría de actores sociales. Muestra nada menos que la voluntad compartida de cada uno por expresar sus propias convicciones y debilita los análisis en función del creciente desinterés por las cuestiones políticas. Pero con toda seguridad impulsa también a seguir reflexionando sobre la trivialización de esta forma de no comunicación, desde hace ya algunos años. Los discursos producidos, su retórica y su estructura son ejemplarmente reveladores.

Marcadores sociales fáciles de decodificar por los miembros de una misma cultura, esos discursos delimitan universos de referencia de fronteras estancadas. Nada en común, en efecto, entre la palabra calibrada y llena de certidumbres del experto y aquella más próxima a las prácticas cotidianas del profano. Para dar cuenta de la primera, es necesario referirse a modelos adquiridos. El empleo repetido de estructuras equivalentes en número de este tipo de intervenciones por parte tanto de los funcionarios políticos naciona-

les como de los expertos consagrados por la televisión incita a explorar esta vía. Recurrente en sus formas, la palabra pública retoma los modelos canónicos enseñados en los grandes colegios. La ENA (École Nationale d'Administration), por el lugar incontrovertible que ocupa en la formación de las elites de la administración, sería el principal referente.

Formal y retórica, la palabra experta participa entonces de un saber constituido. Más allá de la apreciación acerca de los artificios de lo que aparecería, por mucho, como un juego de lenguaje socialmente distintivo, es esencial ver cómo se aprehende lo real. Su tratamiento se opera por el filtro de procesos cognitivos de funcionamientos bien afianzados. En la medida en que la realidad se considera a priori como un conjunto problemático, es lógico comenzar por reformular los elementos del conjunto considerado. La designación y la denominación representan los actos fundadores de este proceso. Sería fácil y seguramente inútil multiplicar los ejemplos de ese léxico abstruso, ya que se ha vuelto común en nuestra sociedad tecnócrata y administrativa.

El peso del desempleo desde hace ya más de veinte años y los diferentes planes elaborados por los políticos para tratar de mitigar sus efectos han generado un stock lexical considerable. En la búsqueda de novedosas ocupaciones alternativas, se ha innovado con la creación de los "stewards de ciudad", de los "agentes de ambiente", de los "mediadores de lectura", e incluso de los "animadores de orilla". Para seguir la evolución del recomodamiento con la nueva economía, que no le aprovecha a toda la población, los expertos se aplican de ahora en más a despejar las "trampas del desempleo". Asemejándose a un trabajoso juego de creatividad, este modo de enconsetar una realidad densa en la experiencia cotidiana acentúa la impresión de divorcio entre el experto, el decisor y el hombre común.

Una vez que la denominación ha desempeñado un papel fundador en virtud de la reformulación de la realidad que problematiza, es posible abordar, entonces, la segunda etapa. Tomando prestado el método clasificatorio de las ciencias de la observación, el procedimiento permite fraccionar el planteo de los problemas abriendo categorías múltiples. El ejercicio del poder se realiza cada vez más de esta manera. Sin duda necesaria, desde un punto de vista operativo, esta gestión trae aparejados también, en gran medida, efectos semejantes a los de pilotear un avión sin radar, sólo a partir de los indicadores provistos por las encuestas de opinión. La política contemporánea está cada vez más formateada según las reglas del marketing. La operación que consiste en categorizar y segmentar responde a una tentativa imposible de ajuste de las decisiones (y, tal vez, del restablecimiento de la decisión!) con la franja de una población objetivada. Consciente de esta sistematización, del fraccionamiento del encuadre político y de sus peligros, Dominique Voynet los

ha cuestionado recientemente, lamentando que: "el método Jospin procede de una lógica de sustrato sociológico y temático. El PS se dirige a las clases medias y superiores y deja al PCF las clases populares, y a los Verdes, el discurso sobre los excluidos" (*Le Monde* 23/5/00).

Por estas operaciones, lo real se encuentra falto de su sustancia viva. Los problemas concretos devienen abstractos: la reificación de la realidad es el broche de oro de este proceso. Es interesante, en los últimos años, observar la diferencia del lenguaje que usan los políticos para referirse a la prisión, desde que algunos entre ellos la experimentaron. Aplicada a una categoría de la población con la cual no tenían ningún trato, su discurso dejaba, hasta no hace mucho, poco espacio para una aproximación razonada de los problemas ligados al universo carcelario. El descubrimiento desde el interior de ese medio tan gangrenado por la miseria moral y las violencias de toda índole tuvo un efecto de cebo mediático y permitió descubrir una realidad hasta entonces oculta. Este cambio de perspectiva debería poseer valor emblemático y aplicarse a la aprehensión de la vida cotidiana. Además, es necesario abrir el debate público a discursos de origen variado. Un problema concreto puede legítimamente ser enfocado desde un encuadre técnico por necesidades administrativas, pero no hay ninguna obligación, en función de esto, de hacer un *impasse* sobre la palabra de las personas directamente involucradas.

Por el sistema de selección de políticos y expertos que le es propio, la televisión ha eternizado un saber legítimo, formal, a menudo desconectado de lo que percibe la experiencia real. Sería larga la lista de los "expertos" platicando sabiamente acerca del movimiento social de 1995 o acerca de las perspectivas económicas consideradas, en un breve lapso, de muy negras a excepcionalmente favorables. A pesar de la repetición de sus errores, ellos no cesan de ser llamados para proferir sus opiniones en los telediarios o en los magazines políticos, con singular seguridad. Su saber y sus métodos validados por un sistema escolar muy formal están, de esta forma, sobrevalorados por la televisión a riesgo de perder toda pertinencia. Tal situación, característica de un período en el que el modelo de comunicación asimétrico y vertical instituido por los medios ha sido dominante, posee importantes efectos ideológicos.

El razonamiento del experto y sus análisis se presentan como indiscutibles. Fundados en la razón, ofrecerían la garantía de una perspectiva objetiva. Pero esto equivale a olvidar que tal forma de razonamiento segrega del campo social todo aquello que revela los conflictos de interés entre los actores o los grupos sociales, así como también la parte subjetiva de los comportamientos humanos. Aplicado a la comprensión de fenómenos sociales constituye un vacío de sentido. Cómodo para evitar la discusión pública acerca de los problemas esenciales de la ecología, de la ciencia, de la técnica o de la economía,

sirve para justificar posiciones de poder hegemónicas. Este proceso se inscribe perfectamente en el cuadro de lo que Pierre Ronsavallon (1992) muestra en su historia del sufragio universal. Francia parece, en efecto, marcada por la dificultad de aceptar la totalidad de las implicaciones ligadas a la consulta en estricta igualdad de todos los ciudadanos.

La duda subsiste aún en la representación de una parte de las elites, en relación con la capacidad del "número" para hacer las mejores elecciones. Las categorizaciones implícitas de las prácticas periodísticas lo confirman: la racionalidad pertenece al experto, la pasión es patrimonio del profano. Es importante reaccionar frente a esta mirada coagulada de la sociedad. En el plano del razonamiento ¿no es más válido inscribir las elecciones de la sociedad en un período largo como lo hizo la gente común cuando se tuvo que definir sobre cuestiones que comprometían el futuro, antes que adoptar, a la manera de los especialistas, una temporalidad instrumentalizada, el tiempo de un proyecto? La ausencia de debate público entre las diferentes fases de la construcción europea es, en este sentido escandalosa, cuando los ciudadanos-electores tienen necesidad de informaciones precisas para medir las consecuencias de las transformaciones anunciadas. La evaluación se hace legítimamente por comparación entre la situación pasada, la situación presente y la proyección hacia el futuro. En lugar de eso, la clase política y los periodistas líderes de opinión se conforman con anunciar un porvenir mejor. Los procesos cognitivos movilizados en el lenguaje cotidiano toman entonces, también, el camino del razonamiento abstracto.

Las creencias ideológicas, los valores éticos que ese lenguaje expresa, participan frecuentemente de una visión del mundo racional y motivada. Estas referencias a un cuerpo de pensamiento se apoyan en la experiencia vivida y, en tal sentido, constituyen quizá la riqueza de lo que solemos llamar la "sabiduría popular". La inteligibilidad del mundo no se confunde con el intelectualismo y el pensamiento se enriquece en contacto con experiencias concretas. El rechazo de esta dualidad por el ocultamiento sistemático de los procesos cognitivos propios del lenguaje cotidiano han transformado inexorablemente el debate público en un monólogo en el interior de castas bien nacidas, sin ningún tipo de resonancia pública. Los trabajos recientes de un equipo de sociólogos muestran cómo esta desposesión de la palabra ha provocado un movimiento de repliegue hacia otros territorios de expresión tales como los *talk shows* (Windisch 1990). Su éxito no es ni sorprendente ni escandaloso: es el resultado, por lejos, de una exclusión programada y justificada en nombre de las constricciones televisivas.

Traducción de María Elena Bitonte

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BONNAFOUS, S. (1994) "Parole médiatique en temps de crise. Étude de cas", *Études de communication* 15, 113-128.
- MOUCHON, J. (1997) "Télévision et argumentation politique: l'exemple du traité de Maastricht" en *Information et démocratie: mutation du débat public*. Fontenay-aux-Roses: ENS éditions.
- (1998) *La politique sous l'influence des médias*. Paris: L'Harmattan.
- NEVEU, E. "Des questions jamais entendues. Crise et renouvellement du journalisme politique à la télévision", *Politix* 37.
- ROSANVALLON, P. (1992) *Le sacre du citoyen*. Paris: Gallimard.
- VERÓN, E. (1987) "Corps et métacorps en démocratie audiovisuelle", *Après-demain* 293-294, 33.
- (1995) "Médiatisation au politique: stratégies, acteurs et construction des collectifs", *Hermès* 17-18. Paris: CNRS.
- WINDISCH, U. (1990) *Le prêt-à-penser*. Ginebra: L'Age d'homme.

ABSTRACT

Political debates on French television attract an increasingly smaller audience. Without disregarding the logic of programme makers, who are no doubt aware of the situation, should we not try to understand the reasons behind this new situation and take a fresh look at the social representations of those participating in the broadcasts, the conditions of the new interaction between programmes and audience and the cognitive processes upon which they place their values?

Jean Mouchon es profesor en la Universidad de Paris X-Nanterre, donde dirige el Centro de Investigación sobre la Información (CRSI). Investiga las mutaciones del ámbito de la información y la evolución de los modelos de la comunicación política. Es presidente honorífico de la Sociedad Francesa de las Ciencias de la Información y la Comunicación (SFSIC). Su última obra ha sido traducida al español con el título *Política y medios. Los poderes bajo influencia* (Gedisa, 1999).

E-mail: jean.mouchon@u.paris10.fr

ESTRATÉGIAS DE PERSONALIZAÇÃO DOS APRESENTADORES DE TV

YVANA FECHINE

1. O OBJETIVO DO ESTUDO

A preocupação que norteia este trabalho é o modo como, através dos mais variados formatos de programas jornalísticos, a televisão brasileira tenta, cada vez mais, mostrar-se ao telespectador como o espaço público por excelência, o “lugar” no qual se deve dar agora o embate entre instituições e atores sociais. Esta estratégia permeia desde programas assumidamente popularescos, como o *Linha Direta* (Rede Globo), que se dispõe a “caçar” foragidos da justiça com a ajuda dos telespectadores, até os telejornais mais conservadores (pautados ainda pelo mito da “imparcialidade”), como o *Jornal Nacional* (também da Rede Globo), que se propõe agora a revelar escândalos e a liderar verdadeiras campanhas pela apuração dos casos de corrupção. As estratégias utilizadas por esses programas de TV para intervir diretamente na própria realidade que noticiam são as mais variadas possíveis. Destacarei aqui apenas uma delas, a partir do estudo de um telejornal veiculado em São Paulo, o SPTV, que, em função dos altos índices de audiência conquistados, foi adotado como modelo para edições locais das demais filiais da poderosa Rede Globo no restante do país. Trata-se da estratégia de personalização dos apresentadores, um dos fatores determinantes na construção de uma maior empatia e credibilidade do telejornal junto aos moradores de São Paulo.

Conscientes do respaldo que os âncoras do SPTV construíram junto à sua audiência, justamente através desse seu personalismo, homens públicos (políticos, empresários, representantes de órgãos governamentais, etc.) são forçados agora a dar explicações e assumir compromissos perante os apresentadores do telejornal como se estes fossem as autênticas instâncias às quais devem prestar contas. Paradoxalmente, essa autoridade dos apresentadores do SPTV começa a ser construída quando estes, entre outras coisas, passam a assumir o discurso que proferem como sendo seu e respaldados pela sua audiência conquistada, colocam a si próprios como atores nos fatos que noticiam. Na maioria dos telejornais da própria Rede Globo, o apresentador, mesmo dirigindo-se diretamente à audiência, não assume o discurso que profere como seu, nem atua em seu próprio nome. Há uma clara distinção entre este indivíduo singular (um “eu” individual) e seu papel público, o de representante ou “porta-voz” de um *broadcaster* (um “não-eu”). No SPTV, ao contrário, investe-se na oscilação dos apresentadores entre um “eu” individual e um “não-eu”, produzindo um discurso mais pessoal e, por isso mesmo, de maior empatia com o público em nome de quem passam, num segundo momento, a falar. Nesse trabalho, o que pretendo é discutir como se dá, a nível enunciativo, todo esse processo.

2. DESCRIÇÃO DO CORPUS DE ANÁLISE

O programa televisivo que será abordado neste trabalho, o SPTV, é um telejornal local voltado, prioritariamente, para o público de São Paulo (SP); o que já define, por si só, uma linha editorial fundada no apelo jornalístico à proximidade. O SPTV é produzido e veiculado apenas nos limites desse Estado, que é o mais importante do Brasil, como parte da grade de programação da Rede Globo, a principal emissora de televisão do país e uma das maiores do mundo. O telejornal possui mais de 40 minutos diários. Tirando proveito do maior tempo disponível e da maior liberdade expressiva concedida pela Rede Globo aos telejornais do início da tarde, o SPTV inaugurou, desde fins de março de 1998, um novo formato, declaradamente preocupado em buscar maior identificação e empatia com o morador de São Paulo e com seus problemas cotidianos. Prova disso está logo no início do telejornal, que costuma colocar no ar, após as chamadas das principais notícias do dia, os depoimentos dos mais diferentes moradores de São Paulo (vendedores, mecânicos, estudantes, etc.) repetindo sempre a mesma declaração: “São Paulo é o meu pedaço. Está na hora do SPTV”. O novo formato do SPTV privilegia ainda mais as transmissões diretas (entradas “ao vivo”), a participação de convida-

dos no estúdio e a capacidade de improvisação dos seus apresentadores, notadamente do jornalista Chico Pinheiro que, embora seja acompanhado na transmissão por uma outra apresentadora, a jornalista Mariana Godoy, é quem faz as vezes de âncora do SPTV.

Acompanhei o SPTV ao longo de quatro meses, entre fevereiro e abril de 1999, na tentativa de identificar e descrever as estratégias enunciativas através das quais se operacionaliza esta busca de uma maior aproximação do telejornal com os moradores de São Paulo. A discussão das estratégias de personalização dos seus apresentadores, aqui proposta, é parte desse estudo. No período de observação, três grandes temas — corrupção, enchentes e violência — monopolizaram a cobertura jornalística do SPTV. O primeiro deles foi a deflagração de uma série de denúncias de corrupção contra alguns vereadores de São Paulo. Responsáveis pelo controle das administrações regionais (espécie de sub-prefeituras) de São Paulo, os vereadores foram acusados, por comerciantes ambulantes (camelôs), de chefiarem um esquema de cobrança de propinas para permitir a instalação de pontos de venda (barracas) em áreas proibidas. As denúncias, divulgadas em primeira mão pelo SPTV, acabaram por deflagrar a instauração de uma Comissão Parlamentar de Inquérito (CPI) na Câmara Municipal para investigação do que ficou conhecido como a “máfia dos fiscais”.

No período de observação do telejornal, o SPTV deflagrou uma verdadeira campanha, comandada pelo âncora Chico Pinheiro, em prol da punição dos vereadores corruptos. No mesmo período, São Paulo também foi castigado por pesados temporais que provocaram inundações e alagamentos em toda cidade, inclusive com vítimas fatais. Mais uma vez, o SPTV “comprou a briga”, fazendo cobranças veementes à Prefeitura de São Paulo. Também mereceu destaque, nesse período, o grande aumento da violência em São Paulo, principalmente contra menores. Através de insistentes cobranças, testemunhos e comentários indignados, os apresentadores do SPTV posicionaram-se, em relação a todos esses temas, de modo pessoal e passional em todas as edições analisadas.

3. APRESENTAÇÃO DO PROBLEMA

A mudança no formato do SPTV teve, declaradamente, a intenção de “vender” o telejornal como um instrumento democrático de construção da cidadania, veiculando informações que o telejornal julga ser de interesse público. Esta intenção foi apontada pela própria equipe responsável pelo telejornal em reportagens divulgadas na mídia impressa sobre o SPTV. Mas, nem seria

necessário recorrer a estes outros textos para encontrar a explicitação dessas intenções. Estas são manifestas, reiterada e diretamente, no próprio telejornal através, por exemplo, dos comentários dos seus apresentadores. São muitos os fatores responsáveis pelo sucesso desse projeto editorial do SPTV, demonstrado tanto na melhoria nos índices de audiência quanto na ampla repercussão das coberturas realizadas pelo SPTV: pautas que privilegiam os problemas cotidianos da população (transporte, violência, etc.), muita prestação de serviço (anúncio de vagas de empregos, por exemplo), a criação de espaços para debates entre representantes das comunidades e dos órgãos públicos, etc. Muito, porém, desse bem sucedido projeto de construção de maior aproximação e identificação com o público pode ser tributado a estratégias bem claras de construção de efeitos de subjetividade no discurso. No caso específico do SPTV, estes efeitos de subjetividade estão diretamente relacionados a um deliberado processo de personalização dos seus apresentadores e repórteres, através do qual se busca criar um clima de maior intimidade e proximidade entre estes e o espectador.

Estas estratégias de personalização dos apresentadores merecem particular atenção no estudo do SPTV porque, fiéis ainda a pressupostos que, no Brasil, norteiam mais o jornalismo impresso que a própria TV, a maioria dos telejornais da própria Rede Globo resiste ainda a qualquer projeto de subjetivação do discurso. Buscam, ao contrário, uma pretensa "objetividade jornalística" recorrendo, entre outras coisas, à diluição da "voz" do apresentador em meio ao conjunto de "vozes" que o compõe. Metaforicamente, pode-se comparar o telejornal, no seu conjunto, com uma grande "história", dividida em pequenas outras e contada por um coro uníssono no qual as diferentes vozes se somam para produzir o efeito de uma só: em outros termos, um macro-enunciado produzido por um enunciador impessoal ainda a serviço de uma propalada imparcialidade. Embora com novos matizes, é este o modelo que se vê ainda, na própria Rede Globo, justamente no mais importante dos seus telejornais, o *Jornal Nacional*, transmitido para todo o Brasil. Por mais que seja tratado no universo extra-lingüístico como uma celebridade local, nos telejornais mais convencionais, o apresentador jamais faz referência ao seu próprio papel, a si ou a quem quer que ele represente: ele nunca "fala", de modo explícito, em seu próprio nome e raramente fala em nome da própria equipe de produção do telejornal. Pelo contrário. O apresentador é um delegado imediato do sujeito enunciador que se manifesta explicitamente no enunciado (ele é a "cara" do telejornal), mas ao qual não se pode atribuir o ponto de vista do discurso.

Nos telejornais de formato mais convencional, como o emblemático *Jornal Nacional*, o apresentador funciona basicamente como um "operador de

passagens" que, mesmo dirigindo-se diretamente à audiência (faz isso olhando para a câmera), não se assume perante esta como um narrador propriamente dito, pois não se apropria do discurso como sendo seu e, pelo contrário, esforça-se para não demonstrar qualquer envolvimento com os acontecimentos narrados. Suas intervenções verbais são, geralmente, construídas em terceira pessoa e são poucas as circunstâncias nas quais se permite demonstrar uma valoração pessoal através de outros sistemas semióticos (tom da voz, expressão facial, gestos, etc.). Como delegado mais imediato de um sujeito da enunciação coletivo, o apresentador de telejornal não costuma atuar em nome de si mesmo (enquanto indivíduo singular). Quando se observa os apresentadores de um telejornal com formato mais convencional, há uma clara distinção entre este indivíduo singular (um "eu" individual) e sua função pública, o de um representante ou "porta-voz" (um "não-eu").

Em um telejornal como o SPTV, ao contrário, investe-se deliberadamente numa oscilação dos seus apresentadores entre um "eu" (indivíduo singular) e um "não-eu" (representante) (Landowski 1999). Nessa oscilação, os apresentadores do SPTV aparecem, freqüentemente, aos olhos do telespectador muito mais como um "eu" individual do que propriamente como um *eu* impessoal, destinador implícito da enunciação. O resultado desse tipo de estratégia adotada pelo SPTV é uma inequívoca personalização dos seus apresentadores e, a partir dela, uma tendência clara à produção de um efeito de subjetividade do discurso. Pretendo então tratar a seguir das estratégias enunciativas responsáveis por essa personalização, cuja finalidade última é a construção de uma maior empatia entre o SPTV e o seu público. Argumentarei que a aparição desse "eu" individual, que corresponde aqui ao que denomino como personalização dos apresentadores do SPTV, é o resultado de um imbricamento, de uma superposição ou de uma deliberada (con) fusão entre os actantes do enunciado e da enunciação. Trata-se aqui, em outros termos, de uma espécie de indistinção entre os atores instalados nas instâncias do enunciado e da enunciação que tentarei explicar melhor.

4. O JOGO DE PAPÉIS

Na argumentação proposta aqui, consideram-se como actantes da enunciação o *eu* e o *tu* que, como bem mostrou Benveniste, estão na base de qualquer ato discursivo. Este *eu*, destinador implícito da enunciação (fonte do discurso), só possui existência frente a um *tu*, destinatário implícito da enunciação (destino do discurso). Estas instâncias de produção e recepção, origem e destino pressupostos da enunciação, são denominados, respectiva-

mente, de sujeito *enunciador* (ou, simplesmente, enunciador) e sujeito *enunciatário* (ou, simplesmente, enunciatário). Tanto quanto a enunciação, os actantes deste nível são também instâncias conceituais, “sujeitos lógicos” ou papéis passíveis de figurativização apenas no nível mais concreto do enunciado. Neste caso, instauram-se no enunciado sujeitos delegados do enunciador e do enunciatário denominados, respectivamente, de *narrador* e *narratário*. Estes nada mais são do que “projeções”, simulacros ou figurativizações, construídos *no e pelo* próprio enunciado, do enunciador e do enunciatário, respectivamente. Se enunciador e enunciatário correspondem, de um lado, à posições actanciais situadas no nível da enunciação —da *realização* do discurso—, narrador e narratário correspondem, de outro, à posições actanciais situadas no nível do enunciado —do discurso *realizado*.

No esquema de papéis definidos tradicionalmente na teoria da enunciação, o enunciador e o enunciatário não podem ser confundidos com o autor e leitor empíricos. Estes últimos só podem ser levados em conta, no campo da enunciação, também a partir de seus simulacros: enunciador e enunciatário agora como simulacros do autor e leitor empíricos, dos indivíduos concretos que participam do circuito enunciativo/comunicativo. Por oposição a estes sujeitos empíricos (sujeitos de “carne e osso”), enunciador e enunciatário definem-se como “sujeitos semióticos” (“seres do discurso”) que correspondem, na verdade, a funções textuais, a “papéis”, a “posições” de subjetividade construídas pelo próprio texto. Podem ser definidos, enfim, como as “vozes” construídas pelo próprio texto ou como instâncias que substituem simbolicamente no texto seu autor e leitor reais. Se entendermos a própria enunciação como uma espécie de simulacro da comunicação construído *no e pelo* próprio texto, parece possível pensar em todos os atores envolvidos neste ato comunicativo como papéis envolvidos ora na instância da *realização*, ora na instância do *realizado*. Estes papéis corresponderiam assim, e respectivamente, aos actantes da enunciação e do enunciado, conforme o esquema a seguir:

Enunciador [*narrador* DISCURSO *narratário*] Enunciatário

Pensando as posições actanciais no caso específico do SPTV, pode-se postular que a representação empírico-comunicativa mais imediata do sujeito enunciador desse macro-discurso, que é o telejornal no seu conjunto, parece ser todo o *staff* de produção do telejornal (dirigentes regionais, jornalistas, técnicos, etc.) denominado, genericamente aqui de *broadcaster*. No nível do enunciado propriamente dito (o que se vê na tela), o narrador do SPTV corresponde, como em outros telejornais, à própria figura do seu apresenta-

dor (ou apresentadores). A exemplo de outros programas televisivos, o SPTV costuma também representar sua audiência, de tal modo que o narratário aqui está geralmente identificado com as suas figurativizações: com a presença do público no estúdio, com depoimentos gravados entre moradores de São Paulo, inseridas ao longo da transmissão, repercutindo os assuntos tratados ou com interpelações diretas do apresentador ao público (do tipo: “Você acredita no que disse o vereador?” “Vá até a janela e olhe o tempo”). Pelo mesmo caminho, também se pode considerar aqui o cidadão/morador de São Paulo como a representação empírico-comunicativa mais imediata do sujeito enunciatário do telejornal. Parece possível então definir, no SPTV, o esquema de papéis, a seguir, no qual o termo “espectador” designa as diferentes figurativizações do morador de São Paulo instauradas no enunciado:

Broadcaster (*staff* do SPTV) [*Apresentador* TELEJORNAL *Espectador*]
Cidadão (morador de São Paulo)

No telejornal, como em outros textos narrativos, é possível produzir efeitos de *proximidade* da enunciação realizando macro-embregens através da passagem de actantes de um nível a outro. Mas, o que se entende aqui como um imbricamento de papéis ou posições actanciais não se confunde com este tipo de mecanismo de linguagem. Não se confunde tampouco com a intercambialidade de papéis actanciais, tão freqüente na polifonia dos telejornais. A idéia de imbricamento aqui está, de modo geral, associada à noção de indistinção e superposição de instâncias e, nesse contexto específico, à (con) fusão desses papéis actanciais, ao “ofuscamento” de uns pelos outros: como se um fosse “encoberto” pelo outro, como se um estivesse no lugar do outro, quase como se um fosse o outro; mas sem que um prescindia do outro. Todo esse mecanismo parece muito próximo da própria noção semiótica de sincretismo: um sincretismo dos próprios papéis actanciais envolvidos no circuito enunciativo, de tal modo que já não há qualquer “distanciamento” entre a fonte da enunciação (enunciador) e sua figurativização (o narrador). Diluem-se os limites entre uma e outra função/posição actancial e já não se distingue mais quem “fala” quando o apresentador do telejornal se dirige ao espectador: se um *eu*, actante coletivo da enunciação (o *broadcaster*), ou um “eu” individual que agora fala também por si (o jornalista “x” ou “y”).

O que acontece, então, quando este narrador-apresentador, que já se constitui em um *eu*, destinador implícito da enunciação, contraria os cânones da propalada “objetividade jornalística” e, explicitamente, diz “eu”? Para começar, podemos falar de um desdobramento actancial. Como já vimos, o *eu* instalado imediatamente no enunciado pela simples presença do apresen-

tador nada mais é do que uma projeção do actante coletivo da enunciação (um “eu” enunciativo). Quando o apresentador diz “eu” é como se abandonasse a função comunicativa de “porta-voz”, distante e impessoal, deste actante coletivo da enunciação para colocar a si próprio como sujeito enunciativo do discurso. O apresentador-jornalista que, até então, era a figurativização mais imediata de uma fonte coletiva e impessoal da enunciação, passa agora a representar o seu próprio papel — o papel de jornalista responsável por um ato comunicativo —, configurando-se para o espectador como uma fonte individual e pessoal da enunciação. Configurado, do ponto de vista comunicativo, como um “não-eu” para, através desse discurso “objetivo”, atuar como um representante pretensamente “imparcial” de uma fonte coletiva da enunciação (configuração 1), o apresentador pode, agora, aparecer também no enunciado como um “eu” individual que, aparentemente, assume suas próprias posições frente aos fatos que noticia. É como se a esse *eu* enunciativo, sujeito coletivo da enunciação, fosse sobreposto um outro “eu”: o “eu” individual e pessoal colado à própria identidade do jornalista responsável pela apresentação do telejornal (configuração 2).

Configuração 1

Apresentador (narrador) → *eu* enunciativo → “não-eu” (“porta-voz”)

Configuração 2

Apresentador (narrador) → *eu* enunciativo → “eu” (“voz” própria)



5. A PERSONALIZAÇÃO DO APRESENTADOR NO SPTV

No SPTV, o sincretismo de papéis actanciais descrito anteriormente é exemplar. Embora não seja o único apresentador do telejornal, o jornalista Chico Pinheiro é quem mais apela à aparição desse “eu” individual sobreposto a um *eu* actante coletivo da enunciação. No período em que observei o SPTV, a maioria das reportagens apresentadas no telejornal e das entrevistas comandadas diretamente por ele foram pontuadas por comentários, propositalmente, na primeira pessoa. Muitos deles, não passavam de meras impres-

sões pessoais. Muitos outros eram feitos em tom autoritário de cobrança às autoridades governamentais, de acusação direta aos políticos (“Os senhores estão sob suspeita!”) ou de conclamação à população para que reagisse a uma determinada situação. O tom e teor subjetivo da maioria desses comentários não foi, nesse período, o único recurso utilizado por Chico Pinheiro para “se colocar”, explicitamente, no discurso. Também com esse objetivo, ele parece explorar, conscientemente, suas próprias expressões faciais, valorizadas ainda mais pelo uso de enquadramentos em um primeiro plano bem fechado (os formatos mais tradicionais privilegiam o plano médio). Muitas das críticas dirigidas aos vereadores paulistanos, acusados de corrupção, eram feitas através de uma cara irônica, de um sorriso de canto de lábios ou de um olhar desconfiado dirigido ao espectador após a entrevista de um deles.

O modo como Chico Pinheiro utiliza seu próprio corpo como um meio de aparição desse “eu” individual é claramente percebido quando se observa sua postura ao substituir o apresentador titular do *Journal Nacional*, em algumas das noites de sábado. No *Journal Nacional*, ele limita-se a proferir os textos que introduzem as reportagens, adota um tom mais ponderado, uma postura mais sisuda e é, notoriamente, mais cuidadoso nas suas expressões faciais e na manifestação de suas emoções. No SPTV, ele não apenas faz comentários bem-humorados com os colegas (são frequentes, por exemplo, suas brincadeiras com o meteorologista do SPTV), como costuma rir, sem constrangimento, depois de algumas reportagens mais leves ou demonstrar irritação frente a outras. Sem qualquer cerimônia, ele costuma se debruçar sobre a bancada de apresentação para escutar um colega ou entrevistado, do mesmo modo que se movimentava com desenvoltura pelo estúdio ao conversar com os convidados. De pé, enquanto conversa, descontraidamente, com eles, Chico Pinheiro levanta e descansa a perna no tablado sobre o qual está instalada a bancada de apresentação, escora-se relaxado numa mureta de apoio colocada ao lado da cadeira dos convidados ou gira a sua cadeira na direção que lhe permite prestar maior atenção quando seus entrevistados aparecem no telão colocado no estúdio. A maior parte do tempo, ele parece tão à vontade no estúdio, tão “dono” da situação e tão investido de “voz” própria que mesmo quando se preocupa em atribuir às cobranças ou críticas feitas no telejornal à população (“A cidade quer saber!”) ou à equipe do SPTV como um todo (“Nós, do SPTV, estamos de olho!”), é a Chico Pinheiro, enquanto “eu” individual, que seus interlocutores tributam o posicionamento crítico sobre os temas tratados, e não propriamente ao telejornal ou à Rede Globo.

Na edição de 1/3/99, os resultados dessas estratégias de personalização ficaram particularmente evidentes. O SPTV conferiu, neste dia, um grande destaque à decisão da Câmara Municipal de São Paulo de colocar em votação

um novo pedido de instauração de uma Comissão Parlamentar de Inquérito (CPI) para investigar um esquema de propinas nas administrações regionais da capital no qual estariam envolvidos também alguns vereadores de São Paulo. As denúncias sobre a existência de uma “máfia dos fiscais” (funcionários da prefeitura encarregados de cobrar a propina) foram deflagradas pelo SPTV que, desde então, empenhou-se abertamente na mobilização da opinião pública em favor da instauração de uma CPI. A pressão exercida pelo telejornal intensificou-se ainda mais depois que a CPI foi rejeitada numa primeira votação. Na entrevista concedida, ao vivo, na edição de 1/3/99, o vereador Antonio Goulart, representante do PMDB, um dos partidos que haviam votado contra, declara abertamente que muitos vereadores decidiram mudar de posição e votar a favor da instauração de um novo pedido de CPI “em função do volume de fatos novos que vêm acontecendo, inclusive do eficiente trabalho do Chico Pinheiro e toda a equipe da Rede Globo”. Sem constrangimento, Goulart chega a parabenizar Chico Pinheiro no ar.

Encerrada a entrevista com o vereador do PMDB, a apresentadora Mariana Godoy repercute a declaração do vereador, reforçando o cumprimento: “Você ganhou parabéns, Chico”. Ao que o apresentador responde meio sem graça: “Pois é, mas a gente está só fazendo o trabalho aqui. Eles é que precisam fazer o trabalho lá, fazer direito!...Estamos tentando”. O âncora do SPTV até que se esforça para dividir o reconhecimento pela participação decisiva na mudança de opinião dos vereadores com toda a equipe — e, de certo, até com o telespectador, através do emprego de um “nós” inclusivo—, mas é, sem dúvida, ao jornalista Chico Pinheiro, indivíduo singular que encarna a figura do apresentador do SPTV, que se atribui o mérito de um fazer pragmático. Nessa situação, o seu próprio papel pessoal, o de jornalista que responde pela condução do telejornal, é o que se sobressai sobre todos os outros que, conjuntamente, definem o que designei aqui como *broadcaster*. Esse episódio é apenas um entre os muitos que revelam uma tensão intrínseca à incorporação de diferentes *eus* na condução do SPTV: o apresentador ora fala por si (posiciona-se como um “eu”), ora fala por si e pelos outros (posiciona-se como um “nós”), ora fala pelos outros (posiciona-se como um “não-eu”).

O processo de personalização, decorrente dessa confusão de papéis, é tão marcante que, em muitas reportagens, não é mais à audiência que as autoridades se dirigem para prestar contas. É diretamente ao jornalista Chico Pinheiro que fazem suas promessas ou assumem compromissos. Este tipo de situação é particularmente freqüente no quadro reservado pelo telejornal às queixas da comunidade contra órgãos públicos e privados. No SPTV de 5/3/99, por exemplo, o assessor da Secretaria de Educação de São Paulo negocia no ar, com o próprio Chico Pinheiro, e não com a comunidade, um

cronograma de obras de saneamento numa escola municipal do Butantã. No SPTV de 2/3/99, três dias antes, o exemplo é ainda mais revelador. Foram convidados ao estúdio vários paulistanos, que haviam perdido tudo numa grande enchente que vitimou São Paulo na véspera, além do Secretário das Administrações Regionais, Domingos Dissei. Mas, quando promete realizar estudos conjuntos na bacia hidrográfica de São Paulo para evitar alagamentos como os que a cidade viveu depois da tempestade do dia anterior, não é aos paulistanos que estão no estúdio, nem ao espectador que está em casa, que o secretário Domingos Dissei se dirige. É ao apresentador do SPTV que o secretário promete “resolver tudo com seriedade, com bastante transparência, como você gosta, Chico Pinheiro”.

Visivelmente constrangido, Chico Pinheiro se apressa em atribuir a cobrança de providências a um sujeito enunciador coletivo: “A cidade quer isso!”, diz ele, ao que o Secretário das Administrações Regionais replica: “Você como repórter a representa?”. A óbvia constatação do Secretário das Administrações Regionais deixa bem às claras, no interior do discurso do próprio SPTV, outra das suas estratégias fundamentais para construir esta empatia com o audiência: a tentativa do sujeito enunciador de se colocar no “lugar” do sujeito enunciatário. Isso ocorre sempre que o apresentador “fala” como se falasse pelo espectador ou quando o SPTV “fala” como se falasse pelos moradores e cidadãos de São Paulo. Trata-se agora não mais de um sincretismo de papéis entre distintas instâncias enunciativas —sujeitos do enunciado e sujeitos da enunciação—, mas de um imbricamento de papéis entre sujeitos de uma mesma instância enunciativa (a do enunciado) —o enunciador e o enunciatário.

Considerando o telejornal como um todo, observa-se que o recurso mais utilizado para “subverter” os papéis ou os “lugares” (posições sintáticas) dos sujeitos enunciador e enunciatário é o emprego de embreagens actanciais. Entre elas, a mais comum é a substituição da primeira pessoa do singular pela primeira do singular através do emprego pelo apresentador do “nós” inclusivo. Sintaticamente, o que significa “nós”? A junção de um “eu” com um “tu” (eu + tu). O emprego pelo apresentador do SPTV da primeira pessoa do plural no lugar da primeira do singular atende, geralmente, no SPTV a pelo menos dois objetivos: 1) o apresentador usou o “nós” para incluir a “voz” do enunciatário na do enunciador, obrigando, portanto, o primeiro a assumir o texto com o segundo, sugerindo, através disso, uma cumplicidade entre os dois (Fiorin 1996: 96); 2) o apresentador usou o “nós” porque não pretendia, naquele momento, se manifestar como um indivíduo que fala em seu próprio nome, mas em nome dos moradores de São Paulo, reforçando, com isso, sua própria autoridade.

Seja para reforçar a autoridade de sua “fala”, seja para forçar a cumpli-

cidade do espectador, com o emprego do “nós”, o apresentador faz questão de colocar-se no mesmo espaço enunciativo dos seus interlocutores. Semanticamente, o resultado disso é uma sensação de parceria que, sintaticamente, é obtida com a construção de um sujeito da enunciação coletivo (enunciador + enunciatário). Não faltam exemplos desse tipo de estratégia no SPTV: “Nós queremos justiça!” (25/3/99), “É o que a gente¹ pode fazer” (25/3/99), “(Nós) Não vamos dar trégua no que diz respeito ao interesse público” (25/3/99), “a corrupção nos envergonha” (24/2/99), “Como é que nós vamos resolver isso?”, “[...] Vamos relaxar um pouquinho” (27/2/99). O mesmo efeito de cumplicidade com as fontes e envolvimento com os fatos é obtido pelo apresentador quando, por exemplo, ao entrevistar o promotor responsável pelo acompanhamento das investigações de corrupção nas administrações regionais, o jornalista Chico Pinheiro emprega o “nós” no lugar da terceira pessoa (você/vocês): “A gente vai ter muito trabalho esta semana, não é Dr. Blat?” (SPTV, 1/3/99), perguntou o apresentador como se fizesse parte da própria equipe de investigação.

Sintaticamente, tudo se passa como se, do “conjunto de vozes” que definem, no telejornal, um sujeito coletivo da enunciação, acabasse por se destacar uma única “voz”, sendo a ela atribuída a fonte da enunciação. Não é difícil flagrar situações no SPTV nas quais se define este tipo de estratégia. Ela se configura sempre que o próprio Chico Pinheiro ou qualquer um dos delegados do sujeito enunciador (apresentadores, repórteres, enviados especiais etc.) diz, explicitamente, “eu”: seja emitindo uma opinião, um juízo valorativo ou uma manifestação indignada sobre determinados acontecimentos; seja relatando experiências ou até vivências de caráter pessoal (acontecimentos atribuídos ao jornalista, e não, ao apresentador ou repórter). Grande parte das reportagens do SPTV são acompanhadas por comentários enfáticos dos apresentadores introduzidos ou pontuados por expressões do tipo: “Eu pensava que...”, “Eu tinha esperança que...”, “Você que é pai, como eu...”, “Eu quero dizer que...”, “Eu não tinha a menor idéia...”, “Eu me lembro...”, “Eu não estou dizendo que...”, “Eu quero saber é se...”, “Eu fico de olho aqui...”, “Eu quero sugerir...”, só para citar alguns exemplos.

Também são muito frequentes no SPTV —mas raras em outros telejornais da rede Globo— as situações nas quais o âncora coloca a si mesmo como sujeito do enunciado, contribuindo em maior (quando diz “eu”) ou menor (quando diz “nós”) para uma personalização do apresentador. Nas edições analisadas, Chico Pinheiro e Mariana Godoy costumam fazer comentários que envolvem até sua vida privada, sem falar nas costumeiras alusões às suas próprias experiências cotidianas e sentimentos. Tanto podemos nos deparar, numa edição do SPTV, com uma observação de Chico Pinheiro sobre a efi-

cácia da vacina que tomou contra gripe, ao apresentar uma matéria sobre a vacinação de idosos, quanto com um comentário de Mariana Godoy sobre sua dificuldade para encontrar quem costure suas roupas ao entrevistar um grupo de alfaiates numa homenagem, feita pelo SPTV, a estes profissionais.² Comentários dessa natureza parecem introduzir, aqui, uma instância a mais de identificação a ser considerada no processo enunciativo. Se concordamos que, ao dizer explicitamente “eu”, o apresentador se configura como uma fonte individual da enunciação, é preciso admitir também que, ao fazer agora uma referência direta a si próprio, ele evidencia ainda mais sua estratégia de personalização. Se tal estratégia configurava-se, basicamente, a partir de uma correspondência imediata entre o sujeito enunciador (*broadcaster*) e sua figurativização (o âncora do telejornal), pode-se dizer que, com comentários que remetem à sua vida particular, o apresentador estabelece, agora, uma deliberação (con) fusão entre o seu papel social —o de âncora de um telejornal— e a sua identidade pessoal —um indivíduo com suas próprias opiniões, gostos, sentimentos e vivências.

6. CONSIDERAÇÕES FINAIS

A grande aceitação desse novo formato do SPTV parece ser um indicativo de que a credibilidade do telejornal já não se mede mais pelo peso do testemunho, mas por sua capacidade de criar o espaço necessário à valoração e ao questionamento das notícias que chegam ao espectador em profusão e frente às quais ele, geralmente, tem dificuldades de avaliação (Verón 1995: 88). Este novo papel assumido pelo apresentador (âncora) produz agora um contrato de veridicção (um *crer-verdadeiro*) que não se baseia mais em estratégias para mascarar o fato evidente de que toda produção de linguagem emana de alguém e se dirige a alguém para falar de alguma coisa. É, em suma, um ato de subjetividade. Não se pretende mais confundir uma pretensa “neutralidade” ou “imparcialidade” jornalística com uma objetivação do texto que, nos discursos verbais, corresponde à supressão de qualquer marca da presença do sujeito enunciador no enunciado. O tipo de credibilidade que se atribui aqui ao âncora não impede uma postura interpretativa declarada do enunciador frente aos fatos noticiados. Pois, o atributo de “verdade” que se confere ao discurso ou o “efeito de verdade” produzido pelo discurso é, agora, proporcional à credibilidade que o espectador deposita no telejornal.

Essa credibilidade é, antes de mais nada, fruto de um contrato fiduciário entre um enunciador e um enunciatário sustentado por situações, como as descritas aqui, nas quais papéis actanciais propositadamente se “misturam”

em prol da humanização dos apresentadores. Através dessas mais diversas estratégias de personalização, o apresentador passa a ser encarado pelo público como alguém ainda mais familiar, alguém de quem ele conhece até alguns aspectos da vida, das experiências, das opiniões e preferências pessoais. Nessa condição, parece ser também ainda mais fácil, para o telespectador, enxergar no apresentador de um telejornal, nos moldes do SPTV, um “cidadão comum” que, como ele, toma vacina contra gripe, não esconde a ansiedade com os dias de folga e tem problemas com trânsito de São Paulo, com o alfaiate ou com a faxineira. Se o apresentador é, assim, alguém que lhe parece até disposto a fazer certas “confidências”, deve ser também um indivíduo que, na sua aparente franqueza, é merecedor também da sua confiança. Todas as estratégias de personalização nada mais fazem do que produzir efeitos de sentido que se traduzem, no final, na construção de uma relação de identificação e empatia entre o telejornal e o seu público.

No caso específico do SPTV, observa-se, inicialmente, que esta relação de empatia é um resultado direto de estratégias discursivas que permitem a aparição do apresentador não apenas como o “porta-voz” de um *eu* coletivo e impessoal, mas também como um “eu” individual e passional dotado de “voz” própria. Em outros termos: não se trata mais aqui de um apresentador que, embora ainda deva ser entendido como o delegado mais imediato de um sujeito coletivo da enunciação, não pode ser tomado apenas como seu representante – um “não-eu”, se levarmos em conta o modo como aparece no enunciado. Temos aqui, ao contrário, um apresentador que se constrói nesse imbricamento entre uma posição semiótica (um apresentador que é delegado do sujeito da enunciação), um papel social (o âncora do SPTV) e sua identidade pessoal (o jornalista Chico Pinheiro). A estratégia de personalização decorrente dessa sobreposição de instâncias produz, num primeiro momento, efeitos inequívocos de proximidade entre o apresentador e público que tendem, num segundo momento, a se desdobrar numa identificação ideológica entre os dois: seja através do seu apelo emocional ou passional, seja por desencadear um novo jogo de papéis no qual o primeiro se coloca, repetidamente, no “lugar” do segundo.

Não se pode desconhecer, ainda que fugindo aos limites de uma análise semiótica, os riscos envolvidos numa exagerada personalização: conferindo a si próprio a responsabilidade e a legitimidade da interferência nas situações que caberia ao espectador-cidadão, este apresentador-jornalista pode facilmente ser transformado numa espécie de “advogado do povo” ou de “defensor dos fracos e oprimidos”. Mais que nos telejornais, este é um tipo de postura que se observa mais freqüente e explicitamente em outros programas da televisão brasileira, já reconhecidos no país como notórios exemplos de tele-

populismo, tais como *Programa do Ratinho* (Sistema Brasileiro de Televisão-SBT) e *Leão Livre* (Rede Record).³ Há, evidentemente, uma enorme diferença entre os temas grotescos levados ao ar por programas dessa natureza, exibidos em emissoras de TV de apelo mais popular, e um telejornal, veiculado pela poderosa Rede Globo, que investe em assuntos de inequívoco valor social, como a corrupção. Há, porém, um tipo de estratégia discursiva que, embora servindo a propósitos completamente diferentes, pode vir a ser comum aos apresentadores de todos eles: a tentativa de exercer, legitimado pela empatia construída com o público, o papel de pretensão mediador de conflitos político-institucionais, fazendo agora da própria televisão – comandada, no Brasil, por grandes grupos privados – um novo espaço de articulação dos problemas da esfera pública e social. Este, no entanto, é um problema que não compete mais à semiótica, muito embora tenha nela um importante ponto de partida para discussão.

NOTAS

1. Embora esteja, sintaticamente, na terceira pessoa do singular, o uso da expressão “a gente” (uso mais popular) possui também, em português, o sentido de “nós”.
2. Chico Pinheiro já tratou, nas edições do SPTV, da sua declaração do imposto de renda, da sua entrada no mercado de trabalho, dos seus gostos musicais, do seu time de futebol, do seu programa para o final de semana e até dos filhos recém-nascidos. Ele também costuma fazer, no ar, brincadeiras ou perguntas de caráter pessoal com os colegas do próprio SPTV. Mariana Godoy já comentou seus problemas com o trânsito, com a coleta do lixo e chegou até a contar episódios ocorridos com sua faxineira.
3. O projeto comunicativo do *Programa do Ratinho* e do *Leão Livre* (um herdeiro direto do estilo do primeiro) é o mesmo: os apresentadores apresentam casos de apelo dramático ou bizarro, protagonizados por pessoas de baixa renda e para os quais o programa se propõe a encontrar uma solução, seja apelando para as autoridades constituídas, seja recorrendo a solidariedade da população. É muito comum, por exemplo, a apresentação de pessoas com doenças raras que não possuem dinheiro para pagar o tratamento médico. São muito freqüentes também os casos de pessoas pedindo ajuda dos programas para resolver questões policiais e/ou judiciais.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FIORIN, J. L. (1996) *As astúcias da enunciação: as categorias de pessoas, espaço e tempo*. São Paulo: Ática.
- LANDOWSKI, E. (1999) "Diana, in vivo", em *Fronteras de la semiótica. Homenaje a Desiderio Blanco* de O. Quezada Macchiavello (ed.). Lima: Universidad de Lima/Fondo de Cultura Económica-Perú.
- VÉRON, E. (1995) *Construir el acontecimiento* (trad. espanhola de Beatriz A. de Lon-né e Horacio Verbitsky). Barcelona: Gedisa.

ABSTRACT

This essay discusses how, from a variety of strategies of personalization, the anchors of a Brazilian newscast, the SPTV (broadcast in the state of São Paulo on the Globo Network), achieve credibility with the public and, supported by ratings, become actors in the news they are broadcasting. During the majority of the news programs broadcast on the Globo Network, the anchor directly addresses the audience, but does not embody the speech it is reading as its own, and it doesn't perform under his own name. There is a very clear distinction between this very singular character (an individual persona) and his public character, the character of a representative of a newscast anchor or a spokesperson (a "non-self"). On SPTV, on the contrary, the network invests in the oscillation between those two characters: the individual persona and the "non-self", producing a more personal and casual speech and, for this very reason, more empathy with the audience they are targeting. In this essay, it is my intention to discuss the semiotic process by mean of which how these pulling forces unite in the advertising of a broadcaster.

Yvana Fechine é jornalista e professora da Universidade Católica de Pernambuco (UNICAP). É doutoranda do Programa de Comunicação e Semiótica da PUC/SP e integra o Centro de Pesquisas Sociosemióticas (PUC/SP-USP-CNRS), desenvolvendo junto a estas instituições estudos sobre vídeo e televisão. Juntamente com Ana Claudia de Oliveira, editou os livros: *Imagens técnicas, Semiótica da Arte e Semiótica, visualidade, intertextualidade* (São Paulo: Hackers Editores, 1998).

E-mail: fechine@vicnet.com.br

LA POLÍTICA, DE LA TRIBUNA A LA PANTALLA

ISIDORO CHERESKY

1. ¿QUÉ POLÍTICA EN UN MUNDO FRAGMENTADO?

Una pregunta característica en el mundo globalizado –mundo de poderes transnacionales, informales y ubicuos– indaga sobre el lugar de la política. El primer sentido de esta interrogación se refiere a la consistencia y el alcance de la voluntad ciudadana, de la representación política y de los estados nacionales ante los poderes fácticos. Dicho en otras palabras, ¿es aún posible la formulación de proyectos de transformación de las relaciones sociales, que se planteen los principios que deben inspirarlas y confíen en la capacidad de reformas originadas en una voluntad colectiva?

Pero la pregunta alude simultáneamente al espacio y a la circulación de la política y finalmente a sus actores. ¿Ha concluido el ciclo de los partidos de masas portadores de proyectos de sociedad y proveedores de una identidad global a sus miembros y adherentes? ¿La ciudadanía emergente ha perdido toda ilusión sobre la política y aspira tan sólo a administraciones que la libren de la preocupación de los asuntos públicos y le brinden un mínimo de seguridad para el desempeño de sus planes privados? Un signo de la consolidación de la democracia en los países en que ese régimen se ha establecido en las últimas décadas es que la resolución de las disputas políticas tiene como ámbito final la arena electoral. Los electorados ya no son la mera traducción de una realidad social salvo como expresión marginal. Por el contrario, las leal-

tades electorales son cada vez más fluctuantes y socialmente transversales, y se definen en el curso de las campañas que preceden a los comicios. Esta volatilidad de los electorados y en términos más generales el carácter contingente de las identidades políticas se halla estrechamente asociado a la centralidad de los medios de comunicación y en particular de la televisión como vehículos de la comunicación política.

La Argentina ha evolucionado como una sociedad ilustrativa de estas tendencias a la descalificación de la voluntad política y de metamorfosis de sus instituciones: durante los años noventa esta particular despolitización pareció asociada a la gestión "decisionista" del presidente Menem quien emprendió una reforma del Estado y de la sociedad que, a la vez que los modernizó y les dio estabilidad económica, acentuó una inserción muy dependiente en el mundo. La Argentina tiene una deuda externa que la obliga a solicitar permanentemente nuevos préstamos en el mercado financiero y a estar a merced de los requerimientos que de ellos provienen, en particular con respecto al gasto público, lo que va en detrimento de las decisiones inspiradas en los condicionantes y mandatos nacionales.

Un dato estructural de la Argentina actual es su pérdida de soberanía. Y ello pesó considerablemente sobre la acción de la coalición, en su momento definida como de centroizquierda, que llevó a Fernando de la Rúa a la presidencia de la Nación a fines de 1999. Al cabo de un año y medio de gobierno el país enfrenta simultáneamente una emergencia económica resultado de que se halla a la vez en recesión y al borde de la cesación de pago, y una crisis política pues la coalición gobernante ha estallado y la autoridad presidencial está severamente cuestionada.

Como contrapartida la personalización se ha acentuado, siendo líderes emergentes con frecuencia marginales a los partidos los que concitan las expectativas ciudadanas una vez que las fuerzas más organizadas las han defraudado.

La metamorfosis institucional afecta la propia constitución del Gobierno. El extremo debilitamiento de la autoridad presidencial por las falencias de quien ocupa el cargo y por la pérdida de apoyo partidario, con el consiguiente agravamiento de la precariedad del oficialismo en el Congreso, ha sido compensado por la aparición de un centro de poder decisional en torno al nuevo ministro de Economía. La capacidad de este referente no tiene fuente en la legitimidad electoral, sino en la confluencia de una legitimidad de gobernabilidad y otra ciudadana pero expresada esta última por los canales de la opinión pública. Entretanto, formalmente el Poder Ejecutivo pero de hecho el Ministerio de Economía, han obtenido una delegación de facultades parlamentarias que al atribuirle capacidades legislativas en ciertas materias ha

generado una modificación del régimen político en el sentido de una mayor concentración de la capacidad decisoria y de relegación del Congreso y más en general de la deliberación.

En esta situación de fragmentación política, desdibujamiento de los alineamientos partidarios y concentración de poder, y en términos amplios de impotencia de la clase política, operan fuertes condicionamientos provenientes del poder financiero. A diferencia de los poderes económicos tradicionales, este no está regido desde un centro o centros con finalidades durables y conocidas y no suele provenir de los conciliábulos secretos de los grandes propietarios. Ahora los valores dominantes, los bursátiles, se definen en el pronunciamiento de una suerte de opinión pública constituida por una variedad de agentes que incluyen la diversidad de tenedores de títulos y acciones. La escena pública de la emergencia económica está ritmada por las cotizaciones de la Bolsa y las calificaciones del riesgo país. Las pizarras que anuncian el punto de equilibrio resultante del pronunciamiento de una variedad de actores, no concertados salvo excepcionalmente, exhiben un dictamen sobre la evolución de la emergencia. Sobre la interpretación de estos signos se suscita una deliberación mediática seguida con extrema atención por amplias audiencias en los momentos críticos, pero que lleva al hastío y al desinterés cuando la tensión se hace continua, y protagonizada sobre todo por los expertos que se confrontan en torno a cómo responder ante el requerimiento de los muy poderosos y anónimos agentes de los cuales depende la posibilidad de salir de la emergencia. Así, la gobernabilidad está a merced de signos públicamente constituidos que son puestos en circulación mediática al momento mismo que cobran existencia.

Pero estos mandatos por cierto muy poderosos no campean solos; existe como contrapartida un poder ciudadano cuya expresión dominante es la figura de la opinión pública. Los políticos con facultad de decisión, en la medida en que la legitimidad electoral persiste como la clave de acceso al poder, se hacen eco del estado de la opinión ofrecido por las encuestas. El giro de la opinión pública se ha mostrado capaz de contrarrestar los imperativos de gobernabilidad provenientes de los mercados. Pero la opinión pública es una construcción de los institutos de sondeo vehiculizada por los medios gráficos y audiovisuales que adquiere consistencia en las diferentes figuraciones que ofrece la televisión.

Otras expresiones ciudadanas no tan centrales, al menos por el momento, provienen de acciones sociales reales entre las que se destacan las típicas huelgas generales y los novedosos cortes de ruta. Pero buena parte de esas acciones, portadoras del signo de la protesta social y eventualmente del temido estallido, están orientadas a adquirir "realidad" no por la vía de quienes

participan directamente en ellas sino de quienes asisten a su transmisión o retransmisión mediática.

Las formas de la política están experimentando una transformación decisiva. Las instituciones y los actores tradicionales cambian y aparecen otros nuevos. Pero básicamente, el ámbito de la política se ha desplazado. Persisten por supuesto los conciliábulos de los poderosos y hay también movilización política efectiva, pero la circulación de voluntades, informaciones y decisiones descentralizadas parece predominar. Y con ese desplazamiento de lógicas también se registra una primacía de la pantalla por sobre la tribuna.

2. LA CENTRALIDAD DE LA TELEVISIÓN Y LOS SONDEOS EN LA ÚLTIMA CAMPAÑA ELECTORAL

La campaña para las elecciones nacionales de 1999 fue ilustrativa de una transformación de la vida política, de la elaboración y transmisión de los mensajes y de los protagonistas centrales y su peso relativo en las decisiones.

El spot que presentaba al candidato Fernando de la Rúa procurando, como en la artes marciales, transformar una presunta debilidad en fuerza al iniciar su monólogo televisivo diciendo "Dicen que soy aburrido..." será quizás el que se recuerde como la más célebre ilustración de la incidencia de los publicitarios en esa campaña. Pero se trata sólo de una ilustración pues la influencia del equipo de Ramiro Agulla fue, junto con la del asesor norteamericano Dick Morris, más allá de las estrategias publicitarias para alcanzar la orientación general y la propia elaboración de los discursos.

En cuanto a su adversario, el candidato peronista Eduardo Duhalde, cuando faltando apenas tres meses para la fecha de los comicios se percató de que su retraso en las intenciones de voto parecía muy difícil de remontar sustituyó a su asesor de imagen estadounidense, R. Carville, por el brasileño Duda Mendonça, responsable de la agresiva campaña que en diciembre de 1998 había llevado al peronista José M. de la Sota a conquistar la gobernación de la tradicionalmente radical provincia de Córdoba prometiendo —a instancias de su asesor publicitario, según se afirma— una reducción de impuestos del 30%. La llegada del brasileño se acompañaba de una estrategia de aplacamiento de la infructuosa diferenciación con respecto al presidente saliente Carlos Menem, lo que llevó a los asesores y dirigentes más disconformes con una situación de alineamiento con el poder, del que de todos modos habían participado, y propiciadores de una vuelta a las fuentes del peronismo social, a alejarse de los equipos de campaña.

La campaña electoral de 1999 no sólo estuvo caracterizada por la cen-

tralidad de la televisión como recurso dominante, lo que había venido sucediendo desde hacía años. En esta oportunidad la publicidad, es decir los avisos y spots más elaborados, incluso con la participación de actores o argumentos audiovisuales variados, revelaron la intención por parte de los candidatos de recuperar una iniciativa que en campañas anteriores había caído en parte en manos de los periodistas que controlan los programas políticos de debate.

Se puede estimar la magnitud de los cambios que se están produciendo en la vida política mediante un paralelo entre lo ocurrido en 1999 y las características callejeras y tumultuosas de la campaña electoral que en 1983 marcó el inicio de un ciclo democrático duradero. Ese era un período de transición. La acción de los partidos se basaba aún en el esfuerzo militante, en la publicidad gráfica y en la organización de actos públicos que constituyeran una demostración de fuerzas destinada a cohesionar electorados todavía en gran medida cautivos y en cuyo transcurso se emitían mensajes políticos de pretensión programática. Entre ellos se recuerda la enérgica y problemática ponderación del régimen político a fundar hecha por Raúl Alfonsín, según la cual "con la democracia se come, se cura y se educa". Pero la televisión ocupaba ya un lugar de privilegio, y a través de las pantallas se multiplicó la imagen de la intolerancia producida por la incineración de un féretro que representaba a sus adversarios políticos, efectuada por el dirigente peronista Herminio Iglesias desde lo alto del palco en el acto partidario de clausura de la campaña y que según las especulaciones de entonces debe de haber influido negativamente en la decisión de voto de aquellos dubitativos que vieron su retransmisión televisiva.

Todavía en 1983 la política estaba claramente dominada por la acción de los entonces partidos-movimientos y por las corporaciones, particularmente la sindical, y esas organizaciones eran eficaces en el encuadramiento de los electores. Que el candidato radical Raúl Alfonsín derrotara a su rival peronista constituyó una sorpresa porque indicaba que ese paradigma de cautividad comenzaba a resquebrajarse y que ninguna fuerza política podría ya pretender ser "por naturaleza" una mayoría popular.

3. DE LA MANIFESTACIÓN A LA AUDIENCIA

Durante décadas a lo largo del siglo XX y sobre todo en la posguerra, la vida política estuvo dominada por la figura del pueblo, del pueblo populista. Hubo inestabilidad política, pero los golpes y planteos militares y las estrategias partidarias en los periodos de gobierno legítimo giraron en torno a esa fi-

gura ya sea que se la considerara una amenaza o una auténtica referencia de poder. El hecho es que el pueblo constituía el portador tumultuoso de la voluntad popular.

Actualmente, el pueblo, por supuesto, permanece como referencia del discurso político, aunque los políticos, propensos a quitar connotaciones comprometedoras a sus enunciados, se refieren cada vez con mayor frecuencia "a la gente". En verdad la fuente de legitimidad de la democracia posmilitar, de la democracia liberal que se expande desde inicios de los años ochenta está pertinentemente expresada en otra categoría: la ciudadanía.

Sin embargo a la ciudadanía no se le atribuye, como era el caso del pueblo populista, la consistencia y la unidad de un sujeto. Por el contrario, con ese término se alude a todos aquellos que tienen derecho a participar en la institución de un poder legítimo; pero desde tal perspectiva la ciudadanía debe ser más bien pensada como un espacio de constitución de identidades contingentes.

La expansión de la ciudadanía moderna en la Argentina tiene un antecedente significativo en la actividad de las Madres de Plaza de Mayo. Precisamente en el mismo sitio del ritual populista su acción disidente e inicialmente solitaria de invocación de los derechos ante el gobierno de facto, su afirmación de que la apropiación sobre los cuerpos era inadmisibles y lo que inició —esa colosal restitución a la condición humana de los cuerpos apropiados al ser designados como desaparecidos—, dieron impulso a una concepción de los individuos como enunciadore de derechos que prosperó en buena medida al margen de las instituciones y de los propios partidos políticos, incluidos los de la oposición al régimen militar. Se abrió paso, en una sociedad que lo había ignorado durante largo tiempo, la noción del individuo ciudadano como un valor en sí mismo.

El proceso de democratización vio acentuarse la disolución de la masa popular en provecho del individuo ciudadano cuya expresión privilegiada es el voto. Pero un segundo impulso a la moderna ciudadanía provino de las reformas del Estado y la economía llevadas a cabo en los años noventa, que liberaron a los individuos de la dependencia del Estado aunque también lo privaron de su protección y de los lazos solidarios. Se inició entonces una profundización del individualismo esta vez sustituyendo la condición ciudadana de injerencia en los asuntos públicos y en el gobierno común, por un individualismo patrimonialista en el que parece realizarse el sueño del paradigma liberal economicista de una sociedad neutra exclusivamente garante del contrato entre los individuos. Se produjo así la caída de los bienes sociales procurados por el Estado a la par que la caída de la contribución equitativa al gasto público con que esos bienes se financiaban. En el horizonte se perfila

un ideal contractualista en el cual cada uno gestiona el patrimonio que formó con sus ahorros, se hace cargo privadamente de su seguro de salud a la altura de sus posibilidades e invierte en la elección educativa que le parece apropiada o a su alcance los *vouchers* que le restituye el Estado.

La moderna ciudadanía tiene este doble carácter. Por una parte se ha producido un incremento potencial de la libertad política al generarse un ámbito de identidades políticas cambiantes en el que los individuos se hallan confrontados regularmente a elegir y a veces incluso a generar opciones. Por otra parte, la disolución del pueblo populista está en vías de acarrear la disolución de todo lazo solidario y de quitar a la política su sustancia característica, la referida a la justicia social.

En estas condiciones el ámbito de la política se ha retraído, la pasión del pueblo populista no ha sido sustituida por el entusiasmo ciudadano; vivimos más bien una época en la cual los individuos apartan su mirada de los asuntos públicos para dirigirla a sus negocios y placeres privados. El desplazamiento de la tribuna a la pantalla tiene esta primera connotación.

4. CIUDADANÍA Y OPINIÓN PÚBLICA

El antagonismo peronismo-antiperonismo conllevó la inestabilidad de la vida política argentina contemporánea. Se trataba de polos con vocación de constituir regímenes excluyentes. En el fondo de ese antagonismo se hallaba la disociación entre voluntad popular y libertades públicas.

El gobierno de Carlos Menem, que se extendió a lo largo de los años noventa, hizo revivir las tradiciones populistas al oponer un presunto reclamo popular a lo establecido en la ley fundamental. Para lograr la reforma de la Constitución con miras a habilitar su reelección puso en juego todos los recursos propios del control del Estado y la concentración de poder, dejando como lección que con esos recursos era posible doblegar a sus adversarios políticos al lograr la firma del pacto de Olivos.

Sin embargo, cuando años después quiso repetir la experiencia reeleccionista para permanecer como Presidente, se topó con una significativa resistencia en su propio partido y una desafección muy amplia en la opinión pública. Amenazas plebiscitarias de sus adversarios y elecciones internas lograron finalmente poner fin a la aventura. Una implícita coincidencia transpartidaria había logrado desbaratar un intento claramente anticonstitucional. El republicanismo comenzaba a echar raíces más consistentes. Las recientes elecciones que llevaron a la alternancia en el poder son la culminación de este proceso de fortalecimiento institucional.

La actividad política parece reposar ahora sobre dos pilares, los partidos organizadores de la competencia política y los medios de comunicación, especialmente la televisión, que no sólo vehiculizan la información sino que se constituyen en una arena donde ella se elabora, se conforman liderazgos y se producen acontecimientos.

Esta nueva arena así constituida ha acarreado grandes transformaciones. El modelo de democracia de partidos de masas que ha servido de paradigma de la institucionalidad democrática no es el formato hacia el que se orienta la secularización de los tradicionales movimientos políticos argentinos. Los partidos han dejado de cumplir una función de reproducción de una pertenencia identitaria —casi de subculturas— para transformarse en maquinarias al servicio de líderes cuyo predicamento proviene no de calidades o reconocimientos obtenidos en la carrera partidaria, sino de su popularidad. Y ello es así porque la especificidad partidaria se diluye y el reconocimiento del liderazgo deriva de la capacidad de ganar elecciones. Los partidos argentinos tienen cada vez menos ámbitos reservados a adherentes y militantes y han adoptado la fórmula de las elecciones internas abiertas o primarias para dirimir las candidaturas. La popularidad se logra en parte merced a una acción institucional pero la conformación de una imagen pública por la comunicación audiovisual es cada vez más decisiva. Los principales candidatos en las recientes elecciones han sido por cierto dirigentes tradicionales de larga data, pero se han reciclado en las nuevas condiciones.

El complemento de los partidos políticos más instrumentales que identitarios y de la expansión del papel de los medios, en particular de la televisión, es el creciente peso de la opinión pública. Esta última noción evoca a una masa de individuos cuyas indeterminadas opiniones y actitudes son escrutadas mediante sondeos. En términos del análisis político se puede afirmar que el peso de los “independientes” se ha ampliado en detrimento de quienes tienen pertenencias adscriptas. A lo largo de la década pasada la importancia de este sector se ha extendido de los grandes centros urbanos a las ciudades y pueblos del interior.

La expresión electoral de esta independencia ha sido la fluctuación del voto entre una elección y otra, pero también la extrema selectividad que ha llevado a que en el mismo acto se vote a candidatos de diferente filiación según los cargos a proveer (corte de boleta).

La paradoja de la evolución actual es que la mayor libertad política no conlleva una mayor participación. La voluntad popular tenía en el pasado un sujeto actuante que figuraba en el espacio público a través de la manifestación, la organización política o sindical, y esa participación activa ha sido eficaz aun en los inicios del proceso de democratización cuando las fuerzas

políticas en pugna mostraban su poderío en la concentración callejera. La ciudadanía independiente, en cambio, no es un sujeto pero alude a la realidad de los comportamientos electorales electivos y las fluctuaciones en la opinión figuradas por los sondeos.

La arena política mediática ofrece una red de inserción pasiva a los individuos, parcialmente sustitutiva de la anterior pertenencia corporativa o vida asociativa. La reciente campaña electoral ha ilustrado este desplazamiento en la transmisión del mensaje político de la red partidaria por los medios de comunicación. Este desplazamiento conlleva sucesivas transformaciones en el funcionamiento del medio y en el resultado de la comunicación.

5. LÍDERES AUDIOVISUALES Y PARTIDOS INSTRUMENTALES

En la medida en que los partidos políticos son menos centrales en la constitución de las identidades y que los medios de comunicación constituyen la escena deliberativa en la que abrevan los ciudadanos, el rol de las personalidades políticas se incrementa. Pero ¿quiénes son los nuevos líderes?

Por cierto, coexisten líderes tradicionales cuyo poder deriva de la influencia en el aparato partidario, con líderes personalistas de imagen cuyo poder se origina en la popularidad en la opinión pública y que subordinan a su mando a la estructura partidaria constituyendo centros de decisión alternativos. Esto es particularmente notorio en el caso de las nuevas democracias en las que los procesos electorales han devenido en poco tiempo el único recurso de acceso al poder. Los candidatos estrella, aquellos que gozan de la popularidad indicadora de intenciones de voto y que aspiran a los cargos ejecutivos provinciales y nacionales, son los que ejercen el liderazgo efectivo de los partidos y adoptan decisiones desde centros de poder paralelos a las instancias partidarias tradicionales. Esos centros están constituidos o asesorados por los recursos humanos preciados del nuevo estilo político: los expertos en imagen, en marketing televisivo y en estudios de opinión pública, y el economista reputado por los institutos financieros.

Tal personalismo de imagen suele tener no sólo un efecto de instrumentalización de los partidos sino también de fragmentación, pues con frecuencia influyen en la misma estructura partidaria varios liderazgos de imagen. En esta situación, ante una ciudadanía crecientemente selectiva que cambia su voto entre elección y elección, o que aun en el mismo comicio corta boleta eligiendo representantes de diferente pertenencia para cargos distintos, los partidos también tienden a producir articulaciones variadas generalmente asociadas a los liderazgos de popularidad.

Los nuevos líderes tienen la capacidad de poner a su servicio la estructura partidaria tomando por cierto en cuenta los límites provenientes de la existencia de otros liderazgos e intereses. A la vez en la construcción de su imagen y compromisos y en el armado de alianzas y coaliciones gozan de una libertad inédita puesto que su acción política está centrada en su figura y en el recurso a los medios de comunicación: han logrado autonomía con respecto a la estructura partidaria y a los recursos que esta normalmente moviliza.

El nuevo liderazgo se asienta sobre una transformación de la idea misma de representación. El representante ya no parece expresar una realidad social preexistente, sino que por el contrario se dirige a una ciudadanía que en su carácter de audiencia aparece socialmente indiferenciada, y procura reagruparla en torno a los temas que estima significativos y generalmente transversales con respecto a los clivajes tradicionales: la promesa de un crecimiento económico que acarrearía prosperidad para los empresarios y trabajo para los desocupados; seguridad urbana que alivie la incertidumbre de la vida cotidiana, educación que reactivaría la movilidad social, etcétera.

Mucho se ha escrito críticamente sobre la cultura audiovisual —entre los más célebres textos recientes, *Homo videns* de Giovanni Sartori y *De la televisión* de Pierre Bourdieu— y en particular sobre la simplificación de los mensajes que la hacen un recurso hostil a la reflexión política, y también sobre la elite de los productores y periodistas televisivos que viven en un microclima ideológico que, mientras genera una definición de lo políticamente legítimo, excluye la disidencia y la innovación originando de este modo condiciones para reacciones de violencia de parte de quienes no pueden entrar en el ámbito de lo escuchable y visionable.

Sin embargo, pese a la sofisticación de las imágenes y mensajes preparados por los medios y al limitado pluralismo y la eventual esclerosis de lo que en ellos circula, no puede pensarse ni que las imágenes personalistas mediáticas sean simplemente una ilustración de la frivolidad reinante ni que la audiencia sea moldeada por el mensaje mediático. Por el contrario, las opiniones y preferencias de la ciudadanía, de la cual la audiencia de los medios constituye su momento más pasivo y sin embargo crecientemente significativo, son a la vez el referente y el objeto de las estrategias políticas. La audiencia se presenta como una dimensión inasible a cuya merced se hallan los políticos. Pero ella es arrancada de su opacidad y silencio por el recurso a los sondeos que construyen una figura virtual sustitutiva del antiguo pueblo, un seudosujeto que otorga algo de sustancia al soberano. La opinión pública así construida da cuenta de actitudes y preferencias y adelanta eventuales comportamientos sobre todo electorales. Simula —según Pierre Rosanvallon— una suerte de democracia directa y permanente. El hecho es que se reconstituye

cierta unidad del sujeto soberano que ofrece a cada quien un espejo que le permite situarse y a la ciudadanía figurarse aun sin una acción efectiva.

6. ¿LA ERA DE LA IMAGEN CONLLEVA EL FIN DE LA POLÍTICA?

Hemos ingresado en una nueva era en la que el destino de la política es incierto. La economía globalizada y dominada por las finanzas de rostro anónimo estaría fuera del alcance de cualquier voluntad de ordenamiento, lo que se revela en las restringidas capacidades de los estados nacionales. La ciudadanía replegada sobre los asuntos privados parece asomarse al mundo contemplativamente por la pequeña pantalla luminosa. Quienes se abocan a la política parecen adaptarse a los poderes fácticos y tener creciente vocación por un consenso excesivo en el cual no estarían más en juego valores o concepciones en pugna sino las calidades de la mejor administración condenando así toda innovación como utopía.

No es forzoso que así sea. En paralelo al mercado y al espacio audiovisual podría expandirse una sociedad civil basada en la vida asociativa y en los relacionamientos no mercantiles, que de ese modo limite y contrarreste al mercado y establezca una interacción con los medios de comunicación que los prevenga de la esclerosis. Existen movimientos sociales de variada naturaleza que ilustran la posibilidad de generar temas y decisiones desde centros de acción civil pero que prosperan también por su impacto en los medios de comunicación. La carpa blanca de los docentes fue ejemplo de una transición posible del sindicalismo tradicional basado en la huelga y las relaciones de fuerza a una presencia pública localizada que concitaba la adhesión ciudadana más variada, incluyendo el descentramiento eventual de la propia televisión, algunos de cuyos programas se emitieron desde ese sitio de protesta; y que en definitiva logró éxito merced a la generación activa de un consenso en torno a sus demandas. Las iniciativas de las Abuelas de Plaza de Mayo y Memoria Activa son otras tantas formas novedosas de acción pública que constituyen una identidad en el plano de la sociedad civil, que actúan autónomamente pero buscan amplificar su acción a través de los medios de comunicación, y que deben mucho de su eco a esa capacidad. Otros agrupamientos transnacionales como Greenpeace y Amnesty logran intervenir no sobre la base de la tradicional movilización multitudinaria sino, como las mencionadas precedentemente, avaladas por un lazo de representación virtual con la ciudadanía que les permite iniciar reclamos legales y a la vez dar eco a sus reclamos al introducirse también en la circulación de los medios de comunicación.

Pero no sería suficiente con la acción de grupos constituidos en torno a demandas específicas sin la esperanza de que la clase política pueda abandonar el consenso excesivo y la limitada competencia tecnocrática que tiende a imbuirla actualmente, para reavivar las diferencias y los conflictos que hagan nuevamente del gobernar un dilema político. En ese caso la pantalla volvería a ocupar un lugar delimitado: el ser parte de una arena más abarcativa de la cual participan otras formas de deliberación y generación de sentido.

ABSTRACT

Is politics disappearing from a world where the power of national state is declining and in which the fate of national communities is more and more dependant on the almost anonymous logic of financial capital? The political scenario is totally different nowadays and so are their actors. Today television and other media have become the forums for political competition and decision. Political parties are becoming the technical machinery helping personal leaderships constituted in the public scene as representative images.

This process of change is evident worldwide but especially in new democracies as Argentina, which we examine here.

Isidoro Cheresky es profesor de Teoría Política Contemporánea en la Universidad de Buenos Aires. Director del Doctorado en Ciencia Política de la Universidad de Belgrano, es también investigador del Conicet. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Toulouse, publicó recientemente (en colaboración con Inés Pousadela) la compilación *Política e instituciones en las nuevas democracias* (Buenos Aires: Paidós, 2001) y *La innovación política* (Buenos Aires: Eudeba, 1999). Ha sido profesor o investigador en otras universidades fuera de su país, como el Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine –Sorbonne Nouvelle, Centre d'Études Politiques–, Université René Descartes, Stanford University, New School for Social Research, New York University, University of Notre Dame, Université de Laval.
E-mail: cheresky@mail.retina.ar

A CONSTRUÇÃO SEMIÓTICA DA VIOLÊNCIA EM VEJA: POR UMA ÉTICA DA NÃO FIDELIDADE DO LEITOR

JOSÉ LUIZ AIDAR PRADO

1. INTRODUZINDO O PROBLEMA

Esse trabalho insere-se no âmbito de uma pesquisa mais ampla, iniciada recentemente, sobre a revista semanal *Veja*,¹ que consistirá, em uma primeira fase, na realização de um mapeamento temático para localizar a distribuição dos temas de reportagens de capa desde a criação da revista em 1968. Em seguida, serão feitas análises semióticas das reportagens de capa relativas a certos temas, como o da violência. Pretendo, no presente artigo, apresentar uma análise preliminar da reportagem de *Veja* sobre o tema da violência, centrada no episódio de 12/6/01, envolvendo o 'sequestro' do ônibus 174 no Rio de Janeiro.

Veja não coloca a tragédia como tema principal da capa, preferindo Tom Cruise "belo e poderoso" (ver figura 1). O episódio aparece em uma chamada no canto superior esquerdo da capa, em uma tarja diagonal. O logotipo da revista é construído na cor dos olhos verde-azulados de Cruise, e predominam em geral os tons de azul em toda a figura, inclusive no fundo e na parte inferior, constituída pelo casaco *jeans*.

Na *Carta ao leitor* a revista explica a razão deste Cruise azul: um dossiê sobre "o medo nas grandes cidades" havia sido apresentado ao leitor duas semanas antes. *Veja* anunciou o fato antes do fato? *Veja* opta então por tratar

da questão da violência no país, não construindo a reportagem a partir dos detalhes do caso ocorrido naquela semana no Rio de Janeiro, mas a partir de uma proposta sobre o que o país deve fazer daqui por diante: “o caso funcionou como uma gota d’água numa situação que ninguém suporta mais”. É como se as concorrentes, ou seja, as revistas semanais *Época* e *Istoé*, tivessem se detido no fato em si, estampando na capa a figura ‘do caso’, enquanto *Veja*, que está atenta ao cenário mais amplo da violência no país, pôde figurativizar na capa o poder e a riqueza de Hollywood, EUA, mesmo sem assumir que a violência passou para o segundo lugar naquela semana. O resultado é ambíguo: o que diz a capa, pela própria presença maciça azul do astro, é contraditado pelo editorial, que só fala do caso do ônibus. O título completo da capa é: “Belo e poderoso – Tom Cruise, astro de *Missão impossível*, é quem dá as cartas em Hollywood”. Na parte superior em faixa diagonal amarela, em letras vermelhas, comparece a menção à reportagem sobre o caso: “Terror no ônibus: será que a refém Geisa morreu em vão?”. Precisamos de algo poderoso, encarnado na figura de um superastro superpotente para resolver nossos problemas de violência? Na banca, o leitor encontrará uma *Veja* azul, não deixando que o caso assuma sua presença inteira na capa, ao não enunciar o que as duas outras concorrentes figurativizam em cor preta.

Na capa de *Época* predomina a cor preta de fundo, abrindo-se no centro superior a janela do ônibus, de onde emerge a figura de Sandro do Nascimento, colocando a arma na boca da refém. A janela está imersa na escuridão total, no opaco da ‘tragédia’, que nomeia a reportagem. As imagens de Sandro e Geisa não estão nítidas, os vultos são pontilhados, evocando uma sensação de espectralidade. A insegurança funda a foto. Dois textos, um de cada lado, se colocam sob a figura de cada um dos protagonistas: um de Sandro de 1992 e outro de Geisa de 1999, em letras brancas, contrastando com a cena escura, tratando das “angústias e esperanças” de cada um. Os textos, colocados como legendas das figuras de Sandro e Geisa, contradizem-nas. Sandro, enfiando a arma na boca da refém, parece não ser a mesma pessoa que escreveu o texto sob a foto: “eles não são animais não. São crianças indefesas sem nenhuma riqueza (o erro gramatical é do texto original). Eles saíram do inferno”. A figura de Sandro na foto assume uma posição infernal. A figura de Geisa está quase pontilhada, dispersa, sem nitidez. Sob a foto aparece a legenda assinada por Geisa: “Estou viajando para o Rio de Janeiro [...] Estou indo em busca da felicidade”. O título da capa aparece em amarelo: “Passageiros do horror”, com o subtítulo “Exclusivo – angústias e esperanças do bandido e da professora mortos no seqüestro do ônibus no Rio”. Aqui o sujeito da frase é “bandido e professora”, que em *Veja* jamais apareceram enunciados juntos.

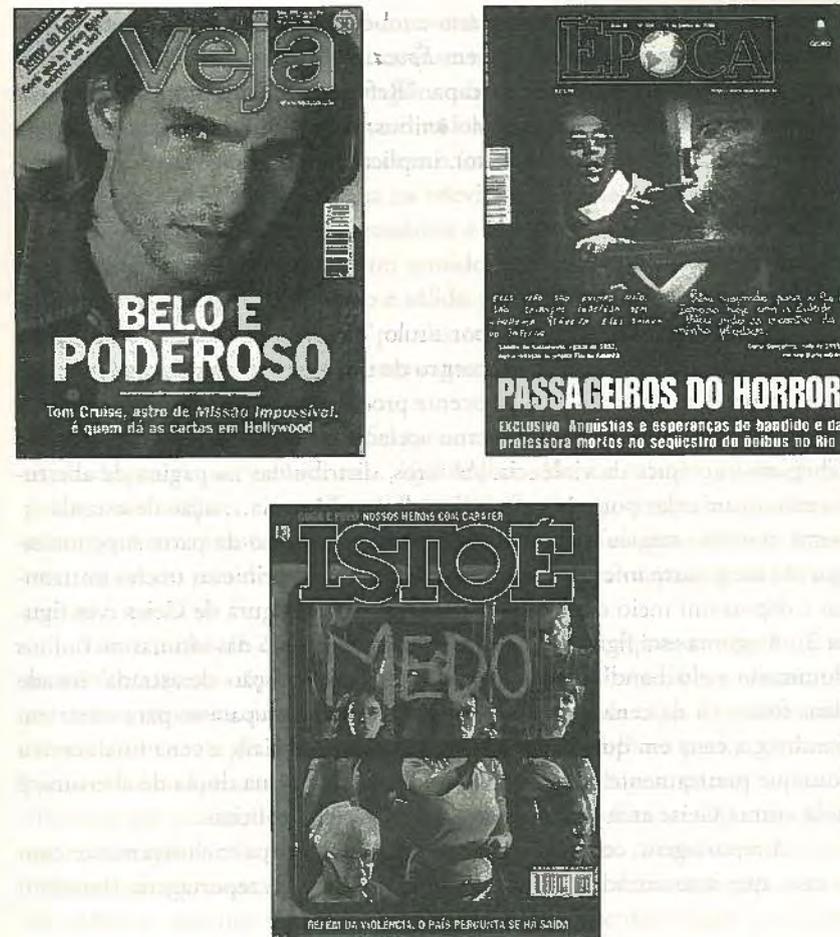


Figura 1A, B e C. As capas de *Veja*, *Época* e *Istoé*, na semana de 20/6/00.

Istoé traz foto em fundo preto, semelhante ao que fez *Época*, mas a janela é maior. Enquanto *Época* apelou para a foto constatativa, *Istoé* metáforiza o caso: as pessoas dentro do ônibus fazem a parte de pessoas comuns, são atores colocados na posição de possíveis vítimas. Um deles escreve a palavra “medo” com batom na janela. Aqui as figuras são extremamente nítidas, não espectrais como em *Época*; esta apelava ao terror da situação no ônibus, enquanto *Istoé* opta por enunciar uma relação mecânica de substituição: o medo pode atingir a todos nós. Em *Istoé* não há bandido, senão como pressuposto; a revista remete o leitor para o centro da tragédia, implicando-o na cena, implicação esta completada no título da capa: “Refém da violência, o país

pergunta se há saída”. O enunciatório também é colocado na posição de vítima, de modo mais nítido do que em *Época*. Além da palavra “medo”, aparece um título na parte inferior da capa: “Refém da violência, o país pergunta se há saída”. O povo está dentro do ônibus, na posição da vítima, ameaçado pela violência, olhando para o leitor, implicando-o na tragédia.

2. A REPORTAGEM DE VEJA

A reportagem de *Veja* tem por título “A gota d’água”. Um olho lateral explica o título: “O dramático encontro de um bandido tresloucado, um policial imprudente e uma jovem inocente produz a mais chocante cena de violência já vista no país e faz o governo acelerar plano nacional de segurança”. Chegamos ao ápice da violência. As fotos, distribuídas na página de abertura, são organizadas por três grupos de palavras: “Agonia... ação desastrosa... e um desfecho trágico”. O olhar do leitor é conduzido da parte superior esquerda até a parte inferior direita, descrevendo um primeiro trecho horizontal e depois um meio círculo até a parte central da figura de Geisa (ver figura 2). A agonia está figurativizada pelo aprisionamento das vítimas no ônibus dominado pelo bandido tresloucado; a expressão ‘ação desastrosa’ invade duas fotos – a da cena em que o policial abaixado prepara-se para atirar em Sandro e a cena em que Sandro é contido pelos policiais; a cena final, com a foto que praticamente ocupa o maior volume da página dupla de abertura, é a da vítima Geisa ensangüentada e carregada pelos policiais.

A reportagem, como já dissemos, não se preocupa exclusivamente com o caso, que será narrado somente na quinta página da reportagem, tirando o



Figura 2. A página dupla de abertura da reportagem de *Veja*, analisada nesse artigo.

que poderíamos chamar de aspecto constativo do texto. Como o próprio editorial indica, não se trata de narrar os fatos do “dramático encontro”, mas de construir uma grade de leitura para o leitor examinar, a partir das premissas do enunciador, a violência que invade o país. *Veja* defende valores específicos para sustentar seu contrato com o leitor. Este já tinha visto as cenas do caso do ônibus durante a semana na televisão. Isto quebra a novidade do caso na mídia impressa, reconfigurando-se a função da revista mais no rumo de um balanço analítico e menos no sentido de um jornalismo informativo e constativo. Evidentemente isso é válido para essa temática, mas não seria o caso de estender esse raciocínio para as revelações de casos de corrupção na política, em que um jornalismo investigativo e de denúncia assume o primeiro plano.

Veja explica no editorial: “Sempre que um determinado assunto sobe na escala de preocupações nacionais, *Veja* dedica a ele um número maior de reportagens e análises em profundidade. A inflação, no tempo em que era o maior problema brasileiro, foi tema de capa da revista dezessete vezes. A agonia e morte do presidente Tancredo Neves mereceu sete capas seguidas. A ascensão e queda de Fernando Collor, 23”.

Entre junho de 2000 e meados de maio de 2001 é preciso dizer que *Veja* apresenta quatro capas abordando o tema ‘violência’. Ao dizer-se atenta para o tema, mas sem materializá-lo como tema central de capa, fica pressuposto que é um tema de relevo, sem que tenha sido escolhido para o primeiro plano. *Veja* está se contradizendo? Ao falar em gota d’água, parece colocar a violência em primeiro plano. Ao escolher a figura de Cruise poderoso, nega isso, tanto que o editorial precisa explicar essa posição. A forma de fazê-lo é ressignificar a preocupação de primeiro plano: *Veja* se diz atenta para o tema da violência, mas não somente a partir dos acontecimentos e casos concretos, pois “assaltos e assassinatos ocorrem todos os dias no Brasil”. O importante não é informar sobre tais casos corriqueiros, pois isso já se tornou rotina. E diríamos nós: essa rotina passa a ser tarefa da televisão. *Veja* não se propõe como uma revista informativa nessa reportagem, mas atua em outro nível, o de uma luta, na aparência, mais “conceitual”. Ao desenvolver essa ‘luta’ é que o enunciador constrói o simulacro do discurso especialista.

Veja sugere que de algum modo venceu, junto com o governo, a luta contra a inflação, tema ao qual dedicou numerosas capas. E prova, no trecho final do editorial: “Agora o assunto dominante é o medo nas grandes cidades. *Veja* tratou-o numa reportagem de capa apenas duas semanas atrás. Entre o dia em que aquela revista chegou às bancas e o fechamento da presente edição, 1417 pessoas foram assassinadas em todo o país – uma média de 109 homicídios por dia. São números reveladores. Enfrentar o banditismo tornou-

se uma urgência nacional”. *Veja* tem dados minuciosos, sem precisar dizer de onde eles vem. Essa tarefa de dizer a todos como enfrentar o banditismo é o que *Veja* vai empreender, construindo o simulacro do discurso do especialista que detém o saber sobre o tema, não necessitando nem mesmo citar fontes e desconhecendo o estado da arte da especialidade.

Senão vejamos: logo no início do texto, afirma *Veja* que “Após quatro horas de agonia, o desfecho mostrou de forma definitiva que ou o Brasil faz uma remodelação completa na sua estrutura de combate ao crime ou a população terá motivos para correr – e não só quando vê um ladrão, mas também quando chega a polícia”.

Nessa abertura de matéria já são postos em ação todos os sujeitos da narrativa, devidamente adjetivados e modalizados: um bandido tresloucado, uma polícia incompetente, uma vítima inocente. O fato jornalístico, figurativizado pelas fotos organizadas pelos significantes “agonia – ação desastrosa – e um desfecho trágico”, resumindo por assim dizer a tragédia, já aparece aqui embalado em um texto preparado por um destinador-julgador: o que fazer com essa tragédia? A tragédia (o “desfecho trágico”) é construída a partir de um dever ser útil. Da constatação de que o povo está desamparado se deduz que é preciso fazer algo, tornando a tragédia aproveitável no sentido de promover uma mudança estrutural no país, remodelando a “estrutura de combate ao crime”.

As fotos aparecem coladas, na abertura, uma ao lado da outra, como se obedecessem não apenas à seqüência cronológica dos fatos que conduziram ao desfecho, mas também à seqüência ordenada pelos significantes “agonia – ação desastrosa – desfecho trágico”, que colocam em ação os sujeitos da narrativa. No centro atrator dessa página dupla está a figura de Geisa, a vítima inocente, que figurativiza a posição do leitor desamparado, inquieto e talvez revoltado, aguardando um sujeito competente que resolva a situação da violência no país de um ponto de vista estrutural. Para a polícia assumir o lugar desse sujeito competente seria preciso transformá-la. Como? Que solução se propõe na reportagem? Acompanhemos a cadeia semiótica principal.

Continua *Veja*: “É de se perguntar o que mais será preciso acontecer até que se decida enfrentar de forma eficiente a chamada questão da ‘segurança’”. Os desfechos trágicos são vistos como pontos de mudança, como pontos de força que serviriam para o país mudar de direção. A pergunta que aparece na tarja da capa e que será repetida na matéria é: “Será que a refém Geisa morreu em vão?”. A utilidade da morte, eis o que *Veja* nos coloca: como tornar a morte da refém útil para a sociedade? Como a morte da refém pode nos levar a refazer a estrutura de combate ao crime? Caberia perguntar se nós, em constituindo a “estrutura de combate” eficaz, proposta pelo destinador-julgador

instaurado no texto, tornaríamos a morte de Geisa não-vã. O que torna uma morte como essa não-vã? O enunciador parece não ter problemas em tudo contabilizar, até mesmo a morte de uma vítima que ele aparentemente tanto valoriza, colocando-a no centro da cadeia semiótica da página de abertura.

O destinador-manipulador nos leva nesse movimento linear da reportagem: para não cairmos no lugar de vítimas dessa bandidagem, é preciso que o país remodele sua estrutura de combate ao crime, aumentando a repressão. A economia narrativa leva seus sujeitos um ao encontro do outro, fazendo com que o leitor se ponha no lugar do desamparado e apóie o aumento da repressão, investindo numa polícia mais competente, a partir de uma atuação firme do governo, contra os únicos sujeitos realmente competentes de toda a narrativa: os bandidos tresloucados e sem história, pura encarnação do mal.

Acenuemos alguns pontos-chave da narrativa. Após esse início que já diz a que veio claramente, o enunciador globalizado de *Veja* sai pelo mundo para comparar o caso carioca com outros desfechos em países onde a vida humana tem valor maior: escolher os Estados Unidos não é de fato uma decisão inocente e revela mais um passo do destinador-manipulador que conduz o destinatário a uma interpelação das autoridades brasileiras, lentas e desleixadas, apesar da seriedade de seu presidente. Lá um jovem negro é espancado por quatro policiais de Los Angeles: “a cruza dos policiais levou os Estados Unidos a uma comoção, que se transformou em revolta após a absolvição dos agressores. O saldo foi um amplo movimento pela redução da violência policial e uma depuração nos quadros da polícia. A faxina americana está longe de terminar, mas alguma coisa foi feita”.

Se a reportagem euforiza a faxina norte-americana, ao mesmo tempo disforiza a própria ação de combate, pela escolha do léxico. Resolver o problema do crime é meter a mão em coisa suja. Esse fazer faxineiro transformador da polícia norte-americana, a partir de um desfecho ruim, é o que nos falta. Essa falta brasileira refere-se a um déficit de comoção que se deveria transformar em ação e que conduziria a um reaparelhamento da polícia, a qual deve combater os bandidos sem provocar desfechos trágicos. A transformação pretendida da polícia, no sentido de um aparelho competente, faria com que a população pudesse viver em segurança. A repressão deve ser eficaz, não deixando balas perdidas, nem atingindo vítimas inocentes.

Estamos na terceira e quarta páginas da reportagem. Aí aparece a foto de Geisa na escola onde dava aulas na Favela da Rocinha. Na outra página temos três fotos: duas na parte superior, em que aparece o policial Marcelo Santos, que errou o alvo, e o policial acusado de matar o bandido. Na parte inferior dessas páginas há um box com o título “O exército consegue conter o crime?” e uma foto ao lado, lembrando a presença do exército nas ruas do Rio

de Janeiro durante a Eco 92, para garantir a paz na cidade. O box e a foto estão em relação de contradição, na medida em que o texto afirma que “os militares são preparados para invadir ou defender territórios e eliminar inimigos. O objetivo da polícia é outro: defender a sociedade, conter tumultos e reprimir os bandidos”. Mas a própria presença da foto postula a eficiência do exército em 92, negando o que estava posto no box.

Na continuação da reportagem é colocado em cena o presidente da República, Fernando Henrique: ele “anunciou sua repulsa, registrou seu protesto contra a atuação da polícia fluminense e apontou para o futuro, na direção da única saída para que o cidadão escape da barbárie que invade o país”. O presidente é construído aqui como sensível e preocupado, o que fica visivelmente demonstrado na foto da página seguinte da reportagem, em que aparece com semblante sério e tenso, entre dois guardas de costas, desfocados, com armas em punho. Nesta foto aparece figurativizada a saída para o país: armar a polícia de modo eficiente, preparando-a para reprimir os bandidos. O presidente anunciaria, diz *Veja*, nos dias subsequentes um novo plano de segurança para o país, com 124 medidas, entre as quais concurso de mais vagas para policiais, criação de um fundo nacional para reequipar as polícias estaduais, regulamentação do programa de proteção a testemunhas, ampliação do controle de fronteiras, entre outras.

Até esse ponto da narrativa não foi descrito o estado de coisas que origina toda a reportagem, ou seja, o caso que provoca angústia, passa pela ação desastrosa e termina no desfecho trágico. *Veja* investiu nessa primeira parte do texto na apresentação do amplo contexto da violência brasileira e dos valores envolvidos na escolha do olhar e do modo de intervenção contra a violência. O enunciador é sempre sério, bem informado e zeloso do futuro de sua população, tem uma visão ampliada, objetiva, analítica, que pondera todos os parâmetros envolvidos, construindo um simulacro de jornalismo científico.

Antes de entrar no fato propriamente dito, na descrição dos acontecimentos, o enunciador ainda fala de “outros efeitos” do episódio, como correntes pela paz que surgiram na Internet e reações no congresso. Para *Veja* “na lista dos problemas brasileiros a falta de segurança assumiu o primeiro lugar. Em vinte das cinquenta maiores cidades do Brasil, a criminalidade é apontada como o principal problema” e teria, de acordo com um deputado da situação (um ‘tucano’), ocupado o lugar da inflação. E complementa *Veja*: “a diferença é que o aumento de preço empobrece as pessoas, mas não mata”. De acordo com os especialistas, prossegue *Veja*, sem mencionar quem são, “esse será o assunto mais debatido nas eleições [...]. Mata-se no Brasil a um ritmo inacreditável: um assassinato a cada treze minutos”. Novamente o enunciador vê-se compelido a contabilizar as mortes. Teríamos de concluir,

seguindo a cadeia semiótica de valorização de *Veja*, que é preciso fazer com que essas mortes não sejam vãs.

O destinatador-manipulador não apresenta outras visões, além do deputado do mesmo partido do governo. Deixa registrado que a inflação, que era o antigo problema do governo, foi resolvido, e agora é preciso resolver o novo problema, da segurança, que é apresentado como pior, na medida em que o aumento de preços não mata. Nenhuma outra opinião, de qualquer outro partido foi trazida nessa reportagem. Na seqüência, o enunciador não informa, em uma reportagem que se quer objetiva, quem são os especialistas, nem cita pesquisas sobre dados e ritmos da criminalidade. Ele se coloca numa posição superior, contabilizadora-compulsiva, por um lado, e por outro não necessitando de fontes para seu discurso.

Na seqüência, volta à cena o presidente da República, dessa vez já em outro país. A peregrinação de nosso enunciador globalizado por outros países incide desta vez na Colômbia, para anunciar um futuro negro para nós se não remodelarmos a estrutura de combate ao crime. Lá o banditismo saiu fora de todo controle, diz *Veja*.

Estabelecida nessas primeiras páginas a grade de leitura, *Veja* passa ao caso propriamente dito. O relato do evento é feito na linguagem precisa de um jornalismo objetivo: “a agonia dos passageiros do ônibus carioca que faz a linha 174 teve início às 14:20h de segunda-feira. No bairro do Jardim Botânico fez sinal o assaltante Sandro de Oliveira”. Sandro entrou armado no ônibus. Um dos passageiros, após vinte minutos, sinalizou para um carro policial que pediu que o ônibus parasse. Ao que consta (mas *Veja* não o diz) Sandro não havia ameaçado ou assaltado ninguém. O motorista abandonou o veículo. Sandro fez dez reténs, que não conseguiram deixar o ônibus. Após cerca de uma hora chegou o Batalhão de Operações Especiais (BOPE), que começou a negociar. Veio a imprensa, chegaram as câmeras de TV. Mais de três horas depois ele simulou a morte de uma moça, Janaina, para pressionar a polícia a dar o que ele queria: armas, dinheiro e um veículo para fugir. Às 18:49h ele desceu do ônibus, puxando Geisa pelos cabelos, com o revólver apontado para a cabeça da moça. Agachado perto do ônibus, um dos soldados do Bope se aproximou por trás e atirou, tentando matar Sandro. Errou o tiro. Sandro deu quatro tiros, matando Geisa.

O acontecimento é construído como barbárie que *invade*, de fora, o país. Ou seria uma invasão *interna*? Não se esclarece. Sandro é sempre dito “bandido”, não tem história, não tem biografia, tendo invadido o ônibus do mesmo modo que a barbárie invadiu o país, vinda de não se sabe onde. O criminoso é uma espécie de pessoa-do-mal, encarnação do erro e do descaminho, materializado no termo “tresloucado”.

Diz o enunciador de *Veja*, já quase no final da reportagem: "O bandido Sandro marchava para o ocaso de uma vida de desgraças a bordo do ônibus da linha 174". Ele não tem história, ou se tem, é uma história de desgraças que culminou nesse ocaso narrado por *Veja*. Não tem história, pois "no único documento pessoal que produziu em sua vida, uma ficha na delegacia de um subúrbio carioca, atribui a outra mulher a sua maternidade". O sujeito não tem mãe, sua mãe é uma outra. Essa predicação o desqualifica: ele não é belo, não é poderoso e sua inscrição simbólica é falha desde o começo. De fora, de longe, junto com a invasão bárbara que acomete a nós, os inocentes, surpresos como FHC, sem defesa, vem esse bárbaro sem história, que nada tem a ver conosco e com nosso cotidiano. e ameaça nossas vidas de pessoas inocentes como Geisa. Nossa identificação é aqui dirigida para a figura de Geisa e nossa ira catequizada contra Sandro, filho de *outra* mãe. Filho sem mãe, coisa do real, ser fora do simbólico, encarnação da desrazão.

3. O ENUNCIADOR

Concentramo-nos até aqui na narrativa, mas seria necessário fazer agora comentários sobre a superfície do discurso. O enunciador usa sempre a terceira pessoa, encarnando a posição unívoca de um sabedor onisciente, que não hesita em saltar do Brasil para os Estados Unidos ou Colômbia para demonstrar seus julgamentos. Ao mencionar "países onde a vida humana tem valor maior" ele apresenta um simulacro de ampla análise, implícita, sem evidentemente citar fontes, porque quase nunca tem necessidade de explicitá-las. Ao escrever "em Brasília, comenta-se que ela (a falta de segurança) tomou o posto que pertencia a um velho inimigo nacional (a inflação)", o enunciador não afirma quem comenta, usando novamente do recurso do impessoal. Apesar desses recursos reiterados, que produzem o efeito de revelação de um enunciador que frequenta os lugares mais secretos, sem demonstrar as fontes, o texto conserva em geral as características de "objetivo".

O discurso direto é empregado poucas vezes, para dar voz a políticos do PSDB, partido do governo federal, que não é o mesmo partido do governador do Rio de Janeiro, responsável pela polícia que cuidou do caso em pauta. Não foram ouvidos locutores dos partidos de oposição ou organizações da sociedade civil.

Outro aspecto a salientar é a estrutura "ou...ou", que em geral aparece nos *outdoors* semanais da revista, expressando um recorte fantasmático da enunciação:

ou o Brasil combate o crime
ou a população vai ter de fugir
- e não só quando vê o ladrão,
- mas quando chega a polícia.

Trata-se de um recurso de um enunciador cético que já não se revolta, mas ironiza o ridículo da inversão de valores: vivemos num país em que a polícia, desastrada, mata a vítima, engendrando desfechos trágicos. Não há nessa superfície discursiva a possibilidade de se questionar a produção social da polícia dita "desastrada" ou do bandido dito "tresloucado", que parecem florescer do nada, como maçãs podres. A oposição se estabelece, de um lado, entre crime e punição (combate), e de outro, entre a tresloucada ameaça do bandido e a desastrosa ação da polícia incompetente. Entre tais oposições, a população fica sem remédio, sem proteção.

O apelo é dirigido ao Brasil, que tem de resolver a situação: é preciso combater o crime, que germina naturalizadamente. De qualquer modo, entre combater o crime e correr não há outra alternativa para a enunciação dos valores de *Veja*. À população, que não cabe combater o crime, só resta correr e ler *Veja*, que brada por ela. *Veja* é a voz do Brasil: ou o Brasil faz algo, ou a população vai ter de correr. É *Veja* quem se dirige ao sujeito Brasil. *Veja* é o único cidadão do país. O que ganha o enunciatário, ao estabelecer seu contrato com *Veja*? Ganha a defesa de sua fragilidade, que pode desembocar na transformação da polícia; ao cobrar ação do governo, ao conchamar o sujeito Brasil, *Veja* assume voz de protesto contra a incompetência, realizando uma descrição simples e eficaz do caminho de transformação. Para o cidadão, fica somente as tarefas de ficar atento e de continuar lendo *Veja*.

O enunciador realiza uma espécie de balanço especialista da sociedade, ditando formas de combater uma violência naturalizada, inserindo-se como o ser mais capaz em uma narrativa de sujeitos incompetentes que ameaçam a existência do enunciatário, que por sua vez só almeja a paz e a segurança. O enunciatário é sujeito do sossego, não da transformação, ele está no lugar discursivo da vítima inocente. A frase "Ou o Brasil faz [...] ou a população não terá saídas" indica que o enunciador *sabe* realmente o que está ocorrendo e o que é para ser feito. Ele detém a verdade. Um dos efeitos é o de provocar no enunciatário a sensação de estar *informado*, dividindo esse saber com *Veja*. É *Veja* quem fala por ele.

O estar informado do enunciatário não se dá ao modo da quantidade de informação, mas como uma construção simulacral de conhecimento, trazida pelo enunciador sabedor. O sujeito da reação não é o cidadão, mas "o

Brasil". Não se diz: "ou os cidadãos fazem algo ou não teremos saídas", mas: "ou o Brasil faz [...] ou a população não terá saídas". Caberia perguntar quem é O Brasil, com O maiúsculo? Insisto nisso: a população é sujeito somente de "não ter saídas". Performativamente isso repõe o enunciador em sua tarefa de paladino da verdade, que será continuada em outras edições de *Veja*.

O custo dessas estratégias de naturalização da violência, que resulta produzida por bandidos tresloucados e sem-história, é o de repor sempre a população em seu lugar de vítima inocente, sempre a reclamar de um poder que não equipa, que não reprime com eficácia, e fora isso não tem outro papel, não se torna cidadã. O mal absoluto deve ser combatido com a repressão, com uma polícia tornada competente, não havendo outro modo de pensar esse combate a partir das instituições da sociedade civil.

Da perspectiva performativa, uma narrativa tem de ser parcial se o efeito pretendido é fazer crer que a solução não pode ser dada antes e acima do social, mas deve vir das próprias instituições, a partir das negociações concretas das partes, dos interlocutores que também lutam na sociedade. Em *Veja* não se examina o problema de dentro, mas de cima, ao modo de uma instância moral/moralizadora, que estabelece um fechamento discursivo sem lugar para a interatividade do leitor. Como diria Habermas, não é possível planejar a tarefa pedagógica da ação comunicativa fora dos próprios contextos dialógicos em que emergem os problemas a resolver em cada situação de ação.

Do ponto de vista patêmico, o enunciatário é colocado na posição de angústia, de aflição. Ele pode a qualquer momento ser atacado pelos bandidos tresloucados. A posição do enunciador onisciente equilibra performativamente essa angústia, pois ele ocupa a posição de um sujeito sabedor, solucionador e julgador dos acontecimentos. O percurso proposto ao enunciatário é aflição – insatisfação – alívio. A posição de alívio corresponderia, como vimos, ao aumento da estrutura de combate ao crime, trazido pela cobrança, não de leitores informados por *Veja*, mas do próprio enunciador que representa seus leitores e assume suas angústias. "Em países onde a vida humana tem um valor maior", continua o texto, "dramas de menor gravidade desencadearam um processo de transformação".

O leitor se constrói com *Veja* repondo uma corporalidade e um modo de vida (depositado no *habitus*, diria Bourdieu) que se estrutura a partir dessa visão do social; em particular, a partir dessa configuração do crime e do castigo são repostos valores recidivantes, desconhecendo-se uma transvaloração que poderia reposicionar a visão de mundo dualista aqui desenhada para os leitores. O enunciatário construído por *Veja* é quase um *ressentido*, que não investe na replanificação de uma sociedade construída sobre a alegria e o desejo. Transformar essa posição da revista significaria supor investimento em

um imaginário muito diverso desse por nós analisado. Significaria investir num imaginário democrático radical, para usar a expressão de Laclau.

Cabe ao leitor crítico, para captar os inúmeros mecanismos diferenciais de construção textual, não ser fiel a apenas uma revista semanal. A infidelidade permite a comparação, a percepção de que as revistas não apenas informam, mas participam da construção do imaginário dos leitores, nesse caso o imaginário da segurança e da violência. O leitor infiel, ao comparar diversas construções, poderá constituir sua visão, se não de questões éticas e políticas, pelo menos das posições diversas da mídia. Tema importante, por exemplo, para a formação de jornalistas, de advogados, de alunos de segundo grau, ou seja, de uma agenda de educação para a mídia.

NOTA

1. Principal publicação do Grupo Editorial Abril, a revista *Veja* é líder de mercado, com tiragem média semanal de 1117 mil exemplares (1999), respondendo, sozinha, por 8,2% da tiragem dos 129 títulos de revistas em circulação no Brasil – 13.607 mil. No segmento de revistas de "interesse geral e atualidades", *Veja* amplia ainda mais sua liderança, com tiragem superior à soma de suas principais concorrentes: *Época*, da Editora Globo, com 486 mil exemplares por semana, e *Istoé*, da Editora Três, 354 mil exemplares por semana. (*Mídia Dados* – Grupo de Mídia de São Paulo: www.gm.org.br). *Veja* é distribuída através de assinaturas (83%) e venda em bancas (17%). (Meio&Mensagem: www.mem.com.br)

ABSTRACT

The magazine of highest circulation in Brazil, Veja, reaching an average of one million copies per week, published an article on June 21, 2000 on the ways Brazil deals with violence. The starting point was an episode occurred in Rio de Janeiro: an armed man kept the passengers of a bus as hostages and, after hours of negotiation, he got out of the vehicle taking a woman with him. The police shot but missed him, and he killed her. How Veja's enunciator produces a discourse on violence and what values it imposes to the reader? This work provides a semiotic analysis of enunciative strategies. This analysis integrates a broader research, which is part of an Integrated Project supported by CNPq (Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico - National Committee for Scientific and Technologic Development). Such research maps thematically Veja's cover articles, since its foundation in 1968.

José Luiz Aidar Prado é professor do Programa de Estudos Pós-graduados em Comunicação e Semiótica da PUC-SP (São Paulo - Brasil). É Doutor em Comunicação e Semiótica pela PUC-SP, Mestre em Engenharia e Bacharel em Filosofia pela Universidade de São Paulo. Foi vice-presidente da Associação Nacional dos Programas de Pós-graduação em Comunicação (Compós) no período 1999-2001. É autor de *Brecha na comunicação* e co-autor de *Lugar global, lugar nenhum, Psicandlise fim de século e Desafios da comunicação*, entre outros. E-mail: zupra@terra.com.br

EL DISCURSO DE LAS CAMPAÑAS ELECTORALES EN TELEVISIÓN: LA EFERVESCENCIA SÍGNICA*

TERESA VELÁZQUEZ GARCÍA-TALAVERA

1. LOS MOMENTOS DE LA ACTIVIDAD POLÍTICA: LAS LEGISLATURAS Y LOS PROCESOS ELECTORALES

El discurso de la comunicación política se realiza en dos momentos bien delimitados. Uno, correspondiente a la actividad política desarrollada durante los períodos de legislatura, y el otro, a los períodos de efervescencia de la vida política en los que esta pasa a un primer plano, y que situamos en los momentos de las precampañas y campañas electorales (Velázquez 1991, 1994). Por otra parte, y cada vez más, el espacio, los contenidos y, casi, las formas de las precampañas invaden el espacio cotidiano de la vida política en los estados democráticos. En este sentido, los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental.

* Este artículo se inscribe en el marco de la investigación "Elecciones presidenciales 2000. Los casos de España, México y Estados Unidos", en la que participan las universidades: Nacional Autónoma de México (UNAM); de Texas (U of T) y Autónoma de Barcelona (UAB). El equipo de la UAB está integrado por Iñaki García, Marta Rizo, Joan Rousifol, Encarna Rufz y Mey Zamora. El análisis de la información de la campaña que se presenta aquí ha sido realizado por Marta Rizo, Encarna Rufz y Teresa Velázquez.

Las formas que adopta el discurso de la comunicación política en estos períodos se centra, por lo menos, en dos grandes modalidades: a) dar a conocer, hacer-saber, informar, y b) persuadir, convencer, hacer-creer.

1.1 MOMENTOS ÁLGIDOS O PROCESOS ELECTORALES

Los momentos cruciales que reflejan la actividad política se ubican en el contexto y las coordenadas temporales de los períodos electorales. Se construye el discurso de la comunicación política a partir de: 1) el balance de la actividad política desarrollada por el partido en el poder o por el partido o los partidos en la oposición; 2) las propuestas programáticas; 3) los datos sobre los sondeos y encuestas de opinión; 4) las informaciones y opiniones aparecidas en los medios de comunicación.

1.2 MOMENTOS SOSTENIDOS O LO COTIDIANO DE LA VIDA POLÍTICA

Situamos aquí el discurso de la comunicación política construido durante las etapas de legislatura. Será el lugar de los balances de la gestión política, el trabajo cotidiano de los parlamentarios, los debates sobre estados de la Nación y el tratamiento que de todo ello hacen los medios de comunicación.

Para mantener el rol asignado por los resultados electorales, el político y el partido están obligados a proporcionar información sobre y desde el partido en el poder y los partidos en la oposición. Cada uno de ellos, en función del papel que les corresponde y les define, han de dar a conocer la propia actividad y ejercer la crítica al contrincante. Este es un juego de interacciones, una especie de diálogo, por momentos tenso, que provoca que la vida política pase a ser objeto de debate público y a ser compartida por el público como electorado.

Los medios de comunicación son los encargados de dar a conocer esta actividad política cotidiana que, por la importancia de los temas tratados y su recurrencia, pasa a formar parte del debate público. Pero los medios no sólo difunden los aspectos destacados de la actividad política sino que, también, intentan convencer del acierto de su interpretación en torno a la realidad política.

2. LA OPINIÓN PÚBLICA Y EL DISCURSO DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

Este es el lugar en el que el lector del discurso político aparece caracterizado bajo la forma de opinión pública. Se le ha conferido un estatus y un rol que le legitima (Velázquez 1999).

El circuito que se crea es el siguiente: los temas políticos de interés público son puestos en circulación por los actores legitimados para construir el discurso político (medios, políticos, líderes de opinión); ese discurso construido desemboca en los ciudadanos electores (individuos, líderes de la sociedad civil o de grupos). A partir de ese momento, se establece el diálogo-interacción entre ambas instancias y se constituye el discurso de la comunicación política. El juego de la interacción discursiva se manifiesta, entonces, en la orientación de voto o en el resultado electoral.

2.1 LOS ESTADOS DE OPINIÓN

Los estados de opinión se pueden generar a partir del dar a conocer-informar sobre la actividad política. Las formas de este dar a conocer pueden ser los comunicados de los propios partidos, la información en los medios de comunicación, los debates políticos en los foros públicos, etcétera.

Desde nuestro punto de vista, se establece una relación entre la información y la creación de estados de opinión sobre los temas de interés político. A fin de detectar cuál es el estado de opinión sobre algún tema se utilizan procedimientos para medir las opiniones. El resultado obtenido son los denominados estados de opinión que podemos considerar como un primer estadio de opinión pública.

2.2 LAS CORRIENTES DE OPINIÓN

Los estados de opinión pueden contener indicadores por medio de los cuales se detectarían las corrientes de opinión, que podemos considerar como el segundo estadio de opinión pública.

Las corrientes de opinión se pueden generar a partir de la opinión recogida en los ámbitos institucionales legitimados por su reconocida capacidad y autoridad para verter dicha opinión. Destacamos aquí el papel fundamental que aún sigue desempeñando la prensa llamada de calidad o de elite o de referencia dominante, aunque los distintos medios de comunicación también cumplen dicha función, en especial, la televisión y la radio, en sus espacios informativos y de tertulias.

2.3 LOS CLIMAS DE OPINIÓN

Aparecen a través del proceso de la acción tematizadora ejercida por los medios de comunicación sobre sus lectores y como resultado del debate público de los temas de interés político de una sociedad.

Los climas de opinión, tercer estadio de opinión pública, quedan enraizados en la cultura política. Están relacionados con el imaginario colectivo, la memoria colectiva y las ideologías.

Estos tres aspectos del proceso de opinión pública nos parecen fundamentales para determinar la cultura política de los ciudadanos de un país, el reflejo de la memoria colectiva sobre los temas de debate público político y, al mismo tiempo, nos sirven para establecer elementos en el proceso de la comunicación política.

3. LAS ELECCIONES GENERALES 2000 EN ESPAÑA Y LA TELEVISIÓN: DESCRIPCIÓN DE UNA CAMPAÑA

Centramos nuestro análisis en las televisiones de ámbito estatal pero, para el caso de España, se consideró relevante incluir, también, la televisión autónoma catalana.

3.1 LAS CADENAS PÚBLICAS Y LAS ELECCIONES: TVE1, TV2 Y TV3

En los momentos electorales, la cadena pública TVE1 dedica, dentro de sus informativos diarios, un espacio específico a la campaña electoral que denomina "Elecciones 2000". La duración del mismo es de unos diez minutos por emisión. La estructura de la información de la campaña contiene normalmente tres grandes bloques.

El espacio analizado, que corresponde al Telediario de *Prime Time* de las 21, nos muestra que TVE1 estructura dicho espacio a partir de la información de la campaña por partidos. TVE1 abre siempre la información electoral con el PP, a continuación el PSOE, sigue con IU, aunque a veces, y desde que anunciaron su pacto, incluye a esta coalición sin corte, al final de la información sobre la campaña del PSOE. El siguiente segmento informativo lo constituyen los partidos nacionalistas (CiU, PNV, CC, BNG) y por último otros partidos regionalistas, minoritarios o autonómicos como ERC, EA, IC-V, UV, UPN, etc. Este último bloque no siempre aparece, por lo cual los mencionados partidos se incluyen al final del bloque de los nacionalistas.

Los diez minutos dedicados a la emisión de la campaña se distribuyen más o menos de la siguiente manera: entre tres y medio y cuatro minutos para el PP; dos y medio a tres minutos para el PSOE; entre veinte y veinticinco segundos para IU; veinticinco segundos a CiU; veinte segundos a PNV y CC; quince segundos al BNG; y otros tantos al resto, en caso de que decidan informar sobre los mismos. El momento, el orden de aparición y la presencia o no de un partido minoritario vienen marcados por la Ley electoral española.

Por los datos obtenidos hasta el momento y por los resultados parciales a los que hemos llegado, creemos que el tratamiento que TVE1 da a la campaña electoral presenta una, digamos, debilidad hacia el PP. De los quince días analizados, aproximadamente un 70% o 75% de los cortes en directo donde aparece el líder en imagen y se le da voz corresponde al PP. El resto se le concede al PSOE. Los otros partidos no tienen opción de entrada en directo.

Otro aspecto destacado son las tomas de los auditorios y escenarios de los mítines. Así, registramos panorámicas, barridos, travellings para el PP. Planos cortos de los auditorios del PSOE y alguna panorámica corta o con poca luz. Primeros planos y planos medios de los líderes. El tiempo de exposición de los líderes en imagen y voz siempre favorece al PP y a Aznar.

Sobre las citas de voz, y, por lo tanto, sobre el contenido del mensaje del político, las del PP/Aznar u otro líder en su mayoría corresponden a puntos del programa electoral. No ocurre lo mismo con las citas seleccionadas en el caso del PSOE/Almunia u otro líder. Aquí la selección, en un elevado porcentaje, corresponde a las críticas al contrincante. De esta forma, en lo que a discurso televisivo de campaña electoral se refiere, el PSOE no tiene programa. Otro dato importante para tener en cuenta es la conexión, en directo o no, del mitin. Mayoritariamente, en el caso del PP, las conexiones corresponden al momento en el cual el telediario emite su información electoral, así que el tiempo sentido por el telespectador cuando recibe la información es el presente.

De todas formas, hemos de decir también que la televisión hace su trabajo pero que los partidos políticos diseñan sus campañas.

La Segunda Cadena de Televisión Española (TVE2) no incluye en sus informativos de la noche ningún bloque destinado a la información electoral. Esta ausencia es lógica dado el carácter que tiene el espacio, más preocupado por las noticias socioculturales que por las políticas. No obstante, contiene un programa electoral que se emite al finalizar *Las noticias de la 2*. En él se realizan diversas entrevistas a los candidatos de los distintos partidos que se presentan a los comicios del 12 de marzo. La duración es de aproximada-

mente diez minutos y están conducidas por el jefe de informativos de TVE, Alfredo Urdaci.

En cuanto al contenido, debemos señalar que mediante las entrevistas se realiza un recorrido por las propuestas que contienen los programas electorales de las distintas formaciones. Así, en cada encuentro se destaca la filosofía de los partidos y las iniciativas que aportan con la intención de mejorar la sociedad española. Las críticas a los oponentes no suelen ser muy feroces, aunque también se señalan las discrepancias que pueden existir con el partido en el poder.

La cadena ha aprovechado el primer día de campaña (25 de febrero de 2000) para conversar con los líderes de los partidos nacionalistas minoritarios como es el caso de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), Iniciativa per Catalunya els Verds (IC-V) y Eusko Alkartasuna (EA).

La televisión autónoma de Catalunya (TV3) incluye en su *Telenotícies vespre* un bloque electoral que inserta, habitualmente, a los 20 minutos de haber comenzado el programa. El mismo se inicia con una intervención del partido más votado en Catalunya durante las pasadas elecciones de 1996: el PSC (Partit dels Socialistes de Catalunya) y su representante estatal PSOE. A este grupo le siguen CiU, la coalición nacionalista liderada por Jordi Pujol y que ostenta el Gobierno de la Generalitat, PP, IC-V y ERC. El tiempo que ocupa en pantalla cada formación está relacionado con tal jerarquización. Así, el PSC tendrá más presencia que ERC.

Quizá lo más destacado de esa cadena es que da la voz, principalmente, a los candidatos catalanes. De esta manera, Narcís Serra, líder de PSC, tendrá más cuota de pantalla que el propio Joaquín Almunia, que es el número uno en las listas del partido a nivel estatal. Además, TV3 antepone los temas de carácter autónomo a los que se refieren al conjunto del Estado.

Como sucede en Antena 3, el reportero suele ser el mismo para cada candidato y comienza su intervención con un *stand-up* que suele durar diez segundos. El género periodístico más utilizado es la noticia con uno o dos cortes de voz que hace alusión a los actos celebrados por la mañana. No son habituales las crónicas en directo, pero cuando hay un mitin que coincide con la emisión del informativo se insertan, sobre todo si son de PSC o de CiU.

Por otra parte, acostumbra a ofrecer informaciones relacionadas con los "éxitos" políticos de CiU, fuera del espacio de campaña, que contribuye a crear una corriente de opinión favorable a esta coalición nacionalista. Lo contrario sucede con aquellas noticias en las que se critica la actuación del Gobierno central. Se aprovechan para destacar su "mala" gestión.

El tratamiento que hace de las noticias electorales suele ser bastante neutro y el reportero se limita a informar. Sin embargo, en las escasas ocasio-

nes en las cuales se da entrada al presentador que está en el estudio, este tiende a valorar los comentarios realizados por los diferentes candidatos y a posicionarse sobre ellos. Sin embargo, esto sucede en contadas ocasiones.

3.2 LAS CADENAS PRIVADAS: TELE 5 Y ANTENA 3 TV

Si tuviéramos que definir en una palabra el tratamiento que Tele 5 hizo de la campaña de las pasadas elecciones generales en España, utilizaríamos el término "bipartidismo". De hecho, si observamos el conjunto de bloques de noticias electorales que aparecieron a lo largo de los días de campaña, podemos ver que los dos partidos con mayor presencia fueron el Partido Popular y el PSOE, los dos con mayores posibilidades de ganar los comicios. De igual modo, dentro de este tratamiento bipartidista, tenemos que destacar la importancia dada a los respectivos líderes de ambos partidos: José María Aznar y Joaquín Almunia. Ambos actores políticos se convierten en los protagonistas de las noticias. El predominio de los dos candidatos es total, hasta el punto de que en ocasiones se deja a un lado el partido al que representan. Este tratamiento podemos llamarlo "personalista", y no es algo propio de la televisión, ni siquiera de esta cadena, si no que es un elemento propio de las últimas elecciones. Asistimos, pues, a un bipartidismo y un personalismo cada vez mayores, a nivel del discurso social y, asimismo, a nivel del discurso mediático, que de algún modo reproduce esta tendencia.

Otro elemento que nos llama la atención del tratamiento hecho por Tele 5 es el género de las unidades de análisis. En casi todos los casos, se trata de noticias en sentido estricto. Son muy pocas las crónicas hechas desde el lugar de los hechos, y menos aún los reportajes. Esto puede ser indicio del interés del medio por mostrar únicamente el hecho-noticia, sin ir más allá, en lo que a profundidad se refiere.

Por otra parte, cabe destacar que Tele 5 da poco énfasis a los temas específicos de los programas electorales. Las noticias no son los contenidos de los programas políticos, sino más bien la presencia de los candidatos en actos públicos, las confrontaciones entre candidatos, los sondeos, etc. Los temas de los programas —educación, trabajo, cultura, economía, etc.— pasan a un segundo plano, y sólo quedan reflejados brevemente en los cortes o citas que el medio selecciona del candidato.

En cuanto a la imagen, destacamos la poca variedad de planos y de movimientos de cámara. Los planos son en su mayoría de pequeño conjunto o planos medios (en el caso de los actores políticos solos), y en algunas ocasiones encontramos planos más generales y movimientos de cámara (especial-

mente panorámicas y travellings), sobre todo cuando la imagen recoge a los asistentes a los mítines de los candidatos.

En general, el medio da un tratamiento bastante equitativo al Partido Popular y al PSOE. Ya hemos dicho que el bipartidismo es la característica básica del tratamiento ofrecido por este medio. No obstante, nos parece importante destacar que el medio trata del mismo modo a unos y a otros, aunque se muestra una ligera tendencia de apoyo al Partido Popular (siempre aparece en primer lugar, por ejemplo).

La cadena privada Antena 3 Televisión emite un espacio de noticias electorales al comienzo del informativo de la noche, siempre entre la primera y la cuarta noticia. Este bloque se diferencia del resto de informaciones por una cortina en la que se lee "Elecciones 2000". Además, la primera noticia que aparece siempre es la que se refiere a las actividades de campaña del PP, ya que es el que más escaños tuvo en el Congreso durante la pasada legislatura.

Por otra parte, es preciso señalar que las informaciones que recoge hacen referencia a los candidatos de las tres formaciones con mayor número de escaños del Estado español. Es decir, del Partido Popular, del PSOE y de Izquierda Unida. Además, el tiempo que dedica a la información referida a cada uno de ellos es muy diferente. Por el contrario, izquierda Unida es la formación que menos tiempo ocupa en este bloque electoral, aunque hay ocasiones en las que ni siquiera aparece. Este es el caso del resto de grupos minoritarios a los que la cadena privada no les da voz en la campaña electoral del año 2000. Los nacionalistas tienen escasa presencia, como es el caso de los catalanes, o nula, si tenemos en cuenta los partidos del País Vasco. Es así como podemos afirmar que Antena 3 centra su atención en los dos partidos mayoritarios, olvidándose del resto de formaciones que presentan su candidatura a estas elecciones.

Otra de las características que podemos observar es el tratamiento que Antena 3 hace de los diferentes candidatos: acostumbra a insertar siempre citas de José María Aznar que hacen alusión a propuestas electorales, mientras que las de Joaquín Almunia suelen ser aquellas que se centran en la crítica que vierte contra el líder del PP. De esta forma, el telespectador tiene la sensación de que el candidato socialista no tiene nada nuevo que ofrecerle y basa su campaña política en la derrota del contrincante. Por el contrario, el tratamiento que hace sobre los actos que celebra Francisco Frutos, de IU, suelen ser más neutros.

Los planos que se utilizan en la realización de la información también son interesantes de analizar. Cuando aparece el candidato Aznar, la cadena emplea planos abiertos en los que se muestra al público y su actitud de euforia y devoción por el Presidente español. Sin embargo, con Almunia los planos son más cortos y acostumbran a evitar al público.

A partir del día 1º de marzo de 2000, a media campaña, Antena 3 emite al final de cada bloque electoral un pequeño reportaje sobre un tema social que afecta a los electores. Es una información de carácter complementario que pretende sacar a la luz la opinión que tienen los ciudadanos sobre el funcionamiento de las instituciones. Sin embargo, el reportaje acaba siendo un espacio en el que se comentan los logros realizados por la Administración del PP durante sus cuatro años de gobierno. De alguna manera, esta cadena privada está favoreciendo la candidatura de José María Aznar.

Para finalizar, es preciso señalar que esta cadena utiliza siempre un mismo reportero para cada candidato. El periodista entra en escena después de que el presentador del programa le haya dado paso. En ese momento, la pantalla se divide en dos y aparece en la izquierda el estudio y a la derecha el acto en el que se encuentra el reportero. Cuando la información se emite en directo, el género utilizado es la crónica, mientras que cuando va en diferido se trata de una noticia con uno o dos cortes de voz.

4. LA EFERVESCENCIA SIGNICA, O CÓMO LOS POLÍTICOS SE ACERCAN AL ELECTORADO: LOS ESPACIOS GRATUITOS DE PROPAGANDA

Tal y como ya hemos referido, las televisiones públicas ceden a los partidos políticos espacios gratuitos para su campaña. En ellos se difunde la publicidad electoral. Este es otro de los elementos que determinan el diseño de la campaña por parte de los partidos. Seleccionamos algunos de los spots correspondientes a los dos partidos mayoritarios (PP y PSOE) que concurren a las elecciones. Para realizar el análisis de los mismos partimos de la semiótica narrativa-textual y realizamos el análisis de actantes y predicados nodales.

La construcción narrativa seguida por el spot del PP contiene, como hilo conductor, los puntos del programa electoral, los cuales quedan contextualizados, realzados y apoyados por los logros alcanzados durante la legislatura.

El tono con el que el sujeto-héroe del spot, José María Aznar, se dirige al electorado pretende un hacer-creer persuasivo de solvencia, de autoridad, de conocimiento de los temas importantes, de honestidad y de seriedad. Dicho discurso, ordenado en diferentes bloques de contenido programático y fácilmente asociables al contenido del mitin del día, contrasta con el dinamismo de otros elementos del spot, como son la música, viva, alegre, dinámica; el color, tonos azules, colores suaves, convencionales; los actantes-ayudantes encarnados por ciudadanos de todo tipo y actividad social: mujer embarazada; mujer-madre con bebé en brazos que en estos momentos se encuentra de baja por maternidad, con el fin de cumplir con sus deberes de madre de fa-

milia, pero sabedora de que ocupa un lugar en la cadena productiva y que volverá a trabajar cuando acabe su período de baja maternal; pensionistas; trabajadores de servicios; ejecutivos; estudiantes; jóvenes que han obtenido un empleo. En fin, todos con una cara de gran felicidad.

El objeto del deseo que quiere alcanzar el héroe del spot, al margen del común en estos casos y que no es otro que el de obtener el mayor número de votos posible, lo situamos modalizado en un "querer ser" reconocido, identificado como el único líder capaz de mantener el nivel de seriedad y compromiso que impone el hecho de ser hombre de Estado, con suficiente experiencia ya, para mantener y elevar el nivel de modernidad de país avanzado que requieren y demandan la cantidad de actantes-ayudantes transformados ahora en destinatarios del mensaje y, por tanto, en ilusionados votantes de un proyecto como el que se presenta basado en la implantación a gran escala de las nuevas tecnologías en investigación, en enseñanza en la sociedad; pensiones adecuadas; racionalización de los medicamentos para todos; amplia reducción del paro; creación de contratos estables, y un largo etcétera.

El resultado argumentativo de toda esta acción narrativa es que, para seguir avanzando por esa vía de logros alcanzados, hay que votar a José María Aznar y, con él, al PP. En concordancia con la planificación de la campaña del PP, este spot, con mucho, es el más logrado de la campaña.

Uno de los spots que el PSOE crea para ser emitido como publicidad electoral en la televisión pública de ámbito estatal centra su argumentación en la descalificación del PP y de su líder Aznar.

La intertextualidad (Bajtín 1982; Velázquez 1992) es la base de la estructura narrativa en la que este partido sustenta la argumentación de su publicidad electoral. El spot con un "El PSOE presenta" remite al inicio en pantalla de las películas del cine mudo. Allí donde aparecía el título del filme, aquí el título del spot, "La paella". Inmediatamente después, se inicia la acción, en blanco y negro. Una enorme paella en el escenario de una playa. Un actante-sujeto principal, personaje/actor caricaturizado como José María Aznar, es el encargado de repartir la paella. Hay para todos. Aparece una larga fila de personajes que son los que van a recibir su ración de paella. El actor principal ofrece mucha cantidad para los amigos, seguidores, colaboradores, compañeros de otros partidos con los que ha formado coalición en la legislatura que acaba, etc. A continuación, otros personajes que reciben la mínima expresión en el reparto de la paella. Estos actores representan a los pensionistas, a los trabajadores, a las mujeres, etc. Una frase final, a modo de conclusión/moraleja de la historia, "La derecha reparte mal". Finaliza el relato con la introducción de una secuencia a modo de conclusión en la que aparece una joven que indica a los destinatarios del spot la importancia que tiene dar el

voto al PSOE/Almunia para lograr un reparto más justo y equilibrado del que todos se puedan beneficiar. Finalidad didáctica.

Si esta es una muestra de los spots que el PSOE realizó como publicidad política para su campaña electoral para ser emitido en las cadenas públicas estatales, en el caso del que fue diseñado para ser difundido en Cataluña es absolutamente diferente. Almunia cuenta con ayudantes como Maragall, el cual habla en tono positivo y desde la perspectiva de sentirse ganador en Cataluña (PSC/PSOE), o con Narcís Serra, ex ministro de González, quien habla en el spot desde la sabiduría del gobierno.

De esta manera, los ciudadanos, potenciales votantes, se encuentran inmersos en la vorágine de carteles, cuñas publicitarias-propagandísticas en la radio, spots televisivos, anuncios en los diarios, carteles y vallas publicitarias, folletos en los buzones de casa que contienen las líneas generales de los programas y las listas de los candidatos, e informaciones relativas a los actos de la campaña electoral que difunden los medios de comunicación a modo de aviso; también, los políticos en la radio, la televisión, en la prensa.

5. ¿CÓMO SE NOS PRESENTAN LOS POLÍTICOS Y CUÁLES SON SUS RECURSOS COMUNICATIVOS?

El político y, con él, el partido que lidera necesitan credibilidad, y para ello sustentan su discurso en estrategias que redunden en la fiabilidad de sus enunciados. Esta presencia adopta las modalidades discursivas de a) dar a conocer, hacer-saber, informar, y b) persuadir, convencer, hacer-creer. El político necesita de estos recursos para la eficacia de su discurso.

Dar a conocer, hacer-saber, informar o persuadir, convencer, hacer-creer se logra a partir de aquellas manifestaciones del político que tienen que ver, en primer lugar, con las propuestas contenidas en su programa electoral y, en segundo lugar, con los datos que ofrece en relación con los opositores de forma ya que se distancia de los mismos y hace creer que su propuesta es mejor.

Los recursos que emplea el político en estas situaciones van desde la credibilidad y honestidad de sus afirmaciones, el control de sus gestos, su apariencia física y su adecuación al estatus que le corresponde y, sobre todo, al rol que desempeña o que pretende desempeñar. En ese sentido, tanto es fundamental el uso del lenguaje como las dimensiones discursivas: así, las dimensiones narrativa, con la finalidad de describir y contar; argumentativa, con la de explicar, discutir y probar; y, por último, retórico-poética, cuya finalidad es la de sugerir y evocar.

En definitiva, el político ha de mantener, en lo que dice, una actitud ex-

presiva que denote o remita a sus emociones con la finalidad de provocar interés en el electorado sobre su discurso; de la misma forma, el político ha de hacer llegar su visión del mundo, ideología y política, por lo que recurre a referencias que apelan al conocimiento del electorado (su cultura política), con la intención de convencerle y persuadirle del grado de verdad de sus afirmaciones.

6. CONCLUSIÓN

A modo de conclusión nos gustaría reflexionar sobre la necesidad o no de las campañas electorales. Así, se nos ocurre la siguiente pregunta: *¿Son todavía necesarias las campañas electorales?*

En España hemos entrado en una nueva dinámica de las acciones enmarcadas en el persuadir de la propaganda política. ¿Por qué? La respuesta es sencilla: nos hemos acostumbrado al clima electoral en tiempos de legislatura. Según nuestro modo de ver, esto constituye un elemento clave para la integración simbólica de la acción política en la sociedad. Nos referimos a las representaciones colectivas sobre el quénacer político de los dirigentes que repercuten en la conciencia colectiva de los individuos de una sociedad y que desembocan en los estereotipos consensuados en torno a la clase política.

¿Cómo se contribuye a crear estos estereotipos y mediante qué instrumentos comunicativos se exteriorizan? Podemos decir que a partir de las intervenciones de los políticos en los foros de discusión (Parlamento, comisiones, etc.) y a través de los medios de comunicación (tertulias, debates, informaciones, opiniones, discusiones públicas, etcétera).

Llegados a este punto, es preciso hablar de los momentos álgidos del discurso político, a saber, el tiempo de las decisiones democráticas donde los ciudadanos son llamados a ejercer su derecho al voto. Los políticos y los partidos entran en la dinámica del dar a conocer las virtudes, éxitos y aciertos de su labor de gobierno o de oposición y los desaciertos e infortunios en la acción de sus opositores, donde, incluso, aquellos que han sido compañeros de viaje durante la legislatura pasan a ser sus contrincantes. También son los momentos de los pactos de última hora.

Las dialécticas de los discursos no constituyen sorpresas. Las promesas contenidas en los programas, las autoalabanzas en torno a los deberes hechos y aprobados con nota, las valoraciones negativas del otro, entre otras, son las acciones comunicativas más enfatizadas durante el período de campaña.

Los ciudadanos, posibles votantes, se asombran de la capacidad de resistencia de los políticos a estas fórmulas inagotables de enfrentamiento.

Estas, a su vez, se agudizan de forma exagerada durante los tiempos preestablecidos para ello, es decir, las precampañas y campañas electorales. La diferencia está en el ajetreo en el cual, durante ese espacio corto y condensado de escasos dos meses, se ven inmersos los políticos, los partidos y los medios de comunicación.

Esta vez tampoco ha habido sorpresa en la planificación y diseño de las campañas. Algunos han repetido esquemas, otros han sido más ordenados y didácticos y han presentado coherencia entre los spots de los espacios gratuitos en las televisiones públicas y la defensa apasionada del programa en los mítines.

Gran despliegue de energía, esfuerzo, cansancio tanto para los políticos, como para los profesionales de los medios que cubrían la campaña y que luego, gracias a la edición (selección y jerarquización) televisiva, podíamos seguir en casa para, en definitiva, condensar en los últimos quince días un mensaje recurrente que se ha dado a lo largo de toda la legislatura.

A partir de lo expuesto, podemos concluir que hablar de discurso quiere decir tomar en consideración todos los factores que intervienen en su proceso de construcción, producto e influencia y recepción. Al mismo tiempo, hablar del discurso de la comunicación política comporta, como hemos visto en el transcurso de estas páginas, tomar en consideración el contexto en el que ese discurso es construido, re-construido, recibido e interpretado, lo que conduce, a su vez, a la generación de otro texto-discurso en forma de respuesta o de nueva propuesta discursiva. Lo que, a nuestro modo de ver, pone de manifiesto cierta dinamicidad de los discursos a partir de su actualización en el acto de leer. Esta acción de leer también la realizan los creadores del discurso.

Podríamos llegar a tener la tentación de pensar que el discurso de la comunicación política, al recibir la respuesta a través de las urnas, de la orientación de voto, de los barómetros que miden la aceptación de los políticos y de las acciones políticas o de las protestas sociales, no contendría los mismos elementos de todo discurso. Aquí nos equivocaríamos. Como hemos visto, todo discurso está inmerso en un determinado tipo de sistema social y político. A su vez, los discursos pertenecen a subsistemas dentro del sistema general de la sociedad. En este sentido, las ideologías atraviesan todo el arco del proceso del discurso de la comunicación política e influyen en él; dan cohesión a los discursos dominantes sobre los temas de debate público, en este caso, el político, y contribuyen a crear los universos simbólicos en torno a la realidad política, así como a reforzar el imaginario colectivo sobre estos temas.

Creemos que en nuestra exposición queda recogido el juego de la interacción entre los elementos de ese proceso, lo que hace que podamos hablar del discurso de la comunicación política como una estructura dialógica con

propuestas, discusión, debate y re-construcción-generación de un nuevo discurso como respuesta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJTÍN, M. (1982) "El problema de los géneros discursivos" en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- VELÁZQUEZ, T. (1991) "Políticos en campaña: salir por todos los medios" en *Cuadernos de Comunicación. El Observador*, 23 de abril, nº 7, 1-3.
- (1992) *Los políticos y la televisión. Aportaciones de la teoría del discurso al diálogo televisivo*. Barcelona: Ariel.
- (1994) "El medio televisivo como configurador del discurso político" en *Televisión y política* de F. Huertas (ed.), 115-121. Madrid: EUEDEMA.
- (1999) "Comunicación política en televisión. Los indicadores de la cultura política", *Comunicación y estudios universitarios* 9, 53-56.

ABSTRACT

The most significant manifestation of a democratic system in the contemporary society is the electoral processes which reflect the dynamics of political life. On the other hand mass communication, as social discourse, echoes, highlights and gives a hierarchical value to these processes. We must add that potential electorate participates in the same processes, and this factor is very important for the political activity during the electoral phase. So is created discourse about political activity of politicians and parties, and also the mass media discourse on politics. In these pages we will expose the partial results of our analysis about the way television news deals with general elections in Spain in the year 2000. And we will see through semiotic-discursive categories the way narrative and discursive forms are structured in the propagandist discourse contained in the spots of the electoral campaign elaborated by political parties and broadcast in the air time allocated to the political parties by Spanish public television.

Teresa Velázquez es licenciada en Filología Románica (Subsección Hispánica) y en Ciencias de la Información (Sección Periodismo) por la Universidad Autónoma de Barcelona (España), doctora en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona (España) y profesora del Departamento de Periodismo y de Ciencias de la Comunicación de la misma universidad, en el que ha impartido, entre otras materias, Teorías de la Comunicación, Métodos y Técnicas de Investigación en Comunicación de Masas y Semiótica de la Comunicación. Ha realizado investigaciones en el campo del análisis del discurso (político, comunicativo, etc.). Desde hace varios años investiga acerca de la diversidad cultural, los conflictos interculturales y el discurso comunicativo. Entre sus trabajos sobre el discurso político destacan *Los políticos y la televisión* (Barcelona: Ariel, 1992); "El medio televisivo como configurador del discurso político" (Madrid: EUEDEMA, 1994); "Comunicación política en televisión. Los indicadores de la cultura política" (Valencia, 1999).
E-mail: Teresa.Velazquez@uab.es

COLECTIVOS DE IDENTIFICACIÓN EN LOS DISCURSOS DEL EX PRESIDENTE DE CHILE PATRICIO AYLWIN AZÓCAR

OLLY VEGA ALVARADO

En el proceso de construcción del sujeto político en los discursos emitidos¹ durante su mandato –1990-1994– por el ex presidente de Chile, don Patricio Aylwin Azócar, uno de los modos de constitución del circuito comunicativo de orden presidencial corresponde a la construcción, por un lado, de su imagen personal e institucional como gobernante (Vega 2000: 45-65) y, por otro, de su imagen como “enunciador colectivo” (Vega 1998: 156-209).

En este artículo, nos ocuparemos del último aspecto. De hecho, para lograr los objetivos pragmáticos que se ha propuesto, el enunciador presidencial² recurre al empleo de recursos que la lengua pone a su disposición, entre ellos la asociación, regida institucional o discursivamente, con otros participantes de la situación comunicativa. Al proferir ‘nosotros’, el ‘yo’ del locutor-enunciador se muestra formalmente ausente, dando lugar a un ‘nosotros’ que integra valores semánticos acordes con la posición enunciativa que adopta al emitir sus enunciados en un contexto situacional dado.

La evidente polisemia de este embrague entre el código y el mensaje, nos lleva a elucidar los ‘nosotros’ que pueblan estos discursos presidenciales. El enunciador presidencial dice ‘nosotros’, pero ¿qué personas invocan los ‘nosotros’ utilizados por el presidente Aylwin a lo largo de sus discursos? y ¿con qué propósito las invoca? En la búsqueda de respuesta a estos interrogantes nos ha guiado el estudio estructural del ‘nosotros’ realizado por Louis

Guespin (1985: 45-62), que presenta, como veremos más adelante, un interesante juego de combinaciones de diferentes entidades sociales.

1. EMERGENCIA DEL ENUNCIADOR COLECTIVO

La primera aproximación al 'nosotros' de los discursos aylwinianos permite consignar las marcas del enunciador colectivo en el pronombre de 1ª persona del plural, en la desinencia verbal y en las variantes funcionales de pronombre posesivo, pronombre personal átono reflexivo, pronombres personales átonos en funciones de complementario directo, indirecto y término de complemento. De entre ellos, focalizaremos la atención sobre el 'nosotros' marcado en la desinencia verbal en contraste con la marcación de sujeto explícito.

1.1 MARCA DESINENCIAL

La marca desinencial, que obedece a una regla de uso correcto del español, con un 57,7% de ocurrencia en los discursos analizados, se manifiesta principalmente:

a. en actos de "aseveración", especialmente con verbos del "decir":

D.1.1-64. Hemos dicho también, y hoy lo repito, que debemos abordar este delicado asunto conciliando la virtud de la justicia con la virtud de la prudencia;

b. en la expresión de "acciones" con verbos del "hacer concreto":

D.1.1-5. Con alegría, porque, por primera vez al cabo de veinte años, emprendemos una ruta que ha sido elegida consciente y voluntariamente por nosotros mismos; no nos ha sido impuesta, sino que corresponde a la decisión libre y soberana del pueblo de Chile;

c. en la manifestación de actitudes y sentimientos:

D.4.1-11. Somos chilenos no sólo por eso, porque habitamos entre la cordillera y el mar, en este territorio largo y angosto, hermoso y, al mismo tiempo, lleno de dificultades; en esta loca geografía que a veces nos hace sufrir con terremotos e inundaciones, y otras veces con sequías, pero cuya tierra queremos sentirnos nuestra y admiramos en su hermosura.

1.2 SUJETO EXPLÍCITO

Con un 2,2% de ocurrencia se materializa el 'nosotros' como sujeto explícito de los enunciados y, a la vez, sujeto colectivo de la enunciación; sin embargo, a pesar de esta escasa ocurrencia, lo consideramos un signo intencional, de gran valor semántico y pragmático; por ello, fue objeto de un análisis basado en la noción de gramática de la "transitividad" de Halliday (1985: 101-157), que ilustramos con los procesos semánticos de los verbos con sujeto explícito 'nosotros' en los discursos de Celebración y Aniversario del Gobierno.

D.1.1-29. Así lo estamos demostrando nosotros también aquí, con el propio acontecimiento que celebramos.

D.1.2-23. Nosotros, por una parte, logramos por la madurez, especialmente de los sectores laborales, y la comprensión de los sectores empresariales, un acuerdo marco entre trabajadores y empresarios que fijó la pauta en las relaciones entre unos y otros; por otra, asumimos el gobierno con signos de un recalentamiento de nuestra economía, que amenazaba con un escape de la inflación que obligó a un ajuste doloroso, pero que, en definitiva, fue fecundo.

D.1.4-79. Un Chile que nosotros queremos hacerlo producir para que termine la pobreza, hacerlo producir para que el bienestar llegue a todos y establecer en él una convivencia fraternal, en que todos nos sintamos hermanos, en la misma tarea.

Tabla 1. Procesos semánticos en verbos con sujeto explícito 'nosotros'

Discursos 1.0	Procesos semánticos ³
D.1.1 nosotros estamos demostrando	Rc = relacionante "circunstancial"
D.1.2 nosotros logramos un pacto	Mc = material "concreto"
D.1.4 nosotros queremos hacerlo producir	Sa = sensorial de "afecto"

El primer ejemplo manifiesta un proceso "relacionante circunstancial" *estar demostrando*, que revela la acción "siendo"; el segundo, un proceso "material concreto", con *lograr*, y el último, un proceso "sensorial de afecto", con *querer hacer*.

Un estudio similar en los cuarenta discursos permitió comprobar el uso mayoritario de "verbos de proceso verbal", específicamente *sostener*, *proclamar*, *afirmar*, *hablar*, *promulgar*, *plantear*; luego, de "verbos de procesos materiales o de acción" de tipo concreto, tales como *lograr*, *depositar*, *construir*, *re-*

cibir, ayudar, seguidos de “verbos de procesos sensoriales de afecto”, *querer, anhelar y esperar*. Estos resultados muestran que con el empleo mayoritario de “verbos del decir”, en segmentos marcados por el componente descriptivo-evaluativo⁴ y por las modalidades epistémica y axiológica,⁵ el enunciador presidencial da cuenta y evalúa los eventos políticos chilenos que acontecen o acontecieron durante su mandato, en contraste con los ocurridos en el gobierno del general Augusto Pinochet Ugarte.

Por su parte, el uso de los “verbos de procesos de acción”, en los segmentos prescriptivo-exhortativos, en donde se marcan las modalidades alética y deontica, el enunciador presidencial se orienta directamente hacia los destinatarios con el propósito de impulsarlos a la acción para alcanzar tanto la reconciliación entre los chilenos como el desarrollo social, cultural y económico de Chile. En cuanto a la utilización de “verbos de procesos sensoriales o de afecto”, especialmente en segmentos programático-compromisorios, que marca su línea de acción y de conducta, y que se entrelaza con las modalidades volitiva, del “querer ser” y alética, del “poder ser”, el enunciador presidencial instaaura relaciones de solidaridad con sus destinatarios por la movilización de las emociones y de los afectos, en la expresión de su voluntad y en el deseo del cumplimiento fiel de sus compromisos como gobernante.

2. DIMENSIÓN SOCIAL DEL ‘NOSOTROS’

Este acercamiento inicial al ‘nosotros’, unidad plena de potencialidades dialógicas, nos lleva, en consecuencia, a centrarnos en la dimensión social del ‘nosotros’, esto es, a la tarea de elucidar los colectivos de identificación (Verón 1987: 18), fenómeno discursivo que se materializa, en el juego textual y discursivo que se produce, tanto en la pronominalización, en la marca desinencial como en las variantes funcionales.

En estos discursos presidenciales, que emanan aparentemente de un solo locutor, se pueden escuchar “voces” diferentes (Ducrot 1986: 175-239) de la del enunciador presidencial, dando paso a la aparición del fenómeno polifónico en ellos. En el discurso político, el ‘nosotros’ se revela como una forma compleja difícil de elucidar, dado que en el proceso de constitución del sujeto político, el enunciador se asocia con ese ‘otro’, generalmente plural, incluyéndose en colectivos de identificación con otros actores sociales, que sólo tienen presencia en la particular instancia de enunciación.

2.1 ESTRUCTURA DEL ‘NOSOTROS’ – ‘VOSOTROS’

Para Louis Guespin (1985), uno de los mejores modos de conocer la forma lingüística de operar del sujeto en la dimensión psicosocial es el estudio del pronombre personal ‘nosotros’, que entrega una singular matriz de lectura, al renunciar al ‘yo’ para asociarse a otros, matriz que viene determinada por la convención social y por los deseos, intenciones, expectativas y maniobras del enunciador. Cuando el enunciador recurre al ‘nosotros’ marca implícitamente los rasgos de su personalidad social o del proceso de interacción que pone en obra. Estas marcas ayudan a leer la operación de conciencia que realiza el enunciador al materializar en el discurso su individualidad bajo el ángulo de un rasgo de su personalidad social.

En el estudio estructural⁶ de los pronombres que propone Guespin,

Tabla 2. Nosotros: Estudio estructural

Nosotros	Vosotros
N1: Emisor + Emisor	V1: Destinatario + Destinatario
N2: Emisor + Destinatario	V2: ∅
N3: Emisor + No-persona	V3: Destinatario + No-persona
N4: Emisor único	V4: Destinatario único

señala que

- N1 (nosotros 1) puede denotar dos o más locutores que asumen colectivamente la responsabilidad de un discurso; es el caso de la presentación a dos voces, de un texto co-firmado, de un locutor-intelectual colectivo mandando un representante. Por su parte, su concurrente V1 (vosotros 1) puede denotar dos o más receptores o un grupo organizado previsto como receptor, tales como un congreso, partido u otro.

- N2 (nosotros 2) puede unificar al emisor o destinador (único yo), plural o colectivo (N1) y al destinatario, sea único, plural o colectivo. Así, los participantes en una interacción verbal dada pueden reagruparse en N2. En este caso, no existe función simétrica del vosotros 2 (V2).

- N3 (nosotros 3) une al destinador y a la no-persona, vale decir, el emisor puede adjuntarse una no-persona, singular o plural. Por su parte, su concurrente V3 (vosotros 3) puede reagrupar al destinatario, singular o plural y a una no-persona.

- N4 y V4 (nosotros 4 y vosotros 4) corresponden a los diversos casos de uso de la forma plural mientras que el destinador o destinatario son úni-

cos; se trata del 'nosotros' de los edictos reales, de los artículos científicos, del 'vosotros' de cortesía.

3. COLECTIVOS DE IDENTIFICACIÓN EN LOS DISCURSOS AYLWINIANOS

El juego de las combinaciones en el 'nosotros' de los discursos aylwinianos es aun más complejo de lo que la estructura de Guespin presenta; por ello, procedemos a descubrir y delimitar las combinaciones que se materializan en el 'nosotros'.

3.1 El "colectivo de identificación ideológico" (cii) denota dos o más enunciadores que asumen en conjunto la responsabilidad de los enunciados, es decir, son actores sociales pertenecientes al mismo grupo ideológico, militantes o adherentes del Partido de la Concertación por la Democracia, que se vuelven co-responsables discursivos frente a los destinatarios, contradestinatarios o terceros discursivos (Vega 1998: 567-667). Ellos comparten la ideología y la visión del mundo desde la misma posición político-partidista. Como una sola persona habla, la presencia del segundo enunciador sólo será descubierta en otro nivel de análisis, esto es, en el juego discursivo que se construye mediante "complejos ilocucionarios".⁷ La inclusión del enunciador 2 cumple una función de "reforzamiento de la creencia" al legitimar discursivamente la ideología compartida.

Este colectivo de identificación ideológico responde a la fórmula:

$$N1 = E1 + E2$$

vale decir, Nosotros 1 implica Enunciador 1 + Enunciador 2

D.6.3-15. Creemos en la democracia y creemos que la democracia se funda en el respeto a los derechos sagrados de la persona humana, en la afirmación de la libertad de todas las personas, en el pluralismo, en la convivencia, más allá de las divergencias y distintas opiniones.

La fórmula deducida del enunciado y su contexto permite que la forma verbal *creemos* sea entendida como

- 'yo' creo en la democracia y creo que la democracia... +
- 'ustedes mis correligionarios' creen en la democracia y creen que la democracia...

Así, como en muchos enunciados, de los cuales hemos retenido los siguientes:

- D.6.3-17. Nosotros proclamamos como primer valor los derechos humanos.
- D.6.4-27. La Concertación reunió a quienes quisimos terminar el régimen autoritario en Chile; nos unimos para restablecer en Chile un régimen político democrático, fundado en los valores que he señalado.

El N1 denota al enunciador en conjunto con su grupo ideológico, conglomerado pluripartidista de centroizquierda, familia ideológica que llevó a don Patricio Aylwin Azócar a la Primera Magistratura. Emerge tanto en las marcas desinenciales como en el sujeto explícito, en discursos específicamente referidos a la política.

3.2 El "colectivo de identificación ampliado" (cia), donde 'yo' + 'ustedes'/'vosotros' se asocian, es decir, por una parte, el 'nosotros' asume al enunciador único y, por otra, al destinatario plural o colectivo, ambos implícitos o explícitos. Esto significa que el enunciador, al proferir este 'nosotros', funde a los dos actantes del proceso enunciativo: él mismo y sus interlocutores en la determinada situación comunicativa de que se trata.

Este colectivo de identificación ampliado responde a la fórmula:

$$N2 = E1 + D$$

esto es, Nosotros 2 implica Enunciador 1 + Destinatarios

D.1.1-1. Este es Chile, el Chile que anhelamos, el Chile por el cual tantos, a lo largo de la historia, han entregado su vida; el Chile libre, justo, democrático.

Al desplegar los referentes denotados, interpretamos que este N2 debe ser entendido como

- el Chile que 'yo' anhelo... +
- el Chile que 'ustedes' anhelan...

D.1.1-3. Nos reunimos esta tarde con esperanza y alegría.

La existencia de este N2, de un 'yo' que habla y de un 'ustedes'/'vosotros' que está presente y que escucha, permite la denotación de las personas que se relacionan dialógicamente en estas particulares instancias de discurso.

Este “colectivo de identificación ampliado” (cia), que se materializa en forma irregular, ya sea como sujeto explícito e implícito o como variantes funcionales, se presenta principalmente en los mensajes anuales ante el Congreso Nacional, en los de Aniversarios del Gobierno y en los de las ceremonias del Día del Trabajo.

3.3 El “colectivo de identificación restringido” (cir) asocia al enunciador ‘yo’ con la no-persona h plural, ‘ellos’: ‘los que comparten conmigo el gobierno de la nación’; lo hemos llamado “restringido” justamente por este lazo social institucionalizado, que conforma un colectivo menor que el cia y que está marcado política e institucionalmente.

Este “colectivo de identificación restringido” responde a la fórmula:

$$N3 = E1 + NP h$$

vale decir, Nosotros 3 implica Enunciador 1 + No-persona humano (ellos, los miembros de mi gobierno)

D.1.1-O.35. Estamos contentos por la forma pacífica y sin traumas en que ha operado el tránsito hacia el gobierno democrático.

Examinado este enunciado bajo esa fórmula, hacemos la siguiente lectura

- ‘yo’ estoy contento por la forma pacífica...+
- (ellos) los miembros de mi gobierno están contentos por...

D.3.1-14. Estamos recién empezando y nos queda mucho por hacer.

En este N3, el enunciador muestra su pertenencia a una estructura social de índole política. Se trata de un ‘nosotros’ institucional cuyo *denotatum* es la formación social denominada Concertación de Partidos por la Democracia. En él, el enunciador constituye un conjunto que no nombra, que sólo pronominaliza o marca en la desinencia.

Este “colectivo de identificación restringido” tiene ocurrencia significativa en los discursos ante el Congreso Nacional, ante mujeres, jóvenes universitarios y empresarios, en el Día del Trabajo y en los Aniversarios del Gobierno. Se materializa como sujeto explícito y desinencia. Esto se explica por el hecho de que el enunciador presidencial da cuenta de las acciones emprendidas por el Gobierno de la Concertación y de los logros obtenidos, de la asistencia a los trabajadores, de la mejoría de la calidad de vida de las mujeres y

jóvenes y de las conversaciones con los empresarios para alcanzar en el país un “desarrollo con equidad”, ideologema acuñado durante su mandato.

3.4 El “colectivo de identificación nacional” (cin) denota siempre al enunciador vinculado tanto con destinatarios presentes o no en la instancia de discurso como con todos los actores e identidades sociales que conforman el resto de la sociedad chilena. Este ‘nosotros nacional’ inclusivo es fuertemente recurrente en la referencia a lo largo de todos los discursos aylwinianos.

El “colectivo de identificación nacional” responde a la fórmula:

$$N4 = E1 + D + NP h$$

es decir, Nosotros 4 implica Enunciador 1 (yo) + Destinatario (Uds.) + No-persona h (los demás)

D.4.1-11. Somos chilenos no sólo por eso, porque habitamos entre la cordillera y el mar, en este territorio largo y angosto, hermoso y, al mismo tiempo, lleno de dificultades...

Este colectivo se entenderá como un colectivo de identificación más complejo que los anteriores, por la adjunción de una No-persona humano no determinada, así

- ‘yo’ soy chileno +
- ‘ustedes’ son chilenos +
- ‘ellos’ (los demás, los que no están presentes) son chilenos

D.1.1-102. Compatriotas: D.1.1-103 Pidamos a Dios que nos ayude a cumplir la tarea que Chile espera de nosotros (todos los chilenos).

D.4.1-14. Los chilenos estamos unidos tanto por ese pasado como por el futuro que tenemos por delante.

Con este N4 múltiple, el enunciador pretende obtener algunos efectos en sus destinatarios. Así ocurre en todos los N4 y con las demás variantes funcionales, especialmente el posesivo, que tienen por referente a Chile y los chilenos, al aludir en otros enunciados, por ejemplo, a *nuestra economía, nuestros derechos fundamentales, nuestros niños, nuestras mujeres...* Por su parte, la forma déctica *todos*, en ocasiones *todos juntos*, cumpliendo una función apelativa y persuasiva, agrega una carga enfática al ‘nosotros’ para producir cambios

en la conducta de los miembros de la sociedad chilena, hacia la búsqueda de unidad, de consenso y de reconciliación entre los chilenos.

Este N4, "colectivo de identificación nacional", se marca mayoritariamente mediante variantes funcionales y aparece sobre todo en los discursos ante el Congreso Nacional, en los Mensajes de Aniversario y en los discursos ante los militares durante la Celebración del Natalicio del Libertador Bernardo O'Higgins, principalmente.

3.5 El "colectivo de identificación ocasional" (cio) N5 corresponde a un colectivo que se construye en forma ocasional y que tiene un carácter desarticulado en el interior del discurso. Su uso está determinado por las intenciones expresivas del enunciador.

D. 1.4-O.41. Soñábamos con un mundo mejor... (los jóvenes de la época del Presidente Aylwin).

Este "colectivo de identificación ocasional" responde a la fórmula:

$N5 = E1 + NP h$

esto es, Nosotros 5 implica Enunciador 1 (yo)
+ No-persona (ellos, como seres humanos)

D.3.2-9. (Nosotros) Los seres humanos somos más aficionados a quejarnos de lo que nos falta que a apreciar lo que tenemos

que interpretamos

- 'yo' (como ser humano) soy aficionado a...+
- 'ellos' (como seres humanos) son aficionados a...

D.3.2-10. También somos propensos a culpar a los demás de los males que suceden y a no pesar ni asumir las responsabilidades propias.

Este N5 corresponde a un 'nosotros' desarticulado, excluido del circuito comunicativo, pero que constituye un espacio dialógico creado por un reagrupamiento circunstancial que obedece al ritmo e intención comunicativa del enunciador presidencial. Su presencia cubre ya sea una vertiente "ocasional", donde cualquier actante temáticamente marginal se adjunta al enunciador, *Soñábamos con un mundo mejor...* que debe entenderse de acuerdo con el

contexto verbal como 'yo' y los jóvenes de mi tiempo, y una vertiente "universal", que da cuenta del hombre en su dimensión planetaria haciendo mención de principios humanos universales.

3.6 El "colectivo de identificación mayestático" (cim), corresponde a un 'nosotros' con el valor significativo de 'yo', utilizado por un enunciador que ostenta un cargo superior, el de Presidente de la República de Chile. Es un colectivo aparente, engañoso, ya que es expresión de la autoridad y de la dignidad jerárquica institucionalizada. N6 posee, por su contenido referencial, un estatus diferente de los demás 'nosotros', pues no adjunta al 'yo' ninguna otra entidad social; por lo tanto, no conforma, en estricto rigor, un colectivo de identificación. Este "colectivo de identificación mayestático" responde a la fórmula:

$N6 = E1$

vale decir, Nosotros 6 cuyo contenido referencial es 'yo' y cuya expresión formal es "nosotros"

D.9.1-67. Pasemos de lo personal a lo institucional...

En este enunciado debemos entender que la referencia es 'yo'; por ello hay que interpretarlo como 'yo' *pasaré de lo personal a lo institucional*.

D.6.2-77. Por lo demás, como lo dijimos en el Senado en julio de 1973, a esa altura la mayoría de los chilenos había perdido la fe en la solución democrática para la crisis que el país vivía.

Se trata de un 'nosotros' que marca la autoridad jerárquica que ostenta el presidente Aylwin en relación con sus conciudadanos y que revela la utilización de una "estrategia de acercamiento". Este N6, "colectivo de identificación mayestático", que manifiesta mínima ocurrencia en el universo de los 'nosotros', emerge en los discursos sobre derechos humanos al hablar de la Comisión de Verdad y Reconciliación y en discursos referidos al Perfeccionamiento Institucional.

3.7 El "colectivo de identificación supranacional" (cis) responde a la fórmula:

$N7 = cin + D$ (extranjero)

es decir, Nosotros 7 implica a 'nosotros los chilenos' + 'destinatario extranjero'

D.10.2-7. No es sólo un problema que afecte a los países en vías de desarrollo, como eufemísticamente se nos llama, a ese mundo a que pertenecemos los países de América latina y el Caribe, gran parte de los países del Asia, prácticamente todos los países del África, y algunos de la propia Europa...

En *pertenecemos* de este enunciado reconocemos la adjunción de un colectivo extranjero a un colectivo de identificación nacional, por ello, debemos interpretarlo como

- 'nosotros los chilenos' pertenecemos...+
- 'destinatarios extranjeros' ('ustedes', representantes de países extranjeros) pertenecen...

D.7.4-11. Nuestros países, en mayor o menor medida unos que otros, hemos pasado durante un largo período, más largo en unos, menos largo en otros, por regímenes en que el concepto de derechos humanos no sólo no ha sido respetado, sino que ha sido violado.

En este N7 apreciamos la asimilación del conjunto de chilenos al conjunto de representantes de naciones vecinas, latinoamericanas. Se manifiesta esporádicamente en los discursos sobre derechos humanos, ante mujeres y jóvenes y ante empresarios. Sólo aparece en la particular ocasión de referirse a 'nosotros' los chilenos + ustedes, visitantes extranjeros oficiales (senadores, diputados y sindicalistas latinoamericanos).

4. CONCLUSIONES

Como hemos podido apreciar, los discursos del presidente Aylwin son, desde el punto de vista enunciativo, el espacio dialógico de construcción del 'nosotros', es decir, de un conjunto discursivo donde el enunciador se incluye junto a la presencia de los varios destinatarios y de la no-persona humano.

Los 'nosotros' aylwinianos, que se vuelven signo en la interacción, implican actores sociales diversos, 'yo', destinatarios presentes y ausentes, conacionales, partidos políticos, correligionarios, parlamentarios y sindicalistas de países extranjeros. El enunciador presidencial, al integrar al 'nosotros' esta variedad de actores sociales, crea y mantiene con ellos una relación cordial, amigable y cercana que le permite actuar sobre sus opiniones y visiones de mun-

do, con el fin de que los actos de habla que les dirige produzcan efectos en ellos. Al emplear estratégicamente este y otros recursos, marca los grados y las modalidades de su presencia, contribuye a la creación de su imagen discursiva colectiva y determina el poder de su palabra política.

Tabla 3. Estructura de los colectivos de identificación en los discursos del presidente Patricio Aylwin Azócar

Ideológico	Ampliado	Restringido	Nacional	Ocasional	Mayestático	Supranacional
cii - N1	cia - N2	cir - N3	cin - N4	cio - N5	cim - N6	cis - N7
Enunciador 1	Enunciador 1	Enunciador 1	Enunciador 1	Enunciador 1	Enunciador 1	Enunciador 1
+	+	+	+	+	+	+
Enunciador 2	Destinatario	No-persona h Destinatario	Destinatario	No-persona h desarticulada		Destinatario extranjero
			+			
			No-persona h			

Ahora bien, en atención a la naturaleza referencial diversa de los 'nosotros' aylwinianos, proponemos una clasificación de los distintos "colectivos de identificación" de estos discursos presidenciales (véase tabla 3), donde el 'yo' del enunciador se asocia con otras entidades sociales en un 'nosotros' de distinta factura interna.

NOTAS

1. El corpus corresponde a 40 discursos oficiales del presidente Aylwin -marzo de 1990 a marzo de 1994. Suman un total de 484 páginas y fueron segmentados en 4687 oraciones. Elegimos la "oración ortográfica" como unidad de análisis operativa, por tener estatuto lingüístico y llenar la condición del sentido (Benveniste 1972: 120) y por ser especialmente útil para estudiar el léxico cuando se trabaja con textos extensos, según Bolívar, quien la define como "el espacio físico de texto entre separadores de puntuación" (1995: 6).

2. Denominaremos al sujeto enunciador "enunciador presidencial", pues unificamos la dualidad locutor-enunciador, dado que la voz del enunciador presidencial se responsabiliza de los enunciados en la voz del locutor.

3. La identificación de los diferentes procesos se ha basado en la siguiente clasificación: "1) procesos materiales o de acción (M), divididos en concretos (Mc) y abstractos (Ma); 2) procesos mentales o sensoriales (S), divididos en verbos de percepción (Sp), de afecto (Sa) y de cognición (Sc); 3) procesos relacionantes (R), di-

vididos en atributivos (Ra), identificadores (Ri) y circunstanciales (Rc); 4) procesos de conducta corporal (C); 5) procesos verbales o de 'decir' (V) y 6) procesos existenciales (E)" (Bolívar 1995: 9-10).

4. La clasificación de los componentes semánticos discursivos: descriptivo-evaluativo, didáctico-ético, prescriptivo-exhortativo y programático-compromisorio (Vega 1998: 429-523) complementa la clasificación propuesta por Verón (1987).

5. Para modalidades del enunciado, utilizamos la clasificación de Álvarez (1996: 32-34).

6. En nuestra traducción del esquema de Guespin (1985: 50), Emisor corresponde a Deur (destinateur), Destinatario a Daire (destinataire), no-persona a NP.

7. El enunciador presidencial elabora modalidades interrelativas capaces de operar simultáneamente sobre su audiencia constituida por pro-, para- y contradestinatarios. Se trata de una multidestinción que configura "complejos ilocucionarios" mediante actos de habla de distinto estatus sobre el mismo contenido proposicional, por ejemplo, actos de promesa para sus prodestinatarios y actos de advertencia para sus contradestinatarios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, G. (1996) *Textos y Discursos. introducción a la lingüística del texto*. Concepción, Chile: Universidad de Concepción.
- BENVENISTE, E. (1972) *Problemas de Lingüística General*, II. México: Siglo XXI.
- BOLÍVAR, A. (1995) "La autorreferencia en la práctica discursiva de Rafael Caldera", *Cuadernos de Postgrado* 11, 9-10. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- DUCROT, O. (1986) "Esbozo de una teoría polifónica de la enunciación" en *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona: Paidós.
- GUESPIN, L. (1985) "Nous, la langue et l'interaction", *Mots* 10, 45-62. Saint-Cloud, CNRS.
- HALLIDAY, M. A. K. (1985 [1990]) *An Introduction to Functional Grammar*. Londres: Edward Arnold.
- VEGA, O. (1998) *Patrones de estructuración léxico-discursiva de los discursos del Presidente de Chile Patricio Aylwin Azócar*. Valladolid: Universidad de Valladolid. Tesis de doctorado inédita.
- (2000) "Construcción de la imagen discursiva personal e institucional del ex Presidente de Chile Patricio Aylwin Azócar", *Onomazein* 5, 45-65. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- VERÓN, E. (1987) "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política" en *El discurso político. Lenguajes y consecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

ABSTRACT

This article gives an account of the discursive construction of 'we' in the speeches of the ex President of Chile, Patricio Aylwin Azócar. The research gives evidence of the presidential agent association with other social entities in specific and various instances of his speeches. The presence of 'others' cohering with the discursive agent 'we' proves varied degrees of collectivization of the deictic. The identified regularities in its use makes it possible to attempt to classify it as a presidential "collective of identification".

Olly Vega Alvarado es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Valladolid y profesora adjunta en el Departamento de Ciencias del Lenguaje de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Publicó, en co-autoría, los artículos: "Cognitivismo y semántica: Un enfoque renovado para el análisis del discurso" (1997), "La reiteración léxica en discursos electorales" (1999a), "La cohesión léxica en el discurso electoral: dos modalidades de análisis" (1999b), "Construcción discursiva de la imagen personal y política del ex Presidente de Chile, Patricio Aylwin Azócar" (2000), y el manual *Claves para la conexión sexual* (2001).

E-mails: ollyvega@entelchile.net y ovega@puc.cl

IDENTIDAD Y TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA EN MÉXICO

ADRIÁN GIMATE-WELSH

1. EL TERREMOTO ELECTORAL*

Dado el ambiente poselectoral en el que se han visto inmersos los partidos políticos después de las elecciones del 2 de julio en México y las expresiones contrastantes de sectores de la sociedad en torno a los resultados de las votaciones, me interesa averiguar cuál fue el proceso discursivo que tuvo lugar en la contienda política en la que se vio inmerso el país entero. Para ello me propongo llevar a cabo el análisis del discurso político de los que fueron los tres candidatos principales a la Presidencia de la República así como de los distintos actores sociales que contribuyeron al debate ideológico de este período.

Como consecuencia del triunfo electoral de Vicente Fox del Partido Acción Nacional (PAN), de la derrota del Partido Revolucionario Institucional (PRI) después de 71 años de gobierno y del fracaso electoral de Cuauhtémoc Cárdenas del Partido de la Revolución Democrática (PRD), los partidos políticos derrotados en las urnas se interrogan ahora sobre su **identidad** partidaria. En este contexto, los dirigentes del PRI y del PRD se hacen cuestionamientos sobre la reconstrucción o refundación de sus agrupaciones a fin de volver a ganar los espacios perdidos entre los electores y reconquistar el poder, en el caso del PRI, o acceder al gobierno en el caso del PRD.² Algunos actores políticos han manifestado incluso que la refundación de su partido

comprende además el cambio de nombre y de logotipo, como recientemente lo han manifestado algunas figuras políticas tanto del PRI como del PRD.

El análisis del discurso político de los candidatos presidenciales, y de otros actores sociales, tendrá como uno de sus ejes el tema de la **identidad**, no sólo porque es un tópico recurrente del discurso partidario, sino porque en el discurso político uno de los aspectos centrales es la construcción del **imaginario político**, que podemos definir como lo que está presente y lo que está ausente (Ruano-Borbalan 1998: 14), es decir, la identidad política que el candidato desea proyectar en los electores en tanto destinatarios del mensaje puesto en circulación por parte del destinatario.

Esta imagen del otro tiene una función estructurante que sólo se proyecta en la medida que se hace presente la alteridad en el discurso, diferente del **otro imaginario** que posibilita la dimensión simbólica. La carencia, en el ámbito de lo imaginario, genera la frustración, espacio de la reivindicación y de las exigencias de naturaleza diversa, desenfrenadas o no.

Lo simbólico, por otra parte, se encuentra vinculado a lo imaginario pero pertenece al orden de los fenómenos que se articulan y estructuran como un lenguaje de un cierto tipo. El orden simbólico, en la medida que denomina a la cosa y le asigna un valor, individualiza y corporiza a la cosa, libera al imaginario de la relación dual antes referida, ausencia y presencia, silencio y palabra, como diría Octavio Paz. En la medida que el orden simbólico apunta a una significación, lo imaginario se hace patente. El **símbolo**, en consecuencia, deviene la **representación** que hace aparecer un sentido secreto, la epifanía de un misterio (Durand 1964:13),³ es un signo, o constelación de signos, que objetiva aspectos de la vida en sus diferentes dimensiones (social, cultural, política, emocional, pasional, etc.) y como tal actúa sobre los objetos y sujetos de su entorno y estos a su vez actúan sobre el signo mismo. Si los símbolos se hacen patentes de manera redundante, como cadenas isotópicas en sus diversos aspectos, estos se integran los unos con los otros alrededor de un tema, lo que les adjudica un poder simbólico complementario.

Cabe remarcar que estas interacciones devienen el *Umwelt*, entorno que, más allá de las sensaciones, es percibido en su estructura organizativa. La percepción de la estructura contiene, además, algo de lo percibido; es un cálculo de probabilidades sobre la realidad que da como resultado un acierto o una equivocación, como podemos constatarlo en el discurso de toda contienda electoral. Los políticos, como los héroes de la Quebrada en Acapulco, tienen que hacer cálculos constantes sobre los movimientos del océano social. Por supuesto, en ambos casos existe una experiencia, un conocimiento práctico, un hábito, *primeridades, segundidades y terceridades* de sentido: los elementos *primans, secondans y tertians* del fanerón en tanto red de relaciones

formales o combinación de naturaleza topológica (Marty 1995:101-110). Los objetos dentro de este *Umwelt* funcionan como signos de unos con otros y de lo que es deseable o indeseable dentro de un mundo objetivado. Este funcionamiento no es otra cosa que procesos de cognición que se llevan a cabo en los sujetos.

Si la dimensión **interactiva** ocurre entre seres biológicos, como es el caso de los actores políticos, susceptibles de sensaciones, emociones y expectativas, el proceso de comunicación deviene entonces un proceso de significación que se instala en la dimensión de la cognición y lo significado se vuelve un nexo entre los objetos. Los individuos vistos como objetos devienen sujetos en el momento en que se establece la dimensión interacción socioverbal.

Desde esta perspectiva, como veremos más adelante, uno de los ejes aglutinantes de carácter simbólico es el tema de la **transición democrática**. A manera de ejemplo inmediato, recordemos que la redundancia gestual de Vicente Fox constituyó un importante instrumento de poder simbólico que posibilitó la capacidad de canalizar las diferentes voces de inconformidad. Me refiero a la **V de la victoria**, símbolo que traspasó las clases sociales, a los actores políticos de procedencia partidaria distinta (del PRI y del PRD), intelectuales y empresarios de diversas inclinaciones ideológicas. Pero me parece que no habrá que ver los fanerones gestuales sólo en su singularidad, sino en el esquema de su montaje, en su red de relaciones icónicas, indiciales y simbólicas.

De igual manera, la expresión verbal "YA", apoyada por el movimiento corporal del famoso "martes negro", día en el que se reúnen Vicente Fox, Francisco Labastida y Cuauhtémoc Cárdenas en casa de este último, deviene un objeto aglutinante de sentido, deviene la totalidad de sensaciones que su percepción produce (*qualities of feeling* en términos de Peirce). Así, lo que en un principio exhibía rasgos negativos de intolerancia, se vuelve un referente de significación que se valora de manera positiva. El sintagma "ya, ya, ya..." deviene una alegoría⁴ y un símbolo: es una representación de una constelación de significación; es la corporización simbólica de lo indecible, del imaginario de los electores; es un *renvoi*, un reenvío a un sentido que está en la mente de los electores mexicanos; un *aliquid stat pro aliquo*: "democracia ya",⁵ "transición democrática ya", "alternancia ya", "fin al PRI-gobierno ya"; es un sinsigno icónico indicial en la medida que remite a sensaciones y emociones, a una imagen del México poselectoral y un indicio del cambio que ya está en puerta, de que los mexicanos se hallan en la antesala de la transición democrática. En otros términos, la secuencia "ya, ya, ya..." evoca o materializa un cualisigno o relación triádica de tres primas donde una de ellas deviene el interpretante que une al objeto con el signo. Es la relación semiótica:

Objeto	Signo	Interpretante
•	•	•

Pero aparecen muchos más recursos alegóricos en el discurso, sobre todo en las secuencias donde los recursos de amplificación —*expolitio*— son constantes.

2. UN NUEVO MUNDO POSIBLE

Desde la perspectiva que hemos delineado, es más factible la homologación del locutor con el alocutario si se comparte la misma gramática; es más viable construir una lógica del sentido común, una lógica de los mundos posibles, una nueva verosimilitud —el *to eikós* aristotélico—, una nueva posibilidad política, una nueva realidad, una nueva convención, un nuevo contrato político, un “nuevo pacto político”, como sostiene Vicente Fox y argumenta el ahora embajador en Bélgica Muñoz Ledo.

El discurso simula ser una verdad objetiva que busca ser reconocida y admitida como tal. Se construye pues un territorio intermedio entre el saber y un no saber, los mundos posibles. Así pues, el discurso de cualquiera de los candidatos a la presidencia es verosímil en tanto tiene sentido para el ciudadano elector. Más adelante veremos cuáles son los referentes de sentido que apoyan la verosimilitud de los discursos de los políticos. De modo que los procesos de verosimilitud discursiva son efectos de parecerse, son procesos de homologación discursiva, son procesos de construcción de identidades.

3. LA IDENTIDAD

El tema de la identidad es una problemática cultural, jurídica y política. En términos de Lévi-Strauss, es el “carrefour” de diversas disciplinas (Lévi-Strauss 1977: 14). A las políticas unificadoras o uniformadoras se enfrentan los movimientos de los pueblos en su deseo de reafirmar su singularidad, su identidad, como vemos ahora con el movimiento zapatista; la identidad universal del hombre se opone a la individualización. ¿Qué es pues la identidad? Sin duda, un concepto complejo y paradójico. La noción apunta a lo idéntico y a lo diferente. Es un concepto contradictorio, diríamos desde la semiótica greimasiana: el ser y su negación: el no ser. Son fuerzas que nos instalan en la heterogeneidad y la homogeneidad, la dispersión y la compacidad.

La identificación de sí se inscribe a su vez en las interacciones sociales y culturales cotidianas, en las que se adoptan o rechazan puntos de vista de otros. Es pues un proceso activo y conflictivo en el que intervienen dimensiones sociales (modelos o referentes de sentido), dimensiones psicológicas (ideal de sí) conscientes e inconscientes. Cada uno percibe su identidad en la adopción del punto de vista de los otros y del grupo al que pertenece; es el resultado de la socialización, no una conciencia a priori; es entonces un proceso de interiorización de lo social que se proyecta de manera colectiva y a menudo vemos en el discurso político en enunciados como “Será un ¡gabinetazo!...”; es el todo por la parte; “118 millones con los que formaré un gran equipo” (*La Jornada* 7/11/00: 7) es la proyección foxista sobre la colectividad. La comunidad mexicana se personifica pero a la vez se le atribuyen propiedades de individualidad humana: unidad, cohesión, continuidad corporal y espacial, pues los 118 millones incluyen a los mexicanos norteamericanos; es continuidad y ruptura pues “las almas tibias que nunca alcanzarán la grandeza ni llegarán lejos” no caben en la cruzada mesiánica de Vicente Fox por México (*La Jornada* 7/11/00: 7).

Hay una identificación y una adhesión a las entidades sobrenaturales; se evalúa y asigna un valor al grupo de pertenencia “las almas no tibias” y se devalúa el antigupo “las almas tibias”. Esta es la tendencia que apreciamos en las entidades corporativas, partidarias o eclesiásticas, en las que el espíritu de cuerpo aparece como fundamental. Así pues, la afirmación de la identidad no es tanto la manifestación o el reflejo de la unidad cultural de un grupo sino los medios por los que el grupo tiende a construir la identidad. Dicho en otros términos, la identidad no es algo abstracto sino los procesos de identificación y de distinción que permiten a un grupo establecer su cohesión y definir su posición frente a los otros. Es, en última instancia, una relación interaccional y por tanto un proceso textual, un proceso semiótico.

Con seguridad muchos de nosotros nos hemos preguntado, en el pasado proceso electoral, cómo puede un partido político seducir a los electores si en su interior hay una crisis de identidad o si esta se presenta de manera difusa o contradictoria. Por ejemplo, ¿cómo conciliar un discurso del llamado “nuevo PRI” cuando existen indicios y prácticas recurrentes que dibujan al viejo PRI? ¿Cómo conciliar lo que han sido posiciones ideológicas del PAN en sus gestiones de gobierno en varios estados de la república con los compromisos de campaña de Vicente Fox, cuando en la práctica política y en la producción discursiva del PAN emergen marcas de contradicción?

Claro, dirán los nuevos rapsodas⁶ de Ergóteles de Hímera, el nuevo héroe olímpico nos conducirá de la catástrofe a la prosperidad posmoderna, el Tyche⁷ del Anáhuac. ¿Cuál es la verdadera identidad del PRD, si algunas de

sus más notables figuras son actores políticos reciclados de otros lares partidarios? ¿Es el PRD un partido de izquierda, de centroizquierda o de centro-derecha? ¿Cuál es el verdadero perfil político del PRD, si en su seno conviven nacionalistas revolucionarios "ex priístas", ex comunistas, ex troskistas, ex panistas y marxistas de todas las tendencias? ¿Cómo integrar de manera orgánica el nacionalismo revolucionario con el marxismo? Destacados perredistas, entre ellos Cuauhtémoc Cárdenas, Andrés Manuel López Obrador y Rosario Robles, se han planteado la refundación del PRD ante la crisis que vive su partido (*Proceso* n.º 1253, 5/11/00). ¿Cuál es, pues, la verdadera identidad del Partido de la Revolución Democrática? ¿Cuál es el verdadero perfil político de los partidos, incluidos los pequeños que se prenden del presupuesto de la Federación? ¿Cuáles son los contornos ideológicos que los definen? ¿Es necesario redefinir la identidad partidaria una vez en el poder, como ahora se lo preguntan figuras políticas del PAN?⁸ Ocurre que la derrota del PRI el 2 de julio no fue sólo del partido en el poder: fue una derrota del PRD y del PAN, dice Alain Touraine (*La Jornada* 6/11/00), pues el terremoto electoral afectó a todo el sistema político mexicano, el presidencialismo, que se ve afectado en su conjunto. No es casual entonces que los dirigentes panistas igualmente se cuestionen el futuro de su partido y el tipo de relación que tendrán con el nuevo presidente Vicente Fox. Ganó Fox y ganó el PAN, pero también ganó la Asociación Amigos de Fox, un sujeto con identidad social, política y económica; un sujeto que se vuelve un interlocutor en la dimensión interaccional. Vicente Fox lo dijo de manera expresa: "El Partido Acción Nacional me formó y ahora tiene que dejarme ir". Los panistas deben definir ahora su relación con el Ejecutivo. Existe pues una crisis profunda en los partidos políticos mexicanos, tendrán que re-fundarse para surgir de las cenizas, como el Ave Fénix, a una nueva vida.

Desde otra perspectiva, ¿cómo acercarse a la representación que un individuo se hace de su pertenencia a un grupo o a una ideología? O bien, ¿cómo se da el pasaje de la individualización a la universalización y viceversa, y de lo concreto e individual a lo abstracto y general?

Debemos centrarnos en la búsqueda de una identidad fundada en estructuras profundas que son las que la moldean al sujeto desde la **dimensión relacional**. Desde esta óptica, la temática del otro aparece como elemento constituyente de la identidad, como vemos en la construcción del discurso político. Es desde esta perspectiva que nos enfrentaremos al discurso de los candidatos presidenciables.

A manera de hipótesis, me parece que son dos los perfiles ideológicos que se proyectan en el ámbito político mexicano, como algunos analistas ya lo han sugerido en los medios impresos: uno que se instala en la *tradición* y

el otro en la *modernidad*. En consecuencia y desde el campo de estudio de la significación, la semiótica, postulo que la producción del sentido en los discursos de los políticos mexicanos se orienta hacia "dos objetos semióticos", dos referentes de sentido, que tienen un carácter mnemónico, una suerte de faro que guía las señales emitidas hacia otras percepciones ya dotadas de sentido histórico. Estos objetos semióticos los podemos ver en los comportamientos discursivos y no discursivos de los individuos o de los grupos.

El individuo, al igual que el grupo, deviene un objeto semiótico que en determinadas circunstancias puede ser visto como una constelación de significación **sustituyente**, esto es, puede constituirse en la premisa de una semiótica indicial que se funda en un saber de carácter histórico, discursivo o sígnico, visual, corporal, gestual, de vestimenta, etc. o en una representación simbólica.

En este proceso de producción, circulación y recepción de mensajes, algunos objetos semióticos o referentes funcionan como objetos estructurantes de la significación, dan sentido al (los) discurso(s), por ejemplo, la noción de **transición**, tan traída y llevada en el pasado proceso electoral mexicano por los actores políticos, así como por los estudiosos de la política mexicana, como José Woldenberg y César Cansino.⁹ En este contexto aparecen artículos periodísticos como el de Luis Linares Zapata "Elección de Estado o transición" (*La Jornada* 14/6/00) en el que se relata y enumera lo que Linares Zapata llamó los cuatro componentes básicos de la elección de Estado: la inequidad de los medios electrónicos, la campaña a favor del candidato oficial desde el Gobierno federal, la inducción del voto y la compra de conciencias, sobre todo en los estados del centro y del sureste del país. El referente de sentido está dado por las declaraciones del propio candidato presidencial Vicente Fox quien acusa al presidente Zedillo de "pretender efectuar una elección de Estado" (*La Jornada* 12/6/00), pero el verdadero referente lo constituye, sobre todo, la memoria colectiva de los acontecimientos de las elecciones de los últimos años tanto en el ámbito nacional como regional.

Memoria, no como información que se conserva, sino como referente que activa nuevas asociaciones de significación, como una especie de *link*, como un hipertexto en crecimiento y de mayor complejidad. Estos referentes funcionan como verdaderas fuerzas atrayentes que organizan los sentidos de los discursos. Este tipo de procesos, que en lingüística conocemos como pertinencia abstractiva, permite a los sujetos unir los diversos objetos semióticos en un conjunto jerárquico de significación, y en función de ello establecer apreciaciones favorables o desfavorables.

Nuestra tarea en este estudio será, por tanto, averiguar cuáles son los nexos semióticos, las semiosis sustituyentes, que se han dado en el pasado proceso electoral a fin de mostrar cuáles fueron las redes de significación que

construyeron los candidatos presidenciales. Sin duda, a mayor número de redes abstractivas, mayor poder de seducción electoral; y a mayor número de constelaciones de sentido construidas, mayor número de grupos de referencia atraídos, proceso de seducción electoral basado en la identidad relacional. Esta es, me parece, la finalidad de Fox en su programa radiofónico de los sábados *Fox contigo*.

Cada uno de los partidos políticos y sus miembros, así como los diversos actores sociales se mueven como fuerzas atrayentes o de repulsa de ciertos objetos semióticos que se presentan como constelaciones de sentido que los sujetos interpretan y reinterpretan de acuerdo con su gramática cultural: una gramática que apunta a la mono-identidad tradicional o feudal, una identidad cerrada, rígida; y la otra que mira hacia la poli-identidad moderna o abierta, pero a la vez difusa.

Recordemos los llamados de Vicente Fox a los sectores de la izquierda, a los de la derecha y del centro, a las instituciones como la Iglesia, a los banqueros, a los sectores empresariales, a los pequeños comerciantes y los pequeños, los changarros y a las generaciones de los jóvenes tanto de las universidades autónomas como de las privadas.

El discurso de Fox centró su producción discursiva precisamente alrededor del objeto semiótico de la poli-identidad ya que en cierto momento de su producción discursiva privilegió, por un lado, sus grupos de pertenencia como el Partido Acción Nacional, los grupos económicos poderosos nacionales e internacionales, los grupos religiosos, las clases medias y los jóvenes de las universidades privadas; pero, por otro, se instaló en la dimensión prospectiva de la anticipación y de la aspiración al buscar su inserción y por tanto su identificación en el espacio de otros objetos semióticos en los que deseaba integrarse los del centroizquierda. Cuauhtémoc Cárdenas y Francisco Labastida, por el contrario, perdieron presencia en sus propios grupos de pertenencia. Recordemos las acras críticas de quien fuera compañero de Cárdenas en la lucha de la Corriente Democrática en el interior del PRI, Porfirio Muñoz Ledo; y la erosión priísta generada por las pugnas internas en la elección del candidato presidencial.

En este proceso de interacción cotidiana con los grupos políticos y sociales Vicente Fox progresivamente adopta los puntos de vista de los grupos antagonicos. Una muestra de todo este proceso la tenemos en los acuerdos que suscribió con los grupos políticos y con algunos de los intelectuales mexicanos. Si en cierto momento la identidad que se había construido exhibía los rasgos de la homogeneidad, de la compacidad y la cerrazón, progresivamente se mueve hacia la dispersión y la heterogeneidad de modo que pueda establecer relaciones de identidad con otros grupos cuyos referentes del sen-

tido le eran ajenos o distantes. Podríamos decir que una identidad monolingüe se ve sustituida por una identidad multilingüe.

4. RELACIÓN DE LOS CANDIDATOS ENTRE SÍ Y CON LA SOCIEDAD

Partiendo de la noción de identidad como una dimensión de la interacción, el discurso político aparece como una mirada retrospectiva y prospectiva en el contexto sociocultural. ¿Cuál fue, nos preguntamos ahora, la mirada que los partidos políticos, y en particular los candidatos presidenciales, asumieron en la campaña electoral de la primera mitad del año 2000?

Podemos decir que los partidos políticos tienden a ser monolingües, dicotómicos, es decir, se presentan como estructuras poimicas, contradictorias o antagonicas:

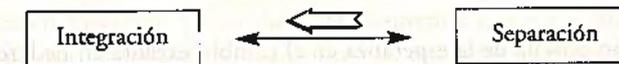


Figura 1

Sin embargo, su necesidad electoral o de búsqueda de consensos los incentiva a realizar desplazamientos con miras al acercamiento ideológico.

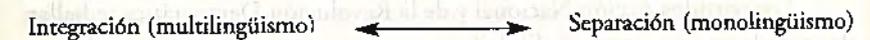


Figura 2

Al alejarse de una visión monológica o monogramática, se posibilita la dimensión dialógica. El movimiento del monolingüismo al bilingüismo se da en contexto de búsqueda de consensos.

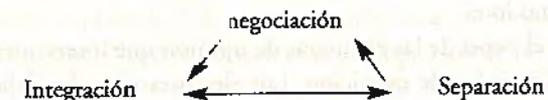


Figura 3

Al aparecer la negociación como un elemento aglutinante, adquiere prioridad el punto de vista dinámico, la mirada prospectiva que tiene como referente las miradas retrospectivas, según pudimos observar en las negociaciones de los partidos de oposición al partido que gobernó el país durante los últimos 71 años, el PRI.

Pero al final prevalecen los puntos de vista monogramáticos y lo que aparecía como una gran alianza de partidos de oposición al partido oficial deviene un fracaso. Los partidos que potencialmente formarían un bloque político no llegan a un acuerdo y retornan a su naturaleza monolingüe, a saber:

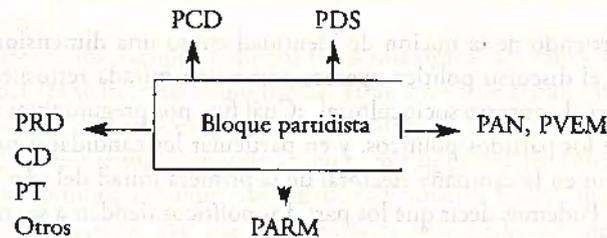


Figura 4

La gran estrella de la esperanza en el cambio explota en pedazos. Algunas de las piezas se ven atraídas por otras constituyendo nuevas masas en el firmamento electoral. El género debate, o dialéctico, por lo menos da como resultado el género del diálogo que algunos interlocutores partidistas continuaron: los panistas establecen identidades con los ecologistas y los perredistas con los partidos del Trabajo y Convergencia Democrática, entre otros.

Los partidos Acción Nacional y de la Revolución Democrática se hallan de entrada en una paradoja. El diálogo que sostienen entre sí elimina la participación de terceras partes en el establecimiento de la realidad del referente. Y puesto que los interlocutores no llegan a un consenso respecto de la proposición de esa realidad, los participantes del debate tienen que apelar a las terceras partes que habían sido eliminadas del diálogo, pero que siempre habían estado presentes: los espectadores de la comedia o drama político que son llamados a dar testimonio o a sancionar si una réplica es un argumento válido del diálogo o no lo es.

Este fue el papel de las encuestas de opinión que intervinieron en el debate entre los partidos de oposición. Los electores virtuales dejaron de estar ausentes. Como actores políticos reales asumieron el papel de verdaderos interlocutores con los candidatos presidenciales. El debate entre el PAN y el PRD se convierte en una *metalepsis*: aparece en escena el sujeto colectivo, la guerra de las cifras, los votantes virtuales. Este sujeto deja de ser un simple espectador y asume la posición de auténtico interlocutor del diálogo partidario. El PRI, por su parte, se mantiene anclado en su monolingüismo, en su identidad tradicional fundada en valores que ha venido manejando en muchos años previos, en su género discursivo basado en arquetipos, en figuras discursivas

vacías de sentido y en un discurso ambivalente en muchos sentidos, como veremos en el apartado correspondiente al discurso de Francisco Labastida Ochoa.

5. MANEJO Y CONTROL DE LOS SISTEMAS SIMBÓLICOS EN EL PASADO PROCESO ELECTORAL

De acuerdo con los comentarios que hemos venido formulando en párrafos anteriores, la idea de interacción nos instala en una teoría de la comunicación social que trasciende los modelos unidireccionales de la comunicación y nos instala en la noción de proceso socioverbal. En consecuencia, estudiaremos este proceso examinándolo en el contexto del manejo y control de los sistemas simbólicos en los que los candidatos presidenciales buscan tener presencia electoral. De lo dicho se desprende que los actores políticos —los candidatos presidenciales— tuvieron que ocuparse de al menos tres fases de control simbólico: a) la creación de símbolos, b) la conservación de símbolos y c) la destrucción de símbolos opositores.

Con respecto a la creación de símbolos, este proceso se llevó a cabo en los pequeños o grandes grupos de especialización, de signo religioso o político, en las instituciones (religiosas, partidistas o militares) o en la creación o puesta en escena de signos verbales o no verbales.

Los símbolos creados o vueltos a la escena política son reforzados mediante controles formales o informales, individuales o colectivos. El lenguaje no verbal entra en la escena política. El movimiento gestual en la V de la victoria, aunado al enunciado “Ya ganamos”, aparece insistentemente en el discurso de Vicente Fox. Dichos símbolos igualmente surgen en Cuauhtémoc Cárdenas y Francisco Labastida, pero su fuerza elocutiva es más patente en el candidato ranchero, imagen del mexicano bronco del norte, símbolo del charro ampliamente explotado en las películas mexicanas, símbolo encarnado en Pedro Infante y Jorge Negrete, ya que se ve acompañada de otras constelaciones de sentido. Aparece la enseñanza ciceroniana del “paralelismo existente entre la ciencia de cultivar el campo y la de laborar el ánimo” (Gaos 1993: 43). El sobreempleo de los símbolos conduce a su agotamiento —se osifican o sufren esclerosis, como diría Umberto Eco— según ha podido constatarse en el discurso oficial del PRI. ¿Cómo se construyen estos nuevos símbolos y valores? Los creadores de imagen se refieren al producto en venta: sus características técnicas (las habilidades empresariales con relación a Fox), el espíritu de juventud, el éxito en el dominio público; un discurso que opone lo bueno y lo malo, lo fuerte y lo débil: los niveles de denotación se minimizan y se in-

crementan los niveles de la connotación, esto es, los objetos de sentido que funcionan como faros de atracción.

Manejo de los sistemas simbólicos

	Grupos de presión	Valores y metas	Roles y habilidades controlados	Sistemas simbólicos	Productos controlados
Líderes	Funcionarios Públicos Ejecutivos, Destacados Líderes Simbólicos	Éxito personal y colectivo Maestría simbólica, autoridad moral	Competencia, performance, control personal y financiero	Estilo político, comportamiento, finanzas, ciencia y artes	Paradigmas simbólicos, liderazgo, actividades económicas, gubernamentales, cultura
Profesionales Intelectuales Artistas	Profesionistas, Académicos, Asociaciones Artistas Comunicadores	Ética profesional, excelencia de servicio Estilo, belleza, funcionalidad Noticia	Habilidad, experiencia, calidad, enseñanza Creatividad, producción Difusión	Salud, deónticos, informática Sistemas visuales y gráficos Prensa escrita Radio y TV	Actividades profesionales, científicas Cine, teatro, literatura, ensayo Comportamiento político y moral
Oficios, campo y comercio	Artesanos Campesinos Comerciantes	Habilidades Amor a la tierra Mercado de trabajo	Práctica artesanal Cultivo Competencia, entrenamiento	Objetos simbólicos Símbolos del campo Libre mercado	Calidad y belleza Producción, consumo y exportación Productos de consumo

Figura 5

La figura 5 nos ofrece una síntesis de los sistemas simbólicos que estuvieron a disposición de los candidatos presidenciales. Su presencia o incidencia en ellos determinó, en gran medida, el éxito electoral, aunque no de manera exclusiva.

NOTAS

1. Debo advertir que en este trabajo sólo enuncié las premisas en las que sustentaré el análisis del discurso político de cada uno de los actores de la contienda electoral del año 2000, aunque en algunos párrafos ya muestro algunos aspectos del análisis.
2. Enrique Semo, historiador y analista político, fundador del PRD, dice por ejemplo, que "Fox le arrebató a la izquierda el hecho de ser portador de la transición", *Reforma* 13/8/00, p. 11.
3. *Epiphaneia* (griego): 'aparición'. Según Paul Ricoeur, todo símbolo en su dimensión de significante, exhibe tres dimensiones concretas: 1) lo cósmico: explotar de manera llena las posibilidades de figuración en el contexto del mundo visible que nos rodea, 2) lo onírico: los recuerdos, los gestos, y 3) lo poético, que apela al lenguaje pero al lenguaje que brota como de un manantial: lo concreto y novedoso. La otra parte del símbolo, la parte invisible, constituye el mundo de representaciones indirectas, de signos alegóricos. El significante, lo visible, nos reenvía, por extensión, a una constelación de cuaidades, de sentimientos, de recuerdos y vivencias, de costumbres y de hábitos.
4. Desde la retórica, la alegoría es una metáfora continuada. El requisito de la alegoría es que su sentido literal y el figurado no se mezclen de modo incompatible.
5. Enunciado puesto en circulación inicialmente por los perredistas, como bien dijo Carlos Monsiváis la noche del 2 de julio en la mesa de debate sobre los resultados de las elecciones en la que estaban presentes, entre otros, Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze.
6. Como el ex luchador del '68, Joel Ortega, quien en entrevista con Eduardo Ruiz Healy el día 10 de julio de 2000 se une al coro para cantar los epinicios al héroe de la olimpiada electoral del 2 de julio. El texto hace referencia a los intelectuales o luchadores de izquierda que apoyaron a Vicente Fox pensando que era el nuevo héroe olímpico del Anáhuac, es decir, el nuevo tlatoani mexicana (nuevo jefe azteca). Uno de los luchadores de izquierda es precisamente Joel Ortega.
7. Véase *Olimpicas* 11, del poeta tebano Píndaro.
8. Véanse las entrevistas que les fueron hechas a Luis Felipe Bravo Mena, presidente del PAN y a Felipe Calderón Hinojosa, líder panista en la Cámara de Diputados de la LVIII Legislatura, diario *Reforma* 18/9/00.
9. Véanse, por ejemplo, *La mecánica del cambio político en México. Elecciones, partidos y reformas* de Ricardo Becerra, Pedro Salazar, José Woldenberg, México: Ediciones Cal y Arena, 2000, y *La transición mexicana, 1977-2000*, de César Cansino, México: Centro de Estudios de Política Comparada, A.C., 2000.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DURAND, G. (1964) *L'imagination symbolique*. París: PUF.
 GAOS, A. (1993) *Cicerón y la elocuencia*. México: UNAM.
 LÉVI-STRAUSS, C. (1977) *L'identité*. París: PUR.
 MARTY, C. y R. (1995) *La semiótica. 99 respuestas*. Buenos Aires: Edicial.
 RUANO-BORBALAN, J. C. (1998) *L'identité. L'individuel, le groupe, la société*. Auxerre Cedex: Sciences Humaines Édition.

ABSTRACT

The purpose in this essay is to indicate the basic concepts for the analysis of the political discourse produced in Mexico during the electoral campaign of the year 2000. These concepts which come from the social sciences, semiotics and discourse analysis are seen as the objects of referential semiosis around which political discourse was produced. Notions such as identity, symbolic imaginary, representation and democratic transition did become the agglutinating axes of signification, objects which organized meaning in the electoral process. In the end, the purpose is to identify the constellation of semiotic objects with the same referential semiotic function that each political actor (Fox, Cardenas and Labastida) was able to project to the electorate and discover the selected links of meaning in each of the political referents.

Adrián Gimete-Welsh es profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Presidente de la Asociación Mexicana de Estudios Semióticos y vicepresidente de la Asociación Internacional de Estudios Semióticos, es miembro fundador de la Federación Latinoamericana de Semiótica. Es investigador nacional nivel III y doctorado en Lingüística y Literatura por El Colegio de México.

E-mail: agw@xanum.uam.mx

"EL PAÍS QUE NOS MERECEMOS": MITOS IDENTITARIOS EN EL DISCURSO POLÍTICO ARGENTINO

VICTOR ARMONY

Este artículo propone algunos elementos de reflexión en torno a la "argentinidad", definida como la matriz identitaria en la que se despliega el discurso político y en función de la cual se formulan los proyectos de sociedad en la Argentina. Examinaremos específicamente los mitos relativos al "ser nacional" y al "destino nacional", para luego analizar el modo en que los discursos de los presidentes Raúl Alfonsín (1983-1989) y Carlos Menem (1989-1999) se han articulado con ellos. Nos interesa, en particular, identificar los cambios y las continuidades en la representación de la nacionalidad luego del fin de la última dictadura militar (1976-1983). Partimos de la hipótesis de que todo Estado moderno, democrático o autoritario, intenta producir una imagen de totalidad social —la "comunidad de ciudadanos" (Schnapper 1994)— y, a la vez, sustentar una visión teleológica que justifique el "interés nacional" y el "bien común". Este objetivo es, por definición, problemático cuando lo que se busca es construir una ciudadanía inclusiva y pluralista.

El análisis del discurso presidencial argentino que presentamos aquí forma parte de un proyecto de investigación llevado a cabo en la Universidad de Quebec en Montreal cuyos primeros resultados fueron publicados en Canadá (Armony 2000). El corpus de la investigación estuvo constituido por una muestra de 303 discursos de Alfonsín y 310 de Menem (un total de 1.092.410 palabras, equivalente a unas 2800 páginas de texto). El conjunto

de esos discursos (seleccionados a través de un muestreo sistemático de las publicaciones oficiales de la Secretaría de la Información Pública del Gobierno argentino) fue informatizado y estructurado como una base de datos textuales. Se utilizaron diferentes programas para realizar estudios estadísticos del vocabulario de ambos presidentes. El análisis probabilístico de las distribuciones léxicas permitió detectar los núcleos de sentido y las redes semánticas del discurso. Concretamente, se observaron las regularidades en el uso de ciertos vocablos (¿cuáles son las palabras “estables” del discurso, es decir aquellas a las que el locutor recurre en diferentes contextos de enunciación?), los “segmentos fijos” (¿cuáles son las secuencias sintagmáticas que se repiten en el discurso?) y las “coocurrencias” (¿qué series de palabras tienden a asociarse frecuentemente en los enunciados?) (Armony 2001).

1. LA “ARGENTINIDAD”

La Argentina es habitualmente considerada como un país atípico en el contexto de América latina. Sin embargo, también es posible verlo como un caso prototípico: los conflictos inherentes a todas las sociedades latinoamericanas se han manifestado en la Argentina con especial virulencia. Esto ha sido así en lo que hace a fenómenos cruciales de la historia de la región. Pensemos, por ejemplo, en las guerras civiles que precedieron a la consolidación del estado-nación en el siglo XIX; la difusión de la idea republicana, seguida por el intervencionismo militar a principios del siglo XX; el surgimiento de una coalición populista después de la crisis mundial de 1930; el establecimiento de regímenes burocrático-autoritarios en el marco de la Guerra Fría; la irrupción de la guerrilla rural y urbana en los años sesenta y setenta, y, más recientemente, la transición a la democracia y a la economía de mercado. Sin negar la particularidad del caso argentino, diremos que este país encarna en muchos sentidos la trayectoria turbulenta del continente. Irónicamente, el rasgo más distintivo de la Argentina —el hecho de que la gran mayoría de su población es de origen inmigrante— revela quizás, aun más claramente que en cualquier otro país, las paradojas de la nacionalidad en América latina. La noción de “mestizaje”, central en el imaginario latinoamericano, expresa la voluntad de crear una sociedad original (una “nueva raza”, un “nuevo hombre”) —fundada en los ideales del Iluminismo europeo— a la vez que apunta a glorificar el vínculo de la sangre con el suelo. “Las naciones hispanoamericanas nacen entre estos dos impulsos contrarios, uno de extrema modernidad y otro que muestra una gran nostalgia por la certezas del pasado” (Shumway 1997: 69).

Las sociedades latinoamericanas han estado siempre sujetas a la tensión

irresoluble entre el proyecto utópico del “Nuevo Mundo”, universalista y homogeneizador, y la persistencia de profundas fracturas sociales, políticas y económicas. El populismo, un fenómeno típicamente latinoamericano, no se comprende sin la referencia a este universo de sentido. En efecto, los liderazgos populistas aparecen en sociedades en las que el discurso político otorga un peso determinante a las “aspiraciones sin concretar” (“unfinished aspirations”; Adelman 1998). No es una coincidencia que los movimientos populistas tiendan a emerger en “países ricos” (en términos de recursos naturales y de lo que se percibe como un patrimonio moral, cultural o étnico de importancia) con “pueblos pobres”. Como lo sugiere Canovan (1999), “el populismo explota esta brecha entre la promesa y el desempeño”. Esto es claro, por ejemplo, en los casos de la Argentina, Brasil, México, Perú y Venezuela. En ellos se afirma la convicción de que *el verdadero país existe en el futuro*, y que el país actual es un reflejo pálido, una versión disminuida de lo que está destinado a ser (Armony 1999). En la siguiente declaración del presidente venezolano Hugo Chávez surge de manera explícita la idea de una contradicción entre la “potencialidad” del país y su realidad:

Venezuela posee una gran variedad cultural, un extraordinario conjunto de valores fundamentales... Estas potencialidades se encuentran obstaculizadas por la trama de intereses imperantes y por el agotamiento del modelo político. (Hugo Chávez, “Líneas del Programa de Gobierno”, 1999)

Es esta noción la que brinda el sustento discursivo al fenómeno populista (el cual tiene, por supuesto, múltiples causas, tanto materiales como ideológicas) y que radicaliza las tendencias organicista, centralista y fatalista propias de la cultura política que la colonización ibérica implantó en América y que se cristalizó en muchas de las instituciones nacionales (Eisenstadt 1998; Dealy 1996; Guerra 1995). El fatalismo consiste en una lectura fuertemente escatológica del devenir, en la que se vive el presente en función de una “misión” o un “propósito”. Cuando Perón afirma que la Argentina “es grande por la potencialidad de los bienes con que Dios la ha prodigado” (Juan Perón, “Orientación política”, 1948), recupera y refuerza el mito del destino de grandeza nacional. La idea de una predestinación no es exclusiva de América latina; ella late en la imaginación colectiva de muchas naciones. Sin embargo, puede decirse que su incidencia es más pronunciada en el continente americano, tratándose de una construcción moderna animada por el ideal evolucionista del Progreso. En tal sentido, no hay más que recordar el tema del “destino manifiesto” de los Estados Unidos. Lo que caracteriza a la “versión latina” del proyecto norteamericano es que la creencia en la grande-

za se funda sobre todo en una *esperanza*, en una *fe* en el futuro, en tanto que los estadounidenses “se saben” predestinados en virtud de las pruebas concretas de su poderío. Es obvio que las cosmovisiones de raíz católica y protestante (puritana) impregnan el modo en que los diferentes estados americanos tienden a representar el “ser nacional” y a postular el “bien común”. La “latinoamericanidad”, de la que la “argentinidad” es una expresión, debe ser comprendida en este contexto.

2. LOS MITOS NACIONALES

Desgarrada entre sus pretensiones europeistas y sus raíces criollas, ambivalente frente a su legado hispánico, eternamente obsesionada con el dilema de “civilización o barbarie” que funda su proyecto nacional, la Argentina se ha destacado por ser una sociedad polarizada y bloqueada en su desarrollo político y económico. Ya en el siglo XIX se impone una “mitología de la exclusión” que quiebra todo ideal de consenso o compromiso (Shumway 1997). Sin embargo, la Argentina es paradójicamente el país de América donde más netamente se ha realizado el tan mentado “crisol de razas”. En apenas una generación, millones de inmigrantes se asimilaron a una identidad común. Hace más de cincuenta años se podía afirmar que “todos los argentinos, sin excepción, incluso y a veces sobre todo los argentinos de fecha reciente, tienen en el fondo de sí mismos el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad nacional” (Touchard 1949). Pero esta aparente homogeneidad no ha suscitado la armonía ni la estabilidad social. Al contrario, la identidad nacional —la manera de definirla y de vivirla— se ha convertido frecuentemente en el motivo de profundas rupturas, cuando no en la justificación de violencia y fanatismos: “si cada uno duda de la argentinidad de su prójimo, cada uno está convencido de la suya propia” (Abou 1972). Para comprender esta particular disposición colectiva es necesario tener en cuenta que la Argentina, una sociedad “profundamente atravesada por una formidable batalla en torno a los símbolos de la nacionalidad” (Quattrocchi-Woisson 1990), se ha distinguido precozmente por lo excesivo de sus aspiraciones.

En verdad, a principios del siglo XX, el futuro parecía sonreír a la Argentina: un visitante extranjero podía entonces pronosticar que “este maravilloso país está destinado a ser una de las más grandes naciones del mundo” (Hirst 1911). El presidente Marcelo T. de Alvear afirmaba en los años veinte, no sin un dejo de ironía, que “los argentinos se niegan a aceptar toda verdad que los haga inferiores frente a los otros; la ciudad más grande del mundo es la de ellos, sus montañas fronterizas son las más altas y sus pampas las

más extensas; los lagos más hermosos son de ellos, así como el mejor ganado, las viñas más ricas y las mujeres más adorables” (citado en Bruce 1953). Más allá de lo anecdótico, la frase de Alvear remite a una convicción profundamente arraigada en el imaginario argentino y promovida activamente por el Estado:

Por cierto, un análisis empírico de la cultura oficial argentina durante el período 1930-1950, realizado a través de documentos del sistema educativo, nos muestra la presencia de los siguientes elementos: 1. un claro sobredimensionamiento del poder argentino y de la importancia del país frente al mundo; 2. un mito de destino manifiesto argentino [...] (Escudé 1995: 25)

No es entonces sorprendente que la clase media —con la que más del 70% de la población argentina se identificaba hasta hace dos o tres décadas (Minujín y Kessler 1995)— se haya visto sumida en la frustración constante. El optimismo excesivo se transmuta, luego de cada ciclo político y económico fallido, en un cinismo extremo, a tal punto que se ha afirmado que los argentinos “derivan un placer perverso de su pesimismo, recordándose siempre unos a otros cuán mal van las cosas y cómo pueden todavía ir peor” (Wynia 1986). Por un lado, seguros de la superioridad intrínseca de la Argentina —especialmente en relación con los otros países latinoamericanos y con el mundo “subdesarrollado” en general— y, por el otro, crónicamente desesperanzados y listos a emigrar hacia Europa o América del Norte, los argentinos cultivan una pasión contradictoria para con su nacionalidad. Muchas obras de ficción (como, por ejemplo, *Una sombra ya pronto serás*, de Osvaldo Soriaño) y una abundante literatura de exilio (como la de Mario Goloboff) han descrito ese sentimiento de amor y odio hacia un país que tanto les ha prometido y que tan hondamente los ha defraudado.

El discurso político argentino, tanto de derecha como de izquierda, ha establecido habitualmente un vínculo causal entre el problema de la desunión nacional y el del fracaso en el proyecto de construir el “país que nos merecemos”, el “país que deberíamos tener”. Desde esta perspectiva, el país no alcanzó el nivel de desarrollo al que naturalmente podía aspirar pues faltó cohesión entre sus ciudadanos. La Argentina ha sido a lo largo de casi toda su existencia una sociedad dividida, no solamente porque ha sufrido quiebres “estructurales”, sino también porque el país ha sido sistemáticamente “pensado” en términos de división. Concretamente, se considera que existe un sector de la sociedad que conspira contra la realización del “destino de grandeza” de la Argentina. Este tipo de explicación preserva el mito del excepcionalismo, al que la mayoría de los argentinos sigue aferrada a pesar de los vaivenes económi-

cos y políticos. Los conservadores culparon al inmigrante “desagradecido e indisciplinado”, los peronistas culparon a la oligarquía y a los “vendepatria”, los militares culparon a los peronistas, y más tarde a la izquierda. Recordemos que la consolidación de la identidad argentina se efectuó en el marco de una fuerte ritualización y sacralización de los “valores patrios” —vehiculados esencialmente a través de la escuela pública—, lo cual dio lugar a la promoción de una verdadera “religión nacional” (Roitenburd 1994). Entre los “dogmas” de tal patriotismo oficial se destacan, por supuesto, el de la unidad nacional, que urge a los inmigrantes a asimilarse y a las clases populares a apoyar los intereses supremos del país, y el del “destino manifiesto”, que proclama que la Argentina asumirá el “primado político y cultural en Latinoamérica” (Nascimbene y Neuman 1993).

Entre 1880 y 1930, la Argentina se consolidó como estado-nación, afianzando sus instituciones, su economía y su integridad territorial. Se trata de una “época dorada” de progresismo y prosperidad en la que el proyecto liberal se despliega casi sin trabas. Pero en 1930, con el golpe militar que derroca a Hipólito Yrigoyen, se inicia el largo ciclo de luchas y exclusiones. Por ello, la victoria de Raúl Alfonsín en 1983 significó para una gran parte de la población argentina el retorno al cosmos de la racionalidad. Luego de más de cincuenta años de inestabilidad política, los argentinos salían del período más funesto de su historia, el que va del golpe militar de 1976, que abrió la era del terrorismo de Estado, a la pesadilla de la Guerra de Malvinas de 1982. Alfonsín surgía entonces como el símbolo y portavoz de una voluntad de cambio. El alfonsinismo emergió —al menos en su enunciación— como un proyecto centrado en la “forma” de lo social, esto es, en una representación cívica, racional y electiva de la comunidad. El discurso de Alfonsín se estructuró en torno a los principios de la legalidad democrática y la soberanía popular, poniendo de relieve la idea de que los argentinos debían cooperar, en un esfuerzo compartido, con miras a la construcción de una nueva comunidad basada en lazos de respeto mutuo y de reciprocidad.

3. DE ALFONSÍN A MENEM

El análisis del discurso oficial de Alfonsín muestra que, probablemente por primera vez en la historia argentina, el tema del “destino de grandeza” no fue el principal pivote ideológico. El argumento de que la Argentina “alcanzará su glorioso destino cuando se eliminen los obstáculos que traban su crecimiento” estuvo casi ausente del discurso presidencial entre 1983 y 1989, y ningún sector en particular fue designado como culpable de la decadencia ar-

gentina. Mediante un análisis computarizado de las palabras pronunciadas por Alfonsín, hemos establecido una lista de nociones distintivas de su discurso público (figura 1).¹ Un estudio del uso de estos términos nos permitió observar que nociones tales como “cultura del esfuerzo”, “sociedad pluralista” y “ética de la solidaridad” estructuran todo un sistema de redes semánticas.

Vocabulario distintivo del discurso de Alfonsín			Vocabulario común			Vocabulario distintivo del discurso de Menem		
Términos	FA	FM	Términos	FA	FM	Términos	FA	FM
democracia	27,2	7,7	país	48,2	35,4	república	5,1	21,8
sociedad	16,6	5,7	pueblo	38,2	24,3	hermanos	1,2	12,2
esfuerzo	18,2	6,9	gobierno	36,0	24,7	hermanas	0,1	8,4
modernización	4,4	0,7	argentinos	31,7	22,7	Argentina	27,8	50,6
democrática	4,2	0,9	nación	26,9	19,0	Perón	0,1	5,4
América latina	7,3	2,8	política	24,3	17,1	quiero	4,7	14,1
instituciones	5,3	1,6	años	23,5	15,5	patria	4,6	14,0
problemas	10,7	5,2	social	22,5	14,3	Dios	1,3	7,3
transición	2,5	0,2	libertad	21,6	15,6	Estado	9,5	20,9
superar	4,4	1,3	puede	21,4	16,2	comunidad	3,1	9,8
derechos	6,0	2,3	tenemos	21,2	16,1	amigo	0,1	3,2
convivencia	3,8	1,0	vamos	20,5	15,5	compañeros	0,1	3,0
necesidad	7,2	3,2	argentino	20,3	12,7	mercado	2,4	7,5
encontrar	3,3	0,8	hacer	19,6	13,1	bendiga	0,0	2,6
conjunto	6,7	3,1	vida	18,6	14,3	transformación	2,0	6,7
soluciones	4,2	1,4	sistema	16,4	11,9	reitero	0,5	3,6
crisis	8,3	4,3	pueblos	15,5	11,8	vengo	0,4	3,4
democrático	3,5	1,1	justicia	14,8	11,0	corazón	0,9	4,3
autoritarismo	1,6	0,2	economía	14,7	9,1	corrupción	0,2	2,6
precios	3,3	1,1	internacional	14,6	10,6	trabajo	6,6	12,6

Figura 1. Vocabularios común y distintivos.

Independientemente del balance que se haga de las realizaciones concretas del gobierno alfonsinista, es fundamental constatar que, como rara vez en la historia política argentina, el depositario de la voluntad general transmitió de manera constante a la población el mensaje de que “es, en definitiva, entre todos como vamos a hacer esa Argentina que queremos dejar a nuestros hijos” (Discurso desde Villa Regina, Río Negro, 17/1/86). Esta responsabili-

zación colectiva rompió con el pensamiento mágico que animó el discurso de peronistas y antiperonistas por igual: el de una Argentina ideal —una “Argentina Potencia”, como se decía al principio de los años setenta— que nada tiene que ver con la Argentina real y concreta de la parálisis y el caos. Alfonsín enfatizó en sus mensajes la visión de una empresa común, y no la de un futuro providencial:

Es nuestro orgullo y es nuestra decisión y es nuestra vocación de construir esta Argentina participativa, moderna y solidaria, a través de una cultura del esfuerzo, superando la resignación con que antes se aceptaba el sloganismo, las frases vacías y la retórica sin contenido. (Raúl Alfonsín, Discurso desde Villa Regina, Río Negro, 17/1/86)

En varios sentidos, Carlos Menem fue la figura antitética de lo que Alfonsín había querido encarnar en tanto que hombre de Estado. Menem se caracterizó por su palabra fácil, colorida y superficial. Adoptando un estilo de vida rayano en la frivolidad (fiestas, mujeres, autos, deportes, etc.), el Presidente tuvo sin embargo que ser tomado en serio: su gobierno produjo una transformación drástica —e inesperada— de la Argentina. Los resultados de tal transformación le permitieron ganar sucesivas elecciones y reformar la Constitución para permanecer en el poder durante toda una década. A pesar de su aparente simplicidad, el “fenómeno Menem” resulta difícil de comprender: se trata de un presidente que fue elegido por sus promesas populistas y nacionalistas (“salario”, pleno empleo, proteccionismo), que aplicó medidas diametralmente opuestas a su plataforma partidaria (privatización, desregulación, apertura de los mercados) y que fue recompensado por el electorado, no sólo una, sino varias veces. ¿Significa esto que Menem logró convencer a los peronistas y a los ciudadanos de bajo nivel socioeconómico de que sus políticas neoliberales eran justas y necesarias para todos ellos y para el bien común? Puede suponerse que, en cierta medida, esto fue así. Los factores materiales son obviamente importantes: en gran parte, el éxito inicial del plan económico del menemismo se debió a la “convertibilidad” de la moneda (equivalencia de un peso argentino y un dólar estadounidense), lo que detuvo casi instantáneamente la espiral inflacionaria, con obvios efectos sobre el poder adquisitivo de los asalariados. Sin embargo, esto no puede explicar completamente el apoyo —activo o pasivo— a la política gubernamental. La gente tuvo que creer que el mayor desempleo, la mayor flexibilidad laboral, la mayor concentración de la riqueza y la menor seguridad social iban a acarrear, eventualmente, ventajas para el conjunto de la población (Armony 2001).

Los efectos macroeconómicos de la liberalización repentina, así como

los elogios de voceros del capitalismo financiero como el *Wall Street Journal* —que se refirió al “Milagro Argentino” en su primera plana (11/9/92)— dieron credibilidad al discurso menemista: el país está por fin en la ruta hacia su destino de grandeza. Menem se apoyó en el mito de la “Gran Argentina”, utilizando nuevamente la idea de que el país no cumple su promesa porque alguien o algo se lo impide. ¿El culpable, esta vez? El Estado, su burocracia y los beneficiarios de la excesiva “generosidad” pública. Con este argumento, toda la sociedad es victimizada, peronistas y radicales, militares y civiles, clase media y obreros. La representación de un país dividido y en guerra contra sí mismo sirve así para oponer el Estado a la sociedad. El estatismo aparece entonces como el obstáculo en el camino de la Argentina hacia su futuro de esplendor. Evidentemente, este tipo de interpretación coincide perfectamente con los postulados fundamentales de la ideología neoliberal:

Pero ¿qué era lo que ocurría en la Argentina a partir de estos gobiernos cíclicos, totalitarios, semidemocráticos o pseudodemocráticos y democráticos? Que cuando llegaba un gobierno democrático al poder, se ocupaba de las libertades públicas pero se olvidaba de la economía y pese a que el mundo cambiaba, seguíamos con una economía totalmente dirigida y haciendo crecer el Estado. ¿Cómo crecía el Estado? Simplemente apelando a la cuestión social, que en definitiva terminaba perjudicando a la mayoría del pueblo argentino y creando nuevos problemas sociales. (Carlos Menem, Palabras en la cena con los electores con motivo de cumplirse los tres años de gobierno, 15/9/92)

Cuando Menem aseguró que “la Argentina estará entre los diez mejores países del mundo”, no hizo más que reavivar los mitos que estructuraron el discurso político argentino durante la mayor parte del siglo XX. Luego de la frustración suscitada por el alfonsinismo —y particularmente por la crisis de hiperinflación de 1989— muchos argentinos reactivaron el mecanismo de compensación: cuanto más grave es la situación, más férreamente se cree en una solución perfecta y definitiva. Menem adoptó una actitud mesiánica —inclusive en la elección de su vocabulario (véase figura 1)— y prometió lo imposible. Una coyuntura favorable permitió que su propuesta fuera sin embargo verosímil (inflación prácticamente inexistente, moneda fuerte, crecimiento del producto bruto, expansión de la inversión, acceso al crédito) y muchos argentinos se dijeron que “quizás, esta vez, sí es de verdad”. Ni los esquemas teóricos basados puramente en la elección racional (“la gente vota exclusivamente en función de un cálculo de beneficio personal”), ni las interpretaciones basadas en la tesis de una manipulación de los electores (“los pobres votan lealmente por el peronismo, aunque este los perjudique”), pueden ex-

plicar satisfactoriamente el fenómeno menemista. Es necesario, como hemos sugerido aquí, verlo en el contexto de una matriz identitaria cuyo eje central es el mito de la grandeza nacional.

4. LA PROMESA INCUMPLIDA

Dos grandes temas han dominado históricamente la definición de la argentinidad: la obvia incapacidad de concretar la unidad de la sociedad y de realizar su potencial. Toda referencia a la condición identitaria de los argentinos suscita, en efecto, dos preguntas clave: ¿por qué la nacionalidad ha sido regularmente el objeto de antagonismos acérrimos y por qué el país nunca ha conseguido estar al nivel de sus propias expectativas? Como hemos mencionado, la Argentina es un "país nuevo" nacido de la fusión de poblaciones diversas que se integraron rápidamente en un molde nacional. Sin embargo, tal integración no ha impedido que los argentinos permanezcan obsesionados por sus diferencias. Pero si la argentinidad es difícil de definir en cuanto a su contenido, ella es compartida por todos los actores en lo que hace a su forma: la argentinidad es una promesa incumplida. Raúl Alfonsín fue un innovador en la política argentina al proponer una movilización voluntarista e incluyente para cumplirla. Carlos Menem, en cambio, prefirió retomar la lectura fatalista del porvenir de grandeza nacional. El desafío que se sigue planteando, en los albores del siglo XXI, es el de entender que "el país que tenemos es el país que nos merecemos".

NOTA

1. El cuadro presenta los resultados del siguiente procedimiento: a) filtrado semántico para conservar sólo palabras "plenas" y filtrado frecuencial para incluir las palabras que aparezcan al menos 100 veces en uno de los dos corpus; b) ejecución de un programa de cálculo estadístico que establece la distancia de Chi cuadrado en el uso de cada palabra retenida por los filtros. Se presentan entonces las 20 palabras que más caracterizan comparativamente los discursos de Alfonsín y de Menem ("vocabularios distintivos"), así como aquellas en las que no se observa una diferencia significativa entre ambos locutores ("vocabulario común"). Se indican las frecuencias relativas (por 10.000) en cada discurso (FA: frecuencia Alfonsín y FM: frecuencia Menem).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABOU, S. (1972) *Immigrés dans l'autre Amérique: autobiographies de quatre Argentins d'origine libanaise*. París: Plon.
- ADELMAN, J. (1998) "Spanish-American Leviathan? State Formation in Nineteenth-Century Spanish America", *Comparative Studies in Society and History* 40, 391-408.
- ARMONY, V. (1999) "Néopopulisme et néolibéralisme: quelques éléments pour une conceptualisation", *Égalité* 44/45, 13-34.
- (2000) *Représenter la nation. Le discours présidentiel de la transition démocratique en Argentine (1983-1993)*. Montréal: Balzac.
- (2001) "National Identity and State Ideology in Argentina" en *National Identities and Socio-Political Change in Latin America* de A. Gómez-Moriana y M. Durán-Cogan (eds.). Nueva York: Garland Publishing.
- BRUCE, J. (1953) *Those Perplexing Argentines*. Nueva York: Longmans & Green.
- CANOVAN, M. (1999) "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy", *Political Studies* 47.
- DEALY, G. C. (1996) "Two Cultures and Political Behavior in Latin America" en *Democracy in Latin America: Patterns and Cycles* de R. A. Camp (ed.). Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- EISENSTADT, S. N. (1998) "Modernity and the Construction of Collective Identities", *International Journal of Comparative Sociology* 39.
- ESCUDE, C. (1995) "Un enigma: la 'irracionalidad' argentina frente a la Segunda Guerra Mundial", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 6, 5-33.
- GUERRA, F.-X. (1995) "La nation en Amérique espagnole" en *La Pensée politique: la Nation*. París: Gallimard/Le Seuil.
- HIRST, W. A. (1911) *Argentina*. Nueva York: C. Scribner.
- MINUJÍN, A. y KESSLER, G. (1995) *La nueva pobreza*. Buenos Aires: Planeta.
- NASCIMBENE, M. C. y NEUMAN, M. I. (1993) "El nacionalismo católico, el fascismo y la inmigración en la Argentina (1927-1943): una aproximación teórica", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 4, 115-140.
- QUATTROCCHI-WOISSON, D. (1990) "Discours historique et identité nationale en Argentine", *Vingtième Siècle* 28.
- ROITENBURD, S. (1994) "Identidad nacional y legitimidad en el discurso del nacionalismo católico cordobés (1943-1955)", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 5.
- SCHNAPPER, D. (1994) *La communauté des citoyens: sur l'idée moderne de nation*. París: Gallimard.
- SHUMWAY, N. (1997) "La nación hispanoamericana como proyecto racional y nostalgia mitológica: algunos ejemplos de poesía", *Revista Iberoamericana* 63, 61-70.

- TOUCHARD, J. (1949) *La République Argentine*. Paris: PUF.
 WYNIA, G. W. (1986) *Argentina: Illusions and Realities*. Nueva York: Holmes & Meier.

ABSTRACT

This article deals with the myths of national identity and destiny in Argentina. The analysis of a large sample of official addresses delivered by former presidents Raúl Alfonsín (1983-1989) and Carlos Menem (1989-1999) shows that they delivered totally different concepts of what is understood as "argentinidad". While Alfonsín stressed the idea that a better future is to be built through a common project and collective effort, Menem insisted on the belief that their country is predestined to become a "great nation". Alfonsín produced a shift in Argentine political discourse by consistently asserting that all citizens are bound by shared responsibility and a desire to maintain their collective autonomy and identity. Menem, however, reactivated the myth of national greatness, a notion that has pervaded political discourse for the most part of Argentina's existence as an independent state.

Victor Armony se desempeña como profesor regular de Sociología en la Universidad de Quebec en Montreal, Canadá, y es titular de varios subsidios de investigación (Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales de Canadá, Centro de Investigaciones para el Desarrollo Internacional y Fondo de Ayuda a la Investigación de Quebec). Ha sido investigador posdoctoral en la Universidad de Columbia Británica, profesor regular en la Universidad de Ottawa y profesor invitado en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Internacional de Andalucía. Ha publicado numerosos trabajos sobre discurso político, identidad nacional y representaciones colectivas. E-mail: armony.victor@uqam.ca

ESCÁNDALO Y "POST-POLÍTICA". EL MENEMISMO EN ESCENA(S)

SILVIA TABACHNIK

Al filo del fin de siglo —con la asunción de Fernando de la Rúa como Presidente de la Nación— se cerraba *institucionalmente* en la Argentina una década de gobierno menemista: diez años durante los cuales se consolidaron cambios de tal incidencia en la configuración del espacio público y en la cultura política del país que incluso hoy en día, a casi dos años de aquel recambio presidencial, permanecerían bloqueadas las posibilidades de restablecer fundamentos de legitimidad —condiciones de posibilidad— para el ejercicio de la discursividad política.

Naturalmente los cambios mencionados no pueden pensarse aislados del contexto de transformaciones de alcance global y de todo orden (tecnocientífico, económico, cultural, social, etc.) producidos durante las últimas décadas y que, como advierte Derrida (1995: 85), conducen a revisar el concepto mismo de democracia y en general "todas las relaciones entre el Estado y la nación, el hombre y el ciudadano, lo privado y lo público, etc.". Sin embargo, esas mutaciones habrían asumido en el ámbito local cierta irreductible singularidad cuyos rasgos más relevantes intento analizar aquí.

Una imagen de vacancia constituye pues el punto de partida para esta reflexión sobre las formas de manifestación de la "post-política" en la Argentina: en su retirada, el menemismo habría dejado vacía y silenciosa esa escena donde el poder se exhibe y representa ante la mirada social.

1. ACTOS DE GOBIERNO, ACTUACIONES DEL PODER

"Menemato" fue uno de los términos con que el periodismo supo designar y en cierto modo caracterizar la década (1989-1999) correspondiente a las dos presidencias de Carlos Menem en la Argentina. Un dato menor, pero sugerente para detectar algo de lo distintivo de ese gobierno cuando se lo piensa específicamente en tanto régimen de representación y puesta en escena(s) del poder (Balandier 1994).

En primera instancia, esa sufijación se limitaría a denotar una etapa en la historia política del país, pero —a diferencia de otras denominaciones engendradas a partir del nombre propio de un "líder"— no estaría identificando una formación ideológica ni tampoco una determinada corriente política (ese espacio semántico, en todo caso, está cubierto por el término "menemismo"): la expresión "menemato" —no ajena en las narraciones de los medios al imaginario orientalista por lo que concierne a cierto estilo de gobierno y sobre todo al modo de vida atribuido a jeques y sultanes— podría dar cuenta de una de las formas de funcionamiento del poder en el orden simbólico-imaginario en un período de la historia argentina signado por profundas transformaciones en el papel y la configuración del Estado y por el duro impacto de la política neoliberal en la estructura socioeconómica del país. La forma designativa aludiría más bien a unas estrategias de exhibición, a *un estilo de personificación del mando*, refiriéndose no a los "actos" sino a las *actuaciones del poder*. Cuando menos, es el sentido que el uso asignaba al término en cuestión y que —desde la primera campaña electoral— contribuyó a configurar la imagen del político riojano como *personaje* singular y *distinto* en el contexto de la dirigencia política nacional.

La diferencia semántica y conceptual entre "actos" de gobierno y "actuaciones" del poder permitiría distinguir gradaciones y contrastes en el orden de la visibilidad: la luminosidad extrema de las *presentaciones de sí* —según la noción acuñada por Erving Goffman (1983)— del "primer mandatario" solo o como figura rodeada por su "entorno" en el espacio telemediático habría resultado funcional —en este como en tantos otros casos que registra la historia— a la opacidad complementaria en el orden de las decisiones de Estado, entre ellas muchas de particular trascendencia que fueron sancionadas mediante "decretazos" y que parecieron surgir a la luz pública desde una zona inaccesible a la mirada de la sociedad: fuera de escena, trasfondo no iluminado de ejercicio, de efectuación (y ya no de "actuación") del poder.

La distinción podría pasar por la divisoria entre lo performativo y lo representativo (en el sentido en que Habermas (1981) habla de "publicidad representativa" y también en el sentido teatral del término). Así, por ejemplo,

en el caso paradigmático del indulto a los responsables del genocidio durante el terrorismo de Estado, el entonces primer mandatario limitó al mínimo sus declaraciones e intervenciones públicas, colocándose al margen del debate, como una figura descentrada, casi ausente. Usos estratégicos de la discreción que contrastan de manera llamativa con la locuacidad que caracterizaba las presentaciones televisivas del ex presidente. Y estas tácticas de administración de los silencios, o, en otros términos, esta cuidadosa gestión del secreto —en un juego dosificado de mostración y ocultamiento— constituyó la retroescena permanente y funcional de lo que designé en el título como "el menemismo en escena(s)": una galería de imágenes móviles —huellas en la memoria reciente— donde las dimensiones icónica e indicial de la semiosis (los cuerpos actuantes, las ceremonias, los entornos ambientales, las vestiduras, los rostros maquillados, las ortopedias, los oropeles) funcionaron —por lo menos durante el primer período presidencial— como un eficaz dispositivo de "comunicación política".

Complementariedad paradójica en términos de lo visible y lo enunciable que se expresaría en dos retóricas contrastantes: una retórica del exceso para el tratamiento de los asuntos de orden privado e íntimo —incluso en el marco de flexibilidad de las normas que regulan en las sociedades mediatizadas contemporáneas el protocolo enunciativo para las declaraciones de funcionarios políticos— y una retórica de la reticencia por lo que concierne a los asuntos públicos. Las presentaciones televisivas del primer mandatario se caracterizaban por una tonalidad enunciativa modulada a menudo por el *acento confesional*, y por una suerte de *contrato/simulacro de confidencialidad* con el interrogador (de preferencia personajes mediáticos no especializados en temáticas de orden político y que tendían a orientar el diálogo hacia aspectos anecdóticos relativos a la "personalidad" y la vida familiar de Carlos Menem). En este aspecto cabe señalar la frecuencia inusitada —y el notable impacto público— de las apariciones en pantalla televisiva de distintos miembros de la familia Menem —hijos, ex esposa, supuestas ex amantes, cuñados, hermanos, yernos, presuntos hijos y nietos no reconocidos, etc.— muy a menudo anunciados y presentados bajo el formato catástrofe y en el marco de algún conflicto —conyugal, fraternal, filial— con matices escandalosos, donde resultaba totalmente desdibujado el límite entre el litigio privado desplegado "en vivo y en directo" ante las cámaras (escenas de celos, confesiones, llantos, promesas de venganza, amenazas, etc.) y el enfrentamiento entre grupos de poder sospechados de participar en actividades delictivas (tráficos ilegales de distinto tipo).

La otra retórica, en cambio y según el mencionado contraste, se caracterizaría por el predominio de una estrategia sustractiva marcada por formas

de la reticencia (la lítote, la suspensión, la elipsis) para el tratamiento de asuntos de interés público de orden político, social, económico. Así ocurrió, y el ejemplo es casi tan paradigmático como el del indulto, con el debate en torno a la eufórica adopción del “modelo” neoliberal y la consiguiente aplicación “sin anestesia” —según la recurrente metáfora del ex presidente— de la política de privatización de las empresas estatales, que constituyó uno de los programas fundamentales del gobierno menemista.

Como ya se sugirió, en las actuaciones públicas de Menem la interdicción fundamental aplicada a su propio desempeño discursivo recaía fundamentalmente sobre cuestiones de orden político y económico, que solían ser descartadas del campo de la *conversación*. Este último es por otra parte el género de interacción discursiva que el político impuso como formato genérico dominante casi desde sus primeras intervenciones como candidato en el medio televisivo desplazando las formas antagónico-argumentativas de la discusión mediante diferentes recursos: el sarcasmo, el comentario displicente, la apelación a todo tipo de fórmulas cristalizadas —clisés, ideologemas de cualquier origen doctrinario, citas bíblicas, refranes populares, frases extraídas del cancionero folklórico, expresiones de moda engendradas en el campo de la cultura mediática— o sentencias pronunciadas como inapelables. Hay que sumar a este conjunto de elementos el recurso frecuente a las citas de autoridad a menudo extraídas del glosario peronista.

El uso frecuente de la autorreferencial como instancia última de legitimación de decisiones o actos de gobierno que involucraron y comprometieron a la sociedad en su conjunto constituye otra operación recurrente en la estrategia discursiva de Menem. El caso más claro es el del indulto a los comandantes en jefe de las juntas militares: uno de los argumentos esgrimidos para legitimar una decisión de tal envergadura histórica fue precisamente su propia experiencia biográfica en tanto detenido durante la dictadura militar. Según una especie de lógica entimemática, su propia condición de víctima de la represión lo autorizaría moralmente para otorgar el perdón a los victimarios.

Así también, muy a menudo, en el transcurso de actuaciones televisivas, los intentos de debate en torno a cuestiones de orden político resultaban desplazadas al plano enunciativo mediante la mención de condiciones, cualidades y virtudes personales demostradas a lo largo de su vida y que garantizarían de por sí la equidad y la justeza de las medidas de gobierno.

Sin duda la probada eficacia de este conjunto de estrategias discursivas (por lo menos durante el primer período de gobierno que culminó precisamente con la reelección) obedeció de manera prioritaria al profundo deterioro que sufrieron —sobre todo durante los últimos años del gobierno de Raúl

Alfonso— las formas tradicionales de la discursividad pública como consecuencia, según la razonable interpretación de Oscar Landi (1991: 32), de la crisis de credibilidad que afectó a la “clase política” en su conjunto, a raíz —entre otros factores— de la gravísima situación de hiperinflación por la que atravesó el país en ese período.

2. ENTRE LA TRADICIÓN POPULISTA Y EL “NEOEVANGELIO” LIBERAL

Puesto que la política implementada durante la pasada década en la Argentina —y que prosigue inalterada pero en sordina en el posmenemismo— poco difiere del “modelo” neoliberal aplicado con mayor o menor virulencia en las últimas décadas en toda Latinoamérica, el discurso menemista —siguiendo en esto el modelo del discurso del peronismo histórico según lo describen diferentes análisis (Sigal y Verón 1986; De Ipola 1983, 1987)— no buscó definir su identidad en la dimensión ideológica sino más bien se configuró como una especie de transcripción lacunaria y diríase negligente del discurso neoliberal hegemónico al formato de una tradición populista fuertemente arraigada en la memoria colectiva. Podría tal vez apelarse al concepto bajtiniano de “hibridación”, precisamente en la medida en que estas dos matrices discursivas no logran componerse en una textualidad cohesiva y dejan costuras visibles en la superficie textual.

Más que un “discurso político” —sobre todo si se lo considera en términos de coherencia argumentativa, cohesión textual, o basándose en ciertas características tipológicas e institucionales del dispositivo de enunciación—, la retórica del menemismo se configuró como un compendio sucinto, aleatorio y desjerarquizado de *consignas* recortadas de un “original”, texto rector ya enunciado en otra parte y destinado a su permanente re-citación: precisamente el “neoevangelió” liberal —según la irónica caracterización de Jacques Derrida (1995)— postulado por Fukuyama. Sin embargo, como ha señalado también Emilio De Ipola, no es posible plantear una relación de determinación causa-efecto entre las contradicciones lógicas de un discurso político y su eficacia persuasiva en reconocimiento. El potencial “credógeno” —sostiene De Ipola— de los enunciados no depende de manera mecánica e inmediata de la consistencia de su lógica argumentativa: factores de otro orden pueden incidir en la recepción favorable de un discurso o suturar mediante otras lógicas las lagunas argumentativas del texto.

La doble autenticación hacia el pasado en la mencionada tradición populista del peronismo histórico y hacia el futuro “anunciado” y ya advenido en un “original” que se propone universal y trascendente —el metarrelato

neoliberal—, habría contribuido a generar en amplios sectores de la sociedad, cuando menos en la “primavera” del menemismo, efectos veridictorios en el orden de la enunciación y verosimilizantes en el orden de los contenidos. Aparentemente, la promesa electoral formulada por el caudillo federal —“sí-ganme, no los voy a defraudar”— mantuvo su eficacia simbólica y su valor performativo para amplios sectores de la sociedad “más allá del desmentido de la realidad”.

3. EL DESAFUERO DE LO ÍNTIMO

Dos hipótesis de trabajo permiten abrir esta reflexión sobre las transformaciones de lo público y de lo político en la Argentina durante la década de la “postransición”: la primera postula que el menemismo habría marcado un punto decisivo de inflexión en las relaciones —de poder— entre política y medios en la Argentina, presentando ciertos rasgos que en su combinación lo singularizarían incluso en el contexto de dislocación general (Derrida 1995, 1998) de la topología misma que sostenía en la modernidad la “gran divisoria” público/privado (Bobbio 1994, 1996).

Ciertamente el proceso de “mediatización” de la política no comenzó en el país con la presidencia de Carlos Menem; lo telemediático ya había impuesto sus reglas de juego en el espacio público durante los siete años de la dictadura militar (1976-1983), basta remitirse a dos de sus más conspicuas manifestaciones: el Mundial del 78 y la Guerra de Malvinas (Escudero 1996). Sin embargo, la tendencia a la focalización de aspectos concernientes a la vida privada familiar en la construcción de la imagen pública de los políticos con cierto deslizamiento hacia el orden de lo íntimo¹ comenzó a perfilarse en los primeros años de la transición con la reinstauración del sistema partidario. Tras siete años de terrorismo de Estado la recuperación de una imagen familiar y cercana del político capaz de generar cierta identificación con el “ciudadano común” (identidad, también profundamente erosionada en su componente cívico) contribuyó a la restauración del imaginario democrático, y en este sentido el lenguaje televisivo que juega fundamentalmente —como ha analizado Verón (1983, 1985, 1992)— sobre el orden del contacto pudo haber favorecido el re-anudamiento del lazo de confianza entre actores políticos y sociedad civil.

Pero en el marco de esta relativa continuidad —que responde por otra parte a un proceso global— es posible establecer diferencias en cuanto al régimen de visibilidad y enunciación de lo político en la escena mediática entre el período de la transición (gobierno de Alfonsín) y el de la “postransición”

(gobierno de Menem). El primer período podría caracterizarse por un proceso de progresiva adaptación del lenguaje político a los códigos mediáticos, pero el menemismo se distinguió desde su emergencia en el campo de la contienda electoral por su *connaturalidad* con lo mediático: su genuina pertenencia y familiaridad con el “mundo del espectáculo”, lo que le permitió mostrarse ubicado cómodo y ventajosamente en un espacio *otro*, supuestamente ajeno al de la política y diferente en cuanto a su lenguaje, sus prácticas, sus escenarios y sus actores. Esto permitiría tal vez identificar uno de esos rasgos distintivos —aunque por supuesto no exclusivos— y recurrentes del estilo representativo del menemismo: la importación al campo de la política de personajes “populares” llegados desde otros ámbitos (particularmente el mundo del deporte y el de la “farándula”), cuya metafórica extranjeridad habría operado como múltiple garantía de eficacia (el éxito logrado en su actividad de origen), de potencialidad identificatoria (respecto de las expectativas e intereses de esa ficción denominada “ciudadano común”), de incontaminación (respecto de las prácticas corruptas de la “clase” política), etc. Muchas de las “escenas” que quedarán registradas en el archivo audiovisual del menemismo conciernen a esta familiaridad y esta tendencial indistinción entre política y farándula, ya que no se trató solamente de la incorporación de personajes venidos de otros ámbitos al campo de la política, sino sobre todo de la recurrente y entusiasta participación —“actuación”— de Menem en ámbitos y situaciones ajenos al campo de la política: el álbum del ex presidente atesora una nutrida colección de imágenes propias danzando con bailarinas árabes en programas televisivos de gran audiencia o bailando tango con la célebre conductora de un programa de emisión cotidiana, interpretando piezas del cancionero folklórico en alguno de los tantos homenajes que se le ofrecieron en su pueblo natal de Anillaco, compartiendo el histórico balcón de la Plaza de Mayo con Madonna en su papel de Evita Perón, participando junto a Maradona en un partido de fútbol a beneficio, o al volante de su controvertida Ferrari roja ataviado como un piloto del automovilismo deportivo...

Tal vez el rasgo más notable de esta mutación que se produjo con el advenimiento de los modos de representación del menemismo consistiría en un desplazamiento cuantitativo y cualitativo del umbral de visibilidad desde el orden, ya no de lo público a lo privado —consumado hace varias décadas con el advenimiento de la llamada “cultura de masas”, la “industria cultural”, etc. (Habermas 1981; Sennett 1978)— sino *de lo privado a lo íntimo*.

En otro texto proponía caracterizar este proceso en términos de *desafuero de lo íntimo* (Tabachnik 2000). La expresión condensa una polivalencia semántica interesante: por un lado remite a la noción jurídica de “fuero” asociada a los códigos concernientes a los derechos del individuo (derecho de

privacidad, intimidad, etc.); en otra acepción remite precisamente al léxico técnico de la tramoya teatral y de la puesta en escena (un aforo consiste en el desplazamiento al espacio escénico de un elemento que debería permanecer oculto); en tercer lugar se asocia –en un registro entre la moral y la ética– a la condición de lo “desaforado” en relación con las normas siempre flexibles que rigen los comportamientos públicos y privados de los sujetos. Una cultura determinada reconoce como situaciones o actos “desaforados” aquellos que desbordan o transgreden los límites históricamente variables de lo públicamente exhibible y enunciable. En términos del ideal helénico del “buen gobierno” la imagen del *desafuero* evoca lo que los griegos condenaban bajo el término de *hybrizein* –desenfreno, pérdida del autocontrol, abuso de poder– oponiéndolo a la *sôphrosynê* –medura, templanza, dominio de sí– del estadista ejemplar (Foucault 1991).

Muchas de las declaraciones en la escena mediática del ex presidente y de su clan familiar pertenecen a lo que los historiadores de la vida privada distinguen en términos de “secretos de familia” (Prost 1991), aquellos que la burguesía decimonónica sólo confiaba al notario y al sacerdote: cuestiones de dinero, patrimonio, filiaciones, herencias y, por otro lado, relativas a la sexualidad y a las infracciones a las reglas de la conyugalidad, etc. Con estos dos modelos de vida “cortesana”, uno oriental (el sultanato) y otro occidental (la decadente aristocracia francesa del siglo XVII), solía compararse muy a menudo, a veces en el registro encendido de la diatriba, muchas otras en el registro de la sátira,² el estilo de mostración pública adoptado por el entonces presidente y su entorno.³

El tendencial predominio del régimen de lo íntimo en la construcción mediática del acontecer cotidiano no sólo implicaría un grado mayor de exposición de la privacidad de los personajes públicos sino también otro tratamiento semiótico: otro régimen de visibilidad y enunciable, otra jerarquización y legitimación de lo enunciable, diferentes dispositivos de enunciación, una desestabilización y redistribución jerárquica de géneros discursivos, diferentes modos de tramitar y narrar, otra construcción de la imagen del político y de su entorno. En este marco, las formas de la enunciación confesional, el contrato/simulacro confidencial en las entrevistas televisivas, la proliferación de usinas discursivas destinadas a la producción del rumor, el chisme, la maledicencia, la difamación, etc., la captura clandestina de imágenes visuales o sonoras producidas en condiciones de intimidad asumen el centro de la escena y se constituyen casi en el patrón dominante para la narración del acontecer político y social. Cabe recordar, en este sentido, que la saga de escándalos del menemato coincide temporalmente con el acontecimiento literalmente más *desaforado*, más disparatado que registra la historia de las democracias

modernas: el caso Clinton/Lewinsky, formidable ejemplo de lo que Barthes (1964) definió como *fait divers* llevado aquí a su expresión más desmesurada.

Y en este punto ingresa la segunda hipótesis anunciada y que es correlato del predominio del régimen de lo íntimo como patrón de producción de la actualidad: el *escándalo* –como género mediático, o como modelo dominante en la construcción mediática del acontecimiento– habría constituido un engranaje fundamental para el adecuado funcionamiento del dispositivo político de producción de sentido durante la década menemista. En un texto anterior (Tabachnik 1998: 337) comentaba que “la absorción del acontecimiento en el paradigma mediático del escándalo resulta connatural y funcional respecto del metarrelato del Fin de la Historia. El escándalo es la figura emblemática de la condición ‘post-política’: la lógica que lo rige es la de la repetición mecánica y anunciada”. La hipervisibilidad encandilante del escándalo constituiría la contracara de la creciente invisibilidad de un poder dislocado, deslocalizado y al mismo tiempo ubicuo.

4. LO VISIBLE Y LO ENUNCIABLE EN LA PUESTA EN ESCENA DEL MENEMISMO. LA “NOVELA FAMILIAR” DEL PRESIDENTE

Dos tipos de escándalo caracterizaron la década menemista: aquellos generados por la irrupción en la escena pública de episodios concernientes a aspectos privados e incluso íntimos de la vida personal y familiar del personaje en cuestión. La “(tele)novela familiar del Presidente” –como el nuevo casamiento con la ex Miss Universo chilena, los siempre renovados conflictos con su ex esposa, las dramáticas escenas protagonizadas por la atormentada hija Zulemita, y, en otro plano, toda la secuela de oscuros episodios ligados al probable homicidio del primogénito, etc.– proporcionaron “materia prima” para la recreación paródica en los medios.

Este primer tipo de escándalo se producía según dos modalidades diferenciadas en el orden de lo visible: por medio de la *revelación* –la “hazaña” mediática de la captura en imagen de situaciones reservadas o secretas por la mirada de los medios con la intervención de diferentes dispositivos tecnológicos como la cámara oculta, micrófonos invisibles, escuchas y grabaciones telefónicas clandestinas, etc.–, o bien por medio de la deliberada *exhibición* estratégica de asuntos y situaciones de la intimidad. En estos últimos casos lo exhibido o lo revelado (rencillas conyugales o familiares, amoríos, infidelidades, presuntas adicciones, aparición de hijos y nietos no reconocidos, etc.) consistía por lo general en alguna transgresión a ciertas normas culturales de la discreción, lo que Norbert Elias (1993) definió como umbrales sociohistó-

ricos del pudor. La otra fuente de escándalos, en cambio, está asociada ya no a las transgresiones a los límites de la privacidad sino a lo que Juan Carlos Marín (1993) identifica como “delitos de autoridad”. Lo escandaloso en este segundo caso proviene de la develación —operación mediática que permite ser pensada según la categoría foucaultiana de rituales de veridicción— de ilícitos económicos muy frecuentemente asociados a hechos delictivos (secuestros, algunos casos de tortura, homicidios nunca totalmente esclarecidos, dudosos suicidios y muertes por accidente, agresiones o extorsiones a testigos o miembros del poder judicial). La mezcla de conflictos familiares/sentimentales con enfrentamientos de orden político entre clanes y delitos económicos transnacionales ha constituido un rasgo propio del manejo del poder durante el menemismo. En este sentido el caso conocido como “Yomagate” —presuntamente ligado al narcotráfico y al “lavado” de dinero y protagonizado por miembros de la familia política de Menem— reúne todas las características mencionadas.

5. NOTAS FINALES

El régimen de visibilidad del poder constituyó sin duda una de las dimensiones distintivas del imaginario político del menemismo, al presentar una combinación muy particular, aparentemente algo paradójica, entre varios planos de visibilidad, diferentes modulaciones de lo visible y lo oculto. Para analizar este fenómeno resulta operativa la distinción que introdujo Norberto Bobbio (1994) cuando propuso un segundo significado de la dicotomía público/privado, según el cual “público” equivale a manifiesto, visible y “privado”, en cambio, a “oculto o secreto”.

El binomio manifiesto/secreto, que constituye para Bobbio una de las categorías fundamentales para la comprensión histórica en el campo de las teorías de la sociedad y del Estado, resulta sin duda relevante para analizar el funcionamiento en el plano de lo visible y lo enunciable durante el régimen menemista.

¿Qué es lo que el régimen menemista dejó ver o exhibió de sí mismo, y qué es en cambio aquello que tendió a ocultar o sustraer de la mirada pública?

La respuesta no es obvia: el menemismo habría reinventado una fórmula compleja y hasta cierto punto original. Hemos adelantado algunos aspectos de esta caracterización, cuando propusimos diferenciar entre dos “fuentes” de escándalo: el menemismo se caracterizó por una hipervisibilidad encandilante (preservando el sentido de enceguecimiento que tiene este calificativo) e históricamente inusitada, un grado máximo de exhibición, tal vez sin ante-

cedentes equiparables en la historia nacional, por lo que concierne a los aspectos más íntimos de la vida privada del presidente y su “entorno”.

Aun si la vida privada/familiar de los políticos y funcionarios públicos resulta expuesta cada vez en mayor medida en las sociedades mediatizadas y parecería incidir de manera creciente en las decisiones del electorado, por lo general se la solía presentar como una suerte de trasfondo decorativo neutro y armónico sobre el cual se recortaba la figura del candidato: este solía ser, sobre todo en la tradición iconográfica nacional de puesta en imagen del poder, el lugar (secundario) de la estructura familiar del presidente y en general del político. La diferencia en el caso del menemismo es que el “entorno” familiar y de relaciones personales y sentimentales del presidente constituyó durante todo el período de su gobierno una fuente continua de *fait divers* y de escándalos de diversa magnitud, tornándose imperceptible el límite entre lo familiar y lo político, entre lo íntimo y lo público. La inusitada *escena* de la expulsión por la fuerza pública de la “primera dama” y sus hijos de la Quinta de Olivos, residencia oficial del Presidente de la Nación, acontecida el 12 de junio de 1990 (a pocos meses de asumir la presidencia) y transmitida “en vivo y en directo” por *Crónica TV* y otros medios televisivos, constituye una suerte de apertura de la serie, primer capítulo de la saga de escándalos familiares que rodearían a la figura de Menem durante los dos períodos de su gobierno.

El “verosímil cultural menemista” —según la atinada expresión de Oscar Landi (1992)— habría reintroducido y reactualizado —en condiciones de una sociedad mediatizada— ciertos rituales, cierta configuración del escenario de la política, provenientes de la tradición representativa del peronismo histórico. En este régimen de representación la notoriedad pública funciona como factor de homologación entre política y espectáculo: la única distinción pertinente y válida, como ya se observó, parece ser la que se desprende de la divisoria fama/anonimato.

Guardando las debidas distancias, ciertos rasgos de la puesta en escena del poder durante el menemismo corresponden a lo que Foucault (1989: 197) definió como el “régimen de individualización ascendente” propio de las “sociedades de espectáculo”. En sociedades como la feudal —escribía Foucault— “cuanto mayor cantidad de poderío o de privilegio se tiene, más marcado se está como individuo, por rituales, discursos o representaciones plásticas”.

Los medios son en las sociedades contemporáneas el escenario donde se despliegan los rituales y las representaciones del poder, donde se narran e ilustran, pero también se satirizan, las “proezas” (deportivas, amatorias, artísticas...) de estas formas actuales de “liderazgo carismático”; formas nuevas y al mismo tiempo casi arcaicas, prerrepúblicas, surgidas en estas frágiles democracias del sur de la historia en tiempos de la “post-política”.

NOTAS

1. Esto se inscribe en el contexto de un fenómeno general si no de supresión cuando menos de debilitamiento de las restricciones que pesaban sobre la exhibición del cuerpo y la verbalización de tópicos relacionados con el erotismo y la sexualidad, en ciertos aspectos similar al "destape" producido en España en la inmediata post-dictadura.
2. Durante el menemismo surgió una cantidad notable de programas televisivos orientados al tratamiento humorístico del acontecer político local. La figura de Menem y de su entorno, así como los reiterados escándalos que se sucedieron durante esos años, fueron objeto de una notable productividad semiótica en procedimientos de estilización paródica e incluso grotesca.
3. Es muy significativa la aparición, durante los primeros años del menemismo, de semanarios de actualidad como la revista *Caras* (lanzada por Editorial Perfil en 1992, destinada a la puesta en escena de diversos personajes "famosos" del mundo de la política y de la televisión, del deporte, etc.) y a la exhibición de sus suntuosas viviendas, guardarropas, mascotas, etcétera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BALANDIER, G. (1994) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós.
- BARTHES, R. (1964) "La estructura del suceso" en *Ensayos críticos*. Buenos Aires: Seix Barral.
- BOBBIO, N. (1994) *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1996) *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DE IPOLA, E. (1983) *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.
- (1987) "Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo" en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* de AA.VV. Buenos Aires: Hachette.
- DERRIDA, J. (1995) *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- DERRIDA, J. y STIEGLER, B. (1998) *Ecografías de la televisión*. Buenos Aires: Eudeba.
- ELIAS, N. (1993) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ESCUADERO, L. (1996) *Malvinas: El gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- FOUCAULT, M. (1989) *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1991) *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GOFFMAN, E. (1983) *Relaciones en público*. Madrid: Alianza.
- HABERMAS, J. (1981) *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: G. Gili.
- LANDI, O. (1991) "Videopolítica y cultura" en *Diálogos* 29.
- (1992) "Proposiciones sobre la videopolítica" en *Política y Comunicación* de H. Schmucler y M. C. Mata. Córdoba: Catálogo - Univ. Nac. de Córdoba.
- MARÍN, J. C. (1993) "El no-uelito. ¿tan sólo una ilusión?" en *Delito y Sociedad*. Revista de Ciencias Sociales. Buenos Aires, año II, nº 3.
- PROST, A. y VINCENT, G. (1991) "La vida privada en el siglo XX" en *Historia de la vida privada* de P. Ariès y G. Duby (directores). Tomo 9. Madrid: Taurus.
- SENNETT, R. (1978) *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.
- SIGAL, S. y VERÓN, E. (1986) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- TABACHNIK, S. (1998) "Del escándalo" en *Declinio da Arte/Ascensão da Cultura* de R. Antelo et al. Florianópolis: Abralic/Letras Contemporâneas.
- (2000) "Desafuero de lo íntimo en la escena mediática" en *Papeles de Investigación I, Ciencias Sociales y Postgrado* de N. Rosa (director). Rosario: Laborde.
- VERÓN, E. (1983) "Il est là, je le vois, il me parle" en *Communications* 38. París: Du Seuil.
- (1985) *La mediatización. Hacia una teoría de los discursos sociales*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- (1992) "Interfaces, sobre la democracia audiovisual avanzada" en *El nuevo espacio público* de F. Jerry, D. Wolton et al., pp. 124-139. Barcelona: Gedisa.

ABSTRACT

By the end of 1999 –when Fernando de la Rúa came to power– a decade of "menemismo" in Argentina was institutionally closed, during which a disruption in the configuration of public space and political culture of the country was produced. Such disruption was so deep that even today the possibilities of reestablishing the foundations of legitimacy for the exercise of political discourse would remain blocked. Naturally, those changes cannot be considered isolated from the contemporary context of mutations of a global scope (technical-scientific, economic, cultural, social) that, as Derrida noticed (1995: 85), force us to revise the concept of democracy and in general "every relationship between State and Nation, man and citizen, private and public, etc.". Nevertheless, those changes may have taken on, at a local level, an irreducible peculiarity whose more relevant traits I hereby approach from the analysis of the "menemismo" as a regime of spectacularization of power.

Silvia Tabachnik es directora de la Maestría en Sociosemiótica del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba y profesora titular de dicho Centro. Su investigación se ha desarrollado en el campo de la sociosemiótica, el análisis de discurso político, los estudios mediáticos. Ha publicado *Voces sin nombre. Confesión y Testimonio en la escena mediática* (1997) y diversos capítulos y artículos en libros y revistas especializadas. E-mail: silviatabachnik@arnet.com.ar

HUGO CHÁVEZ: LA ELOCUENCIA DEL SILENCIO

FRANK BAIZ QUEVEDO

1. INTRODUCCIÓN

Un nombre ha puesto a circular el de Venezuela. Se trata de Hugo Chávez, el productor de un discurso desbordado y autosuficiente, centrado en el hacer político electoral. El presente trabajo analiza varios aspectos estructurales de ese discurso y se interesa en uno de sus momentos: el del deslave natural que asoló el estado Vargas de Venezuela el 16 de diciembre de 1999, causando una de las mayores tragedias de la historia del país, en el mismo momento en que se celebraba una de las numerosas jornadas electorales que han caracterizado la llamada revolución bolivariana. Analizaremos algunos rasgos del discurso chavista, para luego centrarnos en el impacto que produjo sobre este discurso la "desaparición" textual de sus contendores políticos, gracias al deslave natural.

2. BREVE HISTORIA DEL DISCURSO POLÍTICO ELECTORAL DE CHÁVEZ

Revisar la trayectoria política de Hugo Chávez es revisar la trayectoria de un discurso. En 1992 gobierna en Venezuela el presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez. El 3 de febrero de ese año estalla un golpe de Estado y, al ser sofocado, el comandante Hugo Chávez Frías, jefe de la rebelión, apa-

rece en uniforme de campaña, frente a las cámaras de la televisión. Chávez pronuncia una breve declaración, donde asume la responsabilidad del movimiento y solicita a sus compañeros deponer las armas, porque los objetivos no se han logrado "por ahora". Y la frase "por ahora", que remata su brevísima intervención, pasa a ser, a partir de ahí, un discurso minimal que se erige en símbolo de una rebelión latente. Muchos de los sentidos que encontraremos en el discurso posterior de Chávez ya se hallan en esta frase: "latencia", "revancha", "resistencia" y "heroicidad". Chávez es encarcelado y desde su celda en la población de Yare concede algunas entrevistas que no hacen sino ampliar el argumento contenido en la frase de marras,¹ hasta que, en 1998, la coyuntura electoral le confiere al militar una segunda oportunidad política. La ex Miss Universo, Irene Sáez, amenaza en esa oportunidad con convertirse en la primera mujer presidente de Venezuela. Pero, para sorpresa de los analistas, Chávez irrumpe en la contienda y en pocos meses logra sobrepasarla en las encuestas. La diferencia la establece su discurso político-electoral, cuyo análisis esbozaremos a continuación.

3. LA POTENCIA DE LO ELEMENTAL

3.1 ESTRUCTURA ACTANCIAL DEL DISCURSO POLÍTICO ELECTORAL DE CHÁVEZ

El discurso político electoral chavista podría servir como argumento para los defensores de la semiótica narrativa greimasiana. Sucede como con el discurso bíblico: el lector ideal, identificado con la estructura de la gesta narrativa, se hace uno con el sujeto y hace suyo el universo axiológico fundado (y presupuesto) por el relato. La estructura en el nivel semionarrativo del discurso político electoral chavista es, pues, tan simple como aquella que el mismo Greimas adjudicó al discurso marxista (Greimas 1966: 277). Un posible esquema actancial podría ser:

Sujeto: El Pueblo (=Chávez); Objeto: La sociedad justa (La Democracia Participativa); Destinador: El Pueblo Soberano (La Historia) (Dios) (El Libertador Simón Bolívar); Destinatario: El Pueblo Soberano; Oponente: La Oligarquía; Ayudante: La Fuerza Armada.

Mientras que el correspondiente antiprograma narrativo sería:

Antisujeto: La Oligarquía (El Punto Fijismo) (Las cúpulas corruptas); Objeto:

La opresión del Pueblo; La desigualdad; Antidestinator: La Oligarquía; Antidestinatario: La Oligarquía; Oponente del Antisujeto: Chávez, Los Revolucionarios; Ayudante del Antisujeto: Los Medios de Comunicación (Algunos Intelectuales).

La asunción del pueblo como actor fundamental en el proceso de cambio propugnado por Chávez y, por ende, como actante sujeto en su discurso, puede rastreadse en cualquiera de sus numerosas declaraciones. Tomemos la entrevista aparecida en un diario caraqueño (*El Nacional* 2/3/92), a casi un mes de la intentona. Allí Chávez explicaba:

El verdadero autor de esta liberación, líder auténtico de esta rebelión, es el general Simón Bolívar. Él con su verbo incendiario nos ha alumbrado la ruta y nosotros, responsables de nuestro tiempo, tenemos un compromiso con toda la generación que viene atrás.

La misma postura de Chávez es confirmada, cinco años después, en un párrafo de su polémica carta al terrorista internacional Ilich Ramírez Sánchez, *El Chacal*, fechada en el Palacio de Miraflores, el 3 de marzo de 1999. Notemos la manifiesta ampulosidad estilística de la que hace gala en esta ocasión:

El Libertador Simón Bolívar, cuyas teoría y praxis informan la doctrina que fundamenta nuestra revolución, en esfíngica invocación a Dios dejó caer esta frase preludeal de su desaparición física: *¡Cómo podré salir yo de este laberinto...!*

El resto de los actantes del esquema propuesto puede ser fácilmente identificado en frases como "hay que triturar y echar a un abismo el mal llamado sistema democrático [...] yo tengo una mano en el pueblo y otra en los cuarteles" (*El Nacional* 9/11/97); y en su respuesta a las declaraciones críticas del escritor peruano Vargas Llosa a finales del año 1999:

El señor Vargas Llosa cuando dice esto no sabe lo que está diciendo y le está faltando el respeto a un pueblo que está saliendo del autoritarismo, porque la democracia a la que él se refiere, y que le preocupa vaya a desaparecer, está muerta, y nunca fue una democracia, señor Vargas Llosa, fue un régimen autoritario, canallesco, cupular, tiránico, genocida, que echó a un pueblo digno como el nuestro, a una fosa terrible, a una pobreza inmensa. (*El Nacional* 22/11/99)

En cuanto a los objetos modales que aparecen en el recorrido narrativo del discurso político electoral chavista, destacan el *saber hacer* y el *poder ha-*

cer, claramente discernibles. Mientras que el *poder hacer* está ligado al voto que Chávez le solicita al pueblo, el *saber hacer* comporta una beligerancia que toma la forma de batallas, fragores y combates.

3.2 LA PASIÓN EN EL DISCURSO DE CHÁVEZ

La observación de Jean Louis Rebillou según la cual *el discurso político-electoral [...] se caracteriza como un discurso que sienta la inteligibilidad en la sensibilidad* (Rebillou 1998: 309-310) tiene su más fiel comprobación en el discurso de Hugo Chávez, un territorio fértil para el estudio semiótico de las pasiones. En el terreno de las modalidades, por ejemplo, el gran relato épico que puede urdirse a partir de las numerosas alocuciones, declaraciones y mítines del actual Presidente de Venezuela está poblado de episodios eufóricos modalizados por el *poder estar-ser* (asociado con el *poder hacer*) correspondientes a las grandes victorias electorales; de episodios disfóricos de “ira” y de secuencias de advertencia y amenazas modalizadas por el *no poder estar-ser*, de irrupciones emocionales en las que privan la “indignación” o el “éxtasis iluminado” ligados a la junción y al *poder estar-ser*, y así siguiendo.

En plano del discurso entero² quizás el estado de ánimo más relevante es el que corresponde a lo que los adversarios del Presidente han caracterizado como el “resentimiento”. El diccionario de uso del español actual define esta pasión como el *disgusto o pena causados por algo que se considera una falta de afecto o una desconsideración*. Dentro del uso corriente, sin embargo, el resentimiento podría entenderse como un *malestar crónico que aspira a la venganza* y está fuertemente asociado con la ira vengadora que proviene del sentimiento de haber sido despojado. Este malestar, que se encuentra latente en el discurso político-electoral chavista, aflora a cada instante, facilitado por el contexto pragmático, tal como reseña la prensa (*El Nacional* 9/8/98) al describir un mitin realizado en la población metropolitana de Petare: “En medio de su intervención se reventó una cloaca frente a la tarima y comenzaron a fluir las aguas negras. Chávez no perdió la oportunidad para decir: ‘Allá van los adecos y los copeyanos en esas aguas negras’”.

3.3 LATENCIA

Desde la frase “por ahora” de su primera intentona militar hasta el momento presente, el discurso chavista constituye el testimonio de una virtualidad, el alegato de una amenaza. Sería posible trazar el itinerario de las di-

ferentes figuras que han venido tomando el lugar de esa amenaza, en las sucesivas versiones de la contienda chavista. Baste recordar que su camino hacia la presidencia está lleno de declaraciones como la que atestigua un reportero de un importante diario caraqueño:

El ex comandante manifestó que para él no sería deseable hacer lo mismo que hizo el presidente Fujimori en Perú, pero “si me toca hacerlo no me va a temblar el pulso de esta mano zurda que yo tengo para cerrar el Congreso y convocar a una Asamblea Constituyente”. (*El Nacional* 9/11/97)

Posteriormente, al asumir el poder el 2 de febrero, Chávez realiza el juramento como nuevo Presidente sobre una Constitución a la que tilda de *moribunda*, lo que produce una airada reacción de la oposición y es asumido como una amenaza.

A partir de allí se suceden variantes de todo tipo, “microrelatos” que reedifican continuamente la “gesta bolivariana” cuyo esquema narrativo de base hemos descrito y que incluyen variantes de la amenaza. Amenaza que hasta llega a tomar la forma de la baladronada familiar hecha pública.

3.4 TRIANGULACIÓN DRAMÁTICA

Una interpretación de la dinámica construida en el nivel discursivo permite pensar el discurso de Chávez como un discurso triangular por excelencia. Esa triangulación coloca al enunciatario en la disyuntiva de adherirse al sujeto o al antisujeto y propone un juego de identificaciones que puede ser descrito mediante los instrumentos que, en el ámbito de la psicología, ha propuesto Karpman con su formulación de las posiciones dramáticas de *salvador*, *víctima* y *perseguidor* (Karpman 1968). En el caso del discurso chavista, el líder es puesto en escena como encarnación del enunciatario (y del narrador), asumiendo la figura del salvador. La palabra de Chávez es, en este sentido, la palabra que salva, que persigue a los contendores y que, de vez en cuando, se erige como palabra del perseguidor. Otras veces, esa voz que habla en Chávez se guarece de los contraataques asumiendo el papel de la víctima (de la oligarquía internacional o de los medios de comunicación). Apenas hay que remarcar que esta estructura, que no es más que la modelación de una simbiosis tripolar, es decir, de eso que los psicólogos del análisis transaccional llaman un juego psicológico, estipula una posición textual para cada actor del discurso y, en la práctica, coloca a cualquier contendor posible en

un lugar predeterminado del triángulo. Resulta natural extender el presente razonamiento hasta un ámbito propiamente psicológico.

3.5 TRIANGULACIÓN EDÍPICA

Sin entrar en consideraciones que abordarían problemas en el ámbito de la psicología social, no está de más señalar el contenido de índole psicológica asociado con el discurso chavista. En primer lugar, la significación de dependencia asociada con los roles anteriormente considerados y, más allá, entre las figuras pragmáticas que se identifican con el enunciador y el enunciatario. Participar del discurso chavista equivale a asimilarse a una contienda en la que el vínculo entre destinatario, sujeto y antisujeto remedan una triangulación edípica. La fusión líder-pueblo, figuras del sujeto y el destinatario, edifican una conexión simbiótica, sólo garantizada por la presencia-ausencia del antisujeto. En otras palabras y si nos valemos de algunas metáforas propias de la simbología psicoanalítica, el líder, identificado con el destinatario y erigido en gran Madre de la Revolución, se hace uno con el sujeto-destinador-enunciatario que desempeña el papel de Hijo, en la operación de negación, exclusión (y venganza) del antisujeto que subsume la figura del Padre abandonador y mercedor de venganza. Reencontramos, de paso, una configuración que explica la omnipresente pasión del resentimiento.

3.6 AMPLIFICACIÓN - SUPRESIÓN

El discurso de Chávez también participa de una paradoja estilística. Es, visto en su extensión, un discurso plagado de lo que los retóricos clásicos llamaban figuras de pensamiento *por adición* (Mortara Garavelli 1988) y, simultáneamente, un dispositivo en el que lo narrativo (y, por tanto, buena parte de lo ideológico) reposa en algunos segmentos que destacan su laconismo y su gran capacidad sintética. Esto último no parece casual en un líder que proviene del mundo militar y que, como tal, está acostumbrado a dar y recibir órdenes. En relación con el laconismo dice Mortara Garavelli (1988: 289-290): "El laconismo (gr. *lakonismos*; lat. *laconica brevisitas*) es el modo de hablar propio de los espartanos [...] hablar lacónicamente significaba sobre todo, dar órdenes".

En el polo de las figuras por adición, el discurso chavista es capaz de decir: "Se arrastran como serpientes, pero nosotros no, porque nosotros volamos como las águilas, que no cazan moscas que andan en el excremento"

(*El Nacional* 4/10/98). E incluso, como en la polémica carta de respuesta a la Corte Suprema de Justicia de Venezuela el 12 de abril de 1999:

Auscultando en lo profundo del alma nacional podríamos percibir, de observación en observación, una creciente y desbordante acumulación de necesidades vitales reprimidas a punto de explosión (Ley Psicológica de la Compensación).

En el polo de las figuras por supresión, como el laconismo, el discurso de Chávez ha producido rapidarios eslóganes electorales como el *Sí* de su campaña a favor de la nueva Constitución.

3.7 POPULISMO

Un estudio global del discurso chavista permite enmarcarlo en la categoría de los llamados discursos populistas. Luis Britto García ha descrito con acuidad esta modalidad del discurso político venezolano (Britto García 1988: 55-231). Su estudio, consagrado a la evolución del mensaje del caudillo del siglo XIX y a su transmutación en palabra del líder populista "democrático", proporciona algunas claves para la comprensión de los mecanismos textuales del discurso chavista y hace posible su análisis desde el punto de vista de la evolución del discurso político venezolano:

a. El *personalismo*, interpretable como una solicitud de adhesión según la cual la lealtad solicitada por el emisor del discurso —quien se coloca a sí mismo como actor implicado en este— se debe a sus cualidades de persona, más que a la institución que él representa. En el caso de Chávez la solicitud cobra la forma de la modestia: "estoy lejos de ser un caudillo, soy un instrumento de un pueblo [...] soy un luchador social, un revolucionario, soy un soldado sujeto a lo que diga la mayoría de mi pueblo" (*El Nacional* 22/11/99).

b. La *protección de fuerzas invisibles*, que en Chávez adopta la forma de la cita bíblica, las alusiones al Libertador e, incluso, las invocaciones directas al Creador: "Dios, ¡danos vida!, no podemos irnos de este mundo sin antes enterrar el Pacto de Punto Fijo, pero bien hondo. Todavía boquea, pero va a morir definitivamente. ¡Tiene que morir!" (*El Universal* 22/11/99).

c. El *machismo*. Se trata de un rasgo del caudillo, mensaje fuertemente compartido por sus receptores pragmáticos, tal como lo atestigua el reportero que cubre uno de sus discursos electorales:

Chávez alabó a la mujer venezolana y recordó que “hay gente que dice que a mí las mujeres no me quieren”. En ese instante las damas presentes comenzaron a gritar: “Suegra, suegra” a la progenitora del candidato, Elena Frías, que le acompañó en la tarima. Allí también se encontraba su esposa Marisabel, quien exhortó a los presentes a unirse en una cadena de oración que, desde hace dos semanas, se está realizando a las 10:00 pm en hogares del interior del país. (*El Nacional*, 4/10/98)

d. El *habla popular*, que en el caso de Chávez, no se reduce al mero uso sociolectal sino que invade, con la coioquialidad, una perenne ruptura que alude a su igualitarismo y a su origen modesto.

e. El *entroncamiento simbólico con el Libertador* que, en el caso del movimiento chavista, resulta obvio: no en vano, el nombre de “República de Venezuela” ha sido sustituido, por disposiciones de la nueva Constitución de 1999, por el de “República Bolivariana de Venezuela”. Chávez ha dicho: “Tengo un nuevo bastón y ese bastón, hermano bolivariano, tiene un significado muy especial, porque tiene la cabeza del cóndor, símbolo de la altura de los retos que tenemos por delante” (*El Nacional*, 2/11/99).

4. FRACTURA DEL DISCURSO DE CHÁVEZ: LA ELOCUENCIA DEL SILENCIO

Concluamos este breve trabajo con el análisis de un momento particular del discurso chavista: las elecciones del 16 de diciembre de 1999, para la aprobación de la nueva Constitución de Venezuela redactada por la Asamblea Constituyente que convocó Chávez. El discurso chavista, investido de todo el poder, había cobrado para la época una nueva forma sintética: *Sí*. Se trataba de un *Sí* que abogaba, en palabras de Chávez, por: “Una Constitución bolivariana para una republicana bolivariana, que le pone un freno mantecaleño, de los buenos, al proyecto neoliberal que aquí llegó pensando que se iba a asentar en Venezuela” (*El Universal* 20/11/99) y que definía al enemigo como *negativo*. Huelga decir que este *Sí* chavista reproducía, lacónicamente, la gesta bolivariana que hemos considerado como programa narrativo de base (3.1) y que, por tanto, admite, en tanto discurso, el mismo análisis actancial: se trata de la representación de una lucha en la cual el sujeto mantiene su avance hacia el objeto de valor (la sociedad justa) en contra de un antisujeto sustancialmente reaccionario (los partidarios del *No*). El *Sí*, además, connota el dinamismo propio del movimiento revolucionario, de la transformación social en curso, y el *No* representa una carga pesada y estática, anclada en el

pasado político de Venezuela. De manera que, en la antesala de las elecciones del 16 de diciembre de 1999, la estructura del discurso político-electoral de Chávez sigue siendo la misma.

El día 15 de diciembre, en la víspera del sufragio, el Presidente se dirige al país en cadena nacional, en una alocución inusualmente corta. Tal como reseña la prensa de ese día (*El Universal* 15/12/99):

[Hugo Chávez] hizo un llamado a esos venezolanos “que han venido absteniéndose” a votar hoy, porque de ello dependerán los próximos 200 años y felicitó a las Fuerzas Armadas por la labor en el Plan República. Apuntó que si por obra de la naturaleza amanece lloviendo, no dejar de acordarse de la frase que dijo Bolívar: “si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

El día 16 de diciembre, en las primeras horas de la mañana, la radio da a conocer los primeros estragos de la tragedia de Vargas: una lluvia ininterrumpida amenaza el desarrollo de las elecciones y viene produciendo decenas de damnificados. Los personeros del Gobierno y el mismo Presidente, desestiman, frente a las cámaras de televisión, la posibilidad de suspender las elecciones.

Y, por primera vez durante la carrera política de Hugo Chávez, su discurso político-electoral entra en un profundo silencio, a pesar de la clara victoria de la opción presidencial que hace previsible la celebración. Testimonios de esa ausencia son las hipótesis que circularon en la opinión pública. De acuerdo con una de ellas, el Presidente se encontraba en la isla venezolana de La Orchila celebrando la victoria comicial junto con el gobernante cubano Fidel Castro. Según otra, Chávez, en un acto temerario, había ido a recorrer la zona de desastre desde tempranas horas de la mañana. Lo cierto es que el discurso chavista, por primera vez, deja de oírse. Y cuando por fin se escucha, Chávez aparece de un tañante apagado del cual, desafortunadamente, no podemos sino citar nuestra experiencia personal como espectadores de la breve cadena nacional, la noche del jueves 17 de diciembre.

5. CONCLUSIONES

Sostenemos que el silencio del discurso chavista se debe a un desequilibrio que proviene de su misma estructura narrativa y que una coyuntura como la provocada por el deslave pone de manifiesto. El deslave de Vargas provoca una suerte de suspensión momentánea de la pertinencia de los discursos

vigentes: "chavistas" y "antichavistas", "patriotas" y "realistas", "revolucionarios" y "punto fijistas" son víctimas, por igual, de un enemigo común: la naturaleza. Y Chávez se enfrenta al reto de tener que sostener su relato a pesar de que "el enemigo histórico", es decir, el antisujeto de su programa narrativo, no puede ser figurativizado, porque corre el riesgo de que él, como emisor, sea identificado con ese enemigo común, despiadado e inhumano. Así, la sustitución de la isotopía política por la isotopía cósmica en el discurso circulante (que sitúa a la naturaleza como "enemiga del venezolano"), deja sin soporte, por primera vez, al discurso político-electoral de Chávez. De aquí sólo puede extraerse una conclusión: que el discurso chavista no es un discurso primario, en el sentido de que él instauro un sujeto narrativo original. Se trata, más bien, de un discurso secundario que se subordina, a un sujeto preexistente. Es preciso, por tanto, reformular el esquema de 3.1 de manera de asignar al antiprograma narrativo su justo valor. Nuestro nuevo esquema sería:

Sujeto: La Oligarquía (El Punto Fijismo) (Las cúpulas corruptas); Objeto: La opresión del Pueblo; La desigualdad; Destinador: La Oligarquía; Destinatario: La Oligarquía; Ayudante: Los Medios de Comunicación (Algunos Intelectuales); Oponente: Chávez, Los Revolucionarios.

Y el programa narrativo correspondiente al discurso de Chávez, sería:

Antisujeto: El Pueblo (=Chávez); Objeto: La sociedad justa (La Democracia Participativa); Antidestinador: El Pueblo Soberano (La Historia) (Dios) (El Libertador Simón Bolívar); Antidestinario: El Pueblo Soberano; Oponente: La Oligarquía; Ayudante: La Fuerza Armada.

Hay que hacer notar, entonces, que el *Sujeto* del discurso de Chávez (un sujeto, en esencia, *vengador*), no puede existir sin que exista previamente el discurso que lo hace posible. Descendiendo al terreno de los ejemplos concretos, lo anterior quiere decir que el discurso chavista toma toda su fuerza de la existencia misma del sujeto que lo precede: la "oligarquía", el "Punto Fijismo", las "cúpulas corruptas". Cuando una catástrofe como el deslave de diciembre de 1999 socava la aceptabilidad social de un discurso presidencial beligerante, el discurso pierde su misma razón de ser y sobreviene el silencio. Estamos ante un discurso que necesita, ontológicamente, del discurso del enemigo. Ese es su inmenso poder, en un terreno abonado por la pasión del resentimiento y, también, su mayor fragilidad: su principal amenaza es quedarse sin contendor y tener que golpear el vacío, una y otra vez, o quedarse en silencio.

NOTAS

1. Chávez declara (*El Universal* 26/3/95): "Yo dije 'por ahora' el objetivo trazado no lo logramos. ¿Cuál es el objetivo? Tener patria, dignidad, un pueblo libre y en democracia. Por eso el 'por ahora' sigue retumbando [...]".
2. Para la semiótica greimasiana "las pasiones no son propiedades exclusivas de los sujetos (o del sujeto), sino propiedades del discurso entero, y que emanan de las estructuras discursivas como consecuencia de un 'estilo semiótico' que puede proyectarse, ya sea sobre los sujetos, ya sea sobre los objetos y su junción" (Greimas y Fontanille 1991: 21).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRITTO GARCÍA, L. (1988) *La máscara del poder*. Caracas: Alfadil.
- FONTANILLE, J. (1989) *Les espaces subjectifs*. París: Hachette.
- GREIMAS, A. J. (1966) *Sémantique structurale: recherche de méthode*. París: Librairie Larousse. Traducción española por Alfredo de la Fuente: *Semántica estructural*. Madrid: Gredos, 1973.
- GREIMAS, A. J. y FONTANILLE, J. (1991) *Sémiotique des passions: des états de choses aux états d'âme*. París: Seuil. Traducción española por Germán Hernández Aguilar y Roberto Flores. México: Siglo XXI.
- KARPMAN, S. B. (1968) "Fairy tales and script drama analysis", *Analysis Bulletin* 25 (VII), 39-43.
- MORTARA GARAVELLI, B. (1988) *Manuale di retorica*. Milán: Bompiani. Traducción española por María José Vega. Madrid: Cátedra, 1991.
- REBILLOU, J. L. (1998) "De la sensibilidad como inteligibilidad" en *Imagens Técnicas* de Ana Claudia de Oliveira e Yvana Fechine (eds.). San Pablo: Hacker.

ABSTRACT

Venezuela's political life has changed a lot during the past few years. Signs of this transformation are the disintegration of the traditional democratic parties, the disassembling of public institutions and five consecutive elections in a period of two years. The promoter and leader of this revolution is Venezuela's President Hugo Chávez Frías, and his more effective weapon has been his political-electoral discourse. This article sustains that the effectiveness of Chávez's discourse springs from the mythical simplicity of his narrative—which can be easily described in the semio-narrative level—and from the passion that permeates the discourse as a whole. The result of accepting Chávez's discourse is to be trapped in a "psychological game". Our main thesis is that Chávez's discourse is born and succeeds by ignoring a preexisting political discourse.

Frank Baiz Quevedo es licenciado en Matemática de la Universidad Central de Venezuela con posgrado en Álgebra de la Universidad de Londres. Ha sido docente de la Escuela de Artes de la Universidad Central y labora como asesor en el canal de televisión RCTV. Imparte la docencia en la Academia de las Ciencias y Artes de la Comunicación Audiovisual, en Caracas. Ha publicado, entre otros, los libros *La ventana imposible* (Caracas: Fundarte, 1993), *Análisis del film y de la construcción dramática* (Caracas: Litteræ, 1997) y *Nuevos instrumentos para la escritura del guión* (Caracas: Cinemateca Nacional, 1998), así como artículos en revistas nacionales e internacionales. E-mail: fbaiz@uol.com.ve

II. PUNTOS DE VISTA



II. PUNTOS DE VISTA



EL ANÁLISIS POLÍTICO DEL DISCURSO: ENTRE LA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA Y LA RETÓRICA

Creo que la retórica va a ser una disciplina decisiva en la reconstitución de las ciencias sociales en la medida en que estas abandonen caa vez más —como ya lo están haciendo— su dependencia de las distintas variantes de un paradigma sustancialista.

De Seattle a Génova, nuevas formas de lucha social están emergiendo en que el internacionalismo de las protestas es la respuesta directa a la globalización del capital.

deSignis: ¿Por qué lo político requiere una concepción ampliada de lo discursivo como campo ontológico de constitución?

Ernesto Laclau: Permíteme aclararte, en primer lugar, un par de puntos acerca del estatus de la categoría de “discurso” en nuestro enfoque. En primer término, por discurso no entendemos sólo el lenguaje, escrito o hablado, sino toda acción portadora de sentido. Esto hace que lo discursivo se yuxtaponga pura y simplemente con lo social. Nuestro enfoque es, en tal sentido, cercano a la noción de “juegos de lenguaje” en Wittgenstein, que incluyen las palabras y las acciones con que las palabras están articuladas. En segundo lugar, los juegos de lenguaje (lo discursivo, en nuestros términos) no son totalidades autosuficientes sino que están constantemente contaminadas por su interacción con otros juegos. Esto significa que toda instancia discursiva se constituye siempre a través de desplazamientos tropológicos.

Respecto de lo político, nuestra posición es que lo político es el momento de institución de lo social, tiene el estatus, si quieres ponerlo en esos términos de una *ontología* de lo social. Esta institución no es, sin embargo, un comienzo absoluto, como las teorías contractualistas lo pensaron; tiene lugar siempre a través de una rearticulación de prácticas sedimentadas. Es, en tal sentido, una institución hegemónica, no fundante. Si esto es así, el momento hegemónico de institución será un momento de desplazamiento, no de una *creatio ex nihilo*. Lo nuevo está presente, sin duda, en todo desplazamiento, pero se tratará de una novedad tropológica —retórica, por tanto—, no de un comienzo radical. Pero si el momento político de la institución requiere movimientos retóricos y estos presuponen el discurso como terreno de operación, está claro que el campo de lo discursivo (en el sentido en que entendemos a este último) es un requisito indispensable para entender lo político.

d: ¿Cuáles son las raíces filosóficas de la noción de “discurso” que ustedes emplean?

EL: De un modo general podríamos decir, como lo he sostenido en otros trabajos, que la historia intelectual del siglo XX se inició con tres ilusiones de inmediatez de acceso “a las cosas mismas”. Esas tres ilusiones fueron el referente, el fenómeno y el signo, y ellas dieron lugar a la filosofía analítica, a la fenomenología y al estructuralismo, respectivamente. Pues bien, la historia de estas tres corrientes es bastante similar: en cierto momento, la ilusión de acceso a lo inmediato se disuelve y la salida de esa crisis teórica es la afirmación de una u otra forma de mediación discursiva. Es lo que ocurre, en el campo de la filosofía analítica, con las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein; en el campo de la fenomenología, con la analítica existencial de Heidegger, y en el campo del estructuralismo con la crítica posestructuralista del signo. En otro orden de cosas, podría decirse que una transición comparable tiene lugar en la epistemología, en el movimiento que lleva del empirismo lógico a Popper, primero, y a Kuhn y Feyerabend más tarde, y en el campo del marxismo con la emergencia del proyecto gramsciano.

Pues bien, nuestra noción de “discurso” se ha alimentado de estas varias tradiciones intelectuales, pero la que ha sido más decisiva en la formación de nuestras categorías ha sido la tradición posestructuralista. En autores tales como Barthes, Lacan y Derrida hay una crítica de la noción saussureana de la correspondencia uno a uno entre significante y significado que ha sido el terreno dentro del cual emergió nuestra perspectiva teórica. La categoría central de nuestro análisis político es la categoría de “hegemonía”, y la lógica en torno a la cual esta categoría se estructura está dada por la noción de “significante vacío”, es decir, de una particularidad que asume la representación de

una universalidad con la que es estrictamente inconmensurable. Esto supone lo que hemos denominado lógicas equivalenciales, que suponen la subversión de la relación significante/significado (la barra que une y a la vez separa a ambos, lo cual, en la terminología lacaniana, obstaculiza y hace a la vez posible el proceso de significación).

d: ¿Qué aspectos del análisis del discurso —concebido en un sentido más operacional— han sido especialmente importantes en el desarrollo de tu enfoque?
EL: Varios. Podría mencionar a la teoría de los performativos y, en un sentido más general, de los actos de lenguaje, a varios aspectos de la articulación entre las dimensiones paradigmática y sintagmática de la lengua —que se vincula estrechamente a la dimensión que hemos establecido entre lógica de la equivalencia y lógica de la diferencia— y a varios aspectos de la semiología. Hay, sin embargo, un enfoque que ha sido crecientemente importante en mi obra reciente y es el análisis retórico.

Como tú sabes, la retórica ha sido importante en varios autores contemporáneos de cuya obra me siento cercano —por ejemplo, Derrida, Gérard Genette o Paul de Man. En el caso de estos dos últimos ha habido un privilegio estructural acordado a la metonimia sobre la metáfora (y, en De Man, una crítica a la centralidad del símbolo en la tradición romántica). Y Derrida ha explorado las potencialidades de la catacrexis para el análisis teórico-lingüístico.

Pues bien, ambos énfasis coinciden con aspectos muy centrales a mi enfoque. En *Hegemonía y estrategia socialista*, por ejemplo, hemos afirmado que la hegemonía es esencialmente metonímica, en la medida en que la articulación hegemónica supone relaciones contingentes de contigüidad que no se fundan en ninguna analogía esencial. Claro está que toda metonimia contingente intenta, en el caso de la relación hegemónica, hacer ese lazo lo más estable posible —tiende, en tal medida, a esencializarlo— y así lo que inicialmente fue una metonimia tiende a tornarse una metáfora. Pero, en todo caso, esa instancia metonímica inicial es crucial para poder describir una relación como hegemónica. En lo que se refiere a la catacrexis, su rasgo distintivo es que es un término figural al cual no corresponde ninguno concebible en términos de literalidad (hablar, por ejemplo, de las “alas de un edificio” implica un desplazamiento retórico, pero no hay ningún término literal que pudiera reemplazarlo). Por eso he sostenido, siguiendo en parte a toda una corriente de la retórica moderna, que la catacrexis no es, estrictamente hablando, una figura retórica específica ya que podemos hablar (tal como Fontanier lo hace) de catacrexis, de metáfora, de metonimia, de sinécdoque, etc. Esto es muy importante en mi análisis por cuanto, si se pone —como creo que hay que hacer—

lo— en cuestión la distinción entre lo literal y lo figural, la catacrexis pasa a ser una dimensión constitutiva de todo lenguaje. Esto significa, volviendo al análisis político, que toda relación social es, *en la última instancia*, hegemónica. De un modo más general, creo que la retórica va a ser una disciplina decisiva en la reconstitución de las ciencias sociales en la medida en que estas abandonen cada vez más —como ya lo están haciendo— su dependencia de las distintas variantes de un paradigma sustancialista. Si esto no es aún enteramente visible hoy en día, es por la persistencia de un prejuicio —anclado en la ontología clásica— según el cual la retórica afecta tan sólo la superficie del lenguaje, que es tan sólo el “adorno” de una realidad que se constituye al margen de lo figural. Pero si lo figural, por el contrario, es considerado como constitutivo de lo discursivo, y el discurso es visto como el terreno mismo de constitución de lo social, ya no es posible marginalizar a la retórica del modo que se lo ha hecho hasta el presente.

d: Volvamos por un momento a tu noción de la realidad social como discursiva. ¿Cómo se relaciona este enfoque con la idea derridiana de que no hay nada fuera del texto? ¿Y qué relación mantiene ello con la afirmación —que se encuentra en tus trabajos— de que la sociedad no existe?

EL: Yo no tengo ningún desacuerdo con la noción derridiana de que no hay *hors texte*. Esto coincide, aproximadamente, con mi noción de discurso a la que tú haces referencia. Lo único que añadiría es que los discursos no son espacios saturados, es decir, que están penetrados por límites, por aporías, que no son representables dentro de su espacio simbólico. La distinción lacaniana entre lo “simbólico” y lo “real” es claramente pertinente a este respecto. Lo real implica un límite a la representación, límite que, sin embargo, requiere ser representado, pero sólo consigue hacerlo —dado que no hay un objeto positivo que pudiera manifestarse de un modo *directo* a través del lenguaje— a través de la distorsión de los medios de representación. Con esto estamos nuevamente en el campo de lo figural, de lo retórico, al que nos refiriéramos antes. Creo que esto también aclara en qué sentido la sociedad no existe: puesto que los límites de la representación —que son también los límites de la estructuración de lo social— son constitutivos, no hay un objeto —sociedad— que pueda ser aprehendido de modo inequívoco. Hay sólo lógicas estructurantes y desestructurantes que se subvierten mutuamente y que no confluyen en ningún punto de articulación que pudiera hacerlos acceder a la positividad de un objeto.

En lo que se refiere a esta cuestión de los límites de la representación —y, por lo tanto, de la objetividad de lo social— mi posición ha variado en los últimos años. En *Hegemonía y estrategia socialista* identificamos este punto de subver-

sión constitutiva de lo social con la noción de antagonismo: los antagonismos sociales no serían relaciones objetivas sino relaciones en las que se mostrarían los límites de toda objetividad. Es por eso que nuestro análisis tuvo gran éxito en los círculos lacanianos: ellos vieron en nuestra categoría de antagonismo una especie de redescubrimiento de la noción lacaniana de lo real. Si bien no estoy enteramente en desacuerdo con esta lectura, en años recientes me ha parecido un poco limitada: ya no veo al antagonismo social como el límite constitutivo de lo social sino como un intento de dominar discursivamente ese límite. Construir a alguien como a un enemigo es, de alguna manera, simbolizarlo; puede ser visto como un intento de lo simbólico de domesticar a lo social. Por eso en mis trabajos más recientes he intentado referir la idea de un límite constitutivo de lo social a la noción de *dislocación*, respecto de la cual el antagonismo sería simplemente una estrategia de control discursivo.

d: ¿Cuál sería la relación entre tu teoría de la hegemonía y el campo de los estudios culturales, que se han expandido tanto en el mundo anglosajón en los últimos treinta años?

EL: Digamos, en primer término, que se trata de desarrollos paralelos sin que exista ningún tipo de filiación específica. Los estudios culturales, tal como se iniciaron en la tradición liderada por Stuart Hall, y continuada por estudiosos como Larry Grossberg, comparten con mi enfoque ciertos puntos comunes, tales las referencias a Althusser y a Gramsci. Ellos han sido indudablemente influidos por mis trabajos —desde la publicación, en 1977, de *Política e ideología en la teoría marxista*— y yo a mi vez he encontrado en sus análisis históricos y sociales una rica fuente de inspiración empírica. Pero está lejos de tratarse de una tradición unificada. La teoría del discurso tal como la hemos desarrollado en nuestros trabajos es ajena a la corriente de los estudios culturales, que nunca la ha aceptado enteramente, si bien las diferencias se han ido reduciendo a este respecto, con el paso del tiempo. Por otro lado, la referencia psicoanalítica, que es fundamental en mis trabajos, está totalmente ausente en la obra de Hall y sus discípulos. El punto en que las convergencias y los entrecruzamientos han sido particularmente importantes y fructíferos es en el análisis político. Los estudios de Hall sobre el *thatcherismo*, por ejemplo, son de una gran importancia y mis desacuerdos con ellos son prácticamente inexistentes.

d: Pasando, entonces, al campo político: ¿cómo ves todo el movimiento contemporáneo de constituir políticas identitarias a partir de la fragmentación multicultural?

EL: Mi posición al respecto es un tanto ambivalente. Por un lado, todo mi en-

foque va en la dirección de ver en la fragmentación multicultural un avance respecto de los sujetos homogéneos, clasistas, con los que operaba la izquierda clásica. A partir de *Hegemonía y estrategia socialista* hemos insistido en que hay una pluralidad de posiciones de sujeto —raciales, sexuales, institucionales, etc.— que son la sede de una pluralidad de antagonismos y, por consiguiente, de otras tantas reivindicaciones. La construcción de una hegemonía democrática debe ser concebida, en nuestra opinión, a partir de la construcción de cadenas de equivalencia entre esta pluralidad de reivindicaciones. En tal sentido, hay en nuestra perspectiva el reconocimiento de una heterogeneidad constitutiva de los sujetos políticos que es inasimilable a la noción de sujeto emancipatorio del marxismo, que era el resultado de una proletarianización derivada de la creciente simplificación de la estructura social bajo el capitalismo. La ambivalencia está dada por la siguiente consideración. Precisamente porque los sujetos sociales son heterogéneos, no hay ninguna garantía a priori de que sus demandas se articularán en una cadena de equivalencias democráticas; pueden, por el contrario, moverse en cualquier dirección, incluso en una dirección autoritaria. El desarrollo de un populismo de extrema derecha en la Europa contemporánea es un claro testimonio de ello. Esto significa una contingencia radical que da toda su significación al carácter constitutivo de la estrategia hegemónica en la construcción de lo político; simplemente no hay garantías de que el proceso histórico habrá de moverse en una dirección u otra.

Hoy en día ciertas voces —por ejemplo la de Slavoj Žižek— ven en esta pluralización de las posiciones de sujeto los peligros a los que acabamos de apuntar, pero reaccionan frente a ellos con una pretendida vuelta a los sujetos clasistas del marxismo clásico. Esta reacción es enteramente fútil. La clase obrera en el sentido clásico es un sector declinante en todas las sociedades occidentales, y nunca ocupó un puesto central en las de la periferia capitalista. Negar los hechos es perder el tiempo. El problema político de la izquierda contemporánea es cómo construir estrategias políticas viables a partir de una heterogeneidad constitutiva que es el terreno en el que las luchas sociales de nuestro tiempo tienen lugar.

d: ¿Podrías generalizar tu análisis a los problemas actuales que la globalización y el apogeo del neoliberalismo plantean a las luchas sociales?

EL: Sin duda. He insistido antes en la centralidad de la categoría de dislocación. Pues bien, los procesos de globalización pueden ser vistos en términos de una generalización de las dislocaciones estructurales a nivel planetario. Vivimos en sociedades en las que los límites naturales —y esos otros límites cuasi naturales que están dados por la organización tradicional de las sociedades—

retroceden rápidamente. La técnica nos hace cada vez más dueños de nuestro propio entorno y de nuestra propia historia pero, paradójicamente, ese nosotros que es dueño de su entorno y su historia no es una entidad social coherente sino que está profundamente dividido y alienado, de modo tal que su propia capacidad de control es la fuente de dislocaciones y antagonismos cada vez más profundos.

Los efectos de un dominio técnico cada vez más independiente de todo control social están a la vista: la proliferación de puntos antagónicos de ruptura frente a los cuales los mecanismos tradicionales de integración social se revelan como impotentes. De Seattle a Génova, nuevas formas de lucha social están emergiendo en que el internacionalismo de las protestas es la repuesta directa a la globalización del capital. La creación de formas alternativas de control social es el objetivo central de las luchas anticapitalistas contemporáneas.

Entrevista realizada en Londres por Guillermo Olivera

Ernesto Laclau es *Professor* de Teoría Política en la Universidad de Essex (Inglaterra) donde dirige el Programa Doctoral en *Ideología y Análisis de Discurso*. Su producción intelectual ha tenido gran influencia en el mundo anglosajón desde la segunda mitad de los años setenta en los campos del marxismo, la teoría política y los estudios culturales. Ha publicado *Política e ideología en la teoría marxista* (1977), *Hegemonía y estrategia socialista* (1985, en colaboración con Chantal Mouffe), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), *The Making of Political Identities* (1994), *Emancipación y diferencia* (1996) y *Contingency, Hegemony, Universality* (2000, en colaboración con J. Butler y S. Žižek). En marzo de 2002 aparecerá su próximo libro, *The Populist Reason*. E-mail: noreen@essex.ac.uk

Guillermo Olivera es licenciado en Comunicación Social, magister en Sociosemiótica y está realizando un doctorado en Teoría Crítica y Estudios Culturales en la Universidad de Nottingham, Inglaterra. Es profesor adjunto por concurso de Semiótica (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) y docente en el Departamento de Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad de Nottingham. Investiga en los campos de la semiótica, el análisis del discurso y la crítica cultural. E-mail: asxgeo@nottingham.ac.uk

El discurso político es un tipo de discurso que se caracteriza por su finalidad de persuadir y su carácter de mediación. En este sentido, el discurso político es un tipo de discurso que se caracteriza por su finalidad de persuadir y su carácter de mediación. En este sentido, el discurso político es un tipo de discurso que se caracteriza por su finalidad de persuadir y su carácter de mediación.

MEDIATIZACIÓN DE LA POLÍTICA: DISCURSOS EN CONFLICTO, CRUCES Y DISTINCIONES

El discurso político es un tipo de discurso que se caracteriza por su finalidad de persuadir y su carácter de mediación. En este sentido, el discurso político es un tipo de discurso que se caracteriza por su finalidad de persuadir y su carácter de mediación. En este sentido, el discurso político es un tipo de discurso que se caracteriza por su finalidad de persuadir y su carácter de mediación.

Si el discurso político fuera asimilable a un discurso de persuasión, todo andaría muy bien. Pero todo anda muy mal, lo cual ináica que ahí hay un problema. La hipótesis de identidad en términos de condiciones estructurales y estratégicas entre discurso de persuasión y discurso político no me permite comprender esa perturbación.

Eliseo Verón

deSignis: En su artículo "De la imagen semiológica a las discursividades", usted marca el contraste entre aquellas grandes promesas que planteaba la semiología en algunos artículos, como por ejemplo "Retórica de la imagen", que anunciaban la formulación de una "gramática" general y terminaban proponiendo un análisis de una publicidad concreta. Esto implicaría que el trabajo semiótico debería pasar necesariamente por el análisis de un objeto inscripto en la circulación social. ¿Cómo ve la disciplina hoy en función de ese problema?

Eliseo Verón: A mí me parece que la primera crisis de la semiótica fue muy rápida. Transcurrió en esa primera época que cubre los años sesenta y setenta, en Francia —"Elementos de semiología" de Barthes es del '62— y consistió en que la semiología nunca se instaló institucionalmente, nunca consiguió legitimarse. Esa primera crisis era muy local, pero seguramente debe haber hecho que la difusión internacional que empezó entonces también fuera un

poco especial. El primer congreso internacional fue en el '74 en Milán. Estaban Lacan, Barthes, Jakobson, estaban todos, pero eso se dio sobre la base de algo que no había prendido mucho en Francia.

El estructuralismo, en cambio, se instaló muy bien porque venía de una disciplina tradicional como la antropología que estaba ya inscripta en el mundo universitario. La semiología no estaba inscripta en absoluto. También hubo problemas puramente circunstanciales: ninguno de los primeros protagonistas —sobre todo Barthes, que era la figura clave— estaba inclinado a constituir un equipo de trabajo, una escuela. Aunque algunos sí se inclinaron a formar equipos, como por ejemplo Metz.

Yo diría que después la semiología se estabilizó. Mi impresión es que hacia fines de los '90 la semiología estaba "de moda" nuevamente, que había una especie de regreso.

d: Paolo Fabbri señala que en muchos casos en esta disciplina hay un problema de falta de eslabones entre lo teórico, lo metodológico, lo epistemológico.

EV: Lo que yo pienso es que dentro de la tradición europea —Francia, Italia, Inglaterra— hay una gran inclinación a construir disciplinas y creo que eso dificultó las cosas. Es una tendencia muy fuerte en Francia, donde, por ejemplo, si una disciplina no tiene un número en el CNRS no tiene fondos de investigación, no puede financiar tesis, en síntesis, no existe. Desde ese punto de vista la semiología fracasó. Las Ciencias de la Comunicación consiguieron un número en el CNRS, y les fue mejor. Todo el mundo las llama "la sección 71". La semiología nunca tuvo sección. En resumen, con respecto a la semiología creo que: primero, no consiguió terminar de existir; segundo, no va a existir, y tercero, a mí me parece muy bien que así sea.

El estilo de los norteamericanos es diferente. Si pensamos como ejemplo a Goodman, observamos que su preocupación son los sistemas de signos relacionados con la estética en el marco de la teoría del arte. Ha hecho un trabajo extraordinario y no se preocupó por ponerle ninguna denominación. ¿Qué importa si es semiótica o lo que fuere?

d: Con las preguntas anteriores apuntábamos también a esa transformación de la semiología, que empezó con paradigmas muy fuertes —sobre todo durante el primer fervor estructuralista— y ahora ha tomado un camino, una tendencia mucho más evanescente de tomar distintos paradigmas.

EV: Yo creo que ahora tiene interés porque es un cruce de elementos. Hay un cruce entre ciencias de la comunicación, semiótica, etc., comparable con otro cruce seguramente más importante desde su poder institucional como son las ciencias cognitivas.

Lo que está en juego hoy no son las disciplinas, son los cruzamientos. Eso es lo importante y la semiótica sigue siendo un cruzamiento. Por esta razón se la puede valorar por otras razones que aquellas por las que se la quería constituir en disciplina. Se ha estabilizado una tendencia que va hacia una semiótica que es sociológica. Esto se puede observar por ejemplo en los trabajos realizados en Brasil, que es un campo más estable, pero también estuvo desde el principio en la vocación de la Asociación Argentina de Semiótica. Hoy la idea de una semiótica social es un lugar común. ¿Quién podría no estar de acuerdo en ubicarla como una ciencia social? Desde Fabbri hasta Eco, todo el mundo está de acuerdo. Pero en la época de "Análisis estructural del relato", si uno decía eso en Europa, lo miraban como si estuviera loco. No fue el caso de América latina, porque desde un principio y de manera muy natural los latinoamericanos se han ocupado del cine o de la historieta. En Europa no era así, para nada; hoy nadie discute que la semiótica se ocupe de los discursos sociales —se llamen como se llamen— pero en los años setenta y ochenta no era para nada evidente.

d: Este número de *deSignis* está dedicado al discurso político ¿Cree que se puede hacer más o menos el mismo dictamen del desarrollo de la semiótica sobre el análisis del discurso político? ¿Lo ve muy pegado a la historia de la semiótica o es un recorrido más independiente?

EV: En los '60 y los '70 el análisis de discurso político se vinculó firmemente a la tradición lingüística, que no tenía nada que ver con la semiótica. Por el contrario eran perspectivas que polemizaban acerca del lenguaje. Pêcheux y demás dedicaron varios números de la revista *Langages* al análisis del discurso político. Pero era una problemática del discurso escrito, premediático. Trabajaban sobre discurso político escrito, con una pretensión de formalización bastante fuerte y con una carga lingüística importante.

En algún momento, entran en juego las ciencias de la comunicación y empezaron a mezclarse varias cosas. Y en un tiempo más reciente, en los años ochenta, irrumpió la problemática televisiva. Se empezó a trabajar sobre soportes más específicos. Obviamente, fue un cambio acompañado por una transformación profunda del discurso político, que empezó a ser un discurso televisivo. Era evidente que la problemática conceptual estaba influida por lo que estaba pasando en la sociedad.

d: ¿Cómo fue su trayecto personal en ese campo de problemas?

EV: Yo empecé trabajando con el discurso de la información, con la prensa gráfica, y después, cuando me interesé en el discurso político, fue ya directamente en el discurso político en televisión. El primer trabajo más o menos

sistemático que hice fue sobre la campaña presidencial de 1981 en Francia. Trabajé con una enorme masa de material, que era muy difícil de manejar. El discurso no era solamente televisivo pero el centro estaba ahí porque la de 1981 fue la primera campaña propiamente televisiva. Ese año marcó la entrada de la problemática televisiva dentro del mismo campo político, no sólo en los estudios académicos. Fue un año de modernización del campo político en relación con los medios. En ese marco fui empezando a trabajar de un modo más específico sobre la TV. Ya había hecho algo antes sobre el noticiario...

d: ¿Cómo ve usted el modelo de formalización para el análisis del discurso político que usted propone en "La palabra adversativa" en el discurso político actual? ¿Cree que estas categorías son pertinentes a pesar de las mutaciones que ha sufrido el género?

EV: Sí, yo creo que sí, salvo que hoy es probable que la figura de los destinatarios tenga menos peso que el que tenía en otra época. El campo de la ciudadanía ha tomado distancia creciente del sistema político. "La palabra adversativa" fue una parte del trabajo que mencionaba antes sobre la campaña presidencial del '81.

d: En este momento, la crisis del objeto hace que algunas categorías sigan siendo visibles y otras sean más difusas. Parecería que el discurso político de hoy es un objeto más difícil de formalizar...

EV: Sí, lo que pasa es que no me parece un problema, en la medida en que, si ese modelo formaliza correctamente una época, después la transformación de la situación puede ser modelizada como transformación de ese modelo.

d: Pero la transformación del modelo que usted sugiere ¿se trata de un cambio superficial o de un cambio de orden más paradigmático, más estructural?

EV: A mí me parece que la situación actual se puede pensar como una confusión creciente entre esas posiciones. Decir que hay que pensar otro modelo sería de alguna manera renunciar a la especificidad del discurso político, algo a lo que personalmente no renuncio. Pero hay quienes dicen que el discurso político no tiene especificidad sino que es una especie más de un discurso de persuasión destinado a un mercado. Yo no estoy de acuerdo, pero se puede defender esa posición. Toda la discusión sobre el marketing político tiene que ver con eso. Los "marketineros" dicen que no hay contradestinatarios. Trasladan el modelo de la publicidad y la publicidad no tiene enemigos.

d: Hay un supuesto que recorre esta polémica acerca de la relación entre publicidad y política, que circula en los medios de una manera un poco banal y

que parece pasar por una especie de "pacto de verdad" que hace al discurso político y que hace difícil asimilarlo a la publicidad comercial. ¿Cómo se sitúa usted frente a ese debate?

EV: Esto tiene que ver con lo que decíamos antes acerca de la validez del modelo. Creo que nadie puede negar que el discurso político está en un estado de perturbación importante. La publicidad no está en un estado de perturbación. Esa perturbación tiene que ser explicada. Yo la explico diciendo que la evolución histórica de la relación de la política con el mercado hace que haya un cortocircuito entre lógicas diferentes. Porque, si naturalmente el discurso político fuera asimilable a un discurso de persuasión, todo andaría muy bien. Pero todo anda muy mal, lo cual indica que ahí hay un problema. Eso sería una prueba de que efectivamente, en términos estructurales e históricos —no por una cuestión de naturaleza intrínseca— la democracia se constituyó de una manera diferente de otras esferas. Si eso ya se terminó o no, es una discusión que se puede dar. Pero de hecho, hay una fuerte perturbación en ese campo y la hipótesis de identidad en términos de condiciones estructurales y estratégicas entre discurso de persuasión y discurso político no me permite comprender esa perturbación.

d: ¿Por dónde pasaría esa perturbación?

EV: El marketing consiste en negar esa distancia de los destinatarios; entonces, el voto es un producto, el candidato es un producto. Es un tema muy viejo que refleja más una negociación interprofesional que otra cosa. En todos los países se dio este problema: un período de fuerte perturbación y de grandes fracasos, pero después el debate se estabilizó y yo creo que hay un cierto reconocimiento de la especificidad del discurso político, sobre todo en Europa.

Para el consultor es un mercado y entonces, obviamente, tiene que demostrar que lo que él hace lo sabe hacer y tiene que ver con eso. Es un fenómeno histórico que hay que tratar de entender; las cosas se van desarrollando y yo creo que los actores sociales van aprendiendo. Ha habido momentos clave. En la Argentina yo creo que esta última elección ha sido muy importante en ese sentido. En Francia también se dieron situaciones que marcaron cierta manera de ver las cosas. Recuerdo, por ejemplo, un debate entre Jacques Chirac, que no era todavía presidente, y Laurent Fabius, que era primer ministro. A Fabius, dentro de lo que es una lógica marketinera, le fue muy mal, un desastre y se habló mucho de eso. Fue un momento muy claro de fracaso de un cierto modo de encarar las cosas. En cada lugar hubo episodios de ese tipo. De todas maneras, en cierto modo, es lógico que las cosas hayan ocurrido así ya que dentro del campo de la semiótica y de las ciencias de la comunicación

la única disciplina “seria” es el marketing: es la única que puede estimar una situación, que puede hacer predicciones, que puede aplicar reglas para el mercado de consumo. Entonces, es lógico que cuando un método que ha probado su eficacia en un campo tan específico y desde hace mucho tiempo viene al mercado político, todo el mundo se precipite ahí. Uno puede entender que haya ocurrido así, pero al mismo tiempo hay que decir que hay un error de base en esa historia. Pero esas cosas se aprenden. Los políticos y los periodistas han aprendido muchísimas cosas.

d: Ahora, si pensamos en esta perturbación del discurso político desde las categorías que usted propone en *La semiosis social*, ¿qué factores tendrían que ver con el polo de lo ideológico, es decir con las condiciones sociales de producción del discurso político?; ¿cuáles con el polo del poder, es decir, con una crisis de la interpelación?

EV: Sin llegar a formular una teoría sobre la crisis general del sistema político, podemos encontrar varios factores. No es tanto una cuestión de causalidad sino la acción de factores que se van reforzando mutuamente. En primer lugar, interviene en este proceso el comportamiento de los medios. Sin duda, esa crisis fue profundamente acelerada por esto que hemos llamado “la mediatización”, que exacerbó las contradicciones. Yo creo que la semiótica tiene todos los instrumentos para describir esa crisis. Está lejos de ser un problema específicamente político. Se ponen en juego factores de mil formas distintas y que se traducen en el sistema político, pero esos factores tiene que ver con procesos como la evolución del mercado, la evolución de los medios, con el individualismo como fenómeno cultural. Se conecta todo.

d: ¿Qué sucede en este marco con la relación entre el discurso político y el discurso económico? Hace algunos años usted caracterizó al discurso tecnocrático. ¿Está vigente este modelo discursivo para describir ese vínculo hoy? Esta pregunta apunta a que en la actualidad llaman la atención algunos rasgos del discurso económico no tecnocráticos como la aparición de caracterizaciones emocionales aplicadas los mercados, que “se ponen nerviosos”, “se irritan”, “reaccionan”. Parece haberse perdido la pretensión de cientificidad del discurso tecnocrático.

EV: En un momento la economía apareció como un discurso “científico”, como independiente de los procesos de construcción de identidades del sistema político. Hoy en día la gente se empieza a dar cuenta de que la economía tiene mucho de psicología: que solucionar una crisis es poner a un señor que inspira confianza, o que uno pronuncia una frase y se cae el mercado. La evolución consiste en que hoy se ponen en evidencia las condiciones de produc-

ción de los discursos. Intuitivamente, todo el mundo entiende lo que es una estrategia enunciativa. Nadie lo va a decir así pero hay conciencia creciente de los factores que determinan la comunicación.

d: ¿Esta puesta en evidencia de la construcción enunciativa altera la credibilidad del discurso político de manera similar a como usted analizaba, en la ceremonia del Panteón, cuando Mitterrand fue a depositar una rosa?

EV: Sí, es un factor fundamental. Yo creo que la crisis de la que hablamos es un problema de visibilidad creciente, pero no olvidemos que tiene que ver con los medios. Yo creo que esencialmente es una cuestión de condiciones de construcción de los colectivos sociales y los medios están en el centro del problema. Con Internet eso se va a volver infernal porque Internet pone en evidencia la cuestión de los colectivos, que es para mí el tema político central: en nombre de quién se habla.

d: ¿Se trata de una crisis de los colectivos en el plano discursivo o es que en la sociedad han desaparecido estos grupos de sujetos vinculados en torno a identidades? En un viejo artículo, Alain Touraine ya mencionaba la desaparición de las categorías de “nación” y “clase” y que el discurso político estaba buscando otras vías de construcción de la identidad.

EV: Los colectivos de identidad son siempre discursivos, no cabe otra posibilidad, pero no son los únicos. En mi último libro* yo digo algo sobre eso. Es una discusión que me enfrenta, por ejemplo, con Dominique Wolton. Mi postura es que la democracia no es un fenómeno comunicativo y los colectivos de la democracia son colectivos formales, no de comunicación, son “decretos de la ley divina”. Esto va en el sentido de los trabajos de Claude Lefort, yo estoy totalmente de acuerdo con él. Los colectivos formales son decretos y no hay que confundirlos con los comunicacionales. Uno no puede confundir los colectivos de consumidor con los de ciudadano porque los colectivos de ciudadano son colectivos postulados, no empíricos. Somos iguales por postulación no porque lo seamos y, como esta sociedad está produciendo gente cada vez más distinta, es un lío.

d: La categoría de Wolton “el gran público” tiene que ver con esta confusión.

EV: Es un aspecto secundario del problema, pero tiene que ver con él. En algunos países hubo una coincidencia histórica entre ciudadanos y consumidores—sobre todo cuando había televisión de Estado—pero eso se terminó; la televisión lo desterró definitivamente. No es haciendo una televisión general,

* *El cuerpo de las imágenes*. Buenos Aires: Norma, 2001.

para todos, de Estado, como se va a fortalecer la democracia. Para mí, la crisis tiene que ver con eso: nadie sabe dónde se construyen los colectivos.

d: ¿También incide el proceso de globalización en esta confusión?

EV: Claro, sí, porque se proponen colectivos en todas direcciones.

d: ¿Y con Internet aparece un especie de colectivo independizado de las categorías espacio-temporales?

EV: A mí me da la sensación de que Internet contiene la utopía de que se puede comunicar sin colectivos. Y eso me parece maravilloso porque finalmente va a quedar claro que no es así. Internet está en el centro del problema porque se basa en la utopía de una comunicación planetaria en la que yo existo sólo como individuo.

d: De alguna manera, ya hay segmentaciones entre los destinatarios de Internet: la segmentación generacional o los distintos usos de la red están empezando a recortarse.

EV: Pero la cuestión es cómo intervienen distintos tipos de dimensiones en esa segmentación de los colectivos. En general, la dimensión dominante hoy es la del mercado, incluso los colectivos que se dibujan hoy en Internet son colectivos comerciales. En la globalización ocurre lo mismo. Pero —volviendo al tema anterior— no vamos a tener una civilización planetaria por cuestiones de consumo, pero puede ser que la tengamos por la intervención de un decreto. Eso los europeos lo entendieron bien: la Comunidad Europea se creó por “decreto de Dios”. Si usted espera que la gente se entienda, se comprenda y sean parecidos, no lo va a lograr nunca.

d: ¿Qué entiende usted exactamente por “decreto”? ¿Un acto de voluntad?

EV: Un postulado. La Comunidad Europea existe porque yo, hoy, decido que exista. A partir de este momento en que yo digo que existe, existe. Es la más perfecta profecía autorrealizada. La democracia existe porque se decidió que exista. Eso no es un acto de comunicación, en el sentido corriente del término. Es un postulado. La sociedad funciona porque se postulan cosas, no porque se comunican cosas. Yo creo que a nivel político eso es así. Si va a existir una comunidad planetaria y global no se va a hacer por suma de mercados. Al contrario. Volviendo al ejemplo anterior: ¿cómo se crea la Comunidad Económica Europea? Se decidió que existiera mucho antes de que las condiciones estuvieran dadas para su creación. La democracia nació así; era una absoluta locura decir que éramos todos iguales, en los Estados Unidos, a fines del XVIII. Era un delirio. Esas cosas se hacen así. Yo los llamo “colectivos formales” y sólo pueden ser formales. Entonces, la cuestión es que la gente no

vive sólo de colectivos formales. Yo creo que esa es la razón por la cual la democracia puede crear sociedades en las cuales la gente es cada vez más diferente, como por ejemplo Europa, que hoy es una comunidad multirracial. Después, en el marco de esa formalidad se generan las cosas que uno quiere. Pero no es en términos de colectivos asociados al mercado, a una categoría comunicacional de consumo —clásico de marketing—, como se definen los colectivos políticos. No es que los partidarios del mismo señor sean iguales entre sí como los que compran la misma gaseosa.

d: Ahora bien, ¿estos colectivos formales, “por decreto”, no entran en zonas de conflicto, de ataque, de polémica, no se desplazan hacia zonas comunicativas?

EV: Sí, está bien. La teoría de la democracia es eso. La teoría de la democracia dice: haga esto por decreto y va a poder controlar el conflicto, va a generar nuevos, pero la vida es así. Esa es la teoría. Parece que no es perfecta pero es la mejor. Su cualidad deriva del carácter formal, pero ese carácter formal tiende a olvidarse. “Somos ciudadanos porque compartimos los mismos valores”. No es así. No es por eso. Pero esa confusión está siempre presente.

d: En los medios...

EV: Los medios no conocen otra cosa que eso, los medios construyen colectivos que los definen. El diario *Clarín* construye un colectivo: toda la gente que lee el diario.

d: Pero, además, presentan la política desde esa confusión.

EV: Claro, lo que pasa es que históricamente, durante mucho tiempo, circularon colectivos no formales pero que no eran los del mercado. Estaban agrupados en torno a valores, como por ejemplo los colectivos partidarios. Y esos son lo que hoy —como todo el mundo dice— está desapareciendo. Hoy nadie sabe cómo construir estos colectivos no formales, que componían el campo formal de la democracia, porque es seguro que se construyen en una forma diferente de como lo hacían antes. Entonces se toma el ejemplo del mercado y se construyen así.

d: Volviendo un poco al tema de los medios. En la Argentina hubo un desplazamiento de la política, si uno compara con los años ochenta, cuando lo político tuvo un espacio bastante central en la pantalla, que superaba incluso a los discursos específicamente televisivos y se cruzaba con otros géneros. Hoy ha habido un corrimiento a un lugar bastante marginal.

EV: Eso ocurrió en todas partes del mundo. En los países centrales es lo mismo. La proporción de indecisos y de desinteresados es muy alta. Los perio-

distas se lamentan porque lo que constituía el núcleo de un buen diario —política, economía, internacionales— no tiene tanto interés.

d: También este cambio se observa en muchos noticiarios. En algunos canales los noticiarios vespertinos han desaparecido y en otros la organización interna ha cambiado.

EV: Yo creo que eso viene de un poco más lejos. En la Argentina hay un problema que viene de un fenómeno de retardo por la dictadura militar, durante la cual la Argentina quedó cortada del mundo y en los primeros años de la democracia hubo un intento de tratar de ganar el tiempo perdido desesperadamente. Por ejemplo, en el '37 yo volvía al país desde Europa y los noticiarios me asombraron: eran muy raros para alguien que venía de afuera. Por ejemplo, el noticiario de un horario central nocturno tenía una sección en la cual regalaban perritos. Eso en el '87. Los cortes temáticos eran terribles, ya en esa época. Esto fue sin duda por razones históricas: ciertas tendencias mundiales se exacerbaban, no se fue atravesando una serie de etapas, fue una explosión que provocó que todo se presentara al mismo tiempo y más exagerado.

d: ¿Cómo observa usted esa transformación en el plano del régimen de verdad, en el contrato de verdad entre los medios y su público? Por ejemplo en la televisión, ¿hay una redefinición de la manera de construir la realidad de la televisión frente a la gente?

EV: Lo que pasa es que la diferencia entre las condiciones de la palabra política y la palabra de los medios ha cambiado pero de diferente manera. Los conductores generan cierta confianza pero por razones muy diferentes de las que la generaban hace veinte años. El problema con el discurso político —a diferencia del de los medios— es que hay una contradicción porque han desaparecido las normas anteriores y no surgen nuevas. ¿Por qué el discurso publicitario es un discurso legítimo? Nadie lo objeta, porque es un discurso que se presenta como un discurso falso. Todos los saben y a nadie le molesta. El político no puede hacer esto. ¿Cómo se va a presentar diciendo: “en realidad les estoy diciendo esto pero lo que quiero es otra cosa, y ustedes lo saben”? No se puede hacer eso. Por ahora, el político sigue estando obligado a decir que habla sinceramente. Uno puede decir: “todo el mundo sabe que no”, pero hasta el momento tiene que usar ciertas formas de la verosimilitud. Tiene que admitir que cree en lo que está diciendo. ¿Qué conductor de la televisión necesita hacer eso? Ninguno, la cosa no pasa por ahí.

d: ¿En qué está trabajando ahora?

EV: Bueno, a nivel institucional, estoy dirigiendo la Maestría de Comunica-

ción en la Universidad de San Andrés. Es un proyecto nuevo que está en el centro de todas estas cuestiones, y por otro lado estoy escribiendo. Estuve tratando de volver accesibles una serie de trabajos que estaban en francés; pronto va a salir un nuevo conjunto de textos en Gedisa. Por otra parte, estoy trabajando en *Efectos de Agenda II*, que está casi terminado, y ahora creo que voy a hacer un libro sobre los *reality shows*.

d: Existe un debate acerca de si se trata de una moda o es algo más profundo...

EV: Si tomamos en cuenta la cobertura internacional del fenómeno, creo que no es una moda. Mi hipótesis es que es el síntoma de un nuevo período. El impacto de esto es enorme en países tan distintos como Dinamarca, Estados Unidos y la Argentina o Brasil. Hay que pensar qué está pasando. Yo pienso que es algo nuevo y creo entender por qué.

d: El semiólogo italiano Roberto Grandi hablaba de un “pacto de hospitalidad” de la neotelevisión, que pasaba por la utilización de un lenguaje o una escenografía más cercana a los televidentes. De alguna manera, lo de los *reality shows* podría pensarse como una especie de nuevo pacto de hospitalidad, bastante raro.

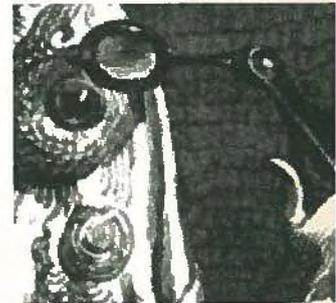
EV: Yo estoy tratando de trabajar en eso. Es complicado: en cierto punto se parece a Internet, tiene cosas totalmente clásicas, que no son ninguna novedad. Y cosas nuevas que, seguramente, son aquellas de las que la gente menos habla.

Entrevista realizada en Buenos Aires por María Elena Qués y Cecilia Sagol

Eliseo Verón ha sido uno de los pioneros de la semiótica internacional y latinoamericana. Ha publicado numerosos trabajos dedicados al estudio de los discursos sociales, en relación con los medios masivos de comunicación. Radicado durante años en París, obtuvo su doctorado de estado en Lingüística y fue director del Departamento de Comunicación de la Universidad de París VIII. Actualmente vive en Buenos Aires, donde dirige la Maestría en Comunicación de la Universidad de San Andrés y se desempeña como consultor en estrategias de comunicación. Los últimos trabajos publicados son *Efectos de agenda* (Barcelona: Gedisa, 1999) y *El cuerpo de las imágenes* (Buenos Aires: Norma, 2001). E-mail: eliver@house.com.ar

María Elena Qués y Cecilia Sagol son licenciadas en Letras. Actualmente dictan la cátedra de *Cultura y lenguaje político* en la Universidad de Buenos Aires.

III. DISCUSIÓN



III. Discusión



EL CONCEPTO DE SIGNO ENTRE LA SEMIÓTICA ANTIGUA Y LA CONTEMPORÁNEA

GIOVANNI MANETTI

1. EL NACIMIENTO PROBLEMÁTICO DE LA SEMIÓTICA

La noción de signo es obviamente central en una disciplina de reciente institucionalización como es la semiótica. La institucionalización no coincide sin embargo con su constitución y desde hace algunos años la semiótica ha iniciado una búsqueda de sus fundamentos, explorando en su propia historia para reconstruir las raíces del "paradigma indicial" del que hablaba Carlo Ginzburg (Ginzburg 1983: 81-118) en su inolvidable ensayo, y que constituye el real momento de nacimiento de la semiótica. El proyecto que ha alimentado a esa búsqueda no ha sido el de mostrar los blasones de una disciplina reciente, sino el de revisar críticamente los conceptos operativos con los que la semiótica trabaja hoy, confrontándolos con aquellos que han marcado su origen y asumiendo todo el riesgo de que esta confrontación implique una revisión radical del actual paradigma.

En efecto, lo que está en juego es también una búsqueda de la identidad de la semiótica que, inmediatamente luego de su nacimiento, ha ampliado en forma considerable el campo de sus intereses y de su propia aplicación hasta hacerlo coincidir con el conjunto de fenómenos culturales, entendidos como fenómenos de comunicación y de sentido. Naturalmente este hecho ha producido una especie de vértigo y ha conducido a posiciones contrastantes sobre la noción central de la disciplina: el concepto de signo.

Pero se me podrá permitir recorrer brevemente la historia de la aparición de la semiótica, cómo se ha configurado en el marco de este siglo. No es un problema menor, porque, ¿cuándo podemos señalar el nacimiento de la semiótica? Parecería que el más acreditado y reciente certificado está constituido por los "Éléments de sémiologie" publicados en 1964 en el fundamental número 4 de la revista *Communications*, donde Roland Barthes desarrolla en un cuadro orgánico algunos conceptos extraídos del estructuralismo de Saussure y de Hjelmslev, poniendo en primer plano la noción de signo como noción-guía para el análisis de los fenómenos culturales. Barthes hacía referencia a una noción de signo entendida como la unión de un significante y de un significado, o como la función —en el sentido matemático hjelmsleviano— que se instaura entre un plano de la expresión y un plano del contenido. Pero curiosa y significativamente, Barthes recordaba a Charles Sanders Peirce y San Agustín, del que citaba la conocida definición de signo presente en *De doctrina christiana* (II, 1, 1: "Signum est res, praeter speciem quam ingerit sensibus, aliud aliquid ex se faciens in cogitationem venire").

Vale la pena observar que las diferentes nociones de signo —la estructural, la peirciana y la agustina— no son homogéneas. Umberto Eco (1984: XVI) ha sostenido con fuerza las razones de pensarlas en el interior de una misma categoría. Pero podríamos preguntarnos si no se pueden o se deben revisar hoy las motivaciones racionales de tales diferencias. Y sobre todo si una noción antigua y una noción moderna de signo —y no necesariamente sólo la distinción entre los autores citados— induce a proyectar un paisaje más recortado.

Si dejamos de lado a Barthes, se puede observar que existen al menos tres constancias de nacimiento de la semiótica que ponen en discusión lo que acabo de examinar: 1) el inicio del *Cours de linguistique générale* (1916) de Ferdinand de Saussure; 2) los escritos de argumento semiótico de los *Collected Papers* de Charles Sanders Peirce, y 3) el capítulo final del cuarto libro de los *Ensayos sobre el intelecto humano* (1690) de John Locke.

Dejo de lado momentáneamente el conjunto de las investigaciones sobre el signo y sobre el lenguaje que a partir del *Corpus hippocraticum* y de Plátón constelan al pensamiento antiguo y que constituyen, según el parecer de muchos, el verdadero nacimiento de la semiótica. Las deudas que la filosofía del signo tiene con las prácticas semióticas, sean estas médicas, mágicas, poéticas, de vida pública o privada, antropológicas en un amplio sentido, son muchas. Tales prácticas preparan en la Antigüedad el léxico de la semiosis, sobre el cual se ejercitará la reflexión filosófica, pero que pone a menudo también en crisis la rigidez de las delimitaciones categoriales. Asimismo esto ha contribuido a la fundación de la semiótica y es un tema importante en el debate actual.

2. EL SIGNO COMO EQUIVALENCIA Y COMO INFERENCIA

Quisiera en cambio analizar de manera particular el primero de esos documentos, el tercer párrafo del capítulo tercero del *Cours de linguistique générale* de Saussure, para examinar la noción de signo que surge en relación con la célebre frase donde Saussure pronuncia el nacimiento de una ciencia general de los signos:

La langue est un système de signes exprimant des idées, et par là, comparable à l'écriture, à l'alphabet des sourds-muets, aux rites symboliques, aux formes de politesse, aux signaux militaires, etc., etc. Elle est simplement le plus important de ces systèmes. On peut donc concevoir une science qui étudie la vie des signes au sein de la vie sociale; elle formerait une partie de la psychologie sociale, et par conséquent de la psychologie générale; nous la nommerons sémiologie (du grec *semeion*, "signe"). Elle nous apprendrait en quoi consistent les signes, quelles lois les régissent. Puisqu'elle n'existe pas encore, on ne peut dire ce qu'elle sera; mais elle a droit à l'existence, sa place est déterminée d'avance. La linguistique n'est qu'une partie de cette science générale. Les lois que découvrira la sémiologie seront applicables à la linguistique, et celle-ci se trouvera ainsi rattachée à un domaine bien défini dans l'ensemble des faits humains.

La cita es archiconocida, de modo que no entraré en detalles sobre su interpretación, sino que me limitaré a subrayar el carácter problemático de la primera parte, donde Saussure caracteriza al signo de un modo tan general que oculta la diferencia entre los ejemplos: diferencias que, en cambio, emergen con un análisis más atento. En efecto, Saussure delinea el signo lingüístico como una entidad que tiene la propiedad de "expresar las ideas", agregando que "por lo tanto" (es decir, gracias a esa característica) este es "confrontable" con (en el sentido que subyace) el mismo mecanismo del signo que se encuentra en otros ámbitos. El hecho de que Saussure use la expresión "idea" en este pasaje (en vez de las más habituales como "concepto", "significado" o "imagen mental") es un dato lingüístico que sugiere ponerlo en relación con otro célebre párrafo del *Ensayo sobre el intelecto humano* (III, II, 1) de Locke:

Thus we may conceive how *words*, which were by nature so well adapted to that purpose, came to be made use of by men as the signs of their ideas; not by any natural connection that there is between particular articulate sounds and certain ideas, for then there would be but one language amongst all men; but by a voluntary imposition, whereby such a word is made arbitrarily the mark of

such an idea. The use, then, of words, is to be sensible marks of ideas; and the ideas they stand for are their proper and immediate signification.

En Locke se expresa claramente la noción de signo como "signo de una idea", pero se observará también que todos sus ejemplos se refieren exclusivamente a signos lingüísticos. Del mismo modo la definición de signo que propone Saussure, que se inscribe en la tradición lockiana, según la cual por signos se entiende, en efecto, a las palabras, termina por ser sustancialmente una definición de *signo lingüístico*.¹

De allí que las cosas se compliquen en el momento en que se toman ejemplos relativos a otros sistemas no lingüísticos, de los que habla Saussure. El ejemplo que parece ser el más congruente con la definición general es el de los signos de la escritura: una letra del alfabeto puede ser vista como la entidad que expresa la idea de un determinado sonido que le está asignado por el código fonológico. Este sonido puede ser visto como su significado, al que el signo reenvía.

Pero ¿qué sucede si interpretamos este ejemplo de otro modo? Por ejemplo, recurriendo a una acepción de "signo" diferente pero muy común, cuando decimos que el acento grave colocado en la vocal inicial de las palabras griegas es signo de la caída de una consonante en una fase lingüística diacrónicamente precedente. En este caso tenemos algo más preciso que una idea: una información, un dato de conocimiento, obtenido por inferencia. La formulación que normalmente habrían dado los antiguos es la de una reconstrucción analítica con la forma de una implicación entre dos proposiciones: "Si hay acento grave en la vocal inicial de una palabra, entonces ha caído la consonante que la precedía". ¿Estamos en presencia del mismo mecanismo semiótico? ¿Puede ser válida la definición general propuesta por Saussure?

El hecho es que Saussure, pensando inicialmente en el signo lingüístico, caracteriza al signo en general como una entidad biplánica, cuyas caras están conectadas por una relación de equivalencia: $a = b$, un significante equivale a un significado, una cierta "imagen acústica", para usar la expresión de Saussure, está colocada por el sistema lingüístico en correspondencia biunívoca con una "imagen mental". De allí la sucesiva interpretación estructuralista e informática de la lengua como código que conjuga biunívocamente unidades pertenecientes a dos sistemas.

Pero este esquema no funciona cuando tomamos en consideración signos no lingüísticos; en este caso el modelo más apropiado es el de inferencia, en particular la implicación entre dos proposiciones que traducen lingüísticamente tanto al signo como a lo que es signo: "si p, entonces q".²

3. TEORÍA DEL SIGNO Y TEORÍA DEL LENGUAJE

Estas consideraciones nos conducen a un segundo problema: ¿es posible ver esta duplicidad del modelo del signo (equivalente e inferencial) reflejada en una análoga duplicidad de teorías en el mundo antiguo, una teoría semántica del signo lingüístico y una teoría lógico-epistemológica del signo no lingüístico? En efecto, si consideramos las teorías del signo de la Antigüedad observamos que los signos lingüísticos no estaban incluidos en este ámbito. Una cosa semejante sucede si tomamos en consideración las teorías del lenguaje, de las cuales los signos no lingüísticos están excluidos. Las dos teorías avanzaron de modo paralelo sin interconectarse, y hacían referencia a dos terminologías diferenciadas: en Aristóteles la expresión *symbolon* (*De int.* 16a, 3-8) designaba solamente los signos lingüísticos (ligados de modo no inferencial a sus significados, los estados mentales), mientras que las expresiones *semeion* y *tekmerion* (*An. Pr.* II, 70a; *Rhet.* 1357a) designaban dos tipos de signos no lingüísticos (ligados a su significado de modo inferencial). La misma distinción se encuentra en la semiótica estoica en la pareja *semainon/semainomenon* (*Sext. Emp., Adv. Math.*, VIII, 11-12), de pertinencia sólo lingüística, y en *semeion/semeioton* (*Sext. Emp. Hyp. Pyrrh.*, II, 104-106; *Adv. Math.*, VIII, 245-257), de pertinencia no lingüística.

4. LA INFERENCIA SEMIÓTICA EN ARISTÓTELES

Cuando Aristóteles toma en consideración la noción de signo (*semeion*) se encuentra frente al hecho de que, en el lenguaje corriente, indica muchas cosas, desde fenómenos empíricos que sirven como prueba de algo, hasta fenómenos abstractos como los razonamientos lógicos que conducen a alguna conclusión. El juego teórico que cumple en los *Primi Analitici* (B 27) es el de identificar las nociones de signo con las de inferencia, como en el ejemplo "Si una mujer tiene leche entonces está embarazada", "Si Pitaco es excelente entonces los sabios son excelentes", "Si una mujer es pálida entonces está embarazada". Cada uno de estos ejemplos permite descubrir algo verdadero. Pero la atención de Aristóteles se centra en dos interrogantes: (1) ¿cuál es la forma lógica que debe asumir una inferencia semiótica para conducir invariablemente al descubrimiento de un hecho verdadero? y (2) ¿qué grados de fuerza probativa (o de soporte indiciario) están conectados a las diferentes formas lógicas que pueden reconstruirse en relación con los diferentes tipos de inferencia semiótica?

En lo que se refiere a (1) "forma lógica" es para Aristóteles "forma silo-

gística” y la continuación del análisis aristotélico es la reconstrucción de una forma silogística subyacente en todo tipo de inferencia semiótica. Aristóteles subdivide los ejemplos en dos categorías: aquellas que admiten una reconstrucción silogística formalmente válida y aquellas que no la admiten. Para el primer ejemplo la reconstrucción es la siguiente: “Todas las mujeres que tienen leche están embarazadas; esta mujer tiene leche, por lo tanto está embarazada”. Lo que resulta es un silogismo de primera figura válido que Aristóteles llama *tekmerion*. El ejemplo de Pitaco también puede ser reconstruido: “Pitaco es excelente; Pitaco es sabio; por lo tanto todos los sabios son excelentes”, lo que resulta un silogismo de tercera figura inválido. El tercer ejemplo Aristóteles lo reconstruye: “Todas las mujeres que están embarazadas son pálidas; esta mujer es pálida; por lo tanto esta mujer está embarazada”, y tiene la forma de un silogismo de segunda figura no válido. Estos dos últimos casos son los que se denominan *semeia*: estos, aun no admitiendo una reconstrucción silogística formalmente válida, pueden llegar a una conclusión verdadera, aunque no se deriva de las premisas establecidas en la reconstrucción.

Esta última observación nos conduce al segundo problema, el relativo a los diferentes grados de fuerza epistémica. Hace falta decir que para Aristóteles la validez formal no es el único criterio para evaluar una inferencia semiótica, y que él no niega completamente los argumentos que no admiten una reconstrucción silogística válida. Más bien les reserva un lugar en una dimensión menos elevada del saber, como la retórica o los razonamientos de la vida cotidiana.

Se diseña así una teoría que incluye diferentes grados de soporte indicial: a) el *tekmerion* es el signo más respetable (*endoxotaton*), aquel que produce el máximo grado de conclusiones verdaderas (*malista alethes*), b) el *semeion* posee en grado menor las características del precedente (respetabilidad y conclusividad).

El conocimiento seguro dado por el *tekmerion* está ligado al hecho de que se pueda hacer una generalización universal verdadera en correspondencia con este tipo de signo (Burnyeat 1982: 199). A este tipo de signo en la *Rhetorica* (1357b 5-6) se lo define también como *signo necesario*, por el cual se puede construir un silogismo en el cual la conclusión sigue *necesariamente* a la conjunción de las proposiciones que expresan el signo con la generalización verdadera suministrada en la reconstrucción. Si en cambio, como con los *semeia*, no es posible dar una premisa en la reconstrucción que sea una generalización verdadera, la conclusión podrá ser sólo una creencia respetable (*endoxon*). Como lo señala Burnyeat (1982: 201-202), si por una parte Aristóteles piensa que la silogística es un test universal para verificar la validez deductiva, por la otra no piensa que esta sea el único medio para verificar que

un argumento sea intelectualmente válido o que tenga influencia en una mente racional. En efecto, hay una gran cantidad de formas de inferencia, que es posible clasificar, reconstruir en forma silogística y controlar desde el punto de vista de la validez formal. Se podrá luego ver cuánta *fuerza* depende de factores estrictamente lógicos y cuánta de factores como la verosimilitud o la probabilidad, como sucede en los debates políticos o jurídicos. Se tendrán entonces argumentos que serán contemporáneamente no válidos desde el punto de vista formal y serán, sin embargo, *buenos argumentos*.

Con esta distinción entre validez formal y mantenimiento de la respetabilidad de una inferencia se abre el espacio más específico para el nacimiento de una teoría semiótica cognitiva. La teoría de la abducción de Peirce encontrará su espacio lógico propio en una forma de razonamiento correspondiente al subyacente en la *semeia* aristotélica (Peirce, *CP* 2. 626; 7. 249; Proni 1988).

5. LA INFERENCIA SEMIÓTICA EN LA CONCEPCIÓN ESTOICA

Veamos cuál es la estructura de la inferencia signica en una de las más importantes teorías semióticas antiguas posaristotélicas. Según Sesto Empírico (*AM* VIII 245-253; *PH* II 104-106), el signo puede ser definido como una proposición que constituye un antecedente verdadero en un condicional válido, y que tiene la característica ulterior y no eliminable de ser revelatorio del consecuente: la relación entre el signo y lo que significa se expresa por el condicional “Si *p* entonces *q*”. La proposición que expresa al signo es “*p*”.

Sin embargo lo que hemos visto no constituye el único modo de presentar la relación lógica entre el signo y su significado. En efecto, en la Antigüedad y siempre atribuida a los estoicos, se elabora también otra formulación de la inferencia signica ligeramente diferente. Se trata de la forma expresada por el paracondicional “porque *p*, *q*” que se encuentra en el *De signis* de Filodemo, que constituye un mejoramiento respecto de la formulación precedente, en cuanto presenta un doble orden de condiciones de verdad: 1) que *p* sea verdadero y 2) que sea verdadero “si *p*, entonces *q*”, con lo cual se garantiza la condición de que la proposición que expresa el signo en un condicional sea verdadera (Burnyeat 1982: 218-224).

El *De signis* muestra también otra discrepancia con respecto al punto de vista de la teoría semiótica estoica representada en Sesto y Diógenes: el signo y lo que él significa no se presentan siempre como proposiciones, sino a veces directamente como cosas, una manifiesta y la otra no manifiesta, como en el ejemplo de “humo” signo de “fuego”, y no la proposición “hay humo” co-

mo signo de la proposición “hay fuego”; la inferencia de “x” a “y” y aquella de “hay x” a “hay y” son formas intercambiables (Sedley 1982: 243; Burnyeat 1982: 211-214).

6. LA FORMA DE LA INFERENCIA

Un tema ulterior que relaciona las teorías clásicas del signo con la semiótica contemporánea es la atención por la forma de la inferencia *signica* (o *semeiosis*). Como es sabido, Peirce distingue las tres formas de inferencia: *deducción*, *inducción*, *abducción*; esta última constituye la forma específica de la inferencia de los signos. En la Antigüedad, la elección de pensar al signo en términos de inferencia dividió a las escuelas filosóficas: los estoicos propugnaban el método deductivo o analítico de la *synartesis* (cohesión); los epicúreos contraponían el método de la similitud (kath'homoioteta) que, si bien no es exactamente coincidente con la inducción,³ llega a la generalización a través de la experiencia y la suma de casos similares.

La oposición entre los dos métodos está ilustrada por Filodemo en su tratado *De signis*, y de esta fuente Peirce toma sea la idea de una ciencia autónoma de signos, *semiotic*, sea el nombre de la inferencia de los signos, *semiosis*. Peirce había pensado en una ciencia general de los signos, *semiotic*, ya en sus primeros escritos, desde su *Lecture* de febrero-marzo de 1865, pero no la había pensado como una ciencia separada de la lógica formal. Es el descubrimiento de Filodemo el que le ofrece esta oportunidad, cuando en 1879-80 Peirce sigue el trabajo de tesis de su discípulo Alan Marquand “The logic of the Epicureans”, que incluía la traducción del manuscrito de Filodemo (Fisch 1971: 203; Deledalle 1990: 43). Signo de un recorrido que atraviesa la historia del pensamiento semiótico.

Los estoicos discutieron mucho sobre la forma que debe tener el condicional en el interior del cual se puede encuadrar la inferencia *signica*, y Sexto Empírico propone tipos de condicionales alternativos (Sext. Emp., *Hyp. Pyrrh.*, 110-112): 1) el condicional atribuido a Filone (que corresponde a la moderna implicación material), 2) el condicional atribuido a Diodoro Crono, 3) el condicional atribuido a Crisipo, la *synartesis* (“cohesión”, que corresponde a la implicación estricta moderna). En la Antigüedad este último se definía como el condicional en el cual “el contradictorio (*antikeimenon*) del consecuente es incompatible (*machetai*) con el antecedente”, como por ejemplo “si es de día, hay luz” (Diog. Laërt., *Vitae*, VII, 73). En el ejemplo de Diógenes, la proposición contradictoria de aquella que funciona como consecuente en el condicional (es decir “no hay luz”) resulta incompatible con la que

funciona como antecedente en el condicional (“es de día”). Esta restricción sobre la forma del condicional no se presenta en los otros dos casos y se puede pensar que los estoicos aceptaron solo esta última fórmula como válida.⁴

Por su parte los epicúreos pensaban a la inferencia *signica* o *semeiosis*, como un procedimiento que conduce de un signo a lo que este significa, es decir de lo conocido a lo desconocido, de lo evidente a lo no evidente. Hacemos inferencias de objetos de un cierto tipo que forman parte de nuestra experiencia a objetos del mismo tipo que se sitúan, temporaria o permanentemente, fuera de nuestra experiencia. Sin embargo el elemento crucial en el que se basa la inferencia semiótica epicúrea es la *similitud*, es decir la *semeiosis* procede según el “modo de la similitud” (*ho kata ten homoioteta tropos*); se trata de un método “strictly empirical and based on the observation of similarities in our experience and upon certain constant conjunctions, from which we infer like similarities and conjunctions in the unknown” (De Lacy 1978: 398). La forma general que asume la inferencia semiótica en los epicúreos es la siguiente (Barnes 1988: 97): “Desde el momento en que todos los K de nuestra experiencia son F, los K en otro lugar/doquiera son F”.

La base para la implicación es la semejanza de los dos K: desde el momento que se registra una semejanza tan estrecha entre los dos sujetos, los epicúreos deducen que también los predicados esenciales de uno no pueden faltar en el otro. Ejemplos de inferencia semiótica epicúrea citados en el *De signis* son: “Porque los hombres de nuestra experiencia son mortales, también lo son todos los hombres” (II, 26-28, cap. 5); “Porque los seres vivientes de nuestra experiencia son mortales, también lo son los seres vivientes que puede haber en Bretaña” (V, 34-36, cap. 7). Estos ejemplos ilustran las bases que los epicúreos querían dar a la inferencia. En efecto, las premisas implican que se realice una investigación extensiva y una evaluación de los elementos indiciales. Estos deben ser suficientemente amplios y pueden estar basados en la experiencia directa o en un registro histórico, debe existir una persistencia de las propiedades de base a través de las variaciones de las otras propiedades y no debe haber obstáculos para creer en la existencia de tales propiedades. Según los epicúreos, si todas estas características son respetadas, entonces la inferencia es válida.

7. LOS CRITERIOS DE VALIDEZ DE LA INFERENCIA SEMIÓTICA

Un problema diferente es el del criterio de validez del condicional, es decir el test que se puede formular para verificar si este se sostiene. Una diferencia microscópica entre la semiótica moderna y la antigua es que esta últi-

ma ha dedicado mucho más atención a la validez de la inferencia que a su forma. En otros términos, los antiguos estaban muy interesados en el problema de establecer las garantías del conocimiento derivadas de los signos, y por esto los estoicos y los epicúreos dedicaban una parte importante de sus respectivas teorías sobre el signo al establecimiento de tests que permitieran determinar la validez de la inferencia. Y sobre este punto ambas posiciones diferían notablemente.

Los estoicos proponían la *anaskeuè* (“eliminación”) como criterio de validez de un condicional, dado que la eliminación del consecuente implica por sí misma la eliminación del antecedente, como en el ejemplo del condicional semiótico “si hay movimiento, hay vacío”: el hecho de eliminar el vacío implica la eliminación del movimiento. Los epicúreos, por el contrario, habían elaborado un criterio de validez condicional que definían como *adianoesia* (“lo inconcebible”), del que encontramos una ilustración en el *De signis* de Filodemo (XII, 14-31, cap. 17):

Pero a veces la inferencia no ha sido probada como verdadera de este modo [por *anaskeuè* “eliminación”], sino precisamente por la imposibilidad de concebir que el primero sea, o tenga una cierta propiedad, mientras el segundo no sea o no posea tal propiedad, como en el ejemplo: “Si Platón es un hombre, también Sócrates es un hombre”. Si esta inferencia es cierta, entonces también es cierta la siguiente: “Si Sócrates no es un hombre, tampoco Platón lo es”, no porque a través de la eliminación de Sócrates (*anairesei*) se elimine también a Platón (*synanaskeuazesthai*), sino porque no es posible que Sócrates no sea un hombre y en cambio Platón lo sea; y esta inferencia pertenece al método de la analogía.

En el cuadro siguiente (Sedley 1982: 257 n.) se ilustran las formas de inferencia y los criterios de validez de los estoicos y de los epicúreos:

	Estoicos	Epicúreos
Tipo de conexión	<i>Synartesis</i> (cohesión)	<i>Homoiotès</i> (similitud)
Criterios de validez	<i>Anaskeuè</i> (eliminación)	<i>Adianoesia</i> (inconcebibilidad)

La eliminación (*anaskeuè*)⁵ no ha sido suficientemente distinguida en sus mecanismos de la contraposición (*antistrophè*).⁶ La contraposición es una operación sobre la totalidad del condicional (“Si p entonces q” se contrapone a “Si no q, entonces no p”) y es a esta a la que alude el *De signis* (XI, 26;

XII, 36, cap. 17): “Si ponemos que ‘Si p, entonces q’ es verdadero como ‘Si no q, entonces no p’ [...], la eliminación es en cambio una operación sobre el consecuente ‘q’ del condicional ‘Si p entonces q’”. Filodemo declara que la eliminación se aplica sólo *algunas veces* en el contexto del condicional, mientras que la contraposición opera siempre en el condicional válido (Sedley 1982: 245; Barnes 1988: 99).⁷

Se deberá entonces esclarecer por qué la *anaskeuè* se aplica a ciertos condicionales y no a otros. La explicación aparece en la frase del *De signis: par’ auten ten anaskeuen autou* (XII, 5-6, cap. 17). El condicional “Si p, entonces q” se basará en la *anaskeuè* sólo en el caso de que “p” sea eliminado *a causa de la* (*parà*) eliminación de “q”, y *solamente* a causa de ella. Comparemos los dos condicionales:

[a] Si hay movimiento, hay vacío.

[b] Si Platón es un hombre, Sócrates es un hombre.

Según Filodemo la verdad de [a] puede ser establecida por *anaskeuè*, pero no la verdad de [b]. En efecto, dado [a] aplicándole el método de la eliminación, resulta que si no hay vacío no hay movimiento, y la falta de vacío explicaría por sí misma la falta de movimiento; no habría movimiento *precisamente* porque no hay vacío. En cambio dado [b], si hipotetizamos negar al consecuente e hipotetizamos entonces ‘Sócrates no es un hombre’, si bien negamos contemporáneamente el antecedente, ‘Platón no es un hombre’, no se puede establecer una conexión causal. Aun en el caso de que sea válido que Platón no es un hombre, este hecho sería paralelo al hecho de que Sócrates no es un hombre, pero no sería ni causado ni explicado por esto (Barnes 1988: 100).

Hay casos de inferencia signica en los cuales los epicúreos aceptan el método estoico de eliminación. Esto se explica si se toma en cuenta una subdivisión del modo por el cual la cosa aparente se conecta con la no aparente. Se presentan sustancialmente dos casos:

1. en el primero la cosa aparente se conecta con la no aparente por medio de una *relación causal*, como por ejemplo cuando la cosa no aparente es el origen material de la aparente. Esta situación se ejemplifica en los dos casos de inferencia “movimiento → vacío” y “humo → fuego”, en el cual la premisa está ligada a la conclusión no por semejanza entre los términos considerados sino por el hecho de que la conclusión es explicativa de las premisas. En estos casos los epicúreos aceptaban el método de eliminación. Sin embargo sostenían también que si la inferencia se apoya en el método de la eliminación es verdad que esta se confirma por el método de la similaridad (VII, 21;

IX, 8; XXXI, 8-17). En efecto, la inferencia "Si (o "desde el momento que") hay movimiento, hay vacío" llega a la conclusión gracias al método de eliminación, si bien su naturaleza es aprehendida de modo inductivo. Un discurso análogo se puede hacer a propósito de la inferencia "Si (o "desde el momento que") hay humo, hay fuego", que está garantizada por el hecho causal de que el humo es producto del fuego; sin embargo nuevamente aquí la naturaleza del hecho puede ser aprehendida a través de una generalización empírica (Sedley 1982: 260).

2. en el segundo caso, la base de la inferencia, la relación entre la cosa manifiesta y la no manifiesta, es la *semejanza*, sea directa o analógica. Este es el caso en el que los epicúreos insisten en sostener el **método de inferencia por similitud**. Ellos dividen el proceso de inferencia en dos estadios y llaman "inferencia semiótica" o *semeiosis* solamente al caso del estadio inductivo, en el que se aplica el método de similitud, negándose al estadio gobernado por el método de eliminación. La inferencia semiótica que conduce del movimiento al vacío es incompleta sin su estadio del método de la similitud. Veamos el primer estadio de la inferencia: a nivel cognitivo, en el cual se establece la naturaleza del movimiento y se la relaciona inseparablemente con la presencia del espacio vacío, se cumple ya una inferencia *signica* basada en el criterio de similitud; se observa, en efecto, que una gran cantidad de objetos que se mueven en nuestra experiencia participan de la característica por la cual serían incapaces de hacerlo sin la presencia de un espacio vacío, y se infiere que el movimiento es imposible sin el vacío.

Pero veamos ahora el segundo estadio: se aplica a la inferencia el método de eliminación, partiendo de la hipótesis de eliminar al consecuente, es decir, al vacío. Se observa que en este caso también el vacío es eliminado, entonces se concluye que el vacío implica *por sí mismo* la presencia del espacio vacío. Por otra parte el elemento de la inferencia directa que se obtiene a través del método de la eliminación no podría ser definido como una inferencia *signica*, porque este no tiene la capacidad de revelar nada. Esto explica por qué la inferencia es incompleta sin su primer estadio gobernado por el método de similitud. Y de ahí se deriva que es irrefutable que en el interior de la inferencia a dos estadios sea el movimiento el que opera como "signo" del vacío, y que el movimiento sea un signo "diferente" que opera mediante el método de eliminación (Sedley 1982: 262-263).

8. LA FUSIÓN DE LA TEORÍA DEL LENGUAJE Y DE LA TEORÍA DEL SIGNO

La interconexión entre la teoría del lenguaje y la teoría del signo se cumple solamente en la reflexión semiológica de San Agustín, que es el primero en considerar a las expresiones lingüísticas como signos,⁸ en especial los signos rememorativos.⁹ San Agustín realiza una operación simétrica y especular con respecto a Saussure: este último unifica las dos teorías y las dos clases de signos, poniendo a los signos lingüísticos como categoría de base, mientras que la unificación de Agustín se realiza en el interior de la clase de signos no lingüísticos.

San Agustín y Saussure se unen también en una curiosa característica: la de haber incluido entre los tipos de signos un género muy particular como es el de las señales militares.¹⁰ El problema aparece cuando se trata de verificarlos basándose en el esquema inferencial de las teorías semióticas de la Antigüedad. Y en efecto, este tipo de signos no sólo no responden al modelo saussureano de la equivalencia sino que serían tratados con una cierta dificultad por la reconstrucción analítica en términos de una proposición que implica otra.

El hecho es que saltaría la posibilidad de reconstruir el *signatum* (o *semeioton*) de signos como las señales militares y las expresiones de cortesía, en términos de una proposición enunciativa, es decir una proposición cuya fuerza ilocutiva es la de la aserción. El contenido semántico de las formas de cortesía (por ejemplo el brazo tendido para indicar a una persona que se la invita a pasar primero, o la correspondiente expresión lingüística como "¡Por favor!") y de las señales militares (como por ejemplo la señal de la carga) puede ser reconstruido sólo en términos de una proposición dotada de fuerza ilocutiva diferente de la aserción. En los términos de los estoicos, de una proposición diferente de un *lekton* que sea un *axioma*. En el análisis estoico el *semeioton* está siempre reconstruido en términos de una proposición asertiva, hecho que excluiría —como lo ha observado Theodor Ebert (1987: 125) en relación con la teoría estoica del signo— un amplio número de casos que se podrían considerar como signos, por ejemplo aquellos en los que la expresión nos diría qué hay que *hacer* en vez de informarnos sobre lo que *es*. Saussure no los excluye, pero no prevé una adecuada definición, incluyéndolos en la primera categoría.

De este modo si los antiguos han pensado o no definir epistemológica y lógicamente una categoría de signos diferentes de aquellos traducibles en una proposición asertiva —San Agustín los menciona sin poner de relieve su especificidad—, es un punto sobre el que hoy se abre un debate.

9. LA TIPOLOGÍA DE LOS SIGNOS

Estas consideraciones nos llevan a un argumento ulterior: el de la tipología de los signos, un tema al cual el pensamiento semiótico le ha dedicado gran atención. En la época contemporánea han sido Peirce y Morris, que no por casualidad establecen el problema semiótico en términos cognitivos, los primeros en poner de relieve el problema de la clasificación de los signos. En Peirce encontramos sobre todo una tipología que toma como parámetro el tipo de relación (convencional, de contigüidad o de semejanza) que se instaure entre el signo y lo que no es signo, presentando la tricotomía *símbolo*, *índice*, *ícono*.

En la Antigüedad el parámetro elegido para una tipología de los signos era la fuerza epistémica de los argumentos que se desarrollan con los signos, o la congruencia de la relación lógica que une las dos proposiciones del condicional reconstruido. Hemos visto cómo en Aristóteles esto ha llevado a la distinción entre un alto grado de fuerza epistémica que caracteriza a los signos reconstruibles en términos de silogismos de primera figura (*tekmeria*) y el escaso grado de certeza que distingue a aquellos reconstruibles en un silogismo de segunda o tercera figura (*semeia*). En la época helenística, la clasificación llevó a dos dicotomías: una que opone el *signo rememorativo* al *signo indicativo*; otra que opone al *signo común* el *signo propio*. El modo preciso en que deben entenderse estas distinciones es un tema de controversia que ha recibido muchas interpretaciones de los exégetas modernos; las mismas definiciones de los términos han sufrido modificaciones aun durante la época antigua.

Además la posibilidad de traducir en términos proposicionales el signo y su objeto no implica necesariamente que entre los dos se instaure una relación de implicación. David Glidden ha notado por ejemplo que, en el caso de los *signos rememorativos*, es incorrecto reconstruir la relación entre el signo y su objeto en términos de la implicación entre dos proposiciones, y por otra parte no se encuentran ejemplos de este procedimiento en las teorías de la Antigüedad clásica. En el caso de los *signos rememorativos* se verifica solamente una relación de asociación habitual y no un condicional.

10. CONCLUSIÓN

Lo que se puede observar, si se recorre la historia de la semiótica partiendo de sus orígenes, es que hay una continuidad entre las teorías antiguas del signo y la línea contemporánea de la semiótica cognitiva de Peirce, Mo-

rris y sus desarrollos posteriores, mientras que se registra una profunda ruptura respecto de la línea saussureana. En efecto, el modelo de Saussure fundado sobre la *equivalencia* posee ciertas características que no están presentes en el modelo antiguo: 1) es sustancialmente un modelo lingüístico, que se adapta mal a dar cuenta de signos que pertenecen a otro tipo de sistemas; 2) está en consonancia con un modelo de semántica "de diccionario" hoy superado, que analiza el contenido de un signo en rasgos semánticos definidos, prescindiendo de contextos y de circunstancias comunicativas y de factores semánticos de género; 3) es homogéneo con respecto a una noción de lengua como código que pone en correspondencia bi-unívoca, y de modo sustancialmente cerrado, elementos de la expresión y elementos del contenido.

La consecuencia de esta debilidad en la noción de signo saussureano es que la línea semiótica que se deriva es una semiótica de tipo estructural. También debemos señalar que el modelo inferencial del signo que surge en los análisis de los antiguos está más cerca de las modernas teorías semánticas "enciclopédicas", mientras que el modelo ecuacional es más adecuado para las teorías semánticas "de diccionario" hoy ya superadas.

Traducción de Lucrecia Escudero Chauvel

NOTAS

1. El nexo de unión entre Saussure y Locke es el lingüista polaco M. H. Kruszewski, a quien Saussure había conocido personalmente, además de sus escritos.
2. Para un análisis de este punto, véanse Eco (1984: XV y *passim*), Manetti (1987: 3 ss.; 1992: 15 ss.).
3. Como ha sido revelado por Barnes (1988:110-11).
4. Para un análisis de los diferentes tipos de condicionales válidos en una inferencia semiótica véanse Manetti (1987:156) y la bibliografía relativa.
5. Véase la traducción de Barnes (1988: 98) de *anaskeué* como "rebuttal", refutación, para diferenciarla de "dimination", que traduciría más adecuadamente *anaireis*, de *anairein*, "eliminar".
6. Por ejemplo De Lacy y De Lacy (1978) traducen sistemáticamente *anaskeué* como "contraposition".
7. En efecto, como explica Barnes (1982: 245), también un condicional filoniano (una implicación material), como "Si es de día, yo estoy hablando", en el caso de que sea verdad, produce la contrapositiva verdadera "Si yo no estoy hablando, no es de día"; sin embargo esta no podría ser considerada un caso de *anaskeué*, porque si alguien niega que estoy hablando, no por esto niega el hecho de que sea de día. Por

tal razón la *anaskeuè* distingue un tipo de implicación más estrecha que la implicación material, y en este sentido para Barnes podría ser interpretada como un test de la *synartesis*, que hoy es reconocida como el criterio de validez de un condicional propuesto por Crisipo.

8. Véase *De Magistro*, II, 3: "Constat ergo inter nos verba signa esse".

9. Véase *De Magistro*, XI, 37: "Verissima quippe ratio est, et verissime dicitur, cum verba proferuntur, aut scire nos quid significant, aut nescire: si scimus, commemorari potius quam discere".

10. Saussure los cita junto a las fórmulas de cortesía porque ambos tipos comparan una importante característica; San Agustín habla de esto en *De doctrina christiana* (II, I, i), caracterizándolos: "tuba sonante milites vel progredi se, vel regredi, et si quid aliud pugna postulat, oportere noverunt".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARNES, J. (1988) "Epicurean Signs" en *Oxford Studies in Ancient Philosophy* de J. Annas y R. H. Grimm (eds.), 91-134. Oxford: Clarendon.
- BARNES J. ET AL. (eds.) (1982) *Science and Speculation. Studies in Hellenistic Theory and Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BARTHES, R. (1964) "Éléments de sémiologie", *Communications* 4, 91-135.
- BURNYEAT, M. F. (1982) "The Origins of Non-deductive Inference" en J. Barnes et al. (eds.), 193-238.
- DE LACY, E. A. (1978) "Meaning and Methodology in Hellenistic Philosophy", *The Philosophical Review*, XLVII, 390-409.
- DE LACY, P. H. y DE LACY, E. A. (1978) *Philodemus. On Method of Inference*. Nápoles: Bibliopolis.
- DELEDALLE, G. (1990) "Quelle philosophie pour la sémiotique peircienne? Peirce et la sémiotique grecque", *Semiotica* 63, 241-251.
- EBERT, T. (1987) "The Origin of the Stoic Theory of Signs in Sextus Empiricus", *Oxford Studies in Ancient Philosophy* 5, 83-126.
- ECO, U. (1984) *Semiotica e filosofia del linguaggio*. Turin: Einaudi.
- FISCH, M. H. (1971) "Peirce's Arisbe: The Greek Influence In His Later Philosophy" en *Transactions of the Charles S. Peirce Society* VII (4), 187-210.
- GINZBURG, C. (1983) "Clues: Morelli, Freud, and Sherlock Holmes" en *The Signs of Three: Dupin, Holmes, Pierce* de U. Eco y T. A. Sebeok (eds.), 81-118. Bloomington-Indianápolis: Indiana University Press.
- LOCKE, J. (1690) *Essay Concerning Human Understanding*. Londres: Basset.
- MANETTI, G. (1987) *Le teorie del segno nell'antichità classica*. Milán: Bompiani.
- (1992) "Trame, nodi, repressioni. Umberto Eco e la storia della semiótica" en

Semiotica: storia, teoria, interpretazione de P. Magli, G. Manetti y P. Violi (eds.), 5-24. Milán: Bompiani.

PEIRCE, C. S. (1931-58) *Collected Papers*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

PRONI, G. (1988) "Aristotle's Abduction" en *Semiotic Theory and Practice. Proceedings of the Third International Congress of the International Association for Semiotic Studies* de M. Herzfeld y L. Melazzo (eds.), 953-961. Berlín-Nueva York-Amsterdam: Mouton de Gruyter.

SAUSSURE, F. de (1916) *Cours de linguistique générale*. París: Payot.

SEDLEY, D. (1982) "On Signs" en J. Barnes et al. (eds.), 239-272.

ABSTRACT

For the last few years semiotics has been undertaking a search for its origins. One of the most important points we can observe reviewing the history of origins of semiotics is that there is a profound fracture between the ancient semiotic theories and the Saussurean semeiotic line. In effect, the model of sign proposed by Saussure is based on the equivalence between the signifier and the signified and presupposes a notion of language as a code which puts into biunivocal relation elements of expression with elements of content, suggesting a type of semantics in form of "dictionary". On the contrary, there is continuity between the theories of sign in classical antiquity and the contemporary line of cognitive semiotics as represented by Peirce, Morris and the scholars who are now following their path. In ancient semiotics theories, the sign is conceived according a model based on "inference". This form is better adapted to operate with modern semantics in the "encyclopedia" form. Encyclopedia semantics also considers the linguistic sign as functioning according to the inference model, because it connects every sign with a hypothetical plurality of contexts and circumstances. In fact, languages, as has been understood, are not codes, but much more complex systems, and the inferential model of sign makes it possible to master this complexity.

Giovanni Manetti es profesor de Semiótica en la facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Siena y presidente de la Asociación Italiana de Semiótica. Ha publicado ensayos sobre las teorías de la comunicación, el cómic, la retórica. Es autor de *Le teorie del segno nell'antichità classica* (Bompiani, 1987) (trad. inglesa Indiana University Press, 1992); *Sport e giochi nell'antichità classica* (Mondadori, 1988), *La teoria dell'enunciazione* (Protagon, 1998). Co-autor de *La grammatica dell'arguzia* (Bompiani, 1977), con Patrizia Violi; autor de *L'analisi del discorso* (L'Espresso Strumenti, 1979) y con Patrizia Magli *Semiótica: Storia, teoria, interpretazione. Saggi intorno a Umberto Eco* (Bompiani, 1992). Ha editado los volúmenes de *Signs of Antiquity/Antiquity of signs* (Bompiani, 1988), *Leggere I Promessi Sposi. Analisi semiotiche* (Bompiani, 1989), *Signs. Ancient Semiotics. Theories and Practices* (Brepols, 1996). E-mail: MANETTIG@UNISI.IT

IV. LECTURAS

JUDITH BUTLER, ERNESTO LACLAU Y SLAVOJ ŽIŽEK

CONTINGENCY, HEGEMONY, UNIVERSALITY. CONTEMPORARY DIALOGUES ON THE LEFT. Londres-Nueva York: Verso, 2000, 329 pp. ISBN 1-85084-757-9.

Democracia, universalismo y teorías del discurso

¿Bajo qué condiciones es posible una política democrática radical y anti-totalitaria más allá de las oposiciones entre centralización autoritaria y fragmentación multiculturalista, lucha de clase y posmodernismo, historicismo y formalismo abstracto? ¿Desde qué bases discutir el predominio del neoliberalismo como proceso económico, pero también como estrategia de autorización del poder en el contexto de la globalización? ¿Cuál es la noción de universalidad compatible con una definición estratégica y antiesencialista de hegemonía e identidad? ¿Cuál es el lugar del sujeto y de los juegos de lenguaje en el análisis de las condiciones actuales para pensar el terreno político? ¿Qué operaciones y estrategias están en juego en la tensión entre estructuralismo y posestructuralismo? ¿La diferencia entre ellos radica meramente en el énfasis en uno de los polos de las oposiciones abstracto/concreto, universal/particular o contextualización historicista/limitación estructural?

Contingency, Hegemony, Universa-

lity —recientemente aparecido en la colección Phronesis de la editorial Verso dirigida por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau— es un libro fascinante que, a partir de tales preguntas, reubica los debates filosóficos y políticos sobre democracia en un presente definido por los diferentes modos de retirada de la política: el "populismo de mercado", el "conservadurismo compasivo", las formas de fundamentalismo racial y religioso, el autoritarismo o la Third Way del neolaborismo inglés. Escrito por tres académicos de establecido prestigio en el ámbito de la teoría crítica, Judith Butler (USA), Ernesto Laclau (UK) y Slavoj Žižek (República Checa), sus efectos sin embargo trascienden con mucho los límites de la universidad.

El eje del libro es qué concepción de universalidad puede ser compatible con una teoría de la hegemonía concebida no como dominación y predominio de fuerzas, sino como práctica que define el terreno discursivo en el que se constituyen las relaciones políticas. Existe por lo tanto un punto de partida textual para los trabajos: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, el texto de Chantal

Mouffe y Ernesto Laclau¹ que contribuyeron decisivamente al modo en que pensamos hoy categorías como hegemonía, antagonismo, ideología e identidad en el contexto de la inscripción de la teoría posestructuralista en el marxismo. *Hegemonía y estrategia socialista* es parte de la reevaluación en la teoría de las ideologías que —influida por el pensamiento gramsciano y por el intento de superar lo que Raymond Williams llamaba el “absoluto moderno” y Ernesto Laclau el “esencialismo funcionalista”— se constituye en una de las líneas más influyentes de la teoría política desde finales de la década de 1970. El libro, sin embargo, al focalizar en la “regularidad en la dispersión” y en la fragmentación ideológica posteriores a la Guerra Fría, fue acusado “de no tomar en cuenta el concepto de universalidad o de erosionarlo al cuestionar su estatus fundacional”.

De allí que *Contingency, Hegemony, Universality* sea un libro excepcional, no sólo por el tipo y la densidad de argumentos alrededor de la democracia y los procesos de autorización del poder que la articulan. Central al proyecto crítico es que Judith Butler y Ernesto Laclau son referentes importantes en la aparición de la teoría y los movimientos sociales multiculturales y particularistas de los últimos 20 años (entre otros el feminismo y el gay-lésbico) y la crítica al fundamentalismo. Noción como “posición de sujeto” y “antagonismo” en Laclau y “esencialismo estratégico” y “performance paródica” en Butler fueron y son claves para generar aperturas críticas tanto en la academia como en la

práctica política. Un libro dedicado al universalismo despierta por lo tanto muchas expectativas en este contexto.

El libro está organizado alrededor de un conjunto de preguntas que cada uno de los autores realiza a los otros y respecto de los que contribuye con dos ensayos y una conclusión. Es de señalar que el primer artículo expone los presupuestos teóricos de su posición, mientras el segundo se orienta más bien a discutir premisas y consecuencias de los análisis. Su antagonista declarado es el racionalismo habermasiano, respecto del que trazan una diferencia esencial: por un lado, al postular y rechazar la posibilidad de un proyecto hegemónico democrático universalista sobre la base del particularismo; por otro, al explorar alternativas que trasciendan el presupuesto de un sujeto racional como fundamento de la acción, así como una noción de universalidad que se construye como la mera suma de particularismos.

Judith Butler centra su análisis en el sujeto estructurado por la diferencia sexual y su impacto para una política democrática. Se pregunta si las nociones de “lo Real” y de sujeto barrado del psicoanálisis lacaniano son compatibles con la dimensión estratégica de la hegemonía. Si la barra de exclusión es ahistórica y universal, Butler encuentra que tal concepción del sujeto resulta incompatible con la inerradicabilidad de la contingencia presente en la definición de hegemonía de Laclau y Mouffe. Butler efectivamente está interesada en los procesos de decisión y exclusión a través de

los que se constituye la diferencia sexual y, en última instancia, intenta probar siguiendo a Hegel que el único modo de universalidad compatible con una noción estratégica de hegemonía es aquel que contemple la historia y los horizontes culturales y normativos en los que el contenido universalista aparece. En este contexto observa que es preciso superar las tesis del historicismo (empirismo) y el formalismo abstracto kantiano, para lo que propone una teoría de la traducción cultural antiimperialista influida principalmente por Gayatri Chakravorty Spivak.

Ernesto Laclau, por su parte, se pregunta si universalismo y particularismo son compatibles. Aceptando la premisa de que no lo son, plantea a diferencia de Butler que tal incompatibilidad es positiva para una política democrática radical en la medida en que abre el terreno a una variedad de negociaciones y a una pluralidad de juegos de lenguaje (la dimensión “topológica” del análisis político del discurso). De hecho Laclau indica que asistimos a la formación de agenciamientos sociales que son compatibles con formas de emancipación que no están más vinculadas con el predominio de un grupo/agente universal (por ejemplo, la clase) sino con una diversidad de demandas sociales. Fundándose en la noción lacaniana de “lo Real” como imposibilidad de simbolizar y, por tanto, suturar lo social de modo absoluto y definitivo, afirma que la universalidad es tanto imposible como necesaria, en la medida en que incluye la presencia de un vestigio inerradicable de particu-

larismo. Alejándose de la impronta foucaultiana que permeaba su trabajo previo, propone que la relación entre poder y emancipación no es de exclusión sino de “implicación contradictoria”. Esto le permite, por un lado, cuestionar el abordaje culturalista e historicista sin caer en el abstraccionismo racionalista y trascendental, observando por ejemplo que Butler se equivoca al distinguir entre lo normativo y la ética. Por otro lado, discute con Žižek si la forma de la universalidad que propone es contingente e histórica (y por tanto expresiva de un estado de la economía política, el capitalismo tardío posmoderno) o una relación estructural con efectos retroactivos sobre la estructura misma (es decir, sobre la noción de historicidad). En última instancia, ambas líneas le permiten desarrollar su tesis sobre el “particularismo universalizante”, basado en una noción de universalidad contaminada de particularismos.

Slavoj Žižek plantea su intervención recurriendo principalmente a la noción lacaniana de “lo Real” como “referente del proceso simbólico” o su “límite inherente no sustancial”, entendido como un punto de falla que mantiene la distancia entre la realidad y su simbolización y pone en movimiento el proceso contingente de la historización y la simbolización. Desde este punto de vista acuerda con Laclau en que la noción de “lo Real” es condición de imposibilidad y a la vez de necesidad de toda representación, y por tanto es un instrumento central para el análisis político. Pero —y en la línea de las críticas a las categorías

de "antagonismo" e "interpelación" en Laclau y Mouffe que había hecho previamente² considera que tanto Laclau como Butler son "formalistas kantianos", y propone la necesidad de expandir el historicismo de Butler hacia una "historicidad" radical ("¿cómo historizar el historicismo mismo?" se pregunta). En última instancia considera a Laclau estructuralista y a Butler posestructuralista por el modo que tienen de completar la incommensurabilidad entre psicoanálisis y deconstrucción. En todo caso, Žižek aboga por una radicalización del concepto de hegemonía que incluya precisamente "la imposibilidad de representar/articular el antagonismo/negatividad que impide a la sociedad adquirir su completud ontológica".

Las operaciones y estrategias intelectuales de este libro interesarán sin duda a los estudiosos del discurso, semiólogos y a los interesados en problemas de lenguaje y representación que trabajen en el análisis del discurso político, el campo literario y cultural de la traducción, el análisis de géneros sexuales y retórica. Cabe destacar que los lineamientos principales de la teoría laclausiana son expuestos repetidamente a lo largo de los argumentos, de manera que el lector siempre tiene información suficiente.³

Sin duda existen diferencias importantes en la concepción del lenguaje entre la semiótica y las teorías del discurso aquí expuestas, pero también un conjunto de referencias compartidas: Saussure, los semióticos de la escuela de Copenhague, Wittgenstein, Lacan, Derrida y los espectros de Kant y Hegel. Un texto que puede ayudar a contribuir, en América latina, a repensar cultural y semióticamente espacios y prácticas de democratización.

Fabrizio Forastelli

NOTAS

1. Edición inglesa de 1986. Existe edición en español, Buenos Aires: Siglo XXI, 1987.
2. Al respecto véase Slavoj Žižek "Más allá del análisis del discurso" en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* de E. Laclau, 257-267, Buenos Aires: Nueva Visión, 1993.
3. Para una contextualización del proyecto universalista en el contexto del debate con pragmáticos, racionalistas y deconstructivistas véase Chantal Mouffe *Deconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires: Paidós, 1998.

JEAN MOUCHON
POLÍTICA Y MEDIOS, LOS PODERES BAJO INFLUENCIA. Barcelona: Gedisa, 1999, 126 pp. ISBN 84-7432-731-8. Colección El Mamífero Parlante Serie Mayor. (Primera edición París: L'Harmattan, 1998).

El tema central del presente volumen es la reflexión acerca de las complejas relaciones entre los medios y la expresión política, principalmente focalizada en la imagen televisiva. El autor propone un distanciamiento crítico de las perspectivas clásicas sobre el tema —Funcionalismo y Teoría Crítica— mediante un tipo de abordaje que articula significativamente momentos teóricos con posicionamientos metodológicos. De este modo, la indagación descansa en una sistemática tarea de investigación cuyo principal elemento es la observación continuada del material de análisis. La interrogación crítica del discurso político en la televisión se realiza a partir de ejemplos de la vida política francesa de la década de 1980 principalmente. La Primera Parte de la obra —Información y Política— presenta una serie de tres artículos aparecidos previamente en distintas publicaciones francesas en los cuales se desarrollan cuestiones referidas a la información política, a las prácticas del periodismo como "palabra instituida" y al "polimorfismo" de la representación política en los medios. La Segunda Parte —Comunica-

ción y Política— mantiene la estructura anterior de tres artículos ya publicados abocándose esta vez al análisis de las lógicas de la mediatización de la comunicación política, de la "escucha" política y de la comunicación presidencial.

Mediante un estilo claro y ágil, que logra mediaciones dinámicas entre niveles teóricos y empíricos, el presente volumen no sólo se constituye en una herramienta útil para investigadores y estudiosos del campo de la comunicación política, sino también para un público más amplio que podrá seguramente encontrar importantes argumentos en relación con su potencial interés cognoscitivo sobre el tema. La actualidad del enfoque, sumada a la vasta experiencia en investigación del autor, hacen que la obra se ubique claramente en el conjunto de trabajos que desde una perspectiva general sociosemiótica abordan la temática de la mediatización y el espacio público, y que la colección El Mamífero Parlante dirigida por Eliseo Verón ha contribuido significativamente a fomentar.

Sandra Valdestaró

JEAN-LOUIS LABARRIÈRE, CHRISTIAN LAZZERI, GIACOMO MARRAMAO, JEAN-PIERRE DUPUY ET AL.

TEORÍA POLÍTICA Y COMUNICACIÓN. Barcelona: Gedisa, 2001, 275 pp.
ISBN 84-7432-430-0.

Entre la racionalidad de la ética y la inmediatez del poder

El título del volumen y el diseño del paratexto proponen un eje que dibuja una tradición intelectual que relaciona la teoría wittgensteiniana de los "juegos del lenguaje" con los "actos de habla" de los analistas ingleses y con los planteos sobre la "acción comunicativa" entendida en términos de la teoría crítica.

Mi intención, en este comentario, es proponer una lectura ligeramente desplazada, que toma como eje dos cuestiones recurrentes a lo largo de los distintos trabajos: la posibilidad de un fundamento racional y universal de la ética, con sus implicaciones en la constitución de un conjunto de principios de justicia que regulen las relaciones políticas, y, por otro lado, la manera de conceptualizar las relaciones de poder en el marco de esas relaciones.

En cuanto a la primera cuestión, se encuentra una formulación clara e interesante en el artículo de Gilles Acha-che, acerca de los aspectos de la obra de Karl Popper vinculados a la filosofía política. Según este trabajo, Popper piensa la ciencia como modelo político de lo que llama "sociedades abiertas". La posibilidad de pensar la actividad científica como modelo político no reside en el tipo de relación que los enunciados científicos tienen con lo que podríamos lla-

mar, por comodidad, la "realidad"; ni siquiera reside en la manera como opera el "método científico" en lo que los manuales de metodología suelen llamar "contextos de descubrimiento". La ciencia puede operar como modelo político más bien por el tipo de relación social que supone en los "contextos de justificación". Dicho en términos de Acha-che: "Lo que determina el carácter científico de una enunciación es el hecho de que tal enunciación se someta a un procedimiento crítico, y lo que determina su validez es su resistencia a la crítica" (p. 139). Ahora bien, para que tal procedimiento crítico sea posible, es necesario que esté garantizada cierta forma de relación social; relación entre iguales que, por un lado, estén dispuestos y abiertos a la crítica, y por otro estén de acuerdo en que la argumentación racional es la base que asegura no solo la búsqueda de la verdad, sino también las propias relaciones sociales que constituyen la comunidad científica como tal. De modo que el conocimiento científico está íntimamente relacionado con la lógica del vínculo social de la comunidad científica.

A partir de ese modelo, Popper imagina una sociedad abierta fundada en una relación dialógica entre individuos racionales, capaces de escuchar y argumentar racionalmente, más allá de intereses y posiciones particulares. Y esto es posible porque, como ha quedado plan-

teado en relación con la ciencia, la razón es intersubjetividad, y por lo tanto es una realidad inmediatamente política.

Es muy notable el parentesco de esa posición con los intentos de Apel, tal como los recupera Raphaël Lellouche, de fundar una ética a la vez racional, universal y normativa. Dicho intento parte de la paradoja de una contemporaneidad que ha vuelto obsoletos los fundamentos tradicionales de la moral y al mismo tiempo impone desafíos que exigen una "ética de la responsabilidad" que funcione normativamente en una sociedad extendida a escala planetaria. Ahora bien, la fundación de semejante ética encuentra una enorme dificultad en lo que Lellouche denomina "el principio de Hume", según el cual no se puede derivar lógicamente un "deber ser" de la descripción objetiva de los "hechos" propia de la actividad científica. En el intento, sumamente complejo por cierto, de superar esa dificultad, Apel recurre a Peirce para refutar la supuesta neutralidad axiológica de la "objetividad científica". Así, se rescata de Peirce algo parecido a una "ética científica" que garantiza la búsqueda de la verdad. Si la "verdad" no es otra cosa que el consenso último de la comunidad ilimitada de los investigadores, y no puede ser alcanzada como tal por un ser finito, el hombre de ciencia sacrifica sus intereses personales y su egoísmo a los intereses de la comunidad científica. El gesto de Apel, similar en ese punto al de Popper, es extender este criterio, ya no a la comunidad científica, sino a la "comunidad ilimitada de argumentación", es decir a la sociedad en su

conjunto. Toda argumentación racional, como tal, supone la aceptación de normas éticas universales.

En la misma dirección, más allá de sus diferencias, se desarrollan las reflexiones de Jürgen Habermas, tal como las expone Plinio W. Prado (h.). En realidad, el trabajo de Prado apunta a mostrar críticamente los desplazamientos que Habermas opera en su lectura de la teoría wittgensteiniana de los "juegos de lenguaje". Sin embargo lo que me interesa destacar aquí es el gesto habermasiano, a partir de su oposición entre una "racionalidad comunicacional" y una "racionalidad instrumental", de construir un conjunto de "normas comunicacionales" cuyas pretensiones de validez universal constituyen el fundamento común de la intersubjetividad enraizada en el lenguaje. A partir de la interacción comunicacional Habermas reconstruye una dialéctica que conduce al reconocimiento dialógico de uno mismo en el otro, en la medida en que existe un "fondo común", una "racionalidad" común garantizada por las normas "éticas", racionales y universales de la acción comunicativa.

Pero el artículo que va más lejos en esta dirección de una búsqueda de fundamentos racionales de una ética y una filosofía política es el de Jean-Fabien Spitz sobre la *Teoría de la justicia* de John Rawls. Según Spitz, Rawls entiende que la filosofía política procura determinar lo que sea un orden social justo, y formular los principios que procuran definirlo. Pero esos principios de justicia, que deberían convertirse en fundamento nor-

mativo de las prácticas colectivas, deben estar fundados racionalmente, lo que implica, a su vez, una pretensión de universalidad. La única manera de justificar tales principios sería construir una "situación de elección ideal" en la cual quienes tuvieran que elegir los principios que gobiernen las prácticas sociales se encontrarían en una "racionalidad óptima". Para que tal situación se dé, sería necesario que los sujetos puestos a elegir pudieran hacerlo de modo tal que sus propios intereses no tuvieran influencia sobre su decisión. Pero no sólo sus intereses actuales, sino también futuros; así que debería haber una suerte de "velo de ignorancia" que impidiera a tales individuos conocer su posición social, presente o futura. De ese modo se alcanzaría el punto de vista de lo universal, más allá de los intereses particulares.

Ahora bien, más allá de sus muchas diferencias, todas estas conceptualizaciones de los fundamentos racionales de una ética que regule las relaciones políticas parten de la idea de una racionalidad entendida como intersubjetividad. Y esto en el sentido más fuerte del término: no hay racionalidad que no sea inmediatamente social, puesto que se constituye "entre" los individuos. Hasta allí, se puede tender un puente entre esta tradición teórica y otros enfoques que han intentado relacionar lo social y lo político con los problemas de la comunicación y el lenguaje. Pienso, por ejemplo en el análisis que Marx y Engels realizan en *la ideología alemana* sobre la "conciencia" como realidad imbricada en el lenguaje, inmediatamente intersubjetiva

y, por lo tanto, social. Sin embargo ese análisis, en el que abrevaron numerosos pensadores (Bajtín, Foucault, Gramsci, Bourdieu y Williams, por mencionar sólo algunos), no considera el lenguaje y la conciencia surgiendo del Hombre abstracto e indeterminado, sino entre hombres socialmente determinados, que ya forman parte de una estructura social. De ahí el tema bajtíniano de la multacentuación de la palabra, y la asimetría, siempre presente, de la comunicación real. Y esto introduce en la reflexión anterior la problemática del poder. Si es cierto que la racionalidad es una realidad intersubjetiva, una realidad que emerge "entre" sujetos, también es cierto que toda relación social es siempre "ya" una relación de poder. ¿De qué manera, entonces, podría pensarse una situación ideal de decisión fuera de todo interés, o una comunidad científica idealizada que busca el saber a partir de la renuncia al egoísmo?

Tal vez, en el marco de este libro, el trabajo que más profundamente plantea la cuestión del poder sea el de Christian Lazzeri sobre el pensamiento político de Pascal. Lazzeri muestra, en una larga y compleja argumentación, cómo a partir de una antropología cristiana fundada en el mito de la caída, Pascal arriba a una concepción del poder político muy cercana a Maquiavelo: el orden social no está fundado en el derecho ni en la ley natural; tampoco está fundado en ninguna clase de contrato ni, en última instancia, en racionalidad alguna. El orden social y el Estado son el resultado del enfrentamiento y de la lucha en la

que el partido más poderoso se ha impuesto. Pero como la guerra nunca está del todo terminada, es necesario desarrollar estrategias que mantengan el orden del Estado a partir de la aceptación de dicho orden por parte de los dominados. En esas estrategias el despliegue semiótico de los signos del poder son tan importantes como el recurso de la fuerza, que por sí solo no puede sostener indefinidamente el orden del Estado. Más allá de las consideraciones finales del trabajo, referidas a las actitudes políticas del cristiano perfecto, nos encontramos con una concepción sorprendentemente cercana a la noción gramsciana de hegemonía. Esta noción es particularmente interesante porque sugiere un desarrollo de la dominación que no es exterior, sino interior a la conciencia de los sujetos.

En una dirección parecida trabaja Giacomo Marramao en su análisis de la cuestión del poder que recorre lecturas que van desde Weber hasta Luhmann. Me interesa destacar la lectura de la interpretación que Parsons realiza de la temática weberiana del poder. Si bien retoma de Weber la idea de una "racionalización burocrática" de la sociedad occidental, se aparta de esa tradición tanto en lo que se refiere a la unidireccionalidad vertical de la concepción del poder, como en lo relacionado con la reducción del mismo a términos económicos y utilitaristas. En una sociedad concebida como un complejo "sistema" integrado por una diversidad de "subsistemas", el poder circula de un modo también complejo y diverso, constituyendo una suerte de "código simbólico

específico". Esta "semiotización" de la idea de poder me parece particularmente importante porque, por una parte, equilibra (a la manera de Pascal) en el nivel de lo simbólico el recurso último de la fuerza como sostén del sistema; pero, por otra, desplaza el problema del poder desde el exterior al interior de la conciencia. El mantenimiento del orden político se basa en una "interdependencia simbólica" entre "coacción y consenso". Más allá de las diferencias fundamentales hay similitud hasta terminológica con la concepción gramsciana de la hegemonía, retomada por Raymond Williams y los Estudios Culturales. Si la racionalidad surge "entre" conciencias individuales, pero la conciencia está atravesada "ya" por relaciones de poder; si los seres humanos reales, lejos de ser "hombres" abstractos, ocupan "ya" posiciones de dominación o dependencia, ¿cómo concebir esa relación de apertura entre iguales, sometidos a las normas comunes de la racionalidad comunicacional? Más aún ¿cómo concebir esa suerte de "república de las letras" de la comunidad científica, en la que cada quien renuncia a sus intereses egoístas en función de la búsqueda de la verdad? ¿Acaso, como señaló Foucault, la búsqueda del saber no está atravesada "ya" por relaciones de poder?

Tal vez en este punto cobre importancia el trabajo de Jean-Louis Barrière sobre *la retórica* de Aristóteles, en el cual nos recuerda que el discurso político posee reglas propias, que no tienen que ver con los argumentos racionales que tienden a la demostración de la

verdad, sino con la movilización de las pasiones en función de la persuasión. El discurso político se vincula más a la problemática de la manipulación, tan largamente estudiada por la semiótica, que constituye la regla básica en ese "juego de lenguaje" específico, o en ese "género discursivo" que, como quería Bajtin, debería ser estudiado en el marco de las "esferas de la praxis" específicas en las cuales emerge y se desarrolla. Y en ese sentido, creo, los aportes de la teoría crítica en cuanto a las transformaciones ocurridas en el espacio público desde la irrupción de la cultura de masas siguen siendo fundamentales.

¿Pero cómo articular satisfactoriamente las dos problemáticas que recorren este libro? El intento de una justificación racional y universal de las normas

PAOLO FABBRI

EL GIRO SEMIÓTICO. Barcelona: Gedisa, 1999, (traducido del italiano (1998) por Juan Vivanco Geffaell), 157 pp. ISBN 84-7432-774-1.

Intentar referirse a la producción de Paolo Fabbri implica comprobar que recibir un mensaje nunca es pasivo, sino activo. Tomar contacto con sus reflexiones permite recorrer un gran número de estudios acerca de la semiótica y el lenguaje con la seguridad de que volver al origen tiene por meta replantear, ejercitar una mirada de bisagra entre la significación y el sentido, su construcción y su destrucción y el nuevo posicionamiento de la semiótica, de allí la noción de giro cual voltereta del sentido. En

éticas que deberían regir la acción política, ¿no implicaría una recaída en eso que Derrida ha llamado "falocentrismo"? Y la renuncia a esa búsqueda ¿no implicaría la resignación a la imposibilidad de articular un programa político que coordine las diferentes líneas de resistencia a las injusticias y peligros del capitalismo tardío? ¿No implicaría la fragmentación e impotencia definitiva de las fuerzas progresistas de las sociedades, como puede verse ya, de alguna manera, en el panorama de los Estudios Culturales?

Las respuestas, claro está, no se encuentran en este libro. Pero se trata de un interesante aporte que contribuye a mantener en pie la validez y la urgencia de las preguntas.

Claudio F. Diaz

efecto, según el autor "toda nuestra época na estado marcada por la idea constructivista, radicalmente utópica, de que es posible trocear la complejidad del lenguaje, de las significaciones, del mundo, en unidades mínimas [...] y luego, mediante combinaciones progresivas de elementos de significado y de rasgos significantes, producir o reproducir el sentido". Mientras que la perspectiva del giro semiótico es precisamente la opuesta: no se puede descomponer el lenguaje en unidades semióticas mínimas o dis-

tintivas sino "crear universos de sentido particulares para reconstruir en su interior unas organizaciones específicas de sentido". El giro es, entonces, metodológico pero también presupone una cierta "óptica" desde donde leer la disciplina.

La obra en cuestión tiene para el lector algunas características interesantes, advertidas por la presentación editorial de Gianfranco Marrone, profesor de Semiótica en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Palermo, quien ha compilado las lecciones que se publican en forma de libro.

El prólogo a la versión española contiene no sólo su razón de ser con respecto a una obra ya publicada, sino el posicionamiento del autor en tres momentos, en relación con la disciplina que lo ocupa: la falta de actualidad de la semiótica y el creciente desarrollo de la investigación sobre los signos y el sentido. Interesa aquí una primera aproximación a la definición de semiótica como "proyecto de inteligibilidad" y una preocupación "la incapacidad de crear un lugar de debate donde las críticas desde dentro y desde fuera permitan la formación y el asentamiento de un paradigma teórico" para concluir estableciendo que la "semiótica está en plena transformación y su falta de actualidad puede resultar oportuna".

La "Introducción" establece que se trata de lecciones, un género discursivo concreto, y esta oralidad se mantendrá en los tres capítulos del libro, los que son cuasi independientes en contenido pero "con hierba que crece por el medio". Los datos y referencias a los au-

tores en este tramo son indispensables para ubicar desde qué lugar retomaremos la lectura de la obra. Tema recurrente en Fabbri es la pasión y, sirva como anécdota, el maravilloso, recordado y pionero análisis que hizo sobre el aria "Casta Diva" de la ópera *Norma*, donde la protagonista interpretada por María Callas canta envuelta en una locura de amor no correspondido, análisis realizado durante su primer seminario en la Argentina, en la Universidad de Rosario, en 1986.

En cuanto a los capítulos en sí –"La caja de los eslabones que faltan", "Lo conocible y los modelos", "Cuerpo e interacción"– proponen una prolija lectura subtitulada que recorren en historias y propuestas los desplazamientos de la disciplina en cuestión y la inevitable necesidad de volverla nueva.

En el "Apéndice" se retoman algunos de los temas mencionados en preguntas y respuestas que abren otras opciones de análisis, otras variables, otras miradas. La lectura que realiza de C. S. Peirce, A. J. Greimas, R. Thom, L. Hjelmstev, N. Goodman o V. Propp asientan su preocupación principal que es la que articula su argumentación: la relación entre los distintos planos de lenguajes para volver a su pasión: la pasión.

El libro aporta una excelente distribución bibliográfica que responde a cada parte y una bibliografía completa de Paolo Fabbri alusiva a sus artículos, monografías, Actas, Cuadernos, imperdibles para cualquier estudioso del lenguaje y sus manifestaciones.

Por último es una obra que apun-

ta a despertar, a movilizar, a generar nuevas expectativas, a acompañar los tiempos, a posicionarnos en una nueva paradoja y su probable solución. A fascinar a

legos lectores y a volver a seducir a especialistas avezados.

Olga Corna

CENTRO RICERCHE SEMIOTICHE DI TORINO

LEGGERE LA COMUNICAZIONE. POLITICA, PUBBLICITÀ, INTERNET. Roma: Meltemi Editore, 1998. ISBN 88-86479-66-2.

LEER LA COMUNICACIÓN

La vivacidad de un campo del saber se mide, entre otros parámetros, a partir de la cantidad y de la calidad de sus publicaciones. Las revistas científicas constituyen uno de los canales privilegiados por los investigadores para presentar los resultados parciales de un proyecto en curso o para publicar el análisis específico de alguna problemática de actualidad; las revistas, además, son el lugar ideal para dejar caer provocaciones teóricas y encender discusiones que el formato libro, por sus mismos tiempos de edición, difícilmente podría contener. El panorama de la semiótica italiana es rico en publicaciones periódicas: basta nombrar a dos de ellas –*Versus* y *Carte Semiotiche*– para hacerse una idea del nivel del debate y de la calidad de la investigación en ese país.

A estas dos publicaciones “históricas” se sumó en el año 1993 *Lexia*, un proyecto hasta cierto punto alejado de las revistas antes mencionadas. Además de su formato –un tabloide en vez de la clásica revista-libro–, *Lexia* inauguró un nuevo estilo dentro del panorama semió-

tico italiano: la nueva publicación presentaba artículos más bien breves, relativos a problemáticas muy puntuales y escritos en un lenguaje lejano de cualquier exuberancia academicista. Otro punto a favor de *Lexia* fue la gran variedad de colaboradores. Cada número de la revista convocaba un amplio espectro de firmas, un grupo de autores a menudo heterogéneo que integraba a reconocidos docentes e investigadores europeos (Paolo Fabbri, Eric Landowski, Jacques Geninascia, Augusto Ponzio, Alain Cohen, Gianfranco Marrone, Gian Paolo Caprettini, Andrea Semprini, Roberto Grandi, entre muchos otros) con jóvenes estudiantes a punto de afrontar su tesis. La publicación, editada por el Centro Ricerche Semiotiche di Torino, fue creciendo hasta transformarse en la publicación oficial de la AISS (Associazione Italiana Studi Semiotici).

El volumen *Leggere la comunicazione. Politica, Pubblicità, Internet* presenta una serie de artículos –publicados en las páginas de *Lexia* entre 1994 y 1997– organizados en cuatro grandes áreas temáticas: La escena política y la construcción de la identidad, Internet y

el sistema cultural, La red como nuevo instrumento de promoción empresarial y Publicidad, productos y estilos de vida. Ya la elección de estos argumentos permite visualizar la concepción epistemológica en la cual se reconocían los editores de la revista: de frente a una semiótica fuertemente teórica e impregnada de filosofía, la línea editorial de *Lexia* privilegió las investigaciones sensibles a la realidad cultural y social, mas cercanas al espíritu sociosemiótico. Como escribe Guido Ferraro (Universidad de Turín) en la “Introducción” del volumen. *Lexia* considera a la semiótica “una disciplina que se dedica al análisis y a la explicación de hechos comunicacionales concretos, y al estudio de los modos a través de los cuales los sistemas de comunicación conocidos se transforman, o cómo se configuran nuevos sistemas”.

En el primer grupo de artículos se destacan los trabajos relativos a los debates presidenciales *face to face* y la construcción de los candidatos en vista de las elecciones. Otros textos incluidos en esta primera parte reflexionan sobre los procesos judiciales (eran los días del proceso por mafia a Giulio Andreotti) o sobre la cuestión del “estilo” en la política. El segundo y el tercer grupo de artículos, dedicados en este caso a la cuestión “digital”, no se pierden en los meandros deconstruccionistas del hipertexto sino que afrontan el problema de la red de manera concreta, o sea a partir de sus textos: portales, motores de búsqueda y *banners* publicitarios son los elementos que componen el *corpus* de esta reflexión. Finalmente, los trabajos dedicados al mundo de la publicidad y de los estilos de vida

integran breves análisis de algunas campañas que caracterizaron ese período hasta reflexiones sobre el papel de la semiótica en las investigaciones de marketing.

Estos cuatro grandes argumentos o zonas de reflexión elegidos para presentar los artículos son más que representativos de la gran transformación política, social y cultural que se vivió en Italia durante los años noventa: la crisis de la Primera República y la reorganización del sistema político partidario, la aparición de ese fenómeno político-comunicacional llamado Silvio Berlusconi, la irrupción de la red digital en la vida social y económica y las mutaciones a nivel del consumo y de la comunicación publicitaria. La investigación semiótica –a través de las páginas de *Lexia*– también hizo su aporte científico, reflexionando sobre estos procesos y contribuyendo a volverlos un poco más inteligibles.

Pero un libro seguramente no basta para contener toda la experiencia de varios años de trabajo (la revista dejó de publicarse en septiembre de 1998). En este primer volumen quedaron afuera diferentes argumentos que también formaron parte de la historia de *Lexia*: el debate teórico (recordamos uno sumamente interesante sobre la teoría greimasiana), la discusión sobre la enseñanza de la semiótica, las ediciones especiales dedicadas a la narrativa policial y a la ciencia ficción y los trabajos acerca del lenguaje cinematográfico y de los medios en general. Sería cuanto menos interesante recuperar parte de esta historia en un *Leggere la comunicazione II*.

Carlos A. Scolari

ERIC LANDOWSKI

PRÉSENCES DE L'AUTRE. ESSAIS DE SOCIO-SÉMIOTIQUE II. Paris: Presses Universitaires de France (PUF), 1998, 256 pp.

SEMIÓTICA E PRESENÇA

O livro *Présences de l'Autre*, de Eric Landowski, é exemplar dos novos rumos que a semiótica discursiva vem tomando desde que passou a se preocupar com uma dimensão mais sensível do sentido e, no limite, com a própria discussão do estatuto de um sentido que se dá antes mesmo de sua representação. Esse livro de Landowski de 1997 está organizado em torno de duas grandes problemáticas que a descrição dessa *presença*, já anunciada poeticamente no título, recobre. Por um lado, Landowski ocupa-se das “presenças” do Outro e de como estas determinam (através da construção de figuras, individuais ou coletivas, como o “esnobe”, o “dandy”, o “urso”, o “cama-leão”) as formas de identidade do próprio sujeito. O que está em pauta é, em outro momento, as formas de alteridade construídas entre sujeitos e seus modos de articulação (exclusão, assimilação, admissão, segregação). Através da semiótica de variados discursos e práticas sociais, que vão das formas de popularidade dos homens públicos à instauração de “modos de ser” através da moda, Landowski preocupa-se, enfim, com as relações intersubjetivas e intra-subjetivas, focando sua análise sobre a práxis enunciativa capaz de ressemantizá-las. Essa preocupação culmina, por outro lado, com a problematização daqueles momentos fugazes nos quais o contato mes-

mo do sujeito com o objeto se impõe e faz sentido por si só, ou, em outros termos, com a descrição de um regime de sentido da ordem do contato, que se dá tão somente na co-presença dos actantes sujeito e objeto; uma interação criadora de sentido em si mesma. Trata-se, enfim, do reconhecimento de um sentido cuja particularidade é justamente a de ser sentido nesse contato imediato entre sujeito e objeto: portanto, um sentido *sensível*; um sentido que se dá, em um termo, como *presença*. Esta outra noção de *presença* é, entre tantas, a contribuição que gostaria de destacar nesse livro pela influência que poderá vir a ter nos rumos da própria semiótica.

Tal como proposta por Landowski, essa *presença* designa o modo como aquilo que um sujeito, somática e sensorialmente, sente (através da visão, da audição, do tato, etc.) já há um sentido que só se constitui como tal no momento mesmo em que se dá esta apreensão sensível do objeto. Rompe-se aqui com a forma dicotômica com que costumamos nos relacionar com o mundo — “uma por meio dos sentidos, mas sem sentido, e a outra *com* sentido, mas além dos sentidos” —, reconhecendo-se a emergência desse sentido que emerge dos vínculos diretos que cada um tece com o mundo que o rodeia (mundo que se deixa apreender como uma configuração sensível imediatamente carregada de sentido); um sentido entretecido naquilo que

os nossos sentidos por si só nos permitem apreender. É do modo então como se constrói essa *presença* que Landowski vai se ocupar semiotizando, nos sete ensaios que compõem o livro, experiências cotidianas que vão do recebimento de uma carta às impressões do viajante que sobrevoa num avião seu próximo destino; dos encontros rotineiros na praça pública, café ou teatro às nossas relações com cenas de rua, com fotos publicitárias, com a midiáticação do político. Ao fazê-lo, o que Landowski tenta nos mostrar é que as nossas próprias vivências podem ser tratadas como uma outra dimensão do sentido e é dela que cabe agora à própria semiótica se ocupar como um novo desafio, ainda que, provisoriamente, apenas sobre a forma de um outro *olhar*. Um olhar que nos permite, no entanto, antes mesmo de uma formulação metodológica mais acabada, tentar analisar, numa perspectiva complementar à semiótica narrativa, determinados textos que esta nunca enfrentou até mesmo pela dificuldade de reconhecê-los como tal em função do seu caráter “vivo” e em movimento, por só existirem na forma de um *se fazendo*, por se darem, enfim, *em ato*. O que a proposta de Eric Landowski traz de mais original é exatamente essa possibilidade de entendermos, a partir da descrição dessa *presença*, o estatuto de textos que se definem como tal na emergência de um ato; textos que consistem justo nesse próprio contato, imediato e irrepetível, do sujeito com um objeto num tipo de situação que não apenas *atualiza* uma relação por meio da qual se produz uma significação qual-

quer (a conversação interpessoal, por exemplo), mas que instaura uma relação que tem, em si mesma, um sentido “sentido” (a fruição de uma música instrumental, por exemplo).

Nessa condição, este tipo de texto precisa ser pensado como parte de uma ordem de fenômenos de cuja existência não se pode falar fora do próprio ato que os *faz ser*. A noção dessa *presença* semiótica, cuja descrição fundamenta o conjunto dos ensaios reunidos pelo *Présences de l'Autre*, está, genericamente, associada ao sentido produzido *em ato*, o que já era desde *A sociedade refletida. Em Ensaio de sociosemiótica I* Landowski (1989 [1992]) aponta uma perspectiva ao assumir a enunciação como o “ato pelo qual o sentido faz ser o sujeito semiótico”. Com isso, o autor antecipava o que veio a ser a proposta definitiva do livro seguinte: não mais um tratamento lingüístico do texto, mas um tratamento de inspiração claramente fenomenológica, cujo objetivo era dar conta dos modos de interação dos sujeitos, tanto quanto dos modos de interação entre o sujeito e “mundo”. Nos capítulos “Explorações estratégicas” e “Semiótica do cotidiano”, ainda em *A sociedade refletida*, Landowski já discutia um fazer-fazer do manipulador que implicava em um complexo jogo de posições dos sujeitos envolvidos nas situações analisadas. O que estava sendo construído era, desde aí, as bases de uma tipologia dos modos como o sujeito entra em contacto *aqui e agora* com o objeto, a descrição do modo como se constrói o sentido em enunciados que evitam assumir a separação entre enun-

ciador e enunciatário, visto que é justamente desse contato direto entre eles que emerge o sentido. Este tipo de interação vem a ser melhor caracterizada por Landowski, no *Présences de l'Autre*, em um *corpus* variado de análise no qual a instância que produz o discurso não é mais caracterizada por um fazer transitivo entre enunciatário e enunciatário, mas por um fazer co-presencial que se dá singularmente e a cada ato de produção. É o que ocorre, por exemplo, com o tipo de sentido que emerge entre um casal que dança: o sentido *sentido* que Landowski tenta agora descrever é dado neste dançar pelo ajustamento sensível do dois no ato mesmo em que se encontram e dançam; o sentido "vivido" que se dá neste tipo de situação já não se explica, certamente, pelo respeito às regras, pela mecânica dos movimentos ou pela própria ritualização da dança. O desafio que Landowski se coloca nesse livro, e a partir dele, passa a ser então a descrição, através da análise das mais variadas práticas *em situação*, dos modos como esse *em ato* é construído submetido ao imperativo do *aqui* e *agora* da enunciação. Entendida como um regime de sentido próprio a tudo que se dá *em ato*, a *presença* está relacionada afinal, nas palavras do próprio autor, à "uma problemática geral das relações do sujeito consigo mesmo através das modulações de sentido que ele atribui ao seu espaço-tempo".

Essa preocupação com uma dimensão mais sensível do sentido, que culmina com a descrição dessa *presença*, pode ser considerada como sendo ainda um dos legados do último livro que

Greimas publicou sozinho, o *De l'imperfection* (1987) ou, se pretendermos ser mais fiéis à história, como o fruto da pesquisa coletiva que o mestre lituano desenvolvia e que antes mesmo desse seu livro já ecoava nos escritos dos seus colaboradores, a exemplo do próprio Landowski e de Jacques Geninasca (1984). No *De l'imperfection*, após anos de dedicação à lexicologia e à narratologia, Greimas se propõe a considerar justamente estas experiências de fusão sensorial entre sujeito e objeto (estesia). Até então, o estudo das relações entre sujeito e objeto detinha-se na análise das transformações narrativas através das quais se estabelecia uma conjunção ou disjunção entre eles. A relação de junção entre estas duas instâncias determinava assim três grandes modos de existência semiótica: a *atualização*, que corresponde à transformação por meio da qual se dá a disjunção entre sujeito e objeto; a *realização* que, a partir da disjunção anterior, estabelece a conjunção entre sujeito e objeto, e a *virtualização*, que designa o sujeito e o objeto anteriores à própria junção. Por trás dessas três grandes operações está a oposição categorial presença/ausência, a partir da qual se tenta distinguir, não apenas no nível actancial, mas da própria linguagem, uma existência virtual (*in absentia*) ou atual (*in praesentia*). No clássico *Dicionário de semiótica* (1979: 198-199), o termo presença designa assim tão somente o que é da ordem do "manifesto". Relacionada ainda à preocupação com os modos pelos quais o objeto aparece para o sujeito, uma nova descrição da presença só vai aparecer na semiótica francesa,

no final dos anos 80, nos trabalhos de Eric Landowski, começando pela publicação do artigo "La lettre comme acte de présence" (1988).

Transformado agora em ensaio, com postulações bem mais maduras, este texto é um dos melhores momentos do *Présences de l'Autre*. Nele, a conceituação da *presença*, que, fiel ao estilo quase literário de Landowski, perpassa de modo fluído todos os capítulos do livro, ganha um tratamento mais categórico.

Com uma formulação bem diversa da proposta por Landowski, mas também associada ao *posto em ato*, Jacques Fontanille e Claude Zilberberg (1998) incorporam, dez anos depois da primeira versão do "La lettre comme acte de présence", a preocupação com a presença à chamada semiótica tensiva, passando a associar essa noção à formulação de categorias modais capazes de descrever o que é da ordem do perceptivo e sensível. Mas é ainda nos trabalhos de Landowski, publicados ainda antes e depois do *Présences de l'Autre*, que a semiótica do discurso *como ato* vem sendo desenvolvida como uma autêntica "poética da presença", capaz de iluminar, de modo operativo, a compreensão dos contextos intersubjetivos e interativos que se manifestam *como* e *através* dos discursos e das práticas *em situação*. Por um caminho bem próprio, no qual o próprio fazer semiótico se confunde com uma prática de vida (seu *olhar* para o mundo), Landowski colabora, ao propor essa noção de *presença*, com a abertura de mais um caminho para se compreender, sem qualquer desvio a outras disciplinas (psicologia,

sociologia, etc.), as diferentes formas de construção/manifestação da subjetividade da própria linguagem. Todo esse seu percurso teórico pode ser acompanhado não apenas através do *Présences de l'Autre*, mas também em vários artigos publicados após este livro, entre os quais destaco: "Le regard impliqué", "Modes de présences du visible", "Il tempo intersoggettivo: in difesa del ritardo", "De l'imperfection, e "Sobre el contagio".¹ Voltado para a problemática da presença, Landowski já possui um outro livro no prelo intitulado *Passions sans noms*. Enquanto esperamos este novo trabalho, há certamente ainda muito o que discutir a partir dos ensaios inspiradores do *Présences de l'Autre* que, no momento, está sendo reeditado em português (São Paulo: Perspectiva) e em italiano (Roma: Meltemi).

Yvana Fechine

NOTA

1. Cf. "De l'imperfection, el libro del que se habla" e "Sobre el contagio", in E. Landowski, R. Dorra e A. C. Oliveira (eds.), *Semiótica, estesis, estética*, Puebla-São Paulo, Editorial U.A.P.-Educ, 1999; "Il tempo intersoggettivo: in difesa del ritardo", in P. Basso et L. Corrain (eds.), *Eloquio del senso. Dialoghi semiotici, per Paolo Fabbri*, Milan, Costa e Nolan, 1999; "Modes de présences du visible", *Caderno de discussão do V Colóquio do Centro de Pesquisas Sociosemióticas*, São Paulo, C.P.S., 1999 (trad. ital. in L. Corrain

(éd.), *Actes du congrès de l'Association internationale de sémiotique visuelle*, Sienna, 1998); "Le regard impliqué", *Revista Lusitana*, 17-18, Lisbonne, 1998; "Pour l'habitude", *Caderno de discussão do IV Colóquio do Centro de Pesquisas Sociosemióticas*, São Paulo, C.P.S., 1998 (trad. ital. in P. Fabbri et G. Marrone (éds.), *Semiotica in nuce*, vol. II, Teoria del discorso, Rome, Meltemi, 2001).

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FONTANILLE, J. e ZILBERBERG, C. (1998) *Tension et signification*. Liège: Mardaga, capítulo "Présence".
GENINASCA, J. (1984) "Le regard est-

hétique" in *Actes Sémiotiques* VI, 58.
GREIMAS, A. J. (1987) *De l'imperfection*. Périgueux: Pierre Fanlac Éditeur.
GREIMAS, A. J. e COURTÉS, J. (1979) *Dicionário de semiótica*, trad. port. Alceu A. Lima et alii.. São Paulo: Cultrix.
LANDOWSKI, E. (1988) "La lettre comme acte de présence" in *La lettre. Approches sémiotiques* de Cl. Calame et L. Vélez-Serrano (éds.). Fribourg: Éditions Universitaires de Fribourg.
LANDOWSKI, E. (1989) *La société réfléchie. Essais de sociosémiotique*. Paris: Seuil (trad. port. *A Sociedade refletida*, São Paulo-Campinas: Educ-Pontes, 1992; trad. esp. *La sociedad figurada*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993; trad. ital. *La Società riflessa*, Roma: Meltemi, 1999).

V. PERFILES

JEAN-MARIE FLOCH (1942-2001)

Jean-Marie Floch faleceu no último dia 10 de abril 2001 e, após uma semana, ocorreram as cerimônias fúnebres nessa terça-feira nos arredores de Paris, onde por muitos anos viveu e, ousou dizer, sem dúvidas, que foi muito feliz com os seus familiares.

Homem sensível, humano, Floch tinha uma rara inquietude intelectual e uma dinamicidade que lhe possibilitaram, ao mesmo tempo, atuar como pesquisador, professor e consultor de comunicação e marketing, atendendo contas de renomados clientes, atividade profissional na qual fez a semiótica encontrar sua ação efetiva fora da academia, do mesmo modo como soube converter sua prática e atuação no mercado em subsídios semióticos que fizeram avançar a semiótica geral no âmbito da figuratividade, do sincretismo e das estratégias de manipulação. Ele ensinava semiótica na Fondation National des Sciences Politiques e, até 1995, animou o atelier de "Sémiotique visuelle", que fora formado em torno do "Seminaire de Sémantique générale" de A. J. Greimas na E.H.E.S.S., no final da década de sessenta. Foi Floch um dos integrantes fundadores desse núcleo de investigação coletiva, o qual coordenou por mais de trinta anos consecutivos. Sem mencionar, que durante as suas escapatórias nos Alpes, montanhês que era, ele também se dedicava à criação de imagens em desenhos e aquarelas, reservadas a poucos. Pesquisador estrangeiro integrante do Centro de Pesquisas Sociosemióticas, seus desenvolvimentos da semiótica pontuam a maioria de nossas investigações sobre o semi-simbolismo, a figuratividade, a figuratividade profunda, a semiótica sincrética, semiótica plástica e a das mídias.

Com extremo rigor conceitual e metodológico, o semioticista apaixonado pela imagem tinha interesses múltiplos que fizeram de seu pioneirismo na constituição da semiótica visual a abrangência mesmo que esse campo disciplinar tem na atualidade. Seus escritos abordam imagens da pintura (*Petites mythologies de l'œil et de l'esprit*, Paris: Hadès, 1985), da fotografia (*Les formes de l'empreinte*, Périgueux: Fanlac, 1986); das mídias (*Sémiotique, marketing et communication*, Paris: Presses Universitaires de France, 1990, "La génération d'un espace commercial", *Actes Sémiotiques-Documents*, 87, 1987), dos objetos de marcas e as marcas na sociedade de consumo (*Identités visuelles*, Paris: Presses Universitaires de France, 1995), das histórias em quadrinhos (*Une lecture de Tintin au Tibet*, Presses Universitaires de France, 1997),

dos ícones russos, que nos ficaram legados por suas notas elaboradas ao longo dos últimos dez anos.

O retrato do intelectual que se ocupou com perspicácia e inventividade de um *bricoleur* do estudo de nossa cotidianidade fica ainda para um esboço futuro. Hoje, por mais esperada que fosse a morte do intelectual dado ao agravamento de sua enfermidade, emerge somente a triste confirmação de que Jean-Marie foi interrompido no apogeu de sua maturidade intelectual. Para a fecundidade do seu trabalho intelectual, a vida foi extremamente curta.

Ana Claudia Alves de Oliveira

GOMBRICH, EL ARTE Y SU TIEMPO

(1909-2001)

“No existe realmente el Arte, tan sólo hay artistas.” Esta declaración de Gombrich, con la que inicia la reconocida *Historia del Arte*, da cuenta de su mirada del hecho artístico y del lugar del sujeto en la creación. Más adelante, en el mismo texto, se pregunta si algún crítico de fines del siglo XIX habría sido lo suficientemente perspicaz como para descubrir en el “loco holandés de mediana edad”, en el “caballero retirado y acomodado que casi no enviaba cuadros a ninguna exposición” o en “el corredor de bolsa convertido en pintor” a Van Gogh, Cézanne y Gauguin, las tres figuras que estaban haciendo historia en ese momento. La sencillez de la respuesta es innegable: no se trata de saber si los habría apreciado sino de saber *si los habría conocido*.

Ambos ejemplos subrayan la relevancia que tenía para Gombrich la dimensión humana de artistas y críticos o, dicho en términos semióticos, la dimensión contextual en la que se genera el arte y su interpretación: los hechos artísticos están en constante diálogo con todas las épocas y los estudios históricos siempre han de hacerse eco de ese diálogo entre el pasado y lo viviente.

Como historiador del arte, intentó hacer inteligibles los elementos fácticos de una cronología; como crítico intentó dar opinión respecto de ellos y, en ambas actividades, fue un intérprete que dotó de sentido —un sentido entre otros posibles—, a la teoría del arte, concibiéndola como una actividad alejada de las sensaciones subjetivas, de las impresiones estéticas y por el contrario, basada en disciplinas tales como la antropología, la historia de la religión, la psicología y hasta la filología clásica.

En este punto cabe señalar otros dos aspectos de su producción: en primer lugar, la vocación explícita de utilizar un lenguaje simple, poco técnico, accesible a estudiantes, neófitos y especialistas en otras disciplinas —la “accesibilidad” de los textos era un consigna militante que conservó a lo largo de toda su obra—; en segundo lugar, el diálogo que Gombrich entabla en sus textos con otros críticos, con otros intér-

pretes del arte. Gombrich polemiza con artistas y críticos pero reconoce que son sus obras las que lo conducen a pensar, a definir posiciones, a sentar conceptos. Esta tríada, *interdisciplinariedad, accesibilidad y dialogismo*, constituye el soporte de una obra plena que ha marcado el pensamiento sobre el arte de casi todo el siglo XX. Pero aún más: estas tres características son las que, a su vez, permitieron la extensión de los conceptos de Gombrich más allá de las fronteras del arte. Así, sus formulaciones respecto del arte imitativo, la construcción de la imagen visual, los esquemas de percepción y las expectativas del intérprete sirvieron de fundamento para muchos de los desarrollos de la semiótica visual. El énfasis que pone Gombrich en la convencionalidad de la percepción y de los códigos imitativos constituyó un ineludible punto de referencia para el largo debate sobre la iconicidad, tanto en el consenso, como en el disenso de quienes como Eco, Gubern, Sorensen, Klinkenberg —entre otros— tomaron esos desarrollos incorporándolos al debate.

Nacido en la Viena de comienzos de siglo, Gombrich vivió y disfrutó su apogeo intelectual, nutriéndose de la atmósfera erudita y rupturista característica de esa ciudad. Como tantos intelectuales judíos, con el avance del nazismo debió emigrar a Londres, donde vivió hasta su muerte, ocurrida hace pocas semanas. Como tantos otros, saltó las barreras de su mundo para desarrollarse como perseguido y acogido, como desterrado y adoptado en un mundo confuso. Su figura cubre casi todo el siglo XX y su pensamiento domina la escena de la segunda mitad como referencia ineludible para la comprensión de los fenómenos de la imagen, la percepción, la historia y su historicidad. Se extingue en los umbrales del siglo XXI, en un mundo también confuso, aunque la confusión sea de otro orden. Sin embargo, ese Gombrich que no dejó de reconocer que siempre había un hilo sutil que unía nuestra historia presente con hechos remotos, tales como las pirámides o las esculturas griegas, tal vez pueda continuar marcando la firmeza de ese hilo en la historia de la humanidad que, a través de líneas oblicuas, nunca directas, liga nuestros actos con los del ayer y también con los del futuro. Y podemos finalizar hoy más que nunca, también con Gombrich, recordando que no por tratarse de futuro está exento de crítica.

María del Valle Ledesma

THOMAS A. SEBEOK

(1920-2001)

Al cierre de la edición del segundo número de *deSignis* recibimos la triste noticia del fallecimiento de Thomas A. Sebeok. Los artículos de la revista siguen siendo los mismos pero, de alguna manera, ya son otros porque con Sebeok ha muerto uno de los paradigmas vivientes de la semiótica. Su figura académica se recorta, atravesando

do buena parte del siglo, con una sólida postura intelectual y una tenaz voluntad política. Él ha enriquecido nuestra disciplina en esa doble vertiente. De lo primero, dan cuenta sus numerosas obras; de lo segundo, la capacidad de liderar durante años nuestra comunidad intelectual, favoreciendo el desarrollo de pensamientos divergentes. Polifacético, Sebeok fue capaz de aunar la tarea del investigador, con la del docente, del propulsor y del editor en una figura enérgica y cordial.

Sin embargo, a la hora del recuerdo, se impone la miscelánea... Prefiero recordarlo en un patio de Buenos Aires, con su mujer Jean y sus hijas, Verónica, Jessica y Erika, comiendo un "asado" y conversando amigablemente con profesores y alumnos después de dictar sus conferencias sobre iconicidad y comunicación no verbal en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA. Lo habíamos homenajeado invitándolo a almorzar en una típica casona de Palermo, el mítico barrio de Borges. Recorriendo sus calles, analizando los carteles de nuestra ciudad, nos dio una pequeña clase de semiótica. A su esposa Jean le había llamado la atención la cantidad de nombres en inglés que tenían nuestros comercios. Sebeok intervino en la conversación interpretando esos signos indiciales y relacionó aquellos carteles con la difícil conformación de nuestra identidad. Lo cotidiano de la anécdota alcanza para mostrarlo tanto en su estatura intelectual como en su actitud docente, y, fundamentalmente, da cuenta de la entrañable calidez de su persona.

En el cierre de este nuevo número de *deSignis*, toda la obra de Sebeok se actualiza en nuestra mente y nos propone nuevos recorridos, guiados por el maestro.

Claudio Guerri

VI. AGENDA

La Sección AGENDA de la revista *deSignis* contiene información actualizada sobre los principales eventos (congresos, seminarios, cursos) que se realizan en torno a la disciplina semiótica y al tema específico tratado en cada número.

Si desea enviar información para su publicación en el espacio de la Agenda-*deSignis*, por favor incluya los siguientes datos: título del evento, temática, fecha y lugar de realización, características principales, fechas límite para la entrega de trabajos, contacto, dirección postal e internet, teléfonos y números de Fax.

Los datos sobre los eventos deberán ser redactados por los interesados (entre 10/20 líneas, Times Roman 12) y enviados a: Alfredo Tenoch Cid Jurado, Responsable Agenda - Revista *deSignis*, en acid@campus.ccm.itesm.mx. Tel. (52-55) 94 27 49 y (52-54) 83 20 20 ext. 13 64. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Ciudad de México. Calle del Puente 222. Colonia Ejidos de Huipulco, 14380, Tlalpan.

Colaboradores: Ricardo Martínez Gastélum, Edgar Morán Carreón y Aldo Osorio Leal.

EVENTOS POR REALIZARSE

VI Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación

"Ciencias de la Comunicación y Sociedad: un diálogo para la era digital: Enfrentando la brecha entre academia y sociedad"

Lugar: Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

Fecha: 12 al 15 de junio de 2002.

Más información:
<http://www.ufl.es/publicaciones/latina/2001/latina43julio/noticias/alaic.htm>

Temática:

• Ciencias de la comunicación y sociedad: un diálogo para la era digital - Las perspectivas mundiales, por Manuel Castells.

• Ciencias de la comunicación y sociedad: un diálogo para la era digital - Las perspectivas latinoamericanas, por Jesús Martín-Barbero.

• Paneles:

1. Agenda investigativa de ALAIC para el decenio 2002-2012: Reduciendo la brecha comunicacional entre academia y sociedad.

Reinventando las políticas de comunicación en el siglo XXI: El rescate de la utopía construida por los pioneros de la investigación comunicacional latinoamericana.

Curso Internacional de Lingüística Textual

Lugar: Murcia, España.

Fecha: del 11 al 15 de marzo de 2002.

Más información:

lintexto@fcu.um.es
<http://www.um.es/lenespa/cilt/Webcongreso.html>

Prof. Ramón Almela Pérez. Facultad de Letras. Universidad de Murcia, 30071 Murcia.

Teléfonos: 968 363 265 (mañanas; Auxiliar administrativa del Dpto.) y 968 363 262.

Fax: 968 367 678.

XXIII Conferencia de la Asociación Internacional de Investigación sobre la Comunicación Social en Comunicación Intercultural

Lugar: Barcelona, España.

Fecha: del 22 al 26 de julio de 2002.

Más información:

<http://www.barcelona2002.org>

Institu de la Comunicació (In-Com) y Universitat Autònoma de Barcelona Facultat de Ciències de la Comunicació

incom@uab.es

http://www.uab.es/incom

Teléfonos: 34-935812907 /

935812696 / 935811762.

Faxes: 34-935812696 / 5812139.

First Congress of the International Society for Gesture Studies: The Living Medium

Lugar: Austin, TX, USA.

Fecha: del 5 a 8 de junio de 2002.

Mayores informes: \t «_blank» www.utexas.edu/coc/speech/gesture/

gestureconference@hotmail.com, jstreeck@mail.utexas.edu Gesture Conference Department of Communication Studies, CMA 7.114

The University of Texas at Austin, Austin, TX 78712-1089.

Impartida por: Geneviève Calbris (Semiotics, CNRS, París), Hubert Dreyfus (Philosophy/Cognitive Science, UC Berkeley), Merlin Donald (Psychology, Queens U., Kingston/Ontario), Charles Goodwin (Communication/Applied Linguistics, UCLA), Adam Kendon (Anthropology, Philadelphia), Scott Liddell (Sign Language/Linguistics, Gallaudet University), David McNeill (Psychology, U. of Chicago), Richard Shiff (Art History, UT Austin).

Forma de registro: en línea en la página de Internet.

CALL FOR PAPERS

V Congreso Internacional de la Federación Latinoamericana de

Semiótica –FELS– “Semióticas de la vida cotidiana”

Mayores informes:

www.designisfels.net

Lugar: Centro Cultural Gral. San Martín, Buenos Aires, Argentina.

Fecha: 28 al 31 de agosto de 2002.

El tema del Congreso se vincula a problemáticas y líneas de investigación de creciente vigencia, que involucran un amplio conjunto de prácticas sociales. Su abordaje ha exigido diferentes construcciones interdisciplinarias, que dan cuenta asimismo de conflictos y refundaciones en el campo de los estudios semióticos. Para esta elección temática se ha atendido también al desarrollo del amplio campo de aplicaciones técnicas a las que ha dado lugar el cruzamiento de esta problemática teórica con la definición de los espacios de la vida social abarcados por el cambiante concepto de *cotidianidad* en la ciudad contemporánea. Idiomas oficiales: español, portugués, inglés y francés.

Abstracts: título y resumen de 300 palabras.

Enviar a: claudioguerra@fibertel.com.ar

Fecha límite: 30 de junio de 2002.

X Congreso de la Asociación Española de Semiótica

Mayores informes: http://www.unirioja.es/Prensa/Congresos/AES2002/

Lugar: Logroño y el monasterio de San Millán de la Cogolla, España.

Fecha: 3, 4 y 5 de octubre de 2002.

Temática: el arte y nuevas tecnologías.

Áreas:

- semiótica del arte y nuevas tecnologías
- poesía y nuevas tecnologías
- novela y nuevas tecnologías
- diseño y nuevas tecnologías
- arquitectura y nuevas tecnologías
- escultura y nuevas tecnologías
- danza y nuevas tecnologías
- el papel de las nuevas tecnologías en la investigación literaria
- el diálogo intermediático
- semiótica, cultura y globalización
- videojuegos
- los nuevos soportes de la creación artística
- la realidad virtual.

Abstracts: con título y breve resumen de alrededor de 1000 palabras.

Entrega: mimuro@dfhc.unirioja.es

Prof. Miguel Ángel Muro. AES. 2002 Depto. Filologías Hispánica y Clásicas. Edificio de Filología. Universidad de La Rioja C/ San José de Calasanz, s/n. 26004 Logroño (España).

Fecha límite: 30 de junio de 2002.

Pago de inscripción: Banco de Santander, Concepto: “X Congreso de la Asociación Española de Semiótica”.

Nº de cuenta:

00495010722210502199, Sucursal principal, c/Bretón de los Herreros, 1 26001 Logroño (La Rioja).

Fecha límite de pago de inscripción: 20 de septiembre de 2002.

III Congreso Venezolano Internacional de Semiótica Globalización, Identidad y Diversidad: La Semiótica del Nuevo Milenio

Mayores informes: Dobrila de Nery: dobrila@cantv.net

Mariluz Domínguez: mdomingu@luz.ve

Fax: (58 - 61) 596217. Lugar: Maracaibo, Venezuela.

Fecha: 7 al 10 de noviembre de 2002.

Temática: Sociosemiótica: Representaciones, Prácticas, Discursos Sociales.

Etnosemiótica: Ritos, Mitos, Magia.

Semiótica del Discurso Visual: Imagen, Publicidad, Telenovela,

Cómics, Cine, Fotografía. Semiótica del Espacio: Arquitectura, Diseño y Artes.

Semiótica y Nuevos Lenguajes: del Computador e Internet a la realidad virtual.

Semiótica del Discurso: Discurso Político, Jurídico, Religioso, Electoral. Literario, Periodístico.

Psicosemiótica. Semiótica del Teatro.

Entrega de abstracts: Dobrila de Nery: dobrila@cantv.net

Mariluz Domínguez: mdomingu@luz.ve

Fax: (58 - 61) 596217. Fecha límite: 31 de mayo de 2002.

Fecha límite de pago de inscripción: 30 de septiembre de 2002.

EVENTOS REALIZADOS

Seminario “La Semiótica y las Ciencias Humanas”

Impartido por: Dr. Paolo Fabbri y Dr. Alfredo T. Cid (coordinador)

Mayores informes: Dr. Alfredo T. Cid,

acid@campus.ccm.itesm.mx 54-83-20-20 ext. 1364

Lugar: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Ciudad de México, México.

Fecha: 21 a 28 de septiembre de 2001.

Temas tratados: La semiótica

generativa en la tradición europea.

Paolo Fabbri y la semiótica italiana.

Semiótica y ciencias humanas: conceptos teóricos.

El discurso científico y el discurso político.

La imagen y el espejo: espejos y sombras.

La eficacia simbólica.

Estrategias eficaces.

III Encuentro Chileno de Semiótica Globalización, Descentramiento, Fragmentación, y la Construcción de nuevas identidades:

Comunicaciones, Arte y Literatura/ Programación Televisiva Infantil y Dibujo Animado.

Organizado por el Departamento de Investigaciones Mediáticas y de la Comunicación y Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile; los Programa de Magíster en Comunicación Social, y Postítulo en Crítica Cultural de la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de Chile, y la Asociación Chilena de Semiótica.

Mayores informes: Esc. Periodismo, Univ. de Chile Periodista José Carrasco 10, Santiago - Centro, Santiago, Chile.

Fax: (56)(2) 2229616. Teléfonos: (56)(2) 222604, (56)(2) 2229777.

E-mail: rdelvillar@entelchile.net

Lugar: Santiago de Chile, Chile. Fecha: 9 y 10 de abril de 2001.

FE DE ERRATAS deSIGNIS 1

ESCENARIOS

En página 24, donde dice: "...en clara referencia a Tarde, Max Weber y a Veblen, autores que han sido traducidos por primera vez al español.", la frase se refiere a los artículos de Patrizia Magli y Patrizia Calefato.

LECTURAS

En página 316, correspondiente a Mary Douglas, *Estilos de pensar*, Barcelona: Gedisa, 1998, donde dice Cristina Peñarín debe decir: **Asunción Bernárdez**.

deSIGNIS 3 |

DEBATES

nueva sección

A partir del nº 3 de *deSignis*, se iniciará una nueva sección para recoger las opiniones y los debates suscitados por los artículos.

Por favor, envíe su opinión a la Directora.

CUPÓN DE SUSCRIPCIÓN (POR FAVOR, RELLENAR CON LETRA IMPRENTA)

- SUSCRIPCIÓN PERSONAL
2 NÚMEROS AÑO 2002 EUROS: 40 / US\$ 36
- SUSCRIPCIÓN INSTITUCIONAL
2 NÚMEROS AÑO 2002 EUROS: 80 / US\$ 72
- SUSCRIPCIÓN ESTUDIANTES
2 NÚMEROS AÑO 2002 EUROS: 34 / US\$ 31

NOMBRE Y APELLIDO _____

DOCUMENTO N° _____

PROFESIÓN _____

INSTITUCIÓN _____

C.I.F. _____

DIRECCIÓN _____

POBLACIÓN / CIUDAD / PAÍS _____

TEL. _____ FAX _____

E-MAIL _____

FORMA DE PAGO

A. CON TALÓN BANCARIO ADJUNTO A NOMBRE DE EDITORIAL GEDISA S.A.

B. CON TARJETA DE CRÉDITO N° _____

 MASTERCARD VISA

NOMBRE DEL TITULAR _____

FECHA DE CADUCIDAD _____

Si Ud. ya está suscrito y desea renovar su suscripción, envíenos este cupón con su número de suscriptor

DESEO RENOVAR. NÚMERO DE SUSCRIPTOR _____

DESEO RENOVAR AUTOMÁTICAMENTE MI SUSCRIPCIÓN

Complete este cupón y envíelo por correo o fax a:

Editorial Gedisa

Pº Bonanova 9 1º 1ª, 08022 Barcelona

Tel. 93/2530904, Fax 93/2530905

e-mail: gedisajournals@gedisa.comweb: www.gedisa.com



ÍNDICE DEL N° 1

LA MODA

REPRESENTACIONES E IDENTIDAD

Responsable del número: LUCRECIA ESCUDERO CHAUVEL
Con la colaboración de GIULIA CERIANI

I. ESCENARIOS

OSCAR STEIMBERG *Moda y estilo a partir de una frase de Walter Benjamin* / JORGE LOZANO *Simmel: la moda, el atractivo formal del límite* / UGO VOLLI *¿Semiótica de la Moda, semiótica del vestuario?* / PARMINDER BHACHU *Ser asiático está de onda: moda y diseñadores en los mercados globales* / GIULIA CERIANI *Tendencias en el sistema de la moda* / BRUNO REMAURY *Lujo e identidad cultural americana* / LUCRECIA ESCUDERO CHAUVEL *Lógicas en la representación de la moda* / ANA PAULA LIMA DE CARVALHO *A produção da moda no Brasil no período do pós-guerra aos anos 50: mudanças e permanências culturais* / ANA PAULA CELSO DE MIRANDA, CAROL GARCIA, SERGIO C. BENICIO DE MELLO

Moda: uma questão de envolvimento / ANA CLAUDIA ALVEZ DE OLIVEIRA *Da Boneca às bonequinhas: uma mesma imagem de construção do corpo* / SUSANA SAULQUIN *El cuerpo como metáfora* / KATHIA CASTILHO CUNHA *Contaminações arcaicas no corpo contemporâneo* / PATRIZIA MAGLI *Maquillaje: autenticidad del artificio* / PATRIZIA CALEFATO *El cuerpo vestido, los sentidos y la escritura: entre moda y cine* / NORA MAZZIOTTI *Ador(n)adas de la cabeza a los pies: el vestuario de las estrellas de cine latinoamericanas de los años 1930 a 1950* / REGINA ROOT *Vestidas para masar: la mujer, la moda y el espíritu de la independencia en América Latina en el siglo XIX* / CHARO LACALLE *Deconstruir la moda. El universo significativo de Vivienne Westwood.*

II. PUNTOS DE VISTA Entrevistas a Valery Steel, Elizabeth Wilson, Sylvie Ebel, Ana Torrejón, Juan Manuel Mathé por Olga Corna, Lucrecia Escudero Chauvel, Claudio Guerri, Regina Root, Guillermo Olivera y Katie Lloyd Thomas.

III. DISCUSIÓN COSTANTINO MARMO *DeSignis y Roger Bacon. (Doctor Mirabilis).*

IV. LECTURAS Escriben Teresa Espar, Kathia Castilho, Carol Garcia, Lucrecia Escudero Chauvel, Cristina Peñamarín, Jean Marinho Pinter, Monica Rector, Carlos Scolari, Paolo Bertetti, José Romero Castillo.

V. AGENDA

PRÓXIMOS NÚMEROS

Iconismo, María Lucía Santaella Braga, Juan A. Magariños de Morentin y Fernando Andacht.

Memoria de los Medios, Oscar Steimberg y Oscar Traversa.

Los medios entre arte y tecnología, Winfried Nöth, José María Paz Gago y Eduardo Peñuela Cañizal.

Mitos y ritos en las sociedades contemporáneas, José Enrique Finol, María Rayo Sankey García y Oscar Quezada Macchiavello.

El sentido estético, Rosa María Ravera y Emilio Garroni.

Culturas urbanas, Claudio Guerri y Armando Silva Tellez.

Os Gestos, Mónica Rector e Isabelle Guaitella.

Las fronteras de la representación, Nicolás Rosa y Norma Tasca.

A. J. Greimas en América Latina: bifurcaciones, Teresa Espar y Diana Luz Pessoa de Barros.

En torno a la semiosfera, Jorge Lozano y Juan Alonso.

Comunicación y conflictos interculturales, Cristina Peñamarín y Walter Mignolo.

VOLUMEN 3 NÚMERO 1 MARZO DE 2001

Editorial: Ideologías lingüísticas en contexto
Joan A. Argenter

Monolingüismo e purismo (A ideologizaçao das práticas de fala na Galizia)
Luzia Domínguez Seo y Mário J. Herrero Valeiro

"Nosotros los españoles" y "los de afuera": un estudio de Focus Group sobre la identidad cultural y la formación de opinión
Susanne Kjaerbeck

Comprensión y producción del discurso escrito: Estudio empírico en escolares chilenos
Giovanni Parodi Sweis

El personalismo en la democracia venezolana y cambios en el diálogo político
Adriana Bolívar

Reseñas

VOLUMEN 3 NÚMERO 2 JUNIO DE 2001

Editorial: Derecho y lenguaje
María Laura Pardo

Los derechos miranda y la coerción lingüística: cuando el policía actúa como intérprete y como interrogador
Susan Berk-Seligson

¿Qué dijeron en realidad? Una evaluación de evidencia policial por un lingüista forense
Malcolm Coulthard

Argumentar, explicar y justificar con preguntas retóricas
Isolda E. Carranza

Polifonía en reclamos de consumo
Lluís Annangué

La expresión discursiva del mandato. Análisis lingüístico del texto de la ley de reforma laboral argentina
María Laura Pardo

Reseñas

VOLUMEN 3 NÚMERO 3 SEPTIEMBRE DE 2001

Editorial
Elsa Chio

Técnica del argumento y argumento de la técnica: heterogeneidad, intertextualidad e interdiscursividad en un texto informático
M^a del Rosario Caballero Rodríguez

El diferencial epistemológico en el discurso escolar
Miguel Ángel Campos Hernández y Sara Gaspar Hernández

Por una lingüística interaccional
Lorenza Mondada

Sociosemiótica y argumentatividad
Sebastián Sayago

Temas difíciles, estilos cómicos: el cas de l'humor mèdic
Amadeu Viana San Andrés

Reseñas

VOLUMEN 3 NÚMERO 4 DICIEMBRE DE 2001

Editorial. O político na linguagem. Ciência e interpretação
Mônica G. Zoppi-Fontana

Manejo de la comunicación. Evaluación de la calidad del discurso institucional
Jan Renkema

La biografía de inventores (o los hombres máquinas)
Rita Jáimez

Del "conflicto" a la "guerra"... El discurso de confrontación en la prensa
María Palmira Massi

Formas y estrategias de persuasión en el discurso político venezolano. La construcción del "yo" y del "otro" bajo un enfoque semántico y pragmático
Lourdes Molero de Cabeza

Los herederos del "buen salvaje": discurso y discriminación en el noroeste argentino.
Flora Guzmán y Gabriela Sica

Reseñas



TIEMPOS PRESENTES

Hannah Arendt

Colección CLA-DE-MA / Filosofía
224 págs.
Año 2002

La miseria de la emigración, el intervencionismo del poder militar de Estados Unidos, el inquietante trasfondo político del caso Watergate y el futuro de la Unión Europea son algunos de los temas que Arendt plantea con una clarividencia asombrosa en este libro. Los textos, escritos para la prensa entre 1943 y 1975, son tomas de posición inmediata ante diferentes acontecimientos políticos y muestran cómo las teorías políticas de la autora se van forjando en una intensa confrontación con la realidad.

CUESTIONES FUNDAMENTALES DE SOCIOLOGÍA

Georg Simmel

Colección CLA-DE-MA / Sociología
160 págs.
Año 2002

En este libro, hasta ahora inédito en castellano, Simmel define el campo de investigación de la sociología como el espacio intermedio en el que se produce el constante fluir de la interacción social, donde los encuentros generan actitudes y rituales, tanto en situaciones previstas como casuales y espontáneas.



FILOSOFÍA Y FUTURO

Richard Rorty

Colección CLA-DE-MA / Filosofía
192 págs.
Año 2002

En este volumen se reúnen los más recientes textos de Richard Rorty. En ellos se ocupa de las tareas y responsabilidades de la filosofía a la vez que analiza las más significativas posiciones filosóficas y políticas modernas y contemporáneas. Algunas "confesiones" autobiográficas dilucidan muchos aspectos del pensamiento rebelde de este gran filósofo.

DIARIO DE GUERRA

Marc Augé

Colección Testimonios
96 págs.
Año 2002

¿Qué pasó el 11 de septiembre? ¿Hay realmente un "antes" y un "después"? Estas preguntas han motivado a Marc Augé a interpretar los terribles actos terroristas desde perspectivas antropológicas, históricas y sociopolíticas. Un texto escrito en forma de diario, que contribuirá a entender nuestra realidad actual y a comprometernos con el futuro.



LA AUDIENCIA INVESTIGADA

Amparo Huertas Bailén

Colección Estudios de Televisión
192 págs.
Año 2002

En este libro se analizan las diferentes corrientes que han definido el estudio de la audiencia de televisión a lo largo del siglo XX tanto desde la perspectiva académica (efectos, usos y gratificaciones, y estudios culturales) como desde la comercial (estudios de medición).

GUÍA DE REDACCIÓN Y PROTOCOLO DE EDICIÓN

deSignis es una revista interdisciplinaria cuyo objetivo es la publicación de artículos originales en lengua española o portuguesa dedicados al análisis semiótico desde una perspectiva latinoamericana, y de entrevistas y reseñas bibliográficas. Los trabajos serán evaluados por un referato confidencial antes de ser aceptados para su publicación. Las opiniones expresadas en los artículos corresponden a sus autores y no son necesariamente compartidas por los Editores.

1. PRESENTACIÓN DE LOS ORIGINALES

Los escritos tendrán un máximo de 10 páginas (incluyendo imágenes, tablas, notas, referencias), en formato A4, margen de 25 mm con sangría y sin espacios en blanco entre párrafos, tipografía Times New Roman 11 a simple espacio y sin dividir palabras al final del renglón. En la portada deben constar el título, que será conciso e informativo, y el nombre y apellido del autor. El trabajo no excederá los 30.000 caracteres, espacios incluidos. Los artículos se enviarán a los coordinadores de cada número temático en archivos .rtf con copia a la dirección de la revista. Limitar el uso de *itálica* o **negrita** para enfatizar palabras, oraciones o pasajes. La *itálica* puede ser empleada para llamar la atención sobre términos significativos al ser usados por primera vez o para vocablos extranjeros. Utilizar *itálica*, no subrayar para indicar *itálica*.

Al final de cada artículo se agregará una breve nota biográfica del autor que incluya formación, institución, actividad académica, publicaciones y su dirección electrónica (no más de 10 renglones) y un *abstract* del artículo en inglés y en español o portugués según corresponda (5/10 líneas). En hoja aparte el autor consignará sus datos personales: nombre, dirección y código postal, teléfono y/o fax, e-mail. Para el caso de varios autores se consignará una sola dirección postal.

2. TÍTULOS Y SUBTÍTULOS

El texto será subdividido en secciones que deberán ser numeradas y tituladas (ej.: 1. El sistema de la moda; 1.1 El sistema de la moda en Barthes). Se dejará un espacio entre secciones, no así entre subsecciones. Evitar mayores subdivisiones como 1.1.1.

3. PUNTUACIÓN

Se emplearán comillas dobles para las citas y comillas simples para una cita dentro de otra y para las traducciones (*cogito 'pienso'*). Guiones medianos "—" se usarán preferentemente en lugar de paréntesis. El guión corto se empleará para separar cifras, años "1966-1968" o páginas "37-43".

4. NOTAS

Las notas, limitadas al número indispensable, pueden emplearse cuando se quiera ampliar un concepto; no se utilizarán para la bibliografía de referencia. Serán numeradas de corrido a lo largo de todo el artículo por medio de un supraíndice y ubicadas, en sección separada, directamente después del texto y antes de las referencias bibliográficas.

5. CITAS

Las citas textuales de tres líneas o menos se incluyen en el mismo párrafo identificando el texto citado por medio de comillas dobles. Las citas de cuatro líneas o más se es-

criben en un párrafo aparte con sangría continua a la izquierda. De considerarse necesario, es posible citar en idioma original pero se agregará a continuación, entre corchetes, la traducción y se aclarará su origen (Nöth 1994: 257) o la autoría mediante una *nota al final*. Cualquier alteración respecto al texto original será señalada mediante tres puntos suspensivos [...] entre corchetes.

6. ENVÍO A REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Todas las citas deben corresponderse con una referencia bibliográfica. No se incluirá en la lista ninguna fuente que no aparezca referenciada en el texto mediante el sistema autor-fecha, con el apellido del autor seguido del año de publicación y el número de páginas, p. ej. (Bohm 1968: 140-143) o bien "Bloomfield (1933: 264) introdujo el término..."; o para referencia múltiple: "Eco desarrolló su teoría de los códigos en diferentes etapas (Eco 1968, 1973a, 1973b, 1976, 1984b)...". Detallar datos completos: (Barthes 1970: 220-229) sin eliminar dígitos, como 220-29, ni 220 y sig.; (Balat y Deledalle-Rhodes 1992, 1: 347) para citar el número de volumen; (Uexküll, Geiggens y Herrmann 1993) para tres autores; (Bouissac 1976a, 1976b, 1981; Eakins 1976) para varios trabajos de uno o más autores; (Smith et al. 1990) para cuatro o más autores, pero citar todos los nombres en las referencias; (Gabelentz 1901 [1972]: 70) para fecha original con la reedición citada entre corchetes.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

La lista de referencias bibliográficas utilizadas se hace por orden alfabético a partir de los apellidos de los autores. Se consignarán apellido e iniciales de los nombres (el apellido va en Mayúscula/minúscula, seguido del año de edición original entre paréntesis y el título en *itálica*). Luego indicar el lugar (seguido de dos puntos), la editorial y, de ser el caso, el año de reedición/traducción citado. Cuando se cite más de un libro de un mismo autor no se repite el nombre, colocar dos guiones largos "—" antes del año de edición. Para artículos en revistas o periódicos: Julesz, B. (1981) "Perception of order reveals two visual systems", *Leonardo* 14 (4), 345-357. Si se trata de un artículo publicado en una antología o compilación: Loeb, A. L. (1996) "The architecture of crystals" en *Module, Proportion, Symmetry, Rhythm* de G. Kepes (ed.), 38-63. Nueva York: George Braziller.

8. FIGURAS, ILUSTRACIONES, TABLAS

El tamaño de los gráficos e ilustraciones no excederá las dimensiones de la caja del texto escrito. Las figuras pueden ser dibujos originales de línea negra, copias láser o fotografías en blanco y negro de un tamaño no mayor de A4 y de calidad gráfica apta para la reproducción. Deben llevar un título y epígrafe explicativo ubicado al pie de la figura y se numerarán consecutivamente: "Figura 1", "Figura 2", etc., sin abreviar. En caso de enviar figuras escaneadas, estas deberán ser en formato .tif. Las tablas deben ser nombradas por su número en el texto, se numerarán correlativamente y llevarán el título arriba y utilizarán todo el ancho de página.

9. DERECHOS Y PUBLICACIÓN

Los documentos/textos/figuras recibidos no serán devueltos e implican el acuerdo de los autores para su revisión, adaptación y libre publicación en deSignis y la cesión de derechos de autor a Editorial Gedisa. Para ello se les enviará un Formulario de Autorización que deberán completar, firmar y enviar por mail y correo directamente a la mencionada editorial. Luego de la publicación recibirán sin cargo un ejemplar de deSignis. Los autores interesados en publicar deberán solicitar las normas editoriales más detalladas a claudioguerri@fibertel.com.ar. o al coordinador del número, ya que no podrán ser aceptados trabajos que no se ajusten estrictamente a las mismas.